



MARTÍN ABRISKETA

LA
LENGUA
DE LOS
SECRETOS

«Una hermosa mezcla de dos mundos. La forma de contar es deliciosa.
Hay humor, melancolía, poesía. Una novela fuera de serie.»

BERNARDO ATXAGA

La lengua de los secretos

Martín Abrisketa



Rocaeditorial

LA LENGUA DE LOS SECRETOS

Martín Abrisketa

Basada en hechos reales, *La lengua de los secretos* narra la Guerra Civil Española desde un punto de vista muy original: el de Martintxo, un niño de diez años que nos ofrece una fantasía entre rural y mágica.

ACERCADEL AUTOR

Martín Abrisketa nació en Bilbao en 1967. Cursó estudios de Periodismo y Realización Audiovisual y comenzó su carrera profesional como redactor de prensa. Posteriormente dio el salto a la televisión, primero como guionista y luego como reportero gráfico. Creyó entonces que con una cámara al hombro era feliz. Sin embargo, en enero de 2011 una necesidad interior le empujó a escribir de nuevo, esta vez una novela, su primera novela, *La lengua de los secretos*.

ACERCADE LA OBRA

«Su autor, una voz original y joven dentro de la narrativa española contemporánea, nos sorprende con un estilo que recuerda en muchos momentos —por su evocación mágica, onírica y llena de certeza, de una vivencia personal a la par que una historia colectiva— a aquellos territorios narrativos visitados por nombres fundamentales de nuestra literatura como son Ignacio Aldecoa o Bernardo Atxaga.»

BLANCA ROSA ROCA – CAROL PARÍS

Índice

Portadilla
Acerca del autor

Epígrafe
Dedicatoria

PRÓLOGO. El cuento de mi padre

PRIMERA PARTE. La edad del fuego

- Capítulo 1. El queso
- Capítulo 2. Un mundo redondo como una pelota
- Capítulo 3. Había una vez un rey
- Capítulo 4. El petirrojo y el tirachinas
- Capítulo 5. Día de reyes
- Capítulo 6. La vaca tonta
- Capítulo 7. Los hombres de oscuro
- Capítulo 7 bis. Las gracias
- Capítulo 8. El lagarto verde
- Capítulo 9. El partido
- Capítulo 10. El Chevrolet
- Capítulo 11. La guerra general
- Capítulo 12. El enemigo
- Capítulo 13. La muñeca

Capítulo 14. El arma secreta
Capítulo 15. La sirena
Capítulo 16. La cueva de los mil truenos
Capítulo 16 bis. El zumo de naranja
Capítulo 17. Asalto a la diligencia
Capítulo 18. La bruja
Capítulo 19. El fusilamiento
Capítulo 20. Las moscas que nos defienden
Capítulo 21. El cartero miedoso
Capítulo 22. La bandera blanca
Capítulo 23. El flautista de Hamelín
Capítulo 24. El hacha de guerra
Capítulo 24 bis. El corazón más grande
Capítulo 25. El árbol solitario
Capítulo 26. La flauta mágica
Capítulo 27. Terror en el poblado de los ratones
Capítulo 28. La trucha tonta
Capítulo 29. La evacuación de los niños
Capítulo 30. Una carta para Sophie
Capítulo 31. Estoy solo
Capítulo 32. El aleteo de las golondrinas
Capítulo 32 bis. El amor
Capítulo 33. El arcoíris y la Luna
Capítulo 34. Un beso llama a la puerta
Capítulo 35. El viaje oscuro
Capítulo 36. Las vacas que tenían mucho sueño
Capítulo 37. El árbol de Juan
Capítulo 38. El lugar sin guerra
Capítulo 39. La guerra de los garbanzos
Capítulo 40. Los diablos buenos
Capítulo 41. La mañana en que comenzó a morir el mundo
Capítulo 42. La nada
Capítulo 42 bis. Vivo en la Luna

Capítulo 43. No mires nunca debajo de la cama
Capítulo 44. El mensaje del pájaro carpintero
Capítulo 45. El viaje a ninguna parte
Capítulo 46. La cama del rey
Capítulo 47. El hombre del saco
Capítulo 48. Te quiero de aquí a la Luna
Capítulo 48 bis. Mi madre
Capítulo 49. El cura gordo y la polilla cotilla
Capítulo 50. El niño que tenía la culpa de todo
Capítulo 51. La locomotora
Capítulo 52. La carta que escribió la niebla
Capítulo 53. La ballena asesina
Capítulo 54. La batalla de las batallas
Capítulo 54 bis. La cara del diablo
Capítulo 55. El chucho errante
Capítulo 56. El alma de los marineros muertos
Capítulo 56 bis. Correo desde Nunca Jamás
Capítulo 57. El corro de las patatas
Capítulo 58. El mensaje en la botella

SEGUNDA PARTE. La edad del hielo

Capítulo 59. Jauja
Capítulo 60. El cuento de la abuela
Capítulo 61. Una carta muy corta
Capítulo 62. Popovski
Capítulo 63. El muro de las lamentaciones
Capítulo 64. La bicicleta
Capítulo 64 bis. El asesino
Capítulo 65. La dama del río Albarine
Capítulo 66. Juan sin miedo
Capítulo 67. El escarabajo de oro
Capítulo 68. La carta que se comió el buzón de la Rue Neuve
Capítulo 69. El viaje al infierno

Capítulo 69 bis. Regreso a Nunca Jamás

Capítulo 70. Amalur

Capítulo 70 bis. La casa del gato Popovski

Capítulo 71. La piña de hierro

Capítulo 71 bis. Muerte de un pajarito

Capítulo 72. La carta a don Nadie

Créditos

Imagina que existiera una lengua con la que pudiera decirte lo que nunca te dije, confesarte lo mucho que te quiero y cuánto te he echado de menos. Imagina que hubiera palabras capaces de acercarnos, de guiarnos en este laberinto y conducirnos a un lugar seguro. Sería maravilloso, ¿verdad?

A aita. A ama.
A mis tíos. A mis tías.
A aitite Tasio y a *amama* Teresa,
los abuelos a los que nunca tuve oportunidad de conocer.
A Itziar y a Luis.
A toda mi familia.

PRÓLOGO

El cuento de mi padre

*T*engo el placer y la obligación vital de contaros la infancia rota de cuatro niños que, en 1936, poco después de llegar al mundo, se vieron inmersos en la odisea más impactante que he tenido oportunidad de escuchar jamás. Supongo que pensaréis que exagero, pero os aseguro que no es así; y me llena de orgullo poder afirmarlo porque esos niños eran mi padre y tres de sus hermanos.

He esperado más de cuarenta años para permitirme escribir esta historia. Siempre supe que debía contarla, pero también que no podía enfrentarme a ella hasta haber sufrido lo suficiente como para comprender su verdadera dimensión. Por fin ha llegado el momento. Me encuentro al borde del abismo, el lugar perfecto. Escribo, pues, para intentar salvar la vida, pero sobre todo, para revelaros que hay algo puro y bueno en todos nosotros, un secreto que desconocemos. Sí, lo hay, aunque lamentablemente todo se olvida y volverá a suceder de nuevo aquello que sucedió, y alguien, como yo, pensará entonces que debe recoger su recuerdo, sufrirá por ello y habrá mucho dolor entre sus líneas, pero también amor, admiración, sonrisas y esperanza.

Si queréis imaginaros cómo era mi familia mientras leéis los hechos, encended el televisor. Algún canal emitirá imágenes de refugiados huyendo. En la mirada de esas personas aterradas está escondido mi padre. «Somos nosotros», me dijo cuando vio a la gente escapar desolada de las aldeas de

Bosnia durante la guerra que destruyó la antigua Yugoslavia. «Sé cómo huelen, sé lo que sienten, éramos así, la misma ropa, los mismos piojos, idéntica miseria.»

¿Quién pierde en las guerras?, le pregunté un día. Esperaba que respondiera «los niños», por lo que le había tocado vivir. Sin embargo, mi *aita* dejó pasar un rato, y luego susurró: «Los padres». Se miró las manos y continuó hablando con una mirada velada hacia dentro. «El ser humano», dijo, «puede superar la muerte de sus padres; es ley de vida, son mayores que tú. Pero imagina que pierdes a cuatro, a cuatro hijos en la guerra... Eso no lo supera nadie».

Se me hizo un nudo en el estómago al escuchar su corazón. Años atrás, él mismo había perdido a una hija, mi hermana Izaskun. Sabía lo que decía. En la guerra no se salva nadie. Mueren todos.

Escuché hablar de la Guerra Civil desde muy pequeño, mientras jugaba con metralletas fabricadas con ramas de higuera. A mi *aita* le tocó oír hablar de ella y sufrirla al mismo tiempo. Estalló y lo alejó de su caserío, de su mundo infantil, pobre pero perfecto. La vivió como un juego. El juego mágico de un chaval con la vida y la muerte.

Esta es la historia de cuatro niños que un día se perdieron en el infierno.

PRIMERA PARTE

La edad del fuego

Capítulo 1

El queso

Invierno de 1930-31

*T*odos los niños lloran, excepto uno; y ese niño es mi padre. Martín Abrisqueta nació una madrugada de noviembre de mil novecientos veintitantos en un queso. Al menos eso fue lo que pensó cuando abrió los ojos y vio que buena parte del mundo que lo rodeaba estaba comido por agujeros, como los quesos de bola. La culpa la tenían los mayores, que se pasaban el día cavando aquí y allá y lo dejaban todo patas arriba. Los mayores eran unos tipos misteriosos, y muy serios.

Pero ¿por qué hacen eso?, preguntó a sus amigos en cuanto aprendió a hablar.

Entonces lo supo: buscaban un tesoro. Aunque habría que precisar que era un tesoro muy extraño, pues se componía exclusivamente de piedras, piedras de color rojo. Esto confirmó sus sospechas: los mayores son tontos. Sin embargo, algunos niños del pueblo aseguraban que no eran tan lelos como parecían, porque convertían aquellas piedras en una cosa muy dura que se llama hierro y que vendían a los ingleses por un montón de dinero. Pero eso era mentira, lo decían por llevarle la contraria.

El queso, por su parte, se llamaba Arrigorriaga, y de natural, era un pueblo muy bonito que estaba envuelto en montañas mágicas llenas de secretos. Pero

lo mejor era cuando llovía, pues las corrientes de óxido colorado que bajaban desde el tajo se mezclaban con el blanco de las casitas y el verde de los bosques, y entonces el mundo parecía pintado con acuarelas.

En la zona baja del queso encontraba hueco el humilde barrio de Martín: La Peña. Allí, como en todo Arrigorriaga, se vivía una sensación cercana a la felicidad. Bullía el trabajo, lo que era un reclamo para gente llegada de lejos, que se apeaba del tren con una maleta vacía en busca de esperanza. En las minas, en las fábricas, en sus nuevos hogares la encontraban. Sin embargo, Martín Abrisqueta, a sus pocos años de edad, tan pocos que le cabían en una mano, fíjate, pensaba que la felicidad consistía en volar, y no en trabajar; ¡qué tontería! Así que levantó los brazos al cielo para intentarlo al borde de un precipicio oscuro excavado por una mina.

Soy una gaviota, se dijo. Una gaviota grandota.

El chaval acariciaba el vacío con los pies desnudos; siempre jugaba descalzo para no gastar las abarcas. El viento sur resbalaba por la ladera, le hacía cosquillas por dentro de la nariz, y por un momento temió por su *txapela* y se la caló profundamente en la mollera para que no se escapara; hubiera sido una pérdida irreparable. La sima tenía tres o cuatro metros de diámetro; no era mucho, pero su profundidad era incierta. Decían que en el fondo, escondidos, vivían un monstruo con cabeza de serpiente y una señora poderosa. El soplo del viento hacía silbar los pulmones del acatarrado monstruo y acompañaba con una música extraña el miedo del chiquillo.

¡Uuuuuuh!

Volar, aunque solo fuera unos segundos, era lo mejor de vivir en un queso. Para conseguirlo había que agarrarse a una de las barquillas que trasladaban la escoria de hierro por el aire. Aquellas barquillas cruzaban por encima del pueblo sostenidas por unos cables que conectaban los tajos con los lavaderos del mineral, y estos, con los hornos que lo cocían. Había tantos cables en movimiento sobre La Peña que, desde la distancia, el barrio parecía una marioneta a punto de cobrar vida. El reto consistía en volar el mayor tiempo posible. Lo máximo era planear sobre la gente o atravesar el campo de fútbol quince metros por encima de las porterías, como hacían los chavales algo mayores que él. Aquello era, suponía, como pilotar un avión. Aún no veía la

barquilla, pero adivinaba su proximidad, pues los cables que pendían sobre su cabeza se acercaban a sus manos debido al peso.

¡Atento, Martín!, gritó una vocecilla.

No estaba solo. Cosme y Satur, cómplices de todas sus hazañas, habían subido con él a la colina para ayudarle en la maniobra de despegue.

¡Abre las manos y coge el asa con todas tus fuerzas! ¡Y no mires abajo!

Sus amigos hacían lo posible para mantenerlo concentrado en la operación, pues Martín era definible en una sola palabra, despistado, y lo mismo se le iba la especie y caía por el agujero persiguiendo la irrupción de una polilla. Le temblaban las piernas, pero no era el momento de amilanarse:

¡Voy a mirar abajo! ¡Si no miro, no sé si vuelo!

¡No, no lo hagas, que si miras, te mueres!

¡Tranquilos, que yo sé volar!

De pronto pensó en grillos. Se oían muchos grillos, millones de grillos, grillos por todas partes, metían un escándalo terrible. Pero curiosamente, en un momento dado se pusieron de acuerdo para bajar el volumen y dejar paso a una palabra muy rara que llegó procedente de la zona del río. Había sido una especie de *mu*, aunque no estaba seguro, porque el viento se comía casi todas las palabras que andaban por ahí sueltas. Pero antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre el asunto, los grillos volvieron a la carga. ¿O eran cigarras?

...

¡Muuuuuuuuuuuu!

De nuevo aquella palabra. Pero habréis de reconocer que en esta ocasión se trató de un *mu* largo y claro; vamos, un *mu* como Dios manda, sin paliativos. Por fin cayó en la cuenta.

¡Ay va, las vacas!, vociferó con las orejas erizadas.

Martín era de profesión niño, pero también pastor, o para ser exactos, acompañante de vacas a distancia. Como siempre, las había abandonado a su suerte a pesar de las órdenes del padre, que le tenía terminantemente prohibido separarse de ellas ni un solo milímetro. Pero qué le iba a hacer, tenía que volar como el resto de los chavales del mundo, ¿no?

Malditas vacas, protestó.

Eran lecheras, a pintas blancas y negras, muy visibles desde la distancia. Las había dejado en la campita, cerca del río, pero cerca también de las vías del tren.

¿Adónde va esa vaca? ¡Mira que les tengo dicho que se estén formales!

Allá abajo, como en la lejanía de un sueño, una vaca más negra que blanca y más cabezona que tetona trotaba como poseída por una maldición camino de las vías.

¡Que te estés quieta!, le dijo al viento.

Los grillos, las vacas... Saltó y despegó. Le gustaba volar.

Capítulo 2

Un mundo redondo como una pelota

Invierno de 1930-31

Un ruido impaciente sacó a Teresa Mendíbil del sueño calentito en el que se encontraba mecida. Encendió la luz y observó cómo giraba la cuerda del despertador, hasta que se detuvo y el silencio regresó a la noche. La paz, sin embargo, apenas duró un instante, porque un gallo comprendió entonces que había llegado su turno y gritó como un descosido:

¡¡¡Kikirikiiii!!!

Era su forma de decir que acababan de dar las cinco de la mañana. Cuando por fin cerró el pico, a Teresa le llamó la atención un golpeteo continuo, como si alguien estuviera tirando chinitas a su ventana. Se incorporó para ver lo que sucedía y sintió un escalofrío: eran copos de nieve agolpándose uno encima del otro contra el cristal. Notó un vacío en la cama. Tasio, su marido, hacía rato que había marchado para la fábrica. Una voz minúscula escapó de la cuna y vino a hacerle compañía:

Gun, acuncun, ammmmamama.

Lucas era un bebé muy charlatán. Se pasaba el día inventando palabras porque estaba convencido de que decía cosas inteligentes. La mujer se vistió en un periquete, envolvió al bebé en sus brazos y entró en la habitación de las

niñas. Una manita colgaba de una de las dos camas; era lo único visible de su dueña.

Luisa, despierta, susurró acariciándole los deditos.

La niña se giró contra la pared y resopló. En la cama contigua, Paulina y Matilde, las pequeñas, dibujaban una espiral con sus cuerpos entrelazados.

Vamos, Luisa, insistió. Hay que ordeñar las vacas.

Salió al pasillo sin meter ruido y pasó junto a una puerta cerrada, tras la cual dormía Martín a pierna suelta. Por el momento, el hombrecito de la casa disfrutaba de toda una habitación para él solo. Teresa tenía nueve hijos, pero los cuatro mayores estaban ya casados. De vez en cuando aún creía oír sus voces revoloteando por ahí. Los echaba de menos, aunque afortunadamente todos vivían cerca.

Bajó los peldaños de aquella escalera torcida por el tiempo sujetando con fuerza al bebé, y un gato muy serio los recibió en la cocina tirado panza arriba al calor de la chapa. Como siempre, Tasio había prendido la lumbre antes de marchar. Teresa dio de mamar al bebé hasta que advirtió que se había quedado dormido pegado a la teta. Entonces lo acomodó en un parquecito de roble, se calzó las almadreñas y salió por agua apretando el ceño. Tenía por delante cincuenta metros de tempestad hasta llegar al manantial. Al regresar, escuchó unos pasos indecisos descolgándose por la escalera. Luisa traía doce años de sueño dibujados en la cara: la almohada había dejado un bonito estampado en uno de sus papos.

Buenos días, dijo la pobre sin conseguir abrir más que un ojo.

Nieva, hija, ten cuidado; no olvides apartar la leche de la Pinta.

La niña apoyó la frente contra la pared, metió los pies en las almadreñas y caminó acompañada del sonido crujiente del calzado de madera sobre la nieve. Tiró del portón de la cuadra y el olor del ganado le golpeó la nariz. Giró el conmutador de la luz y nueve vacas cubiertas de mantas volvieron los cuernos hacia ella. Se sentó junto a la Pinta y comenzó a ordeñarla con los ojos cerrados.

Dime, vaca, ¿tienes novio?, preguntó para romper el hielo.

¡Muuuuu!, respondió la vaca.

Ya, eso me imaginaba. Pues no te lo vas a creer, yo tampoco.

Cuando acabó con la Pinta, apartó el balde en una esquina y continuó ordeñando a las demás utilizando otro recipiente. Más tarde, en cuanto amaneciera, las madres del pueblo que no tenían leche con la que amamantar a sus hijos se acercarían a recoger su ración de la Pinta con los vales de la Maternidad. Esta institución se ocupaba del control de una serie de vacas de la comarca, entre las que figuraba la confidente de Luisa. Pretendían reducir así la elevada mortalidad infantil de aquellos días. Era una gran suerte para la familia Abrisqueta: la Maternidad pagaba bien.

La niña sintió que alguien lamía su cuello. Era *Lagun*, un perro ratonero de rabo acelerado.

¡Abre la boca, gandul!

Le enchufó un poco de leche en el morro y el chucho sonrió agradecido.

¡¡¡Kikirikiiiiiiii!!! (Ocho de la mañana).

Matilde despertó, y cinco segundos después, ya no aguantaba más: se aburría como un hongo, necesitaba chingar a alguien de inmediato. Fue corriendo a la habitación de su hermano y trepó a la cama con las intenciones claramente perfiladas en las cejas.

Martín, Martín, ¿me llevas a la escuela?

¿A la escuela? ¡Pero si hoy es sábado!

¿Y qué?

Que los sábados no hay escuela, tonta.

¡Eso es mentira, sí que la hay!

No la hay. ¡Y además a ti todavía no te dejan entrar en la escuela!

¡Sí que me dejan! ¡Mira, ya sé leer!

¡Mecachis, deja el periódico del padre, que luego me echa la bronca a mí!

Nada más decir esto, el chiquillo se volvió hacia el otro lado y abrazó la almohada con desesperación: sabía que estaba perdido, aquella insoportable no pararía hasta levantarlo de la cama. Sintió cómo le hincaba las rodillas en el costado y vio que la pesadilla asomaba por una rendija de las mantas con el periódico entre los dientes.

Martín, Martín, ¿qué pone aquí?

Pero, ¿no has dicho que sabías leer?
Venga, dime, por favoor.
Pone «inundaciones». ¡Hala, y ahora vete!
¿Y aquí?, ¿qué pone en este sitio?
¡Déjame, pesada!
¿Qué pone, qué pone, qué pone, qué pone?
¡Pero si ahí no pone nada, tonta! Es una fotografía.
¿Una *torraffa*?
Dale la vuelta... ¿No ves?, es un barco, un puente. Es Bilbao.
¿Y aquí?
Si te digo lo que pone, ¿te vas?
No. Pero si quieres te doy un besito.
¡Ja!, un besito no vale nada.
¡Dime lo que pone, jolines!
Elecciones, pone «elecciones».
¿Y eso qué es?
No sé.
¡Ah!, pues yo sé una cosa que tú no sabes.
¿Y qué cosa es?
Es una cosa blanca, blanca, blanca.

¡¡Kikirikiiiiiiiiiii!!! (Diez de la mañana).

A Martín le encantaba la nieve, aunque le ponía enfermo que se hiciera de rogar. En aquella época, por alguna razón desconocida, los vientos del País Vasco eran de naturaleza latosa y rara vez se ponían de acuerdo entre ellos para echar una nevada de diez metros y medio; el espesor mínimo exigido por los sueños de un niño. No, no había nada que hacer: por mucho que lo desearas, aquellos vientos del demonio estaban todo el día dale que te pego, discutiendo que si soplo para este lado, que si soplo para el otro. Nunca, nunca se acordaban de los sueños de la gente. Ejemplo de ello, lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. De improviso, el sur, cálido y seco, había dejado paso a un impaciente oeste, que llegó cargado de la humedad de la mar

y provocó inundaciones en toda la cuenca. Luego, apenas cinco minutos después de que, aguas abajo, la fuerza de la crecida estampara un barco contra el puente de la Merced de Bilbao, el norte se presentó sin llamar y lo pintó todo de blanco. Eso era genial, desde luego; pero es que ahora, según se desperzaba la mañana, una gélida brisa procedente de Francia estaba dejando el cielo raso, sin copos ni fundamento alguno. Así se entiende la increíble cantidad de estornudos repartidos por la comarca en aquellos días.

Curiosamente, esa misma atmósfera azul y fría que congelaba la sangre de los mayores, lanzó a los niños a la calle a jugar con la nieve. A todos excepto a Martín, que no veía el momento de escapar.

Ama, ¿puedo ir ya a tirar bolas?

¿Has barrido el gallinero?

Sí, enterito, de arriba a abajo.

Bueno, pues ahora ve a la cuadra y echas un poco de pienso a las vacas.

¡Pero, *ama*, yo es que...!

¡Tú es que nada, perezoso! ¡Hala, marchando!

...

Ya he acabado, ¿me puedo ir?

¿Seguro que has hecho todo lo que te he dicho?

Segurísimo.

Vale, pero ya que sales, le llevas el almuerzo al padre.

¡Jolín, no hay derecho! ¡En esta casa siempre tengo que hacerlo yo todo!

Tienes razón, ¡qué haríamos nosotros sin ti!

¡Eso!

Venga, ve a la fábrica y luego te vas a tirar bolas con los amigos.

Pero, ¿me juras que ya no me vas a mandar más cosas?

Que sí, Martintxo, que sí.

La promesa de la madre dibujó una sonrisa en la boca del chaval, que, agradecido, recogió el almuerzo sin chistar y salió pitando hacia la fábrica. Pero claro, con las prisas dio un espatarrado volatín sobre el hielo y cayó de culo con los pies en alto. Milagrosamente, solo había derramado un poco del café con sopas de la tartera, y disimuló el desaguisado echando nieve sobre la mancha marrón. Respiró aliviado tras comprobar que Teresa no había visto

nada. Poco le iba a durar la dicha, porque al incorporarse, se encontró con un bulto de ropa sobre ropa coronado por un gorro de lana: ¡Matilde!

¿Me llevas a la escuela?, preguntó la pesadilla.

Escapó. Y justo cuando ya se creía a salvo, protegido por las callejuelas del barrio, donde su hermana tenía terminantemente prohibido aventurarse sola, de repente, ¡pum!, recibió un tremendo bolazo y la *txapela* salió despedida de su cabeza. Se limpió la nieve de los ojos a tiempo de sorprender a Sapito y Uva doblando la esquina.

¡Me las van a pagar!, dijo para sí.

Sapito y Uva eran los brutos más grandes de la escuela. Se agachó a recoger la *txapela* y, junto a la gorra, descubrió dos pequeñas abarcas que lo miraban muy quietas. Sobre ellas, una bola de ropa, un gorro de lana, dos mechones rubios y unos enormes ojos azules que lloraban.

¡Matilde, te he dicho que...!

Pero no pudo acabar la frase. Una muñeca de trapo sin brazos ni piernas colgaba de una de las manitas de su hermana a punto de caer al suelo. Algo tembló dentro de la tripa del pequeño.

¡Que no me han hecho daño, mujer!

Posó con suavidad la tartera sobre una piedra y abrazó a la bola, hasta que un hocico se coló entre los papos de los niños y la emprendió a lametones.

¡Laguntxu!

El perro barría la nieve con la cola, y los tres notaron un calor bueno. Sin embargo, al cabo, el chucho olfateó el aire y metió la lengua en el café con sopas.

¡¡¡Lagun, no!!!

Pero ya era tarde.

¡¡¡Kikirikiiiiiiiiiii!!! (Once de la mañana).

El enorme techo de vidrio de la Barbier, la fábrica de clavos donde trabajaba Tasio Abrisqueta, había acumulado mucha nieve durante la noche. Pero a media mañana, el sol se hizo hueco entre el manto blanco y cayó desde

veinte metros de altura hasta iluminar la labor de un enjambre de trabajadores que solo pensaba en el descanso para almorzar.

Tasio observaba el paso de las líneas de cable por la máquina que supervisaba. El mecanismo propinaba un corte, *¡clack!*, a cada segundo, *¡clack!*, machacaba un extremo, *¡clack!*, afilaba el otro, *¡clack!*, y ya teníamos un clavo, *¡clack!* Esto, multiplicado por las más de doscientas máquinas con las que contaba la factoría, producía un ruido infernal y un ejército de clavos, de sordos y de sueldos.

Tasio sacó la tabaquera de uno de los bolsillos del uniforme, lio un cigarrillo y le buscó acomodo en una esquina de la boca. Solía hablar sin retirar el pitillo de ahí. Tampoco hablaba mucho, la verdad: era un hombre listo, escuchaba. Algo en su mirada azul imponía. Era *baserritarra*, hombre del campo, pero en su día fue minero y luego lo que hiciera falta. Aun así, sentía que nunca sería suficiente con trabajar duro, no en los tiempos que corrían. Todo era volátil, como el humo que escapaba de sus labios.

A través de una bocanada que le hizo cerrar un ojo, vio acercarse a los niños por el corredor central. Matilde caminaba con la boca abierta mirando al techo: nunca había visto un lugar tan, tan de todo. Martín se acercó a saludar a Juan Goirigolzarri, un mozo alto y delgado que en ese momento se dirigía a su puesto empujando una carretilla. Juan vivía en su mismo caserío, pues la finca se encontraba dividida en dos viviendas independientes. Pero Juan era mucho más que un vecino para el chaval. El mozo aparcó la carretilla a un lado del corredor y cogió aire para gritar a pleno pulmón (en la Barbier todo el mundo vociferaba hasta desgañitarse, no había otra forma de abrir paso a las palabras entre aquel estruendo):

¡Hombre, Martintxo, si hoy has venido acompañado de una muñeca!

Matilde dejó caer la cabecita desde lo alto y enrojeció como un tomate al descubrir la presencia de Juan. La cabecita siguió su trayectoria hasta hundirse en el suelo, y a continuación, se hizo un silencio extraño entre tanto ruido.

¡Es que le gustas!, se chivó su hermano.

¡Es mentira, no le oigas!, se defendió la pequeña.

Bueno, chicos; ¡ahí tenéis a vuestro padre!, terció Juan disimulando la risa con esfuerzo.

Los últimos pasos de Martín fueron preventivos. Gritó sin gritar mucho mientras alcanzaba el almuerzo al padre:

¡Tome, aquí tiene!

Tasio observó el movimiento de los labios del niño, pero sus tímpanos enfermos no captaron nada. El gesto sumiso del retaco le hizo sospechar y se preguntó qué concho tramaría esta vez. Sintió el impulso de dar las gracias, pero no supo cómo hacerlo. Luchando contra sí mismo, le alborotó el pelo; luego destapó la tartera y comprobó que el café con sopas estaba lejos de alcanzar la mitad del cacharro.

¡Vaya, parece que vuestra madre piensa que estoy un poco gordo!

!!!Kikiriki!!!!!!! (Mediodía).

Estaban abochornados: a pesar de ser tres contra dos, Sapito y Uva los habían humillado. Sí, esos brutos se los habían merendado a bolazos, escupitajos e insultazos, y ahora solo les quedaba secarse al sol como un recuerdo tonto de sí mismos. Pero llegados a ese punto, lo importante era determinar quién era el más tonto de los tres: Satur, Cosme o Martín. El arduo debate que habían mantenido al respecto no consiguió despejar la duda y, cansados ya de tanta trifulca, habían optado por olvidar el asunto y escurrir la ropa en la estrada de una carpintería donde solían parar.

Matilde, por su parte, no necesitaba hacer la colada, pues únicamente había participado en la batalla en calidad de espectadora, así que decidió asomar la curiosidad al interior de la carpintería. Vio una estufa de carbón y se acercó al calorcito para jugar con la muñeca. Un empleado le guiñó el ojo izquierdo. Fuera, *Lagun* arañaba la puerta intentando entrar.

Martín, tu hermana se ha metido ahí dentro.

Bueno; si la dejan, ahí está bien.

¡Jo!, es un asco, esos zoquetes siempre nos dan para el pelo.

Ya, vaya palizón.

Somos unos mierdas.

Y que lo digas: unos mierdas.

¿Sabéis si hoy anda el tranvía?

¿El tranvía?
¡Sí, sordo, el tranvía!
Pues no sé; con la nieve...
A eso sí que no nos gana nadie, ¿eh?
Es verdad, a eso sí que no.

¡¡¡Kikirikiiiiiiiiiiiiiii!!! (Una de la tarde).

Jacinto Urcelay era chófer del tranvía de Arratia, una línea tristemente famosa por la cantidad de atropellos de peatones despistados que había protagonizado. Sin embargo, ahí estaba él, guiando su unidad a través del hielo por culpa de un jefe al que todo le parecían excusas para no trabajar. Sudaba hasta por la campanilla de aviso mientras la gente paseaba por la vía, ajena al peligro que patinaba en sus manos.

Al entrar en La Peña, rezó porque en esta ocasión no aparecieran esos tres diablillos, aunque resultó inútil. Quiso cerrar los ojos, pero como siempre que los veía ahí, esperándolo junto a aquella carpintería de la calle Abusu, quedó hipnotizado por el miedo. Esta vez los chavales echaron a correr hacia él escoltados por un perro, y todos a la vez, incluido aquel maldito ratonero, pasaron a solo unos centímetros del morro del tranvía. Perdón, he dicho todos, pero no es cierto: el más rezagado resbaló en la nieve y desapareció justo delante de su nariz, como tragado por la muerte.

¡¡¡No!!!, gritó Jacinto.

Se volvió con el alma encogida y vio a un niño saltando, tirando bolazos al mundo, feliz. Había cruzado el último delante del tranvía: era el campeón, el chiquillo con menos conocimiento del planeta. Mi padre, Martintxo.

¡¡¡Kikirikiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!! (Dos de la tarde).

Paulina recortaba un neumático de coche sentada en el suelo de la cocina. Lo había traído rodando desde la vega del río, donde lo encontró abandonado. Le costaba horrores abrirse paso con las tijeras entre el caucho y a veces tenía que echar mano de un cuchillo de carnicero; pero al fin, consiguió separar dos trozos de igual tamaño, como pretendía.

Su hermana Luisa le iba dando instrucciones sobre lo que debía hacer con la rueda mientras corría de lado a lado de la cocina, provocando que Lucas, el bebé, la persiguiera.

Ahora, apuntó Luisa, intenta dar a los trozos la forma de tu pie, pero con un poquito de margen.

El bebé estaba acelerado por las carcajadas y tropezaba y caía rodando como una pelota una y otra vez. Nunca lloraba. Teresa, la madre del mundo, entretanto, preparaba la mesa. Un vapor que olía a alubias con berza flotaba almacenado en el techo.

Paulina dejó de morderse la lengua y soltó las tijeras; colocó los dos cachos de neumático en el suelo y plantó los pies sobre ellos. Luisa le indicó el último paso:

Solo te queda cortar dos tiras de unos cuatro dedos de ancho y pegarlas por aquí.

La niña entendió que le faltaba muy poquito. Recortó las tiras; dobló las esquinas sobre las suelas aplicando cola en medio; presionó con un taco de madera y se sentó encima. En unos minutos estrenaría alpargatas de goma. Envío a su hermana una sonrisa de agradecimiento. No valdrían como zapatos de domingo, pero significaban mucho para ella.

En ese momento, Martín entró en casa como perseguido por un susto. Venía a por las chapas, para entrenar un rato.

Oye, tú, renacuajo, ¿adónde vas tan rápido?

Ama, pues a coger los *iturris*...

¿Y Matilde?

¿Matilde?

Sí, Matilde, tu hermana.

¡Ay va, se me ha olvidado en la carpintería!

¡Cómo! ¿Has olvidado a tu hermana en la carpintería?

Es que se ha metido dentro y...

¡Hala, corriendo a por ella!

Ama, pero que conste que yo no tengo la culpa, ¿eh?

¡Dios mío, a este niño un día se le olvida la cabeza!

Luisa y Paulina se taparon la boca sin saber si reír o gritar. Martín salió volando, pero vio que Tasio se acercaba por el camino, frenó en seco y volvió en busca de la oreja de su madre para susurrar un secreto por lo bajines.

No se lo digas al padre, ¿vale?

Selló el secreto con un beso muy mojado y desapareció.

¡¡¡Kikirikiiiiiiiiiiiiiiiiiii...!!! (La noche).

Aquel día, no sé por qué, el sol decidió retirarse temprano, mucho antes de lo normal, y lo hizo con tantas prisas que dejó un rastro rojo y violeta sobre las montañas. Luego, poco a poco, la oscuridad fue inundándolo todo, y los habitantes de La Peña buscaron el abrigo de sus hogares para disfrutar de los suyos y de la cena.

La familia Abrisqueta dio buena cuenta de una gran cazuela de bacalao con tomate y de un puchero de *intxaursaltsa*, postre típico de invierno a base de nueces, leche, canela y azúcar. Teresa y Tasio decidieron subir a su habitación con el bebé: estaban derrotados. Los niños, sin embargo, no tenían sueño y fueron a tocar la puerta de los vecinos, a ver si Juan se animaba a leerles *La linterna*, un periódico que publicaba todo tipo de sucesos trágicos. Pantxika, la madre de Juan, se iluminó al abrir la puerta y ver cuatro caritas suplicantes. Le encantaba que la alegría tomara su casa: hacía ya muchos años que quedó viuda, pero el vacío continuaba alojado en su corazón.

Los críos pasaron adentro muy formalitos y se sentaron en torno al fuego con Juan y sus dos hermanas. El mozo desplegó *La linterna* y comenzó a leer las noticias más sorprendentes y extrañas que encontró, provocando así la tertulia.

Venga, Juan, lee otra más, por favor.

Bueno, vale; pero la última, que ya es tarde.

¡Bieeeeeenn!

A ver, a ver... Sí, esta es muy bonita: «Una familia se ahoga en un charco».

¿En un charco? ¡Pero cómo puede ser!

Pues es lo que pone aquí: «Una familia se ahoga en un charco de la carretera».

¿De verdad que pone eso?

«Es la segunda vez que se produce un suceso similar en esta vía comarcal».

¿Sí?, ¿la segunda?

«Al parecer, un fuerte aguacero originó el charco sorpresivamente».

¡Pero qué cosa más rara!

«La tragedia se debió a que los ocupantes del vehículo no sabían nadar».

¡Te la estás inventando, a que sí!

¡Que no, Martintxo! ¡Cómo me voy a inventar algo semejante!

Pues déjame ver.

¡No, a mí, a mí, déjame a mí!

Matilde, a ti no te puede dejar; no sabes leer.

¡Yo sí sé!

¡Tú no sabes!

¡Sí sé!

La luna llena fue trepando poco a poco por un firmamento repleto de estrellas, y el humo de los hogares, tímido como era, se quedó pegadito al suelo, como si no quisiera enturbiar la noche. Los perros aullaban.

Capítulo 3

Había una vez un rey

Primavera de 1931

*E*ra domingo, y tal vez por eso, una canica entró por la ventana y rodó por el suelo de la cocina hasta detenerse a los pies de Martín. Teresa, que estaba alimentando el fuego con carbón, no la sintió y siguió a lo suyo. El niño recogió la canica y asomó un ojo y parte de la nariz por la ventana. Fuera, Cosme y Satur esperaban con un balón de trapo bajo el brazo. Apuró el vaso de leche de un trago y, antes de que le pudieran mandar nada, salió de casa como una sombra y los tres echaron a correr hacia la plaza.

¡Pero qué andáis, si todavía es pronto!

Es que en el pueblo pasa algo, Martín.

¡Qué va a pasar, pues!

Que los mayores están raros.

¿Raros?

Sí, están venga a entrar y salir de la escuela.

Pues sí que es raro, sí.

Y no sabes lo peor: andan cuchicheando que si esto que si lo otro.

Bueno, es que son mayores: son cotillas, como las niñas.

Mira, ahí está Josemari. Igual sabe algo.

Hola, Josemari. ¿Has visto eso?

Sí, mi padre me ha dicho que hay elecciones.

¿Y qué son unas elecciones?

No sé, no me lo ha dicho.

Josemari era el típico crío hecho de cola de zapatero y plomo; vamos, lo que se dice un pelma, y para que no se les pegara, señalaron con el dedo una cosa que estaba muy lejos y allá se fue, a ver lo que era. Más tranquilos, continuaron con sus pesquisas, silbando para disimular. Martín localizó al padre en un corrillo muy apretado y puso el oído a trabajar. Hablaban en vascuence, muy bajito, por lo que apenas consiguió escuchar unas pocas frases con claridad. Le resultaron un verdadero enigma:

Ze ehingo dau?

Galdu ta joan.

Halan izengo da, bai.

(¿Qué hará? Perder y marchar. Así será, claro que sí).

Por mucho que le dieron vueltas, no lograron descifrar el acertijo, así que al final decidieron marchar con viento fresco; habían quedado en el campito para jugar un partido de balompié con unos de Zamácola, unos *mataos* a los que tenían previsto vapulear sin miramientos. Esperaron un rato rascándose el trasero, pero como no aparecían por ningún lado, se pusieron a echar unos saques de esquina entre ellos. Sin embargo, hubieron de dejarlo enseguida, porque de tanto rematar aquel balón, que era de todo menos redondo, les sobrevino un dolor de ideas horroroso y no les quedó otra que meter la cocorota en el agua helada del río. Al sacarla descubrieron algo increíble: ¡una caravana! Era preciosa, igualita a las de las películas del Oeste: con sus carretas de lona blanca, sus mulas de orejas gigantescas y sus látigos ondeando al viento. Iba custodiada por un grupo de treinta o cuarenta mayores vestidos con colores vivos y por un enjambre de niños, perros, cabras, vacas famélicas y un número indeterminado de ratones. La procesión dibujó un círculo en torno a ellos y se detuvo dejando escapar un suspiro de madera. Antes de que pudieran decir ni pío, el sonido alegre de un acordeón les robó una sonrisa de la boca.

Al caer la noche decidieron volver a espiar un rato. Los extraños cantaban y bailaban alrededor de una hoguera que les recordó mucho a la que se

encendía en el barrio el día de San Juan: era igual de naranja. Satur se durmió el primero. Soñaron con cosas bonitas, hasta que unas pisadas cautelosas los despertaron. Eran dos niños, pero no dos niños cualquiera, qué va, sino dos excéntricos de tomo y lomo. Hablaban como todos los chavales de la comarca, con el dedo metido en la nariz, y sin embargo no entendían ni jota de lo que decían. Adivinaron por sus gestos que les estaban ofreciendo acercarse al fuego. Hacía frío.

Martes, 14 de abril

Era raro, no habían tenido que asistir a la escuela desde el viernes pasado; y también perfecto, porque un hombre con un narizón rojo acababa de anunciar un espectáculo que, dijo, iba a celebrarse en la plaza esa misma tarde. Creyeron sus palabras porque las acompañó de un redoble de tambor:

¡Tacatún, tacatún, tacatacatatún!

Lógicamente, todos, absolutamente todos los niños de La Peña acudieron a la cita provistos de mucha emoción y un taburete. Este último lo plantaron frente a un carromato decorado con un lienzo en el que se apreciaba una torre sobre unas montañas nevadas. Hacía una tarde un tanto fresquita, y a mi modesto entender, el espectáculo bien pudiera haberse celebrado a cubierto, en el café de la cooperativa, que se encontraba en la misma plaza. Pero los mayores habían abarrotado el café desde primera hora de la mañana y no había manera de echarlos de ahí; permanecían formados como un regimiento de caras largas dirigidas al transistor.

Matilde se hacía nudos en el pelo con una mano, mientras con la otra tiraba del vestido de Paulina intentando llamar su atención; pero su hermana no tenía ojos para otra cosa que no fueran las deslumbrantes ropas de los titiriteros. Luisa, entretanto, trataba de localizar a alguien entre el público, y en un momento dado, se le escapó un susurro preocupado:

Vaya, no ha venido.

Entonces, las marionetas, los saltimbanquis, los perros que caminaban a dos patas, las cabras equilibristas, un señor con bigotes circulares que tocaba

el acordeón y unos payasos muy tontos se comieron los ojos de los niños de un bocado. Una vez concluida la actuación del circo de pulgas, que hizo crecer los cuellos hacia lo invisible, se celebró el sorteo de una muñeca y un balón. Tocaron el veinticinco y el ocho. Un niño muy colorado salió con el ocho entre aplausos, recogió el balón con la mirada en el suelo y salió disparado.

¡El veinticinco, a ver, quién tiene el veinticinco, *tacatacatacatún!*, insistió el señor del tambor.

Al fondo de la plaza, un chaval muy apuesto se levantó y fue esquivando obstáculos hasta sentarse junto a Luisa, que sonrió.

¡El veinticinco, por favor, que salga ya, *tacatacatacatún!*

Pero a pesar de su insistencia, nadie quiso recoger aquella muñeca.

Matilde lloraba en su taburete con la barbilla pegada al pecho. Tenía las manitas escondidas debajo de las piernas, y en una de ellas, guardaba un secreto: una pelota de papel con un número escrito a lápiz en su interior. El veinticinco.

Miércoles, 15 de abril

El asunto había pasado de ser considerado raro a rarísimo: ¡miércoles y continuaban sin clases! ¡Era la repanocha! En esta ocasión, sin embargo, Martín no consiguió escabullirse de sus obligaciones mañaneras, y Satur, siempre tan solícito, se ofreció a echarle una mano con el pienso de las vacas, para ver si así terminaban un poquito antes. Lamentablemente las buenas intenciones del chaval no se vieron recompensadas, pues en un descuido metió la pata en el estiércol hasta la altura de la ingle. Menos mal que Martín acudió pronto en su socorro:

La has *cagao*, chaval, esa pierna se te muere en dos días.

¡Anda ya!

¿No me crees? Pues que sepas que a Filemón le cortaron la pierna por eso.

¡Ja!, las piernas no se mueren así como así.

¿Qué no? ¡Ya verás, ya! Seguro que se te muere un buen cacho.

Pues en el pueblo sí que se ha muerto uno; ¡y todo entero!

¿Quién se ha muerto?

No sé, pero mi padre ha dicho que hay entierro a las ocho.

¡Pero qué dices, Satur, si los entierros siempre son por la mañana!

Es que debe ser el de alguien importante.

No, aquel entierro no era el de alguien importante, sino el de alguien *importantísimo*; probablemente el de un jefe o algo parecido. Aunque todavía faltaba más de media hora para la celebración, la plaza se encontraba abarrotada. Nunca en su vida habían visto una muchedumbre semejante: se había acercado gente desde los mismísimos confines de Arrigorriaga, de lugares incluso que se desconocía que pudieran existir. Había cuadrillas de Sebereche, del Cuartel, de Zamácola y hasta de Buya, un barrio que estaba al borde del mundo, allá donde se pierde la vista y comienza el abismo. Los niños abrieron apuestas sobre la identidad del difunto. Se pagaban dos canicas a una a favor de don Julián, el maestro, lo que explicaría por qué no había escuela; y tres a una por el párroco, que olía a fiambre desde hacía tiempo.

Cinco minutos antes de la hora, unos mozos llegaron portando el ataúd a hombros. Curiosamente lo habían colocado sobre la escalera que utilizaba el alguacil para encender las farolas, quizá para llevarlo con mayor comodidad. Los chiquillos subieron a un muro para distinguir mejor al muerto. Estaba blanco como la harina; engalanado con un traje de terciopelo y una corona, y le asomaban guatés por la nariz y las orejas. Todo ello le proporcionaba un aspecto siniestro. Sí, daba miedo mirarlo más de tres segundos seguidos, y eso que no parecía demasiado viejo, lo cual lo habría convertido en un auténtico vampiro. Su juventud les resultó particularmente extraña, pues la alegría flotaba en el ambiente. Por muy diminutos que fueran, sabían de sobra que las sonrisas y los vítores solo se dan cita en los entierros de ancianos, a quienes se acostumbra a despedir con vino, como merece alguien que ha disfrutado de una larga vida. No era el caso, desde luego: aquel muerto debía tener veinte años, treinta a lo sumo, pero aun así, la única que lloraba de entre toda la multitud era Paulina, que había venido con la cuadrilla de Martín en calidad de acompañante ocasional, como le dejaron bien claro.

Un cura desconocido se puso al frente del cortejo, y con una Biblia en la mano, lo dirigió hasta la entrada de la iglesia de Santa Teresita entre aplausos

fervorosos. Luego prendió unas velas en torno al ataúd con gran parsimonia, se giró hacia la multitud con los brazos dirigidos al cielo y gritó como un auténtico endemoniado:

¡El rey ha muerto! ¡¡¡Viva la República!!!

Entonces el muerto se incorporó y respondió a una con la multitud:

¡¡¡Viva!!!

Paulina olvidó que lloraba.

Capítulo 4

El petirrojo y el tirachinas

Primavera de 1931

*J*uan Goirigolzarri partía leña en la parte de atrás del caserío. Martín gozaba del sonido del hacha cortando el viento cuando un petirrojo se posó sobre el musgo de un tronco de encina. Sacó el tirachinas del bolsillo y preguntó:

Juan, ¿qué es un rey?

El vecino volvió la cabeza hacia el pequeño, siguió la trayectoria de su mirada fija y descubrió al pajarito.

Un rey, respondió, es un señor muy rico que quiere que todo el mundo lo obedezca.

Martín tensó la goma:

¿Y una república?

El petirrojo lo miró a los ojos y el hacha guardó silencio.

Una república es un lugar donde no existe un rey que tenga poder sobre los demás.

Martín contuvo la respiración, soltó la goma y ¡zas!; no se lo podía creer, había acertado. Juan observó la expresión del niño, que se acercó al tronco, pero se detuvo sin llegar a cobrar su presa. Su mirada lo decía todo. Decía que nunca, nunca en su vida había visto un color como el del plumón de aquel petirrojo de ojos cerrados.

Volvió a cantar el hacha, pero no la escuchó.

Capítulo 5

Día de reyes

Invierno de 1931-32

*M*artín trataba de mantener a flote su barco pirata, sacudido por una tempestad que estaba convirtiendo aquel sueño en una auténtica pesadilla. Por fortuna, una lechuza se posó en el alféizar de la ventana y lo trajo de vuelta a la realidad:

Despierta, hoy es el día de Reyes, dijo la lechuza.

Un cosquilleo le recorrió los vericuetos de la tripa, y rápidamente, deslizó la palma de la mano por debajo de la almohada y encontró algo. Emocionado, lo acercó a la claridad que entraba por la ventana y su sonrisa se esfumó al instante. Sintió que le subía fuego desde el cuello hasta las orejas: los Reyes Magos le habían traído una tableta de chocolate; otra vez.

¿Quiénes, quiénes son los Reyes Magos? ¿Por qué hacen eso? ¿Por qué regalan juguetes a los niños ricos que ya tienen juguetes, y solo traen chocolate a los pobres?

En mitad de esos pensamientos oscuros que le revolvían la infancia, escuchó unos pasos corriendo por el pasillo, se abrió la puerta y Matilde comenzó a volar de esquina a esquina de la habitación como un globo de luz que pierde aire.

¡Martín, Martín, mira lo que me han traído los reyes! ¡Mira, mira qué rico!

La pequeña le enseñó una tableta de chocolate como la que él tenía en sus manos.

Capítulo 6

La vaca tonta

Verano de 1934

*E*l río en verano era un lugar mágico en donde, hicieras lo que hicieras, estaba demostrado que era imposible que pudieras sufrir el más mínimo daño. Por ejemplo, podías nadar sin saber nadar, navegar con balsas de mimbre que no flotaban, saltar al agua desde los diez o doce metros de altura del puente del tranvía, o salir disparado por el cañón de un antiguo molino para caer en un colchón de burbujas de gaseosa. Todo con la absoluta seguridad de que nunca te pasaría nada.

Aquel día, para variar, la cuadrilla de Martín Abrisqueta había decidido ahogarse un poco para matar el calor. Tenían un sitio perfecto para tan noble fin: la presa de la fábrica de clavos. Allí, por debajo del nivel de las aguas, un conducto encauzaba la corriente a través de unas turbinas, que, al girar, generaban la electricidad que precisaba la factoría. Ese conducto era tan largo que difícilmente podías atravesarlo buceando; por tanto era una amenaza, es decir, una maravilla. Pero ocurría que Satur no era un poco torpe, sino que lo era completa y frecuentemente, y se había quedado atascado en la amenaza. Sus amigos llevaban diez minutos esperando que asomara el gazzate por la salida.

¡Maldito Satur, habrá que ir a salvarlo!, sugirió Cosme.

Les costó un rato, pero al fin se decidieron. Treparon presa arriba, se inflaron como balones frente a la boca del conducto y se tiraron de cabeza. Después de bucear un tramo oscuro como la boca de un lobo, justo cuando se les acababa el aguante, alcanzaron un islote de agua iluminada a la altura de las turbinas, que se veían protegidas por unas rejas.

Ahí estaba Satur, abrazado a un tubo estrecho que ascendía hacia la luz del sol. Pegaron la boca a otros dos tubos que había al lado (eran aliviaderos de la presa que permitían coger aire a mitad de camino en caso de necesidad) y gritaron con todas sus fuerzas para hacerse oír a través de esa especie de trompeta dirigida al cielo.

¡Satuuur! ¡Satuuuuur! ¿Nos oyes?

En el exterior, justo encima de sus cabezotas, había dos niños pescando que, al escuchar sus voces, echaron a correr despavoridos: supusieron que se trataba del horrible monstruo que vivía en el fondo del río. Debía haberlos confundido con un tal Satur, pero ni por asomo estaban dispuestos a quedarse ahí para sacarlo del error.

¡Vamos, Satur, suéltate!

¡Que no, que no, esperad!

¡Contamos hasta tres y salimos! ¿Estás preparado?

¡Que no, que no, que yo me quedo!

¡Pero cómo te vas a quedar aquí, no seas merluzo!

¡Que sí, que me gusta estar aquí!

¡Venga! ¡A la una, a la de dos y a la de...!

Cinco. No hicieron falta tres sino cinco intentos para conseguir despegar al merluzo de su absurda posición. De hecho, de no haberle hecho cosquillas en los pies con verdadera crueldad, no habrían logrado nunca despegarlo del tubo y ganar la salida. Fue una lucha encarnizada, ¡Dios que si lo fue! Había que reconocer que, si no como merluzo, al menos como percebe pegajoso Satur era todo un profesional. Al sacar las narices a la superficie, entre risas y salpicones, advirtieron que en la orilla les estaban esperando unos niños con los que solían quedar para jugar a ladrones y ladrones (es que nadie en el pueblo quería ser policía). Pero algo debía haberles ocurrido, porque tenían las caras como si se las hubieran estirado.

Pero ¿qué os pasa?, quisieron saber.

Los niños tardaron en responder, aunque cuando lo hicieron, sus palabras golpearon la mañana con un mazo:

Martín, que dice Pecas que el tren te ha matado una vaca.

Era la Pinta, la reconoció por las manchas. Yacía en un terraplén, adonde había ido a parar tras la embestida del convoy. Los amigos lo ayudaron a agrupar el resto del ganado, que estaba desperdigado por el monte, y luego lo acompañaron en el viacrucis hasta el caserío.

Martín tenía el pescuezo hundido en remordimientos. No podía soportar la culpa y confesó el pecado según vio a la madre. Pero lo hizo a tal velocidad que Teresa solo captó la palabra «vaca» de toda aquella retahíla de sílabas pronunciadas sin respirar. Cuando al fin comprendió, a la pobre mujer le pudo el peso del canasto de ropa sucia que acarreaba al lavadero y se sentó en una piedra con una mano sobre la frente.

¡Ay, Martintxo, qué disgusto!

El niño besó el dolor de la madre y evitó toparse con el padre durante el resto de la jornada. Incluso se metió en la cama sin cenar.

Al atardecer del día siguiente entró en casa y encontró a Tasio en la cocina. En un principio sintió miedo, y a punto estuvo de salir corriendo por donde había venido, pero al verlo tan tranquilo, charlando con Laucirica, un compañero de trabajo con el que siempre hablaba de política, pensó que tal vez habría olvidado lo de la vaca.

A la hora de la cena, Tasio acompañó a Laucirica hasta el porche y lo despidió con una sonrisa. Luego cerró la puerta y la sonrisa, y caminó hacia Martín en medio de un silencio extraño que amplificaba sus pasos.

Levántate, le dijo.

El chiquillo se levantó del taburete mientras su alma caía, y el padre le estampó una bofetada con la mano de piedra del trabajo de toda una vida deslomada. Al ir a propinarle la segunda, detuvo la rabia por una pérdida tan importante. Acababa de ver las lágrimas del niño que no llora, un niño pequeño que siempre quería jugar.

Quiso consolarlo. Pero se fue.

Capítulo 7

Los hombres de oscuro

Otoño de 1934

*E*ntraron en la escuela como un ejército de aullidos en desbandada y se desparramaron por las dos aulas, la de los niños y la de las niñas, rebotando de pupitre en pupitre, hasta que se les puso cara de buenos y se sentaron la mar de calladitos. A continuación comenzaron las clases como cada día, con ejercicios de Matemáticas, y a Matilde se le cayó la cabeza y no la recogió. Pero al cabo, unos nudillos insistentes golpearon la puerta y la despertaron.

¡Poc! ¡Poc! ¡Poc! ¡Poc!

La pequeña levantó el sueño del pupitre y vio que un desconocido entraba en el aula y susurraba un secreto al oído de la profesora. Al escucharlo, doña Leonor se quedó mirando a una esquina del techo donde ni siquiera había una araña y, para sorpresa de todas sus alumnas, dijo algo maravilloso:

Tenéis suerte, niñas, hoy os daré vacación el resto del día.

¡Bieeeeeenn!

¡A ver, esperad, esperad un momento, por favor! ¡Vosotras, las de ahí, un poquito de silencio! Prestad atención: ahora debéis dirigiros directamente a vuestras casas, sin deteneros por ningún motivo. ¿Habéis comprendido?

¡Síiiiiiiii!

Ese sí tan largo llegó de la mano de un caos de alegría que voló por los aires, y cuando por fin aterrizó, las niñas se unieron a los niños, y juntos, por primera vez y sin que sirviera de precedente, tomaron el pueblo como una horda salvaje, haciendo caso omiso de las órdenes de doña Leonor y don Julián. Ni qué decir tiene que holgazanear por ahí es muchísimo más divertido que enclaustrarse entre cuatro paredes y dos padres.

Martín y Cosme, sin embargo, dada su condición en extremo segregacionista (por aquel entonces se les indigestaban las coletas), se quedaron un poco rezagados y advirtieron que los mayores abandonaban la fábrica igualmente. Les sorprendió mucho, todavía faltaban más de cuatro horas para el cambio de turno. Repararon en que algunos obreros caminaban con las manos en los bolsillos, como si tal cosa, mientras que otros, sobre todo los más jóvenes, hacían corrillos y se plantaban en mitad de la calle con los brazos en jarras. Era extraño verlos tan enfadados, cuando a ellos también les habían dado vacación. Intrigados, decidieron dar una vuelta por el barrio para averiguar lo que se traían entre manos. No les iba a resultar fácil, desde luego; esta vez no contaban con el agente Satur para la investigación (al pobre le habían salido unas amígdalas en la garganta y su madre no le había dejado levantarse de la cama), pero intentarían apañárselas ellos dos solos. Así que fueron especialmente escrupulosos y tomaron nota de cada conversación, de cada gesto, de cada mirada de reojo, hasta que a eso del mediodía, cansados ya de tanta pesquisa inútil, marcharon para al caserío a airearse un poco. Afortunadamente lo hallaron vacío, nadie podía mandarles nada, y se pusieron a jugar a las tabas sin mayor preocupación que la de sacarse los cuartos el uno al otro. En realidad, no tenían una perra gorda, pero les gustaba hacerse pasar por magnates y cruzaban apuestas sobrecogedoras, de trillones y trillones de pesetas.

Paulina y Matilde, entretanto, se habían quedado saltando a la comba en un rinconcito de la plaza. Se encontraban allí, lo más lejos posible del café de la cooperativa porque la taberna y sus alrededores rezumaban nerviosismo. Los mayores no paraban de discutir, de arrojar palabras los unos a los otros, y despistaban a las niñas a la hora de manejarse con la cuerda. Repetían hasta la saciedad un término desconocido: «huelga». Pero todas las palabras

enmudecieron al irrumpir en la plaza unas camionetas. Venían repletas de hombres uniformados de oscuro, con cascos ceñidos, mosquetones, porras y caras de perro rabioso. Su aparición, además de silencio, provocó un efecto muy curioso: los mayores aliviaron la presión de los labios sobre el cigarrillo, y este se inclinó hacia abajo como esbozando un mal presagio. La reacción de Paulina, por el contrario, fue mucho más evidente: quedó a la pata coja, con la cuerda entre las piernas, sin atreverse a completar aquella maniobra que prometía tanto.

¿Quiénes son esos señores?, oyó que preguntaba Matilde.

No sé, pero ven conmigo, cariño.

A partir de ahí todo sucedió muy rápido: los frenos de las camionetas chillaron, los hombres de oscuro bajaron a toda prisa y, *¡pin, pan, pun!*, comenzaron a golpear a la gente en la cabeza, en las piernas, en los costados, en la cara, en los chichones, en el suelo. Matilde sintió un miedo que la dejó paralizada en mitad de una respiración diminuta, se tapó los ojos para no ver la sangre y notó que una mano tiraba de ella, la hacía volar calle abajo.

¡Quiero con *ama!*, decía, ¡quiero con *ama!*

Martín escuchó aquel tremendo alboroto que crecía desde el centro del pueblo y escudriñó la mirada de Cosme en busca de una respuesta, pero enseguida se dio cuenta de que su compinche tampoco tenía la más remota idea de lo que podía significar. Poco después, una camioneta se detuvo en el camino que remontaba la cuesta del caserío y quince o veinte hombres de oscuro se apearon a la carrera empuñando unos mosquetones en su dirección.

¡Corre, Martín, corre, que vienen para aquí!, alertó Cosme.

Pero ¿por qué?, ¿qué hemos hecho?

¡No sé, pero corre!

Huyeron hacia la huerta, y lo primero que se les ocurrió fue cubrirse de hojas secas bajo un viejo castaño. Apretaron los párpados, escucharon un golpe cerca, *¡pun!*, gritos, otro golpe, *¡pun!*, más gritos, no aguantaron más y abrieron los ojos al miedo a tiempo de ver cómo uno de aquellos hombres derribaba la puerta de los vecinos de una patada. Los gritos arreciaron y, *¡pun!*, sacaron a Juan a empujones, *¡pun!*, esposado, *¡pun!*, apartando de malas

maneras a sus dos hermanas, ¡pun!, que trataban de abrazarlo para impedir que se lo llevaran.

No, no, no, por favor, a Juan, no, suplicó Martín mientras Cosme hacía lo posible por taponarle la boca.

Los hombres de oscuro metieron al mozo en la camioneta, rugió el motor y desaparecieron en medio de una nube de humo negro. Los chiquillos no esperaron a que se disipara: echaron a correr hacia el caserío para preguntar, para saber por qué, quiénes eran esos señores tan malos. Pero los sollozos de Pantxika, la madre de Juan, atravesaron las paredes y llegaron a sus oídos con tal virulencia que paralizaron sus pies.

¡Hijo mío, hijo mío, hijo mío!, repetía y repetía.

La mujer estaba en cama, muy grave, enferma de pulmonía, y los críos se quedaron ahí, atenazados por su dolor, hasta que Tasio llegó jadeando y los despachó del lugar sin darles una sola explicación.

Al caer la tarde, sin embargo, se enteraron de que los hombres de oscuro se llamaban la Guardia de Asalto, oyeron decir que habían detenido a mucha gente en Arrigorriaga y en todo el país, y de tanto escucharla, aprendieron una palabra nueva, «revolución», aunque su significado era un auténtico misterio, pues se presentaba en las conversaciones cuando menos se esperaba. El barrio estaba muy alborotado, los mayores parecían bombillas que dieran chispazos, y todos los niños, sin excepción, permanecían atentos a cada ruido, a cada término, a cada lamento. Aun así, Matilde no alcanzaba a comprender nada. Por eso lloraba. Por eso y porque había visto arder el odio por primera vez en su vida.

Dos días después los pájaros callaron de repente. Martín buscaba en el cielo un gavián que explicara ese extraño silencio y su atención cayó a tierra en cuanto percibió el rugido de aquel motor acercándose de nuevo. El instinto lo empujaba hacia la huerta, pero un segundo antes de que sus piernas se lanzaran a la carrera, advirtió que la camioneta traía una sorpresa, ¡una sorpresa maravillosa!, y salió a su encuentro para recibirla con un beso.

¡Juan!, ¡Juan!, ¡Juan!, gritaba con los ojos empañados mientras un laberinto de piernas oscuras le impedía el paso.

¡Martintxo, tranquilo, estoy bien, ve a casa!

Pero no, no podía soportar la visión de aquellas esposas en las muñecas de su amigo y continuó forcejeando con las piernas, hasta que un guardia lo hizo a un lado de un empujón y corrió a ocultarse bajo las hojas del viejo castaño. Desde allí, vio cómo obligaban a Juan a coger una azada y lo conducían a la huerta de su familia, a unos cincuenta metros de su escondrijo.

¡Cave usted!, ordenó la oscuridad.

Juan comenzó a cavar con desgana, y un guardia con bigote, harto de su actitud cicatera, le arrancó la azada de las manos y acabó el trabajo. Luego se sacudió el uniforme, lanzó una mirada furibunda y extrajo unas pistolas y una especie de piñas metálicas de color caqui de las entrañas de la tierra. Las pistolas las metió en un saco, y las piñas, en una cajita.

¡Arree, *desgraciao!*, bramó el bigote empujando al mozo por la espalda.

El grupo echó a andar en dirección a la montaña, y Martín los siguió a ochenta o noventa pasos, encorvado, luchando contra el miedo, como un perro abandonado que quiere y no puede acercarse. Buscaba la protección de los árboles, corría de uno a otro tratando de mantener la distancia con respecto a la oscuridad, necesitaba conocer la suerte de su amigo, saber adónde, por favor, adónde lo llevaban.

Se detuvieron junto a una cueva y, a la orden del bigote, dos guardias se aventuraron en ella portando la cajita de las piñas con sumo cuidado. Al rato salieron corriendo y, *¡poooooom!*, se produjo una explosión sorda que llegó acompañada de un intenso aroma a café, en absoluto desagradable, pero demasiado picante para un niño. Martín estornudó lo menos cien veces seguidas, y cuando por fin se calmó su nariz, ya no había nadie junto a la cueva, solo murciélagos que huían asustados. De lo profundo del valle, subían unos sollozos ahogados por la enfermedad que dominaron el silencio, la tarde y la noche.

¡Hijo mío, hijo mío, hijo mío!

Una semana después, los pájaros desperezaron el barrio con sus trinos pues lucía un sol espléndido, sin una nube negra que pudiera entristecer la mañana. La Peña había ido recuperando la normalidad, ya no se veían grandes aspavientos y algunos, no demasiados, esperaban con impaciencia la apertura de la escuela.

Martín, Martín, ¿cuándo te vas a despertar?, preguntó Matilde.

Déjame, que tengo sueño.

Venga, jolines, vamos a ver si hay clase.

Esa proposición quedó en el aire, pues en ese instante el chiquillo reconoció una voz que se acercaba saludando por la calle y una sonrisa lo catapultó escaleras abajo. Abrió la puerta más rápido que el viento y vio a Juan entrar en su casa, escoltado por dos guardias de Asalto y abrazado a sus hermanas, que lo achuchaban sin llegar a detenerlo. Se coló en la vivienda tras ellos, pero por respeto, aguardó en el umbral de la habitación de la madre junto con los guardias. Pantxika suspiraba con un soplo de alegría mientras sus manos rodeaban la cabeza de su hijo pequeño. Lo abrazaba. Lo volvía a abrazar.

Hijo mío, estás libre.

Sí, *ama*. Te quiero, *ama*. Te quiero.

Pantxika murió feliz, en brazos de Juan. Luego los guardias le pusieron las esposas y se lo llevaron de nuevo.

Capítulo 7 bis

Las gracias

Enero de 2011

Concretamente, he dejado pasar cuarenta y tres años, tres meses y ocho días para comenzar a escribir la vida de Martín Abrisqueta. Mi condena ha sido la espera: demasiado larga, demasiado dura. Pero ha llegado el momento. Si no lo hago en este mismo instante, sencillamente plegaré mis alas y desapareceré; debería decir «moriré», pero me da miedo. Escribo la vida de mi padre porque todos mis nudos pasan por ahí, porque hacerlo nos acerca.

¿Cuándo se produjo nuestro distanciamiento?... No lo sé. Desde que tengo uso de razón hemos sido dos canicas que se repelen como polos opuestos y a las que solo une un suelo abombado: nuestra condición de padre e hijo. Supongo que aquello que nos separó debió ocurrir cuando yo era una célula; debe tratarse de algo genético, algo intrínseco a nuestra naturaleza. Si él dice arriba, yo digo abajo; si yo digo alto, él dice bajo. No cabe otra posibilidad.

Crecí con mi *ama* y mis abuelos presentes, mucho más que mi padre, que trabajaba demasiado, por nosotros, sus cinco hijos. Martín Abrisqueta salió de la nada y se construyó a sí mismo, pero el precio fue el tiempo, y yo necesito mucho, demasiado tiempo para acercarme a las personas. Tal vez por eso nuestros encuentros siempre han bailado por una cuerda floja al borde del dolor.

Nunca nos hemos entendido y, sin embargo, mi madre dice que somos iguales. No lo creo: ¡qué más quisiera yo que tener una energía que mueve montañas! Todo se reduce a que nuestras mentes circulan en sentidos opuestos. A mí no se me da bien lo útil, supongo que por eso escribo; y hasta hace poco, mi poesía era inconcebible en el universo pragmático de Martín, que es el maestro de lo tangible.

Pero a medida que profundizo en su infancia, me doy cuenta de que quizá solo hayamos vivido de formas diferentes un universo mágico que los dos sabemos que existe. Él abandonó esa tierra encantada porque la bombardearon, mientras que yo he tenido la oportunidad de no madurar y sigo siendo un Peter Pan que busca su sentido en el día después.

Escribiendo su vida y, sobre todo, leyéndosela, he comprendido que Martín echa de menos ser niño incluso más que yo; tanto que aquellos lejanos recuerdos encienden hoy su cabeza y a veces olvida su edad, su dolor. Disfruta, sonríe, llora con ellos, o huele el triste aroma a café que despidieron unas granadas de mano al estallar hace casi ochenta años. Puede que Martín sea hoy, al fin, el niño que no le dejaron ser.

Hace unos días me dijo la palabra «gracias» por primera vez en su vida. Lo hizo por teléfono, después de dictarme las correcciones que había hecho sobre el borrador del tercer capítulo. Tragué saliva. En su boca, en mis oídos, esa palabra significa fragilidad.

Yo creía que mi padre era de piedra, una piedra dura, imperecedera, pero temo haberme equivocado. Temo por él. He tomado conciencia de que el ahogo que siento en el pecho se debe a que parece que he decidido salvarlo, como sea, para que no se vaya, para que no se vayan ni él ni mi *ama*, para que siempre estén. No, no nos entendemos, pero los necesito, me da igual lo que dicte la ley de la naturaleza, quiero curar su edad, por eso escribo, por eso me corroe la angustia cuando no lo hago, porque podría hacer más, salvarlos más.

Redacté la primera frase de la vida de Martín Abrisqueta un 1 de enero, al borde del precipicio, ante una sima oscura que ha ido creciendo bajo mis pies hasta hacerse insoportable. Y entonces, en solo unos minutos, brotó el capítulo inicial como sangre de una herida.

No estoy seguro, pero creo que nunca le he dado las gracias a Martintxo.
No sé si ayer se las devolví cuando él me las dio por primera vez.

Capítulo 8

El lagarto verde

Verano de 1935

*M*atilde recogía margaritas para decorar el interior de una casita que había construido para acoger a ratones desamparados. Lucas le echaba una mano seleccionando los mejores tréboles de la campa, y aunque no lo parezca, la empresa era hartó peligrosa, pues el frente del caserío estaba plagado de tréboles carnívoros. Había que tener mucho cuidado porque eran de aspecto muy similar a los normales; si acaso un poquito más verdes, en opinión de Matilde.

En esas andaban cuando Lucas sorprendió a un lagarto pavoneándose por ahí y no lo pudo evitar: se puso a cuatro patas y comenzó a imitar sus movimientos. No lo hacía mal del todo y pronto le dio alcance. El bicho apretó el paso, pero en vista de que no conseguía dejar atrás a aquel humano chiquitito, asomó el morro a la mina de carbonato que se abría en un extremo de la campa, supongo que para ver si encontraba una vía de escape. La mina era un tajo a cielo abierto que llevaba años abandonado, con metros y metros de caída hasta un fondo lleno de agua oscura en donde vivían ranas cantoras.

¡Croa, croa, croa!

¿Qué miras ahí abajo?, preguntó Lucas al lagarto mientras echaba un vistazo al agujero con mucha cautela. Le daba respeto porque nadie sabía a

ciencia cierta dónde terminaba su negrura.

Entonces, solo unos segundos después de que su pregunta cayera por el agujero, la mina se hizo hueco entre el coro de batracios y respondió algo sorprendente:

¡¡¡Socorro!!!

Al escuchar aquella enigmática interjección, Lucas y el lagarto salieron disparados cada uno por su lado, y centrándonos en el niño, no paró de correr hasta llegar a la casita de los ratones. Más tranquilo, acercó el ojo derecho a la puerta y descubrió una mesa hecha con tres piedrecitas, y sobre ella, un trapito colocado a modo de mantel y una concha diminuta llena de hierbecitas. Faltaban los cubiertos.

Mati, ¿qué quiere decir «socorro»?

Pues «socorro» quiere decir..., ahora doblo esta flor así y cojo y...

¡Mati, venga, dime...!

Hola.

¡Jo!, ¿por qué no me lo dices?

¡Pero si te lo estoy diciendo!

¡Ah!, ¿sí?

Quiere decir hola.

¿Seguro?

Claro.

Lucas volvió reptando a la boca de la mina, pero con un poquito de prisa, la verdad; quería congraciarse con ella por haber malinterpretado su saludo. Respondió alto y claro, como un niño bien educado:

¡Hoooooaaaaa!

Esta vez el agujero pronunció una frase entera:

¡Lucas, llama al padre!

Perplejo por la orden de la mina de carbonato, el pequeño dudó sobre la conveniencia de hacer caso a un desconocido y decidió regresar a la casita de los ratones en busca de asesoramiento. Se fijó en que su hermana había colocado un cromo a modo de cuadro en una de las paredes de la salita de estar.

Mati, la mina me ha dicho que llame al padre.

Pues llámalo.

Vale.

Obediente como era, fue en busca del padre y lo encontró sentado en un taburete minúsculo sacando filo a la guadaña. Levantó los nudillos al aire y le dio tres golpecitos en la espalda como quien llama a una puerta.

Padre, que la mina me ha dicho que venga.

Dile que ahora voy.

Vale.

¡Oye, espera! Que te ha dicho... ¿quién?

La mina.

El niño condujo a Tasio al agujero mientras le daba instrucciones precisas sobre el modo correcto de asomarse a las minas de carbonato. Hizo especial hincapié en que debía hacerlo tirado panza abajo y con las uñas correctamente hincadas en la tierra, como el lagarto. Tasio atendió a las indicaciones del criaño sin pestañear; era muy pesado y sabía de sobra que tarde o temprano tendría que pasar por el aro. No se lo pensó dos veces: hincó las uñas en el suelo y dejó caer la mirada al vacío.

¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Socorro, por favor!!!

Del susto, a pocas se le escapa la *txapela*. Rápidamente, buscó una explicación a aquella voz, pero apenas distinguía nada en el agujero. Hubo de esperar a que sus pupilas se adaptaran a la oscuridad para advertir la presencia de algo que se movía ocho metros por debajo de su mirada atónita, en unas zarzas suspendidas en medio del talud.

¡Coño!, ¿quién anda ahí?

¡¡¡Soy yo!!!

¿Y quién eres tú?

¡¡¡Martín, Martín, soy Martín!!!

Padre, ¿por qué está Martín ahí abajo?

¡¡¡Es que me he caído!!!

Pregúntele si ha visto un lagarto verde.

Capítulo 9

El partido

Invierno de 1935-36

*E*n los últimos meses habían llegado muchas familias de fuera a trabajar en la mina Malaespera, una explotación que estaba a pleno rendimiento; y gracias a eso, la cuadrilla de Martín pudo fichar un delantero de categoría. Se llamaba Ramiro y era de La Rioja, un lugar que nadie, ni siquiera él mismo, sabía dónde se encontraba. A pesar de su origen incierto, Ramiro tenía una pierna izquierda prodigiosa, muchísimo más pesada de lo normal, diríase que de unos ochenta o noventa kilos, con la que chutaba auténticos cañonazos desde fuera del área. Con su incorporación a la plantilla, los encuentros balompedísticos con los de Zamácola se contaban por victorias; aunque todo hay que decirlo, era un poco feo, chupón y no sabía nadar ni volar.

Por lo demás, las cosas continuaban sin novedad en el barrio: tristes, sin Juan. Lo único que cabe reseñar es que el domingo anterior se habían vuelto a celebrar elecciones. Al menos eso dedujeron los chavales, porque los mayores se pasaron la jornada entrando y saliendo de la escuela con caras largas. Afortunadamente, en esta ocasión el gesto se les alivió enseguida, pues al parecer ganaron los buenos.

Creo que fue más o menos por aquel entonces, quizá cuatro o cinco días después de las elecciones, cuando conocieron al hermano mayor de Ramiro.

Repartía papelitos a la salida de la fábrica junto a tres mozos de aspecto sesudo: tenían gafas redondas. Algunos mayores se paraban a charlar con ellos y escribían algo en un cuaderno que, curiosamente, habían colocado en medio de la calle con un lápiz y una mesa donde apoyarlo. Lucas, como era tan bajito, casi no necesitó agacharse para recoger uno de los papelitos que había caído al suelo en un descuido. Hacía nada que había aprendido a leer, y no era de esos niños indolentes que desaprovechan una oportunidad como esa para demostrar sus habilidades. Pronunció las palabras escritas en el papelito deteniéndose un poco en cada sílaba, para no olvidarse de ninguna:

A-fi-li-a-os-ya-pro-le-ta-ri-os-del-mun-do-al-par-ti-do-co-mu-nis-ta.

Al término de su lectura, que por cierto, le resultó particularmente dificultosa, llena de términos estrambóticos, se fijó en que los mayores realizaban un garabato muy artístico para escribir sus nombres en el cuaderno. Le pareció una gran idea, así que tomó el lápiz y escribió: «Lucas Abrisqueta». Luego dibujó un sol encima, unas margaritas debajo y, a la izquierda, la casita de los ratones de Matilde. Los demás chavales, al ver la habilidad con la que manejaba el lápiz, quisieron imitarlo, y fue de esta forma tan peculiar que se convirtieron en los afiliados del Partido Comunista más jóvenes del planeta; por supuesto, por detrás del pionero Lucas.

Unos días después de ese momento histórico para la cuadrilla de Martín Abrisqueta, el hermano mayor de Ramiro apareció en el campito ofreciéndoles echar un partido con su pelota. Era de goma, de esas que no te destrozan el cráneo cada vez que les das un testarazo. Sin embargo, pese a que lo intentaron con denuedo, no hubo manera de trenzar cuatro pases seguidos, porque el hermano de Ramiro estaba empeñado en detener el juego como fuera, agarrando el balón con las manos incluso. Se aprovechaba de que no podían amonestarlos con una tarjeta porque los dejaría ahí, compuestos y sin pelota. Lo peor del caso es que cada vez que se hacía con ella, se ponía a hablar de cosas que, aseguraba, eran tremendamente importantes, aunque solo él comprendía por qué. Repetía una y otra vez que los del partido se iban a reunir a las seis y media en un sitio para estar todos juntos y hablar más todavía. Los niños olvidaron acudir a la cita, con toda seguridad porque ya se habían aburrido de

un partido, en el que incomprensiblemente no podías correr ni dar patadas al contrario.

Esa noche, Matilde sacó una tiza negra y escribió detrás del cabecero de su cama: «Viva el comunismo». Le gustaba esconder palabras nuevas por ahí.

A la mañana siguiente, camino de la escuela, vieron una muchedumbre congregada a la entrada del café de la cooperativa y se acercaron a ver lo que pasaba. En medio del tumulto, distinguieron a unos jóvenes cargados con patates que no paraban de recibir abrazos. Todo el mundo cantaba y reía a su alrededor, como si hubieran bebido un poquito de vino. Martín se fijó en una sonrisa que destacaba entre la multitud por su altura, y las canicas cayeron de su mano y fueron rodando cuesta abajo sin que hiciera nada por detenerlas.

¡Juan!, gritó.

Sí, estaba ahí. Libre.

Peleó inútilmente por abrirse paso entre la resaca de abrazos, hasta que alguien se apiadó de él y lo colgó del cuello de su amigo.

¡Martintxo, ya estoy en casa!

Matilde se encaramó al mozo trepando por la ropa y le plantó un beso tan mojado que se quedó pegada a su sonrisa para siempre.

Capítulo 10

El Chevrolet

Invierno de 1935-36

*E*l camión tenía los ojos saltones como los de un caracol. De su boca colgaba una matrícula que no decía nada porque se le había comido la lengua el óxido. Y en la punta de la nariz estaba lo mejor: allí, escritas con hierro, en otro tiempo pulido y brillante, se encontraban unas letras exóticas procedentes de un lugar del que la gente volvía rica. Ese lugar se llamaba Chevrolet.

Tasio acababa de comprar el vehículo de tercera mano a un tratante de piensos. Veía posibilidades de negocio haciendo portes y no se lo pensó dos veces: invirtió todos sus ahorros en él con la esperanza de que los sacara de apreturas. Martín estaba encantado con la adquisición del padre; tanto que se había quedado a vivir en la cabina los tres últimos días. Había decidido que ya no necesitaba su habitación para nada, y eso que la verdad sea dicha, el Chevrolet resultaba un poquito incómodo como vivienda habitual. Parecía tener algún defecto de fábrica. No había forma humana de mover el volante de su eterna posición, ni siquiera con la ayuda de los amigos, así que la sensación de que ibas conduciendo por ahí, tragando kilómetros y kilómetros de felicidad, era cuando menos cuestionable. Además, la caja de cambios era de naturaleza intratable, más firme que una viga, y más allá del hecho de no poder meter nunca la directa, una acción tan simple y cotidiana como abrir la puerta

parecía una auténtica quimera. Ya podías destrozarle el dedo presionando el botón de la manilla todo lo que quisieras, que la única manera de colarse dentro era arrojándose de cabeza por el hueco de la ventanilla del chófer, cuyo cristal estaba bloqueado a mitad de recorrido. Satur no veía utilidad alguna al vehículo, sobre todo porque en la maniobra de entrada (aterrizaje, debería decir), siempre se le encajaba la cocorota entre el asiento y la puerta, y no le quedaba otra que limarse tres o cuatro ideas para sacarla de ahí.

¡Esto no es un camión, es un pedrusco!, maldecía entonces.

¡No es un pedrusco, es un Chevrolet!, corregía Martín indignado.

Tasio había invitado a los niños a que lo acompañaran a hacer un porte. Sería difícil precisar cuántos retacos subieron al vehículo. ¿Ocho?, ¿diez?, ¿veinte? Lo único que puedo señalar al respecto es que la cabina era un amasijo de ojos que saltaban con los baches, y todos ellos sin excepción saludaban con la mano incluso a los perros que se cruzaban por el camino.

Conducía Leo, el marido de Begoña, una de las hijas mayores de la familia Abrisqueta. Tasio había contratado a su propio yerno como chófer pues en realidad no tenía ni tiempo ni carné, y así todo el dinero quedaba en casa. Iban por la carretera de Arrancudiaga a recoger un par de terneras para un aldeano de Ventacuernos. Caía la noche, y en una curva cerrada, que escoró los cuerpos de los pequeños hasta convertirlos en un nudo, los faros del Chevrolet iluminaron una palabra escrita en un muro. Matilde pegó la nariz a la ventanilla para leerla bien, pues le había parecido la misma que escuchó pronunciar a los mayores el día que Juan regresó a casa. Sí, era ella: «Amnistía».

El muro quedó atrás, como sus pensamientos. Entonces saludó a un ratonero y el chucho le sacó la lengua.

Capítulo 11

La guerra general

Verano de 1936

*H*ola. Si se asoman al tejado pueden ver mi casa desde aquí, lo que pasa es que tienen que tener la cabeza chiquitita, porque si no, no les va a caber por el agujero del techo. Yo nunca he escrito una carta, ¿saben? Escribo en clase, pero cosas que me mandan. El maestro, que se llama don Julián, dice que somos pueblos hermanos y que por eso tenemos que escribirles a ustedes, los niños de allí. Dice que ustedes y nosotros somos hijos del carbón y del hierro; pero eso es una cosa muy rara, ¿verdad? En la escuela tenemos un mapa y don Julián nos ha enseñado que su país está un poquito demasiado arriba, justo encima del mar Cantábrico. Yo eso ya lo sabía hace mucho, pero lo ha dicho porque en la escuela hay niños pequeños que no lo saben.

¡Ah!, se me ha olvidado decir que me llamo Martín Abrisqueta y soy especialista en grillos. También soy de los primeros de clase; bueno, solo a veces, pero eso es por culpa de las vacas. Es que tengo que sacarlas para que coman. Una vez se murió una, pero no importa porque tenemos más.

Don Julián nos ha dicho que tenemos que contarles un día de verano, y que ustedes, los niños de allí, nos van a contar lo que les ha pasado hoy, o bueno, igual otro día, no sé. A mí hoy no me han pasado muchas cosas, pero a los mayores creo que sí, porque están venga a dar vueltas. Debe ser algo malo, porque el padre siempre dice que se ve venir algo malo. Además, en el periódico pone que algunos se mueren y todo.

Estoy aquí, en la ermita de Santa Isabel, porque estamos jugando al escondite y aquí dentro no me encuentran ni para atrás. Es que está abandonada. Me he colado por el agujero del tejado. Sabía que había un agujero porque ayer vi entrar a un búho. En la ermita ya no hay nada, solo queda la marca de Jesusito en la pared. A la gente de mi pueblo le dio mucha pena que la cerrasen, lloraban y todo, pero de emoción, dijo el padre, no porque les doliera algo.

En una esquina he encontrado una caja con lápices y libros y unos cuadernos y una cosa. Yo creo que son de las clases que daba el cura. Hay un papel en el suelo que pone «Gracias». Es bastante raro, ¿a que sí?

En mi pueblo los niños lo pasamos muy bien. Al mediodía hemos discutido para ver si íbamos a pescar anguilas o a bañarnos; siempre estamos en esas discusiones. Entonces ha pasado una camioneta llena de mayores agarrados por fuera, que iba como para la Casatablas y Quintín, pero de repente han parado en nuestro caserío y han preguntado al padre si tenemos alguna escopeta o un arma que pueda valer; y eso han dicho. En la camioneta estaba Juan, mi vecino, y me ha subido con ellos. El padre les ha dicho que en casa no tenemos escopeta, y mis amigos y yo hemos dicho que tenemos tiragomas, pero parece que no les valían y se han ido.

Satur ha preguntado qué pasa, y Cosme ha dicho que ha oído a su padre que hay una guerra civil, pero yo le he dicho que ni hablar, que una guerra civil es una birria de guerra, que mi vecino Juan, que sabe mucho de eso, porque ha estado en la cárcel, me ha chivado que es una guerra general, que esa sí que es una guerra como Dios manda. Al final hemos bajado a la plaza para enterarnos y había mucha gente subiendo y bajando. Es que los mayores suben y bajan mucho cuando pasa algo. Hemos preguntado qué pasa, pero como no nos hacían caso, nos hemos puesto a jugar con los iturris.

Al de un rato, unos chicos han clavado unos papeles en los postes y hemos ido a leerlos justo cuando yo ganaba. Ponía que todo el que tenga un arma en casa está en la obligación de entregarla en el café de la cooperativa, y que allí hay un comité. Pero hemos mirado y no hemos visto ningún comité; no sabemos cómo será una cosa de esas. Y entonces un señor muy gordo ha dicho que la guerra ha empezado en un sitio que se llama Marruecos. Yo no sabía que las guerras empezaban así, en cualquier sitio, y no me lo he creído mucho, pero el padre de Cosme ha dicho que es verdad, pero que no importa, porque ese sitio está muy lejos.

No me encuentran y tengo mucha hambre. Estoy pensando que igual me entrego. Se me ha olvidado decir algo pero no me acuerdo. Al final, igual va a ser una guerra civil, no sé. A mí ese nombre no me parece, pero bueno, qué se le va a hacer.

Hola, soy Martín otra vez, que ya he comido.

Me ha gustado mucho escribirles a ustedes los de allí. No me acordaba del nombre del pueblo donde viven. Es un poco difícil de decir y por eso lo había apuntado. Me gustaría saber si en Cardiff tienen también una guerra de algún tipo. ¡Ah!, y también quería saber si es verdad que allí se comen los caballos. Eso. Agur.

Capítulo 12

El enemigo

Verano de 1936

*H*acía un calor quieto, lleno de moscones y libélulas, y los chavales daban los últimos retoques a una balsa que habían construido con mimbre en una pequeña ensenada del río, a salvo de miradas indiscretas. Josemari llegó a la carrera con un saquito que sonaba a hojalatas y no tardó ni tres segundos en dar la primera orden del día.

¡Vamos, ayudadme!, vociferó mientras empujaba la balsa hacia aguas profundas.

Entonces remaron y remaron y no pararon de remar durante un tiempo que se les hizo eterno. Los moscones estaban locos por el bochorno y bebían el sudor de sus espaldas, mientras los pájaros callaban y el río susurraba como pidiendo silencio. Echaban de menos la brisa, la habitual brisa que corría cauce arriba, cauce abajo. Durante un instante sopló en su nuca, pero enseguida se quedó sin resuello y los niños quisieron dormir. Sí, todo invitaba a la siesta, pero continuaron remando sin descanso.

De pronto, un viento frío y negro acarició su cansancio, pero creció tanto y tan rápido que en poco más de un minuto se convirtió en una auténtica galerna. El agua rompió a llorar, se estiró en estrías hasta formar crestas espumosas, y los chavales volaron río arriba con las olas y el vendaval. La suerte quiso que

embarrancaran en unos cañaverales que estaban más allá de lo prudente: en territorio enemigo. ¡La invasión de Bolueta había comenzado!

Josemari abrió el saquito que sonaba a hojalatas y repartió su contenido entre la tropa. En alguna ocasión he señalado que José Mari era un pelma hecho de cola de zapatero y plomo, pero ahora que lo pienso la descripción es insuficiente. Ese petimetre era un auténtico sargento chusquero, a tal punto que acompañó su segunda orden del día con un taconeo de pies:

¡Poneos las protecciones, hay que atacar ya, *tacatún!*

¡Jolín!, espera un poco, que estamos cansados.

¡No podemos esperar, perdemos el factor!

¿Qué factor?

¡Pues el sorpresa, hombre! ¡Los piratas siempre contamos con el factor sorpresa!

¡Ah!, ¿pero somos piratas?

Tienes razón, soldado, no me acordaba que hoy éramos soldados.

A mí me da igual lo que seamos, yo estoy muerto.

¡Las protecciones, venga, *tacatacatún!*

Al escuchar este segundo taconeo, mucho más firme y prolongado que el anterior, los ocho niños que componían el grueso del contingente de asalto a Bolueta acataron la autoridad del sargento chusquero y se colocaron las protecciones en los ojos. Eran tapas de envases de betún a las que Josemari había practicado un agujero en el centro. El resultado era una especie de gafas opacas con mirilla, que debía sujetarse con una goma alrededor de la cabeza. Supuestamente, el invento servía para proteger los ojos de la acción de los tiragomas enemigos, pero los agujeros eran tan pequeños que apenas era posible ver un elefante a través de ellos. Josemari era hacendoso, sí, pero poco detallista. Además había olvidado limpiar los restos de betún de las tapas y ahora corrían por la cara de los soldados, arrastrados por el sudor.

Por si esto no fuera de por sí preocupante, la operación se presentaba dificultosa debido al viento. Aquello era un sinvivir: necesitaban una mano sobre la *txapela* para que no saliera volando; otra en las gafas, para que los agujeritos estuvieran alineados con las pupilas; y dos más en el tiragomas, para castigar duramente al enemigo en su propia retaguardia. Por tanto, les

faltaban dos manos. A Satur, tres o cuatro, porque sufría unos retorcionones del carajo. Como siempre que le podían los nervios, se cagaba.

¡Adelante, esos sinvergüenzas deben andar por aquí!

¿De verdad? ¿Y por qué no nos vamos?

Pero ¿a qué hemos venido? ¡Venga, cargad la munición!

Es que a mí se me ha perdido.

¡Pues recoge bellotas del suelo!

¡Pero si aquí no hay bellotas, Josemari!

¡Silencio, que nos van a oír!... Y tú, Satur, ¿qué haces ahí agachado?

Es que...

¡Calla!, creo que viene alguien. Dispersaos, rápido.

¡Esperad, no os vayáis, no me dejéis aquí solo!

Los chavales se desperdigaron por el cañaveral con el rabo entre las piernas, salvo el imposibilitado Satur. Martín quiso aguardar a su lado, pero el olor que despedía era tan nauseabundo que puso tierra de por medio. Vagó de aquí para allá sin rumbo fijo, hasta que se dio cuenta de que se había perdido en aquel laberinto de cañas. Percibió movimiento a su espalda y, al volverse, descubrió una serpiente de río arrastrándose por el fango en zigzag. Su rastro parecía la letra de un niño pequeño. Acercó la cara al reptil para contemplar la textura de su piel a través de las gafas. El viento envolvía sus oídos en vacío, pero no lo suficiente como para no advertir pisadas a su alrededor. ¿Se aproximaban? Levantó la mirada de la piel de la serpiente y buscó la respuesta a través de los agujeritos. ¿Realmente había alguien ahí o eran imaginaciones suyas? Angustiado, movió el cuello en círculos hasta que atinó a centrar las mirillas en una cara todavía más rara que la suya. Quedó paralizado: aquel rostro enjuto también tenía los ojos tapados; en su caso, con una gran lata de sardinas con dos agujeros.

Era bajito. Era el enemigo.

El enemigo movía la cabeza intentando identificar a Martín y, de pronto, pegó un bote tremendo: ¡el enemigo acababa de tomar conciencia de que Martín era el enemigo! Ambos buscaron como orugas miopes la posición de las manos del rival, y ambos descubrieron, tras unos segundos eternos, que el arma del otro descansaba colgada del cinto. En ese momento de incertidumbre,

de duelo a dos, de cartucheras que esperan, el huracán entonó una canción lejana que secuestró sus sentidos:

¿Qué es aquello que reluce ahí arriba en aquel alto?
¿Qué es aquello que reluce ahí arriba en aquel alto?
Es el batallón Mateos, que defiende al País Vasco.
Es el batallón Mateos, que defiende al País Vasco.

Se detuvo el tiempo y la guerra, y durante un largo instante solo existió música en el mundo. Su magia se llevó a veinte niños que vagaban ciegos por un cañaveral hasta la cima de una montaña donde relucía algo desconocido.

Artilleros al cañón, afinar la puntería.
Artilleros al cañón, afinar la puntería.
Que va a entrar en combate la tercera compañía.
Que va a entrar en combate la tercera compañía.

Ahora la canción tocaba a rebato, y sin embargo, el enemigo habló con un tono de voz calmado, sin quitarse la lata de sardinas de los ojos.

Se van.

¿Quiénes se van?

Los mayores.

¿Y adónde van?

Al frente.

Pero ¿por qué?

Porque es la guerra. ¿Todavía no te has *enterao* o qué?

Sí, pero antes también lo era. ¿Por qué se van a ir justo ahora?

¡Que van al frente, pues!

¿Y qué es el frente?

Donde se pegan. Mi padre irá mañana, ¿y el tuyo?

¿El mío?

Sí, el tuyo. ¿Es que no tienes padre?

A Martín se le disparó la duda en el corazón, y apenas un segundo después, en las piernas. Corrió con la galerna y contra ella, cayó al fango, una, dos, tres veces, no veía, cuatro, cinco, seis, tiró las gafas, salvó el cañaveral, vio una campa, un puente, camionetas, *txapelas*, cartucheras, escopetas, pistolas,

mosquetones, bayonetas, cuchillos, mantas, botas, abarcas, vítores, llanto... y Juan.

Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero.
Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero.
En el frente Villarreal, primera línea de fuego.
En el frente Villarreal, primera línea de fuego.

El niño dirigió el hocico al cielo y aulló con la fuerza de un perro al que le duele la música.

¡¡¡Juan!!! ¡¡¡Juan!!!

¡Hombre, Martintxo! ¡Sube, cógeme la mano!

¿Adónde vas?

Al frente.

¡No, al frente no!

Debo ir.

Pero ¿por qué?

Porque tenemos que defendernos.

Pero si vas, igual te hacen daño.

No, Martintxo, no va a pasar nada; ya verás.

¿Y mi padre?... ¿Mi padre también va?

No, tu padre es demasiado mayor. Solo va tu hermano.

¿Bixente?

Sí. A él le ha tocado el frente de Guipúzcoa.

Capítulo 13

La muñeca

Verano de 1936

*H*ola, yo tengo muchos años y una muñeca que no tiene piernas en las piernas ni brazos en los brazos. Ayer mi hermana Begoña me llevó a una playa que está muy lejos y me compró otra; una de las de cero noventa y cinco, de esas que tienen de todo. La vestí con ropita bonita. A la de antes no podía porque se le caía. A mí me gusta mucho que me bañen, y yo solo quería bañarla un poco en un cubo. Pero se me olvidó un rato en el cubo, y no sé lo que le ha pasado, pero se ha vuelto cachitos de libros.

Ya no lloro. Mi hermano Bixente no habla porque siempre está dormido. Está en una cama en Bilbao. Dicen que le han dado en una pierna con un disparo. Le quiero mucho, tengo miedo.

Si no les parece mal, mi familia y yo podemos ir a vivir a Cardiff con ustedes. A mí me parece bien.

MATILDE ABRISQUETA MENDÍBIL
La Peña, Arrigorriaga

Capítulo 14

El arma secreta

Verano de 1936

*L*as gestas logradas bajo el mando de El Teórico Josemari habían tocado techo. Si bien nadie discutía lo acertado de su política de protección de los puntos vitales del niño, que efectivamente había limitado mucho el número de bajas entre sus filas, en los últimos tiempos la situación se había complicado con la incorporación de nuevas tropas al bando enemigo. Al parecer, los *bobos* de Bolueta habían firmado una alianza con los *idiotas* de Santuchu al objeto de hacerse con el dominio de la quinta presa, que era el lugar preferido por la cuadrilla de Martín para zambullirse en verano.

Era una osadía intolerable, y de ninguna manera estaban dispuestos a permitir que esos patanes de allende el río disfrutaran de sus tradicionales caladeros. Así que no lo pensaron dos veces y declararon una guerra civil de carácter enorme en torno a la mina abandonada que dominaba el acceso a la presa. Hay que señalar que las primeras escaramuzas se saldaron claramente a favor de la cuadrilla de Martín, y solo el empecinamiento de los *bobos*, a los que, como tales, no había forma de hacerles comprender que habían perdido, emponzoñó la contienda hasta convertirla en una guerra de trincheras en la que ninguno de los bandos lograba avances significativos. La situación estaba tomando tintes dramáticos: nadie recordaba ya los tiempos en que tirarse por

el cañón de agua de la quinta presa no convirtiera al bañista en una víctima del tiro al pato.

Fue entonces cuando Martín ideó el arma secreta: un nuevo concepto de artefacto, tremendamente mortífero al parecer, cuyas enigmáticas características obligaron a los rebeldes de Bolueta y Santuchu a replegar su idiotez. Bastaba nombrar el arma secreta para que se hiciera el silencio entre los niños de la comarca.

El fin de las hostilidades en el río coincidió con la llegada de una carta de Juan en la que anunciaba que le habían concedido un permiso de fin de semana. Martín esperó en la parada del tranvía de Ceánuri (localidad cercana al frente de Villarreal, donde el mozo estaba destinado) durante más de cuatro horas. Las pasó con la vista perdida en ese punto donde confluyen las vías y la esperanza. Por fin apareció su amigo, y tras darse un abrazo muy gordo, tiraron para el caserío a paso ligero; tan ligero que a Martín le resultaba difícil mantenerlo a la pata coja. Sin duda, Juan tenía prisa por zamparse el cocido que le habían preparado sus hermanas. Pero los vecinos, al verlo de nuevo en el barrio, se le echaron encima para interesarse por la suerte de sus familiares en el frente. Juan atendía solícito a la preocupación de todos, y sus respuestas y su sonrisa tenían el efecto de una tisana. La gente se despedía de él un poquito más tranquila; sí, solo un poquito, pero suficiente para pasar un día sin tanto ahogo. Así ocurrió hasta que el mozo advirtió la presencia de una mujer muy triste y hundió la mirada en el suelo, como si intentara huir de ella. Pero la mujer lo acorraló y no le quedó otra que enfrentarse a sus lágrimas.

Lo siento mucho, Asun, pero no sé nada de ellos.

¿De ninguno de los tres?

No, de ninguno.

Hace más de un mes que no recibo sus cartas, Juan, más de un mes.

No te preocupes, las cartas se pierden. El lunes preguntaré por ellos.

Mis hijos...

En cuanto tenga noticias, te escribo, te lo prometo.

Mis hijos...

No, de rodillas, no, por favor.

No me dicen nada, Juan, pregunto y no me dicen nada. Mis hijos...

Juan guiñó un ojo a Martín mientras trataba de incorporar a la mujer, que se había abrazado a sus rodillas. Cuando al fin consiguió que se pusiera en pie, la pobre desapareció como un fantasma entre el trajín de la mañana. El niño se había quedado lívido al contemplar la escena y habló con voz temblorosa:

¿Qué le pasaba a esa señora?

Nada, Martintxo, nada.

Y entonces, ¿por qué lloraba?

Es que está esperando una carta.

Juan.

...

¿Qué, Martintxo?

Te tengo que decir una cosa.

¿Y qué cosa es esa?

Que los rebeldes han herido a Bixente.

¿A tu hermano? ¿Y es grave?

No sé, le han dado en una pierna.

¡Mierda! ¿Y dónde está?

En Bilbao, en el hospital.

Pues voy para allá.

¿Puedo ir contigo?

Vale. ¡Mira, ahí viene el tranvía!

Juan, ¿tú crees que se va a salvar?

Claro que sí, Martintxo, tu hermano es fuerte. ¡Pero corre, que lo perdemos!

Tengo un arma.

Sube... ¿Qué has dicho?

Que tengo un arma.

¿Un arma?

Sí, un arma secreta. Si quieres te la digo para que mates a muchos rebeldes.

¿Quieres que mate a muchos rebeldes?

Sí. ¿A cuántos has matado ya?

No lo sé. Yo solo disparo cuando me dicen, y ya está.

¿De verdad que no sabes a cuántos has matado?

No, ni quiero saberlo.

¿Por qué?, ¡si son malos!

Sí, son el mismísimo diablo. Pero no me gusta ver morir a nadie.

Pues yo quiero matar al que ha disparado a mi hermano.

No hace falta, Martintxo, lo harán por ti. Somos muchos los que matamos.

Pero es que quiero matarlo yo.

Ya... Dime, ¿cuál es esa arma de la que hablas?

¿Mi arma secreta?

Sí.

Pues..., es que he tirado unas balas en las zarzas de la quinta presa.

¿Has tirado unas balas en las zarzas?

Sí, cinco balas de fusil.

¿Y para qué?

Para dar fuego a las zarzas cuando vengan los de Bolueta, y que les exploten.

¡Ay, Dios, los de Bolueta!

Sí, el enemigo.

Capítulo 15

La sirena

Verano de 1936

*D*oña Leonor se levantó de la silla y preguntó a ver quién se animaba a traer media docena de huevos de donde Pascuala. Sus alumnas se miraron extrañadas, pues nunca las había mandado a hacer recados, y el aula quedó sumida en un silencio espeso.

Doña Leonor esperó con impaciencia que una mano alzada la rescatara del apuro, pero como no la hubo, se vio en la necesidad de dar una explicación. Por un momento se le pasó por la cabeza hablar, confesar, compartir la verdad de su situación con alguien, aunque ese alguien solo fueran unas niñas de ojos grandes que no estaban preparadas para saber. Quiso decirles que la guerra había vaciado su despensa; que no es que estuviera pasando hambre, todavía, pero presentía la necesidad a la vuelta de la esquina. Quiso explicar que no tenía marido ni hijos, nadie que guardara cola por ella en el obrador, donde Pascuala, donde Rufina, donde quiera que hubiera algo que echarse a la boca; nadie tampoco que le arrancara la angustia de la piel con una caricia, ningún familiar próximo ni lejano. Quiso admitir que temblaba sin explicación ni frío, que se veía mayor, sin reflejos ni recursos, sin huerta ni animales que le procuraran lo imprescindible en caso de que las cosas fueran a peor. Y por

de madres aterradas, abuelos impedidos en brazos de nietos preocupados, niños perdidos gritando en mitad de la desbandada, ancianos con cataratas buscando dónde pisar, y pánico disparando a bocajarro contra la multitud. Sin embargo, nada de todo aquello detuvo a Teresa, que alcanzó el refugio jadeando y replegó sus alas, que lloraban.

¡Tuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

Para cuando se escuchó este segundo toque de sirena, Martín, Cosme y Satur, los tres titulares indiscutibles de la cuadrilla, hacía mucho que se encontraban a salvo, perfectamente escondidos bajo el Chevrolet. Desde allí vieron pasar a Teresa a toda mecha. Martín nunca había visto correr a su madre. De hecho, ni se había planteado que supiera hacerlo siquiera, y quedó sumido en una nube de pensamientos un poquito tristes, la verdad. Recordó que cuando era pequeñito, pero muy pero que muy pequeñito, le daba miedo bajar las escaleras de casa él solo. Eran muy oscuras: nadie te podía asegurar que no hubiera algo escondido entre los escalones, un ser maléfico tal vez, de esos que te agarran de un pie y te arrastran directamente hasta el infierno. Por eso corría como alma que lleva el diablo siempre que se enfrentaba a aquellas escaleras; sobre todo de noche. Ahora, sin embargo, era su madre la que corría a través del miedo. Sintió una pequeña congoja subiéndole por el estómago, pero la dominó enseguida: no podía ayudar a su *ama* a huir de su huida. Ese pensamiento tan curioso no era más que una excusa, lo que no quería era perderse el bombardeo.

El caserío estaba vacío, ya no había peligro de que nadie los obligara a meterse en el refugio, pero obraron con cautela y se dirigieron a la huerta a cuatro patas. *Lagun* los sorprendió a mitad de camino, pero por supuesto que no dio la voz de alarma, no era de esos chuchos que desperdician ladridos. Muy al contrario, le alegró saber que los chavales hubieran decidido al fin caminar como Dios manda, es decir, como los perros, y se puso a olisquear el trasero de Satur con interés, como habría hecho con cualquier otro cuadrúpedo de su especie.

¡Quita de ahí, asqueroso!, escuchó decir al niño.

Restó importancia al impropio porque el crío iba el último de la fila y quizá estaba molesto por eso. Entonces se le cruzó un gato entre ceja y ceja, y *Lagun*, siempre tan calmado, perdió los papeles y se lanzó a perseguirlo como un loco. Dudo que llegara a atraparlo porque no se le vio más el pelo.

Los chavales eligieron una zona de hierba alta y mullida para tumbarse boca arriba. Martín acomodó la cabeza sobre la *txapela* y se sintió absolutamente feliz. No podía pedir más: ¡iba a disfrutar de una guerra tirado a la bartola!

¿Oís?, ¡ya viene El Abuelo!, advirtió Cosme.

Los bombardeos siempre llegaban precedidos por El Abuelo. También conocido como El Chivato, El Abuelo era un caza solitario que hacía una pasada previa a cada ataque. Se podía decir que no caía mal del todo a los niños porque nunca tiraba bombas. Además, volaba bajo y anunciaba el espectáculo.

Setecientos pies por encima de sus cabezas de chorlito, Klaus Rapke, subteniente de la Legión Cóndor, pilotaba su Heinkel He 46 de reconocimiento con la tensión habitual del que se sabe en peligro. De haber tenido oportunidad de escuchar la conversación de los chavales, posiblemente no hubiera emitido juicio alguno acerca del mote que le habían adjudicado. Acababa de cumplir veinticuatro años, sin duda una edad temprana para que a uno lo califiquen de abuelo, pero era natural de Baviera y no entendía una sola palabra de castellano ni de vascuence.

A Klaus siempre le llamaba la atención una imagen extraña que se le presentaba al embocar la ría de Bilbao; tan extraña que la primera vez que la vio pensó que eran imaginaciones suyas. Allá abajo, a mitad de camino de ningún sitio, tres niños lo saludaban tumbados en una campa. Sí, lo saludaban a él, al enemigo. Lo hacían moviendo los brazos y las piernas, ajenos al peligro, a la guerra, al horror que desencadenaba su presencia. Con su saludo, estampaban una marca con forma de ángel sobre la hierba, aunque bien pensado, también podía parecer una mariposa. Aquella marca era muy visible desde la altura, y a Klaus le recordaba a su infancia en Ingolstadt. De niño, le

gustaba dibujar ángeles en la nieve moviendo las extremidades. Le enseñó su madre. Decía que la Luna sonreía al ver figuras tan bonitas y, en agradecimiento, iluminaba las largas noches de invierno.

Ahí estaban. ¡Qué críos! Klaus Rapke asomó la cabeza y devolvió el saludo con una mano.

¿Habéis visto? ¡El Abuelo nos ha saludado!

¿Sí?, ¿seguro que ha sido a nosotros?

¡Que sí, hombre, que sí! ¡Ha mirado para aquí!

¡Es verdad, es verdad, yo también lo he visto! ¡Llevaba unas gafas negras!

¡Sí, sí, sí! ¡Y también un gorro y guantes y más cosas!

¡La leche! ¡El Abuelo nos ha saludado!

¡Tuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

El refugio, como no podía ser de otra forma en un barrio minero como La Peña, había sido dispuesto en un yacimiento. Lo llamaban La Galería y se trataba de una gruta enorme, de cientos de metros cuadrados de superficie, excavada al capricho de la veta de carbonato que cruzaba la comarca. Los vecinos, en su mayoría mujeres y niños, pues los hombres en edad estaban combatiendo en el frente, entraban en el refugio empapados en sudor nervioso, y rápidamente buscaban cobijo en lo más profundo de aquel laberinto de oscuridad. Teresa chequeaba cada una de aquellas caras, pero ninguna de ellas parecía calmar su ansiedad. No pudiendo soportarlo más, dejó a Matilde y a Lucas en un recoveco y regresó al exterior luchando contra la corriente de desesperación.

Gritó hacia alguna parte:

¡Martín! ¡Paulina!

La única respuesta que obtuvo fue la de la sirena. Pero esta vez interpretó una señal diferente, mucho más inquietante que la anterior:

¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu!

Sintió cómo se corría un nudo sobre su garganta: tres toques cortos advertían de la inmediatez del ataque. Los alemanes estaban encima. Rompió a gritar con todas sus fuerzas:

¡¡¡Luisa, Luisa!!! ¡¡¡Aquí, aquí!!!

Había visto a su hija arrastrada por el río de miedo. La pobre tiraba de la manita de Paulina y, al distinguir a su madre, iluminó el mundo en agonía con una pequeña sonrisa. Pero pronto desapareció de su boca.

¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu!

Un hombre muy grande apareció entre los rápidos de la corriente braceando como un oso y apartó a las niñas de un manotazo para abrir paso al terror que le impedía pensar en nadie. Teresa se apresuró a socorrer a sus hijas y ganaron la seguridad de la galería un segundo antes de que retumbara el tono grave de los bombarderos alemanes.

¿Y Martín?, preguntó volviendo la mirada hacia Matilde. ¿Dónde está Martín?

La niña no dominaba su propia mandíbula, temblaba a tal punto que le resultaba imposible sacar nada de su boca. Se limitó a negar con la cabeza y sus lágrimas cayeron hacia los lados. Entonces, una voz de hombre rogó silencio y le hicieron caso, aunque era absurdo pensar que el enemigo podría escucharlos desde el cielo.

¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu! ¡Tuuuuuuu!

Tasio llegó junto a una treintena de compañeros de la fábrica de clavos y sus pupilas se apresuraron a contar los miembros de su familia. Confirmó que Martín no se encontraba allí.

¡Crío del demonio!, maldijo.

Sus palabras, sin embargo, quedaron difuminadas por las bombas, que se acercaban caminando con pasos de gigante:

¡Poum! ¡Poum! ¡Poum!

La galería retumbaba con cada explosión, y Lucas se retrepó sobre el regazo de Paulina para alejar los pies de la vibración del suelo, igual que hacía siempre que estallaba una tormenta. Como todos los niños del mundo, sabía que las cosas malas entran por los pies. Entretanto, el hombre grande, el mismo que había llegado a la cueva apartando a la gente a empujones, se desgarraba la garganta gritando histérico. Era él quien pedía silencio:

¡Cállense de una vez!

¡Poum! ¡Poum! ¡Poum!

El pánico dominó la oscuridad con frases que se pronunciaban desde algún sitio inconcreto, aquí o allá, y Matilde se apresuró a esconder la cabecita entre las faldas de su madre para huir de ellas:

¿Y si cae una bomba en la boca de la mina?

¡Tiene razón, no podremos salir!

¡Seguro que las autoridades no han pensado en eso!

¡Yo no quiero morir!

¡¡¡Ya está bien, hagan el favor de callarse!!!

¡Poum! ¡Poum! ¡Poum!

Satur señaló al cielo con un dedo emocionado cuando vio aparecer a los ángeles del demonio entre las montañas. Eran trimotores Junker 52 y, como siempre, volaban en formación de a tres, dibujando triángulos perfectos en la imaginación de los niños. Desconocían por qué, pero nunca se les ocurría hacer un círculo, por ejemplo. Normalmente los bloques de ataque se componían de nueve unidades, y sobre ellos revoloteaban cazas de color blanco, muy chiquititos, que protegían a los bombarderos frente a la improbable presencia de aviación enemiga. La operación era limpia. Bilbao era una plaza desguarnecida, sin un solo aparato que pudiera defenderla desde el aire. Los alemanes únicamente debían preocuparse de sortear las descargas de las baterías, que pintaban nubecitas a su alrededor pero nunca atinaban, lo que desesperaba terriblemente a los chavales.

¡Esto es un asco: están *conchabaos*!

¡Cómo van a estar *conchabaos*, Martín!

¡Sí que lo están! ¡Es imposible que no les den si no!

¡Pero eso es porque los de los cañones son unos *mataos*!

¡No, de eso nada, no pueden ser tan malos! ¡Os digo que están *conchabaos*!

El grueso de las operaciones se dirigía siempre contra el centro de la ciudad, pero en esta ocasión, quizá para despistar un poco a las baterías, los trimotores se descolgaron del cielo unos kilómetros antes de lo habitual y apuntaron sus hélices directamente contra La Peña. Los chavales quisieron

comentar algo pero no tuvieron oportunidad de pronunciar una sola palabra, porque de pronto, las tripas de los Junker se abrieron de par en par y vomitaron cientos, miles, millones de *botellas que explotan* sobre sus ojos. Al contemplar el cielo cubierto de muerte, sintieron que sus cuerpecitos se hundían en la tierra, y durante un instante, tan solo uno, pero muy largo, una sombra enorme los dejó sumidos en un frío siniestro. Era la sombra de uno de los trimotores. Entonces el instinto les pidió salir corriendo, volar hacia algún lado; pero no, aguantaron el tipo tumbados sobre la hierba con los brazos en cruz, como buenos angelitos. Sabían que la única forma de salvar la vida cuando las botellas que explotan vienen por ti era permanecer echados en el suelo. Eso decía el padre de Cosme, o al menos eso decía Cosme que decía su padre. Si te hacías el muerto, no podía ocurrirte nada de nada, porque la metralla que despiden las bombas al estallar te pasa por encima. De esa certeza incuestionable los chavales habían deducido que el lugar más seguro en una guerra civil, sin ningún género de dudas, era la huerta de Martín. Digo yo que lo pensaban porque la hierba era mullidita y las vistas dominaban los confines de la batalla. Desde luego, no habían considerado el hecho de que la huerta se hallara a escasos doscientos metros del puente del ferrocarril, una auténtica golosina para la aviación alemana, ni que, junto a las vías, hubiera unos gigantescos tanques de combustible destinados a abastecer el tráfico hacia el frente.

Satur sacó del bolsillo las protecciones fabricadas por El Teórico Josemari y se las colocó en los ojos, por si acaso. Martín seguía la trayectoria de las botellas que explotan intentando calcular su deriva pero, sin otra referencia que el azul del cielo, resultaba imposible prever si pasarían de largo o no. Percibieron el frío de una nueva sombra cerniéndose sobre ellos y Satur no pudo más y se incorporó de un brinco. Cosme lo derribó poniéndole la zancadilla con la mano, pero con él, cayeron también las protecciones, y el pobre Satur se puso a buscarlas desesperadamente entre la hierba. Las necesitaba: con las protecciones puestas no veía, no quería ver. Supongo que tampoco habría deseado escuchar ese sonido: una especie de silbido insoportable se estaba imponiendo al estrépito de trimotores, sirenas y

¿Sabes que en tiempos viejos había un niño que jugaba al tiente con ratones?

¿Con ratones? ¿De verdad?

Sí, los ratones lo querían mucho porque era muy bueno muy bueno.

Como yo.

Sí, como tú. Pero un día el diablo, que es muy envidioso, fue a cogerlo.

¡Ya está bien! ¡Silencio!

¡¡Poum!! ¡¡Poum!! ¡¡Poum!!

¿Y cómo se llamaba ese niño?

Pues creo que se llamaba Lucas, fíjate.

¿Y qué pasó?

Pues que el niño escapó a una cueva de la montaña, pero el diablo lo siguió y dijo: ¡Sal de ahí, Lucas, sal de ahí ahora mismo! Pero el niño no salía porque no se fiaba nada del diablo, claro. Y entonces el diablo se enfadó muchísimo y empezó a golpear el suelo con el rabo, y sonaron mil truenos.

¡¡¡Poum!!! ¡¡¡Poum!!! ¡¡¡Poum!!!

¿Mil truenos?

Muchísimos. Tantos que una mujer que vivía en la cueva se cansó de los truenos e invitó al diablo a comer para que se estuviera quieto. Le puso de todo: alubias, garbanzos, vino y hasta chocolate. Pero eso sí, metió unas hierbas muy malas dentro del pan y disimuló el sabor con un poquito de queso y membrillo. El diablo, que tenía mucha hambre, porque no había comido ningún niño esa mañana, se lo zampó todo de un bocado. ¿Y sabes qué pasó?

¿Qué?

Que se puso fatal de las tripas y se fue corriendo con los truenos a otra parte.

¿Adónde?

Creo que a la Cochinchina.

¿Y el niño?

Volvió a jugar con los ratones.

¡¡¡Poum!!! ¡¡¡Poum!!! ¡¡¡Poum!!!

¿Me lo cuentas otra vez?

Capítulo 16 bis

El zumo de naranja

Febrero de 2011

Llamo al timbre y aguardo la secuencia de acontecimientos atropellados que me reciben siempre que visito la casa de mis padres. Mi *ama* abre la puerta, me abraza, me besa, se le escapan mil exclamaciones cariñosas, me franquea el paso, lo piensa mejor, vuelve a abrazarme, saca el exprimidor de un armario y me sirve un zumo de naranja. Soy su hijo pequeño.

Ya más relajada, procede a darme el parte familiar. Ainara ha terminado la carrera; Ainhoa tiene lumbalgia, llámala, ahora está en casa; el crío de Leire se ha caído de cabeza al estanque de los patos; Mon se encuentra un poquito mejor; Iñaki igual va a hacerte una visita con los niños, ¡y no veas lo que ha hecho el muchacho!

Para que nadie se llame a engaño, aclararé que el conocido como «el muchacho» es un caso único de adolescente: tiene cara de perro (de Golden retriever concretamente), lo que no ha sido obstáculo para que se haya erigido con un puesto de honor en la familia, y eso que lo único que hace es echarse pedos por ahí. Mi madre me sirve otro zumo de naranja cuando todavía estoy mirando el vaso del primero, y aprovecha para plantarme dos besos más. Inútil protestar. Por fin, después de meterme tres litros de vitaminas entre pecho y espalda, considera que es suficiente para que sobreviva durante los

próximos diez minutos y añade una última noticia: No lo vas a creer, tu padre está venga a escribir.

Me dirijo a mi antigua habitación y veo a Martín Abrisqueta sentado en el escritorio con un bolígrafo en la mano. Sí, mi *aita* ha comenzado a escribir su infancia. Por miedo. Miedo a que su enfermedad se agrave (sufre del corazón), miedo a morir sin haber hecho lo suficiente por sus hijos, a no poder ayudarme a terminar la novela. Sabe, sabemos, que sin él es imposible: yo no podría revivir al niño si no lo tuviera a todas horas al otro lado del teléfono. No soporta esa certeza porque cree estar perdiendo la memoria: mi futuro. Piensa que a cada minuto que pasa, olvida un poquito más, y a este ritmo pronto quedará en blanco, mirando hacia ninguna parte, sentado en una mecedora con una manta sobre las piernas. Es su pesadilla. Olvida, sí, pero que es la persona más despistada que existe, y nunca ha recordado dónde demonios acaba de dejar el mando de la tele, la chaqueta, las llaves del coche, el propio coche, el paraguas, y de nuevo el mando de la tele. Olvidó incluso acercarse a la iglesia al cura que lo debía casar, y solo se dio cuenta del descuido después de media hora esperando en el altar junto a su futura mujer: mi madre.

Me ha preparado unas fotocopias con sus primeras anotaciones. Ojeo por encima su letra curva y tomo conciencia de que estos apuntes me obligarán a rehacer los capítulos ya realizados.

De vuelta a mi casa, compruebo que sus recuerdos han crecido, han estallado como una primavera mágica sobre el papel. En ocasiones han variado, y no sé si la imaginación se abrió paso antes o ahora. Se me caen las lágrimas sobre las hojas cuando leo lo sucedido durante la Revolución de Octubre de 1934, con la detención de Juan y la muerte de su madre. Levanto el auricular:

Aita, ¿sabes lo que me has regalado?

¿Qué te he regalado, pues?

No lo sabe, pero me ha regalado su vida. En un primer momento pienso que lo hace por él, siempre le he escuchado decir que deberíamos hacer algo con su testimonio. Pero no, lo hace por mí: pretende desbrozar mi sueño, un sueño enmarañado que hasta hace poco ninguno de los dos entendíamos. Yo,

porque estaba confundido en mi deambular, y él, porque lo consideraba inútil, como tal vez a mí mismo; consideración que en cierto modo compartíamos.

Vivo la aventura más intensa de mi vida. A medida que me sumerjo en mi padre, me enfrento a mí mismo y comprendo lo tremendamente injusto que he sido con él. Sufro cada punto, cada coma, cada párrafo, veo el cielo lleno de «botellas que explotan», siento que caen sobre mí y salgo a correr para huir de los fantasmas de papel.

Ayer me dijo que no trabaje tanto. Nunca hubiera imaginado esas palabras en su boca, al menos no dirigidas hacia su hijo pequeño. Pero no pude abrazarlo. Miré hacia abajo para ocultar mi emoción. Me cuesta.

Llamo al timbre. Abrazos, besos y zumo de naranja. Mi *ama* me da el último parte: Tu padre no para de escribir, está comiendo y de repente se levanta porque se acuerda de algo. Dice que si no lo escribe en el momento se le va a ir para siempre. Creo que le viene bien.

Le viene bien, sí. Noto en sus apuntes que las ideas se encuentran cada vez mejor engarzadas, que la letra se vuelve más y más elegante conforme paso las páginas, que deja fluir el humor y, sobre todo, que describe los hechos con la mirada del niño que fue. Mi madre aparece con otro zumo y nos besa la cabeza a los dos. Estamos sentados como dos colegiales en el pupitre. Leo una frase subrayada: la boda de Luisa.

Hoy ha venido el novio de mi hermana Luisa. Yo ya lo conocía. Mi padre lo ha recibido en la entrada de la casa y han estado conversando un rato. El mozo ha dicho que Luisa y él son novios y que quieren casarse, que tienen todo organizado para celebrar la boda en un permiso que tendrá de su capitán, ya que está en el frente de guerra...

Es curioso, Martín cambia de tiempo verbal con toda naturalidad. En ocasiones siente el recuerdo cercano, como si las cosas hubieran ocurrido ahora mismo, mientras que otras veces la madurez se cuele en sus palabras con un ligero apunte en pasado:

A mi padre no le ha parecido nada bien y les ha respondido que son muy jóvenes, que pueden esperar a que termine la guerra para poder trabajar y mantener una familia. No le hicieron mucho caso, porque se casaron días después...

Mi tía Luisa efectivamente consiguió hacer hueco a su boda entre bomba y bomba, pero luego, con la llegada del franquismo, tuvo muchos problemas para que se reconociera el matrimonio. Al parecer, unirse con un *gudari*, un soldado vasco, era pecado (en ocasiones, mortal). Esto le provocó un gran trauma. No era fácil sobrellevar una situación semejante en aquella sociedad ahogada en la represión.

Yo también tengo miedo: de no estar a la altura del legado de Martín Abrisqueta. Sin duda, es el mayor regalo que habría podido esperar nunca un hijo como yo. Esta historia vale la pena, lo sé, lo siento, cada vez es más evidente, no dispongo de recursos suficientes para recrearla. ¿Cómo puedo lograr que vuelva a cobrar vida? ¿Soy capaz?

Me fijo en la forma de alguna de sus letras. Son como dibujitos, sobre todo las primeras de cada párrafo, que parecen capitulares de un cuento de hadas. Me atrae la manera en que las personas mayores hacen círculos en el aire antes de decidirse a apoyar el bolígrafo sobre el papel. Les enseñaron mucha caligrafía en la escuela. Yo casi no entiendo mi propia letra. En la de mi padre descubro alguna falta de ortografía, y me sorprende: antes no estaban ahí. Quizá haya llegado a ese punto en que las reglas no importan, puede que mi madre esté en lo cierto y al final nos parezcamos un poco. Aunque en realidad, lo verdaderamente extraño es que esas faltas de ortografía no lo hayan acompañado siempre. La guerra segó la educación de Martín Abrisqueta, como la de tantos otros niños. Un día, los cuadernos y los lapiceros, las pizarras y las tizas quedaron abandonados con palabras a medio escribir, y cuando años después las aulas volvieron a cobrar vida, ya era tarde: los niños habían crecido. Aun así, Martín completó los estudios gracias a su despiste, que le ocultó la evidencia de que no había estudios posibles para él. Lo consiguió porque siempre ha creído que los muros pueden derribarse a cabezazos. Bregaba como un animal durante el día y asistía a clases por la noche. Trabajaba con un camión recogiendo leche por los caseríos. Acabó Contabilidad robando cientos de horas al sueño. Dormía al volante aprovechando las rectas de aquellas carreteras vacías...

Siento un beso por la espalda, y un zumo de naranja aparece delante de mis ojos.

¿Se pueden amar las faltas de ortografía?
Porque yo las amo.

Capítulo 17

Asalto a la diligencia

Otoño de 1936

¡¡¡Boooooooouuuuuummmmm!!!

Con el estallido de aquella bomba, la más mortífera que imaginar se pueda, el infierno se elevó hacia el cielo, y cuando el fuego y la destrucción se cansaron de subir tan alto, llovieron piedras, tierra y trozos de metal chamuscado.

¡Crish, crosch, crash, clinck, clanck, clonck!

Sin embargo, los chavales no vieron nada de todo aquello porque aguantaron con los ojos cerrados hasta que el aguacero de ruidos cesó por completo. Pero entonces, al abrir la mirada, se hallaron sumidos en una oscuridad tan negra e impenetrable que parecía medianoche en la huerta. Confundidos, intentaron determinar entre el humo si se encontraban vivos o muertos a través de pequeños detalles como la tos que sacudía sus pulmones o el dolor que crecía en sus oídos conforme se alejaba el eco de la explosión. Eran buenos síntomas, desde luego. Pero en mi opinión, el detalle definitivo, el que les devolvió la sonrisa fue aquella pincelada azul cielo que apareció entre las tinieblas. Era la promesa de un nuevo amanecer, la certeza de que seguían en este mundo, o al menos en un mundo en ruinas muy parecido al que conocían. El alivio disparó sus lenguas de trapo.

¿Habéis visto esa botella?

¡Sí, ha sido genial, nos ha pasado a diez metros!

Igual a menos de cinco, ¿eh?

No, de eso nada, a tres como mucho.

¿Y habéis visto la sombra del avión?

¡Yo sí, yo sí, yo sí que la he visto!

Satur, no grites.

¡Pero si no grito!

Sí que gritas.

Ha sido como en la película del otro día, ¿a que sí?

¡Ah, es verdad, la de los aviones! ¿Cómo se llamaba?

La escuadrilla de la muerte.

¡Qué dices! Era *La escuadrilla del amanecer.*

¡Cómo va a ser del amanecer! ¡Era de la muerte, que no te enteras!

Pero no ha sido igual que en la peli: a nosotros no nos han disparado.

¡Sí que nos han disparado! ¡Ha sido igual igual, te lo digo yo!

Que no grites, Satur.

¡Qué pesado! ¡Pero si no grito!

Sí gritas. Y tú también.

¡Habló el listo: tú gritas el que más de todos los de aquí!

¿Yo? ¡Anda ya!

Efectivamente, la explosión los había dejado sordos como abuelas, y fue por eso que no escucharon el toque de sirena que daba por finalizado el bombardeo. Lo que sí advirtieron es que Cosme había comenzado a bizquear sin venir a cuento, y preguntado sobre el particular, el niño confesó que le pitaba la cabeza. Pero a Martín no se la iba a dar con queso y, por si acaso, arrimó la oreja a la de su amigo para comprobar que no era una bola de las suyas. Entonces no pudo hacer otra cosa que reconocerlo: le sonaba la cocorota por dentro como si se le hubiera metido un despertador entre ceja y ceja. Asustado por el diagnóstico, el pobre Cosme marchó para casa a ver si le arreglaban el trastorno.

Sus compinches, por el contrario, se encontraban en plena forma, y tan emocionados que se sentían capaces incluso de exterminar un regimiento de

rebeldes, hacer el pino puente, lo que fuera. Finalmente se tranquilizaron un poco y optaron por huronear un rato. Se dirigieron hacia el puente del ferrocarril, de donde procedía el humo, y lo hallaron medio derruido, con una de las vías apuntando al cielo como culpándolo de su desdicha. Pronto, antes de que apareciera nadie por el lugar, se pusieron a rebuscar entre los cascotes por si había alguna bomba sin estallar. Estaban muy interesados en el funcionamiento de las botellas que explotan desde que en septiembre se quedaron con las ganas de destripar una muy bonita que habían descubierto en la otra orilla del río. Desgraciadamente, para cuando regresaron con unas tenazas, dispuestos a proceder a su intervención, la botella había desaparecido. Sospechaban de los de Bolueta.

Esta vez parecía que tampoco iban a tener suerte, porque unos mayores les acababan de cortar el paso con la excusa de que el puente podía venirse abajo y hacerles pupa. ¿Pupa? ¡Por quién los habían tomado! Resignados, tiraron hacia la plaza para ver si los alemanes le habían acertado a la escuela. Pero qué va, la puñetera no tenía ni un rasguño. Justo cuando ya se creían vencidos por el abatimiento, repararon en que la gran mayoría de los vecinos que salía del refugio iba colocándose al final de una larga cola que, partiendo del almacén de Rufina, se perdía calle arriba. Todos esperaban turno con un papelito en la mano.

Me parece que ahí rifan algo, apuntó Satur.

Martín fue a añadir un apunte, aunque se me hace imposible precisar cuál, pues el Chevrolet del padre lo dejó mudo en ese mismo instante. Había aparecido a toda velocidad por un cantón y se detuvo junto a la cola derrapando de muy malos modos. Inmediatamente, dos soldados se apearon del vehículo y se pusieron a descargar cajas de comida y a meterlas en el almacén de Rufina. No había rastro de Tasio ni de Leo, así que Martín no salía de su asombro. Su perplejidad era de tal calibre que se le escurrió un moco por la nariz y lo dejó ahí colgando sin hacerle caso. Pero por mayúscula que fuera su sorpresa, llegó acompañada de cierto sentimiento de orgullo: el Chevrolet, su Chevrolet, había conseguido burlar el bombardeo para acercar provisiones hasta La Peña. Los niños sabían de la escasez que sufría el barrio desde que hacía varias semanas advirtieran que la sopa que preparaban sus

madres perdía condimentos cada vez que se sentaban a la mesa. La última desaparición, la de las patatas, se les había hecho poco menos que intolerable. Los mayores no paraban de repetir que el bloqueo del puerto los iba a matar de hambre. Era una auténtica estupidez: ¡qué bloqueo ni qué bloqueo, la culpa la tenían las patatas! ¡Qué demonios había pasado con las patatas! Desconocían aún que los papelitos que sostenían los vecinos a la cola eran la única esperanza de que las patatas regresaran a sus platos: no eran boletos para una rifa, sino cartillas de racionamiento. Uno de los soldados abrió la cabina del Chevrolet y dejó el chaquetón sobre el asiento del conductor.

Martín, creo que te están robando el camión.

Pero ¿quiénes son esos?

No sé, soldados.

¿Están armados?

Parece que sí. Fíjate, tienen una cajita colgada del cinto.

¡Bah!, es pequeña; seguro que es una pistola de mentiras.

¿Y qué hacemos?

Espera que piense.

Martín dijo eso pero lo cierto es que no necesitó ni dos segundos para verlo claro: tenía que poner en práctica todas las habilidades militares en las que había sido adiestrado. Desenfundó el tiragomas y adoptó lo que consideraba debía ser la posición de combate (básicamente, se encorvó como un gato). Satur tomó ejemplo, y desconozco de qué manera, pero logró incluso erizar los vellos de los antebrazos para dar una imagen si acaso más imponente.

Los soldados se echaron una nueva carga al hombro y entraron en el almacén. Era el momento. Se armaron de valor y se colaron bajo la cabina del vehículo mordiendo el polvo.

¡Cuidado, que vienen otra vez!, anunció Satur cuando vio aquellas botas acercándose a grandes zancadas.

Escucharon el sonido de algo arrastrándose sobre sus cabezas, y luego las botas desaparecieron tras la puerta del almacén. Contaban con muy poco tiempo para maniobrar entre ida y vuelta del enemigo, así que era indispensable ponerse de acuerdo antes de proceder al asalto del Chevrolet.

Satur, atento: tú me cubres y yo entro en el camión de un salto.

¿Y yo?

Y luego entras tú.

Y a mí ¿quién me cubre?

Satur, a ver: me cubres tú, entro yo, y luego entras tú.

¡Eso!, y a mí ¿quién me cubre?

Pues yo.

¡Pero si tú estás dentro del camión no me puedes cubrir!

Tranquilo, que si nos atacan disparo por la ventanilla.

No, es imposible disparar por la ventanilla.

¿Y por qué?

Porque el hueco es muy pequeño, no puedes apuntar bien.

Sí que puedo, como Bob Estele.

¿Bob Estele? ¿En qué película?

En aquella de la diligencia.

¿La que le tienden una trampa?

Sí.

Pero Bob Estele no estaba dentro.

Que sí, que disparaba desde la diligencia, ¿no te acuerdas?

Pero Martín, que digo que Bob Estele no iba dentro: eran los malos.

Los malos iban a caballo, tonto. Bob Estele disparaba por la ventanilla.

¡Que no! ¡Y tonto tú!

¡Jolín, Satur, que soy el jefe!

Es que no sé.

Venga, que es fácil; ya verás.

Bueno, vale. Y luego, ¿qué hacemos?

La cuadrilla acostumbraba a ir al cine los domingos después de comer. Era una cita inexcusable, por supuesto, y Martín se veía obligado, quiero pensar que contra su voluntad, a dejar las vacas en la campita y dar un rodeo por el monte para no ser sorprendido abandonando su puesto de trabajo. Quedaban en la parada del tranvía y desde allí partían todos juntos hacia la capital.

En Bilbao, al final de la calle San Francisco, junto al puente de Cantalojas, se encontraba el Cine Vizcaya. Era una sala majestuosa, de mil y un asientos

forrados de fantasía, aunque lo mejor de todo es que la sesión de tres a cinco era exclusivamente para niños. Bueno, en realidad no, pero era tan barata que el aluvión de retacos emocionados cual saltimbanquis desaconsejaba el pase a nadie que levantara más de siete palmos. Como al resto de los saltimbanquis, a la cuadrilla de Martín le encantaban las películas del Oeste, sobre todo las de Tim McCoy, aunque sospecho que por razones que escapaban al ámbito puramente cinematográfico. Es que Tim McCoy, además de héroe del Cine Vizcaya, lo había sido en la vida real durante la Primera Guerra Mundial, y esa circunstancia lo hacía particularmente atractivo para los chavales.

El título de la película en cuestión era *Oro en el desierto*, con Bob Steele como estrella protagonista, el otro grande del imaginario infantil. En aquel entonces los nombres de los actores se leían en los créditos tal cual, obviando su origen anglosajón. Nadie en el Cine Vizcaya hubiera reconocido a ningún Bob que no fuera Estele. El filme lo pasaron hacía dos semanas. Martín disfrutó como nunca porque lo hipnotizaban los asaltos a diligencias, supongo que por el movimiento, las caídas entre las patas de los caballos, las peleas por hacerse con las riendas o el intercambio de disparos a galope tendido. En una ocasión, él mismo intentó asaltar a la hermana de Satur desde un burro, pero cuando ya estaba a un tris de tirarla de las coletas, el borrico se desvió para comerse unos arbustos. En esas condiciones era muy difícil. Ahora tenía su gran oportunidad.

Rodó hacia el exterior con el tiragomas en ristre y asomó las orejas por encima de la carga. Ni rastro de los soldados. Tomó aire y se decidió a entrar por la ventanilla del conductor. Pero entonces, algo inconcebible lo clavó al suelo como si pesara mil celemines de habas: allí, en la puerta del Chevrolet, escritas con buen pulso, se hallaban las palabras más raras que había tenido oportunidad de leer en su vida:

Euzko Gudarostea. 18 Zenbakia
(Ejército Vasco. Número 18)

Rápidamente, volvió a los bajos del camión y convenció a su amigo para que echara una ojeada a la puerta, por si eran imaginaciones suyas. Satur salió

como una lagartija nerviosa y volvió con un moco colgando. Sí, era la primera vez que leían algo escrito en la lengua de los secretos. Cada vez que sus padres querían comentar una cosa a salvo de oídos indiscretos, hablaban en vascuence, un idioma que muy pocos, cada vez menos, dominaban; pero los críos desconocían que esos secretos pudieran llegar a escribirse. Era magia.

¿Has visto lo que pone en la puerta?

Sí, seguro que han sido los soldados.

¿Y por qué no me han pedido permiso?

Bueno, yo un día dibujé un sapo en el coche del médico sin permiso.

Pero ellos son mayores, no es lo mismo. Venga, cúbreme.

Martín saltó por la ventanilla al interior del vehículo y apuntó con el tiragomas hacia la puerta del almacén. Satur tomó el relevo, pero como niño sacudido por esa injusta fatalidad que lo perseguía desde su nacimiento, cayó en la cabina muy malamente y, una vez más, la cabeza se le quedó encajada entre la puerta y el asiento.

¡Ponlo en marcha!, dijo pataleando boca abajo. ¡Rápido!

Martín apartó los pinreles de su compinche del volante, hundió la palanca del motor de arranque hasta el fondo, la giró a la izquierda con un golpe de muñeca y, cuando ya se disponía a echarla hacia atrás, arrancar y meter la primera como hacía Leo, algo se coló entre las piernas de Satur... ¡No, no podía ser! ¡Era su padre!

Pero ¿qué andáis ahí dentro?

Pues es que...

Es que ¿qué?

¡Que nos han robado el Chevrolet, padre!

¡Vamos!, ¡a casa ahora mismo!

¡Pero padre, cómo nos vamos a ir ahora!

¡Que te he dicho que vamos!

¡No, de la oreja no, por favor, que me duele!

¿Sabes el susto que le has dado a tu madre? ¿Por qué no has ido al refugio?

No sé, se me ha *olvidao*.

¡Verás cómo a partir de ahora no se te olvida!

¡Padre, espere!, ¿y el camión?

El camión se queda, lo han requisado.

¡Ay, ay, ay, ay!

Tras varios intentos de sacarlo por las bravas, Tasio comprendió que era imposible hacerlo sin extraer previamente al niño que estaba atravesado del revés. Tiró de él, y una vez liberado de su absurdo cautiverio, el mequetrefe quiso evaporarse pero, con la sangre confundida en la cabeza, fue rebotando de lado a lado de la calle como una canica lanzada por un torpe. Tasio no le prestó atención y condujo a su hijo al caserío sin pronunciar palabra. El niño caminaba con el cuello encogido a tres o cuatro pasos de su sombra y, cuando vio que la sombra se detenía junto a la puerta y le franqueaba el paso, temió un primer cachete en la rabadilla que no llegó. Lo que aguardaba al otro lado de aquella puerta le iba a doler muchísimo más que la peor de las azotainas. Era solo una imagen, pero demoledora. La de su madre sentada en la cocina como una nada a punto de desaparecer de su pequeño taburete; la de su madre levantando la cabeza al intuir su presencia; la de su madre llorando, deshecha.

¡Martintxo!

El niño recorrió los tres metros que lo separaban de ella como si bajara unas escaleras que lo hundieran bajo el suelo. La besó y buscó palabras tiernas que calmaran su culpa, pero la mujer no podía hablar, se limitó a abrazarlo durante un tiempo enorme que sin embargo al niño le supo a poco, porque se habría quedado así la vida entera.

Llegaron unos pasos solemnes. Martín no lo vio porque estaba de espaldas a la puerta.

Hola, dijo Bixente.

El niño se volvió y pasó de las lágrimas a la sonrisa en un periquete; no había tenido oportunidad de saludar a su hermano mayor desde que salió del hospital, haría una semana.

Ve con él, susurró Teresa.

Martín se echó al cuello de Bixente, pero el mozo solo le concedió el tiempo justo. Lo apartó pellizcándole la nariz y buscó la mirada de Tasio.

¿Podemos hablar fuera?, preguntó.

No, interrumpió Teresa. Salgo yo, que tengo que ir a por agua.

Martín se sentó en el taburete que había dejado libre su madre para intentar pasar lo más desapercibido posible. Quería que lo dejaran estar: se olía algo. La voz grave de Bixente interrumpió sus pensamientos.

Marcho para el frente, padre.

¡Cómo que marchas para el frente!

Tengo que ir a luchar, como todos.

Acabas de salir del hospital, no puedes casi ni andar.

Puedo andar. ¡Cómo cree que he llegado hasta aquí!

No tienes que ir todavía.

Está decidido, padre.

¿Y tu mujer? ¿Y la niña? ¿Te das cuenta de que tienes una hija recién nacida?

Precisamente lo hago por ellas.

¿Por ellas? Las vas a dejar solas, vas a matar a tu familia.

Serán los fascistas los que nos maten a todos si no. También a usted.

Ha habido muchas guerras, hijo. Pasan. Seguimos viviendo.

Yo no quiero vivir como un cobarde.

Si marchas, no cuentes más conmigo.

Hace tiempo que no cuento con usted.

¡Fuera, largo de aquí, no vuelvas a poner el pie en esta casa!

Hasta nunca, padre.

No me llames padre.

Tiene razón, usted no sabe lo que significa eso.

Cada frase era un puñal. Martín no entendía cómo dos personas a las que amaba podían arrojarse tanto daño el uno al otro. Era como un duelo entre Tim McCoy y Bob Estele, un duelo a muerte entre los buenos. La última palabra de Bixente había sido un portazo, y ahora bajaba cojeando por el camino.

El silencio se podía mascar en la cocina. Tasio se había quedado mirando la pared como si la odiase a muerte. Apretó los puños y Martín quiso hacerse invisible en su taburete. Dio un empujón a la puerta y Martín sintió cómo retumbaban los cimientos del caserío. Corrió por el camino y Martín siguió su estela a través de la ventana. Llegó a la altura de Bixente, y cuando todo hacía temer lo peor, Tasio lo abrazó, se abrazaron, se fundieron en su propia carne

sin parar de balancearse, entrelazados con sus manos grandes, unidos hasta por la última esquina de sus tripas, de sus genes, de todo lo que eran. Tasio lloraba, el padre del mundo lloraba; le caían los lagrimones porque su hijo mayor iba a la guerra, por Dios, a la guerra.

Teresa regresó del manantial, y al verlos ahí, sobre aquel charco de miedo, posó el cántaro sobre la hierba.

Se va.

Capítulo 18

La bruja

Otoño de 1936

*H*acía cuatro meses y once días que Asun Barruetabeña se ahogaba en sus propias lágrimas, el mismo tiempo que llevaba sin recibir noticias de sus tres hijos. Todo el pueblo sabía, por lo que contaban los mozos que venían de permiso, que estaban muertos. Habían caído en Irún, los tres. Sus cuerpos desaparecieron bajo una montaña de cuerpos, una de tantas que luego consumieron las moscas y los gusanos. Pero nadie era capaz de compadecerse de Asun, nadie se atrevía a rematarla con la verdad.

La mujer pasaba las mañanas arrastrándose de oficina en oficina, guardando la vez junto a personas que, como ella, solo eran espectros sin uñas que morderse ya. En la administración de la República aseguraban haber cursado petición de informe al frente en dieciocho ocasiones diferentes, prácticamente una por semana desde que se había perdido la pista de sus hijos; pero la respuesta siempre había sido la misma: el silencio. En todas y cada una de las ventanillas del Gobierno de Euzkadi (institución que regía ahora el País Vasco, de donde había partido la orden de requisar el Chevrolet de Martín) lamentaron no poder ayudarla, pues el Gobierno Autónomo no existía como tal cuando se produjo la desaparición. Y en las diferentes organizaciones de combatientes, las milicias socialistas, comunistas,

anarquistas o nacionalistas, juraron haber trasladado el requerimiento a los oficiales, a los batallones, a la tropa. Pero nada.

Asun necesitaba saber. Le hablaron de una bruja de Bilbao, y la bruja acarició las arrugas de sus manos y le pidió que barajase las cartas. A continuación las fue echando sobre la mesa en diferentes montoncitos, y su mirada se perdió en el tres de oros durante una eternidad. Bebió un sorbo de agua para esquivar la ansiedad a su lado, y por fin, volvió los ojos sobre la mujer.

Están vivos, dijo. Han huido a Francia.

Asun Barruetabeña abrazó a la bruja. Estaba fría como la muerte. La besó mientras repetía una y otra vez los nombres de sus tres hijos. Sin dejar de llorar, preguntó cuánto debía.

Capítulo 19

El fusilamiento

Invierno de 1936-37

Santi y Catalina llegaron al pueblo cantando, con dos niños pequeños de la mano y un petate en el que cabía toda su vida. Eran naturales de Villafranca de Oria, y al parecer, en aquel lejano lugar sus habitantes tenían por costumbre cantar cuando querían decir algo, especialmente si lo hacían en la lengua de los secretos. No lo podían evitar.

A Matilde los recién llegados le parecían mitad personas mitad jilgueros. Eso creía. La otra posibilidad era que se hubieran tragado un silbo, pues de sus labios solo salía música:

Ea azkenen herri hontan salbu gaittun.

Espeo zaun, matte.

Matte haunat, laztana.

(A ver si en este pueblo estamos a salvo. Confía, amor. Te quiero, cariño).

Es verdad que normalmente entonaban cosas tristes, incluso más tristes que esa todavía, pero a la niña le daba igual, era incapaz de dejar de sonreír al escucharlas. Luego se daba cuenta de que todo el mundo estaba muy serio y ella también fruncía el ceño, no fuera que los nuevos vecinos pensarán que era un poquito tonta.

La familia de jilgueros había escapado desde el otro lado del frente. Decían haber recorrido más de cien kilómetros sorteando uniformes rebeldes, ocultándose de casa en casa, de granero en granero, hasta que encontraron la manera de cruzar las líneas con la ayuda de un pastor que se dedicaba al contrabando. Aquel hombre los condujo por una senda perdida entre hayas durante la noche. No solo a ellos, desde luego. Desde que comenzara la guerra, el aluvión de refugiados, procedentes en su mayoría de la provincia de Guipúzcoa, como Santi y Catalina, había sido incesante. Miles de personas vagaban por las calles de Bilbao, cantando, sí, pero sin techo ni nada que echarse a la boca. Afortunadamente, Catalina tenía una tía abuela en La Peña que los había acogido como un regalo caído del cielo: la mujer estaba sola, más muerta que viva por culpa del miedo.

Los vecinos se habían congregado en el café de la cooperativa para escuchar a Santi, el papá jilguero, el que más alto trinaba de toda la familia. Era una oportunidad única de enterarse de lo que ocurría al otro lado del frente y deducir lo que podía deparar el futuro si triunfaban los rebeldes. La prensa era demasiado optimista con el desarrollo de la guerra y el instinto les advertía que debían buscar la verdad en otra parte.

Yo soy maestro, ese fue mi problema.

¿Tuviste que escapar por ser maestro?

Sí.

Pero ¿cómo puede ser eso?

Los fascistas fusilan a la gente que les parece peligrosa.

Y un maestro de escuela ¿les parece peligroso?

Bueno, supongo que enseñamos a pensar.

¿Y qué hicisteis?

Nada, no pudimos hacer nada. Para cuando nos dimos cuenta ya estaban en Ordicia, y la única opción fue ocultarme en casa del hermano de mi suegro. Allí permanecí casi un mes y, justo cuando creía pasado el peligro, fueron en mi busca y dieron fuego al caserío.

¡Pero cómo pudieron hacer eso! ¡Y todo por ser maestro!

No, esa no fue la verdadera razón. Tengo un vecino que es de los suyos. Me denunció.

¿De qué te acusaron?

No lo sé, da igual; me denunció para quedarse con un pedazo de tierra que decía que era suyo. Luego los fascistas hicieron su trabajo. El enemigo somos nosotros mismos.

¿Qué quieres decir?

Si llega el momento, lo veréis. Hay mucho odio, en ambos lados.

Tasio escuchaba a Santi con preocupación mientras Matilde jugaba con los hijos de los jilgueros, aunque no perdía ripo de la conversación. No obstante, había algo que no le había quedado del todo claro y tiró del pantalón de Tasio:

Padre, ¿qué quiere decir fusilar?

¡Tuuuuuuuuuuuuuu!

Sí, al hombre lo salvó la sirena. Era la tercera vez que sonaba aquel domingo, y eso que no habían dado ni las dos de la tarde. Pero a pesar de la sucesión de ataques, todos los presentes hicieron lo debido: echar a correr en direcciones opuestas con los brazos extendidos, como juguetes de hojalata a los que hubieran dado demasiada cuerda. Rebotaron los unos contra los otros hasta que cada cual encontró su camino entre el caos. Tasio voló con Matilde bajo el brazo y entró en el caserío en el mismo instante en que Teresa apartaba el cocido del fuego. Fue directo a por la olla, la agarró por las asas y salió con cuidado de no derramar nada. Teresa metió platos y cucharas en una cesta, cogió cuatro o cinco mantas y empujó a los niños hacia fuera cuando ya se escuchaba el rugido de los trimotores.

¡Grrrrrrrrrr!

En las últimas semanas, con el primer toque de sirena prácticamente los tenían encima, no había tiempo de ponerse a salvo. Cruzaron la campa como unos domingueros que huyen del aguacero con el almuerzo a cuestas y entraron en el refugio con el aliento de los Junker en el cogote.

¡Booouuuuuuumm!

Teresa se detuvo en la boca de la cueva y aguardó la llegada de su Martintxo rezando un avemaría tras otro. Pero después de completar un rosario entero comprendió que esta vez tampoco iba a presentarse y se dispuso a servir la comida. Podían pasar horas ahí dentro, lo mejor era distraer los

nervios. Compartieron el cocido, apenas un caldo con cuatro garbanzos, con dos vecinos que no habían podido llevarse provisiones.

¡Booouuuuumm!

Después de llenar el estómago, Tasio acostumbraba a echar la siesta, y ningún alemán, por bullicioso que fuere, iba a impedir que diera su cabezadita; faltaría más. Se cubrió con una manta y comenzó a roncar a buen ritmo.

¡Rrrrrr...! ¡Rrrrrr...!

Pero al cabo, sintió la punzada de una mala premonición, abrió los ojos y el corazón le dio un vuelco como nunca en su vida. Acababa de ver a Matilde y a Lucas con las manos arriba y el miedo en la mirada. Permanecían el uno junto al otro, muy quietos y con la espalda apoyada contra el paredón de la gruta. Buscó una explicación a aquella imagen siniestra y la encontró un poquito más allá, en la penumbra: dos niños uniformados con gorras hechas de papel de periódico los apuntaban con ramas de avellano, sostenidas como si fueran mosquetones a punto de percutir.

¡Booouuuuumm!

Con la explosión, Lucas cayó desplomado y quedó con los ojos inertes clavados sobre su padre. Matilde, sin embargo, quiso añadir un plus de dramatismo a la escena y lo primero que se le ocurrió fue hincar las rodillas en el suelo. También se le ocurrió encorvarse poco a poco, como si su cabecita fuera cobrando más y más peso, apoyar una manita, después la otra, arañar la tierra con la desesperación propia de una película expresionista, caer de costado, y morir al fin exhalando un largo y profundo suspiro. Pero fatalidad, justo entonces sintió un picor horrible en la nariz y se le escapó un estornudo.

¡Achús!

Se levantó y se murió de nuevo.

Capítulo 20

Las moscas que nos defienden

Invierno de 1936-37

Satur tensó la goma hasta el límite de sus fuerzas, cerró los ojos y disparó. Inmediatamente escuchó un ruido de hojalata, ¡*clonck!*, y a continuación un silencio atónito que nadie, absolutamente nadie se esperaba.

¡Concho!, pensó desde la oscuridad, ¡me parece que le he dado al bote!

Despegó los párpados hacia la gloria y era verdad: ¡el bote yacía en el suelo exánime, tieso, ajusticiado, muerto como sin duda merecía! Acababa de lograr la mayor hazaña de su escueta vida. Besó el tiragomas al tiempo que una alegría incontenible brotaba del fondo de su alma, por lo que ni pudo ni quiso evitar aquellos ocho volatines consecutivos de dudosa factura que se le escaparon por los pies y, no contento con eso, prolongó el número pataleando panza arriba como un ciempiés que no fuera capaz de darse la vuelta.

¡Soy el mejor, soy el mejor paco del mundo!, vociferó hasta desgañitarse para que se enteraran hasta los niños de ultramar.

Se conocía por «pacos» a los francotiradores. El término imitaba el sonido que producen las balas al impactar contra las personas, aunque eso, claro está, el chaval no lo sabía.

Seguro que has hecho trampas, protestó Martín enarcando la ceja izquierda, que, ya se sabe, siempre es un poquito más suspicaz que la derecha.

entrometidos, con lo que llegaron a la huerta perfectamente integrados en el paisaje, con el camuflaje de barro bien repartido por todo su cuerpo.

¡Booouuuuuuumm! ¡Booouuuuuuumm! ¡Booouuuuuuumm!

¡Vaya por Dios, los Junker ya estaban ahí! Con tanta medida de precaución, habían perdido la oportunidad de saludar a Klaus Rapke, El Abuelo. Pero daba igual, el espectáculo había crecido en alicientes. Se tumbaron sobre la hierba, desplegaron una sonrisa y Satur se colocó las tapas de betún en los ojos; nunca se separaba de ellas

¡Allí, allí, fijaos!, señaló Martín al ver los alicientes asomando por el noroeste.

Eran cuatro de los quince cazas de fabricación rusa que el bando republicano había destinado a la salvaguardia del espacio aéreo de Bilbao, ¡por fin! Conocidos popularmente como «chatos», dado que tenían la nariz aplastada, más incluso que esos perros de origen chino y tamaño lamentable que paseaban las señoras de bien por la Gran Vía, los chatos habían conseguido animar la contienda con sus escaramuzas. La cuadrilla, sin embargo, prefería denominarlos «moscas». Era lo más acertado porque, a pesar de contar con doble ala, eran tan chiquitajos y metían un ruido tan insufriblemente agudo que recordaban a los insectos zumbones que viven en las cabezas de las vacas. ¡Malditas vacas!, de una u otra forma siempre se las apañaban para estar presentes.

Pero vacas al margen, desde la incorporación de los moscas a la refriega, aquello sí que era una auténtica batalla de película, y si me apuras, todavía más de película que las de película. Era requetefastuoso: un día sí y otro también, los moscas se lanzaban a por los trimotores para impedir que descargaran su carga mortífera, pero en su defensa salían los cazas alemanes, los Heinkel He 51, precisaba Cosme, que se sabía de memoria todas las marcas de los aviones del mundo. La polémica sobre si eran He 51 o He 52 levantaba ampollas, pero aquellos aparatos reaccionaban como abejas enfurecidas en torno a una reina acosada y armaban la de San Quintín. Estaban de suerte, porque en esta ocasión parecía que el combate iba a tener lugar justamente sobre sus cabezas, entre los montes Malmasín y Pagasarri. El collado que los unía era la llave de acceso a la ciudad desde el sur, de donde

procedían los ataques. Enseguida el cielo se convirtió en el escenario de un juego de persecución que fue matizando el azul celeste con ráfagas blancas, nubecitas de algodón, moscas de doble ala, botellas desalmadas, cañonazos rectilíneos, triángulos, elipses, revueltas e inocencia. Satur sacó del bolsillo un pañuelo lleno de avellanas, se echó unas cuantas sobre la tripa y pasó el resto a sus camaradas.

Yo me pido ese, el que va detrás del mosca de la derecha.

¡Cómo te vas a pedir ese!, ¿no ves que es de los de ellos?

¡Y qué si me lo pido!

¡Pues que es de los malos, tonto!

No son tan malos, siempre ganan.

Son el diablo.

¡Y qué!

A ver, ¿tú tienes cuernos y rabo o qué?

La discusión acabó de sopetón. Una gran nube blanca, mucho más blanca que todas las demás, se había desplegado en medio de la película, y creció a lo ancho y también a lo largo hasta ocupar prácticamente la inmensidad del cielo. Apenas un segundo después de dejar al público boquiabierto, la nube comenzó a emitir destellos, tan bonitos como las chiribitas que se ven cuando aprietas los ojos con fuerza. Luego fue descolgándose hacia los niños y se transformó en una lluvia de miles de papelitos que cayeron sobre sus sonrisas como copos de nieve.

Uno de aquellos papelitos, el más dulce y misterioso de todos quizá, se posó con suavidad sobre la frente de Martín. Tenía un mensaje. Debía ser de los aviadores: ¡los dueños del cielo le habían escrito!, ¡le habían escrito una carta! Pero la alegría fue esfumándose de sus ojos a medida que se sumergía en aquel aluvión de frases largas de corte militar, de las que solo entendió alguna que otra palabra:

Ríndanse...

Morirán...

No les queda tiempo...

Colaboren con el Alzamiento...

Arrasaremos las provincias rebeldes...

Emilio Mola, General de Brigada.

Martín se quedó pensativo y, cuando parecía que el silencio había podido con todo lo demás, formuló una pregunta que nadie, ni siquiera Cosme, supo contestar:

Oye, ¿los rebeldes no eran ellos?

Capítulo 21

El cartero miedoso

Invierno de 1936-37

*H*ola, yo no sabía que en las guerras los niños no iban a la escuela; es que yo quiero ir, jolines. El último día de clase doña Leonor nos dijo que no les han llegado nuestras cartas porque hay un barco muy malo que tira bombas y no le quiere dejar pasar al cartero. Pero mi hermano Martín dice que lo que pasa es que el cartero es un miedica, y que un día de estos va a coger y va a llevar las cartas subido en una mosca. Yo creo que mi hermano está un poquito loco, ¿verdad? Doña Leonor dice que podemos escribirles todas las cartas que queramos, porque escribir es como ir a clase, y que en su país, Cardiff, hay unos señores que nos quieren ayudar a los niños de aquí. Yo quiero chocolate. Es que los Reyes Magos igual también tienen miedo y no vienen a traernos chocolate. Muchas gracias.

MATILDE ABRISQUETA MENDÍBIL

Tengo una sobrinita nueva que nació ayer. Es muy redonda y se llama Julia.

Capítulo 22

La bandera blanca

Invierno de 1936-37

Klaus Rapke sobrevoló la cumbre de una montaña en la que se apreciaban los restos circulares de un asentamiento prehistórico, peinó el verde intenso de la hierba de su ladera norte y, como cada vez que se descolgaba sobre la ciudad, distinguió lo que parecía el rastro de un topo gigante. Aquí y allá, el paisaje se veía surcado por profundas hendiduras, heridas junto a las que descansaban promontorios de escoria. Debía andarse con cuidado: las minas de hierro eran muy peligrosas. De sus bocas nacían cables que cruzaban el aire en dirección al río, una barrera invisible con la que podía tropezar en un vuelo rasante como aquel.

A pesar de su indumentaria de cuero, Klaus sentía un poquito de frío, la verdad. Lucía ese sol tibio de invierno que no remonta el horizonte y molesta tanto a los ojos. Pero al margen de eso, la visibilidad era perfecta: el mar aparecía claramente recortado al fondo del estuario, dibujando una línea de costa caprichosa, escarpada. La ofensiva gozaba de unas condiciones espléndidas desde hacía varios días y las operaciones se multiplicaban sin cesar, convirtiendo la guerra en una labor cotidiana, casi un empleo de ocho a cinco, solo que con un plus de adrenalina.

A medida que se dejaba caer hacia el valle, la plaga se hizo cada vez más evidente. Desde el cielo, esos puntos negros que huían a la carrera no eran nada, no tenían cara, ni padres, ni hijos, ni edad, ni muchísimo menos sentimientos. No reían ni lloraban, no vivían ni morían, y por supuesto, no soñaban. ¡Quién piensa en el sufrimiento de las cucarachas cuando te dispones a exterminarlas porque infestan tu cocina!, reflexionó Klaus al hilo de las palabras del capitán, que siempre comparaba al enemigo con esos bichos. Sí, vale, de acuerdo que no es lo mismo, se defendió El Abuelo; pero por inmundas que puedan parecer en principio, las cucarachas también son seres vivos, y por eso corren a esconderse al agujero más próximo en cuanto intuyen el peligro; como los vascos. El simple hecho de que sientan miedo o dolor no los convierte en buenos o malos, ni los eleva a la categoría de ser dignos de suscitar pena; son sencillamente parte de mi trabajo. Yo no he inventado las guerras, no las dirijo ni las declaro, ni está en mi mano firmar armisticios. Además, precisó Klaus, a falta de un próximo ascenso, ni siquiera disparo; únicamente reconozco el terreno para que otros encuentren la ruta más segura para soltar su carga: la muerte.

El Abuelo disfrutaba al contemplar la reacción que su presencia desencadenaba en tierra. Las calles, las fábricas parecían contar con patitas, huían de su sombra alargada. Se sentía importante. Lo era. Poco a poco se había ido convenciendo de ello. La semana pasada un equipo de periodistas asignado a la Wehrmacht se había desplazado desde Berlín al objeto de grabar un extenso reportaje sobre la Legión Cóndor. Los filmaron con un tomavistas portátil, perfecto para la realización de documentales, pero ciego como todos los de la época. En aquel entonces, las cámaras cinematográficas no disponían de mirilla con la que enfocar a través del objetivo, aunque por lo que contaban las revistas especializadas, apenas faltaban cuatro o cinco meses para que saliera al mercado el primer modelo con visor réflex incorporado: la Arriflex 35. Un ingenio (alemán, cómo no) que prometía dejar atrás los tiempos de los encuadres desaforados y las cabezas cortadas.

Efectivamente, Klaus era muy aficionado a la fotografía y siguió el proceso de rodaje con gran interés. Tuvo mucha suerte, porque Markus Schulze, director de la película, un hombre apasionado por la luz, estuvo

encantado de compartir alguno de sus secretos con él. Fue una experiencia inolvidable. Comprobó que aquel individuo de aspecto distraído era un profesional increíblemente minucioso: no dudaba en repetir cuantas tomas fueran necesarias hasta lograr un resultado perfecto, sincrónico, en el que ningún elemento escapara a su intención. Por ejemplo, detenía la grabación si aparecía una simple gota de sudor en la mejilla del entrevistado. Aseguraba que esa nimiedad, imperceptible para alguien ajeno al mundo de la propaganda, denotaba nerviosismo, un mensaje que no estaba dispuesto a trasladar al público. Les tomó infinidad de planos desde diferentes puntos de vista: pilotando, ejecutando maniobras arriesgadas, bombardeando objetivos mientras comentaban los detalles de la operación frente a un micrófono escondido entre los mandos de la cabina. Llegó a instalar un prototipo de cámara en el ala de uno de los cazas, en la que los ingenieros habían incorporado un minúsculo sistema de calefacción para impedir que las lentes se congelasen. Ahora, explicó, estaban perfeccionando el dispositivo para que comenzara a grabar en cuanto el piloto apretara el gatillo de la ametralladora, y se detuviera al soltarlo. De esta forma podrían inmortalizar el instante en que los cazas abaten aparatos enemigos o eliminan objetivos terrestres. Era una manera de conseguir secuencias espectaculares, pero también de motivar a los pilotos, pues en muchas ocasiones estos no podían acreditar los derribos efectuados en la confusión del combate.

Por un segundo, mientras la maquilladora retocaba su pelo y espolvoreaba potingue para igualar el tono de su cutis, El Abuelo creyó encontrarse en la piel del mismísimo Bob Steele, su actor favorito. En realidad, hasta el último de los miembros de su escuadrilla se sintió una verdadera estrella de Hollywood durante aquellos días. Gracias al documental tomaron conciencia de que, como miembros de la Legión Cóndor, eran el orgullo latente de Alemania, su esperanza, su única esperanza tal vez, y respondían a un bien que trascendía su propia existencia. Los mandos aprovecharon para insistir en la idea de que la mayor parte de los recursos del Tercer Reich estaban invertidos en ellos, en la maquinaria de guerra de la Luftwaffe, y que el mismísimo Fürher seguía personalmente sus evoluciones. Aquel rincón olvidado del planeta, adonde habían llegado para apoyar a los aliados del

nacionalsocialismo, era mucho más que un simple campo de pruebas: se trataba de la senda hacia la gloria.

Qué curioso, pensó Klaus. Allá abajo, en mitad de la plaga, se mueve algo en dirección contraria a la de la corriente de cucarachas.

Asomó la cabeza y quedó pasmado.

¿Eso es...? No, no puede ser una bandera blanca.

Martín corría todo lo rápido que le permitía la gente que se le echaba encima. Llevaba un brazo extendido hacia lo alto, pero no porque pretendiera saludar a El Abuelo, sabía de sobra que era imposible que este pudiera distinguirlo entre tanta desesperación, sino porque sus dedos sostenían el hilo con el que hacía volar su cometa. La había construido con mimbre y papel encerado. Era la cometa más blanca y bonita de todo Arrigorriaga, o al menos la más valiente.

Klaus lamentó profundamente que Markus Schulze no estuviera allí para ver eso. Estaba seguro de que el *Herr Direktor* mataría por filmar la belleza de aquella imagen poética. El Abuelo meditó en alto sin darse cuenta de que sus palabras estaban siendo transmitidas por radio a sus compañeros y a la base.

Veo una cometa blanca, describió empleando un tono de voz a medio camino entre la ternura y la épica. Una cometa limpia, preciosa, mecida por el viento, por la libertad, por un espíritu que trasciende. Vuela entre una muchedumbre gris condenada a la muerte, acompaña a mi Heinkel solitario. No es la bandera de alguien que se rinde, es la bandera de alguien que aún sueña.

Klaus, ¿ocurre algo? Cambio.

Nada. Todo perfecto. Vía libre. Cambio y corto.

Le gustaba la poesía. Siempre que tenía oportunidad escribía pequeñas sensaciones en un cuaderno, y con el tiempo, esos apuntes, aparentemente inconexos, cristalizaban en sonetos. Eso también se lo debía a su madre, y a la Luna. ¡Qué pena no contar con una Arriflex en el ala!, se dijo. Pero ese

pensamiento llegó acompañado de una duda. ¿Sería capaz de ametrallar a alguien para inmortalizar una imagen? ¿Sería capaz de matar algún día, cuando llegara el momento?

Se fijó en que la cometa se apartaba de la multitud y se dirigía hacia el lugar exacto en el que aquellos tres angelitos solían colocarse para saludarlo. Comprobó que aún no había ningún niño tumbado en la campa y sonrió. Era increíble, no había nadie en el mundo como esos críos.

¡Martín, Martín, El Abuelo ha visto la cometa!

¿En serio?

¡Que sí, que nos ha saludado! ¡Pero guárdala ya, que vienen los trimotores!

¡Ay va, cuántos, son muchísimos!

Yo creo que esos de la derecha son los Fiat.

¡Ah sí, los pequeñitos!

Pues mi padre dice que los aviones de los italianos son unos cacharros.

Cosme, tu padre siempre lo sabe todo, ¡como tú!

¡Pues sí!, y ¿qué pasa?

¡Ja, pues que no sabes ni la u!

¡Fijaos, todavía vienen más! ¡Van directos hacia Bilbao!

Pues si yo viviera en Bilbao, cogería y me metería en la ría.

¿En la ría? ¿Y por qué?

Pues porque ahí solo hay peces, ¡y para qué van a matar peces!

Ya, pero igual te congelas: el agua está muy fría, Martín.

¡Qué va!, te pones muchos jerséis encima y ya está.

Inexplicablemente, los vecinos de Bilbao pasaron por alto el consejo de Martín y, en vez de lanzarse de cabeza a la ría, se limitaron a hacerse un ovillo y rezar porque los trimotores sobrevolaran la capital sin acordarse de ellos. Pero la muerte siempre se acordaba de Bilbao y su área metropolitana; machacaba su esperanza día tras día, botellazo a botellazo. Las bombas caían entre octavillas que llamaban a la rebelión contra una República a la que, decían, le daba igual la suerte de su pueblo, y ciertamente el número de víctimas daba que pensar. Lo peor de todo es que ya no había lugar donde

sentirse ni un poquito a salvo: las fábricas, las infraestructuras, las comunicaciones habían dejado de ser las únicas dianas señaladas en rojo en el itinerario de los alemanes. Las botellas que explotan caían sin criterio, sin mirar adónde, como monedas esparcidas sobre la barra de un bar por un borracho cabreado.

¡Mirad, ahí llegan los moscas!

¡Poum! ¡Siempre tarde, son unos *cagaos!*

¡Mentiroso, no son unos *cagaos!*

¡Sí que lo son!

¡Lo que pasa es que los otros son unos abusones, son muchísimos más!

¡Poum! ¡Poum!

Pues si me dejaran a mí un mosca, iban a ver esos alemanes lo que es bueno.

Satur, ¿a ti?

Sí, a mí, ¿qué pasa?

¿Con tu puntería?

Te recuerdo que le di al bote.

¡Poum! ¡Poum! ¡Poum!

¡Eh, fijaos en ese!

Un mosca acababa de realizar una maniobra muy bonita, una especie de tirabuzón con el que había conseguido enfiar la popa del Junker que encabezaba una de las formaciones triangulares. Una ráfaga de destellos cruzó el cielo, *¡ratatatatá!*, y el trimotor comenzó a dejar una estela de humo negro.

¡Le ha dado, le ha dado, el mosca le ha dado al Junker!

Al sentirse herido, el bombardero viró hacia el sur, supongo que para poner rumbo a la base, pero pronto el gruñido de sus tres motores se volvió quejicoso, intermitente incluso, y tras unos segundos de incertidumbre, se precipitó al vacío sin remedio. No obstante, en lo que tardó en despejarse la duda de si caía o no, los aviadores habían tenido tiempo para lanzarse del aparato uno a uno. Contaron cinco. Parecían muñequitos: descendían con sus paracaídas muy suavemente, columpiándose de un lado a otro como si la guerra no fuera con ellos, como si se hubieran tomado un descanso para disfrutar de las vistas en una mecedora celeste. Emocionados, los niños

salieron en su persecución, y Martín, siempre al quite, aprovechó para volar la cometa. Corrían y corrían mientras los aviadores observaban aquella bandera blanca que se les acercaba desde tierra, pensando quizá que un estúpido pretendía rendirse a sus pies. El viento iba variando su deriva y los chiquillos dudaban hacia dónde dirigirse: era como perseguir una bolsa que juega con el aire. Al fin, los muñequitos se escoraron hacia el oeste y desaparecieron tras el monte Arraiz.

¡No puedo más!

¡Venga, Satur, ya falta poco!

Llegaron a la cumbre del Arraiz con la lengua fuera y calcularon que podrían haber ido a parar dos o tres vaguadas más allá. Estaban agotados, así que decidieron mantener su privilegiada posición por si advertían algún movimiento sospechoso en el bosque. Pero era difícil distinguir nada a tanta distancia y ahuecaron las manos en torno a los ojos para ayudarse con los prismáticos. Permanecieron allí una, dos, tres horas, pero ni rastro de los alemanes. Soplaban un nordeste que helaba el hipo y, creyendo haber cumplido de sobra con su deber ciudadano, tiraron para el pueblo apesadumbrados. Habían perdido la ocasión de conocer personalmente a los muñequitos. Todavía no terminaban de creerse que existieran adultos capaces de volar colgados de una sábana, pensaban que ese tipo de audacias solo estaba al alcance de los niños.

De vuelta en La Peña, les sorprendió el vacío en que se hallaba sumido el barrio. Escucharon un fuerte rumor y, al doblar una callejuela, se dieron de bruces con una multitud de piernas que los arrastró hacia algún lugar. Sintieron una sensación extraña, como si estuvieran rodeados de una jauría de lobos. Los ojos de los mayores se veían inyectados en sangre, pero no les había dado por andar para arriba y para abajo como tenían por costumbre siempre que les hervía la mirada. Esta vez marchaban todos juntos en línea recta por la calle Abusu, al estilo de las procesiones de Semana Santa, con la diferencia de que, en vez de sostener a hombros imágenes de la Pasión de Cristo, mantenían en alto su propio puño, amenazando al cielo.

Al llegar a la plaza, los críos se subieron al poste que había junto a la entrada del café de la cooperativa para observar la procesión de rabia con

mejor perspectiva. La radio del café estaba a todo volumen y el locutor parecía pasar la lista de clase, pero no conocían a ninguno de los niños que nombraba. En realidad, eran los nombres de las víctimas de los últimos bombardeos, que iban creciendo en número conforme llegaban datos de diferentes localidades. Entonces, en menos de lo que se tarda en pestañear, el dolor se convirtió en odio, manó de un fondo ciego y oscuro que muchos desconocían poseer, y se escucharon palabras ensangrentadas:

¡Asesinos! ¡Muerte! ¡Muerte a los fascistas!

La cuadrilla se sumó a la cabeza de la comitiva. A Satur aquella manifestación le recordaba a los pasacalles que se celebraban en fiestas de Bilbao, cuando la gente recorría el Casco Viejo bailando en grupo detrás de los músicos. Pensó que en tales circunstancias lo apropiado era abrir la marcha haciendo sonar unos platillos imaginarios. Cosme optó por tocar el clarinete y Martín se decantó por una trompa de esas que se enroscan alrededor del cuerpo como una serpiente, aunque enseguida cayó en la cuenta de su error: ese trasto pesaba demasiado. Eran la viva imagen de la inocencia perseguida por la guerra en estado puro.

Marcharon por el pueblo durante un buen rato, hasta que los mayores tomaron a la derecha sin avisar y perdieron su séquito de la forma más tonta. Cuando al fin se percataron de que se habían quedado a solas con su maravillosa interpretación, emocionados como estaban con su banda de viento de papo hinchado, tiraron hacia delante inventando un recorrido alternativo, mucho más audaz y sinuoso que el anterior, pero poco apreciado por masa alguna. Solo convencieron a Matilde y a Lucas, que iban pegando botes a su espalda, aunque ni siquiera la alegría de los niños, otras veces tan contagiosa, pudo evitar que una atmósfera de venganza se adueñara de la tarde y también de la noche.

El día siguiente amaneció con un tropel de comentarios corriendo a toda velocidad de boca en boca. Decían que una muchedumbre enardecida había linchado a uno de los paracaidistas en la capital, que ataron su cuerpo a un camión y lo arrastraron hasta destrozarlo, que exhibieron sus restos como si se tratara de un trofeo de caza, y que sus compañeros solo salvaron el pellejo gracias a que fueron capturados por la Policía motorizada. Pero los

comentarios no se detuvieron ahí, como tampoco la muchedumbre. No contenta con la sangre del muñequito, se dirigió a las cárceles y asesinó a más de doscientos presos del bando rebelde sin que las autoridades hicieran lo suficiente por impedirlo. Si todavía quedaba alguien que creyera que la bondad puede sobrevivir a una guerra civil, aquel día perdió la fe, la confianza en el ser humano.

Poco a poco, sin embargo, el recuerdo negro de esa noche de luna roja hizo que un nuevo sentimiento surgiera inadvertidamente entre la población: la culpa. Aquello no podía permitirse. Las cucarachas no deben perder su dignidad, por mucho que las pisoteen.

Capítulo 23

El flautista de Hamelín

Invierno de 1936-37

*H*ombre, Martintxo, ¿qué haces despierto a estas horas?

Es que ayer le cogí el despertador a mi *ama*.

Lo has hecho para venir a acompañarme, ¿eh?

Sí.

Pero ¿no crees que es un poco pronto para ti?

Yo soy mayor.

Bueno, pues marchando, que pierdo el tranvía.

Juan.

¿Qué?

Es que no quiero que te vayas.

Ya, pero se me ha acabado el permiso.

¿Y por qué no puedo ir contigo al frente?

Porque allí solo mandan a los tontos como yo.

¡Tú no eres tonto!

Sí que lo soy: dejo a mis hermanas aquí solas, con las bombas.

¡Pues eso, quédate!

Qué más quisiera yo que quedarme, Martintxo.

¿Nos escondemos? Yo sé un sitio muy bueno para esconderse.

¿Quieres que deserte?

¿Qué quiere decir «deserte»?

Desertar es escaparse de la guerra, y eso no se puede hacer.

¡Ah!, pero en la guerra ¿no te puedes marchar cuando quieras?

Pues no.

¿En serio?

Como lo oyes.

Y si te aburres, ¿tampoco?

Tampoco. Oye, camina un poco más rápido, que no llegamos.

Es que no quiero que lleguemos.

Ya veo, ya.

Juan, ¿sabes qué?

¿Qué?

Que en mi habitación hay un hueco en el tejado.

¿Me estás diciendo que quieres que me esconda en tu tejado?

Sí, ¡vamos, te lo enseño!

Gracias, Martintxo, es todo un detalle por tu parte.

¡Pero vamos ya, tonto, que te van a pillar!

¿No ves como sí que soy tonto?

¿Por qué no quieres venir conmigo al tejado?

Porque no puedo, ya te lo he dicho.

Sí que puedes: el agujero es grande, cabemos los dos.

Ah, bueno, siendo así la verdad es que es para pensárselo.

Es tan grande que viven unas lechuzas y todo. Son muy majas.

¡Pues vaya pedazo agujero que tienes en el tejado!

Sí, es muy bonito.

¡Venga, que eres más lento que un caracol! ¡Te llevo a burros, sube!

Vale.

¿Sabes?, en el bolsillo tengo una cosa para ti.

¿Sí?, ¿qué cosa?

Empieza por ele.

¿Por ele?... ¡Una lupa!

Frío, frío.

Pues una...

¡Uy, baja, que ya viene el tranvía!

¡No, no te vayas!

¡Oye, no me digas que vas a llorar!

Yo no lloro.

Por eso, no me lo podía creer. Venga, dame dos besos.

Vamos a desertar, por favor.

Escucha, me tienes que prometer que vas a cuidar de mis hermanas.

Vale, te lo prometo; ¡pero vamos a desertar aunque sea un rato!

Que no, pesado. Toma, espero que te guste.

¿Qué es?

Ya te lo he dicho, empieza por ele.

¡Libro, es un libro! ¿Es para mí?

¡Claro, hombre! ¡No te olvides de escribirme! ¡Hasta la vuelta!

El tranvía echó a correr y el niño salió tras él sosteniendo en alto su regalo, deseando que todo el mundo se enterara de lo afortunado que se sentía. Se mantuvo a su altura hasta que Juan logró abrirse hueco entre los pasajeros y asomó la mano por la ventanilla. Entonces, cuando por fin obtuvo su adiós, cambió de dirección y se dirigió a casa sin perder un ápice de velocidad, dejando una estela de humo blanco, como los moscas. Se echó sobre la cama, retiró el papel de periódico que envolvía el regalo, y de pronto, el sol y la lluvia se fundieron entre sus dedos. ¿Era el arcoíris? No, se trataba de la cubierta a todo color de un libro precioso, en la que se veía una especie de payaso seguido de una larga fila de niños que danzaban alegremente. El título estaba escrito en letras enormes sobre las cabecitas de los pequeños: *El flautista de Hamelín y otros cuentos*.

No pudo respirar hasta que devoró la última de las palabras del relato, y luego se pasó toda la mañana releendo cada párrafo, rebuscando entre aquellas letras tan misteriosas. Estaba seguro de que Juan quería decirle algo con aquel libro; no le cabía la menor duda porque los regalos hablan, muy bajito pero hablan, solo hay que prestarles atención. Cuando acabó con las letras, se fijó en todos y cada uno de los detalles de los dibujos que ilustraban las páginas, pero continuaba sin hallar ninguna pista. La historia era muy triste,

decía que había una vez un pueblo llamado Hamelín que estaba tomado por un enemigo muy peligroso: las ratas. Un día se presentó en el lugar un flautista y se ofreció a terminar con la plaga a cambio de unas pocas monedas; aseguró que la empresa no le llevaría más de diez minutos. El personaje vestía un uniforme estafalario coronado por un gorro, y tenía un extraño poder: cuando tocaba la flauta, su música hipnotizaba a todo aquel que la escuchaba. Precisamente de esta forma consiguió conducir a las ratas hacia la muerte. Pero al ir a cobrar la recompensa, los vecinos se negaron a pagarle: la verdad es que no tenían dinero, nunca pensaron que aquel hombre tan raro podría cumplir su palabra. El flautista se sintió engañado y, en venganza, hizo sonar su melodía de nuevo, aunque en esa ocasión fueron los niños del pueblo los que respondieron a su llamada. Siguieron sus pasos hasta una montaña de la que jamás regresaron.

¿Quién era en realidad el flautista de Hamelín?, se preguntó Martín. ¿Cómo podía haber alguien tan malvado?

Juan no estaba allí para responderle: se encontraba combatiendo a un enemigo infinitamente superior, perdido en una montaña ensangrentada, escuchando toques de corneta, acompañado de todos los jóvenes de su pueblo, poco más que unos niños entregados a la muerte.

Capítulo 24

El hacha de guerra

Primavera de 1937

*M*artintxo, ¿por qué no vas al río a por un poco de leña?

Ama, ¿ahora?

¿Cuándo quieres ir si no?

Pues no sé, luego, mañana... Pero ¿y si me pilla un bombardeo?

¡Anda, mira, de repente te dan miedo las bombas!

A mí no me da miedo nada.

Pues eso, ¡arreando a por leña, muchachito!

El muchachito fue a esgrimir una segunda excusa a toda prisa, pero al ver las manos de su madre tomando posiciones sobre la cadera, recogió el hacha y el canasto del cobertizo y tiró hacia el río enfurruñado, mascullando maldiciones que escandalizarían incluso a un bucanero. Aunque todo hay que decirlo, el enfado le iba a durar bien poco, pues al cabo, ya se entretenía silbando una canción que había escuchado a unos soldados que habían pasado por el pueblo hacía dos o tres días. Lástima que apenas recordaba parte del estribillo. Era muy raro, decía algo así como que los combatientes vascos tenemos la sangre dispuesta para liberar Euzkadi. Por más vueltas que le daba, no comprendía para qué demonios podía servir la sangre en una guerra como aquella. Que él supiera, con esa cosa roja solo se podían hacer morcillas.

Pero bueno, en el fondo se trataba de una marcha militar e hizo lo debido: se cargó el hacha al hombro, estiró el cuello y marcó el paso al ritmo del silbido. Se imaginaba desfilando por las calles de La Peña con un uniforme reluciente, cruzado de magníficas cartucheras, pistolas por doquier, granadas con forma de piña y hasta un trabuco para defenderse de los elefantes, llegado el caso. A nadie puede extrañar, por tanto, que al verlo pasar con ese aire tan marcial, los civiles se rindieran a la evidencia.

¡Pero qué milicianos más guapos tenemos, Dios mío!, reconoció Rufina la del almacén.

El chaval se contuvo. Un general de brigada no debe caer en provocaciones, y mucho menos en saludos emotivos, así que continuó inalterable, tieso como un soldadito de plomo. Era una pena lo del canasto, sí, le restaba porte, lo sabía, y optó por ponérselo a modo de casco.

Bueno, no me queda mal del todo, se dijo.

Cierto es que ahora marchaba prácticamente a ciegas (el canasto no era de su talla, le caía sobre los ojos), pero gracias a su tremendo instinto de orientación, consiguió llegar sin contratiempo a la ribera del río, donde crecía un bosque de chopos que acumulaba mucha leña en el suelo. Después de un rato troceando ramas de un tamaño asequible para su edad, Martín se encorajinó, claro que se encorajinó, no había nacido para pasar inadvertido por el frente, y decidió emprenderla contra un tronco que permanecía echado en mitad del bosque: un enemigo de categoría, grande como un titán. Iba a tener que emplearse a fondo, desde luego, pero conocía la técnica, se lo había visto hacer a Juan muchas veces. Subió al tronco y fue colocando los pies hasta alinearlos en paralelo a los hombros; clavó la mirada en el cuello del enemigo; elevó el hacha al cielo y volcó todo su peso contra él mientras el viento se partía en dos sobre su cabeza. Pero en el último suspiro, el mango se escurrió un poco entre sus dedos, golpeó la madera de costadillo y el hacha se le vino encima.

¡Mecachis!, maldijo al ver la sangre manando a borbotones de su espinilla.

Apoyó la espalda contra un árbol y fue resbalando hasta acabar sentado sobre la hierba. ¡Maldición, lo habían herido a la primera de cambio! Se bajó el calcetín y anudó un pañuelo sobre el corte procurando no mirarlo, pues

creía haber visto algo que bien pudiera ser un hueso. Recogió la poca leña que había conseguido reunir y regresó a casa cojeando, esforzándose por no derramar una lágrima por el camino, que se le hizo extremadamente doloroso pero no tuvo agallas para amenizarlo silbando aquella canción. Encontró a su madre limpiando la cuadra y le puso la herida en la nariz.

Ama, ¿tú crees que se me va a morir la pierna como a Filemón?

¡Pero hijo!, ¿qué te ha pasado?

Que me he dado con el hacha. ¿Se me va a morir?

¡No, hombre, no, qué cosas dices, la herida no es para tanto!

¡Jolín que no es para tanto: es una herida de guerra!

Sí, bueno, no está mal. Acompáñame a la fuente a que te la lave.

¿Me van a tener que coser con un hilo?

Supongo que sí. ¿No quieres o qué?

No sé, ¿me va a doler?

A ti seguro que no, ¡con lo valiente que tú eres!

Vale, entonces que me la cosan un poco.

Pues mira, ya que tienes que ir a la casa de socorro, me haces un recado.

¿Un recado? ¡Pero *ama*...!

Es un paquete para tu hermano, para enviar al frente.

¡Pero es que...!

Venga, hijo, que se hace tarde.

Martintxo estaba confundido: no entendía cómo su madre no se había ofrecido a acompañarlo a la casa de socorro, que se encontraba lejos, muy lejos, en la capital. ¡Y encima le mandaba un recado! ¿Acaso no lo quería ya? Sentía que su cuerpo menguaba con cada pasito renqueante, y para cuando tomó el tranvía, no quedaban de él sino cuatro o cinco centímetros de niño: ¡era del tamaño de un ratón! Un ratón, por cierto, que en pocos minutos, tras pasar por el quirófano, se arrastraría por el mundo con una pata de palo, lisiado para siempre jamás. Desconocía que Teresa no había tenido otra opción que despacharlo solo: estaba esperando al veterinario de la maternidad. Con la fábrica de clavos prácticamente cerrada a cuenta de los bombardeos, los escasos ingresos de la familia dependían de que las vacas pasaran el control sanitario.

Matilde llevaba varios días sin salir de casa de su hermana Begoña, exactamente desde que su sobrinita vino al mundo. Un bebé era mucho mejor que una muñeca: tenía brazos y piernas, y a pesar de que no hacía otra cosa que comer, dormir y ensuciar pañales, a veces sonreía cuando escuchaba su voz.

Matilde, ¿quieres quedarte un momento con la niña?

¿Yo solita?

Es verdad, mejor no.

¡Que sí, que yo soy mayor, que yo puedo!

No, no es buena idea. Espera, voy donde las vecinas, a ver si me hacen el favor.

¡Jolines, que yo quiero!

No, cariño.

¡Que yo sé: yo tengo una muñeca, yo soy *amatxu*!

Bueno, vale, enseguida vuelvo; voy a ver si consigo un poquito de pan.

¡¡¡Bien!!!

Martín estaba loco de alegría: ¡tres puntos, le habían dado tres puntos! ¡Había conseguido uno más que Satur por lo de la nariz! Aunque fueran de sutura, su amigo se iba a morir de envidia, lo estaba viendo. Por si fuera poco, el doctor había dicho que nunca, en toda su vida profesional, había conocido a un hombrecito que aguantara el dolor de esa manera y, como premio a su estoicismo, le regaló un bote de alcohol. Que alguien lo llamase hombrecito, la verdad, no le hacía la menor gracia, pero se abstuvo de protestar porque aquel matasanos vestía bata blanca, y de todos es sabido que las batas blancas son muy traicioneras: cuando menos lo esperas, sacan una jeringuilla del bolsillo, y ¡zaca!, te pinchan el culo.

¿Sabes qué?, tienes la nariz como un botón.

Gue.

Si la toco igual suena un timbre. A ver...

Gueeeeeeee.

Ni ella misma se oía. Su garganta se rasgaba en espasmos de hipo que ahogaban las pocas sílabas que se colaban entre las explosiones. El bebé se echó a llorar como si acabara de nacer: percibía el pánico y la cosa no mejoraba por mucho que Matilde se empeñaba en acunarla con aquellos bracitos que temblaban. Temblaban porque el cielo estaba inundado de estrellas negras con forma de botella, y temblaron más todavía cuando comprendió que las estrellas caían, *¡poum!*, estallaban al impactar contra el suelo, *¡poum!*, el gigante se acercaba, *¡poum!*, hacía crujir la casa con cada uno de sus pasos, *¡poum!*, lanzaba relámpagos que iluminaban el día como si fuera la noche. Corrió a esconderse bajo la cama, y desde allí, hecha un ovillo y con su muñequita en brazos, contempló aquella estrella que venía directamente a comérselas, que se hacía más y más grande en el centro exacto de la ventana. No quiso, no pudo saber más: cerró los ojos y escuchó cómo el gigante golpeaba la puerta con los nudillos, *¡poum!*, con los puños, *¡poum!*, con el cuerpo, *¡poum!*, con el alma, *¡poum!*, y la puerta se abrió dejando paso a una luz monstruosa que salió de la boca del gigante y se coló por la comisura de sus párpados.

¡¡Poooooouuuuummmmm!!!

Abrió los ojos y vio a las vecinas de arriba: habían derribado la puerta de la calle a empujones. Se apresuraron a abrazar a las niñas y se quedaron allí soportando el horror, sonriendo, besando sus cabecitas, acariciando su angustia, acunándolas como haría una madre.

Aquel triste día de abril de 1937 los alemanes segaron la vida de muchos bilbaínos. La estrella negra en la que Matilde creyó reconocer la muerte finalmente fue a parar a una fábrica de zapatillas del barrio de Santuchu. El edificio sepultó a decenas de mujeres y niños que habían buscado refugio en los bajos de la factoría. No se pudo hacer nada por ellos a pesar de que sus gritos se escucharon durante horas entre los escombros. Se fueron apagando uno a uno, como velas de una iglesia, hasta que no quedó una palabra que decir.

Martín tardó más tiempo que el que dura un bombardeo en llegar al caserío. Cuando entró en la cocina con la venda teñida de sangre, halló a

Teresa en una esquina, lejos del fuego, con las manos sobre la cabeza, sentada como una nada en su pequeño taburete. El niño buscó hueco entre sus lágrimas.

Ama, no llores, suplicó, que enseguida vuelvo a Bilbao a entregar el paquete de Bixente.

Regresó, sí, pero para que le cosieran la herida de nuevo. Esta vez lo acompañó su madre, pero ya no había batas blancas en la casa de socorro. Todo era rojo, muy rojo. Martintxo no lo supo hasta tiempo después, pero conocía al dueño de esa sangre; bueno, a uno de los dueños, quiero decir. El tranvía que vio volar por los aires era la unidad de Jacinto Urcelay, el chófer que temía atropellarlo cuando jugaba a cruzar las vías a su paso.

Jacinto murió sin hacer daño a nadie, como era su intención.

Capítulo 24 bis

El corazón más grande

Febrero de 2011

¿*M*artín Abrisqueta? A ver, espere un momento. Sí, aquí está: segunda planta, habitación 216.

Subo las escaleras sintiéndome más y más pesado a cada escalón, 213, 214, 215, llamo a la puerta de la 216, y antes de que pueda decir hola, mi madre me abraza, me besa y pregunta si quiero comer algo. Estamos en un hospital, pero ella continúa con la necesidad de alimentarme a toda costa. Entro en la habitación y encuentro a Martintxo enredando en un ordenador portátil con mi sobrina Ainara, una de sus nietas. Cuando me ve, pega un bote sobre la cama hasta casi tocar el techo, me planta un par de besos y luego, ante el pánico de los presentes, vuelve a ejecutar otra pirueta octogenaria con doble *looping* para cambiar de postura. Hace solo unas horas que le han colocado tres estent en el corazón, parece mentira.

Atiendo a las palabras del cirujano, que ha aparecido con mi hermana Ainhoa y que habla bajito para que solo lo oigamos nosotros, la familia. Explica que los estent son unos muelles que se insertan en las arterias para que el torrente sanguíneo fluya como debe. La intervención ha sido un éxito, pero algo se ha desgarrado un poco, aunque espera que el paciente se recupere sin problema. En todo caso, existe un mínimo riesgo durante las próximas

veinticuatro horas, y dado que hoy es jueves, probablemente permanecerá ingresado todo el fin de semana.

Ainhoa no se ha separado de nuestro padre desde las siete de la mañana y me pregunta si puedo quedarme con él esta noche: no quiere dejarlo solo. Recuerda que, hace unos años, comenzó a sentirse mal y los médicos nos dijeron que había sufrido una pequeña angina de pecho. Insistieron en que se encontraba bien, estable, de buen ánimo, y en principio solo iban a mantenerlo ingresado hasta la mañana siguiente, para controlar la evolución. Al igual que hoy, mi padre se negó a que nadie se quedara en el hospital a velar su sueño, y lo hizo con tanta vehemencia que le hicimos caso. Aquella maldita noche sufrió el infarto.

Mi madre está muy cansada, se nota en sus ojos. La llevo a casa mientras mi sobrina aguarda mi regreso sentada junto a Martintxo, entreteniéndolo con el ordenador, que lo trae a mal andar. Intuyo que mi *ama* quiere decirme algo, porque ha cambiado el tono de voz en mitad de una frase que ni siquiera se ha preocupado de terminar.

Tu padre está muy nervioso, confiesa al fin, está venga a pensar qué va a ser de vosotros si le pasa algo. Habla con él.

Aparco en doble fila frente al portal y salgo para ayudarla a apearse de la furgoneta: es demasiado alta para ella. La abrazo como si fuera un oso, no se me ocurre otra forma de bajarla de ahí, y aprovecha para estamparme dos besos más. Veo cómo entra en casa y la imagino preparándose la cena, ocupando el lado derecho de su cama, sola. Ellos siempre están juntos, siempre. No sé cuánto tiempo llevo conteniendo las lágrimas. Deben de ser años.

Conduzco de vuelta al hospital y los semáforos se suceden en rojo con precisión matemática, lo que inevitablemente provoca que me ponga a pensar. No sé si ha llegado el momento de que confiese. Martín desconoce que la novela se está complicando, que la razón por la que ahora progreso con lentitud es porque escribo capítulos paralelos como este, que he etiquetado como bises, en los que hablo de nuestra difícil relación y de lo que nos está ocurriendo al trabajar juntos en el relato de su vida. En el último semáforo,

concluyo que es mejor esperar a que se recupere, aunque no debo demorar mucho la decisión, por lo que pueda pasar.

Comencé a escribir estas reflexiones sin saber lo que iba a hacer con ellas, sencillamente necesitaba vomitar mis sentimientos, que estaban sellados en mi interior desde que nací. Pero poco a poco me he ido convenciendo de que estas líneas son la solución final entre los dos. Ya que no nos entendemos hablando, tal vez lo logremos a través del papel. Ahora sería más sencillo: los dos pasamos horas y horas frente a un folio en blanco, esperando que broten las palabras del otro. Hace unos días, un amigo me dijo que la mayoría de la gente no me conoce hasta que me lee. No lo sabía: me hizo pensar mucho, en mis silencios. Recordé el momento crítico de mi vida, cuando perdimos a mi hermana Izaskun. No podía respirar, mucho menos hablar, me acerqué al piano y comencé a tocar bajito. Apareció mi abuela en la puerta y se llevó el dedo índice a sus labios callados para pedirme que no, que no tocara, que no era el momento. El Alzheimer le había robado las palabras de la boca, pero conservaba intacta la razón. Entonces llegó mi madre, le acarició la mejilla y dijo que me dejara, que no importaba. Continué tocando más bajito todavía. Hoy creo que esa era mi forma de hablar, de llorar a través de las manos. Mi abuela Clementina se sentó a mi lado como acostumbraba, le encantaba la música, y en el momento preciso en que el dolor impidió que me salieran más notas, me acarició los dedos sobre el teclado. Levanté la mirada y vi sus ojos verdes empapados en lágrimas. Le di un beso. Tenía la piel muy suave, era muy guapa.

Abro la puerta de la 216, mi sobrina se marcha y Martintxo y yo nos quedamos solos, hablando de la novela. Cada segundo que transcurre es un segundo menos a recorrer entre bombas invisibles. A las diez de la mañana se habrán cumplido las veinticuatro horas. No tengo reloj y escondo el móvil para no mirar la hora.

Lo siento, creo que estos días no voy a poder ayudarte mucho, dice Martín. Aquí no me dejan escribir.

¿Qué hago? ¿Qué respondo? ¿Te perdono? ¿Te quiero?

No te preocupes por eso, *aita*.

Pero ¿y si me pasa algo?

Precisamente: para que no te pase nada, tienes que estar tranquilo.

Es que me pongo muy nervioso.

¿Y por qué te pones nervioso?

No sé. La cabeza. No me va.

Te va mucho mejor de lo que crees.

No, yo lo noto.

Pues descansa, *aita*, déjalo un tiempo.

Es que quiero acabar las memorias, por si acaso.

Pero ¿te gusta escribir?

Sí, me gusta. Es una pena que se pierda aquello.

Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

No sé. Todo.

Está muy bien lo que escribes, *aita*. Muy bien. Eres un poeta.

¿Me puedes apuntar lo que quieres que haga cuando me ponga bueno?

Vale. ¿Te lo escribo en esta hoja?

Sí.

En mayúsculas, porque con mi letra...

Déjame, a ver si la entiendo.

Toma.

Hijo, ¿qué pone aquí? ¿Felipe del Río?

Sí, Felipe del Río, eso pone.

Me suena ese nombre. ¡Ah, ya sé, era el piloto que derribó aquel bombardero!

¡No ves cómo te acuerdas!

Sí, se hizo muy famoso. A los niños nos gustaba jugar a ser él.

Conectamos el televisor para ver el informativo de las nueve, y no sé cómo, pero de repente nos enredamos en una discusión sobre el proceso de paz en nuestra tierra, un laberinto que nos enciende como bombillas en la noche. Enseguida comprendemos que su corazón no está para esos trotes y tratamos de calmarnos atendiendo a la actualidad del fútbol, de nuestro Athletic. Ha sido una situación ridícula, pues por una vez estábamos de acuerdo. Ocurre que esgrimimos los argumentos con tanta pasión que parecen opuestos, aunque digamos exactamente lo mismo. No nos escuchamos.

Apago la luz y oigo una vocecilla en la oscuridad. Es la radio. Martín Abrisqueta siempre se acuesta con el auricular pegado a la oreja. Es un sonido que me tranquiliza. Pero no duermo.

Capítulo 25

El árbol solitario

Primavera de 1937

*L*a familia se sentó a la mesa y aguardó a que la madre del mundo comenzara a servir aquella sopa de ajo que olía a gloria. Pero Teresa, para sorpresa de los presentes, posó el cazo junto a la marmita, entrelazó las manos a la altura del pecho y, humillando ligeramente la cabeza, pronunció una sencilla oración:

Te damos gracias, Señor, por los alimentos que vamos a tomar, amén.

Amén, amén.

¡Pero qué andas, mujer!, ¿por qué rezamos?

Tasio, ¿tú por qué crees?

No sé, es la primera vez que te oigo bendecir la mesa.

Pues bien que lo deberías saber.

¡Ah!, ¿sí?

¿No crees que va siendo hora de agradecer la suerte que tenemos en esta casa?

Tasio se quedó con la mirada flotando en la sopa. Su esposa llevaba razón: hasta el momento, gracias a la huerta y a las vacas, no habían tenido problema para mantener el estómago lleno. Eran unos auténticos privilegiados, una isla en medio de la calamidad. Con el avance de las tropas rebeldes, los refugiados se habían multiplicado por dos, por tres o por veinte, difícil

precisarlos, erraban de iglesia en iglesia, de beneficencia en beneficencia sosteniendo una escudilla, esperando una mísera ración de comida caliente que los sacara del apuro. Esa imagen amarga, sin embargo, no duró demasiado en el plato de Tasio, porque un puño golpeó el portón de la calle provocando ondas en la sopa.

¡Pom, pom, pom!

Era extraño que se presentara nadie a esas horas, y un escalofrío recorrió la casa desde la cocina hasta el tejado. El hombre abrió la puerta con cautela y se le cayó el alma a los pies. Allí fuera, iluminados por la última claridad del día, había una pareja de viejecitos encorvados, sucios, que apenas podían sostenerse en pie el uno contra el otro; parecían el miedo y la derrota agarraditos de la mano. Pero pronto salió del error. Lo hizo tras reconocer la blusa de la mujer: eran Santi y Catalina, la pareja de guipuzcoanos que llegó al pueblo cantando para alegrar la vida de los demás.

¡Madre mía!, pero ¿qué os ha ocurrido?

Venimos a despedirnos, Tasio.

Santi, ¿qué dices? ¡Venga, pasad ahora mismo!

No, gracias, tenemos prisa.

¿Prisa? ¡Mira cómo estáis, por favor, entrad en casa!

No podemos. Nos vamos, marchamos de aquí.

¡Cómo! ¿Adónde?

Fuera, lejos, lo más lejos posible.

Pero, Santi, ¿qué te ha pasado en la cara?

Hemos caminado por encima de cadáveres, Tasio, por encima de cadáveres.

¿Qué estás diciendo?

Lo que oyes. Guernica ya no existe.

Tasio, el padre del mundo, a pesar del inmenso conocimiento que le atribuían sus hijos (al menos, los más pequeños), no entendía ni una sola de las palabras de su amigo, pero no estaba dispuesto a dejar marchar a la pareja en ese estado y los sentó a la mesa prácticamente a empujones. Matilde a punto estuvo de salir corriendo al contemplar el rostro del papá jilguero.

Parecía un ogro: sus cejas habían desaparecido, la piel de la frente era un recuerdo, y sus ropas, pura chamusquina.

¡Por el amor de Dios!

Teresa, no, no, no, tranquila, no es nada, es menos de lo que parece.

¡Pero, pero...!

Estamos bien, sucios pero bien. Es que todavía no hemos pasado por casa.

Voy donde las vecinas, a que Myriam os prepare algo para las quemaduras.

No te molestes, mujer.

¡Cómo que no! Y luego buscamos alguna ropa que os valga.

Que no, Teresa, por favor.

¿Acaso vais a dejar que vuestros hijos os vean así?

Tranquila, que la tía ya los habrá acostado, no hay problema.

Vosotros id comiendo la sopa, que se queda fría. Yo voy donde Myriam.

Cenaron en un periquete y Tasio mandó a los niños a la cama sin admitir ninguna de las objeciones interpuestas por Martín, que quería enterarse de lo sucedido a la familia jilguero fuera como fuera. Aparentemente vencido por el último bufido del padre, el retaco se dirigió a su habitación con la cabeza gacha, como un niño obediente, pero en cuanto se perdió de vista por la escalera, se puso a imitar el ruido de sus propios pasos, y una vez estimó que debía haber llegado a la cama, se sentó en un escalón y arrimó la oreja a la pared.

¡Puñetas, por qué no hablan más alto!, se lamentó.

Efectivamente, los de la cocina hablaban muy bajito, y a pesar de que se tenía por uno de los mejores espías de Arrigorriaga, solo logró distinguir las palabras de Santi. Aunque quizá fuera porque era el único que abría la boca: estaba contando una historia muy triste y tampoco sería de extrañar. De hecho, era tan triste y terrorífica, tan sumamente impresionante, que todas y cada una de las palabras que empleó han permanecido intactas en la cabeza del niño desde entonces, durante setenta y tantos años. Así pues, este es el testimonio íntegro y original del papá jilguero:

Esta mañana hemos salido para Guernica a ver si conseguíamos algo de comida, comenzó a relatar el guipuzcoano con unos trinos que fueron haciéndose más y más graves. Nos ha acercado César, llevaba tiempo diciéndonos que en el mercado de Guernica se podía encontrar de todo y en buena cantidad, y al final nos hemos animado. Pero con las carreteras bloqueadas, llenas de camiones y tropas en retirada, hemos llegado tarde, casi a la hora de comer. No se veía demasiado género y algunos comentaban que la feria se había suspendido por culpa de la ofensiva. Entonces mi mujer se queda mirando un punto fijo y dice: Mira, ahí arriba están agitando unas banderas rojas. Me vuelvo y era verdad, alguien hacía señales desde la cumbre de un monte cercano. No pasan ni veinte segundos cuando las campanas de la iglesia comienzan a repicar y escuchamos ya los motores de los bombarderos. Corremos con la gente sin saber adónde, y Catalina y yo acabamos en el sótano de un edificio, donde aguantamos el chaparrón. Al rato, la gente empieza a decir que parece que el ataque ha terminado, y lo cierto es que lleva bastante tiempo sin oírse ninguna explosión, por lo que salimos en busca de César para intentar regresar a La Peña cuanto antes. Habíamos quedado en reunirnos junto al árbol en caso de perdernos, pero resulta imposible avanzar hacia allí, hay fuego por todas partes. Escucho los gritos de una mujer mayor, vienen de una casa medio derruida, sin fachada. Los gritos son horribles, se está abrasando, entro en la casa y suenan los motores de los Junker de nuevo. No puedo darme la vuelta, la mujer continúa gritando, Catalina también grita, quiere que salga, y yo grito para que la mujer me diga dónde se encuentra. No aguanto más, me ahogo con el humo, me mareo y caigo de bruces, me arde la piel de la cara y de los brazos, pero es como si no pudiera hacer nada por evitarlo. Distingo una voz como en sueños, es mi mujer, está muy cerca, noto un beso, que me levantan y me guían, no veo, tropiezo con todo, Catalina me ayuda a quitarme la chaqueta, me quema, luego tira de mí cuesta arriba y poco a poco hace menos calor. Corremos por la hierba, lo sé porque mis botas se enredan, tropiezo con algo, caigo y siento golpes a nuestro alrededor. ¡Disparan desde los aviones!, advierte alguien, ¡disparan desde los aviones!, repite mi mujer. Intento limpiarme los ojos, no me dejan de llorar y solo intuyo la sombra del bulto con el que he tropezado.

Lo palpo y es una cara, un cadáver. Nos levantamos y piso otro y otro bulto mientras los disparos continúan silbando cerca. Conseguimos escondernos entre unas zarzas y no paramos de escuchar explosiones durante muchísimo tiempo. Cuando por fin termina todo, ya puedo ver algo: Guernica arde de arriba abajo.

Tú verás lo que haces, Tasio, pero nosotros nos vamos, saldremos del país en barco, como sea. Esos malnacidos van a por la gente, no pararán hasta acabar con el último de nosotros. Primero fue Durango, ahora Guernica, y vienen hacia aquí, no lo olvides.

Al final encontramos a César junto al árbol. El hombre no se movió de la Casa de Juntas durante todo el bombardeo, por si acaso aparecíamos. Es un milagro que esté vivo: aquello es prácticamente lo único que queda en pie. Es curioso, el árbol de Guernica se ha salvado.

Capítulo 26

La flauta mágica

Primavera de 1937

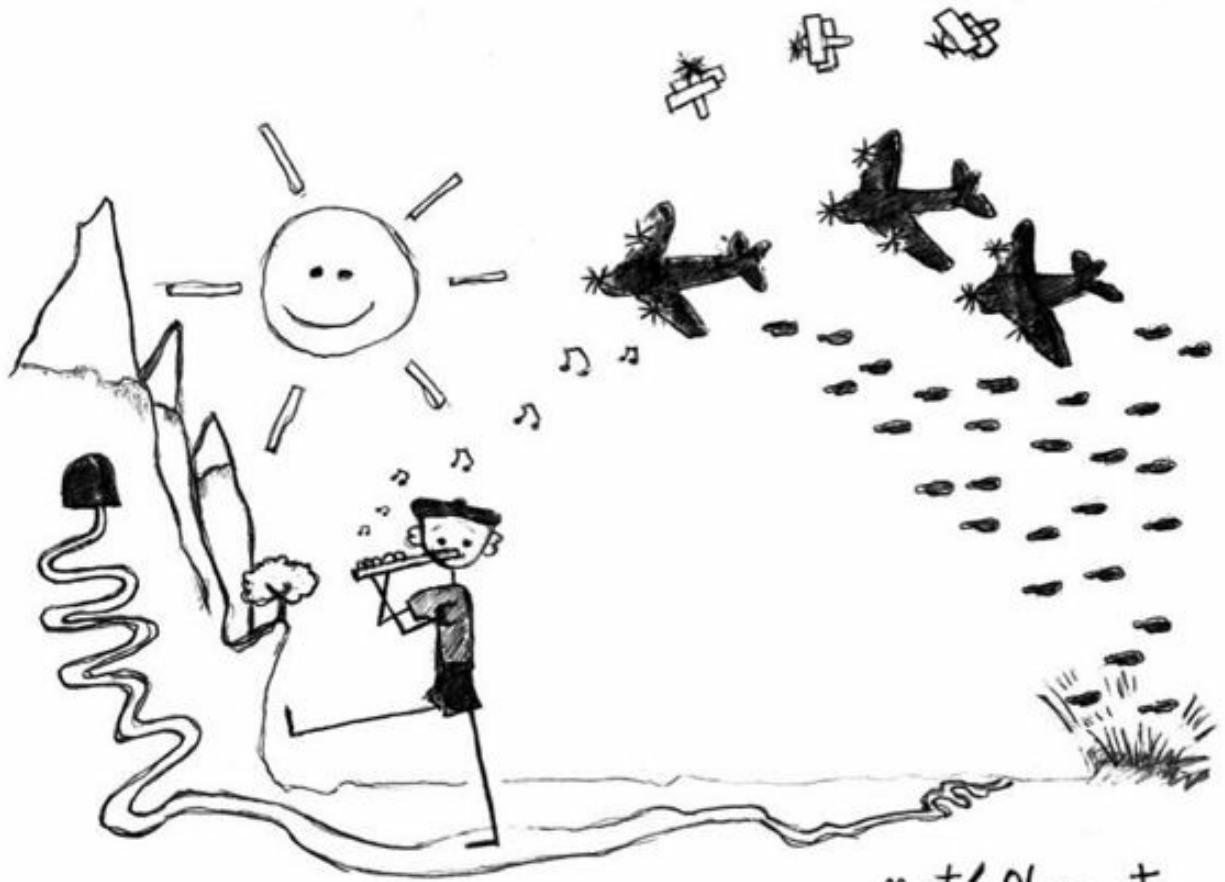
Juan, yo no entiendo cómo puede existir un pueblo en el que solo hay un árbol. Aunque bueno, si es verdad que en Guernica solo hay un árbol, tampoco es tan difícil que no le caiga ninguna bomba encima, ¿verdad? ¡A mí no me ha caído ninguna bomba en la cabeza, ni a mis amigos, y eso que somos tres! Mi padre dice que lo que pasa es que es un árbol sagrado, como el cura, pero le he preguntado por qué y me ha dicho que son cosas de mayores. Siempre dice eso cuando no quiere hablar conmigo.

He leído muchas veces el libro que me regalaste, ¿sabes? Bueno, solo el primer cuento, el del flautista de Hamelín, porque los demás son muy largos y casi no tienen dibujos. Me ha costado mucho mucho, pero al final lo he entendido y enseguida me he puesto a trabajar. La primera flauta me ha salido requetemal, la verdad, y la he tenido que tirar; la segunda también; y la tercera, aunque tenía muy buena pinta, no sonaba nada de nada. Yo pensaba que el problema era que había que soplar fuertísimo, y como tengo mocos, pues eso, no puedo. Pero ha venido el sabiondo de Cosme y ha dicho que no funcionaba porque no le había hecho agujeritos. ¡Ja, pues se los he hecho, y ni por esas! Menos mal que luego he visto a un soldado tocando la trompeta y me he dado cuenta de que lo que pasa es que hay que soplar poniendo cara de asco, pero de mucho mucho asco. Así que he ido corriendo a la cueva de los murciélagos a probar la flauta, ¿y sabes qué? ¡Funciona! Cuando toco, ¡los murciélagos echan a volar! ¡Ahora solo falta que me sigan!

Juan, ¿cuándo vas a tener vacaciones en la guerra? Es que aquí nadie me hace caso, los demás mayores no son como tú, no quieren que les pregunte cosas. ¿Tú sabes si en Cardiff se comen los caballos? Ven pronto, por favor.

MARTÍN ABRISQUETA MENDÍBIL

(No te olvides de mirar por la otra cara, que he hecho un dibujo muy bonito).



Mortón Abrisqueta

Capítulo 27

Terror en el poblado de los ratones

Primavera de 1937

*F*elipe del Río a Matilde, Felipe del Río a Matilde, conteste Matilde.

¿Qué quieres, Lucas?

¡Que no soy Lucas, tonta! Felipe del Río a Matilde, Felipe del Río a Matilde.

¿Qué quieres, Felipe del Río?

Pido permiso para aterrizar, cambio.

No puedes, es imposible, cambio.

¡Matilde, que no te enteras, que tienes que decir que sí!

Ya, pero es que ahora no se puede aterrizar, los ratones están en misa.

¡Y qué si están en misa!

Pues que no hay nadie en el aeropuerto, ¡listo!

¡Pero que soy Felipe del Río, jolín!

¡Ah!, ¿tú eres el héroe ese que tiró al suelo un avión de los malos?

He tirado al suelo millones de aviones.

Me da igual, no puedes aterrizar. Llama cuando acabe la misa.

Indignado ante la intransigencia de la torre de control, Lucas torció el gesto y se dispuso a hacer una pasada en vuelo rasante sobre el poblado para apretarles las tuercas a esos roedores. Afortunadamente, en ese momento se

disponían a comulgar y no lo vieron aproximarse a través de las vidrieras laterales de la ermita, por lo que continuaron como si tal cosa, ajenos al peligro que se cernía sobre sus bigotes. El mosca de Lucas podía parecer inofensivo, sí, se reducía a dos palitos y un poquito de imaginación, pero ojo, que cuando le tocaban las narices no respondía de él. Además, su situación era crítica: se había quedado sin fuerzas en los papos para continuar imitando el ruido del motor y, con el tanque de combustible en la reserva, sin apenas saliva, de no aterrizar inmediatamente, se vería obligado a lanzarse en paracaídas. No quería ni pensarlo: en aquellas condiciones era un auténtico suicidio, La Peña se hallaba sumida en una bruma tan densa que se podía mascar, o cuando menos chupar. Matilde sacó la lengua con esa intención y enseguida notó un regustillo amable en el paladar, muy fresquito, aunque no supo identificar a qué le recordaba.

¡Oye, a mí no me saques la lengua!

Lucas, no te la estoy sacando a ti, tonto.

¡Que te he dicho que soy Felipe!

Vale, Felipe, qué pesado.

Entonces, ¿a quién le sacas la lengua?

A un ratón muy feo.

Mati, ¿me cambias?

¿Qué quieres que te cambie?

Te dejo el mosca si me dejas jugar con las casitas.

Ni hablar, es peligroso volar en un mosca cuando hay niebla.

¡Jolín, que te he dicho que no me saques la lengua!

¡Pues ten más cuidado, que vas a pisar la ermita y me está quedando muy chula!

Matilde llevaba razón: el poblado de los ratones lucía precioso aquella mañana. Junto a la ermita, a la que apenas faltaban un par de retoques en la fachada principal, se estaba construyendo una plaza donde poder reunirse al término de las celebraciones. Un poco más allá, la canalización del río avanzaba a buen ritmo, y se esperaba con impaciencia la inauguración de un puentecito que iba a comunicar ambas orillas. Todo, hasta el último rincón del poblado, desbordaba fantasía por los cuatro costados; aunque no sé, quizá se

Ama, puede que estén hacia la derecha, suelen bajar por ahí a jugar a casitas.

¡Qué barbaridad de bruma, hija! Grita tú, que tienes más voz.

¡¡¡Matiiiiiiiiilde!!! ¡¡¡Luuuuuuuucas!!!

Guardaron silencio para escuchar la respuesta de sus vocecillas, pero lo que les entró por los oídos fue un vozarrón de hombre que llegó acompañado de un escalofrío.

¡Niña, oye, niña!

...

¡Sigue hablando, niña, a ver si llego hasta donde estás!

...

Espera Paulina, tú estate callada. ¡Antes díganos quién es usted!

¡Ah, perdone!, ¿señora Abrisqueta?

¿Quién quiere saberlo?

¡Soy el cartero! ¡Por favor, continúe hablando para que las localice!

¡Estamos aquí, aquí, por aquí!

¡Zssssssssssssssssssssssssssssssssss!

Vaya, por fin las encuentro. ¡En mi vida había visto una niebla tan cerrada!

Señor cartero, ¿sabe usted qué son esos ruidos? ¿Son truenos?

¿Truenos? Ya podían ser truenos, señora: son obuses.

¿Obuses?

Sí, bombas que vuelan. Las lanza un barco fascista desde mar adentro.

¿Y esos obuses pueden caer aquí?

No sabría decirle. Disparan al frente, pero el frente cada vez está más cerca.

¡Jesús, María y José, ya no vamos a poder respirar ni cuando hace malo!

Y que lo diga, señora. Yo que ustedes iría al refugio, por si acaso.

¡Dios mío, los pequeños!... ¡¡¡Matilde!!! ¡¡¡Lucas!!!

¡Espere un momento, no se vaya, que le traigo una notificación!

¿Una notificación?

Sí, del Gobierno.

¿Y qué dice?

Bueno..., mejor será que la lea usted.

¡Zssssssssssssssssssssssssssssss!

Señor y señora Abrisqueta, lamentamos informarles que su hijo, el soldado Bixente A. M., ha resultado herido en el frente defendiendo heroicamente su posición. Su herida ha sido considerada de carácter grave por el cuerpo médico y se le ha trasladado a un hospital de campaña para intervenirle de urgencia. En cuanto esté ubicado de manera definitiva para su recuperación, que esperemos sea favorable, les comunicaremos su destino. Atentamente.

¡Zssssssssssssssssssssssssssssss!

Las cabecitas de los pequeños siguieron la trayectoria del miedo de lado a lado de la niebla, y esta vez les impresionó tanto su sonido que Lucas detuvo el mosca en pleno vuelo sin preocuparse de la imposibilidad de efectuar una maniobra semejante. Desconocía la naturaleza de aquel fenómeno, aunque para entonces ya estaba convencido de que no era producto de ninguna tormenta. Desde que estalló la guerra, cada vez que no entendía algo, ese algo estaba relacionado con la muerte; por eso sus pupilas bailaban nerviosas, buscaban una explicación entre el manto blanco que lo envolvía. No la hallaron, y finalmente sus ojitos se posaron en el poblado de los ratones, que era la única porción de universo visible a su alrededor. Pero el poblado ya no era más que un montón de nada, había perdido la magia, la vida, no quedaba un solo roedor que pudiera calmar su angustia. Tal vez por eso sintió aquel impulso fatal: levantó el pie derecho y aplastó la ermita de un pisotón.

¡Cronch!

¡Pero Lucas, qué haces!, estalló Matilde.

El niño estaba muy pálido, con la vista hundida en el desastre. Una mancha oscura crecía por su pantaloncito. Sintió el calor húmedo del pis corriéndole rodillas abajo: alzó la pierna y volvió a destrozar sus sueños.

¡Cronch!

No sé, respondió.

¡Zssssssssssssssssssssssssssssss!

¡Bixente, hijo mío!

Señora, escuche, puede que no sea tan grave. Un mozo del pueblo lo ha visto.

¿Y se encuentra bien?

Parece que ha sido una bala perdida. Le ha dado en el brazo.

¡Ay, Dios mío, en el brazo!

No es mal sitio, señora, lo que pasa es que se trata de una dundún.

¿Qué dice usted? ¿Qué es una dundún?

Son balas que explotan.

¡Cómo!, ¿una bala ha explotado en mi hijo?

Vamos, señora, levántese, no se puede quedar ahí. Las acompaño al refugio.

¡¡¡No!!!, ¡¡¡Matilde, Lucas, mis hijos!!!

¡Zssssssssssssssssssssssssssssss!

Matilde despertó con la última de las doce campanadas que anunciaban la medianoche: *¡tolón!* Luego escuchó cómo daban la una, las dos, las tres, las cuatro de la madrugada, y continuaba con los ojos abiertos, desvelada. A las cinco se levantó de la cama para echar un vistazo por la ventana y comprobó que la niebla se había retirado. Pronto amanecería un sol de injusticia sobre el pueblo, regresarían las bombas, los gritos, las carreras, los silencios y la espera. Había miles y miles de estrellas en el cielo, titilando, encendiendo los sueños de los niños que pueden dormir, que encuentran motivos para hacerlo o que están demasiado cansados para sentir miedo. Pero no, no había estrellas suficientes para Matilde.

Recordó que Juan, el vecino, un día le enseñó que hay una un poquito más brillante que las demás, llamada Polar, que es como un faro para los niños que pierden el sueño. Le dijo que si te diriges a ella sin desviarte, estés donde estés, siempre acabas a la orilla del mar y, con el sonido de las olas, duermes, duermes, duermes. También le dijo que allí, muy cerquita de la Polar, se esconde una familia de osos. Ahora mismo no la veía por ninguna parte, pero claro, es que estaba escondida.

Era noche cerrada, negra hasta el infinito porque la luna estaba mirando hacia el otro lado. Su silueta se intuía al este, no era más que un hilo blanco, muy fino, casi imperceptible, recordaba a cuando pones la mano para tapar el sol y ves el borde de tus dedos al trasluz. La pequeña apreció la perfección de ese halo de Luna nueva y comenzó a dibujarlo en el vaho del cristal siguiendo su perfil con el dedo. Entonces, una estrella fugaz, enorme y roja, cruzó el firmamento entero, y antes de que se le escapara la oportunidad, pidió un deseo:

Que mi hermano Bixente se ponga bueno, ese fue su deseo.

Iba a ser muy difícil que el universo pudiera cumplirlo: aquella preciosa luz no la había provocado una estrella fugaz, sino un obús incandescente camino de su objetivo. Escuchó un crujido de madera a su espalda y, al volverse, vio una cabecita asomándose por la puerta. Era Lucas. Entró con sigilo en la habitación, se metió en la cama de Paulina y se abrazó a su hermana como un bicho bola.

Capítulo 28

La trucha tonta

Primavera de 1937

¡¡¡**S**ocorro, auxilio, que alguien me ayude, por favor!!!

La trucha escuchó los gritos y decidió acercarse lo más rápido posible a echar una mano. Sin embargo, el río bajaba crecido y no le resultó fácil avanzar contra la corriente, sobre todo porque procuraba nadar con sigilo, sin salpicar, pues aquella voz le había sonado un tanto sospechosa. No sé, tenía ese tonillo impertinente tan típico de los duendes. Ni por un momento se figuró lo que iba a encontrar al llegar al lugar de donde procedían los lamentos.

¡Qué barbaridad, pobre hombre!, exclamó la trucha con las escamas como escarpas.

Contemplaba una escena horripilante: un gusano pendía de una cuerda al modo en que lo hacen los ajusticiados en las películas del Oeste. Corrió a interesarse por su estado y comprobó que el desdichado, ya en los últimos estertores, no estaba ahorcado, sino atravesado por una cosa que producía preciosos destellos que contrastaban con su dolor. Pero entonces, al arrimar la nariz a ese objeto que brillaba, casi se ahoga del susto: ¡era una aguja! ¡Aquel gusano estaba trinchado en una aguja de coser que habían retorcido hasta darle la forma de un anzuelo!

Debe tratarse de la obra de un loco, especuló la trucha.

Se asomó a la superficie para confirmarlo y sorprendió a tres niños de mofletes sonrosados acechando con una caña. Dos de ellos parecían formales, pero el tercero, efectivamente, tenía toda la pinta de un chiflado: estaba enfundado en una chaqueta horrorosa, una mezcla terrorífica de cuadros y rayas de color azul eléctrico, y su cara era la de un depredador nato. Desde hacía un tiempo, la orilla del río se veía salpicada de un número creciente de humanos que pretendía huir del hambre entregándose a la pesca furtiva. Siempre se ha dicho que las guerras se sabe cuándo empiezan pero nunca cuándo terminan, aunque cabría puntualizar que lo que verdaderamente se desconoce es a quién acaban por llevarse por delante. ¡A las truchas, fíjate! Lo de ese niño, sin embargo, pasaba de castaño oscuro, era una burla a la inteligencia con branquias. El muy canalla pretendía pescar vestido como un payaso de circo.

¡Adónde vamos a llegar!, quiso saber la trucha frente a aquel desventurado gusano, que lo miró con cara de majadero... Aunque bien pensado, añadió, al menos el chaval sabe elegir la carnaza, este tipo tiene un aspecto exquisito.

Martín, ¿de dónde has sacado esa chaqueta?

No me hables, no me hables... Es cosa de mi madre.

¡Pues vaya gusto que tiene tu madre!

Cosme, no te metas con mi *ama*, ¿eh?

Vale, perdona...

Es que me ha hecho la chaqueta con las mantas de las vacas.

¡Ay va, es verdad! Pero ¿las mantas no eran blancas y negras?

Sí, pero las ha teñido. Y también me ha hecho un pantalón. Es mucho peor.

Pues vas a espantar a los peces.

¿Me la quito?

Sí, y escóndela lejos.

Pues a mí me gusta esa chaqueta, ¿me la dejas?

Satur, a ti te gusta porque te falta un tornillo.

¡Y a ti doscientos!

¡¡¡Cuidado, ha picado, ha picado uno!!!

El tirón sorprendió a Martín con la guardia baja y la caña escapó de sus manos como una jabalina. Por fortuna, sus compañeros anduvieron vivos y se

lanzaron en plancha para atraparla antes de que se perdiera en el agua: era la primera vez en su vida que pescaban algo.

¡Mira que soy tonta, jolín!, se rebeló la trucha dando un volatín en el aire.

Pero la cuadrilla no pudo escucharla porque un rugido acalló su voz. Varias formaciones de Heinkel 111 y de Dornier 17 habían aparecido en el cielo. Eran unos aparatos increíblemente rápidos para tratarse de bombarderos: tan pronto estaban como no estaban, como volvían a estar. Durante un instante dudaron si tirar hacia la huerta, pero no parecía razonable dejar la trucha amarrada a un árbol para luego volver a por ella, y decidieron continuar peleando con la caña con los ojos vueltos hacia arriba. Esta vez la aviación republicana se presentó enseguida, la batalla prometía, pero todo acabó cuando un mosca se cruzó delante de un Heinkel, midió mal su capacidad de respuesta y el alemán lo alcanzó de lleno con una ráfaga letal.

¡Ratatatatá!

¡¡¡Nooooooo!!!, gritaron los niños mientras el aparato se precipitaba como una bola de fuego hacia el mar.

Adiós, dijo la trucha.

La desgracia los dejó con la boca abierta, noqueados, sin fuerzas siquiera para sostener la caña, que fue arrastrándose como una serpiente hasta desaparecer en el interior del río para siempre.

Adiós, adiós.

Pasados los minutos, el silencio se hizo tan insoportable que echaron a andar para huir de él. Se dirigieron al pueblo con pasitos lentos, microscópicos, como si portaran a hombros el ataúd de la esperanza. La muerte de uno de los buenos, además de la lengua, les había comido la ilusión, lo poco que tenían. Y todavía no sabían lo peor.

¡Han derribado a Felipe del Río, han derribado a Felipe del Río! Lo acaban de decir por la radio, gritó un mayor desde la puerta del café de la cooperativa.

Martín quedó petrificado en mitad de un suspiro y, cuando al fin recuperó el resuello, sintió cómo se apoderaba de él una necesidad desconocida hasta entonces: quería golpear, golpear y golpear, matar al mensajero del mal. Aquel

sinvergüenza no paraba de repetir la noticia, como si disfrutara aireando el sufrimiento a los cuatro vientos:

¡Han derribado a Felipe del Río, han derribado a Felipe del Río!

Se detuvo frente a él y, a pesar de que le sacaba un metro de altura, buscó su mirada con los ojos inyectados en rabia. El hombre no entendía qué demonios le ocurría a aquel niño, por qué lo retaba de esa manera, y se agachó para interesarse por él. Pero al extender la mano hacia el pequeño, el pájaro voló, echó a correr, fue a esconderse, a llorar por su héroe, por el aviador que siempre quiso ser y ya no existía. Entró en casa como una exhalación.

Oye, tú, hombrecito, quieto ahí. ¿Se puede saber de dónde vienes?

...

¿No piensas contestar a tu padre? ¿Quieres que me enfade?

...

¡A ver, me vas a explicar ahora mismo por qué no has ido al refugio!

...

¡Déjeme en paz!

Con que esas tenemos, ¿eh?

¡Me da igual, me da igual que os muráis todos, todos, todos, todos!

La prensa recogió en grandes titulares la caída en combate de Felipe del Río. Se anunciaba un entierro multitudinario para despedir al malogrado piloto de veintiún años que, en su corta carrera, había conseguido derribar a siete aviones enemigos. Señalaban que ya en el mismo momento en que trascendió la noticia hubo gente que colocó flores en el centro de las plazas para honrar al aviador en su último vuelo.

Lo que no detallaron los periódicos fueron las extrañas circunstancias que acompañaron al derribo de un Dornier 17 que protagonizó pocos días antes de su muerte, con toda seguridad porque nada tenían que ver con él. En aquella ocasión, el héroe de Martintxo persiguió a su presa sin descanso hasta que logró centrarla en su punto de mira a la altura del municipio de Galdácano. Apretó el gatillo y los tres tripulantes del Dornier saltaron al vacío nada más saberse alcanzados, pero volaban tan bajo que no tuvieron tiempo de abrir el

paracaídas. Uno se precipitó contra el suelo, mientras que los otros dos fueron a parar al río. Lo extraño del caso se reveló cuando rescataron al segundo de los cadáveres que flotaban en el agua. Se trataba de un alemán rubio, fornido, y les costó un triunfo subirlo a la barca. Voltearon el cuerpo para ponerlo boca arriba y quedaron perplejos: aquel rostro tenía las cejas arregladas, dibujaban un arco perfecto sobre el maquillaje, y de su boca corría un hilo de sangre que acentuaba la pintura roja que perfilaba sus labios.

¿Una mujer?, se preguntaron. ¿La Luftwaffe alista a mujeres?

Cargaron los cadáveres en un camión y los enviaron a Sanidad Militar para su análisis. El médico forense comenzó a trabajar con el cuerpo de la mujer, le retiró la chaqueta y encontró un sobre cerrado en el bolsillo izquierdo. Parecía una carta: tenía algo escrito en alemán en uno de los lados:

*Man muss diesen Brief **Sophie Rapke** in **Ingolstadt Deutschland** geben. Sie ist nicht schuld und ich bin schon tot. Danke.*

Apartó el sobre para enviarlo más tarde a que lo tradujeran y revisó el resto de los bolsillos del uniforme. Rasgó el pantalón con el escalpelo y vio que llevaba ropa interior de color rosa, aparentemente de fina seda. Pero no fue eso lo que lo dejó con los ojos como platos, sino lo que había debajo.

Aquella mujer era un hombre.

Capítulo 29

La evacuación de los niños

Primavera de 1937

A Martintxo se le había caído la vista al suelo y no tenía fuerzas para levantarla. Sacó un libro lleno de colorines del zurrón y se lo dio a Cosme mirando fijamente su pie derecho.

Es para ti, dijo. Me lo regaló Juan, pero creo que tú también has de leerlo. Guárdalo bien, tiene un secreto.

Se volvió hacia las botas de Satur y vio que las pobres estaban tan tristes que, *¡hip!*, les había entrado el hipo. Sintió que el nudo de su garganta se retorció una vuelta más, pero apretó los dientes e hizo un último esfuerzo: se quitó el abrigo de cuadros azul eléctrico y se lo ofreció a su amigo acompañado de lo que quiso ser una sonrisa.

Toma, para que lo lleves a Inglaterra; seguro que allí hace frío.

Satur casi se ahoga de la emoción al intentar, *¡hip!*, dar las gracias sin conseguirlo. Luego llegó el silencio, y durante mucho rato, muchísimo, la cuadrilla permaneció con la barbilla hundida en el pecho, deseando desaparecer de aquella despedida, volver al pueblo, seguir jugando, corriendo, peleando, discutiendo, moliéndose a palos, juntos para siempre jamás.

Pero, *¡hip!*, ¿por qué nos separan?

¡Pues por qué va a ser, porque los mayores son tontos!

Ven con nosotros, Martín.

No puedo, a mí no me han apuntado en la lista.

¿Y por qué no te han apuntado?

Es que el padre dice que en las guerras hay que estar toda la familia junta.

Yo no quiero ir a Inglaterra, ¡hip!

Ni yo.

¡Jo!, por lo menos vosotros vais a montar en un barco.

Yo ya he montado en uno, ¡hip!, y ese barco es una birria.

¡Tú no has montado en un barco en tu vida, no mientas!

Bueno, y qué, de todas formas es una birria.

Pues a mí me parece que está bastante bien: es muy grande.

Martín, hemos pensado que si nos aburrimos igual nos escapamos en un bote.

¡No, no, no; tenéis que escapar sea como sea, aunque no os aburráis!

¿Tú crees?

Claro, si se comen los caballos, seguro que también se zampan a los niños.

¿Quiénes?, ¿los ingleses?

Sí, mira a cuántos niños se llevan. ¿No te parece raro?

Mi padre dice que vamos unos dos mil.

¡Dos mil, fíjate!

Y todavía van a mandar a más a otros sitios.

¿En serio?

Sí, se los van a llevar a Bélgica, a Francia, y creo que también a la Rusia.

Yo no me acuerdo de dónde estaba la Rusia.

Ni yo, ¡hip!

Pues siempre que se llevan a todos los niños a un sitio les pasa algo muy malo.

¿El qué?

Que desaparecen.

¿Y tú cómo lo sabes?

Porque lo pone en ese libro.

¡Martín, no fastidies!

¡Que es verdad, que lo pone ahí, ya lo verás!

¡Pero si mi *ama* dice que nos mandan fuera para que no nos mate una bomba!

¡Puuuuuu!

¿Habéis oído eso? ¡El barco tiene una flauta!

¿Y qué pasa si tiene una flauta?

¡Puuuuuu!

¡Que tenéis que escapar ahora mismo!

¿Ahora? ¡Es que no podemos, nuestros padres no nos van a dejar!

¡Puuuuuu!

¡Tapaos las orejas, no hay que oír la flauta, es mala!

¿Mala?, ¡hip!, ¡jolín!

¡Venga, rápido, seguidme, seguro que no nos pillan!

El padre de Satur advirtió que los críos salían disparados en dirección a la salida del puerto, pero estaba tan emocionado que tardó una eternidad en asimilar lo que sucedía al otro lado de sus lágrimas. No habían echado a correr porque sí, como tantas veces, como siempre que les sobraba la energía y no sabían qué hacer con ella; ¡huían, escapaban, pretendían que el barco zarpara sin ellos!

¡La leche!, maldijo. ¡Que se nos quedan en tierra!

Salió en su persecución tan pronto como sus piernas se recobraron de la sorpresa, pero a la cuarta o quinta zancada supo que no iba a alcanzarlos nunca: la multitud se había apiñado al oír la llamada del buque y conformaba una barrera infranqueable para alguien de su envergadura. Por fortuna, vio que su hijo chocaba contra una señora y caía al suelo llevándose por delante a sus compinches. La mujer no pareció acusar el golpe: levantó al niño en volandas como si pesara lo que un peluche, le propinó unos azotes por aquí y por allá para quitarle el polvo de encima y le succionó las lágrimas con un beso. Era una de las auxiliares encargadas de asistir a los pequeños durante su estancia en el extranjero. Satur estaba aterrado por la asombrosa facilidad con la que lo había manipulado y corrió a abrazarse a su padre en cuanto llegó con la lengua fuera.

¡Hijo!, pero ¿adónde ibais?

A casa, *¡hip!*

Pero ¿por qué?, ¿si van a ser como unas vacaciones!

Es que yo quiero quedarme con usted.

Y yo contigo, hijo, y yo con contigo... Pero debes marchar, las guerras no son para los niños.

Sí que lo son, *¡hip!*, las guerras son de todos.

Estarás de vuelta antes de que te des cuenta, verás.

No, no quiero, no quiero ir, no quiero ir, no quiero ir...

La auxiliar decidió intervenir por si podía echar un cable. Había escuchado cientos de diálogos semejantes y creía haber descubierto la manera.

¡Y yo que había pensado que eras un chicarrón muy valiente!

Señora, que yo soy muy valiente, *¡hip!*

Eso está claro, ¡con el golpe que te has dado y no has dicho ni pío!

Ya lo sé.

Entonces, ¿por qué lloras?

No estoy llorando, *¡hip!*

¿A que no sabes lo que vamos a ver cuando llegemos a alta mar?

Me da igual.

No te va a dar igual.

Sí me va a dar igual, *¡hip!*, se lo digo yo.

Vamos a ver delfines.

¿Delfines?

¡Puuuuuu!

Cosme y Satur subieron al barco agarraditos de la mano, portando dos maletas acordes con su tamaño, con lo poca cosa que se sentían, mientras Martintxo advertía cómo se le echaba encima una soledad fría, oscura, sin remedio. Pero al volver la mirada, supo que su dolor no era nada comparado con el de los padres de sus amigos. La imagen de fragilidad de los retacos, *¡hip!*, caminando por la pasarela bajo el peso del miedo a lo desconocido, había acabado por hundirlos del todo.

Una vez en cubierta, la parejita se abrió hueco en la barandilla para tratar de localizar a los suyos en aquel mar de manos agitadas: los hijos y los padres, desde arriba y desde abajo, desde el cielo y desde el infierno, tiraban

con los brazos en alto de los extremos de una cuerda invisible, como si quisieran evitar que el barco zarpara. Aquello era como buscar una aguja en un pajar, y los pobrecitos se asomaban aquí y allá, por la popa, por la proa, otra vez por la popa, desesperados al no hallar su adiós por ningún lado. De pronto, algo atrajo su atención: una cosa blanca serpenteaba a toda velocidad entre la muchedumbre gris. Aunque no llegaba a volar por encima de la gente, parecía una cometa, trazaba figuras que se enredaban en sí mismas, caracoleaban, escribían garabatos que jugaban con la vista hasta volverla loca. Luego la cosa blanca fue concentrando los círculos en un punto, hasta que se detuvo y se limitó a dejarse mecer por el viento.

Sonrieron. La cosa blanca era Martín, o más bien su camisa. Se la había quitado para guiarlos. Sus padres se encontraban a su lado.

Tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas.

Capítulo 30

Una carta para Sophie

Primavera de 1937

Entregar esta carta a **Sophie Rapke, Ingolstadt, Alemania**. Ella no tiene la culpa y yo ya estoy muerto. Gracias.

Hola, Sophie:

Me dirijo a usted porque prometí a su hijo que le escribiría en caso de que le sucediera lo peor. De esta forma, cumplo su última voluntad.

Señora Rapke, Klaus quería que supiera que lamentaba mucho haberse distanciado, y créame que lo que más lo atormentaba en este mundo era irse sin haber tenido la oportunidad de abrazarla de nuevo, de confesarle hasta qué punto se sentía en deuda por todo lo que hizo por él. Yo le dije que no debía preocuparse demasiado por esas cosas, pues si ya de por sí es difícil agradecer con justicia el amor materno, mucho más el esfuerzo de una viuda como usted por sacar adelante a su hijo sola. Estuvo de acuerdo conmigo, pero quiso al menos dedicarle sus últimas palabras. Son solo dos, pero cuando se las escuché pronunciar, me parecieron suficientes. Es un honor para mí hacérselas llegar:

GRACIAS, MADRE.

Por mi parte, una vez cumplido su deseo, hay algo que no me resisto a comunicarle y puede que la sorprenda, aunque mi esperanza es que alivie su dolor en alguna medida. Estoy al corriente de que para usted solo existe una circunstancia peor que el fallecimiento de su único hijo, y es la posibilidad de que haya muerto matando. En este sentido, confío en que lo que voy a revelarle calme su inquietud. Señora Rapke, Klaus no nos abandonó hace unos días, tal y como la Luftwaffe le ha hecho creer. Murió hace meses, antes de que nuestros bombarderos comenzaran a ensangrentar el mundo. No tuvo tiempo por tanto de hacer daño a nadie, cosa de la que sin duda

se habría arrepentido. Debe dar crédito a mi testimonio porque no es otro que el de su asesino... Sí, yo lo maté.

Imagino lo que piensa. Duda, ¿verdad?, duda de mis palabras porque cree reconocer en ellas la letra de su hijo. Pero Klaus Rapke, se lo aseguro, nada tiene que ver conmigo. Él fue un hombre digno, alguien por el que valía la pena llorar, y lo era porque su madre le enseñó a saludar a la Luna, a mirar a los ojos del alma de las personas, a amar. Eso es lo más bonito que puede transmitir una persona a otra, ¿sabe? ¿Alguna vez se ha parado a pensar en la cantidad de gente que es incapaz de amar al prójimo siquiera un poquito? Y no es que no amen porque no quieran, sino porque nadie se tomó la molestia de enseñarles cuando eran pequeños, nadie les iluminó el camino de una cosa tan sencilla y a la vez tan compleja.

A Klaus, al niño que sabía amar, lo maté por la espalda, poco a poco, sin que se diera cuenta, hasta que ya fue tarde y olvidó por dónde se regresa a la inocencia. Lo maté porque no quería convertirse en un ser incapaz de sentir compasión, incapaz de reconocer a su propia madre en las madres de los demás, a su abuelo en los abuelos que pasean por el parque de una ciudad desconocida, o a su hijo recién nacido en los niños que corretean por ahí. Intentó huir de sí mismo para poder asesinar, pero eso era imposible, era demasiado bueno para dejarse llevar por el horror, así que no puede extrañarle que me pidiera que disparara contra él, contra sus recuerdos, contra sus sentimientos, contra su imagen, contra todo lo que un día fue, para destruirlo por completo. Lo hice, y con su barro creé, no me atrevería a decir que otro ser humano, sino un engendro diseñado para la victoria, para la desolación, para los galones, para el orgullo, para la muerte, para la gloria, para nuestra querida patria.

Sophie, es absurdo que destruya su vida por la pérdida de su hijo: nunca conseguirá reunirse con él, ni en el cielo, ni en el infierno. Klaus ya no existe en ninguna parte, desapareció dejando tras de sí un reguero de vergüenza, solo eso. El único lugar donde puede hallarlo es dentro de su corazón, en sus recuerdos, en las fotografías que guarda repartidas por las paredes de su casa, en las que se ve a un niño con la mirada perdida en un pensamiento sobre el que merece la pena especular. Ese, Sophie, ese niño sí es su hijo. Bese la fotografía y lo besaré a él. Aunque no hubiera muerto, nunca habría podido volver a abrazarlo en persona, porque Klaus, afortunadamente, ya no era Klaus, sino un monstruo que trataba de olvidarse y no debía existir. Gracias a Dios, lo sabía, y por eso acabé con él, salvé el alma pura del hijo de Sophie Rapke, la mejor madre del mundo. Si lo quiere, viva, viva todo lo que pueda, proteja su memoria, para que no muera dos veces inútilmente, para que mi condena sirva para algo, para que su nieto sea libre y bueno.

Pudo ser poeta, pero se metió a criminal, estaba aprendiendo bien su oficio, sé que usted quiso evitarlo. No pudo porque la semilla del odio había cuajado en su cabeza. De no haber caído, habría sembrado bombas desde su avión, matado a cientos, miles de personas, ametrallado a los supervivientes, asesinado a niños que juegan a no morir en un mundo en guerra.

Que Dios la bendiga, señora, y que la guíe en el infierno que nos espera.

Capítulo 31

Estoy solo

Primavera de 1937

*H*ola, Juan:

Me aburro mucho, ¿por qué os habéis ido todos? ¡Eso no se hace, hombre, me habéis dejado solo con Matilde, y ahora no me la quito de encima! Yo creo que es una espía, fíjate; me ha seguido hasta aquí, hasta la cueva de los murciélagos, y eso que he dado una vuelta muy grande para despistar. Al final le he tenido que prestar un lápiz para que se ponga a dibujar y no vea lo que escribo en la carta. Si me sale llena de tachones es culpa de ella, ¿eh?, que se está comiendo la goma.

¿Sabes qué?, he estado dándole vueltas y se me ha ocurrido una idea muy buena. Yo creo que los de la guerra podíais venir a pelear aquí en vez de estar en el monte. Imagínate, así comerías en casa y a la tarde iríamos al frontón y eso. ¿Por qué no se lo dices a tu jefe? Seguro que no lo ha pensado, pegarse en casa es mucho mejor.

¡Es que esta guerra es un fastidio, jolín, se han llevado a casi todos los niños y no tengo con quien jugar! Cosme y Satur me prometieron que se iban a escapar del barco, pero me da que esos ingleses se los han comido ya, porque han pasado siete días y medio desde que se fueron y no se les ve el pelo. Tampoco quedan muchos mayores en el pueblo, no te creas. A mi hermano Bixente le han pegado un tiro con una bala de esas que explotan y también se lo han llevado muy lejos, a un hospital para héroes que hay en Asturias. Mi ama está muy preocupada porque no nos ha mandado ninguna carta, pero yo creo que le han dado en el brazo derecho, y claro, no puede escribir. Pero lo peor de todo es que Felipe del Río se ha muerto, ¿sabías? ¡A que a ti también te parece muy raro que un héroe se muera así como así! Algunos dicen que le dio un cañón de los nuestros, y seguro que tienen razón, porque los de los cañones son unos mataos. Por su culpa, ahora el único amigo que tengo que sea aviador es uno que es alemán y se llama El Abuelo. Aunque últimamente no me saluda cuando pasa por la huerta; no sé, igual está enfadado conmigo. ¿Por qué no me escribes tú?

MARTÍN ABRISQUETA MENDÍBIL



Como ya no hay moscas
en el cielo mi hermano lucas
me e dejado el mosca y lo
e puesto en la iglesia de
los ratones. Matilde Abrigo^{ta}

Capítulo 32

El aleteo de las golondrinas

Primavera de 1937

*M*artín estaba flotando en el mundo feliz de los casi despiertos, sumido en un *siesnoés* de ojos cerrados. Percibió un ruidito sumamente leve cruzando el aire que le recordó a lo que escuchas cuando te soplan en la oreja con mucha suavidad. Pero aquel soplido era mágico, porque volaba. Fuera lo que fuera, era casi una nada, pero una nada bonita, que se repetía a intervalos regulares y desaparecía cada vez por una dirección diferente. Podían ser las palabras perdidas de un duende, nunca se sabe.

El ruidito se acercó de nuevo. Martín despegó los párpados para descubrir su secreto y vio la estela de una golondrina pasando a toda velocidad cerca de su nariz. Creía haber notado en sus mejillas hasta el viento que había desplazado al agitar sus alas, o tal vez lo hubiera rozado con una pluma. El niño dibujó una «O» mayúscula con la boca: desconocía que el aleteo de los pájaros pudiese producir música, aunque fuera diminuta. Sintió ganas de ir corriendo a las minas y comprobar si él también hacía algún ruidito mágico cuando volaba colgado de las barquillas. Pero no podía porque tenía que trabajar.

Aguardó una nueva pasada de la golondrina con los ojos abiertos. El azul del cielo se veía difuminado por chiribitas negras, como si una nube de viento

norte se hubiera detenido a medio metro sobre su cabeza.

¡Concho, si son mosquitos! ¡Es una nube de mosquitos pequeños!, exclamó sin palabras.

Pero no debía preocuparse por ellos, pues la golondrina se los estaba comiendo: cada vez que sobrevolaba su nariz, se zampaba unos cuantos, por eso iba con la boca abierta, no porque fuera tonta. Sintió cosquillas en el brazo. Se incorporó un poco y observó el movimiento indeciso de una mosca sobre su piel. Por lo visto, el insecto era un tipo bastante despistado, no paraba de dar vueltas y vueltas sin saber si iba o venía. Es normal, se dijo el chiquillo, tiene que ser muy complicado poner de acuerdo a seis patas para que se dirijan adonde tú quieres. Bueno, puede ser eso o que se le ha perdido algo y no lo encuentra.

Cerró los ojos para gozar de los pasitos de la mosca, del aleteo de la golondrina, de toda aquella sinfonía de sensaciones agradables. Los tordos, los gorriones, los *chimbos* y los jilgueros cantaban de pura alegría, se desperezaban tras haber aguantado en silencio durante más de dos horas, el tiempo que duraron los cuatro bombardeos consecutivos que casi enturbian aquella preciosa mañana de primavera. El niño prestó atención a un nuevo aleteo de la golondrina, eran cosquillas para sus oídos, pero escuchó algo más: pasos.

¡Martín, no me digas que te has quedado dormido en la huerta!

¡Ah!, pero ¿no se puede dormir en la huerta?

Hijo, ¿tú has visto a alguien quedarse dormido en medio de un bombardeo?

Sí, a mi amigo Satur, siempre se quedaba dormido en todos los sitios.

¿Qué te tengo dicho que hay que hacer cuando suena la sirena?

Ir al refugio.

¿Entonces?

Es que tenía sueño, padre, he madrugado para ordeñar las vacas.

Pues es verdad, tienes razón, y cuando tienes razón, ya ves que te la doy, ¿no?

No.

¡Habrás visto el retaco este! ¿Cómo que no?

Que a veces no me la da.

Da igual, ya está aquí el burro; a ver si los alemanes nos dejan terminar la tarea.

Paulina venía por el caminito tirando de un burro con cara de malas pulgas montado por dos jinetes de dudosa categoría: Matilde y Lucas. Un amigo de la familia se lo había prestado para que no tuvieran que arar la tierra a mano. Lucas iba disparando con la punta del dedo a todos los rebeldes que sorprendía escondidos por ahí, y al parecer, las inmediaciones del caserío estaban infestadas de enemigos, pues aquello era una auténtica carnicería. Tasio se dispuso a colocar el arado al burro mientras Lucas lo cubría con el dedo en el gatillo. Pero el borrico no estaba por la labor y comenzó a rebuznar con creciente insubordinación, hasta que por fin se echó un pedo y se amotinó por completo. Debía ser un sindicalista de tomo y lomo porque conocía bien sus derechos.

¡Por mucho bigote que tenga usted, le repito que no es mi patrón!, manifestó el asno en su idioma, *jiooooohhh!*

¡Me *cagüen* la mar, Anselmo, tira para adelante o te arreo!, replicó Tasio, que en realidad desconocía el nombre de pila del animal, pero como su dueño se llamaba Anselmo, supuso que al menos le resultaría familiar.

Tras media hora de insultos y rebuznos mutuos, el cuadrúpedo entró en razón y levantó la huelga sin condiciones. Martín y Paulina se colocaron entonces delante del sindicalista y lo fueron guiando por la huerta para trazar el surco en el lugar adecuado. Tasio iba por detrás, cargando todo su peso sobre el arado para que profundizase en la tierra, y Matilde y Lucas quedaron encargados de mentalizar al animal para que mantuviera la concentración y la productividad. Eso explica que le contaran cuentos, pues está demostrado que para motivar a un borrico no hay nada mejor que susurrarle cuentos a la oreja; para eso las tienen tan grandes. Aunque, como siempre, la pareja acabó discutiendo.

Había una vez un lagarto que se llamaba Lucas y...

Lucas, no hay ningún lagarto que se llame Lucas, no le digas eso que se lo cree.

Sí que hay un lagarto que se llama Lucas, está en la mina grande, yo lo conozco.

Burrito, tú no oigas, que eso es una mentira y va a ir al infierno.

¡No, no es mentira!

¡Sí que lo es, es una mentira cochina!

¡Me da igual, el cuento es mío y el lagarto se llamaba Lucas!

¡Ja, todo el mundo sabe que ningún lagarto se llama...! ¡Ay va!

Matilde, que me enfado, ¿eh? ¡El lagarto no se llamaba Ayvá!

Calla, calla, que por ahí vienen unos señores muy serios.

Vienen en fila, seguro que son soldados.

No pueden ser soldados, los soldados siempre van cantando.

Martín soltó las riendas del burro y salió a todo correr a recibir a los *gudaris*, que se aproximaban por la senda que conducía al monte Malmasín. Pero al ver el semblante que traían, su alegría se esfumó de inmediato: caminaban cabizbajos, hundidos por el peso de un algo invisible sobre sus hombros, y lo único que se escuchaba a su paso era el golpeteo de los pertrechos. Entonces un obús cruzó el cielo y fue a caer al otro lado del Malmasín.

!!!Zss!!!

Tasio y sus dos hijos pequeños se acercaron con timidez. Lucas agitó la manita para saludar, pero los reclutas siguieron su camino sin apartar la mirada del suelo, excepto uno, el último de la fila, que se quedó observando a la criatura, sonriendo con la boca pero llorando por los ojos, mientras se perdía con los demás en lo profundo del bosque.

Padre, ¿qué les pasa, por qué no cantan como siempre?

Porque están tristes, Martín, y cuando se está triste a nadie le apetece cantar.

¿No son demasiado bajitos para ser soldados?

Deben ser del último reemplazo.

¿Y qué es el último reemplazo?

El de los niños. Ya no queda nadie para enviar al frente y mandamos a los niños.

¡Pero no son niños!

Hijo, con diecisiete años aún se es un niño, créeme.

Entonces, ¿por qué van a la guerra?

Porque no hay más remedio: el asunto se está complicando mucho.

No lo entiendo, padre, en el periódico pone que estamos ganando.

En el periódico ponen muchas cosas, hijo, pero muy pocas verdades.

Otro obús trazó una línea en el cielo y de inmediato se escucharon unos gritos que entraron en sus oídos como una corriente helada. Se volvieron hacia el caserío y vieron a dos hombres saliendo a toda prisa de la vivienda de los vecinos. Los gritos crecían y crecían por el valle, ayudados por un eco frío, y los pájaros regresaron a la oscuridad del silencio. A Martín se le dispararon las piernas sin llegar a entender por qué. Pasó corriendo junto a los dos hombres, eran soldados, lloraban, huían de los gritos. La puerta de la casa de los vecinos permanecía abierta, entró en la cocina y halló a una de las hermanas de Juan arrodillada, intentando apagar el sufrimiento de sus labios contra las baldosas del suelo. La otra, lívida como una estatua de sal, sostenía unos papeles frente a sus ojos empapados. Uno de los papeles parecía un carné, estaba teñido de rojo. Era sangre. La mujer chillaba con una voz inhumana, se retorció como si respirara espasmos, pero no apartaba la mirada de los papeles. Vio a Martín y el último lamento enmudeció en mitad de su garganta. Corrió a abrazar al niño mientras escondía el papel ensangrentado en un bolsillo de la bata. Pero ya era tarde, Martín caía, se le doblaban las rodillas, se doblaba la vida, se moría su infancia. La mujer lo sostuvo, lo besó en la frente, lo achuchó contra su pecho, bebió sus lágrimas y, sin aire siquiera para una palabra de consuelo, le ofreció el papel que no estaba manchado de sangre pero que hería de muerte. Martín temblaba, le era muy difícil leer, las palabras se confundían entre sus dedos.

Lamentamos comunicarles que el soldado Juan Juan Juan Juan Goirigolzarri Urzuriaga ha muerto muerto muerto muerto muerto en combate cerca de la localidad de Lemona defendiendo la libertad hasta el último momento. Desgraciadamente no ha sido posible rescatar el cuerpo cuerpo cuerpo cuerpo por la gran cantidad de bajas, lo que hacía necesario dar sepultura a sus restos restos restos de inmediato. Les entregamos su documento de identificación y los objetos personales que hemos podido rescatar. Reciban nuestro más sentido pésame.

Martintxo sintió un golpe en la cabeza y se cubrió con las manos. Fue un golpe físico, cierto, fuerte como si le hubieran arreado con un palo, retumbó en sus sienes y casi lo derriba. Miró a la hermana que yacía en el suelo con la boca hundida en un charco de dolor y distinguió que no estaba besando el suelo sino una tabaquera, también una cadena con un crucifijo de plata y dos cartas. Las reconoció nada más verlas: en una de ellas había un dibujo, un deseo tocando la flauta.

Huyó a su casa, se abrazó a la almohada y lloró como solo lo hace un niño que sufre. Por mucho que apretaba los ojos, no conseguía apartar de su mente la sangre, la sangre de Juan.

Capítulo 32 bis

El amor

Primavera de 2011

Suena el teléfono móvil. Corro a por él, está en el alféizar de la ventana de la sala, que es el único sitio donde hay cobertura en toda la casa. Levanto la tapa del aparato y leo el nombre de mi hermano en la pantalla.

Sí, dime.

No obtengo respuesta. Advierto ruidos de fondo y la pantalla señala que la conexión está establecida.

A ver, Patxi, ¿me oyes?

El silencio y todo termina con tres palabras:

Mon ha muerto.

Mon era mi cuñado, el marido de mi hermana Izaskun, la que se nos fue. Era además el maravilloso padre de tres hijos, mis sobrinos. Los tres pasan ya de los veinte, pero no puedo dejar de verlos como aquellos enanitos que siempre se andaban peleando y se movían rodando como una bola de extremidades apiñadas. A todos los efectos, Mon era, lo sigue siendo, mi hermano, y por tanto, el hermano de mis hermanos, y el hijo de mis padres.

Me doy cuenta de que Patxi continúa hablando, pero me cuesta entender nada. Me he quedado con los ojos clavados en una fotografía de mis sobrinos

que descansa sobre el mueble de la televisión. Sonríen junto a sus primos. Son un montón de niños, trece o catorce, rodeados de árboles y color, como si hubieran sido retratados en el País de Nunca Jamás. Tal vez sea así. Me pregunto cuál será el secreto de ese instante de cuento de hadas, dónde estará escondido el tesoro, la clave de la belleza de esa isla perdida sobre el aparato de televisión. Me esfuerzo, trato de interpretar la voz entrecortada de mi hermano.

¿Puedes ir a casa de *aita* y *ama* para estar con ellos?

De acuerdo, salgo para allá.

Ten cuidado, todavía no lo saben.

Ellos no lo saben y yo no tengo la más mínima idea de cómo decírselo. Es peligroso, Martín se encuentra aún convaleciente de la intervención en el corazón. Miro por la ventana, hace sol, debería llover sin parar. Arranco la furgoneta. Me detengo en un paso de cebrá y dejo pasar a una pareja con un niño. El pequeño cruza a toda velocidad montado en una moto de plástico que empuja con los pies. Los padres lo siguen riendo, tropezando con las bolsas de la compra. Se les cae una lata de tomate frito que comienza a rodar y se cuele bajo el morro de la furgoneta. El padre aparece ante mis ojos con el bote en la mano. Se disculpa guiñándome el ojo. Lo saludo. Debería darle las gracias por regalarme su sonrisa en un día tan triste.

Llamo al timbre. Mi madre me recibe con dos besos y un abrazo y confirmo que no lo sabe. Tomo su mano antes de que se dirija a la cocina y se ponga a dar vueltas al exprimidor de naranjas.

Ama, tengo que bajar un momento a la librería, vuelvo enseguida, ¿vale?

Hijo, ¿sabes cuánto te quiero?

Sí, *ama*, claro que lo sé.

No puedo quedarme aquí, tarde o temprano ella siempre averigua lo que me ocurre. Escucho la voz de Martintxo al fondo de la casa, dice algo acerca de unos calcetines. Escapo.

Agur, *ama*.

¿Te pasa algo?

No, qué va, que tengo prisa.

Me paro a unos metros del portal y telefono a mi hermana Ainhoa. Debemos pensar cómo hacerlo. Quizá deberíamos llamar al médico para que nos diga si podemos administrarle alguna medicación que lo ayude a recibir la noticia. Ainhoa está en el hospital, con mis sobrinos. Me dice que espere, que se acerca en un rato y hablamos.

Creo que no ha transcurrido demasiado tiempo, pero siento que sucede algo, algo malo, tengo la piel de gallina. Subo a casa, mi madre abre la puerta e inmediatamente descubro una sombra en sus ojos. Lo sabe. Escucho un lamento mudo, corro por el pasillo y encuentro a Martín encogido, acunándose sobre la cama como si estuviera sentado en una mecedora invisible, con los ojos cerrados, con la boca apretada, llorando, muriendo hacia dentro, con las manos sobre la cabeza. Lo sé, lo están golpeando. De sus labios solo escapa dolor callado por la presión de las mandíbulas, es como si quisiera ahogarse. Lo abrazo, trato de que no le machaquen la cabeza con la muerte, otra vez. Respira aceleradamente, se va a desmayar, le pido que abra la boca, que tome aire, despacio, despacio. Pero ni me ve ni me oye, se encuentra lejos, se va. Mi hermano Patxi se presenta en la habitación y lo intenta conmigo, pero no podemos, es como un niño que se ha tragado algo y no quiere soltarlo. Lo entiendo, quiere abandonar, está harto, piensa que no merece la pena vivir en un lugar en el que desaparecen las personas a las que amas, las personas que trajiste al mundo, y las personas que son como tus propios hijos. Lo cubro para que me golpeen a mí, pero los golpes me atraviesan, están acabando con él, huelo la muerte. Llamo a mi hermana.

Ainhoa, lo sabe, está mal, muy mal, le va a dar algo.

Ahora aviso al médico, voy para allá.

Hago lo posible por convencer a Martín de que su corazón no puede aguantar eso, que tiene que calmarse, que no puede permitírselo, que debe pensar en los demás, en *ama*, en todos.

Respira, *aita*, respira conmigo, por favor.

Mi padre abre los ojos un poco, se le han quedado pequeñitos, como dos puntitos, como si prefiriera la ceguera a ver lo que queda después de la nada. Siguen lloviéndole golpes, uno tras otro, se encoge, acusa cada uno de ellos.

Siento que se me mueren las palabras antes de nacer, que no sé decirlas, que tiemblan y se encasquillan en mi estómago, solo consigo besarlo. Lllaman al timbre. Es mi sobrino, el hijo mayor de Mon e Izaskun, de mis hermanos desaparecidos. Ha venido del hospital en cuanto se ha enterado de lo que ocurre. Coge la mano de su *aitite*. No me lo puedo creer, con su dolor, y está aquí, haciendo esto. Martín abre sus ojos diminutos, lo mira y llora, llora, llora, pero al menos alivia la presión de sus labios para pronunciar su nombre y respira unas cuantas veces manteniendo un ritmo sosegado, aunque enseguida vuelven los golpes y se protege la cabeza. Su nieto lo mece, lo acompaña, acaricia sus dedos, está. Llegan sus dos hermanos y se sientan alrededor de Martintxo. Su *aitite* los observa durante un rato profundo, luego descubre la mano de su nieto entrelazada con la suya, y su gesto cambia: en su cara se lee la sorpresa, es como si acabara de despertar de una pesadilla y estuviera tomando conciencia de dónde se halla. Sus pulmones se van llenando de aire, y por fin habla.

Lo siento mucho. Vaya espectáculo estoy dando, con lo que vosotros tenéis...

Eso es, *aitite*, procura tranquilizarte. Ya sabes que ahora no te puedes poner malo, tienes que cumplir con tus obligaciones de abuelo.

¿Os dais cuenta del padre que teníais?

Los tres asienten en silencio.

Entra una mujer con un maletín. Es la doctora.

Llega tarde, a Martín ya le han salvado la vida. Han sido sus nietos. No lo olvidaré mientras viva. Mis hermanos muertos pueden estar tranquilos, no había nadie como ellos, no hay nadie como sus hijos.

He dudado muchísimo sobre la conveniencia de incluir este capítulo en la novela, y lo sigo haciendo. Me aterraba escribirlo, me pregunto si tiene sentido todo este sufrimiento, me pregunto por qué cuento esto, si hago mal, si hablo de lo que no debo hablar, si utilizo a mis seres queridos... para escribir.

Mi hermana Ainhoa me ha llamado por teléfono y hemos mantenido una conversación de más de dos horas. He compartido con ella lo que me ocurre.

De un tiempo a esta parte lo vengo haciendo, me avergüenza necesitar tanto apoyo cuando ni siquiera sé para qué. Ainhoa, sin embargo, me ha confesado un secreto que me ha ayudado a entenderme un poco. Me ha dicho que al morir mi hermana Izaskun comenzó a escribirle cartas, que lo hizo durante semanas, meses o años, no lo sabe. Escribía una especie de diario donde le contaba pequeños detalles de la vida cotidiana de su marido y sus hijos: la ponía al corriente de si comían bien, si tenían problemas en la escuela, si sonreían, si callaban, si dormían, o si despertaban poco a poco del duelo. También le comentaba lo mucho que la echaba de menos y la rabia que sentía por lo injusta, lo tremendamente injusta que le parecía su muerte. Mis dos hermanas eran uña y carne. Por circunstancias, los últimos años habían permanecido juntas prácticamente las veinticuatro horas del día, de tal forma que cuando Izaskun murió, Ainhoa no solo perdió a una hermana, sino a su mejor amiga. No obstante, decidió no compartir su sufrimiento con nadie, lo guardó para sí porque es una persona que vive completamente volcada en los demás y en aquel momento daba su vida porque no se desmoronara el castillo de corazones a su alrededor. A su juicio, ahora soy yo quien escribe sus cartas, quien deja sangrar su herida. Insiste en que son necesarias para mí, para mi familia, insiste en que debo escribirlas, aunque luego queden escondidas en un cofre en el País de Nunca Jamás. He vuelto a examinar la fotografía de mis sobrinos y creo que he hallado el tesoro. No está oculto entre los árboles, sino en las caras de los niños, en sus ojos, en sus sonrisas, en el amor que los rodea, que es más intenso que la luz de Campanilla.

Me pregunto qué habría sido de mí si en su día, al igual que hizo Ainhoa, me hubiera atrevido a escribir lo que sentía, a sacar de dentro el dolor que no cabe dentro. Pienso que tal vez, solo tal vez, de esa forma me habría consentido a mí mismo vivir un poquito más durante todos estos años. Creo que no me permito amar a la gente porque la gente se muere, se va, me dejan y no lo soporto; y ni siquiera puedo decirlo, pues nunca aprendí a expresar las emociones. Si existen unas simples palabras capaces de cambiar el mundo, estoy seguro de que están escondidas en las cartas de mi hermana Ainhoa.

Acabo de recordar que un tiempo antes de morir, aunque no puedo precisar cuánto, Izaskun me dijo que en su casa tenía guardada una cosa que yo le había regalado cuando tenía cuatro o cinco años.

¿A que no sabes lo que es?, preguntó.

No, no lo sé.

Pues es una pistola. ¿Te acuerdas ahora?

Se me encendió una luz al momento. Sucedió en Navidades, posiblemente en Nochebuena, después de la cena. Mi hermana cantaba con una guitarra mientras yo me arrastraba por el suelo metido en una caja de cartón, imaginando que iba en un coche de carreras. Entonces topé con un corcho de botella de champán y aparqué la caja para investigar. Me puse a manipular el papel de aluminio que rodeaba el corcho, y de pronto caí en la cuenta de que el papel se había convertido en una pistola. Arranqué el coche, fui adonde Izaskun y, cuando acabó la canción, le regalé la pistola. Me gustaba mucho cómo cantaba. A ella le hizo una ilusión terrible y me plantó un montón de besos en los papos. Yo no conseguía entender por qué, pues pensaba que la pistola me había salido rematadamente mal, era pequeñísima, de la talla de un soldadito de plomo, y se me había olvidado ponerle gatillo.

Estoy seguro de que Izaskun también tenía un cofre lleno de secretos, porque guardó aquella pistola diminuta durante más de veinte años.

Ahora se encuentra junto a su gran amor.

Capítulo 33

El arcoíris y la Luna

Primavera de 1937

*M*artín flotaba en un mundo de color rojo. Un dragón que escupía bocanadas de fuego venía a por él, pero por mucho que movía las piernas y los brazos, no conseguía avanzar para ponerse a salvo; era como tratar de impulsarse en el vacío, o nadar en la nada. El dragón estaba a punto de alcanzarlo, las llamaradas le hacían sudar a mares. Entonces el pánico lo despertó. Pero todo estaba oscuro.

¿Dónde estoy?

Tranquilo, Martintxo, estás conmigo.

Era la voz de su madre, que posó una mano sobre su frente.

¡Hijo mío, pero si tienes fiebre!

Escuchó el sonido de unas gotas de agua cayendo sobre una palangana. Cada gota se dilataba en un eco metálico que rodaba por el interior del recipiente. Notó un trapo húmedo sobre los ojos. Trató de abrirlos, quería escapar de la oscuridad, pero algo se lo impedía. Lo asaltó una duda horrible: tal vez tuviera ya los ojos abiertos, tal vez se hubiera quedado ciego de tanto llorar.

Ama, no veo, tengo miedo.

No pasa nada, hijo, tienes los ojos pegados, ahora te los limpio.

Las lágrimas secas le habían sellado los párpados como una cola que quisiera protegerlo de la realidad. Recordó por qué lloraba: Juan.

Poco a poco, con mucho cuidado, Teresa fue retirando la sal que anudaba sus pestañas mientras le acariciaba la cabeza. Lo hizo con tanto cariño que el chiquillo se durmió de nuevo sin haber llegado a abrir los ojos en ningún momento.

Ahora el mundo era de color verde y azul. Podría considerarse un mundo casi normal si no fuera porque alguien se había tomado la extraña molestia de pintar las nubes de amarillo. Aquello parecía la selva: había de todo, monos, chimpancés, una familia de rinocerontes muy enfadados, y hasta un elefante polvoriento moviendo las orejas para ventilar el ambiente. Martín sintió unas ganas terribles de pegar un grito al estilo de Tarzán, como hacía antes de que existiera la palabra «guerra», cuando no se separaba de Cosme y Satur, cuando tenía a Juan para que le explicara los misterios, cuando las nubes no eran de color amarillo pero la realidad era un sueño bonito; cuando se sentía feliz.

Era un asco, estaba en el paraíso soñado por cualquier niño y total para nada, pues continuaba flotando en el aire como un ángel de adorno. ¡Para qué quería estar rodeado de monos si no los podía tocar ni jugar con ellos! Advirtió que alguien se acercaba entre la espesura y se puso tenso. Pero no había razón para preocuparse; en esta ocasión no era un dragón lo que se acercaba, sino una mariposa de motas blancas y negras que se le posó en la punta de la nariz.

¡Pímpilin!, dijo el niño bizqueando un poco.

Estaba convencido de que «Pímpilin» era la clave secreta que has de pronunciar cuando deseas hablar con uno de esos bichitos. En vascuence mariposa se dice «pinpilinpauxa», y si lo piensas, alguna razón debe haber para que exista una palabra tan curiosa. Inexplicablemente la mariposa se le quedó mirando a los ojos con cara de no haber entendido un pimiento y respondió algo muy raro para venir de boca de un insecto.

¡Martín, Martín, despierta, mira qué luna tan bonita!, indicó con el dedo mientras agitaba las alas a buen ritmo.

Sin más ni más, la mariposa se convirtió en Paulina, y la selva, en su habitación.

¡Mira, mira qué luna más grande!, insistió Paulina señalando la ventana.

Su hermana tenía el rostro iluminado por una luz preciosa, plateada. Pero él no quería saber nada ni de la luna ni de nadie y dejó rodar la cabeza sobre la almohada hacia el otro lado. Sin embargo, ahí estaban Matilde y Lucas, mirándolo desde el umbral, con las lágrimas colgando de sus naricitas: nunca habían visto a su hermano tan triste. Martín sintió una punzada de pena y se volvió hacia la ventana, necesitaba estar solo. Entonces la vio. Era una luna enorme, inmensa, y eso que todavía le faltaba un poquito para estar llena del todo. Daban ganas de alzar la mano y acariciarla para sentir su relieve, sus zonas oscuras, su frialdad. Notó que los dedos de Paulina le desenredaban el cabello y una gran paz lo invadió por dentro. Matilde y Lucas se acercaron a la ventana para contemplar mejor aquella luna gigante.

Pauli, ¿tú crees que Juan estará en el cielo?

Claro que sí, Martín.

¿Y dónde va a vivir?

Pues allí, en el cielo.

Pero ¿en qué sitio del cielo?

¿Cómo que en qué sitio?

¿Va a vivir en una estrella?

Bueno, no sé; si quieres te cuento un cuento que habla de eso.

No me gustan los cuentos.

¿No?, pues antes bien que te gustaban.

Yo ya soy mayor para cuentos.

Claro, ya eres mayor. Qué pena porque el cuento es de la madre de Juan.

¡Ah!, pero... igual Matilde y Lucas quieren que se lo cuentes a ellos.

Matilde y Lucas, ¿eh?

¡Sí, sí, yo quiero, yo quiero que nos cuentes un cuento!

¡Yo también, yo también quiero!

Vale, chicos, ahora va. Pero tú, Martín, tápate las orejas.

¿Y por qué tengo que taparme las orejas?

Porque has dicho que los cuentos no son para los mayores.

Ya, pero imagínate que suena la sirena y no la oigo. Sería muy peligroso, ¿no?

Bueno, te dejo escucharlo, pero solo con una oreja.

¡No fastidies!, ¿solo con una?

Sí, tápate la otra, venga.

¡Pues vaya!... ¿De verdad que te lo contó Pantxika?

A mí no, a la hermana mayor de Juan.

¿A Myriam?

Sí, Myriam conoce muchos cuentos. Es sabia.

Pues no pensaba que era tan lista.

¿Sabes qué?, yo creo que Juan ahora vive en la Luna.

¡Pero, Pauli, qué dices, no puede vivir tan cerca!

Pues me da que sí.

¿Y cómo lo sabes?

Por el cuento.

¡Pues cuéntalo ya!

¡Pero si has dicho que no querías, que eres muy mayor!

¡Venga, Pauli, empieza ya, jolín!

Vale, vale, no te pongas así... Myriam me contó que en tiempos antiguos, hace muchos pero que muchos años, los hombres vivían en cuevas y todo era muy oscuro, no se veía nada de nada. Me dijo que el mundo estaba lleno de diablos, los había por todas las esquinas, y eran más malos que *arrancaos*. Entonces los hombres, hartos de los diablos, fueron a hacer una visita a la Tierra para pedirle que hiciera algo, porque tenían mucho miedo y no podían jugar.

¿Cómo que le pidieron a la Tierra! ¿Y quién era la Tierra?

No lo sé, pero según Myriam es una señora.

¿Una señora?

Sí, una señora muy poderosa. Es raro, ¿verdad? Bueno, el caso es que la Tierra estuvo pensándolo mucho y al final se le ocurrió una cosa: se inventó la Luna para asustar a los diablos.

¡Ay va!, ¿se inventó la Luna?

Sí, y al principio funcionó. Pero los diablos, que ya sabes que son muy *espabilaos*, no tardaron en acostumbrarse a la luz de la luna y se pusieron a hacer de las suyas de nuevo. Así que los hombres no tuvieron más remedio que volver adonde la señora a pedir ayuda, y la Tierra, viendo que decían la verdad, pues los pobres temblaban como pollitos, se inventó el Sol.

¡Cómo!, ¿también se inventó el Sol? ¡Pero si el Sol es muy grande!

Pues se lo inventó, fíjate.

¡La leche, vaya señora!

Entonces, al ver el sol brillando en todo lo alto, los diablos se quedaron la mar de formalitos, sentaditos y todo, y los hombres pudieron jugar al chorromorro y a todo lo que les dio la gana. Aunque no te creas, que la señora enseguida les bajó los humos: les dijo que ya podían ser buenos, pues de lo contrario los diablos volverían en cualquier momento. También les dijo que no debían olvidarse de colgar la flor de un cardo en la puerta de la cueva, por si acaso algún demonio pasaba por ahí y quería entrar.

Pero ¡qué cosas más raras! Y todo eso ¿qué tiene que ver con Juan?

¡Ah, es verdad, Juan! Resulta que a partir de ese día, cuando alguien se muere, tiene que subir a la Luna por el arcoíris, que es como un puente muy largo que llega hasta el cielo.

¡Eso no me lo creo, te lo has inventado tú!

Lo dijo Myriam: cuando te mueres hay que subir andando por el arcoíris. Se tarda mucho en llegar pero merece la pena, porque en la Luna los muertos son felices y comen perdices y eso.

¡Ese cuento es mentira!

No es mentira, Myriam sabe seguro que es verdad.

¿Y cómo lo sabe?

A ver, Martín, ¿cómo se dice luna en vascuence?

¿Luna en vascuence?

Sí, Luna.

Ilargi.

¿Y sabes qué quiere decir *ilargi*?

Pues luna.

¡No, hombre, no!, te pregunto qué quiere decir la palabra *ilargi*.

¡Pues luna, quiere decir luna, tonta!

¡Tonto lo serás tú, que no enteras de nada! Myriam me dijo que *ilargi* son dos palabras juntas, *hil* y *argi*, y esas palabras significan «luz de los muertos». ¿Lo entiendes? Los que se mueren viven en la Luna, ella los protege.

¡Eso es mentira, sois unas brujas!

Matilde intuyó que el cuento había terminado, y colorín colorado se acercó a la ventana y dibujó una sonrisa sobre el reflejo de la luna en el cristal. Justo en el momento en que acabó de ponerle los ojitos, se escuchó un portazo y unos pasos subieron a todo correr por la escalera. Tasio entró jadeando en la habitación con unas cuerdas en la mano. Alguien le había dibujado el miedo en la cara. Nunca habían visto así a su padre, asustado, como un niño, como ellos. Al cabo de unos segundos llegó Teresa, apagó la luz y la luna inundó la habitación con su resplandor de plata.

Lo siento, Martín, tienes que levantarte, en esto tenemos que trabajar todos.

Padre, ¿qué ha pasado?

Hay mucho trabajo por delante.

¿Qué hay que hacer?

Tenemos que colocar los colchones contra las ventanas. Y hay que amarrarlos con estas cuerdas para dejarlos bien pegados a la pared.

¿Y por qué tenemos que hacer eso?

No preguntes, hijo. Venga, vamos a deshacer las camas, rápido.

Pero...

Martín, aunque solo sea por una vez, obedece y calla.

Pero si yo solo quiero saber por qué...

Del exterior llegó un ruido seco que cortó la conversación como un cuchillo. Martín se levantó de la cama de un salto y se asomó a la ventana. El valle estaba sumido en una tiniebla de color plomo. Mirases hacia donde mirases no se apreciaba ningún rastro humano: no había lumbre en los faroles y todos los hogares de La Peña permanecían a oscuras. Parecía que la vida había muerto. Pero no, cientos de oídos escuchaban desde sus escondites, escrutaban cada uno de los sonidos de la noche, atentos a las evoluciones de los grillos y de las cigarras, a los ladridos de los perros, al ulular del viento, y

¡pum!, a los disparos. Sí, se oían disparos. *¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!* Lucas se echó a llorar.

Te habrás quedado contento, ¿no?, querías un por qué y ya lo tienes.

Yo es que no sabía...

Mira a tu hermano pequeño, ¿ves lo que has conseguido?

Lo siento, padre.

Vamos, no hay tiempo para discutir, las balas perdidas no perdonan a nadie.

Trabajaron a toda prisa, alentados por el llanto de Lucas, que no soportaba la imagen de sus padres aterrados, percibía la tensión en sus manos temblorosas, en el sudor que empapaba sus frentes, en la velocidad de sus movimientos, en sus miradas, en el extraño silencio que solo él osaba romper con sus sollozos.

Acabaron la tarea a eso de la una de la madrugada y se metieron en la cama sin cruzar palabra, porque, *¡pum!*, había poco que decir. Tampoco había demasiado que ver, pues con los colchones contra las ventanas, la luz de la luna apenas lograba filtrarse al interior de la casa. Solo entraba una poquita a la habitación de los chicos a través del agujero del tejado, ese huequecito que servía de hogar a las lechuzas. Por cierto, que estas no daban crédito a sus oídos, *¡pum!*: al parecer los cazadores se habían aventurado con sus escopetas en la noche. Era algo insólito, no recordaban que ningún hombre se hubiera atrevido nunca a desafiar la oscuridad para cazar: los humanos siempre habían mostrado respeto por la noche, la creían en poder de los espíritus. Por eso, al igual que el resto de los vecinos del pueblo, las lechuzas permanecían calladas, sabían que la única opción para sobrevivir a los disparos era no decir ni pío. Las que no dejaban de mugir eran las vacas. De alguna manera captaban que algo malo se cernía sobre sus cuernos.

A Martín le resultaba imposible conciliar el sueño, pero no por los disparos, *¡pum!*, que solo se producían de cuando en cuando, *¡pum!*, sino porque los muelles del somier se le clavaban en el cuerpo. Prestó atención al colchón, su nueva ventana al mundo, al pánico ciego. Se preguntó si un colchón de lana como aquel, raído y viejo, sería capaz de detener una bala; se preguntó por la diferencia entre una bala perdida y una bala normal; se

preguntó cuántos tipos de balas existen en total, aparte de las que explotan y las perdidas; se preguntó si las balas se detenían alguna vez o vagaban errantes hasta el infinito. Muchas preguntas, y Juan en el cielo. Pero en el cielo, ¿dónde?, ¿era posible que estuviera en la Luna?

No encontraba la postura, Lucas se había refugiado en su cama y ocupaba la mayor parte del somier. El pobre había caído rendido enseguida: llorar sin parar es agotador, a Martín le dolía la tripa de tantas lágrimas como había derramado aquel día. Escudriñó el techo. Algo parecía estar cobrando vida encima de su cabeza. Las sombras dibujaban caras horripilantes que lo observaban fijamente, diablos de la noche que aguardaban a que cayera dormido para atacar, para comérselo. Cerró los ojos con la intención de hacer desaparecer aquellas caras, de borrarlas para siempre, pero los demonios persistían, seguían ahí, se habían grabado en sus párpados como una impresión fotográfica. Abrazó a Lucas. Recordó el tiempo de los antiguos, recordó el miedo que sentían hasta que la Luna y el Sol fueron a socorrerlos con su luz. Y entonces pidió ayuda, muy bajito, con la vocecilla de una mariposa, no fuera que lo escuchasen las sombras.

Señora Tierra, ayúdeme, por favor.

Las ranas comenzaron a cantar, y por fin, se durmió.

Capítulo 34

Un beso llama a la puerta

Primavera de 1937

*E*l sol despertó muy temprano, pero nadie se enteró porque la inmensa mayoría de las ventanas del pueblo amanecieron cubiertas por colchones. Sí, aquel día los vecinos durmieron un poquito más de lo normal.

Martintxo se incorporó sobre la cama y, ¡ay!, sintió que le dolía todo el cuerpo: los muelles y la maraña de hierrecillos puntiagudos que conformaban aquel somier de malos sueños se le habían clavado hasta lo más profundo. Se estiró al estilo de los gatos para intentar arreglar el desaguisado y chocó con la cadera de Lucas, que aún permanecía dormido con el dedo gordo en la boca. Salió de la habitación procurando hacer el menor ruido posible y, al doblar el pasillo, ¡ay!, se encontró con la cara de un demonio a un palmo de su nariz.

¡Jolín, qué haces aquí!, exclamó cuando comprendió que aquel rostro legañoso no era el de un demonio, sino el de Matilde.

Es que no me atrevo a bajar las escaleras, se explicó la pequeña. ¿Me acompañas?

Martín tomó la manita de su hermana con resignación y bajaron a la cocina contando los escalones en alto (uno, dos, tres...), supongo que con la intención de hacerse fuertes ante la posible aparición de un diablo de los de verdad. Es

bien sabido que hablar en alto, aunque solo sea para decir números sin ton ni son, proporciona cierta seguridad en uno mismo. Cuando llegaron al siete, sí, justo al siete, que era el escalón desde donde se divisaba ya la cocina, sorprendieron a sus padres conversando con Paulina, que atendía con la boca abierta. Teresa fue la primera en advertir la presencia de la parejita en la escalera, y lo que estaba diciendo debió atragantársele pues una tos horrible se desató en sus pulmones. Tasio le alcanzó un vaso de agua para ayudarla a digerir aquella palabra que se le había ido por mal sitio, y luego se dirigió a los chicos con un tono de voz grave:

No os quedéis ahí, acercaos y escuchad con atención lo que voy a deciros. A ver, yo ahora he de marchar a hacer unos recados, pasaré la mayor parte del día fuera, así que os pido por favor que hagáis caso a todo lo que diga vuestra madre, ¿de acuerdo?

Sí, padre.

Muy bien. Tenéis que obedecerla porque no sabemos lo que ocurre por los alrededores, pero oís los disparos, ¿verdad?

¡Pum! ¡Pum!

Eso significa que no podéis salir de casa bajo ningún concepto, excepto para ir a la cuadra, y únicamente cuando os lo diga vuestra madre. Necesitamos acumular hierba y baldes de agua en la cuadra porque no podemos sacar las vacas a pastar. ¿Me estáis escuchando?

¡Pum! ¡Pum!

Bien, así me gusta. Cuando salgáis a la calle, no debéis deteneros por nada, pase lo que pase, veáis lo que veáis. Esta madrugada he segado la mitad de la campa, creo que con eso será suficiente, pero no me ha dado tiempo a recoger la hierba. La he dejado en montones, no os entretengáis con el rastrillo, coged los montones con las manos y corred a la cuadra lo más rápido posible. También necesito que reunáis todas las cuerdas que encontréis por ahí. Paulina, tú quédate en casa con Lucas. Ten mucho cuidado, no vaya a escaparse. ¿Alguna pregunta?

No, padre.

Martín, ¿has comprendido todo lo que he dicho?

Pero ¿por qué me dice a mí?

Porque quiero que me prometas que vas a ser bueno.

¡Pum! ¡Pum!

Bien, me alegro de escuchar eso. Andad con mucho cuidado, hasta luego.

Tasio se caló la *txapela* y salió del caserío como una sombra. Martín cogió una banqueta y se subió encima para mirar a través de un pequeño tragaluz que había en una esquina de la cocina, bajo la escalera. Era la única ventana en toda la casa que no se hallaba cegada por colchones: no habían encontrado ninguno de su talla, tan chiquitillo. Matilde también se encaramó a la banqueta y, al pegar la nariz al cristal, vio a su padre alejándose por el sendero, rodeado de margaritas y dientes de león. Hacía una mañana espléndida, y Tasio podía pasar por alguien que se dirige al trabajo con un poco de prisa, tampoco demasiada. En el cruce tomó hacia la plaza y la niña echó el aliento sobre el cristal para camuflar a su padre en una nube: pensó que así nadie lo vería, nadie podría hacerle pupa.

Trabajaron sin descanso, evitando mirar hacia los lados mientras volaban con la hierba de aquí para allá, como jugando al corre corre que te pillo, pero perseguidos por una simple sensación, la de que algo acechaba a su alrededor. De vez en cuando escuchaban disparos, *¡pum!*, pero no podían determinar si se producían cerca o lejos, pues el eco, *¡pum!*, rebotaba contra las laderas de las montañas, *¡pum!*, y hacía imposible localizar su origen. Acabaron con las orejas agotadas de tanta atención como ponían en cada uno de aquellos disparos de procedencia incierta. Teresa, por su parte, se encargó del agua y, después de unos sesenta viajes con los baldes, del manantial al abrevadero y del abrevadero al manantial, decidió que ya habían hecho suficiente y pegó una voz a los pequeños:

¡Niños, niños, a casa, rápido!

Martintxo entonces abrió el portón de la cuadra y asomó una ceja al exterior para estudiar la situación: todo parecía tranquilo, hacía lo menos diez minutos que no se escuchaban disparos, y especuló con la posibilidad de que la guerra hubiera terminado sin avisar (lástima, justo cuando le estaba cogiendo el tranquilo). Hizo un gesto con la cabeza, y Matilde, que esperaba esa señal como agua de mayo, voló hacia el caserío con su muñequita en brazos; no se había separado de ella en toda la mañana. El chaval trancó el

portón, y corría ya escopeteado tras su hermana cuando oyó unas voces y echó el cuerpo a tierra sin pensárselo dos veces. Pero no, por supuesto que no se detuvo, fue reptando con los codos hasta refugiarse en unos arbustos que había en mitad del descampado. Abrió hueco entre las hojas y vio a unas mujeres caminando con picos y palas al hombro. Se tranquilizó: eran las voluntarias, que como todos los días subían al monte a cavar trincheras. Aprovechó que estaba ahí para echar un vistazo, pero fatalidad, desde su escondite no abarcaba demasiado horizonte, ni siquiera ayudándose con los prismáticos, así que no le quedó otra que abandonar los arbustos rodando como una pelota hasta alcanzar un punto que dominaba la mayor parte del pueblo. Sintió un escalofrío: no había un alma por las calles, la ausencia lo envolvía todo, lo convertía en un misterio que no le dio buena espina. El único ruido que se atrevía a desafiar aquel silencio espantoso era el producido por las barquillas de las minas, que crujían en lo alto de los cables agitadas por el viento. Alguien las había detenido: no recordaba haberlas visto así nunca, quietecitas, a merced de aquel suroeste racheado. Por cierto, que al balancearse, de vez en cuando derramaban un poquito de escoria de hierro sobre el barrio, aunque seguro que nadie, excepto el niño, reparó en ese detalle. Entonces escuchó un disparo sin eco, *¡pum!*, el primero de todos los disparos cercanos que llegarían después, *¡pum, pum, pum!* y una bandada de pájaros echó a volar sin rumbo, dibujando figuras que cambiaban de forma a cada momento. La guerra había despertado de la siesta, *¡pum!*, pero nuestro héroe no se amilanó, rodó un poquito más allá para ganar ángulo y vio a un hombrecillo acercándose en una bicicleta. Venía acompañado de una musiquilla alegre que encendió sus oídos:

¡Tirulí, tirulí, tirulirulirulí!

¡Ay va, un afilador!, exclamó por lo bajines.

Ajeno al miedo que lo rodeaba, el hombrecillo tocaba el chiflo, esa especie de flautín de tubos que los de su profesión hacían sonar para anunciar su llegada. Sí, los afiladores eran unos señores muy aseñorados, se presentaban con música, como los reyes. Sin embargo, Martín no los admiraba por eso, sino porque eran unos auténticos aventureros: viajaban de pueblo en

pueblo a golpe de pedal, con la piedra de afilar y cuatro pertenencias cuidadosamente colocadas en la parrilla; el resumen de una vida en el camino.

Un vecino salió corriendo de un edificio e hizo señas al afilador para que se detuviera. Los hombres intercambiaron dos palabras rápidas, *¡pum!*, *¡pum!*, aunque se me hace imposible precisar cuáles pues Martintxo tenía el viento en contra y no logró identificarlas. No obstante, los gestos del afilador le dieron a entender que debía ser sordo, y se esforzó por no perder detalle de la mímica de la conversación. El hombrecillo se volvió hacia el sur y señaló la cumbre de una montaña con una mano, mientras con la otra simulaba disparar repetidas veces, *¡pum, pum, pum!* El vecino negó con la cabeza haciendo ver que no estaba de acuerdo y apuntó con el dedo hacia el norte, en dirección a Bilbao. Luego movió el dedo hasta completar un círculo en torno al lugar donde se encontraban, y finalmente se lo llevó a los labios, como quien pide silencio. Entonces el afilador guardó el chiflo en la chaqueta, estrechó la mano del vecino con fuerza y continuó pedaleando con un poquito más de prisa que antes. Quizá para despedirlo, un obús solitario pintó una línea blanca en el cielo, pero no fue una línea perfecta, ni mucho menos, sino una especie de trazo de acuarela demasiado aguada. En apenas unos segundos los trazos se multiplicaron por doquier hasta componer un cuadro abstracto, muy bonito en opinión de Martintxo.

Zss

Zss

Zss

Zss

Zss

El crío se distrajo intentando distinguir los proyectiles en el aire, pero eran muchísimo más rápidos que su cuello, ¡jolín que si lo eran! Escuchó unos pasos acelerados, bajó la mirada del cielo pintado y vio a un niño corriendo con una mano sobre la ceja, como si alguien le hubiera pegado una pedrada en todo el ojo. Se le iluminó la cara con una sonrisa: ¡era Josemari, El Teórico Josemari!

¡Psssss, Josemari, ven *paquí!*

¿Quién anda ahí?

Bueno, me largo, que tengo mucha prisa.

Tan pronto dijo eso, El Teórico Josemari pegó un bote y se cuadró al más puro estilo militar, con la mano sobre la ceja. Martintxo no entendía qué demonios podía haberle ocurrido para ponerse tan rígido de repente y se rascó la frente porque le picaba la perplejidad.

No te tienes que rascar, Martín, solo tienes que poner la mano recta.

¡Pero qué dices!, ¿qué mano?

Para saludar tienes que poner la mano así, recta.

¿Y para qué voy a hacer eso?

En la guerra se saluda así, ¿no lo sabías o qué?

Sí lo sabía.

No, no lo sabías, a mí no me engañas.

¡Sí que lo sabía, qué te crees!

Zss

Me voy.

Sí, anda, vete, que me tienes frito.

Ya nos veremos.

Oye, Josemari, ¿no vas a bajar la mano nunca?, ¿vas a ir corriendo así?

¡Y qué pasa si voy así!

Teresa se acercó al tragaluz y vio que algo se movía entre la hierba alta. Parecía un algo no demasiado grande; no, perdón, era algo mediano, algo pequeño, algo diminuto, ¡sí, era un algo diminuto, seguro! Se le encogió el corazón cuando descubrió la naturaleza de ese algo: ¡era Martín, que venía arrastrándose por el suelo y se estaba poniendo perdido!

Este crío acaba conmigo, suspiró.

Lo hizo pasar propinándole dos besos en vez de un soplamocos y aguardaron todos juntos la llegada de Tasio para empezar a comer. Pero el padre no se presentó a la hora, y la inquietud, apenas perceptible en un principio, fue creciendo en el rostro de Teresa conforme avanzaba la tarde, hasta que se hizo insoportable y se contagió incluso a *Lagun*, que no paraba de gimotear sin soltar un solo ladrido.

Regresó sobre las cinco y media, lo vieron subir por el camino con un bulto enorme a la espalda, aunque no debía pesar demasiado, pues caminaba la mar de ligero. Abrió la puerta y estaba muy pálido.

Cariño, ¿qué te ha pasado?

Nada, mujer, no me ha pasado nada. Vengo de Bilbao, de hablar con el yerno.

¿Con Leo?

Sí, con Leo. Le he preguntado si podría librar el camión.

¿El camión? ¡Pero si está requisado!

Ya, pero él lo conduce.

¿Y para qué quieres el camión?

Nos vamos de aquí.

¡Pero cómo vamos a hacer eso!

Hay que escapar, Teresa, las noticias del frente son muy malas.

¿Y las vacas? ¿Y nuestras cosas?

No te preocupes, he pensado en todo, luego te cuento. Leo se acercará con el camión mañana por la noche; ha pedido permiso al teniente y parece que este se ha hecho cargo de que tenemos cuatro niños y... Teresa, reza para que todo salga bien.

¿Y adónde vamos a ir?

A Isuma, donde mi hermano. He traído un montón de sacos, hay que cargar todo lo necesario para empezar de nuevo si hace falta.

Pero ¿estás seguro?

No estoy seguro de nada, Teresa, pero Isuma está lejos.

José, el hermano mayor de Tasio, vivía en esa aldea perdida en los confines del País Vasco, a unos sesenta kilómetros de Arrigorriaga. En la guerra un simple número, el de los kilómetros que te separan de la línea del frente, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Esa era la única certeza en la cabeza de Tasio. Tampoco le cabía duda de que los fascistas venían a por ellos, y que eran de ese tipo de gente que no discrimina entre «ellos»: todos, absolutamente todos, niños, viejos, mujeres, hombres armados, desarmados, eran su enemigo. Las matanzas de Durango y Guernica no dejaban lugar a especulaciones, quizá en Isuma tuvieran una oportunidad. Pensaba en

eso mientras metía en un saco los objetos que iba apartando su mujer, intentando calibrar las dificultades que podían encontrar por el camino. La guerra más allá de Arrigorriaga era una incógnita, esperaba haber tomado la decisión correcta.

Teresa se quedó mirando el tocador que le regaló su difunta madre, y una lágrima le corrió por la mejilla. Había que cargar lo mínimo imprescindible, lo sabía, pero ¿acaso los recuerdos no son imprescindibles? Solo veía recuerdos: de su matrimonio, de cada uno de sus nueve hijos, que nacieron ahí, en esa misma cama. ¡Esa casa era ella, toda su vida entre aquellas cuatro paredes! ¿Qué sería de sus recuerdos, qué sería de su familia?

Llamaron a la puerta: eran las vecinas, las hermanas de Juan. Estaban muy nerviosas, se habían enterado de que se marchaban y preguntaron si podían llevarlas con ellos. Tasio pareció buscar una respuesta en el interior del saco, pero en el fondo de su corazón solo existía una respuesta posible, aunque fuera una locura.

Por supuesto que sí, dijo. No sé cómo, pero os haremos hueco.

Las mujeres esbozaron una sonrisa tan grande que no cabía en la cocina y se abrazaron al matrimonio como quien agarra un salvavidas. Luego se fueron corriendo a preparar sus cosas. Lucas continuaba llorando.

Martín miraba al techo: de nuevo la noche, y las sombras. Lucas se había ido a dormir a la habitación de las chicas, lo había dejado a solas con el miedo. Odiaba ese colchón, no dejaba pasar la luz de la luna, ni siquiera sabía si había luna, si era blanca o roja, grande o pequeña, o si Juan vivía en ella. El padre había ajustado el colchón contra la ventana y ahora la oscuridad era absoluta, excepto por la zona del techo, claro, por donde se colaban los demonios. Tenía los puños apretados por la tensión, y trató de pensar en sus amigos: ¿qué estarían haciendo Cosme y Satur en Inglaterra?, ¿se los habrían comido ya? Sintió una respiración, un soplo helado sobre la nuca, y, ¡pum!, se incorporó de golpe en medio de la nada oscura y bajó a todo correr las escaleras sin volver la vista atrás. *Lagun* estaba tirado en el porche con los ojos cerrados y meneó el rabo al sentir aquellos pasos desesperados que se le

acercaban: no necesitaba abrir los ojos para saber de quién era ese miedo, conocía su olor. Martín se abrazó al perro y se quedó dormido bajo la luna llena. Sí, la Luna estaba ahí, en el cielo, acompañada de obuses y de estrellas. Al rato comenzó a picarle todo, pero las pulgas no eran tan malas como los diablos. No, no lo eran.

Desayunaron fuerte, *¡pum!*, y se organizaron en dos grupos: Teresa se quedó en casa para preparar bultos con la ayuda de Lucas, y el resto de la familia se dirigió a la cuadra a continuar con los trabajos del día anterior. Las vacas estaban locas, *¡pum, pum!*, los ruidos del exterior habían acabado por sacarlas de quicio, coceaban a la mínima oportunidad. Dieron muy muy poca leche, cuatro gotitas contadas, y eso que el padre no se cansaba de ponerles hierba en los morros. Se pasó la mañana segando, sin detenerse siquiera a afilar la guadaña. Cuando acabaron en la cuadra, fueron a ayudar a la madre, que para entonces había dispuesto un montón de sacos en el pasillo y había que bajarlos al porche.

Al mediodía se presentó un soldado y anunció que Leo llegaría a las diez en punto. Advirtió que era muy importante que lo tuvieran todo preparado para esa hora pues el Chevrolet debía estar de vuelta antes del amanecer. En Bilbao las cosas se estaban poniendo muy feas.

Las palabras del recluta dispararon la angustia y la familia comenzó a acarrear bártulos a un ritmo delirante, de aquí para allá y de allá para aquí, de arriba abajo y de izquierda a derecha, no tenían ni idea de lo que hacían. Eso sí, cada vez que pasaban por la cocina echaban un vistazo a un despertador que Teresa había colocado sobre el fogón para controlar la hora. En medio de todo aquel trajín estaba Lucas: parecía un niño perdido que intenta captar la atención de los transeúntes. Pero no había tiempo para él, sus lágrimas eran en balde.

Entonces sonó la sirena, *¡tuuuuuuuu!*, *¡tuuuuuuuu!*, *¡tuuuuuuuu!*, y todos se volvieron hacia el padre, que estaba peleándose con un somier por el pasillo. Pero Tasio continuó inalterable, haciendo lo posible por no rayar la pared con el somier, como si la sirena no significara absolutamente nada. Al

ver su actitud, los niños se tranquilizaron y siguieron a lo suyo, a pesar de que el suelo vibraba ya con los pasos del gigante: ¡Poum! ¡Poum! ¡Poum!

Tasio observó a su mujer y a sus hijos con disimulo, y algo tembló en su interior, pero no de miedo sino de emoción. Estaba orgulloso: eran las personas más valientes que conocía. Eran su familia.

Paulina se sentó con Lucas para achucharlo y hacerle unas pocas cosquillas, a ver si paraba de llorar; pero no había manera. Lo intentó con una fábula, eso nunca fallaba.

¿Te cuento una cosa?

No.

¿De verdad que no?

No.

Pues es una cosa muy bonita, ¿te sabes la historia de *Juan sin miedo*?

No.

¿Y no quieres que te la cuente?

No.

¿Seguro?

¡Pooouuum!

¡Ah!, ya sabía yo que me estabas mintiendo.

Pero... ¿ese señor Juan se llamaba así porque no tenía miedo?

Sí, se llamaba así por eso. Pero no era un señor, era un niño.

¿Un niño?

Sí, un niño. ¿Y sabes qué?, como era diferente, los niños del pueblo no querían jugar con él y se sentía muy desgraciado.

Pero ¿por qué le hacían eso?

Porque a veces los niños son malos. Así que el pobre siempre andaba mirando a ver si encontraba el miedo por alguna parte, porque claro, quería ser como los demás, morirse de miedo para que todos lo quisieran.

¿Quería morirse de miedo?

¡Hombre!, morirse morirse, no; tampoco es eso. Quería asustarse, porque veía que los otros se lo pasaban en grande jugando a pegarse sustos entre ellos. Además un día se puso todavía más triste porque su abuelo le dijo que el miedo es bueno.

¿El miedo es bueno?

Sí, le dijo que el miedo te avisa de las cosas que hacen daño, para que no te acerques y no te pase nada.

Pues yo no creo que sea bueno: a mí el miedo me da mucho miedo.

La familia lo tenía todo listo para las nueve y cuarto. Habían apilado una montaña de sacos y todo tipo de trastos en el porche, solo quedaba esperar la llegada del camión. Aprovecharon para comer unos bocadillos que habían preparado las hermanas de Juan, pero se les hacía muy difícil tragar nada, tenían el estómago duro como una piedra. A falta de apetito, Matilde se distraía observando el movimiento de las manecillas del despertador. Al segundero le costaba horrores subir la cuesta que había hasta el número doce, y la manecilla pequeña, la que marcaba las horas, también se hacía la remolona, no quería avanzar hacia el diez; así que el tiempo se estiraba como una goma. En el otro extremo de la cocina, Tasio vigilaba el exterior a través del tragaluz, por donde entraba la poca claridad que le quedaba al día. La ventana grande seguía tapada con un colchón, por si acaso. El padre estaba de puntillas, de otra forma no alcanzaba a controlar el acceso al caserío. Los demás lo observaban intentando deducir lo que veía, atentos a la más mínima variación en sus facciones. De vez en cuando escuchaban explosiones, *¡poum, poum!*, pero Tasio no se inmutaba.

Quieren cortarnos la retirada, dijo sin apartar la mirada del tragaluz. Por eso apuran hasta la noche.

Segundos después de pronunciar esa sentencia, las campanas de la iglesia de Santa Teresita tomaron el relevo a las bombas, *¡tolón!*; comenzaron a sonar con un ritmo sosegado, *¡tolón!*, cadencioso, *¡tolón!*, y Matilde fue contando cada uno de aquellos bellos sonidos en voz baja. Pero la secuencia no se detuvo en el diez, aunque no fueron campanas lo que repicó entonces. *¡Pum!* *¡Pum!* Los disparos fueron secos, más secos que nunca. *¡Pum!* Daba la impresión de que se producían a solo unos metros.

¿Dónde estás, Leo?, ¡me *cagüen* la leche!, espetó Tasio al tragaluz.

¡Pum! ¡Pum! ¿Qué vamos a hacer si no llega?, era la pregunta que flotaba en el espacio incierto de la cocina. En un susurro, alguien rezaba en la oscuridad. Una de las hermanas de Juan, creo que Myriam, salió de la cocina y volvió con una vela encendida para alejar al diablo. Matilde dio cuerda al despertador, acababa de descubrir lo que pasaba: las manecillas se habían parado, no tenían chicha, solo miedo, nunca alcanzarían el diez, esa era la razón por la que Leo no llegaba.

¡Ahí viene el camión!, anunció Tasio con una voz que parecía salida de una caverna. ¡Esperad aquí, no os mováis!

Abrió la puerta y desapareció en la oscuridad. A continuación escucharon el motor del Chevrolet maniobrando marcha atrás, carraspeando como un viejecito hasta enmudecer por completo. Luego la palanca del freno de mano rascó sus oídos, y un nuevo disparo, *¡pum!*, les advirtió de lo vulnerables que serían ahí fuera. Por un momento solo lograron percibir la música propia de una noche cualquiera de primavera: el canto de las cigarras, y después, unas voces que no hablaban lo suficientemente bajo.

Pretendes que carguemos todo eso.

Sí.

Pero vamos a tardar demasiado.

No te preocupes, estarás de vuelta antes del amanecer.

Con tanto peso tendremos que ir muy lentos.

Pues habrá que ir lentos.

Tasio, ¿lo has pensado bien? ¿Y la quinta columna?

Me da igual la quinta columna, necesitamos esas cosas para salir adelante.

Pero disparan a todo lo que se mueve, ir lentos es peligroso.

No nos queda otra, Leo, es lo que hay.

Algunos tendrán que viajar atrás, al descubierto.

Estamos hablando demasiado, nos oyen.

Pero es que...

He dicho que ya está bien, calla. Por cierto, las vecinas también viajan.

¿Las vecinas?

¿Qué?, ¿qué más tienes que decir?

La conversación estaba dejando helados a los de la cocina. Teresa tosía sin parar, parecía que había decidido ahogarse con tal de que nadie pudiera entender aquel diálogo infernal. Cuando cesaron las voces, Tasio regresó y cargaron los trastos en menos de un minuto; un tiempo récord, desde luego, pero es que los nervios multiplicaron sus extremidades por un millón.

Una vez con todo bien amarrado, Teresa fue corriendo a la entrada de la casa, colgó algo en la aldaba, algo que nadie pudo determinar qué era, y besó la puerta con los ojos cerrados. Luego abrazó a su marido dejando escapar un profundo suspiro, y un disparo, *¡pum!*, devolvió a la pareja a la realidad. El padre del mundo se apresuró entonces a ayudar a su mujer y a su hijo pequeño a subir a la cabina del camión, mientras los demás se acomodaban entre los bártulos. Rugió el motor y *Lagun* se puso a ladrar a grito pelado, *¡guau, guau, guau!*, él también quería montar. Tasio lo acarició entre las orejas para calmarlo, y ese gesto, precisamente ese gesto tan nimio, despertó la perplejidad en la carita de Martín.

Y usted, padre, ¿por qué no sube ya?

Yo no viajo con vosotros.

¿Y por qué?

Por las vacas, hijo. No las podemos dejar aquí, son todo lo que tenemos.

¿Y qué va a hacer?

Tranquilo, salgo para allá en cuanto marchéis. Tardaré dos o tres días en llegar.

¿Y por qué va a tardar tanto?

Iré andando.

¿Puedo ir con usted?

No, ahora tú eres el hombre de la casa, tienes que ayudar a tu madre.

Pero...

Martín.

Es que...

Hijo, por favor...

Tasio no necesitó suplicar más porque en ese momento el Chevrolet comenzó a moverse hacia lo desconocido. Lo hizo muy lentamente, entre tumbos y crujidos, como si en verdad no quisiera separar a aquella familia que

lo daba todo por sobrevivir junta. Los pequeños se esforzaban por distinguir el rostro del padre entre la oscuridad y las lágrimas, y él alzó la mano para despedirse y pidió a Leo que pisara el acelerador, por favor, que lo pisara a fondo. Solo un instante después se le heló la sangre:

¡¡¡Alto!!! ¡¡¡Alto ahí!!!

Fue la orden furiosa de una voz repentina. El Chevrolet pegó un frenazo, ¡iiiiiiiiiiiihhh!, y Tasio sintió que caía al vacío mientras corría cuesta abajo dispuesto a matar a puñetazos al dueño de esa maldita voz. *Lagun* lo seguía a todo ladrar, ¡*guau, guau, guau, guau!*

¡Alto, esperen un momento!

¿Quién anda ahí?, ¡me *cagüen* Dios!

¡*Pum!* ¡*Pum!*

¡El cartero, Tasio! El cartero, soy el cartero, tranquilo.

¡Pero a quién se le ocurre, vaya susto nos has dado! ¿Qué pasa?, ¿qué quieres?

Traigo carta, no he podido venir antes, está todo muy revuelto.

Venga, rápido, trae y marcha, no podemos estar aquí parados. ¿Es para mí?

¿La carta? No, creo que es para... Espera, que la acerco a los faros, a ver.

Date prisa, el camión ha de salir ya.

Me doy prisa, pero con estos faros medio tapados no hay manera de leer nada.

¡*Pum!* ¡*Pum!*

A ver... Es para Martín.

¿Para Martín?

Sí, aquí pone Martín Abrisqueta.

¿Estás seguro?

Martintxo no esperó la confirmación, saltó del camión como una rana y recogió la carta a tal velocidad que el cartero se quedó con la mano tendida sin enterarse de que ya no había nada entre sus dedos. ¡Debían ser Cosme y Satur!, habían escrito desde Inglaterra: estaban vivos, ¡todavía no se los habían comido! Acercó el sobre a la luz y comprobó que era una carta gordota, debía estar llena de hojas y secretos, pero no encontró el remite por ningún lado.

Venga, hijo, sube al camión, ya la leerás en otro momento.

El niño se metió la carta en el bolsillo, cogió carrerilla y voló por los aires catapultado por el instante de felicidad. Aterrizó junto a las lágrimas de Matilde y el Chevrolet arrancó y se perdió en la oscuridad del valle, dejando un inmenso vacío tras él. *Lagun* gemía desconsolado.

Perdona que te pregunte, Tasio, pero ¿por qué no vas con ellos?

Alguien tiene que llevar las vacas.

¿Adónde?

A Isuma, donde mi hermano.

¿Y dónde queda eso?

Cerca de Castro.

¿Vas a llevar las vacas hasta Castro? ¿Andando?

Sí.

Estás loco, amigo. Las vacas son comida, en la guerra también se mata por eso.

No te preocupes, encontraré la manera de llegar vivo.

Capítulo 35

El viaje oscuro

Primavera de 1937

*T*odo el mundo había desaparecido sin dejar rastro. Aquel pueblo ya no era el pueblo, estaba vacío, negro, sin vida. Ninguna madre llamaba a su hijo desde la ventana para que subiera a cenar, no se veían puertas abiertas dejando entrar la fresca, ni borrachos cantando a la noche, ni alegría, ni tristeza, ni siquiera perros. Nadie, nada, solamente un gato, que vigiló el paso del Chevrolet con un gesto entre extrañado y enfadado, como si pensara que los humanos ya no pintaban nada en aquel lugar siniestro.

El camión avanzaba lentamente, iluminando apenas, con sus ojos medio ciegos, la carretera que conducía a Bilbao. De vez en cuando se oía un disparo sin eco, *¡pum!*, y Leo respondía con un volantazo involuntario que provocaba que trastos y pasajeros chocaran unos contra otros. Pero aquellas descargas no fueron sino el anticipo de la tormenta de fuego que los sorprendió al entrar a la capital. *¡Pum, pum, pum, pum!*

¡Agachaos!, gritó Teresa desde la cabina. ¡Cubrios con lo que sea, que no os vean, disparan desde arriba!

Los de la parte de atrás cayeron al suelo fulminados y buscaron a toda prisa el abrazo de alguien, de quien fuera que tenían al lado; excepto Myriam,

que gateó entre los bártulos hasta localizar unas mantas que se echaron encima para ocultarse del mal.

No me gusta este sueño, susurró Matilde al calor de las mantas de aquella cama de fuego, *¡pum, pum, pum, pum!* Yo quiero un sueño bonito, un sueño bonito, un sueño bonito.

La niña repetía su deseo con los ojos cerrados, apretados con fuerza para que no se le colara ningún miedo entre las pestañas. Temía tanto continuar soñando como despertar y comprobar que aquello que escuchaba era cierto, *¡pum, pum, pum, pum!* Martín por el contrario necesitaba saber, descubrir lo que ocurría arriba, en el lugar donde su madre había situado el peligro. Asomó la cabecita fuera y sintió que lo agarraban de un pie.

¡No, no, no te vayas!, rogó Matilde. Un sueño bonito, un sueño bonito...

Chsssssst, calla, tonta, que te van a oír desde arriba. Solo voy a echar un vistazo.

Entonces la luna se hizo hueco entre las nubes e iluminó el miedo para que el niño pudiera tomar nota de la situación. Subían por la calle San Francisco, remontaban la cuesta rodeados de miradas invisibles que se te clavaban aunque no sabías por dónde. Un hombre permanecía agazapado en una esquina, junto al Cine Vizcaya. No, no es un hombre, se dijo, es demasiado raro para ser un hombre, es transparente, es un fantasma. Aquel extraño parecía no existir, o al menos no desearlo, era poco más que una sombra que se consumía en humo de cigarrillo. Miraba hacia arriba con inquietud, pero sobre su cabeza solo acechaba el viejo cartel de una película proyectada hacía mucho. Martín reparó en el cartel porque el Chevrolet iba tan despacio, tan insufriblemente despacio, atosigado por la pendiente y el peso de los trastos, que permitía analizar cada detalle del miedo. Advirtió por ejemplo que el título de la película se lo había comido el tiempo, aunque todavía se conservaba buena parte del dibujo original, en el que destacaba Bob Estele, en primer término, asomado a la ventanilla de una diligencia, disparando su revólver con un ojo cerrado. Su porte era el de un *sheriff* que no vacila ante el acoso de los forajidos, que se intuían en una esquina. Pero el chiquillo no detuvo sus ojitos ahí: aunque no era consciente de ello, buscaba desesperadamente cualquier cosa que lo rescatara del pánico, *¡pum, pum, pum, pum!*, necesitaba volar.

Centró la atención en el techo de la diligencia: se veía repleto de sacos amontonados, sacos enormes, sacos cargados de algo misterioso que despertó al fin su imaginación.

Seguro que es oro, murmuró para sus adentros. Van cargados de oro, por eso quieren asaltarlos.

El fantasma continuaba quieto bajo el cartel, parecía querer y no poder cruzar la calle, le temblaban las piernas, y su único ojo, mágico y saltón como el de un sapo tuerto, escudriñaba los recovecos del cielo con nerviosismo. ¿Qué le pasa?, ¿por qué no se atreve a cruzar la calle?

Desenfundó el tiragomas decidido a cubrir la retirada del fantasma, cuando escuchó otra salva, *¡pum, pum, pum, pum!*, si acaso más terrible que las anteriores. ¿Quién dispara?, ¿desde dónde disparan?, debió preguntarse también el fantasma, pues su cuello comenzó a girar de manera frenética, como un tiovivo, hasta que, *¡pum!*, echó a correr y escapó del campo visual del crío dejando un reguero de chispas de cigarrillo tras él. Martín se hundió rápidamente bajo las mantas con la intención de reptar hasta el otro lado de la diligencia (sí, para entonces el Chevrolet se había convertido en una diligencia), quería comprobar si aquel pobre fantasma conseguía salvarse de las balas; pero notó un peso que le impedía moverse.

¡Matilde, suelta, suéltame el pie!

Un sueño bonito, un sueño bonito, un sueño bonito...

Pero ¿qué dices?

Su hermana lo atenazaba con todas sus fuerzas, era un auténtico cepo para osos. Intentó zafarse a base de patadas, pero resultó inútil y al final no le quedó otra que arrastrarse penosamente por el carruaje tirando de ella. Tras alcanzar el lado opuesto, asomó la nariz al exterior y sorprendió no a uno, sino a una decena de fantasmas saltando de acera a acera con sus cabezas de ratón vueltas hacia arriba, *¡pum, pum, pum, pum!* Pero en el cielo no había nada, ningún dueño de disparo alguno, y de nuevo se preguntó a quién temen los fantasmas, a quién. Dirigió el tiragomas hacia lo alto y cerró un ojo para apuntar bien, imitando el gesto circunspecto de Bob Estele. Lástima que Cosme y Satur no estuvieran allí para ver cómo manejaba la situación con su Smith & Wesson. El cañón del revólver recorría las ventanas de los edificios

empujado por el suave movimiento de la diligencia, hasta que, *¡pum!*, se detuvo en un punto: creía haber visto algo. Su muñeca corrigió el desplazamiento del vehículo para mantener el punto centrado en la mirilla, y en efecto, en esa azotea había algo sospechoso: percibía movimientos diminutos, espectros plateados que tan pronto estaban como no estaban.

¡Ay va, si son las lechuzas!, le dijo al revólver por lo bajines.

Era increíble, las lechuzas del techo de su habitación los seguían: habían decidido mudarse con ellos. Aflojó la presión del dedo sobre el gatillo del tiragomas y se sumergió bajo las mantas con una pregunta en la punta de la lengua.

Myriam, ¿tú sabes quién dispara?

Nadie, Martintxo, no te preocupes. Venga, cierra los ojos, como Matilde.

¿Y por qué tengo que cerrarlos?

Para que no te vean.

¡Es que me van a ver igual, igual!

¡Pero cómo!, ¿todavía no sabes que lo que no se ve no existe?

Un sueño bonito, un sueño bonito, un sueño bonito...

¡Mati, cállate! Como te oigan los de arriba te vas a enterar.

Déjala, Martintxo; no pueden oírla.

¿Y por qué?

Te lo he dicho, porque lo que no se ve no existe. Venga, cierra los ojos, rápido.

Vale.

Muy bien, cariño. Ahora procura tranquilizarte.

Pero ¿quién dispara?

Los de la quinta columna.

¿La quinta columna? ¿Y eso qué es?

Pues son personas que apoyan a los rebeldes.

¿Personas? Yo pensaba que serían soldados.

No, son vecinos del bando fascista.

Pero ¿en Bilbao hay vecinos malos o qué?

Bueno, los hay en todas partes. Al ver que se acercan los suyos, salen y disparan.

¿Y por qué nos disparan a nosotros, si no hemos hecho nada?
Porque nos odian, Martintxo. Dicen que somos rojos.
¡Cómo que somos rojos! ¡Pero si somos de color blanco!
Ya, pero ellos no entienden de colores; les parecen todos iguales.
Los rebeldes sí que son rojos; son igualitos que el demonio, ¿a que sí?
Supongo que sí.

¿Y disparan desde el cielo?

¡No, hombre, no!; ¡de tan arriba, no! Disparan desde las azoteas.

¡Pum, pum, pum!

Un sueño bonito, un sueño bonito, un sueño bonito...

¡Ay va!, entonces lo que he visto no eran lechuzas: ¡eran demonios!

¡El demonio no existe, el demonio no existe, el demonio no existe!

Leo agitó el látigo sobre sus cabezas y la diligencia se lanzó al galope para escapar de aquel infierno. Martín abrió un ojo (sí, solo uno, al objeto de reducir las posibilidades de que los descubrieran en un cincuenta por ciento) y se quedó con la boca abierta: de repente la carretera estaba llena de bultos, aparecían en cualquier sitio, a la vuelta de una curva, en mitad de una recta, ¿qué hacían ahí en medio? Los caballos procuraban evitarlos, aunque era difícil, pues volaban al límite, boqueaban espuma, aullaban como lobos mientras los lingotes de oro corrían peligro de caer y perderse en la inmensidad del desierto de la ciudad muerta.

Al salir de la calle San Francisco las balas comenzaron a silbar, *ziiiiiuuu, ziiiiuuu*, decían. En el barrio de Basurto se volvieron locas, atravesaban la oscuridad en cualquier dirección, *ziiiiiuuu, ziiiiuuu*, y por un instante se dejaron de escuchar los sollozos de Lucas desde la cabina. El pequeño debió pensar que los silbidos llamaban al silencio, como hacía el maestro en clase cuando ya no le quedaba voz para que le hicieran caso. Poco después el ojito abierto de Martintxo advirtió una luz a lo lejos. Era una candela chiquitaja, que se balanceaba en la noche e hipnotizaba la mirada con su movimiento pendular. Su embrujo se hizo más y más evidente a medida que se aproximaban, hasta que Leo tiró de las riendas y los caballos protestaron como el motor de un viejo camión que fue a calarse junto a la lucecilla. Una voz grave se impuso entonces al sonido intermitente de los disparos, y el

chaval se ocultó rápidamente bajo las mantas; echó el percutor del revólver hacia atrás y comenzó a sudar. Todos dejaron de respirar.

¿Adónde se dirigen?, preguntó la voz.

Tengo permiso para trasladar a mi familia, respondió Leo.

¡A ver ese permiso!

Escucharon unos pasos cadenciosos que fueron envolviendo la diligencia en zozobra, *clop, clop, clop*, y por fin se detuvieron junto a Matilde. Durante unos segundos eternos no se oyó más que el golpeteo sordo de cinco corazones histéricos bombeando sangre con la boca tapada. *¡Pom, pom! ¡Pom, pom! ¡Pom, pom!* Matilde sintió que algo le rozaba la nariz y la manta se despegó de su cara llevándose consigo la piel. Apretó los ojos con más fuerza, toda la que tenía, pero la luz atravesó sus párpados con una aguja.

¡El diablo no existe, el diablo no existe, el diablo no...!

Hola, guapa.

No existe.

¿Qué dices, pequeña?, ¿quién no existe?

Nadie, señor.

¿Por qué tienes los ojos cerrados?

Es para que los hombres malos no me vean.

¡Ah, qué buena idea! Eres una niña muy lista.

¿Usted es malo?

Pues no sé; eso me decía mi madre cuando era pequeño, que era requetemalo.

¿Sí?, ¿es requetemalo?

No, tranquila, soy bueno. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

Vale.

¿Qué muñeca más bonita tienes!

Es mía.

Ya me imagino, ya, por cómo la abrazas. La quieres mucho, ¿verdad?

Es que ella no sabe cerrar los ojos. Tiene miedo.

Bueno, supongo que no hay problema, se los puedes tapar tú. ¿Adónde vas?

Voy a un sitio donde no hay guerra.

¿Tan lejos?

Sí, señor.

Pues entonces debéis partir inmediatamente, tenéis un largo viaje por delante.

¿Le puedo decir una cosita?

Sí, claro.

Yo también tengo miedo.

Y yo, pequeña, y yo. Pero te prometo que no os pasará nada.

¿Y cómo lo sabe?

Porque soy un soldado y sé mucho de eso.

El soldado que sabía mucho de eso echó un último vistazo a la niña, a sus rizos dorados, a sus ojos sellados que nunca supo que eran azules, a la muñeca sin brazos ni piernas que abrazaba con desesperación, al niño que le guiñaba un ojo mientras sostenía un tirachinas que temblaba, a los rostros hundidos al fondo de las mantas, y cuando terminó de pasar revista a todo aquel pánico, movió el candil de arriba abajo y se hizo a un lado. La diligencia entonces carraspeó y comenzó a moverse como un pesado elefante de circo, meneando las caderas con parsimonia, hasta que cogió breada y se aventuró de nuevo en el infierno.

Las balas arreciaron enseguida, *¡pum, pum, pum, pum!*, pero ya no podían escapar al galope porque cada vez había más bultos tirados en medio de la carretera. En una de esas los frenos de los caballos chillaron, *¡iiiiiihhh!*, y Martín asomó medio cuerpo fuera del carruaje para enterarse de lo que ocurría. Confirmó sus sospechas: Leo maniobraba para rodear varios bultos que prácticamente les cortaban el paso.

¡Ay va, una bicicleta!, exclamó asombrado al identificar una, la más bonita de todas.

No entendía cómo demonios podía haber llegado hasta allí un objeto tan valioso, e imaginó lo que ocurriría caso de que un camión pasara accidentalmente por el lugar: *crischcroch*, ¡la haría trizas! Seis o siete metros más adelante, advirtió un pequeño destello que le hizo olvidar esa reflexión. Desde luego que no era un destello tan hipnótico como la candela anterior, pero sí lo suficientemente brillante como para cautivar su atención. Fue

tomando forma a medida que se acercaban a él, y de pronto se convirtió en un flautín metálico. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Aún había un bulto más, ligeramente apartado del asfalto, en el borde de la cuneta, y los caballos relincharon al oler el mal presagio. Era un bulto grande, negro, tenía cara, los ojos abiertos, y no se movía...

Era el afilador. El objeto brillante, su chiflo. Y la bicicleta, su vida.

Nunca la había visto, pero sabía que aquella mirada vacía era la muerte. Gateó bajo la manta y se tapó los oídos: no quería escuchar la musiquilla del chiflo, no podía quitarse su mirada de la cabeza. Se hundió más y más en las profundidades del duro colchón de madera del camión.

¿Qué hago en un camión? ¿Dónde está mi elefante?

Las balas que silbaban tomaron el relevo al chiflo en su interpretación, *ziiuuuu, ziiuuuu*. Ahora la carretera discurría en medio de una encrucijada, entre las vías del tren y la ría de Bilbao. Un convoy de refugiados avanzaba paralelo al Chevrolet, a ritmo de caracol, como si el maquinista tratara de retarles a una extraña carrera en la que ganaba quien fuera más despacio. El convoy era una masa informe de cuerpos agarrados a la huida con uñas y dientes, y los silbidos los acribillaban a balazos, querían matarlos. El diablo disparaba desde la otra orilla, el Chevrolet se hallaba en la línea de fuego, atrapado contra un paredón de vagones y miedo. Leo sudaba en la cabina, chorreaba, pensaba que morirían y no podía hacer nada, imposible desviarse ni acelerar, ni parar ni agacharse, solamente cabía concentrarse en el volante y esperar la llegada de una curva que los alejara de la muerte. Pero la carretera era cabezota, recta como un rico en misa, y el convoy, una serpiente venenosa que no acababa nunca. El sudor se le metía en los ojos, escocía, *ziiuuuu, ziiuuuu*.

¿Dónde está esa curva? No veo. No la voy a ver.

Teresa abrazaba a Lucas, intentando ocultar la realidad en la burbuja de su amor. El pequeño se encogía en espasmos silenciosos: le golpeaban los riñones, el hígado, y otra vez los riñones, no lograba respirar. Solo el diablo puede pegar a un niño con los puños de un boxeador.

Quiero con *ama*, decía.

Hijo, estoy aquí, contigo, respondía su madre.

Quiero con *ama*, insistía el niño.

Al fin, la carretera dobló a la derecha y, *ziiuuuu, ziiuuuu*, el tren se alejó llevándose consigo las balas que silban. Entonces, justo entonces, ocurrió algo fantástico: los caballos relincharon con voz de duende y la diligencia levantó el vuelo de manera imperceptible. Despegó del suelo como lo hace un globo de cumpleaños, suavemente, empujado por el aliento de un crío que apaga sus velas y al que han prometido que mañana será feliz. La diligencia cruzó el cielo, claro que sí, y ocultó la luz de la luna con el humo del tubo de escape, para que el diablo no los pudiera ver. Era tal y como os lo cuento, Martín lo sabía, no le hacía falta retirar la manta para comprobar que flotaban en el aire. Tampoco abrir los ojos, ya no los abriría nunca, no quería mirar, solo soñar, disfrutar de esa alfombra de estrellas que iluminaba el camino hacia el lugar sin guerra, y olvidar la mirada vacía del chiflo.

Teresa observaba a Lucas con preocupación. El pequeño había caído rendido, pero no dormía con cara de angelito, lo hacía con gesto de dolor, pues la angustia, a pesar de la maravillosa sensación de hallarse arrullados entre nubes de algodón, los acompañó largo rato, hasta muy muy arriba, por encima del cielo y de las azoteas, desde donde los espectros disparan sus balas perdidas. Nadie había llegado tan alto, ni siquiera un sueño bonito, y sin embargo la carretera continuó subiendo, subiendo, subiendo. Llegaron a la cumbre de la atmósfera, y ahí, en ese lugar donde el aire es poco denso y la perspectiva infinita, la diligencia alcanzó a respirar la paz que tanto ansiaba. Tal vez por la emoción de saberse a salvo, Martín recordó algo. Rebuscó en la chaqueta, y *jbuf!*, menos mal, ahí estaba: la carta.

Myriam, ¿tienes una vela?

¿Y para qué quieres una vela, hijo?

Es para leer la carta de mis amigos.

¿No crees que es un poco peligroso encender fuego aquí?

Pero es que si no, no puedo leerla.

Seré tonta: con lo que acabamos de pasar y te digo que una vela es peligrosa...

Entonces, ¿puedo?

Sí, espera, a ver si encuentro las cerillas.

Martintxo hizo hueco entre cuatro trastos y sujetó las mantas por encima, creando una especie de casa de enanitos. A Matilde le gustó mucho la casita y ni se dio cuenta de que había abierto los ojos. Luego su hermanito encendió una vela y abrió el sobre atropelladamente. Le temblaban las manos, la lumbre titilaba y las letras iban y venían. Se esforzó mucho por recomponer las primeras palabras, pero una vez lo logró, sintió que su alma viajaba a la Luna, o quizá más lejos, hasta el más allá. Los demás lo observaban mientras leía, y el rostro sin censura del niño les contó algo acerca de un sentimiento muchísimo más intenso que la alegría o la tristeza, un sentimiento que se derritió en lágrimas que no sabían si reír o llorar. Cuando terminó la lectura, le tendió la carta a Myriam y una de aquellas lágrimas tan especiales cayó desde su barbilla y apagó la vela.

A Myriam le pareció precioso que Martintxo quisiera compartir con ella la carta de sus amigos y extendió la mano a la oscuridad para recoger aquellos papeles mojados. La lumbre volvió a la vela y la mujer comenzó a leer en alto. Pero a la sexta o séptima palabra, puede que a la octava, supo que no eran dos niños quienes hablaban por su boca, sino alguien mucho más próximo, y más lejano.

Hola, Martintxo, ¿sabes que me has hecho reír? Es increíble, porque las cosas se están poniendo tan mal aquí en el frente que ya no pensaba que fuera capaz de hacerlo. Pero mira por dónde, con tus ocurrencias todo es posible...

Aquella carta la había escrito Juan: su hermano muerto.

Un búho buscaba ratones desde el cielo. De momento no había suerte, pero bueno, había que confiar porque tenía un apetito que para qué. Al salir de una nube escuchó algo sospechoso, se volvió y por poco se le caen las plumas de la impresión: ¡un objeto raro no identificado volaba a su derecha!

¡Por Dios!, ¿qué es eso?, protestó.

Al fijarse mejor descubrió que no era un objeto raro, sino una manta invisible iluminada por una vela en la que viajaban tres niños, dos mujeres y una carta. Se tranquilizó y, como era un poco cotilla, se quedó un ratito por ahí como quien no quiere la cosa, disimulando, que si esto que si lo otro, por si se

enteraba de lo que se decía bajo la manta. Pero aquella voz debía estar enferma, pues enmudecía a cada momento, le costaba horrores completar las frases, diríase que en vez de palabras pronunciara lamentos que no terminaban de decirse nunca. El búho no tenía toda la noche para enterarse de un chisme, así que, sintiéndolo mucho, se internó en una nube de algodón y desapareció sin despedirse.

La diligencia sobrevolaba ahora una montaña que caía directa hasta el mar. La carretera jugaba a esquivar los acantilados, y al fondo, en ese lugar remoto donde se pierde el océano y comienza el fin del mundo, un barco lanzaba fuegos artificiales hacia el sureste, hacia la ciudad muerta. ¡Zssssssss! ¡Zssssssss! Al cabo, Leo advirtió que los caballos estaban cansados y decidió tomar tierra antes de que los pobres se quedaran sin gasoil. Aterrizaron de mala manera, dando unos tumbos terribles, pero es que la carretera se encontraba en unas condiciones lamentables, llena de baches y de charcos. Enseguida se fue haciendo más y más estrecha, perdió el asfalto en un descuido, y de pronto, después de una loma, acabó sin avisar. Martintxo desconocía que las carreteras pudieran terminar en algún sitio, pero esa lo hizo junto a un caserío que los miró de reojo, desconfiado. La diligencia se detuvo junto al porche, y *cri, cri, cri*, se escucharon grillos cantando una canción muy entretenida que parecía no tener fin. Pero no habrían pasado ni cinco segundos, cuando *¡guau, guau, guau!*, un perro se arrancó a ladrar y mandó a los grillos a paseo.

Entonces Teresa abrió la puerta de la calabaza y se apeó como una princesa agotada después de un baile maldito. Estaba guapa a pesar de todo; Martín lo sabía, aunque no podía ver su cara. Una madre siempre está guapa, siempre.

¿Hay alguien en casa?, preguntó Teresa a la noche.

Unos dientes enormes salieron de la oscuridad y *¡guau, grrrrrrr, guau!*, se abrieron y cerraron como cepos de oso.

Teresa regresó a la calabaza a toda prisa, cerró la puerta y siguió llamando a la noche desde allí.

¡Hola! ¿Hay alguien? ¿Hay alguien en casa?

¡Guau, grrrrrrr, guau!

¡Por favor! ¿Hay alguien?

¡Guau, grrrrrrr, guau!

¿Quién va?

Se puso tan nerviosa al escuchar la respuesta que empezó a toser y a toser. Se ahogaba, tenía algo importante que decir, y justo ahora, de nuevo esa tos. Intentó tranquilizarse para abrir hueco a las palabras en sus pulmones, pero solo le cupieron tres, y a duras penas.

¡Teresa!... ¡Mujer!... ¡Tasio!

¡Guau, grrrrrrr, guau!

¿Teresa?

Sí, Teresa, soy Teresa.

¡Guau, grrrrrrr, guau!

¿Y cómo?, ¿cómo por aquí?... Espera, que ato al perro.

Martín ya no aguantaba más y saltó desde lo alto de la calabaza sin aguardar a nadie. Oyó que alguien gritaba a su espalda, ¡el perro, el perro, cuidado con el perro!, ¡vuelve, que te va a morder! Pero él no podía hacer otra cosa que obedecer a sus lágrimas: le pedían que corriera, que no se detuviera hasta cumplir el deseo que había hallado escrito en la carta de Juan, un deseo bonito y secreto que necesitaba satisfacer cuanto antes. Los dientes lo perseguían, eran una jauría blanca en la espesura negra, *¡guau, grrrrrrr, guau!*, pero él no miraba atrás, volaba con fe ciega en sus lágrimas. Los dientes babeaban, se relamían imaginando el sabor del pantalón que estaban a punto de saborear, y cuando ya lo tenían a su alcance, en ese preciso instante, el niño frenó en seco junto a un roble.

¿Por qué?, ¿por qué se para justo ahora?, se preguntaron los dientes con cara de perplejidad. ¿Se puede morder a una presa que no huye? ¿Está bien eso? ¡Venga, chaval, sigue corriendo!

Volvieron a escucharse grillos, *cri, cri, cri*, y después un silencio atónito, cuando Martín, ante la sorpresa de los grillos y de los dientes, de cualquiera que hubiera tenido oportunidad de verlo en ese momento, extendió los brazos hacia delante, dio tres pasos y se abrazó al roble, al deseo, con todo su corazón. Permaneció ahí pegado un tiempo inmenso, sintiendo en su cara la corteza rugosa del roble que lo acogía en su seno de madera y hojas.

Los dientes se fueron cerrando poco a poco, sacaron la lengua para tomar aire y echaron una meadilla al roble.

¡Habrased visto el retaco este!, farfullaron con cara de malas pulgas. ¡No te fastidia que se ha creído que el árbol es suyo!

Capítulo 36

Las vacas que tenían mucho sueño

Primavera de 1937

*T*asio, te deseo mucha suerte, dijo el cartero. La vas a necesitar.

Gracias, amigo, respondió el padre del mundo. Pero no olvides que tú tampoco estás a salvo, ahora se acerca lo peor.

Los dos hombres se estrecharon la mano con fuerza y el cartero echó a andar y se perdió en la noche. Tasio entró en casa y se puso a rebuscar en los cajones de la cocina, hasta que encontró la pluma y escribió algo en un trozo de cartón. A continuación salió a la calle, clavó el cartón en la puerta del caserío y, una vez terminó con el martillo, se alejó dos pasos para ver cómo le había quedado el trabajo. Entonces advirtió que había un objeto extraño colgado de la aldaba. Alargó el brazo con la intención de palparlo y, ¡ay!, sintió un pinchazo en el dedo índice. Rápidamente encendió un fósforo y dio lumbre al pitillo que sostenía en los labios desde hacía horas; echó una bocanada de humo al cielo y acercó la cerilla a la aldaba para averiguar qué demonios era aquello que pinchaba.

¿Una flor de cardo?, se extrañó. ¿Quién la habrá puesto aquí?

Estaba convencido de que había sido su mujer, quién si no, pero no entendía cómo se le podía haber ocurrido decorar la entrada en un momento así. De todas formas es curioso, porque ahora que lo piensa, recuerda que

cuando era chico en casa de sus padres nunca faltaba una *eguzkilo* como esa junto a la aldaba. En vascuence, a la flor del cardo se la denomina *eguzkilo*, que se traduce literalmente como «flor del sol», sin duda porque es de color amarillo y sus pétalos semejan rayos de luz. Tasio se acuerda sobre todo del día en que su madre lo sorprendió acercando la nariz a aquel sol pequeñito. Estaba subido en una banqueta, quería saber a qué huelen los astros, pero la mujer le indicó que no se arrimara demasiado, pues aquella flor tan intrigante le podía quemar.

Su madre llevaba razón: acababa de comprobarlo, aún le dolía el dedo índice. Acercó la cerilla al trozo de cartón y leyó en alto el mensaje que había escrito:

Aquí vive una familia.
Por favor, respeten nuestra casa.
Gracias.

Cerró de un portazo y giró la llave hasta que la cerradura se negó a dar más vueltas. Luego tanteó entre la hiedra que cubría la fachada y acertó con el hueco que buscaba: depositó la llave en su interior y selló el escondrijo con una piedra. Nadie la encontraría ahí, solo los de la familia, que conocían el lugar secreto. Apuró el cigarrillo con una larga calada y lo mató con el pie camino de la cuadra. Prendió la luz y las vacas despertaron malhumoradas, *muuuu, muuuu*, no eran horas. Protestaron aún más cuando les colocó unas cuerdas alrededor del cuello; había decidido llevarlas amarradas para evitar que los disparos provocaran una estampida. Se armó con una vara de avellano, acomodó el zurrón sobre los riñones y echó un último vistazo a la cuadra, a los aperos, a todo lo que dejaba atrás. Su mirada se detuvo en el hacha: su filo brillante parecía decirle algo.

¡Para qué!, respondió al hacha, apartando la idea de la cabeza. No tendría nada que hacer, ni contigo ni sin ti. He aprendido muchas cosas en la vida, pero nunca he necesitado defenderme de nadie. No sé, no sabría, no quiero hacerlo.

Se volvió hacia *Lagun*, que lo observaba con la cabecita inclinada hacia un lado, como preguntándose qué se traía entre manos, y le espetó cuatro

palabras que dejaron al pobre chucho temblando como un cuis.

¿Y qué hago contigo?

Al perro le faltó tiempo para hacerse el tonto sacando la lengua y meneando el rabo, pero dado que el gesto serio de su amo no se aliviaba ni agachando las orejas, utilizó su último cartucho, el más demoledor de cuantos disponía para dar pena: levantó una patita al aire, haciendo como si se la hubieran pedido.

Ya, ahora pones cara de bueno, pero luego, siempre que necesito que me ayudes con el ganado, te escabulles como un marqués. ¡Hala, tira para adelante, gandul, que tenemos prisa!

Entonces la noche sonrió, y el hombre, el perro y el tesoro de la familia Abrisqueta, sus doce vacas, se pusieron en marcha hacia la aventura negra. Echaron a andar con los cuellos hundidos por la incertidumbre, y al poco divisaron una procesión de lucecitas que avanzaba como un río en mitad de la nada. Tasio desvió el ganado por un sendero para evitar a aquella enigmática procesión y, cuando el camino se ocultó tras unos matorrales, aprovechó para observar sin ser visto. Eran gente del pueblo, mucha gente; sus rostros reflejaban la luz de las velas con las que trataban de abrirse paso en la oscuridad. Unos iban cargados con sacos, otros empujaban carretas, pero todas las lucecitas desaparecían más adelante, tragadas por la boca de un enorme agujero: la mina Malaespera. No se escuchaba una palabra, ni un solo ruido, aquella muchedumbre parecía no tener pies, hasta sus pasos guardaban silencio. Tasio reconoció un rostro entre la multitud y pegó una voz a la noche:

¡Luisa! ¡Luisa!

¿Quién me llama?

¡Hija, soy yo!

¿Padre?

Sí, aquí, aquí.

¿Dónde?

Arriba, a tu izquierda, en los matorrales. Apaga la vela y acércate.

Pero, padre, sin luz no voy a ver nada.

Tranquila, yo te guío. Apágala y tira por detrás de esa roca, con cuidado.

¿Por aquí?

Sí. Ahora agárrate a la rama que tienes a tu derecha para ayudarte a subir.
¡Ah!, ya le veo.

Ven que te abrace, hija. Pero ¿dónde te habías metido?, ¡llevo días buscándote!

He estado en casa de mi suegra.

¿Y adónde vas?

A la mina. Hemos quedado en reunirnos allí.

¿Quiénes?, ¿tus hermanas?, ¿en Malaespera?

¿No lo sabe? ¡Pero si me dijeron que hablaron con usted!

Sí, pero es que no me entra en la cabeza lo que vais a hacer.

Solo vamos a seguir el consejo de mi marido. Dice que lo más prudente es esconderse y aguardar a que pase el frente.

Tu marido no tiene ni idea, hija: es un crío, como tú.

Pues su capitán también cree que es lo mejor.

¿Lo mejor? ¿Esconderse en un agujero para que os maten como a perros?

No exagere, padre.

No exagero, esa mina es una ratonera.

Bueno, saldremos pronto. Dicen que en cuanto pasa el frente ya no hay peligro.

Eso no es cierto, hija, ahí no acaba la guerra. Después empiezan a ocurrir cosas.

¿Qué cosas?

Nada, olvídalo. Ve a avisar a tus hermanas: te vienes conmigo.

¿A Isuma, con usted?

Sí, con tu madre y los pequeños.

Lo siento, voy a hacer caso a mi marido.

Pero hija, ¿no lo entiendes?, ¡no puedo dejarte aquí, eres una niña!

He crecido, padre, estoy casada.

¿Y qué? Tú puedes venir, no tienes hijos, lo tienes más fácil que tus hermanas.

No se preocupe por mí, todo el pueblo va a esconderse en la mina.

Porque ellos no tienen adónde huir. ¡Tú sí!

Está decidido, déjelo. ¿Qué hace por aquí con las vacas?

Las llevo a Isuma.

¿Andando? ¡Pero cómo se le ocurre!...

Pues porque no queda otra, hija.

¡Cómo que no queda otra! ¡Suelte las vacas!

Ni pensarlo.

¡Por el amor de Dios, olvídense de las vacas, saldremos adelante sin ellas!

Ven, hija, dame otro abrazo y marcha; no podemos quedarnos aquí.

Pero...

Calla, hija, calla.

Tasio sintió que se le desgarraba una tela en el interior del pecho cuando su niña se desprendió de sus brazos y tomó el camino hacia aquella ratonera llamada Malaespera. *Lagun* corría de extremo a extremo de la tela intentando impedir que se rasgara, que se rompiera el corazón de su amo, pero fue inútil y el estallido de la víscera sonó igual que un trueno en una noche de miedo, ¡¡¡pum!!! Luisa se detuvo para dar un último achuchón al perro y le habló al oído, en voz muy baja, como se le habla a un hermano pequeño que está triste porque te vas.

Ven, cariño. ¿Me prometes que vas a cuidar del padre?

El chucho lo prometió con el rabo y las orejas, y hasta le ofreció la pata para sellar el compromiso. Luego apoyó su palabra con un lametón muy mojado y dijo tres veces *guau*.

Muy bien, Languntxu, muy bien. Ahora ve y no te separes de él nunca, por ningún motivo, pase lo que pase, aunque oigas muchos truenos.

Las palabras de Luisa resultaron proféticas, pues nada más internarse en las callejuelas de la capital, se desató una tormenta de las que revientan los tímpanos, *¡pum, pum, pum, pum!* Prácticamente al instante sucedió algo muy raro: surgieron chispas del suelo, *¡pum!*, por aquí y por allá, *¡pum!*, de manera caprichosa, impredecible, *¡pum!* El chucho no entendía lo que ocurría a su alrededor, era como si encendieran fósforos en el pavimento, pero no se veía a nadie hacerlo, así que comenzó a saltar con el rabo entre las piernas, *¡pum!*, a moverse en círculos, *¡pum!*, no podía quedarse quieto, tampoco huir, imposible abandonar a su amo, había prometido que nunca lo dejaría solo. Las vacas entretanto mugían con cada relámpago, *¡pum!*, embestían, cocebaban, y de

tanto tirar de las cuerdas, acabaron por enredarlas en las piernas de Tasio y lo catapultaron contra el suelo, *¡pum!* De inmediato sintió que sus manos ardían, las cuerdas se escurrían a toda velocidad entre sus dedos, vio el humo que despedían sus callos al consumirse, apreció el aroma de su propia carne quemada y se aferró al fuego para detener la estampida. Entonces los adoquines de la calle echaron a correr por su espalda, le machacaban los hombros, las costillas, la cadera, algo le golpeó la cabeza, *¡pum!*, pero ni aun así soltó los cabos. El perro corría a la par de su amo, gimoteando la desgracia de no contar con manos con las que poder socorrerlo. Olía su sangre, trató de lamer sus heridas, mitigar su dolor mientras escuchaba silbidos que parecían llamarlo para que acudiera a algún sitio, *ziiiiuuu, ziiiiuuu*. Cien, doscientos, mil metros después, Tasio logró incorporarse y tiró de las cuerdas con toda su alma.

Tenemos que salir de aquí, resolvió entre dientes cuando el empuje del ganado remitió al fin. Cálmate y piensa, Tasio, piensa, piensa, piensa. No podemos cruzar la ciudad, no saldríamos vivos, ¿qué hacemos?

¡Pum, pum, pum!

¡La montaña! ¡La montaña es la única salida!

Ahora trepaban por un mundo ciego, entre árboles de brazos gigantescos que se les echaban encima de sopetón. El padre del mundo tropezaba a cada paso, a veces caía de bruces y sentía el impulso de permanecer pegado a la hierba, avanzar a cuatro patas, como el perro, como el ganado. Poco a poco los disparos se habían ido despistando a su espalda, y sin embargo las vacas no terminaban de recuperar la tranquilidad: se plantaban constantemente, su naturaleza les pedía a gritos parar, formar un círculo, protegerse de aquel peligro invisible que las acechaba. De día, las vacas perciben el más ligero movimiento en un ángulo de trescientos grados a su alrededor, pero sus ojos se adaptan mal a la oscuridad, odian aventurarse en la noche. ¿Por qué caminamos de noche?, debían preguntarse. Nunca hemos hecho algo así, ¿adónde nos lleva? Pero las respuestas de Tasio eran inaudibles, hablaba para sus adentros mientras arrastraba el ganado cuesta arriba.

No podemos detenernos ahora, hemos de continuar, se decía. ¿Hacia dónde? No lo sé. Supongo que hacia el noroeste. ¿Y dónde está el noroeste?

hombre cayó dormido en medio de un pensamiento que le pareció importante pero olvidó para siempre.

Nadaba en un manantial de color esmeralda bañado por una cascada, y miles de burbujitas le corrían por los pies. Una lengua muy larga le lamía los labios, la nariz, la *txapela*. Despertó.

Quita de aquí, asqueroso. ¿Dónde te habías metido?

Abrió los ojos y el dolor se desperezó en su cabeza, en su espalda, en sus manos. Veía borroso, pero aun así distinguió algo junto al perro. ¡Alguien estaba abrazado al cuello de *Lagun*! Pestañeó para aclararse las pupilas. Era un niño pequeño. Movía los labios, le estaba hablando.

¿Cómo te llamas?, oyó que le preguntaba.

Fue a responder, pero entonces escuchó una respiración a su espalda, se volvió asustado y topó con la mirada de dos crías y una mujer que lo observaban con tristeza. La mujer también movía los labios.

Por favor, señor, ¿podría darnos un poco de leche? Mis hijos tienen hambre.

Capítulo 37

El árbol de Juan

Primavera de 1937

*H*ola, Martintxo:

¿Sabes que me has hecho reír? Es increíble, porque las cosas se están poniendo tan mal aquí en el frente que ya no pensaba que fuera capaz de hacerlo. Pero mira por dónde, con tus ocurrencias todo es posible.

Gracias por los dibujos que me habéis enviado, son preciosos, los llevo siempre encima para que me den suerte. Me acuerdo muchísimo de todos vosotros, pero si te soy sincero, me da miedo volver a veros, porque eso significaría que estamos combatiendo cerca de casa. Además veo un poco difícil que me den permiso para ir contigo al frontón por las tardes; tengo unos jefes muy estirados y dudo que les hiciera gracia que me pusiera a jugar a pelota entre combate y combate. Hablando de jefes, no le guardes rencor a tu padre porque no te explique las cosas: los mayores somos así, nos cuesta atender a las preguntas de los niños, pero no lo hacemos aposta, solo es porque somos un poquito tontos. Tu padre pasa tanto tiempo luchando para que no os falte de nada que es normal que a veces se confunda y olvide que lo único que necesitáis es que os haga caso. No es culpa de él, les ocurre a todos los padres, te lo aseguro. Pero tú no te preocupes: cuando no sepas algo, pregúntame a mí, que yo te responderé con mucho gusto.

Recuerdo que querías que te contara cosas acerca del árbol de Guernica, decías que no entendías la razón por la cual se le considera tan importante. Pues se debe a que se trata de un símbolo; pero claro, ahora te preguntarás qué es un símbolo, ¿verdad? Bueno, voy a procurar aclararte el tema, aunque no te prometo nada, pues es complicado y yo soy malísimo explicándome. Imagínate un trozo de tela negra, ¿vale? Si en ese trozo de tela dibujas una calavera y dos huesos cruzados, continúa siendo un trozo de tela, ¿no?, pero resulta que ya es algo más: se ha convertido en la bandera de los piratas. Te pongo este ejemplo porque sé que de mayor quieres ser pirata. Las banderas son telas pintadas, pero además representan cosas, como a los piratas, aunque también pueden representar ideas y hasta países enteros. Son símbolos. A mí

particularmente las banderas no me gustan nada, me parece que a los mayores nos engañan con cualquier trapo de colorines (ya te he dicho que somos un poquito tontos), pero reconozco que al menos la tuya, la de los piratas, no engaña a nadie, y cuando la ves, sabes que el famoso pirata Martintxo te va a dejar con lo puesto en medio del mar.

El árbol de Guernica es un símbolo, representa la libertad de los vascos, por eso es mágico para nosotros. Nuestros antepasados se reunían en torno a un roble para decidir sus asuntos entre todos. Aquellas reuniones eran la base de la sociedad, eran tan importantes que previamente encendían hogueras y hacían sonar cuernos en las cumbres de las montañas para que todo el mundo se enterara de que había que acudir al árbol. El roble es un símbolo: aparte de ser una cosa con tronco, ramas y hojas, significa que todas las personas tienen derecho a tomar decisiones, y que la forma de llevar a cabo ese derecho es participando junto a los demás. Sospecho que ese es el verdadero motivo por el que los fascistas han querido destruir el árbol: pretenden que la gente olvide que una vez, en tiempos remotos, existió una forma de vida justa y sabia. Pero intentando matar al roble han hecho algo muchísimo peor: han asesinado a cientos de personas. Ningún símbolo merece que nadie pierda la vida por él, aunque sea tan bonito como un árbol. Hay muchos árboles en el mundo donde quedar para reunirse. Espero que me haya explicado bien, ya te digo que soy muy mal explicador.

En las trincheras pasamos el rato discutiendo, nos gusta discutir porque así imaginamos que nuestras palabras son importantes y decisivas, como las palabras que pronunciaban los antiguos en torno al roble. No es verdad: solo somos soldados, carne de cañón que no tiene boca que escuchar. Pero es curioso, porque conversando entre nosotros hemos descubierto que cada cual lucha por una razón diferente, y ni siquiera nos ponemos de acuerdo acerca de los colores que componen nuestra bandera. Para unos, es roja, amarilla y morada, como la de la República. Para otros, es roja, verde y blanca, como la de Euzkadi. Los hay que prefieren una tercera que es entera de color rojo, e incluso sé de algunos que han elegido otra que es roja y negra a partes iguales.

Hasta hace poco yo pensaba que en el mundo solo existían dos países, o dos bandos, que me da que es lo mismo: el país de los que mandan, y el de los que obedecen. O en otras palabras: el país de los de arriba y el de los de abajo. Me parecía que todo lo demás eran tonterías de mayores. Para mí solo existían dos banderas, daba igual con qué colores las vistieran, pero ahora ya no sé qué pensar, pues me he dado cuenta de que en el país de los de abajo, que es el nuestro, hay gente que siempre procura sentarse un poquito más arriba alrededor del árbol; es decir, que les gusta mandar y no están dispuestos a ser uno más. Así, unos quedan por debajo de los de arriba de los de abajo; vamos, que se encuentran abajo del todo. Tranquilo, Martintxo, que esto que acabo de escribir no lo entiendo ni yo. Lo que pretendo decir es que mi sitio es ese: abajo del todo, sin patria ni colorines a los que obedecer. Aunque no lo creas, me hace muchísima ilusión estar ahí, porque ese es el lugar que ocupan los piratas en torno al árbol. Sí, ya ves, al final yo también quiero ser pirata.

Un día me hiciste pensar mucho, ¿sabes?, me preguntaste a ver cuántos fascistas había matado. Tu pregunta me movió por dentro, recordé el día en que estalló la guerra, la ilusión con que me alisté: estaba ansioso por luchar contra el fascismo, por defender mi pueblo, la libertad, la clase trabajadora, convencido de que no había otra solución que tomar las armas. Esa fue la razón por la que, años atrás, participé en la Revolución de Octubre. Luego, al llegar al frente, comencé a disparar y me convertí en un estúpido cuyo único pensamiento era obedecer, avanzar y retroceder sin preguntas. Al cabo de unos meses, sin embargo, cuando abandoné mi escopeta y empuñé por primera vez un mosquetón, tomé conciencia de lo que es un arma de verdad y sentí la muerte entre

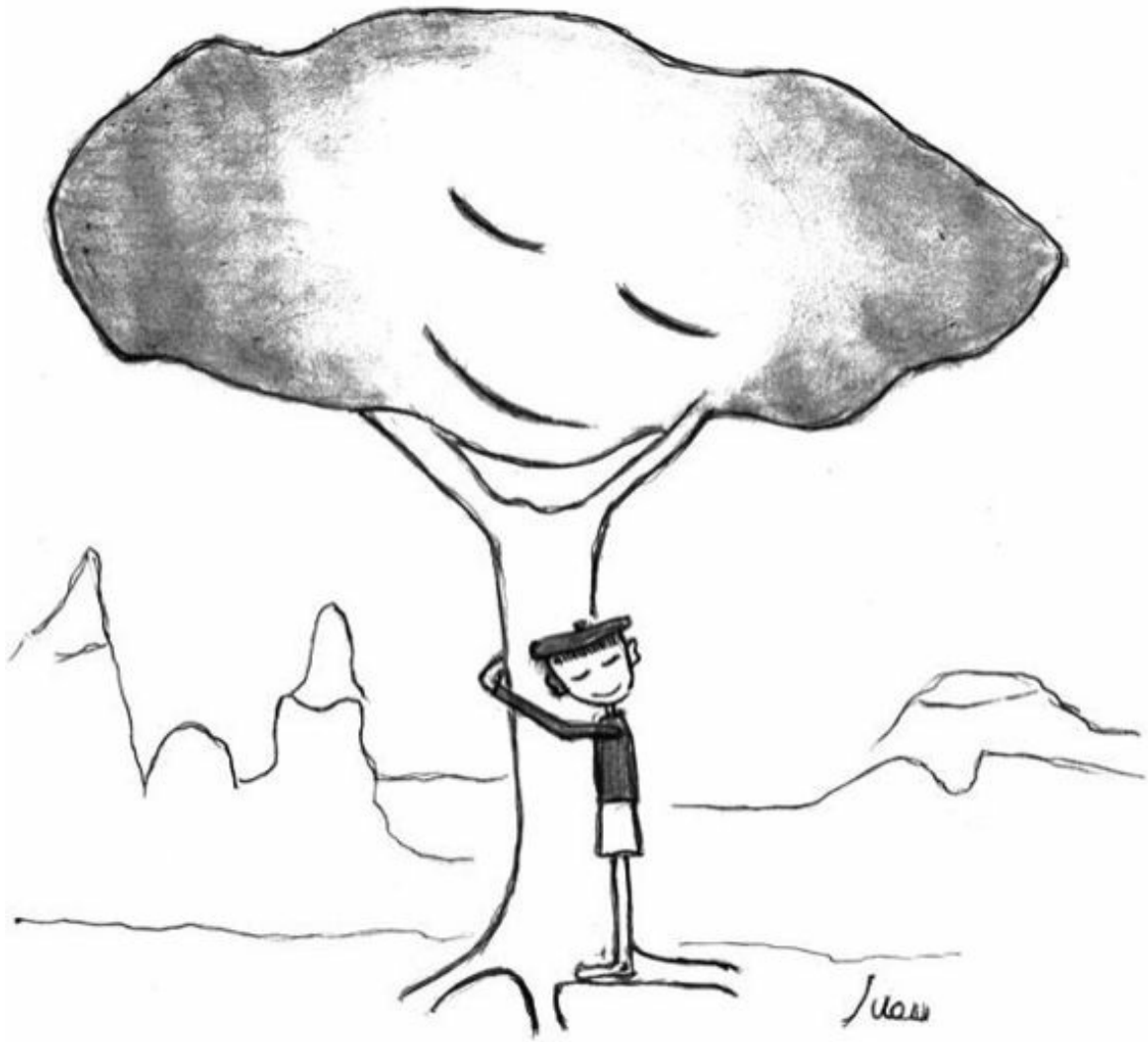
mis manos. Descubrí entonces que estaba preparado para dar la vida por mis ideales, pero no lo estaba para matar, para asumir la certeza de mis crímenes. Me pregunté qué demonios hacía ahí, me pregunté si es posible hacer la guerra sin matar a nadie, si tiene algún sentido hacer una cosa tan rara.

Lo desconozco. Pero tengo claro que no quiero matar, nunca, por nada del mundo. Con toda seguridad es tarde, no me cabe duda de que he matado ya, pero no puedo más, ahora tenemos a los fascistas encima, están ahí, a solo unos metros. Distingo sus rasgos, su miedo, y entonces disparo sin mirar, con los ojos cerrados, como hace tu amigo Satur, que quizá siente pena de golpear a un bote y por eso tiene tan mala puntería con el tiragomas. Por si fuera poco, en los últimos días me ha dado por pensar en las balas perdidas. No sé cuándo se detienen mis balas, cuándo dejan de matar y pasan a convertirse en un simple trozo de plomo que cae al suelo sin fuerza. Puede que atraviesen las líneas enemigas y asesinen a vecinos escondidos, a gente huyendo, a niños, a ti.

Me acuerdo de una mañana que yo estaba partiendo leña y tú sacaste el tiragomas y le acertaste a un petirrojo. Luego, al ir a por él, comprendiste lo que habías hecho: lo habías matado. Se leían en tu rostro todos tus sentimientos. Si tengo que escoger una bandera, mi bandera es la inocencia, mi bandera eres tú, Martintxo. Quiero ser tan grande como tú, tan grande como un niño.

Viví la muerte de mi padre de niño, y la muerte de mi *ama* de mayor. Luego he sabido que con sus muertes también moría yo. Las personas no existen solas, tienen padres, hijos, amigos, y cuando disparas, los matas también a ellos. Si matas a dos, a cuatro o a seis, en realidad estás matando a veinte, a cuarenta, a sesenta, a cientos de personas. Tal vez me haya convertido en un criminal, o en un militar, como dicen los jefes, pero no pienso continuar siéndolo. Tampoco pienso dejar de luchar, pero lo haré a mi manera. Mi única esperanza en esta guerra es asustar a los fascistas para que se vayan, aunque soy consciente de que si no se largan ni a tiros de los de verdad, difícilmente van a marcharse porque los asuste disparando al aire. Debo ser el más tonto de todos los mayores, que ya es decir, así que si se te ocurre algo para ganar la guerra sin necesidad de hacer daño a nadie, dímelo cuanto antes, Martintxo, eres mucho más listo que yo. Lo de tocar la flauta es buena idea, pero hasta el momento no funciona. Quizá sea porque los mayores nos hemos quedado un poco sordos con tanta bomba y no te oímos cuando tocas, o quizá porque nos han hecho olvidar que cuando suena la música simplemente hay que bailar y ser feliz.

Se me ha ocurrido una cosa y la he dibujado, es para cuando te encuentres solo. Cuando lo abracés a él, me abrazarás a mí. Será nuestro símbolo mágico. ¡Ah!, y ten cuidado con el piloto alemán: tal vez sea buena persona y te salude de corazón, pero no olvides que él está arriba y tú estás abajo. Cuando veas que llegan los bombarderos, hazme caso, Martintxo, corre al refugio, corre lo más rápido que puedas. Muchísimas gracias por tu ayuda. Hasta pronto.



Capítulo 38

El lugar sin guerra

Primavera de 1937

*L*os tíos confesaron que se habían asustado mucho al oír cómo se detenía un camión junto a su casa. No esperaban a nadie, no tenían noticia de su llegada. Se levantaron de la cama sin encender la luz y aguardaron lo peor junto a la ventana. Imposible pensar algo bueno cuando el ruido de un motor te despierta a las tres de la madrugada en plena guerra. Luego escucharon la voz de una mujer que pronunció un nombre, Teresa, e inmediatamente el alivio abrió sus brazos y acribillaron a besos incluso a las hermanas de Juan, a pesar de que no las habían visto en su vida. Hacía ya cinco días de aquello, pero Tasio continuaba sin aparecer. Estaban muy preocupados.

En Isuma los pequeños Abrisqueta descubrieron que tenían dos primitos: Dimas, un trasto con cara de roedor y pelos de susto; y Sara, una niña con coletas y sin parecido alguno con bicho conocido. Martintxo enseguida hizo migas con Dimas, al que todos los chavales del pueblo apodaban Ratón.

Los tíos tenían muchas y buenas tierras. Isuma era un valle precioso, lleno de cerezas, de flores y de abejas que revoloteaban como locas. Zumbaban tanto que los vecinos tenían por costumbre hablar muy alto para hacerse oír, y precisamente esa circunstancia, el hecho de que todo el mundo te chillara aun sin conocerte de nada, hacía que te sintieras como en casa, resultaba

sumamente acogedor. Por si esto fuera poco, el gran roble que había frente al caserío daba unos abrazos entrañables, a cada cual más *estrujoso*, y además era hueco, dentro cabía un niño entero, o apurando, dos o tres cachos de niños diferentes. Era perfecto para desaparecer y que no te pudieran mandar a ordeñar las vacas. Porque todo hay que decirlo, desgraciadamente en Isuma también había vacas; los tíos tenían bastantes, y de lo más pendencieras encima. En el interior de aquel maravilloso árbol, protegido del mundo por una gruesa capa de madera, corteza y magia, Martín decidió que de mayor viviría dentro de un roble, para volverse invisible cuando le viniera en gana.

En Isuma no existía la guerra. Por supuesto que se escuchaban aviones, y también se veía humo a lo lejos, faltaría más; pero los diablos tenían terminantemente prohibido bombardear el pueblo. Es como cuando juegas a coger y te paras y dices «casita». Cierto es que sigues ahí plantado, sin moverte, diríase que indefenso (al menos desde el punto de vista de un observador ajeno a las reglas del juego). Pero qué va, estás a salvo, ya nadie te puede echar el guante. Curiosamente en Isuma ocurría este mismo fenómeno: cuando los Junker sobrevolaban el pueblo, sus habitantes se quedaban mirando al cielo, muy pero que muy quietecitos, y no pasaba nada. Eran gente lista, aunque un poquito timorata tal vez, pues nunca se les oía decir «casita». Supongo que lo hacían por lo bajines, porque les daba vergüenza que los sorprendieran con una palabra de niño entre los labios.

Junto al caserío de los tíos nacía una gran montaña donde vivía una serpiente monstruosa. Eso explica que las laderas se vieran salpicadas de agujeros de arriba abajo. Había una cueva en concreto que daba muchísimo miedo a los chavales de la comarca. Se decía que en su interior, en lo más profundo de su garganta de roca, se hallaba un tesoro escondido, pero era muy peligroso entrar a buscarlo porque la cueva estaba llena de dudas. Ratón aseguraba que era un auténtico laberinto y que el monstruo se había zampado a todos cuantos habían osado aventurarse en él. Bueno, a todos menos a uno.

¿Y quién es ese uno?, preguntó Martín.

Yo.

¿Tú?

Sí, ¿qué pasa?

¿Y el tesoro?, ¿encontraste el cofre del tesoro?

El primo se limitó a encogerse de hombros. Lamentablemente ni siquiera él, Ratón, el único prohombre en el mundo capaz de sobrevivir al laberinto, había conseguido dar con el tesoro. Tenía muy mal recuerdo de aquello, casi no lo cuenta. Acercó la boca al oído de Martín y susurró un secreto increíble.

Llegué hasta el centro de la Tierra, confesó. Hacía un calor que no veas, pero yo seguí bajando y bajando, más y más, hasta que se acabó la cuesta, y justo cuando estaba a punto de encontrar el tesoro, me confundí de túnel y caí en el mar de las dudas. Por poco me ahogo, tuve que nadar durante una semana para regresar a casa.

¿Nadaste durante una semana?

Te lo juro por mi *ama*.

Martintxo llevaba horas madurando el testimonio de Ratón, y una idea se fue inflando en su cabeza como un globo, hasta que el globo despegó y se lo llevó volando hasta la boca de aquella siniestra gruta. Habían coincidido demasiadas casualidades en su mollera como para que no significaran nada: la gran montaña, la cueva, el laberinto del que nadie escapa, el árbol de Juan... No se atrevía a jurarlo por su *ama*, pero apostaba lo que fuera a que aquella cueva era la del flautista, el lugar remoto adonde condujo a los niños de Hamelín para hacerlos desaparecer. Debía comprobarlo. De estar en lo cierto, era imprescindible rescatar a los niños perdidos cuanto antes, sus padres llevaban demasiado tiempo sin saber de ellos. Miró al roedor del primo y recordó el mar de dudas en el que casi parece ahogado. No le iba a resultar fácil convencerlo.

¡Ratón, ya sé lo que hay en el cofre del tesoro!

Imposible, tú no lo puedes saber, no eres de aquí.

Sí que lo sé, lo leí en un libro.

¿En un libro pone eso?

Sí, pone que dentro hay miles de bicicletas.

¡Pues vaya!

¡Cómo!, ¿no te gustan las bicicletas o qué?

Sí, pero ¡para qué quiero tantas bicicletas!

Bueno, es que en el cofre todavía hay más cosas.

¿Qué cosas?

Espera que me acuerde... ¡Ah, sí!, están los sacos de los Reyes Magos.

¿Unos sacos? ¡Pues menudo tesoro de pacotilla!

¿De pacotilla? ¡Serás tonto!

¿Tonto por qué?

Porque esos sacos guardan los regalos de Navidad de todos los niños del mundo.

¡Tonto tú, que todavía no sabes que los Reyes son los padres!

Sí que lo sé, pero escucha, los Reyes Magos existen, lo que pasa es que...

¡Ni hablar, los Reyes Magos no existen, no regalan nada!

Claro que no, porque les robaron los sacos y ya no tienen nada que regalar.

¿Les robaron los sacos? ¿De verdad?

Como lo oyes. Lo pone en el libro.

¿Y cómo es posible que quepan todos esos regalos en un cofre?

Porque es mágico. ¡Tenemos que ir a por él, Ratón, antes de que se nos adelanten!

Ni hablar, yo no vuelvo a entrar ahí dentro.

¡Eres un *cagao*!

¡Eso lo serás tú!

¿Yo un *cagao*?, ¡pero si soy el que quiere entrar!

Pues yo sin el mapa del tesoro no vuelvo a esa cueva.

¿El mapa del tesoro?

Sí, el mapa del tesoro. Me perdí porque no lo tenía.

Martín se exprimía el coco a toda velocidad, Ratón era un hueso duro de roer, tenía que inventar algo convincente, aunque presumía que la única manera de persuadirlo iba a ser hallando ese dichoso mapa. Lo buscó con desesperación por todos los recovecos de su imaginación, hasta que sus ojos se clavaron en una mancha de nacimiento que lucía el primo en el cogote, y a pocas se le escapan las cejas de la frente.

¡Ya lo tengo!, exclamó mientras se abalanzaba sobre Ratón y lo hacía girar como una peonza para quitarle la camisa.

Pero ¿qué andas?, protestó el roedor. ¡Déjame, que me enfado!, ¿eh?

El pobre primo creyó que Martín debía haber visto un bicho. ¡Un bicho inmundo se le había metido por dentro de la camisa!

¿Qué tengo, qué tengo? ¡Quítamelo, quítamelo!

Tranquilo, tienes el mapa.

¿Tengo un mapa? ¿Qué mapa?

¡Pues el del tesoro, hombre! Por eso no te moriste cuando entraste en la cueva.

Pero ¿dónde?, ¿dónde lo tengo?

Lo tienes dibujado aquí, en la espalda.

¡Anda ya!, eso es un antojo. Y mi *ama* dice que tiene forma de mariposa.

¿De mariposa? Pero ¿qué dices?, ¡si hasta tiene una equis, flechitas y de todo!

Es que no me lo veo.

Claro, como que lo tienes prácticamente en el cogote.

¿Tengo una equis en el cogote?, ¿en serio? ¡Vamos a por un espejo!

No hace falta, si quieres te dibujo el mapa.

¿Y cómo lo vas a dibujar?, ¿tienes lapicero?

No, pero lo puedo hacer en el suelo con un palito.

Vale.

Espera, que me está quedando pequeño. Vuelvo a empezar, para que se vea bien.

Y eso ¿qué es lo que es?

Un árbol.

¿Y esas cosas?

Pues la equis, un pirata, el laberinto y esto de aquí, el monstruo.

¿Tengo un monstruo en el cogote? ¡Bórramelo, bórramelo, rápido!

¿Y con qué te lo borro?

¡No sé, raspa, a ver si se quita!

Luego te lo raspo con una lija, ahora tenemos que irnos.

¿Adónde?

A la cueva, que ya sé dónde está escondido el tesoro.

¿Y cómo lo sabes? Ese mapa es una birria, no se entiende nada.

Yo sí que lo entiendo. Debemos ir ya, Ratón, se nos va a hacer de noche.
¡Pero si no tenemos hilo!
¿Y para qué quieres hilo?
Para ir soltándolo y luego salir del laberinto sin problema.
No te preocupes, haremos señales. Coge una piedra para marcar y vamos.
¡No, no, antes bórrame el monstruo, por favor!

El sol fue descolgándose por el oeste y apenas lograba ya colarse en el interior de la cueva a través de las simas. Su resplandor creaba una atmósfera tenebrosa y los chavales hubieran jurado que avanzaban por la garganta de un gigante. Cada pasito que daban era veinte veces más oscuro que el anterior, sesenta más lento y tembloroso, quinientas veces más claustrofóbico y eterno. Y es que cada uno de aquellos pasitos podía ser el último de sus vidas. Contaban con muy pocas cerillas, así que debían reservarlas para asegurar la vuelta, lo que los condenaba a aventurarse a tientas. Pronto, la oscuridad se hizo absoluta y, no sé por qué, el sonido de sus pisadas dejó de pertenecerles para pasar a ser propiedad de otro, de un tercero. ¿Había alguien a su espalda o eran imaginaciones suyas? A partir de ese momento, de esa duda insondable, el miedo creció de tal manera que en cinco minutos escasos se hizo del tamaño de la montaña que tenían encima. Desde luego que pensaron en dar media vuelta y huir a lo loco, aunque para entonces ya era tarde: estaban perdidos, buscando la pared de roca que hacía solo un segundo se hallaba ahí pero había desaparecido sin avisar. ¿Dónde se encontraban?: ¿en una galería?, ¿en un pasillo estrecho?, ¿alto o bajo? ¿Estaban despiertos o soñando? ¿O en ninguna parte, como los niños perdidos de Hamelín?

Ratón lo intentaba, pero no conseguía prender las cerillas: habían absorbido el silencio húmedo de la cueva y no querían romperlo. Se detuvieron. Temían golpearse la cabeza con las estalactitas, o caer en el mar de las dudas, o quizá en un sitio muchísimo peor, en ese lugar del que tanto hablan los mayores, en donde hierve una caldera repleta de niños malos que lloran lágrimas de azufre. Escuchaban el paso del aire frío a través de sus bronquios. No, aquello no era su respiración. ¡Eran gemidos!

¡Ahhhh! ¡Ahhhh!

¿Eres tú?, preguntó Martintxo.

No, respondió el primo con un hilo de voz. ¿Y tú?

Yo tampoco.

No mientas, di la verdad. ¿Eres tú?

¡Ahhhh! ¡Ahhhh!

Te juro que no.

En ese momento se oyó el sonido de un fósforo abrasándose, zssssssssssss, alguien se disponía a encender el fuego para calentar aún más la caldera. Y justamente cuando las llamas se hicieron insoportables, cuando Martintxo se veía ya flotando en caldo de huesos de niño malo, Ratón soltó un grito desgarrador, tremebundo, que tiró de él como un resorte:

¡¡¡Corre, corre!!!, en esa esquina hay una marca, hay que aprovechar ahora, antes de que se me apague la cerilla.

Volaron, puedo asegurar que volaron como avechitas histéricas, pero al embocar la boca de lobo que señalaba la marca, una corriente de aire les apagó la lumbre y volvieron los gemidos, *¡ahhhh!, ¡ahhhh!* ¿Quién llora?, no quiero, no quiero oír eso, que se calle, por favor, rogaba Martintxo para sus adentros. Rogó y rogó hasta que percibió un ruidito sumamente leve que le hacía cosquillas en los oídos. ¿A qué le recordaban esas cosquillas? Era como... ¡como el que hacen las golondrinas cuando baten sus alas!

¡Murciélagos, Ratón! ¡Ese ruidito son alas de murciélagos!, advirtió en dirección adonde suponía que se encontraba el primo. ¡Hay que seguirlos, seguro que se dirigen a la salida! Van hacia atrás, justo por donde veníamos.

¡Espera, dame la mano!, suplicó el roedor. ¡No sé dónde es atrás!

Ganaron la salida y aspiraron el aroma de la primavera, de la libertad recién recobrada, con el recuerdo del mal trago aún visible en la piel de gallina. Creían haber sentido algo a su lado, una presencia muy chica, evanescente quizá, pero casi familiar. ¿Quién era?

Martín estaba seguro de que se trataba de uno de los niños perdidos de Hamelín. Ratón atribuía el llanto al monstruo de las profundidades, pero le daba vergüenza reconocer que había tenido miedo de un monstruo que lloraba. Se preguntó por qué estaría tan triste ¿Se encontraba solo?

Al sol le faltaba poquito para completar su arco e irse a dormir bajo la Tierra. Escucharon gemidos de nuevo, ¡ahhhh!, ¡ahhhh!, pero esta vez procedían del caserío de los tíos y tenían un matiz ligeramente dulce. Eran de ese tipo de lamentos que parecen estar chupando un helado de fresa. Intrigados, echaron a correr hacia ellos.

En el caserío descubrieron que era la madre de Martín quien sollozaba. Sí, la madre del mundo lloraba, pero lo hacía con alegría, abrazada a su marido. Tasio acababa de llegar a Isuma con las vacas. Paulina y Lucas estaban espantados en el suelo, con *Lagun* encima lamiéndolos hasta por dentro de las orejas. Matilde permanecía colgada de una de las piernas de su padre y le ofrecía una margarita con los dientes; pero con los ojos empañados, él no podía ver aquella flor. Transcurrieron unos minutos hundidos entre brazos y más achuchones, y Tasio se acercó a Martín y el niño se asustó: el padre del mundo parecía un viejecito, arrugado, sucio, triste. Revolvió el pelo de su hijo y trató de esbozar una sonrisa de color ceniza.

Has cumplido tu promesa, ¿verdad, Martintxo? Has cuidado de la familia.

El chaval asintió con la cabeza porque no se atrevía a pronunciar una palabra que no temblara, y el corazón le dio un vuelco cuando se enfrentó a aquella mirada medio vacía. En el fondo de los ojos azules del padre solo quedaba vivo un poso de amargura. Esa mirada era otra, no la de un hombre fuerte. Sintió ganas de abrazarlo, de llorar, pero no pudo y el cielo lo hizo por él. Comenzó a llover. Y entonces el último rayo de sol del día se filtró entre el aguacero de lágrimas y pintó un arcoíris de lado a lado del horizonte. Al verlo ahí, tan alto y majestuoso que crecía incluso por encima del punto máximo que alcanza un cuello doblado hacia arriba, Martín se despegó del dolor y echó a volar.

¿Adónde vas?, oyó que gritaba Ratón a su espalda.

¡Voy a por el arcoíris!, respondió. ¡Rápido, sígueme, antes de que desaparezca!

¿Cómo! ¿Quieres coger el arcoíris?

Capítulo 39

La guerra de los garbanzos

Primavera de 1937

*M*artintxo reptaba por el bosque, atento al más mínimo movimiento a su alrededor. Las seis balas de su Smith & Wesson bailaban nerviosas en el interior del tambor, resonaban como el cascabel de una serpiente. Tras él marchaba Ratón, aunque hubiera jurado que lo seguía un rinoceronte.

Oye, primo, ¿no puedes meter menos ruido?, preguntó tapándose la boca para que sus palabras no llegaran a oídos del enemigo. Luego no te quejes si te matan, ¿eh?

El que mete ruido eres tú, que has hablado, respondió el roedor.

Pues ahora has hablado tú.

Y ahora tú.

Y tú más.

Discutían pero sin detenerse, y durante un instante Martín examinó el avance del primo. Era curioso, daba la impresión de que el pobre había sido instruido por el mismo sargento chusquero que malogró las habilidades de Satur. Avanzaba por la espesura con idéntica torpeza, rodando como una pelota pinchada. Aunque había de reconocer que su técnica tenía un aspecto positivo: el camuflaje. Era la viva imagen de una croqueta albardada en tierra. Llevaban mucho tiempo huroneando por ahí; habían salido a primera hora de

la mañana en busca del aeropuerto secreto, una enigmática instalación aérea que, decían, se estaba construyendo en las inmediaciones de Isuma. No se hablaba de otra cosa en el pueblo. Los chavales nunca habían visto un aeropuerto, y menos uno secreto; solo sabían que era el lugar donde se echan a volar los aviones en una guerra.

Al fin alcanzaron un claro en el bosque que les resultó manifiestamente sospechoso, pero antes de aventurarse en él, Martintxo se dispuso a echar una ojeada, por si acaso. He de decir, sin embargo, que más que el propio enemigo le preocupaba el hecho de que, en todas las horas que llevaban explorando, no habían hallado una sola señal de que se encontraran cerca del objetivo. Estaban agotados, ese descampado era su última esperanza. Apartó unas ramas y el sol lo deslumbró como si hubiera abierto una ventana al amanecer. Una vez que sus ojos se adaptaron a la luz, vio dos orejas muy tiesas, y bajo las mismas, una liebre horrorizada. No era para menos, el animal estaba contemplando un auténtico engendro de la naturaleza: ¡un arbusto con cara de niño! Y es que Martín se había camuflado la mollera con una corona de helechos, rematada con tres o cuatro puñados de caca de oveja y una pizquita de humus que le proporcionaba un aspecto imponente. Ni qué decir tiene que la liebre escapó a toda velocidad de aquel espanto, pero sin querer condujo la mirada del arbusto hacia su madriguera, que estaba en mitad del descampado.

Nuestro héroe se colocó entonces los prismáticos de mano hueca contra los ojos y ajustó el foco. Allí, junto a la madriguera, creía haber descubierto algo. Recorrió lentamente la línea del horizonte hasta que atinó con lo que buscaba: unos troncos apilados. Aunque no era eso lo que había llamado poderosamente su atención, sino los dos maderos que se veían en pie en uno de los extremos de la pila. Aparentemente servían para que los troncos no rodaran ladera abajo, todo parecía normal, sin embargo su instinto le advertía de lo contrario rascándole el cuero cabelludo, lo que por cierto le estaba echando a perder el humus de la coronilla.

¡Se creen estos que me la van a dar a mí!, murmuró entre dientes.

Apretó los prismáticos contra las pupilas. Aquellos maderos eran mucho más que extraños, se elevaban hacia el cielo como dos torres de Babel, y en lo alto, lucían unas marcas muy parecidas a las de los tótems de los siux. Desde

tan lejos era imposible distinguir bien, pero le pareció que tenían talladas incluso unas alas de dragón. Ese detalle despejó todas sus dudas.

Ratón, ven, mira, creo que eso de ahí es el aeropuerto secreto.

¿Eso? Pues qué bonito, está lleno de chiribitas.

¿Qué chiribitas ni qué ocho cuartos! Pero ¿adónde estás mirando?

No sé, creo que me he mareado un poco.

Eso te pasa por ir rodando sobre la cabeza en vez de reptar como Dios manda.

Me encuentro mal.

¡Vaya soldado estás hecho! Tienes que mirar a un punto fijo.

¿A un punto fijo? ¿Para qué?

Para que se te pase el mareo.

Es que veo dos puntos fijos. ¿Dónde está el aeropuerto?

Allá, en medio de la campa. Lo raro es que no haya moscas aparcadas.

¿Moscas aparcadas? ¡Tú sí que estás mareado!: las moscas no se aparcan, Martín.

Los moscas son aviones, listo; que hay que decírtelo todo.

¡Ja, las moscas no tienen fuerza para llevar a nadie encima!

¿Cómo que no! Son unos aviones geniales, un día uno mató a un Junker y todo.

¿Eh? ¿Que una mosca mató a un Junker?

Un mosca. Sí, yo lo vi. Los pilotos se tiraron en paracaídas, cayeron cerca de mi casa.

¡Pues vaya cosas inventan en la guerra!

Y que lo digas.

Pero Martín, eso no puede ser el aeropuerto secreto: no tiene pista.

Es que no hace falta. Con esos troncos lanzan los aviones. Son como un tiragomas gigante.

¿Seguro?

Segurísimo. Lo he visto en el cine, en Bilbao.

Yo pensaba que los aviones echaban a volar cogiendo carrerilla.

No, eso es en los aeropuertos normales.

Oye, pero esos troncos no tienen goma.

Sí que la tienen. ¿No ves las marcas o qué?

¿Qué marcas?

Las de la punta. Ahí es donde ponen la goma cuando van a despegar.

¿Y por qué no la tienen puesta ahora?

Por si vienen los otros y la roban.

¿Qué otros?

¡Los otros, hombre, los rebeldes!

¿Hay otros? Yo pensaba que solo había unos.

En las guerras hay dos.

Aaaaaah.

Estoy pensando una cosa, Ratón.

¿Qué cosa?

Que si vamos allá, igual me puedes lanzar al aire como si fuera un mosca.

¿Quieres que te lance para arriba con el aeropuerto ese? ¿Y para qué?

Es que necesito subir muy alto.

¿Quieres volar?

Matilde, Lucas y Sara, la primita, llevaban un buen rato esperando a que Paulina acabase sus tareas en la cuadra y los llevara al monte a buscar duendes, como había prometido. Pero la pobre Paulina no iba a terminar nunca de ordeñar las vacas, pues entre las del tío y las del padre sumaban más de treinta cabezas. Así que los pequeños decidieron hacer tiempo jugando a la guerra de los garbanzos fuera de la cuadra.

A fe que al verlos ahí, entreteniéndose de semejante manera, alguien hubiera podido pensar que los críos echaban de menos la guerra, y por eso se la declaraban entre ellos. Pero hay que tener en cuenta que la conocida como «guerra de los garbanzos» era una contienda que por lo general producía un número reducidísimo de bajas. Las reglas del juego eran muy estrictas precisamente para evitar desmanes: solo se permitía emplear garbanzos como munición, había que dispararlos con la nariz y únicamente se podía utilizar uno de los dos orificios nasales con los que cuenta un niño para tal menester. A tal punto era una contienda segura, que ni siquiera las dos muñecas de trapo que

acompañaban a Matilde y a Sara allá donde fueran parecían temer nada. Y eso que ambas carecían de brazos y piernas con los que defenderse.

Sin embargo, aquella mañana debía haber despertado un tanto nerviosa, y la guerra de los garbanzos cobró una inusitada virulencia cuando Lucas echó mano de las balas explosivas que escondía en la cartuchera.

¡Con canicas no vale, que hacen daño!, protestó Sara con un movimiento circular de coletas.

Como todos los chicos del mundo, Lucas era un bruto y, aunque sabía de sobra que los garbanzos eran los únicos proyectiles homologados, no cejó en el empeño de incrustarse aquella maldita canica en la nariz. Pretendía acabar con ese par de sabiondas costara lo que costara.

¡Este juego es asqueroso!, añadió Matilde mientras se hurgaba con el dedo en uno de los cañones, por si pescaba algo.

¡Nosotras no jugamos más!, sentenció Sara en nombre propio y en el de su muñeca, que permanecía impertérrita, con las cejas muy levantadas.

En ese momento escucharon el crujido característico de un portón al cerrarse, y vieron que Paulina se acercaba con *Lagun* y con una sonrisa en la boca.

Pero ¿qué os pasa, chicos?, se interesó al verlos tan serios. ¡Venga, dejaos de tonterías y vamos a por esos duendes, que se nos van a escapar!

Lucas decidió apurar sus opciones antes del armisticio. Presionó la bala explosiva y consiguió hacerla entrar en la recámara. Tras coger mucho aire, cegó el segundo cañón nasal, apuntó guiñando un ojo y se dispuso a fusilar a las coletas asesinas y a toda aquella tropa de muñecas de ojos tan abiertos que siempre le miraban a él.

Unos gruñidos detuvieron su ofensiva. Rayo, el perro de los tíos, enseñaba sus miles de dientes a *Lagun*. Estaba harto, no soportaba por más tiempo la presencia de aquel ratonero en sus dominios. Los chuchos cogieron carrerilla y chocaron uno contra otro como dos carneros celosos. Paulina corrió a separarlos, pero un odio mucho mayor se desató sobre Isuma en aquel instante de furia.

¡Boooooouuumm!

En las décimas de segundo que duró la explosión, Paulina olvidó por qué corría. Sin embargo, los perros continuaron peleando, no tenían ojos para los tres bombarderos que sembraban botellas desde el cielo, ni oídos para los pasos del gigante que se acercaba.

¡Boooooouuumm! ¡Boooooouuumm! ¡Boooooouuumm!

Lucas miraba hacia arriba con el dedo clavado en la nariz, temblando con tal intensidad que era incapaz de seguir la trayectoria de los garbanzos que lanzaban los Junker 52. Le caían lágrimas gordas por las mejillas, lentamente, como gotas de sangre espesa. Su piel se fue tiñendo de violeta. Quiso huir, pero no pudo mover un solo músculo, ni siquiera consiguió echar el telón de sus párpados sobre el miedo. Cayó al suelo de espaldas, rígido como un palo, y se quedó ahí, sin actividad, sin esperanza, sin vida en sus pulmones. Necesitaba respirar, se ahogaba, se apagaba. Dejó de temblar.

¡Aquí no hay guerra!, gritó Matilde mirando al cielo. ¡No hay guerra, no hay guerra, no os quiero!

Sara observaba con las coletas quietas a su primito, y comprendió:

¡Se ha tragado la canica! ¡Lucas se ha tragado la canica!

Paulina metió los dedos en la garganta de su hermano para tratar de extraerla, ¡pero no, no, no, no, no la encontraba! Pensó en presionarle el pecho para que la escupiera, y justo cuando se disponía a descargar todo su peso sobre una caja torácica que se me hace extraño llamarla así, pues no era mucho más grande que una caja de cerillas, se lo pensó mejor; tal vez fuera peor. Cogió al niño en brazos y sintió que levantaba un peso muerto.

¡Vamos, vamos, chicas, venid conmigo!

Echó a correr hacia una ayuda, vio un grupo de mayores también a la carrera, le pareció distinguir a su madre y luchó por abrir paso a su voz entre la angustia.

¡Ama!

¡Boooooouuumm!

¡Ama! ¡Ama!

¡Boooooouuumm! ¡Boooooouuumm!

¡Ama! ¡Ama! ¡Ama!

¡Boooooouuumm! ¡Boooooouuumm! ¡Boooooouuumm!

Matilde y Sara volaban a su alrededor como dos hadas pequeñas, mientras tapaban los ojos de sus muñecas para que no sufrieran. Matilde intentaba sellar también su propia boca, pues no podía parar de repetir ese mantra, ¡aquí no hay guerra, aquí no hay guerra! Estaba confusa: quería que los diablos la oyeran, temía que lo hicieran.

Ratón se entretenía tallando una rama de higuera con una navajita. Espiar un aeropuerto secreto le parecía la cosa más aburrida del mundo. Llevaban más de tres horas esperando y allí no se había presentado ninguna mosca con intención de despegar. Fue entonces cuando ocurrió lo imposible.

¡Boooooouuumm!

Ratón, ¿eso ha sido una bomba?

¡Qué va! ¡Cómo va a ser una bomba, hombre!

Hazme caso, en Arrigorriaga he oído muchas; ese es el ruido que hacen.

¿En serio?

¡Boooooouuumm!

¡Que sí Ratón, que te digo que eso son bombas!

¡Pues vamos al refugio, rápido!

¡Cómo que al refugio! ¿En Isuma hay refugio?

Sí, claro.

Pero ¿aquí también hay guerra o qué?

No sé, a veces tiran bombas. ¿Eso quiere decir que hay guerra?

Igual sí.

Pues mi madre dice que no, que solamente hay guerra en los pueblos grandes.

¡Vaya lío, entonces es que los alemanes se han equivocado de blanco!

Martín, te tengo que decir una cosa.

¿Qué cosa?

Que creo que mis padres dicen mentiras.

Pues yo creo que los míos también.

Todos los mayores las dicen. Por eso me estoy haciendo una pistola, mira.

¡Ay va, qué bonita! ¡Y es de las buenas!

Sí, es de madera de higuera. Me la hago por si acaso al final hay guerra y eso.

Está bien pensado, con los mayores nunca se sabe.

¡Boooooouuumm!

Venga, Ratón, vamos al refugio ese, que nos va a caer una bomba en la cabeza.

Martintxo dijo eso a pesar de que sabía perfectamente que su cocorota estaba a salvo de cualquier impacto, seguía siendo demasiado pequeña como para que la acertaran de lleno. Pero el caso es que había recordado la carta de Juan. En el último párrafo su amigo le pedía que no se fiara de los alemanes, de ninguno de ellos, y que corriera al refugio según los viera aparecer en el cielo. No podía defraudarlo, así que azuzó al caballo y se lanzó al galope tras el primo. Ya con la montura completamente desbocada, al límite de sus prestaciones, un caza los adelantó por la derecha a tal velocidad que casi les vuela la *txapela*.

¡Mira, Ratón, es un Messerschmitt!, ¡es un avión de los nuevos, es rapidísimo!

Martín estaba tan emocionado con el vuelo rasante del Messerschmitt que olvidó que cabalgaba y se puso a volar como las moscas, saltando de nube en nube y disparando con la ametralladora que le acababa de salir en la boca. Ratón no podía quedarse atrás. Agarró los mandos de su aparato con pulso firme y, a pesar de que nunca había pilotado una mosca, se colocó al frente de la formación. Lo hizo por heroísmo, sí, pero también porque nadie conocía el cielo de Isuma mejor que él. Sin embargo, a la vuelta de un cumulonimbo, a pocas le da un patatús: ¡percibió el aliento enemigo! Lo percibió sobre todo porque la radio no paraba de advertirle de su presencia.

Martín a Ratón, Martín a Ratón. Repito, ¡tienes un Messerschmitt en el culo!

¡Lo sé, lo sé, no me lo quito de encima! ¡Dispara, dispara, cambio!

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta!

Ratón a Martín, Ratón a Martín. Gracias, Martín.

De nada, cambio.

Estamos llegando al refugio, cambio.

¡Ah, menos mal! Como te veía bajar, pensaba que te habían dado, cambio.
Ten cuidado con las alas, que la boca de la cueva es muy estrecha, cambio.
Ratón, ¿esto es el refugio?, cambio.

Sí, ¿qué pasa?, cambio.

¡Que es la cueva del laberinto! ¿No decías que aquí nunca entra nadie?

Bueno, a veces entran los del pueblo, pero solo cuando tienen miedo, cambio.

¡Qué cambio ni qué cambio! ¡Eres un mentiroso, como los padres!

No lo soy.

¡Ya veo! ¡Que si a veces entran los del pueblo, que si a veces tiran bombas...!

No soy un mentiroso: los del pueblo nunca bajan hasta el centro de la Tierra.

Ya no te creo nada.

Lo siento. ¿Me perdonas?

Espera, Ratón, no entres en la cueva.

¿Y por qué? Es peligroso quedarse aquí fuera.

¿No quieres ver los aviones o qué?

Entonces, ¿me perdonas? No sabía cómo decirte que aquí también hay guerra.

Vale, te perdono. Tiene que ser difícil decir eso.

No te preocupes, igual esta guerra no es la misma que la de Arrigorriaga.

¿Tú crees?

Sí, seguro que es menos mala, verás.

Tienes que prometerme una cosa, Ratón.

¿El qué?

Que a partir de ahora no me vas a decir más mentiras, ¿vale?

Vale. ¿Y tú a mí?

Yo tampoco.

Los primos sellaron su compromiso estrechando las manos y se tumbaron en la campita que había junto a la boca de la cueva sonriendo al cielo. Enseguida vieron que se acercaba una nueva oleada de aparatos enemigos, pero los espantaron en un periquete con las baterías antiaéreas. Sin embargo,

los alemanes estaban especialmente insistentes aquella mañana, y al cabo, aparecieron tres Dornier con la proa apuntando hacia su posición. Los Dornier eran muy hábiles y esquivaron el fuego de sus cañones hasta dejarlos prácticamente sin munición en los papos. Entonces vieron que un sinfín de botellas que explotan se les venía encima, formaban una escalera en el cielo, una escalera en movimiento que bajaba a por ellos, a llevárselos para siempre. Esa visión clavó sus alas al suelo, se quedaron ahí como dos angelitos de papos rotos esperando su destino. Huir, huir, debían huir, entrar en la cueva, en la cueva de los niños perdidos; era mejor estar perdido que bajar al infierno por aquella escalera. Pero los clavos se lo impedían.

Estrecharon sus manitas de nuevo.

Quiero volar, susurró Martín.

Lucas estaba ya completamente azul, sin oxígeno en la piel. ¿Qué le pasa a mi hijo?, ¿qué tiene?, ¿se muere de miedo?, ¿dónde hay un médico?, ¡preguntad si hay un médico en el refugio!, ¡el médico, por favor, el médico!, ¡Paulina!, ¿qué le ha pasado al niño?, ¿se ha tragado una canica?, ¡no puede ser! ¡Te lo juro, *ama*, una canica! ¡Dios mío, una canica!, ¡un médico!

Teresa comenzó a toser y a toser, a ella también le faltaba el aire. Abrazó a su hijo y siguió tosiendo, lo estrujó contra el pecho para que no se fuera, para que no la dejara, para morir con él, para acompañarlo en el viaje si hacía falta, cuando...

¡Boooooooooooooooooooooooooooooom!

La bomba estalló tan cerca, tan maravillosamente cerca, que el suelo de la gruta sacudió la espalda del niño con su puño de gigante y la canica salió escupida al aire como lanzada por un cañón.

Esa misma onda expansiva, en principio prodigiosa, también arrancó a Martín y a Ratón de la boca de la cueva, donde permanecían tumbados, agarraditos de sus alas, y los hizo volar, rodar por la pendiente de roca que conducía a la galería principal. La gente comenzó a gritar, imaginaron aquellos cuerpecillos deshechos, rotos por la metralla, y corrieron con las manos sobre la cabeza hacia el centro de la Tierra, a protegerse de la lluvia de piedras que

acompañaba a los dos chiquillos. Los murciélagos también se asustaron mucho y se sumaron al río de alaridos que huía de la muerte.

Una de aquellas bombas de finales de primavera destruyó un caserío que se encontraba apenas a cincuenta metros del refugio. Otra hizo volar la carretera del pueblo. Y el resto enterró la luz al final del túnel. Los rebeldes continuaban avanzando, nada ni nadie conseguía detenerlos.

Lucas sobrevivió a la canica, y Martín y Ratón a la metralla. Estos dos además tuvieron la suerte de ser condecorados con varias heridas de guerra. El roedor consiguió diez puntos de sutura, mientras que Martín se hubo de conformar con siete. La hazaña les había costado una buena azotaina, pero ni siquiera el dolor en el culo les borró la sonrisa. Eso sí, prometieron cien veces seguidas que la próxima vez se guarecerían en el fondo de la cueva, no se quedarían en la entrada haciendo el tonto. No obstante, mucho me temo que Martintxo mintió las cien veces, una tras otra, pues lo sucedido no había hecho sino confirmar su teoría de que los refugios son extremadamente peligrosos. ¡Para una vez que se metía en uno, y mira, casi no la cuenta!

Tenía sueño, había sido un día muy largo. Es como los grillos, se dijo, los cazan precisamente cuando se esconden en su agujero. Si no se metieran ahí, nadie los podría encontrar. Para estar a salvo solo has de quedarte quieto y decir «casita» por lo bajines. Los grillos son tontos, no dejan de gritar hasta que ya es tarde. Lo siento, Juan, no voy a volver al refugio. Tú me entiendes, ¿verdad? Te quiero mucho.

Intentó dormir. Pero tuvo que abrir los ojos enseguida. En cuanto los mantenía cerrados un rato, veía una escalera, una escalera en movimiento que venía a por él.

Capítulo 40

Los diablos buenos

Verano de 1937

*D*ías después de aquel susto tan morrocotudo, Martín, Matilde y su muñeca de trapo estaban tirados en la huerta de los tíos escudriñando el cielo. Bueno, a decir verdad la muñeca no podía escudriñar nada porque tenía un pañuelo atado al cogote que la cegaba por completo. Únicamente escuchaba, prestaba atención a cada uno de los sonidos que llegaba a sus orejitas, por lo que no es extraño que fuera la primera en advertir el zumbido de aquel caza solitario que se aproximaba por el este. Casi de inmediato percibió otro ruido, pero muchísimo más estridente, que la sorprendió sobremanera. Era el alborozo de los críos, que saludaban al piloto con grandes aspavientos.

¡Uf, uf, uf, yo no entiendo por qué hacemos esto!, protestó Matilde mientras agitaba los brazos atropelladamente. ¡Desde tan arriba no nos pueden ver!

¡Sí que nos ven!, la reprendió Martín. Tú sigue saludando, que hay que caerles bien. ¡Y pon cara de buena!

Pero si ya pongo.

No, no pones, esa cara es de que te duele algo. Tienes que sonreír.

La pequeña se apresuró a corregir el gesto, aunque mucho me temo que para cuando lo logró, el caza ya había desaparecido tras las montañas, donde se concentraba la ofensiva en las últimas horas. Estaban solos, no se veía un

alma en kilómetros a la redonda. Por no haber, ni siquiera había hormigas de esas que te muerden el culo cuando te tumbas sobre la hierba. Toda Isuma permanecía escondida en lo más profundo del refugio, incluido el mismísimo Ratón, que había marchado para la cueva con la cabeza gacha al oír la primera explosión. Se habría quedado a gusto a saludar pilotos, pero su madre lo había amenazado con dejar de quererlo si volvía a merodear por ahí en medio de un bombardeo. Lo despidieron con pena, pero se hacían cargo: ningún niño puede soportar un chantaje semejante.

Matilde se hallaba lo más pegadita posible a su hermano (estimo que a tres centésimas de milímetro como mucho), y es que a la luz de los últimos acontecimientos, había decidido no separarse de él ni para hacer pis. Estaba claro que Martintxo era Caballito blanco. Haciendo memoria, la pequeña recuerda que el muy jactancioso llevaba tiempo fardando de su insólita inmunidad. Aunque tampoco era una cosa tan extraordinaria, ¿no? Quién sabe, tal vez tuviera muchos primis acumulados, o más vidas que un gato. Pero fuera cual fuera su secreto, a su lado se sentía segura. Eso sí, pasaba mucho miedo, todo el que a su pareja de baile parecía faltarle.

Aquella tarde había un tráfico terrible en el cielo, no hacían más que desfilar aviones y más aviones, tenían los hombros doloridos de tanto saludo. Martín aseguraba que la mayoría de aquellos aparatos se llamaban Messerschmitt. Cada vez que decía esa palabra, «¡Messerschmitt!», echaba un escupitajo al suelo, como haciéndose el duro. No es por excusarlo, pero puede que la cochinado se debiera a que la palabra en cuestión terminaba en dos «tes» seguidas (algo nunca visto en un alfabeto humano), y al tratar de pronunciar la segunda, se le caía un poquito de baba sin querer. Pero no te creas, que de vez en cuando también pasaba algún caza chiquilicuatre que no merecía ni medio lapo. Matilde intuía que los aviones pequeños disgustaban a su hermano porque eran tan bebecitos que los alemanes aún no habían tenido tiempo de bautizarlos, y entonces no podía nombrarlos con un término pomposo, como por ejemplo Rumplinchinster L-75.

A lo lejos se veían escaleras en el cielo, parecían cortinas de lluvia desplazándose, a veces a favor de la brisa del oeste que peinaba la hierba de las laderas, otras veces contra ella. Las explosiones se escuchaban

amortiguadas por la distancia, como una tormenta que no quiere hacerse mayor, de esas que se aproximan pero nunca llegan. Por una vez el gigante había salido a dar un paseo por el monte sin intención de molestar a nadie. Entonces oyeron unos pasos apresurados y a Martín se le hizo un nudo en el gáznate: creía haber reconocido la respiración del padre. Pero no, era Myriam, la hermana mayor de Juan.

Niños, ¿qué hacéis aquí?

Nada.

¡No me digáis que estáis saludando a los aviones!

Es que yo los conozco personalmente.

¿Conoces personalmente a los alemanes, Martintxo?

Claro, en Arrigorriaga me saludaba uno. Lo llamábamos El Abuelo.

¿De verdad?

Sí. Lo que pasa es que se ha enfadado conmigo y ya no es como antes.

Qué pena, es importante tener amigos, aunque sean alemanes.

¡Y que lo digas! El otro día a pocas nos mata uno de la cuadrilla de El Abuelo.

Ya, menudo susto nos disteis.

Por eso los saludamos, a ver si se acuerdan de nosotros.

Aquello te pasó por no meterte en la cueva, muchachito.

Ni hablar, no fue por eso.

Claro que fue por eso. No podéis quedaros aquí, chicos.

Sí que podemos, en las huertas no caen bombas.

Venga, vamos, acompañadme al refugio.

Es que estoy muy cansadito. Llévate a Matilde si quieres.

¡Yo no quiero ir, yo no quiero ir!

¿Por qué no, cariño?

¡Por favor, por favor, no me lleves!

No llores, *laztana*.

Así, entre pitos y flautas, pasaron los minutos, los aviones y las bombas, y el sol se dio cuenta de que se le había hecho un poquito tarde y se fue acostar. Los dejó solitos cuando menos lo esperaban, y entonces las sombras se adueñaron del mundo, perfiladas por una enorme luna de verano que ascendía

por el cielo sin tropezar con una nube que suavizara su embrujo. La noche era limpia, sí, daban ganas de llamarla bonita, pero aún se escuchaban explosiones esporádicas. Aunque no sé, quizá fueran obuses los que tronaban ahora, pues coincidiendo con cada descarga, se dibujaba una parábola en el firmamento que rivalizaba con el arco de la Vía Láctea. Finalmente Myriam no había tenido más remedio que quedarse en la huerta con los pequeños: no podía llevarlos a rastras al refugio, tampoco dejarlos allí solos. La mujer procuraba tranquilizarse observando las estrellas, tirada sobre la hierba como cuando era niña.

¿A vosotros no os dan miedo las bombas?

Aquí no.

Qué valientes sois, chicos, no le teméis a nada.

Bueno, a nada, a nada... A mí me dan miedo las sombras.

Eso es un poco raro, ¿no, Martintxo?

¿Por qué?

No sé, las sombras no matan a nadie.

Es que no me gustan sus caras.

¿Qué caras?

Las de las sombras.

Ah, entiendo. Pero, cariño, a veces las sombras no son lo que parecen. Fijaos.

Myriam les pidió que prestaran atención a sus manos y, sin más ni más, comenzó a jugar con la luz de la luna, a manosearla como si fuera volátil, una masa de fantasía, hasta que apareció la sombra de un perro recortada sobre la hierba. El chucho, que era muy negro muy negro, abrió la boca y dijo *guau*. Y Matilde, asustada, se abrazó a su hermano.

¡Jolín, Mati, qué susto me has dado! ¡Suéltame!

¡No, no, no, no quiero!

No seas así, Martintxo, deja que te abrace. A ella también le asustan las sombras.

Pero las sombras que yo digo no son como esa. Me persiguen.

Bueno, eso es normal, tu sombra siempre te persigue a todas partes.

No, la mía, no; me persiguen las del techo de mi habitación. Son diablos.

Tranquilo, seguro que son diablos buenos y solo quieren jugar contigo.

Pero ¿existen diablos buenos?

Claro, los diablos son como las personas. Todos somos buenos y malos a la vez.

¿Yo soy mala?

Matilde, es imposible que tú seas mala. No lo serás nunca, cariño.

Pues yo sí que soy un poquito malo.

Solo los mayores pueden ser malos de verdad, Martintxo.

Menos mal.

Oye, ¿sabéis que hay un diablillo medio bueno que juega con las sombras?

¿Como tú antes?

Bueno, más o menos. Se llama Ieltxu.

¡Qué nombre más bonito!

¿Te gustaría llamarte así, Martintxo?

¡Sí, sí, sí!

Entonces, a partir de ahora serás ¡Ieltxu, el niño que juega con las sombras!

¡Vale! ¿Y qué hace Ieltxu?; digo, ¿qué hago yo?

Pues te dedicas a cambiar las sombras de sitio para despistar a la gente.

¿En serio que hago eso? ¿Y por qué?

Porque te gusta desorientar a los que no tienen miedo a la noche.

¡Pero eso no vale para nada!

¿Que no? Eso vale para muchas cosas.

¿Para qué cosas?

No sé, por ejemplo para que no te encuentren cuando juegas al esconderite.

¡Es verdad!

La mayoría de la gente que se pierde de noche es por una travesura de Ieltxu.

¿Por una travesura mía?

¡Ay, sí, perdona, por una travesura tuya!

Eso.

¡Ah!, y se me olvidaba decirte que además sabes volar.

Bueno, yo es que sé volar desde pequeñito.

¡Qué barbaridad, haces un montón de cosas!
¿Y cómo consigo que las sombras me obedezcan?
Dicen que es porque hablas con la Luna. Ella te ayuda.

...

¿Qué te pasa, cariño?

Nada.

No me digas que nada: de pronto te has puesto a llorar, Ieltxu nunca llora.

Myriam, ¿te puedo preguntar una cosa?

Claro, hijo.

¿Juan está vivo?

No, *laztana*, mi hermano no está vivo. Sabes que cayó en el frente.

Pues yo creo que está vivo. Me ha escrito.

Sí, te escribió una carta, pero ya no está con nosotros.

Sí que lo está. Yo sé dónde se esconde.

Juan no se esconde, cariño; está en el cielo.

Espera que la encuentre...

¿Que encuentres el qué?

La carta. Aquí la tengo. Mira, fíjate, ¿no la ves?

¿Qué quieres que vea?

Fíjate en el dibujo. Está un poco arrugado, pero aún se distingue bien.

Un día me tienes que dejar la carta para leerla de nuevo.

Si quieres te la regalo.

Gracias, pero él la escribió para ti. Es preciosa.

Pero ¿de verdad que no la ves?

Hijo, no sé a qué te refieres.

A la Luna. ¿No la ves?

Claro que la veo. Está ahí, en el cielo.

No, la Luna está en el dibujo, dentro del árbol. Juan está vivo, está en la Luna.



Capítulo 41

La mañana en que comenzó a morir el mundo

Verano de 1937

*T*engo que abrir los ojos, tengo que hacerlo ya, antes de que se levanten todos. Pero me da miedo. Me está esperando. La mirada del padre me hace daño. No quiero que me mire así...

Martín despertó empapado en nervios y alcanzó el reloj que había sobre la mesilla. Pero estaba tan oscuro que no conseguía distinguir la hora. Se le ocurrió una idea para no tener que encender la luz: tal vez pudiera adivinar la hora como hacen los ciegos, acariciando las manecillas con los dedos.

Menos mal, suspiró. Las cuatro y media, aún tengo tiempo.

Se incorporó con cuidado de no despertar a Lucas, que dormía a su lado, y fue de puntillas hasta la cama de las chicas. Encontró dos marañas de pelo sobre la almohada, y dudó: resultaba imposible diferenciar quién era quién. Arrimó la nariz a la almohada y descubrió que, abrazada a la maraña de la izquierda, había una tercera cabecita que solo podía ser de trapo; era minúscula. Acercó la boca a la muñeca.

Despierta, Matilde, dijo con un hilo de voz. Tenemos que bajar ya.

La niña obedeció a esa vocecilla que susurraba como un hada y se levantó de la cama sin saber que lo hacía. Luego caminó por el pasillo con los ojos cerrados, conducida por una mano sin dueño, y cuando llevaba recorridos no

más de diez pasos dormidos, escuchó una tos muy fea que procedía de alguna de las habitaciones. ¡Atjó! ¡Atjó! ¡Atjó! A continuación una voz de hombre preocupada:

Cariño, ¿te encuentras bien?

Entonces la mano sin dueño la arrastró en volandas escaleras abajo, y para cuando se quiso dar cuenta de que estaba despierta, pisaba ya el suelo blandito de la cuadra.

Pero, pero, pero ¿por qué estoy aquí?, balbuceó confusa. ¿Y de quién son esos pies?

Sí, era muy raro, delante de ella había unos pinreles pataleando boca arriba en lo alto de una montaña de paja. Como por arte de magia, aquellos pies solitarios se esfumaron y en su lugar apareció la cabeza de Martín. Parecía un espantapájaros, estaba cubierto de pajitas pero, a juzgar por su sonrisa, había encontrado un tesoro en el fondo de la montaña. Sin mediar explicación, el espantapájaros corrió a sentarse en un taburete y se puso a jugar con el tesoro, que curiosamente consistía en dos simples listones de madera y un cordino. La niña se frotó los ojos con las mangas del camión, no entendía nada.

Matilde, ven rápido, ayúdame, que no puedo hacerlo solo.

Pero ¿qué quieres que haga?

Tienes que atarme estos listones a la pierna.

¿Para qué?

Tú hazme caso, que tenemos poco tiempo.

¿En serio que quieres que haga esa cosa?

Mira, ya tengo el primer nudo hecho. Coge la cuerda.

Vale.

Solo tienes que ir enrollándola alrededor de la pierna. Yo sujeto los listones.

¿Así?

Sí, muy bien. Sigue hasta abajo.

¿Hasta abajo? Pero entonces no vas a poder andar.

Ya sé, no te preocupes.

¿Y ahora qué hago?

Ahora tensa bien la cuerda y haz otro nudo al final.

Clop, clop.

Oye, Mati, no hagas ruido, que nos van a oír.

Clop, clop, clop.

Yo no estoy haciendo ruido. Creo que eso son pasos.

Clop, clop, clop, clop.

¡Maldición!, ¿quién será?

Clop, clop, clop, clop, clop.

Martín, ¿por qué tienes miedo?

Yo no tengo miedo.

Clop, clop, clop, clop, clop, clop.

Pues se te ha puesto la piel de gallina. ¿Esos pasos son malos?

Chsss, calla.

Clop, clop, clop, clop, clop, clop, clop.

¿Nos va a pasar algo?

...

¡Pero qué andáis aquí!

Uf, menos mal que eres tú. Habla bajito, Ratón, que vas a despertar a todos.

Pero ¿qué hacéis en la cuadra tan pronto?

Matilde me está entablillando la pierna.

Es que soy enfermera de guerras.

¿Y para qué hace eso?

Pues para que no pueda moverla.

Aaah.

Ayúdala, que no sabe hacer el nudo.

¡Sí que sé!

Venga, déjale a Ratón.

¡No, tú quita de aquí, tú no eres médico!

¡Ay, vale, vale, pero no me muerdas!

¡Matilde, te he dicho que no se muerde a la gente! ¡Y déjale a él!

¡Tú no puedes hablar, eres un enfermo, solo puedes quejarte!

¡Pues termina de una vez!

Ya voy, ya voy. ¿Quieres que te apriete mucho?

Sí.

Pero ¿mucho muchísimo?

Que sí, pesada.

Oye, primo, ¿y cómo te has roto la pierna?

No me la he roto.

Entonces, ¿para qué te la entablilla?

Para que el padre piense que me la he roto.

Aaah.

¡Jolín, Mati, no seas bruta, no aprietes tanto!

¡Pero si me has dicho que apriete muchísimo!

¡Suelta un poco!, ¿no ves que se me va a morir la pierna?

Eh, primo, ¿y para qué quieres que tu padre piense eso?

Pues para que se crea que ayer me caí en un agujero.

¿Ayer te caíste en un agujero?

¡No, hombre, no, que es mentira! ¡No te enteras de nada!

Perdona, es que tengo mucho sueño.

Y yo. Creo que no he dormido ni tres minutos.

¿Y para qué quieres que tu padre piense que te has caído en un agujero?

Para que vea por qué no pude ir al refugio. ¿Me acercas ese palo?

¿Y para qué lo quieres?

Pareces el indio Paraqué.

¿Y quién es ese indio?

Uno que pregunta siempre para qué.

Venga, dime para qué quieres el palo.

Para llevarlo como si fuera una muleta.

Está bien pensado, sí.

Es que el cojo de mi pueblo siempre va con muleta. Se llama Filemón.

¡No fastidies, en Isuma también hay un señor que se llama Filemón y es cojo!

Qué raro. ¿Tú crees que serán parientes?

No sé, si quieres se lo pregunto.

Deja, que ahora tenéis que ordeñar las vacas.

¡Cómo que tenéis!

Es que yo no puedo, estoy cojo.

¡Ya, tú no estás cojo!

¡Yo tampoco puedo, yo tampoco puedo, yo soy enfermera de guerras!

¡Y yo piloto de moscas! ¡Aquí o trabajamos todos o ninguno!

Matilde y Ratón tardaron en admitir su suerte, sí, pero una vez estimaron que habían protestado lo justo y necesario, se pusieron manos a la obra, pues en el fondo eran muy bien mandados. El primo nunca había ordeñado las vacas de Martín y se sorprendió al comprobar que daban muchísima menos leche que las suyas. Aunque lo que más le extrañó de ellas era que se asustaban con el aleteo de una mosca, y teniendo en cuenta que en la cuadra tocaban a unas ciento veinte moscas por cabeza (eso tirando por lo bajo), aquello era una auténtica locura: resultaba imposible ordeñarlas, no se paraban quietas ni un instante.

Tus vacas son unas insustanciales, me caen fatal, refunfuñó el pobre roedor tras recibir el enésimo tetazo en los morros.

Pues te juro que antes no eran así, se excusó Martintxo un tanto avergonzado. Mi padre dice que es por los nervios que pasaron durante el viaje. Creo que no les gustan los disparos.

Entonces, no sé si por casualidad, pero al escuchar la palabra «disparos», las vacas se pusieron a mugir a relevos, ¡muuuuuu!, ¡muuuuuu!, ¡muuuuuu! Ratón se apartó de un salto (temía un tetazo mortal después de haberlas tildado de insustanciales), pero se tranquilizó al oír el traqueteo de los pistones de un motor de gasoil que se acercaba al caserío. Sin duda era eso lo que las había asustado.

Los chiquillos corrieron a asomarse a la puerta y chocaron con un muro invisible: la niebla. No distinguían nada que estuviera más allá de su propia nariz. Además soplabla una brisa fría que hacía olvidar que era verano. Y esa brisa, precisamente, fue la encargada de abrir el huequecito en la niebla por donde se coló la desgracia. Al principio no parecía más que una simple camioneta de color caqui. Había aparcado con el culo mirando hacia la entrada del caserío y los portones de atrás abiertos de par en par. Paulina

deambulaba de aquí para allá con una mano sobre la boca, como si le doliera una muela.

La bruma volvió a cubrirlo todo bajo un velo de misterio y los chavales se miraron entre sí, aunque ni siquiera el indio Paraqué preguntó nada. Permanecieron ahí, encogiditos por el frío. No habrían sabido explicar por qué, pero no se atrevían a acercarse a la camioneta.

Luego la brisa sopló de nuevo y alcanzaron a distinguir a dos señores que llevaban una camilla hacia la camioneta. Caminaban aprisa. El padre del mundo iba con ellos, abrazado a la camilla. Cuando llegaron al vehículo, un desconocido apartó a Tasio de su abrazo.

¡¡¡Ama!!!, gritó Matilde. ¡Ama, ama, ama!

Martintxo echó a correr para impedir que aquellos extraños se llevaran a su madre, pero cayó de bruces; había olvidado que tenía la pierna inmovilizada. Levantó la barbilla del suelo y no pudo hacer otra cosa que contemplar la escena entre lágrimas de impotencia. Los desconocidos introdujeron a Teresa en la camioneta, cerraron los portones y un enorme símbolo se compuso en la parte de atrás del vehículo.

Aquella cruz roja desapareció entre polvo y niebla.

Capítulo 42

La nada

Verano de 1937

Tasio permanecía con la mirada hundida en aquel plato blanco, hondo, vacío. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas debajo de la barbilla. Podía parecer que rezaba, que bendecía los alimentos como una persona que aún alberga esperanza. Pero no, aquella cruz roja le había robado la fe. No hubiera sido capaz de explicar siquiera qué hacía ahí sentado. Tampoco lo hubiera podido hacer nadie en aquella mesa; ni los niños, ni los tíos, ni las hermanas de Juan. El cocido se había quedado frío en la cazuela.

Padre, ¿qué es una pulmonía?, preguntó Matilde.

La pequeña suplicaba una respuesta que calmara su angustia, necesitaba escuchar que su madre volvería pronto del lugar al que la habían llevado para que se pusiera buena. Pero Tasio se sentía incapaz de hablar de Teresa sin deshacerse en lágrimas, y sabía que si lloraba, acabaría por destruir a los niños.

La guerra finalmente ganaba la batalla. Desde que estalló, le había arrancado la vida a bocados. Primero le arrebató a Bixente. ¿Volvería a verlo?, ¿a verlo vivo? Bixente, su primogénito, el hijo al que no supo abrazar hasta el último día porque temía quererlo demasiado. Lo siguiente que recordaba haber perdido era el caserío, el mundo conocido, todo lo que era. Y

después, lo más grave: perdió el juicio, abandonó a su suerte a sus propias hijas. ¡Qué padre hace algo así! Las dejó en aquella cueva bautizada con el nombre de una premonición: Malaespera. ¡Qué será de ellas! ¿Continuarán allá, escondidas, esperando a que pase el frente? ¿Aguardarán eternamente a que desaparezcan de la faz de la Tierra los crímenes, las delaciones, las envidias, los fusilamientos, la ruindad, el odio desatado en un momento en el que todo vale? Porque el frente no es sino un instante, pero solo los señores de la guerra saben cuánto dura. Lo estiran a su antojo porque les conviene, porque necesitan seguir matando, eliminar al otro sin la perspectiva de un juicio. Puede que ese instante dure años, o una vida, o dos, o tres. Ellos deciden. Bilbao ha caído, sí, pero es posible que nadie se atreva a salir nunca de la cueva, a dar por terminada esa mala espera, porque el nuevo mundo es la muerte. Solo soy un saco de miedos. Me aterroriza imaginar lo que desconozco. No me queda un solo sueño que no amenace. Soy un mal padre, un mal marido, no soy nada.

Había llegado al límite, moría sin Teresa. Tampoco por ella supo hacer lo suficiente. Se sentía un auténtico criminal. ¡Cómo podía haber arrastrado a su familia al desastre! Sabía que esa camioneta conduciría a su mujer a ninguna parte. Miserable, se dijo; sí, escucha lo que eres. Lo sabes. Sabes perfectamente lo que ocurre cuando una ambulancia se lleva a alguien en mitad del caos. Han pasado meses desde que evacuaron a Bixente, y en todo este tiempo no has conseguido que te digan siquiera el nombre del hospital adonde ha ido a parar. Han perdido su rastro, el rastro de la vida de tu hijo. ¡Cómo puede ocurrir algo semejante! Hágase usted cuenta, señor, estamos en una guerra, le decía la voz de un funcionario escondido detrás de una ventanilla sin sentimientos. Guerra es una palabra que lo justifica todo. Sangraba por dentro, no le quedaba un pensamiento vivo, una palabra de alivio que mereciera la pena escuchar. ¿Acaso podía decir la verdad? ¿Qué niño puede soportarla? Hijos, prestad atención, se han llevado a vuestra madre, se la han llevado a ese nuevo país que crece día a día y se llama ninguna parte. No sé cuándo volverá, ni si lo hará. Los enfermeros no nos han permitido acompañarla, no había nadie más en el vehículo. Pero debéis comprender, estamos en guerra. ¿Cómo se dice eso a unos pequeños? No tengo imaginación para inventar más.

Olvidé mentir de tanto hacerlo. La única posibilidad es el silencio. Y el silencio no vale, los niños necesitan esperanza.

¿Qué es una pulmonía?, preguntó de nuevo Matilde.

Al escuchar por segunda vez aquella pregunta, algo se removió en la cabecita de Martín y cayó desde lo alto de su nube de dolor. Esa palabra, «pulmonía», había matado a Pantxika, la madre de Juan. Hacía mucho ya de aquello, pero aún recordaba el abrazo con el que se despidieron madre e hijo, y cómo inmediatamente después de que Pantxika subiera a la Luna, los guardias de Asalto esposaron a Juan y se lo llevaron de vuelta a prisión.

No digas esa palabra, Mati, susurró al oído de su hermana.

¿Por qué no?

Es mala. No la digas nunca.

Los perros ladraban como locos, ¡*guau, grrr, guau, guau!*, pero nadie les hizo caso porque aquellos chuchos se pasaban el día peleándose como dos viejos cascarrabias. Como tantos otros, parecían picados por el odio, el virus de los tiempos. Que se pelearan, qué importaba ya.

De pronto unos juramentos se abrieron paso desde la calle. Eran unos juramentos extraños que fueron creciendo en intensidad, hasta que, ¡*pom!*, la puerta se abrió de golpe y entró en la cocina una gallina con cara de susto y, detrás de la gallina, un miliciano con barba.

¡¡¡Cómo!!!, gritó el tío. ¿Qué hace usted aquí?

Todos los presentes se levantaron a una de sus sillas, como se hace en misa cuando lo señala el cura, y entonces se presentó otro miliciano con bigotes, y tras este, otro más, y así hasta que sumaron catorce y ya no cabía un alma en la cocina. Por eso los que llegaron más tarde tuvieron que rodear el caserío y acomodarse en torno a las ventanas para poder ver lo que pasaba dentro.

¡Las manos arriba!, ordenó un miliciano con gafas.

Lucas se hizo una bolita y se tapó los ojos para no ver aquellas flores malas: los fusiles y las bayonetas dibujaban una especie de pétalos en torno a las cabezas de su padre y de su tío. Matilde se abrazó con fuerza a la muñeca, y sin querer, se le escapó una frasecita inaudible, algo así como un «quiero con mi ama, quiero con mi ama».

¡He dicho que las manos arriba!, repitió el miliciano de las gafas con muy malos humos.

Al obedecer la orden de aquel hombre que berreaba como un ciervo, Ratón notó que se le escurría la pistola de madera que llevaba sujeta al cinto, y cuando miró al suelo, se le heló la sangre: ¡el arma había quedado a la vista de todos! Martín salió al rescate del primo: dio un paso al frente y, sin pensárselo dos veces, se cuadró al más puro estilo militar, colocándose la mano sobre la ceja como le había enseñado El Teórico Josemari. Ratón sudaba a mares, una nube invisible descargaba una tormenta de verano sobre su frente. Debía aprovechar la oportunidad. Pisó el arma y poco a poco fue arrastrando la pistola con el pie hasta ocultarla bajo el armario donde guardaban la vajilla. Estaba empapado.

Tasio no entendía nada. A juzgar por la indumentaria y por el fuerte acento asturiano con el que hablaban algunos de ellos, aquellos milicianos debían formar parte de un batallón anarquista o comunista desplazado hasta la zona para contener el avance rebelde. Pero eso no tenía sentido porque, de ser así, esos energúmenos estaban en su mismo bando. Sintió que algo se incrustaba en sus costillas. Era una bayoneta.

¿Los sacamos fuera, jefe?, preguntó la bayoneta.

¡Sí, vamos, arreando con esos dos!

Los milicianos condujeron al padre y al tío a empujones hasta la calle. Aquellos empujones golpeaban los ojos de Martín.

¡¡¡He dicho que dejen a mi padre!!!, ¡¡¡he dicho que lo dejen en paz!!!, insistía e insistía, sin éxito.

El niño se sentía un fantasma en el que nadie cree: los milicianos no lo veían, le daban la espalda, continuaban golpeando al padre del mundo sin piedad, tenía que hacer algo, algo, algo.

¡Poc!

El que hacía de jefe apenas acusó el disparo. En realidad solo sintió un ligero toque en la espalda, como si alguien le avisara de que debía darse la vuelta por alguna razón. Pero al volverse, vio una canica rodando por el suelo y comprendió. La canica además hizo las veces de dedo acusador: fue perdiendo velocidad y se detuvo junto a dos piecitos con cara de culpables

que, casualidad, eran los de Martintxo. La mirada del jefe trepó entonces desde los piecitos con parsimonia; recorrió unas pantorrillas desnudas que terminaron por desaparecer bajo unos pantalones cortos de dudosa confección; continuó ascendiendo por los botones de una camisa sucia de campesino y, por fin, se clavó como un dardo en los ojos aterrados de un rostro infantil. Aquel rostro era nadie, y parecía querer convertirse en nada detrás de un tiragomas sostenido con mal pulso. El jefe resopló, se dirigió hacia el chaval dejando que sus botas crujieran el piso de madera y, sin decir una sola palabra, cruzó la cara de aquel mocoso de un fuerte bofetón.

¡¡¡Plast!!!

Tasio se revolvió entre el nudo de brazos que lo sujetaba, quería arrancar la cabeza a ese sinvergüenza, pero recibió un culatazo en los riñones que lo dejó buscando el aire por el suelo. El tío, al ver a su hermano tirado como un pelele desmadejado, forcejeó con sus manazas de oso e hizo volar a dos milicianos por los aires, pero enseguida lo redujeron a patadas. Entonces se escucharon mugidos nerviosos y los hermanos levantaron la vista del suelo. Las vacas galopaban desperdigadas por todo el frente del caserío, brincaban como colegialas en el recreo. Cuatro o cinco milicianos corrían tras ellas, al parecer pretendían agruparlas, pero era evidente que no sabían cómo. A Tasio se le escapó la rabia de las entrañas:

¡¡¡Ladrones, no son más que un atajo de ladrones!!!

¡Cierre la boca inmediatamente!

¿Y ustedes dicen ser de izquierdas y defender la República?

Nosotros luchamos por la revolución.

Ustedes luchan por ustedes mismos.

¡Ya está bien de discursos! Levántense y ayuden a los compañeros con las vacas.

Nosotros no ayudamos a sinvergüenzas. ¿Qué están haciendo?

Requisamos las vacas. Y ustedes dos se vienen con nosotros también.

Le aseguro que ni las vacas ni nosotros vamos a ningún sitio.

¡Será imbécil! ¿No se da cuenta de que no está en condiciones de asegurar nada?

Pues nos da igual, de aquí no nos movemos.

¡De rodillas!

¿Qué va a hacer?, ¿matarnos?

¡He dicho que de rodillas! ¡Fidel, mete a las mujeres y a los niños en el caserío!

¿Nos va a matar para robar las vacas?

¡¡¡Por tercera y última vez, pónganse ahora mismo de rodillas!!!

Tasio, kontuz honegaz. Ehi kasu, mesedez. (Tasio, cuidado. Obedece, por favor).

¡No lo pienso repetir! ¡¡¡Y hablen en cristiano!!!

Tasio leyó el pánico en la mirada de su hermano y al fin se arrodilló. Unos segundos después sintió que una sombra fría lo rodeaba. El jefe se había colocado a su espalda. Escuchaba su respiración cavernosa. El humo de un cigarrillo lo envolvió en niebla. De fondo oía los lloros apagados de los pequeños, ya dentro de casa. Reconocía la voz de Martín gritando por encima de las demás, ¡¡¡Padre, padre, padre!!! Apreció la frialdad del cañón de la pistola posándose suavemente sobre su cabeza. Cerró los ojos.

No sea estúpido, no quiero hacerle daño.

Y yo no puedo abandonar a mis hijos.

Está claro que no entiende nada.

Usted sí que no entiende. Mi mujer está en el hospital, tengo cuatro niños.

Lo único que tiene ahora es su vida. Piense en eso.

¡¡¡Padre, padre, padre!!!

Las vacas son todo lo que nos queda.

Le repito que les queda la vida. ¿No le parece suficiente?

¿Quiere que le dé las gracias por vivir todavía?

Debería. Pero solo les pido que vengan con nosotros y conduzcan el ganado.

¡Es usted un ladrón!

Me vuelve a llamar ladrón y le vuelo los sesos, se lo aseguro.

¡¡¡Padre, padre, padre!!!

No puedo marchar, no puedo dejar a mis hijos solos en medio de la guerra.

Los dejará solos para siempre si no obedece.

No, no puedo.

Sí que puede. Aquí hay mujeres, cuidarán de ellos.

Por favor, no.

¿Ahora suplica? ¿Después de insultarme?

Llévese mis vacas si es lo que quiere, pero no pretenda que vaya con usted.

Usted nunca escucha, ¿verdad?

Le digo que se lleve mis vacas.

Claro que me las voy a llevar.

Deje las de mi hermano, él las necesita. Todo es culpa mía, todo.

¿De qué está hablando?

No lo odiaré por ello, lléveselas.

Necesito todas las vacas. Bastante hacemos que dejamos en paz a las mujeres.

¿Qué dice?

No se hace idea de lo que ocurre al otro lado del frente.

Es usted un canalla.

No le voy a pasar un insulto más. Siga mis órdenes y volverá con sus hijos.

¡Pero cómo puede hacernos esto!

Estamos en guerra, imbécil. Soy responsable de los míos. Solo cumplo mi deber.

¿Y quiénes son los suyos?

Mis compañeros. Nosotros combatimos, y para eso necesitamos comer.

Los suyos somos nosotros, la gente. ¿Tiene usted niños?

¡¡¡Padre, padre, padre!!!

Tengo compañeros. Es lo de siempre, el egoísmo.

¿El egoísmo?

Por supuesto. Parece increíble que luchemos por gentuza como usted.

Ustedes son como los otros. No son nada más que eso: unos criminales.

Requisamos las vacas para continuar combatiendo el fascismo, no se confunda.

¡Cómo se atreve a hablar de fascismo ahora!

Nos dejamos la vida todos los días.

Están quitando la vida a dos familias.

Tratamos de salvar este puñetero mundo.

¿Salvar el mundo? ¿Cuál es la diferencia entre los fascistas y usted?

Que yo he venido a pedirle las vacas y a decirles que necesito que nos ayuden.

Usted no ha venido a pedir nada, me está apuntando con una pistola.

Porque nunca me daría lo que pido.

Ni siquiera se ha molestado en preguntar.

Le importa una mierda la guerra, ¿verdad? Aquí están bien, en el terruño.

Usted no puede dar lecciones de nada, no tiene principios.

¡¡¡Padre, padre, padre!!!

Escuche, majadero; piense en sus hijos y siga mis órdenes. Vivirá.

Antes de marchar, el jefe dio orden a las mujeres y a los niños de que no salieran de casa bajo ningún concepto hasta el día siguiente. Amenazó con fusilar al padre y al tío si le llegaban noticias de que se había producido una denuncia contra su batallón.

Martín llevaba hora y media con la nariz apoyada en la ventana y la mirada fija en el punto del bosque donde había visto por última vez a su padre. El mundo se derrumbaba un poquito más a cada segundo. Los ojos le escocían de tanto llorar. No podía continuar ahí sin hacer nada; tenía que ir, luchar, liberarlo, el padre era todo lo que le quedaba.

Se arrancó las tablillas que le inmovilizaban la pierna, abrió la puerta de casa y echó a correr hacia el bosque ante la cara de asombro de la tía. La mujer no entendía cómo era posible que esa pierna se hubiera curado tan pronto. Ratón salió tras su primo como una exhalación.

¡¡¡No, no, no, venid aquí, que os van a matar!!!, gritó la tía cuando se recuperó de la perplejidad.

Pero los chavales volaban ya por un laberinto de castaños, robles y abedules. Esquivaban los árboles como niños de la selva, y se ayudaban de lianas para saltar los riachuelos, las rocas y los precipicios. Apenas veían nada entre la cascada de lágrimas que velaba sus ojos, pero el rastro de barro que habían dejado las vacas era claro. De vez en cuando caían en una trampa de lodo, pero se ayudaban y recuperaban la carrera, nada los detendría. Oyeron un ladrido lastimero y resultó ser *Lagun*. Los seguía cojeando,

gimiendo cada vez que se veía obligado a apoyar su pata herida: aquellos hombres malos le habían dado una buena zurra. Al rato escucharon mugidos y comprendieron que estaban cerca, solo les quedaba un último esfuerzo. Ahora debían actuar con cautela y esperar el momento oportuno. Pero en cuanto vieron a sus padres dirigiendo las vacas con las varas de avellano, se les disparó el corazón y se lanzaron en busca de un abrazo sin pensar en nada más. Los milicianos les hicieron retroceder a empujones. Ellos se resistían, peleaban con los codos, con las piernas, con la boca y hasta con las uñas, pero de ninguna forma conseguían salvar aquel muro de manos que les impedía alcanzar siquiera un beso.

¡¡¡Padre, padre!!!

¡Digan a esos mocosos que vuelvan al caserío!

¡¡¡Padre, padre, padre!!!

¡O los mandan inmediatamente para casa, o lo hago yo!

¡Martintxo, volved a casa, estamos bien, regresaremos pronto!

¡¡¡Padre, padre!!!

¡Que se vayan ya!

¿No me oís? ¡Marchad a casa inmediatamente!

Lagun comenzó a aullar con el hocico dirigido al cielo, y el jefe disparó a matar a ese mismo cielo. *¡Pum!* Solo entonces el miedo hizo retroceder a los niños. Pero una cuerda tiraba de sus corazones, tenían que volver.

¡¡¡Padre, padre!!!

¡Pum, pum!

¡Martintxo, por favor, vete!

¡No puedo, padre!

¡Sí puedes, hazme caso!

¡Le quiero!

¡Yo también te quiero, Martintxo!

¡No me deje!

¡No te dejes, hijo, no digas eso!

¡No me deje, por favor!

¡Vuelve, cuida de tus hermanos! ¡Recuerda que eres el hombre de la casa!

¡Pum, pum, pum!

Cayeron al suelo de puro agotamiento, no les quedaban fuerzas para seguir luchando. Permanecieron con el rostro hundido en un charco de lágrimas durante un tiempo impreciso, incapaces de levantar la cabeza y mirar cómo desaparecían los pilares de su infancia. *Lagun* lamió las caras de los niños durante un rato, y luego se alejó dejando tras él un rastro de sangre. Debía continuar su camino. Aquellos hombres malos podrían golpearlo, pero nunca conseguirían separarlo de su amo, lo seguiría adonde fuera. Ya no temía a los truenos. Son solo eso, *¡pum!*, truenos.

¡Lagun, ven aquí!

No, Ratón, déjalo marchar. Cuidará de ellos.

De vuelta a casa encontraron a Lucas en el bosque. El pequeño lloraba con los brazos caídos en medio de la nada. Al ver a su hermanito, Martintxo se vio a sí mismo: perdido, solo, sin padres. Lo abrazó. Estaba frío como el hielo.

No soy Juan sin miedo, escuchó que decía entre sollozos.

Capítulo 42 bis

Vivo en la Luna

Verano de 2011

*R*ecuerdo que un día, cuando era pequeño, me perdí en la playa. De repente mis padres no estaban, y en una fracción de segundo me había convertido en una bolita diminuta que se moría de soledad rodeada de gigantes sin rostro. Solo veía miedo delante de mí...

Escucho una vocecilla que me dice algo al oído.

A ver, a ver... ¿Estás ahí?

De pronto caigo en la cuenta de que tengo un móvil en la oreja.

¡Ay va! ¡Sí, perdona, Ainhoa, estoy aquí!

Por un momento había olvidado que hablaba por teléfono con mi hermana. El recuerdo de aquella soledad absoluta debe haberme arrastrado a otro lugar, a otro tiempo. Ainhoa y yo estábamos reflexionando acerca de lo que debieron sentir los niños al darse cuenta de que acababan de perder a sus padres en medio de la guerra. Tratamos de escarbar en nuestra propia memoria para, de alguna manera, ponernos en su lugar, ya que curiosamente Martín se acuerda de muy pocos detalles de aquel instante.

La vocecilla me habla de nuevo. Presto atención.

Todos nos hemos perdido alguna vez en la playa cuando éramos pequeños, dice en tono solemne. Es una experiencia horrible, que se nos queda grabada

para siempre.

Es verdad, añado. No sé qué pasa en las playas que todos los niños se pierden en ellas.

Pero eso no es nada comparado con lo que les ocurrió a ellos, precisa Ainhoa. Es posible que *aita* no recuerde bien el trauma que supuso para él porque en su día lo apartó de la mente. A veces es necesario olvidar para seguir viviendo.

Creo que mi hermana ha dado con la clave, con la razón última por la que Martín nunca abandona la sonrisa cuando cuenta su historia. Su memoria es selectiva: se acuerda fundamentalmente de lo bueno y relega lo malo a un segundo plano. Sus aventuras son bonitas porque una maravillosa nube de algodón, la imaginación, protegió su infancia y difuminó lo que le resultaba insoportable.

Acostumbro a telefonar a Ainhoa para calmar la ansiedad que me provoca enfrentarme a la novela. Hoy he marcado su número para informarle de que ya he tomado una decisión con respecto a estos extraños capítulos en los que hablo de mí mismo: los bises. De momento son un secreto entre los dos; el resto de la familia desconoce su existencia. Sin embargo, antes de nada, le cuento algo muy curioso que me sucedió la semana pasada mientras escribía el capítulo del secuestro de nuestro abuelo. En un momento dado, advertí que un demonio estaba aporreando las teclas de mi ordenador. *Clock-clock-clock-clock*. Pero al mirar hacia abajo, descubrí que los dedos que estaban a punto de reventar el teclado no eran de color rojo, ni tenían uñas largas y enroscadas como yo esperaba, sino que eran normales, de carne y hueso. Mis propios dedos.

Estaba cabreado, encendido, poseído por el diablo, me ardían las orejas. Supongo que es absurdo enfadarse por lo que le hicieron a tu abuelo hace más de setenta años, y más teniendo en cuenta que nunca tuve oportunidad de conocer a mi *aitite* Tasio. Pero lo siento tan cerca de mí que lloro de rabia cuando lo imagino rodeado de fusiles. Me duele verlo partir con su vara de avellano en la mano, sufriendo por la suerte de su familia. Me gustaría ayudarlo, regalarle una mentira. Soy consciente de que un simple verbo mío

podría salvar su vida (¡escapad, escapad ahora, que no están mirando!). Pero no puedo hacer eso.

Ten esperanza, *aitite*. Te quiero, te admiro, te has jugado la vida, lo has dado todo por tu familia, aunque te golpee la sensación de que siempre te equivocas. La guerra no es culpa tuya. Además te has enfrentado a esos milicianos a pecho descubierto, sin armas, con las palabras, esas que tanto cuesta sacarte de la boca. Solo has consentido que te secuestraran por tus hijos, por esos cuatro pequeños. No podían verte morir, nunca lo hubieran superado. Y te aseguro que si llegas a decir una sola palabra más, el jefe te habría matado ahí mismo, de rodillas, humillado, como no mereces. Esos sinvergüenzas saquean todos los caseríos que encuentran a su paso y no se detienen ante nada. Lo comprobarás mañana con tus propios ojos. Verás cómo disparan a un aldeano. Quedará ahí, tirado en su terruño, como un trapo, sin vacas, sin familia, sin vida. Al enemigo ni agua, repite una y otra vez ese puñetero jefe; no podemos dejar que los fascistas encuentren carne por el camino. Carne.

No sé si a mi abuelo, pero a mí me gustaba, me gusta esa palabra: revolución. No puede ser de otra forma, pues busco desesperadamente la catarsis, la rebelión interior, el regreso a la vida, el cambio radical en la deriva que conduce a ese maldito país, a Ninguna Parte. Pero no comprendo qué demonios le sucedió a ese término en el siglo XX, y aún antes; no sé quién se encargó de separar la revolución de la humanidad. Siempre hay un jefe, un superior, un militar, un político o un ideólogo (en cualquier caso, una mala persona) que empuja a los demás por esa pendiente, que recoge los sueños, la ilusión y la bondad y los transforma en muerte.

Necesitaba desahogarme, así que ayer quedé con un amigo para tomar un café y contarle. Pero lo primero que le escuché decir es que hay que entender el contexto, la guerra, el bien mayor. Debo ser imbécil, no comprendo nada. No te estoy pidiendo una lección de historia, quise responder, sino que compartas el dolor, que sufras por mi abuelo, por mi padre, por mis tíos. Te pido que imagines que eres un simple juguete en manos de un personaje oscuro que decide quién vive y quién no. Pero una vez más las palabras no acudieron a mi boca.

La vocecilla pregunta de nuevo a través del auricular: ¿Sigues ahí?

Perdona otra vez, Ainhoa, respondo. Estaba pensando en no sé qué.

¿Sabes?, dice la vocecilla, yo recuerdo con más fuerza la sensación de perder que la de haber estado perdida. Tú tienes el punto de vista del hijo, y por eso te acuerdas de ese momento en la playa. Pero yo soy madre, y lo que nunca podré olvidar fue el día que perdí a Ander. Estábamos de compras por Bilbao. Ander era muy pequeñito, tendría unos cuatro años. Yo trataba de encontrar un pantalón vaquero de mi talla dando vueltas a un perchero circular, y de pronto me di cuenta de que el niño había desaparecido. Cómo puede ser, pensé, si hace solo un segundo tenía su manita entre los dedos. Lo busqué por todos lados pero no aparecía. Me asomé a la calle, la tienda era de esas que no tienen puertas, busqué entre la marabunta de piernas, pero no veía su chubasquero rojo por ninguna parte. Se me disparó el corazón. Creía que gritaba, ¡Ander, Ander, Ander!, pero no me salía la voz de la garganta, nadie podía oírme. Entré en la tienda y una dependienta, al verme tan apurada, me preguntó si buscaba a un niño. Señaló hacia el suelo. Seguí la dirección de su dedo y descubrí unos piecitos asomando bajo el perchero. Ander estaba escondido dentro de un pantalón.

¡Ama, a que no me encuentras!

No había transcurrido más de un minuto desde que lo había perdido de vista, pero para mí fue una eternidad.

¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está mi madre? Lo sé, claro que lo sé. Están conmigo, cerca, muy cerca de mi corazón. Ayer almorcé en su casa. Como siempre, fui sin avisar, para evitar que mi *ama* se pusiera a cocinar como una loca y me preparara una montaña de *tapers* para llevar. Cuatro cosillas, según ella. Mis padres están, siempre están, acudirán en mi rescate en cuanto lo necesite. Lo harán como sea, arrastrándose si es preciso, a sus ochenta y tantos años. Lo dan todo por sus hijos, por su tesoro.

¿Qué sería de mí si la guerra se llevara a mis padres? ¿Qué sería de ese personaje que vive al margen, alejado, aquél que hasta ayer se creía fuerte? Lo tengo muy claro: de mí no quedaría ni el recuerdo, ni siquiera esta novela,

porque nunca encontraría su final. ¿Qué les ocurre a los niños cuando pierden o asesinan a sus padres en una guerra? ¿Qué les ocurre a los padres cuando pierden o asesinan a sus hijos? ¿Alguien lo sabe, además de ellos? ¿Les calma, les tranquiliza, repara su dolor que un político o una cabeza parlante de televisión denominen a ese conflicto alzamiento, golpe de Estado, intervención humanitaria, misión de paz, lucha antiterrorista o lucha armada? ¿A quién le importa eso?

Claro que le importa a alguien: al culpable, a nosotros.

Yo sí que soy un miserable, tanto como aquel jefe que salvó la revolución requisando «carne» en un caserío olvidado del País Vasco en 1937. No me encuentro a la altura de esta historia. ¡Por el amor de Dios, a mí todo lo que me ha pasado es perderme en la playa! Lo siento, abuelo, hago lo que puedo, pero no llego, no consigo expresar tu dolor, continúan hablando del bien mayor, o del mal menor; de tonterías. Necesitaría caer en un pozo sin fondo para acercarme a ti y describir con fidelidad tu desdicha, para secuestrar los sentidos de las personas, para obligarlos a que te entiendan. Pienso que a veces busco eso, caer en un pozo, por compasión conmigo mismo, para sufrir por algo real. No soy sino una máquina de inventar problemas. Aunque no existan, mi naturaleza melancólica me lo exige, preciso echarme al suelo y esquivar balas perdidas que solo yo veo, que viven confinadas en mi imaginación. Necesito padecer para sentirme superviviente, para recuperar el sentido de la vida. Estoy agazapado, *aitite*, me arrastro por el suelo, pero no sé quién dispara. No sé cómo alcanzarte, no encuentro palabras, dardos, herramientas con las que comunicar lo que sufriste.

Intento hacerme un hueco entre la vocecilla de mi hermana. Debo decirle algo importante. Pero justo en el momento en el que intuyo la oportunidad, Ainhoa pronuncia una frase que me deja helado.

Nos dimos los hijos.

¿Qué has dicho?

Que nos dimos los hijos.

¿De qué estás hablando? ¿Quiénes os disteis los hijos?

Izaskun y yo. Nos dimos los hijos cuando ella estaba enferma, por si acaso nos pasaba algo malo a alguna de las dos.

¿Os disteis los hijos?

Claro; éramos hermanas, es normal. Por eso ahora soy la madre de sus hijos. Y por eso no entiendo que en la novela, en los bises, hayas puesto que soy generosa. No es verdad. Soy egoísta. Ellos, mis hijos, los seis que tengo ahora, me dan mucho más de lo que yo les doy. Me lo dan todo. Soy una privilegiada. En esa fotografía del País de Nunca Jamás está todo cuanto tenemos. Ellos me hacen feliz.

Un largo silencio se apodera del teléfono. Pero mi boca continúa escondiendo algo importante en su interior, y debe salir de ahí ya, porque no aguanto más. Intento reunir fuerzas para que no me tiemble la mandíbula.

Escucha, Ainhoa, lo he estado pensando y creo que es el momento de que lean los bises.

¿Quién quieres que lea los bises?

Aita y ama.

¿Estás seguro?

Sí. Lo que pasa es que me da miedo que malinterpreten el sentido de lo que he escrito. Dudo que sepa explicarme. No quiero hacerles daño.

Entiendo, prefieres que se los lea yo.

¿Harías eso por mí?

Imagino lo que ocurre en estos momentos. Como cada día, Ainhoa se encamina a casa de mis padres para plantarles treinta o cuarenta besos en los papos antes de dirigirse al trabajo. Llama al timbre, mi madre abre la puerta, y ambas sonríen, hablan a la vez, se abrazan como si no se hubieran visto en un mes. Aparece mi tía Marga, que vive con ellos, y se suma a la algarabía de lametones y palabras cruzadas. Mi padre aún está en la cama; necesita descansar mucho, aún no se ha recuperado del todo de su operación. Físicamente está mejor, pero su corazón continúa de luto, sufriendo.

¿Cómo por aquí?, pregunta cuando Ainhoa entra en su habitación.

Se aprecia en sus ojos un brillo de preocupación, de alerta. Hoy es sábado, y Martín está al tanto de que Ainhoa no trabaja los sábados; no tiene sentido que su hija madrugue en su día libre para hacerles una visita. El poso

amargo de las malas noticias pasadas activa sus defensas en cuanto observa algo que se sale de lo habitual. Mi hermana sonríe para tranquilizarlo, lo besa y se sienta junto a sus pies.

He venido a leeros algo, padre.

 S ?

Es de la novela.

 De la novela?  Pero s  ya hemos leído todo lo que ha escrito hasta ahora!

No, padre, aún no lo habéis leído todo.

Suena el teléfono. Aparto la mirada del ordenador y siento como si me quitara un trozo de esparadrapo de los ojos. No sí las horas que llevo pegado a esta máquina. Descuelgo el auricular y escucho la voz de mi padre, que siempre que llama parece que se ha confundido al marcar.

 A ver!

Hola, *aita*.

 Qui n eres?

Pues yo, *aita*, tu hijo.  Pero si me has llamado t !

Ah, es verdad, he llamado yo.

 Pasa algo?

Nada, no pasa nada.

Pues dime.

 Y para qué te he llamado?

 C mo quieres que yo lo sepa!

Pues no me acuerdo.  Seguro que no sabes para qué te he llamado?

Te prometo que no, aunque parezca mentira.

 Pues s  que estamos buenos, hijo!

Eso digo yo, padre.

Ah, ya me acuerdo: que me ha gustado.

 Que te ha gustado el qué?

Pues eso que has escrito.

 A qué capítulo te refieres?

No, no me refiero a un capítulo.

Entonces, ¿a qué?

A eso que es la novela pero no es la novela. Esas hojas en las que hablas de cosas de ahora.

¡Ah, los bises! ¿Y te parece bien?

Sí, muy bien. Lo que pasa...

¿Qué pasa?

Nada. Es que parece como si no fuera mi hijo quien ha escrito eso.

No te entiendo, ¿qué quieres decir?

Pues... que no sabía que eras bueno.

En un primer momento, al escuchar esa frase he sentido rabia. Con ella, Martín me ha dado a entender que hasta ahora pensaba que yo era malo, y eso lógicamente duele. Pero no puedo obviar que me ha llamado para decirme que *eso que es la novela pero no es la novela* le parece bien. Es decir, que está de acuerdo con el contenido de los bises. Y los bises nos señalan a ambos como culpables de nuestro desencuentro. Los dos sospechábamos que el otro era una mala persona, aunque ni siquiera podíamos estar seguros, porque somos unos auténticos desconocidos.

Eso es lo fuerte: cuarenta y cuatro años juntos, y no nos conocemos.

Pero esa distancia se acorta gracias al diálogo. Antes podíamos pasarnos meses sin hablarnos, hasta que el tiempo borraba el motivo de nuestro enfado, y al menos durante una temporada, tolerábamos la presencia del otro. Somos tontos.

Hoy sé que mi padre es buena persona, demasiado buena quizá, y por eso se equivoca, porque no puede ver que un hijo suyo se va a caer y no hacer nada por evitarlo. Piensa que mi madre y él han sufrido más que suficiente por todos nosotros. Se equivoca, pues por paradójico que resulte, debemos dejar que nuestros hijos, que nuestros seres queridos, se estrellen. Es la única forma de que encuentren su camino. No se puede cortar las alas al pájaro, *aita*, porque dejaría de serlo, y tú amas a ese pájaro.

Te quiero.

Yo también he prejuzgado a mi padre. En realidad estoy intentando perdonarme a mí más que perdonarle a él, porque eso ya lo hice hace años. Además Martín se esfuerza por comprender mi universo, lee mis pensamientos, capítulo tras capítulo. ¿Escucho yo los suyos, o los de mi madre, o los de alguien? Sí, todavía nos falta una conversación, pero llegará. Tal vez solo sea cuestión de un abrazo. Lo triste es que me faltan miles de conversaciones, millones de abrazos con todas las personas a las que quiero. A veces sospecho que es un problema de sobreentendidos. Sobreentendemos que los demás saben cuánto los amamos. Pero no es así, no lo saben; y necesitan escucharlo. He permanecido escondido bajo un perchero circular toda mi vida. Siempre he esperado que escampe la tormenta sin hacer nada, sin demostrar nada, ni frío ni calor, sin llorar, riendo lo justo, intentando que nadie me dedicara sus sentimientos, evitando una sola caricia. Todo puede cambiar. Todo debe cambiar. Está en mi mano, no en la de Martín. Pero el caso es que temo convertirme en un diablo bueno, en un diablo vulnerable. Por eso desconfío hasta de mi propio padre, y él desconfía de su propio hijo, aunque no seamos capaces de admitirlo porque nos duele demasiado.

¿Soy bueno? ¿Soy malo? ¿Tengo cuernos y rabo? ¿Tengo alas? Creo que soy todo eso y más. Las personas somos plastilina, moldeable, manipulable. Somos una bala o un beso.

Hace unos días Martín confesó a mi hermana que, al leer el capítulo de la carta que Juan le escribió en 1937 (la carta del árbol), sintió un escalofrío.

Son sus palabras, dijo, sus mismas palabras, sus ideas, su forma de expresarse. Es como si tu hermano hubiera conocido a Juan en persona.

Claro que conozco a Juan, padre. Vivo con él, a su lado, en la Luna. Juan soy yo. No sabes hasta qué punto. La guerra continúa, padre. Yo soy ese que tiene una piedra en la mano y no se atreve a arrojarla porque sencillamente es incapaz de hacerlo. Yo soy ese que te escribió una carta pidiéndote ayuda: esta novela. Tú eres quien me rescató, quien vio la luna en mi árbol. Me conoces desde antes de que naciera. Porque el odio, la envidia, la imposición, la injusticia, la guerra es eterna, en nuestra tierra y en todo el mundo. Y necesita

a quien engañar, a quien dirigir, a quien destruir. Se alimenta de gente normal, de buena gente y de sinvergüenzas, o de idealistas de tres al cuarto como yo, pobres tontos que no nos enteramos de nada, que vivimos en la Luna mecidos por una nube de algodón. La guerra existe desde siempre. Nos acompaña, nos asesina, nos convierte en criminales. A los diablos buenos y a los diablos malos. Morimos todos. Si alguien se cree a salvo, se engaña. Da igual el bando que elijas, o el bando que te elija a ti. Es el equivocado. Da igual si piensas que no estás en bando alguno. Lo estás. Al mantenerte al margen, sin querer, extiendes un cheque en blanco a los señores de la guerra. Yo soy Juan, *aita*. Yo soy ese que a veces no sabe si está vivo o muerto. Vosotros, mi padre y mi madre, con vuestro amor, sin saberlo, me salvasteis de esa guerra que nunca acaba, impedisteis que me acercara al combate que derriba todo lo que merece la pena. Por lo mucho que habéis sufrido, me he sentido incapaz de arrojar esa piedra, porque cabía la posibilidad de que infringiera a alguien una mínima fracción del daño que lleváis clavado en el corazón. Y eso no se lo deseo al peor enemigo. Además, si lo hubiera hecho, con toda seguridad esa piedra se habría convertido en una piedra perdida, y os habría herido de muerte a vosotros, y también a mí. Quiero que el petirrojo eche a volar, verlo cada mañana a través de mi ventana, escucharlo cantar, porque no es mío, no es de nadie; simplemente es. Las heridas deben cicatrizar. Debo vivir.

Escucho de nuevo la vocecilla del auricular.

¿Sabes lo que me dijo Ander cuando lo llevaba en brazos a casa después del susto de la tienda?

No. ¿Qué dijo?

Cuando yo sea mayor y tú seas pequeñita, yo te llevaré aúpas a ti.

Capítulo 43

No mires nunca debajo de la cama

Verano de 1937

*L*ucas despertó con los ojos empapados en mitad de la noche. Un extraño halo de luz anaranjada iluminaba la habitación y proyectaba miedo sobre una silla que estaba apoyada contra la pared... ¿Había alguien sentado, o era un simple abrigo colocado en el respaldo?

El niño se apresuró a cerrar los ojos para huir de aquella sombra. Pensó en su *ama*. Recordó sus rasgos, sus ojos verdes, su calor, su cariño, el crucifijo de plata que llevaba colgado del cuello, con el que solía entretenerse mientras ella le contaba un cuento muy largo para que se durmiera.

Entonces escuchó su voz. Su madre le hablaba desde el interior del colchón. Estaba acostado de lado, con la oreja derecha hundida en la cama, de tal forma que no le cabía la menor duda de que sus palabras salían de ahí dentro. Fue a decirle lo mucho que la echaba de menos y, apenas abrió la boca, se dio cuenta de que aquella voz no era de mujer, y además estaba llena de sufrimiento.

¡No, no quiero oírte, vete, vete de aquí!, ordenó el niño a la oscuridad.

Pero la voz insistía, continuaba susurrándole cosas al oído. Era el demonio. Estaba ahí, frente a él, sentado en la silla, cuchicheando por lo bajines para persuadirlo de que lo acompañara al infierno.

Tenemos que ir, no nos podemos quedar aquí, le apremiaba con su lengua viperina.

El pequeño hundió la cabeza bajo las mantas y buscó a Martín por toda la cama, pero no lo encontró. ¿Se lo habría comido el demonio?... El tormento persistía en sus oídos. Apretó las manos contra las orejas, pero era inútil, aquellas palabras vivían dentro de su cabeza, ahora era la voz de una bruja quien lo acechaba.

Sí, tenemos que marchar antes de que salga el sol, dijo la muy piruja.

Solo le separaban unos metros de la habitación de sus hermanas: debía refugiarse en los brazos de Paulina, allí estaría a salvo. Apretó los dientes y se dispuso a echar a correr a la de tres. ¡Una, dos, y...!

Nunca llegó a decir tres, porque a la de dos, al abrir los ojos y asomar el pie para salir disparado, comprendió que la luz misteriosa que envolvía la habitación procedía de debajo de su cama. Aterrado, volvió a sumergirse bajo las mantas. Para entonces Lucas ya no era Lucas, sino una bola de trapo. Sabía que bajo el colchón, a solo unos centímetros de sus ojos cerrados, ardía la hoguera del infierno, el fuego que devora a los niños que despiertan en mitad de la noche. Pero pasaba el tiempo y el demonio no venía por él. Se moría de miedo esperando lo inevitable. Tenía que abrir los ojos, aquella bruja le hablaba con el tono calmado de alguien que susurra un cuento a un niño medio dormido, y necesitaba un abrazo, aunque fuera del demonio.

Muy lentamente, fue descolgando su cabecita hacia la luz y, al llegar al infierno, descubrió que los diablos y las brujas que cuchicheaban bajo su cama eran sus propios hermanos. Paulina, Martín y Matilde estaban ahí abajo, reunidos en torno a una vela. Ellos también lloraban.

Despierta, Ratón. Venga, despiértate ya.

¿Martín?

Sí, soy yo.

¡Pero si aún es de noche! ¿Por qué me has despertado?

Porque te tengo que decir una cosa.

¿Ahora?

Es que es una cosa importante.
¿Y qué es esa cosa?
Que nos vamos.
¡No fastidies! ¿Os vais?
¡Pero si ya lo sabías!
¡Jolín, pero no pensaba que ibais a marchar tan pronto! Me voy a quedar solo.
Tú no estás solo, tú por lo menos tienes a tu *ama*.
Es verdad... Pero ¿os vais sin desayunar ni nada?
Sí, hemos de marchar antes de que despierten los demás.
Espera, que voy con vosotros.
No te molestes, no hace falta.
¡Si no me importa! Además seguro que no sabéis dónde está la parada.
Gracias, Ratón.
¿Por qué?
Por eso, por venir a despedirnos. Eres un buen primo.

La parada estaba llena de gente. Familias enteras aguardaban la llegada del autobús sentadas sobre maletas y paquetes de toda condición y tamaño. De alguno de los bultos asomaba la cabeza asustada de una gallina o la oreja atenta de un conejo. Había incluso un cerdito esperando como un pasajero más, si acaso con un poquito más de impaciencia. Al ver todo aquello, los niños cayeron en la cuenta de que no se les había ocurrido preparar nada para el viaje, ni provisiones, ni ropa de abrigo.

Ratón sacó del bolsillo media tableta de chocolate y se lo ofreció a Paulina para que la repartiera cuando les entrara el hambre. Era lo que le quedaba de su regalo de cumpleaños, que celebraron días atrás. La pequeña Sara, que también los había acompañado hasta la parada, quiso colaborar, pero por más que rebuscó en los escondrijos de su falda, lo único que encontró fue una mariquita despistada. Aun así, se la brindó a Matilde, que la recompensó con un beso.

Un autobús de color barro se aproximaba bailando al ritmo de los baches. Parecía un dromedario de los Reyes Magos, tenía una enorme joroba compuesta por todo tipo de cachivaches que hacían equilibrios sobre el techo. Los frenos del dromedario gritaron y el motor se detuvo con un suspiro quejumbroso. Los chiquillos advirtieron entonces que una masa de ojos los miraba a través de las ventanas como a rivales en un combate de boxeo. Por lo visto, aquel día el chófer se sentía incapaz de dejar a nadie tirado en la carretera, no paraban de desfilan bombarderos por el cielo, era evidente que algo muy malo estaba a punto de suceder. Un hombre se subió a la joroba e hizo una seña con el brazo para que le pasaran los equipajes a toda prisa. La gente se fue acomodando a presión en el autobús, no sin antes detenerse junto al chófer para pagarle. Los niños se quedaron perplejos: tampoco se les había ocurrido traer dinero.

No pasa nada, dijo Martín en voz baja para que no lo oyeran los mayores. Nos colaremos de uno en uno, ya veréis cómo nadie se entera.

Yo no quiero colarme, es pecado mortal, vamos a ir al inf..., consiguió protestar Matilde antes de que su hermano le tapara la boca.

Chsss, calla, que eso no es pecado.

¡Sí que lo es!

Que te digo que no lo es, tonta. Es como robar para comer.

¿Se puede robar para comer?

Chsss.

Sara se acercó a Matilde para despedirse con una sonrisa desdentada que había preparado, pero llevaba tantos minutos aguantando las lágrimas que salieron disparadas y cayeron como una lluvia de pena. Matilde se apresuró a abrazar a su primita.

Te voy a echar de menos mucho mucho, confesó Sara.

Mi muñeca también a ti, respondió Matilde.

Pero no había tiempo para despedidas. Martín se colocó junto a la puerta y se dispuso a ir dando paso a sus hermanos al interior del dromedario aprovechando los momentos en los que el chófer se distraía contando las vueltas. Lucas entró el primero. El pobre era tan pequeñito que pasó como una comadreja entre la gente que bloqueaba el pasillo, y ni él mismo pareció darse

cuenta de que había llegado al fondo, pues por poco sale disparado por la ventana de atrás. Luego le llegó el turno a Matilde. Tenía la cara más colorada que una bombilla encendida, de tal forma que algunos pasajeros tuvieron la impresión de que un rayo pasaba entre sus piernas. La actuación de Paulina, sin embargo, fue mucho más profesional. Nada más subir al dromedario, se agachó como para recoger algo que se le había caído y no levantó la nariz del suelo hasta que topó con los piececitos de sus hermanos.

Solo quedaba Martín. El primo lo miró con pena y se dieron un fuerte apretón de manos, como acostumbran a hacer los mayores siempre que se despiden sin saber hasta cuándo. Pero qué demonios, aquello les supo a poco y acabaron por fundirse en un abrazo muy gordo. Martintxo sintió el hipo en la tripita de Ratón.

Hip, ¿vendrás a visitarme algún día?

Claro, a mí me gusta mucho tu pueblo.

¿Tú crees que nuestros padres regresarán pronto?

Ya verás, seguro que consiguen escaparse. Mi padre es muy listo.

Y el mío, el más fuerte del mundo.

Es verdad.

¿Te puedo hacer un regalo, *hip*?

¡Hombre, Ratón, ya sabes que para eso no hace falta que me pidas permiso!

Quiero darte mi pistola, *hip*, para que te defiendas.

¿Tu pistola de madera de higuera?

Sí, lo que pasa es que se me ha olvidado ponerle gatillo.

Gracias, pero quédatela tú. Yo ya tengo el tiragomas.

Hip, pero yo es que te la quiero dar.

La vas a necesitar, aquí también hay guerra. Pero ponle gatillo, que si no...

Te juro que yo no sabía que había guerra, *hip*. No sé cómo ha podido pasar.

No te preocupes, da igual. Pero no olvides hacer balas y recoger piñas.

¿Recoger piñas? ¿Para qué?

Para tener bombas en casa, por si vienen más soldados.

¡Ah!, ¿pero las piñas son bombas?

¿No lo sabías o qué?

¡Claro que lo sabía, qué te crees!

Lo siento, pero tengo que subir ya.

¿Sabes qué?, *hip*, yo creo que vas a ganar la guerra, Martín.

Y tú.

Hip.

La madre de Ratón estaba muy preocupada: ni ella ni las hermanas de Juan habían visto a ninguno de sus sobrinos en toda la mañana. Y sabía que sus hijos ocultaban algo.

Muy bien, por tercera y última vez, ¿dónde están?

...

¿Dónde demonstre se han metido vuestros primos?

...

¿Me vais a obligar a castigaros?

...

Mira que os dejo de querer, ¿eh?

¡¡¡No, *ama*, eso no!!! Se han escapado..., se han escapado a un sitio secreto.

¿Cómo?

Que se han escapado a un sitio secreto.

¡Sara, por el amor de Dios, qué estás diciendo! ¡Cómo que se han escapado!

¡*Amatxu*, yo no he sido!

¡Hija mía, ya sé que tú no has sido! Pero ¿dónde están tus primos?

¿Me vas a dar un cachete?

No te voy a dar ningún cachete, cariño, pero ¡dímelo ahora mismo, por favor!

Están..., están...

¡Hija, no me tengas así! ¿Dónde, dónde están?

En un autobús de color marrón.

La madre de Ratón cayó al suelo redonda como una pelota. Las hermanas de Juan la condujeron a la cama para que se recuperara del soponcio y rápidamente, sin perder un solo segundo, salieron decididas a tomar el próximo dromedario de color marrón. Pero al llegar a la parada, una vecina les advirtió que no esperaran en balde, pues acababan de dinamitar los puentes. Les dijo además que las autoridades habían desaparecido, lo que daba a entender que los rebeldes se encontraban a las puertas del pueblo.

De regreso en el caserío, sorprendieron a la madre de Ratón cavando un agujero en la huerta. Pretendía enterrar los ahorros de la familia. Estaba histérica, alguien le había dicho que desde lo alto de la iglesia se veían tropas fascistas avanzando hacia Isuma. Debían esconder el dinero y marchar al refugio a todo correr.

Ratón y Sara aguardaban a la sombra del gran roble. Estaban muy tristes, echaban de menos las risas y hasta las mentirijillas de sus primitos. Y entonces, paradójicamente, sobre sus cabezas sonó esa extraña carcajada, *¡jui jui jui juiiiii!* Pero no le prestaron atención pues no tenían oídos para nada.

Cinco metros por encima de los críos, aquel pájaro carpintero volvió al ataque, aunque esta vez puso el buche lo más duro que pudo para que el sonido saliera de su pico con toda la fuerza que le permitía su escaso tamaño, *¡jui jui jui juiiiii!* Estaba cabreado. Alguien, probablemente un humano, había colgado una cosa blanca de la rama que acogía a sus polluelos. No tragaba a esos humanos, siempre dejándolo todo perdido. Comenzó a picotear como un descosido, *¡toc toc toc toc toc!*

Ratón sintió un golpecito en la cabeza, y de refilón, vio que un pájaro de colorines le pasaba por encima y se internaba en el bosque en vuelo rasante.

Lo que me faltaba, se dijo el niño mientras se echaba la mano al pelo. Creo que ese picapinos me acaba de cagar en toda la cocorota.

Pero al retirar la mano, comprobó que estaba limpia.

¡Mira, Ratón, mira lo que nos ha regalado ese pajarito!, exclamó Sara con los ojos como platos.

Su hermanita sostenía un sobre, un sobre blanco.

Capítulo 44

El mensaje del pájaro carpintero

Verano de 1937

*H*ola, Juan:

Te escribo esta carta porque no voy a poder abrazarte en unos días y no quiero que pienses que me olvido de ti. Es que tengo que ir a un sitio secreto. Pero no te preocupes, porque seguro que en ese sitio secreto hay otro árbol y podemos seguir hablando y eso. Ya, a mí también me gustaba este, sobre todo porque es hueco, pero qué se le va a hacer. Ahora estoy escondido dentro del agujero con una vela. En casa todos están dormidos, pero yo no tengo sueño. Estoy un poquito nervioso porque mañana, antes de que salga el sol, yo y mis hermanos vamos a ir en busca de nuestra *ama*. Igual tú no lo sabes, pero de repente se ha puesto muy malita y se la han llevado a un hospital que está en ese sitio secreto. Bueno, vale, a ti si te lo voy a contar. El sitio secreto se llama Santander, y es una ciudad que está lejísimos. La tía nos ha prometido que *ama* se va a curar enseguida, pero nosotros no queremos dejarla sola con esa palabra mala. Perdona que no la diga, pero, según Myriam, lo que no se dice no existe, y por eso no quiero decirla. ¡Ah, por cierto!, se me ha ocurrido que si te dan miedo las balas perdidas, no tienes que nombrarlas nunca, pero nunca nunca; y ya está, no te podrán hacer daño. ¿A que es buena idea?

¿Sabes?, no hemos avisado a los mayores de que nos vamos. Ya sé que está mal, pero es que no nos iban a dejar marchar y echamos mucho de menos a *ama*. Encima al padre y al tío les ha pasado una cosa que no veas: ¡se los han llevado unos soldados! También se han llevado las vacas. La tía dice que los han secuestrado, pero yo no sé qué significa eso.

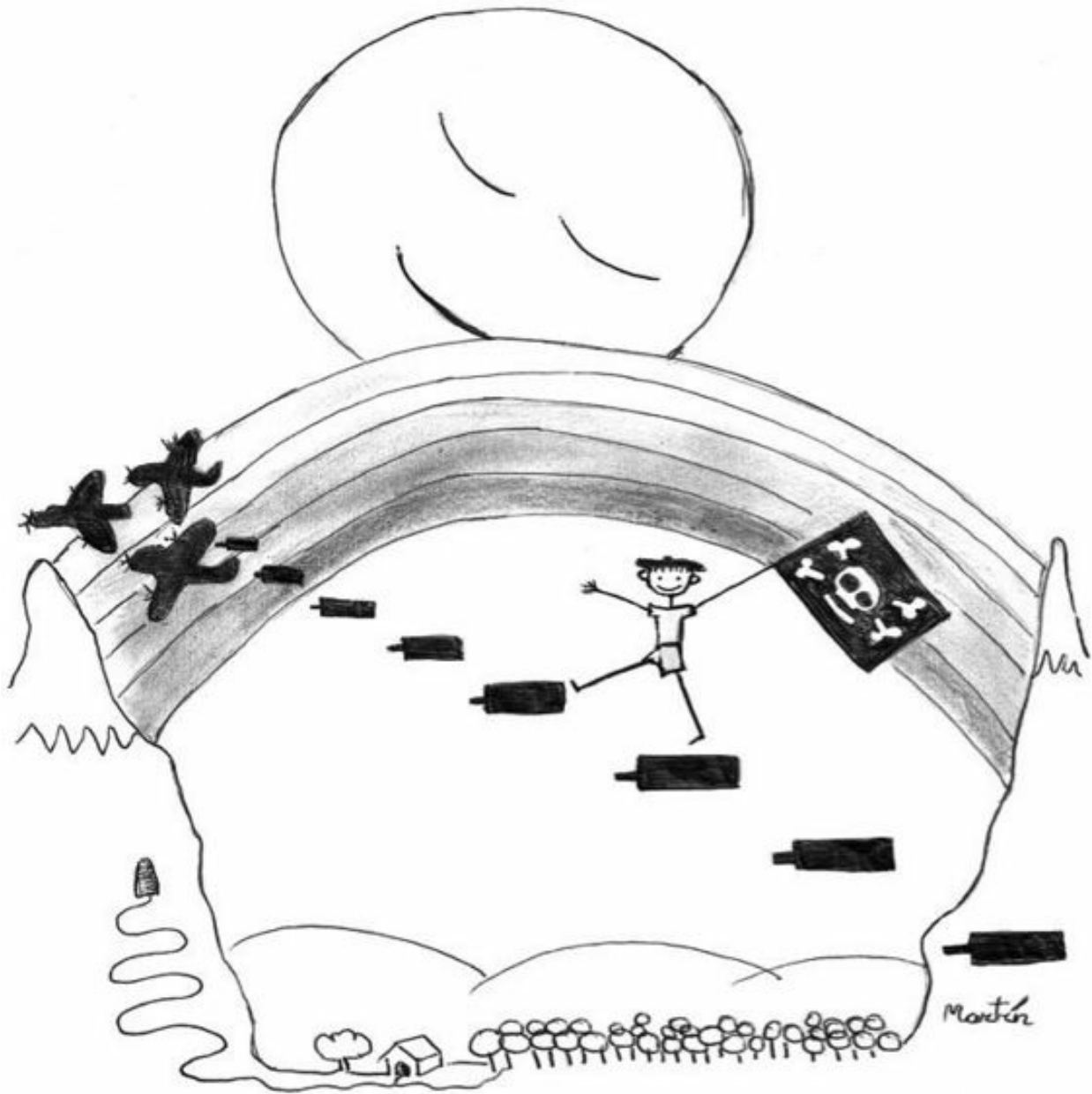
Juan, ¿tú también estás solo? Yo mucho mucho. He intentado ir a la Luna a hacerte una visita, pero no te creas que es nada fácil, porque el arcoíris está lejísimos y por más que corro no acabo nunca de alcanzarlo. Yo no sé cómo te has podido subir ahí arriba, la verdad. Lo he intentado todo, pero no hay manera. Fíjate, hasta le pedí a Ratón que me lanzara con el aeropuerto secreto a ver si llegaba a colgarme, pero no encontramos una goma tan grande como para mí. Luego se me ocurrió que podríamos robar un mosca, pero resulta que en Isuma no hay moscas en el cielo; aquí

solo hay alemanes. Ayer pensé en subir volando con una sábana gigante, como los paracaidistas. Ratón dice que eso es imposible, pero él no sabe nada de guerras. ¡Ah!, igual no conoces a Ratón. Es mi primo. Se llama Dimas, pero ten cuidado, que si le llamas así se enfada; no le gusta su nombre. Creo que al final voy a tener que subir al arcoíris con una escalera, porque lo de la sábana yo tampoco lo veo. Bueno, también podrías bajar tú de la Luna, ¿no?

Yo no me creo que te hayas muerto. Los muertos no escriben cartas, ¿a que no? A mí me gustaría que me escribieras muchas, pero no sé adónde me las vas a poder mandar a partir de ahora. A ver si se te ocurre algo. Lo que no entiendo es por qué te has ido. ¡Vuelve, hombre, que ya sé cómo puedes ganar la guerra sin tener que matar a ningún señor! Es muy fácil, solo has de hablar con la Luna y pedirle que cambie las sombras de sitio para que los rebeldes se pierdan. Tú puedes hacerlo, estás ahí. Yo también puedo, porque soy Ieltxu, pero a ti te pilla de paso. Bueno, me tengo que ir; he de despertar a mis hermanos, no podemos perder el autobús. ¿Tú has subido alguna vez a un autobús? Yo no. Tengo muchas ganas de ver a mi *ama*.

He estado pensando y no sé, pero me da que esta guerra está mal hecha, es muy rara. Pero lo más raro de todo, y con diferencia, es lo de los alemanes. ¿Tú sabes por qué han venido desde su país hasta aquí a tirar bombas? Te echo de menos.

MARTÍN ABRISQUETA MENDÍBIL



Capítulo 45

El viaje a ninguna parte

Verano de 1937

*E*l dromedario avanzaba a paso mula debido a que los alemanes se habían entretenido haciendo agujeros en la carretera. Los niños iban con la nariz pegada al único trocito de ventana que habían encontrado libre, desde el que saludaban a los camiones repletos de soldados que los adelantaban sin cesar. Martín estaba de morros porque no se habían cruzado con un puñetero tanque en todo el trayecto. Definitivamente la guerra civil era una birria.

Cuando llevaban unas seis, siete o catorce horas de viaje, una señal de tráfico les devolvió la esperanza de recuperar la circulación sanguínea. La pobre señal agonizaba en la cuneta retorcida por el impacto de una bomba, pero a pesar de ello, entre estertores, consiguió informarles de la distancia que los separaba de un beso:

SANTANDER 15

Sintieron un gran alivio, pero no solamente por el hecho de encontrarse ya tan cerca de su madre, sino porque aquella señal apuntaba directamente al suelo, lo que sin lugar a dudas indicaba que el País de Ninguna Parte se hallaba en el centro de la Tierra. Bueno, vale, tal vez no el mismísimo centro, pero sí en los suburbios. En cualquier caso, a quince kilómetros bajo la

superficie del planeta, lo cual, teniendo en cuenta las barrabasadas de la aviación alemana, era un emplazamiento inmejorable para un hospital.

La preocupación regresó a sus caritas cuando, poco más adelante, la silueta de la ciudad apareció recortada contra el horizonte. ¡Era horrible, el País de Ninguna Parte estaba en plena corteza terrestre!

No nos podemos fiar de nadie, murmuró Martín para sus adentros. Hasta las señales de tráfico mienten a los niños.

De todas formas, a medida que fueron aproximándose al horizonte, recobraron el ánimo. Desde el dromedario, Santander parecía un lugar de cuento de hadas: las olas del mar y una ciénaga inmensa amurallaban la ciudad, y aunque no podían asegurarlo, pues apenas distinguían nada a través de aquel trocito de ventana embarrado, tenía toda la pinta de que aquella fortaleza de olas estaba defendida por un ejército de garzas reales, somormujos, zampullines y piratas. Lo que sí apreciaban con claridad era el aroma de la ciudad secreta: olía a verano. Olía tanto a verano que el salitre les hacía cosquillas al respirar y enseguida se declaró una tormenta de estornudos repentinos en sus narices; pero ninguna madre se preocupó de limpiarles los mocos.

El autobús se detuvo con un toque de claxon y un hombre bajito se encaramó al techo del dromedario y comenzó a catapultar bultos al aire. Los pasajeros se lanzaban en plancha por turnos, como hacen los porteros de fútbol cuando entrenan. Decían «¡Mío, mío!», como si el bulto que caía del cielo fuera un balón disputado en el área. A un señor le metieron un gol por toda la escuadra, y hasta se rompió la pelota del tremendo trallazo. Una gallina que estaba prisionera dentro del balón aprovechó el desconcierto y trató de escapar medio volando y con el culo encogido, como medio vuelan las gallinas, pero otro señor que estaba mirando con ojos de búho la atrapó de un salto y se la llevó a todo correr.

Los niños, como no tenían equipaje, se pusieron en camino sin más demora; para desgracia de Lucas, que siempre se pedía ser portero del Athletic cuando jugaba al balompié, y no tuvo oportunidad de demostrar sus habilidades. Se le enfadó un poco la ceja izquierda, pero enseguida se le pasó. Tras caminar un rato sin pies ni cabeza, porque se les habían perdido en las

estrecheces del viaje, decidieron preguntar a un señor con bombín que tenía pinta de saber algo y que les recordaba vagamente a Charlot, por lo que les pareció digno de confianza. Ya era un poco tarde para ponerse a buscar el hospital, así que se interesaron por algún lugar donde pasar la noche.

¡Cómo!, ¿no tenéis adónde ir?, se extrañó el señor del bombín mientras se atusaba el bigote. Pues supongo que deberíais ir al cine.

¿Al cine?, se sorprendieron los niños.

Ya no les cabía la menor duda, aquel individuo era Charles Chaplin de paisano.

A cuatro manzanas de aquí hay un cine donde duermen refugiados, precisó Charlot señalando con la punta del bastón en una dirección indeterminada, pues tenía muy mal pulso.

Los niños supusieron que esa palabra, «refugiados», tenía algo que ver con ellos, así que ni cortos ni perezosos se dirigieron a aquel cine que había sido construido específicamente para alojar los sueños de los niños en su situación. Estaban de suerte. Aunque la alegría les duró muy poco, porque en menos de lo que tarda un estornudo en decir *achís*, ya se habían perdido en un laberinto de callejuelas y no se atrevieron a preguntar otra vez porque les daba vergüenza y porque tampoco se encontraron con ningún otro actor que les resultara familiar.

Tengo miedo, dijo la muñeca de Matilde.

No era la única. Los niños, por naturaleza, temen a los laberintos de caras desconocidas, a los ojos escondidos y a las esquinas que no conducen a ningún sitio visible aunque tengas el cuello muy largo. Fue por eso que sus pasos se encaminaron hacia el rumor del mar, y después de mucho andar, llegaron a una playa.

Ssssssssssss, ssssssssssss, decían las olas, como una madre que trata de calmar el dolor a su hijo.

Aquella era una playa rica, la gente paseaba por la orilla elegantemente vestida, sujetando paraguas a pesar de que ninguna nube presagiaba lluvia. Allí solo existía el verano, no la guerra. A la derecha, más allá de unas rocas donde estaba alojada una familia de carramarros gigantes, nacía una península selvática coronada por un enorme castillo.

¿De quién es esa casa tan grande?, preguntó un niño con un jersey rojo y zapatos brillantes que jugaba con un aro.

Ese es el palacio del rey, respondió la señorita que lo acompañaba, que lucía una servilleta blanca en la cabeza a juego con el delantal.

A Martín las palabras de la señorita de la servilleta le picaron la curiosidad. Lo único que sabía del rey era que se había muerto hacía mucho. Recordaba el jolgorio que provocó su entierro en La Peña. Pero no había imaginado que, en vida, aquel desventurado monarca hubiera disfrutado de los placeres típicos de un rey de verdad, es decir, que hubiera vivido en un castillo lleno de princesas y dedicado todos sus esfuerzos a combatir el mal montado a caballo y con una lanza en ristre, como demostraban los hechos.

Quiso preguntar a la señorita de la servilleta si sabía poco más o menos a cuántos malvados había matado el rey, pero no se atrevió porque no era rico. Se ajustó los prismáticos contra los ojos para contemplar el castillo de cerca y descubrió algo que le llamó mucho la atención. A no demasiada distancia de la península selvática se distinguía una isla con un faro plantado en todo lo alto. El mar embestía una y otra vez contra la isla, pero miles de millones de pájaros se bebían las olas antes de que pudieran hacerle daño.

Se sentaron en la arena y se repartieron el chocolate de Ratón. Les tocaron a cinco onzas por cabeza. Luego se dejaron mecer por las olas, el sol y el cansancio, hasta que poco a poco, sus cabecitas cayeron dormidas una encima de la otra. Parecían una camada de perritos echando la siesta.

Martín abrió el ojo derecho y vio que la isla de los pájaros le hacía señas con una luz intermitente.

¿Los faros funcionan de día?, se preguntó.

Le extrañaba sobre todo que aquellos destellos no girasen en redondo, como los haces de luz de los faros del País Vasco, sino que duraban lo que un deseo.

¡Ay va, el faro es mágico! ¡Navega!, exclamó muy bajito, para no despertar a sus hermanos.

Efectivamente parecía que esos enigmáticos destellos habían comenzado a desplazarse hacia un lado. Abrió el ojo izquierdo, no fuera que el derecho lo estuviera engañando (es que era un poquito vago), se colocó los prismáticos y se le heló hasta el aliento: la sombra de un enorme barco asomaba justo por detrás de la isla de los pájaros. De pronto, una especie de presentimiento le hizo volverse y se encontró con que la playa sin guerra estaba completamente desierta. Pero no tuvo tiempo de abrir la boca por la sorpresa, porque, *¡zssssssssssss!*, un obús cruzó silbando por encima del País de Ninguna Parte. Y enseguida otro, y otro más: *¡zssssssssssss, zssssssssssss!*

Espabiló rápidamente a sus hermanos: no podían quedarse a dormir allí, en aquella playa también había guerra. Vagaron por la ciudad vacía durante horas o años, acompañados por la melodía de los obuses, pero se les hizo de noche y continuaban sin dar con el cine de Charlot. Paulina llevaba a Lucas en brazos; apenas podía con él, pero el pequeño estaba rendido. Llegaron a un barrio pobre y reconocieron la calle donde se habían apeado del dromedario. Debían estar cerca, no había más remedio que preguntar. Paulina se puso roja como un tomate y se dirigió a una señora que corría y a pocas la atropella.

Perdone, ¿me puede decir dónde hay un cine para re, re, re...?

Hija, no te entiendo, ¿qué dices?

Es que no me acuerdo de la palabra: re, re, re...

Pues intenta hacer la pregunta sin esa palabra.

Vale, a ver si me sale.

Venga, tranquila, que puedes.

Por favor, ¿me puede decir dónde duerme la gente como nosotros?

¿La gente como vosotros?

Sí.

La mujer miró a los niños uno a uno, y poco a poco se fue dibujando la tristeza en sus facciones.

¿Estáis buscando un sitio para transeúntes?

Igual sí.

Yo el único sitio para transeúntes que conozco es un comedor.

¿Un comedor? ¿Y allí dan de comer a la gente como nosotros?

Supongo.

¿Y está muy lejos ese comedor?

Está aquí mismo, a la vuelta.

¿Nos puede acompañar? Es que no somos de aquí.

Claro, hija, aunque no tiene pérdida. Vamos.

La mujer los condujo hasta la esquina y señaló el edificio. Luego se quedó observando cómo se alejaban aquellos cuatro renacuajos. La cabeza del más pequeño colgaba por la espalda de la que debía ser su hermana mayor. Parecía un trapito, un muñeco con el cuello desmadejado. Reanudó la carrera.

En la puerta del edificio estaba escrita con tiza la palabra más bonita que existe: «Comedor». Llamaron y, al de un rato largo, cuando ya estaban a punto de caer por el precipicio de la desesperación, una señorita abrió la puerta. Paulina volvió a encenderse como un tomate.

Por favor, ¿nos puede dar un poco de comida?

El comedor está cerrado. Tendréis que venir mañana a las doce del mediodía.

¿Mañana? ¿A las doce?

Sí, es la hora en que servimos.

Pero...

Lo siento.

Es que somos transeúntes.

¿Sois transeúntes?

Sí, señorita.

¿Estáis solos?

Sí, señorita.

Esperad un momento.

La señorita cerró la puerta y apareció cinco minutos después con unos trocitos de queso que les dijo que era de Holanda. Una estrella fugaz iluminó la mirada de los niños.

Señorita, ¿sabe dónde hay un cine donde dejan dormir?

No sé, yo conozco un cine que no está demasiado lejos de aquí, pero...

¿No está demasiado lejos?

No, pero no sé si os dejarán dormir dentro.

Es que somos transeúntes.

Sois refugiados, cariño.

Eso.

Entonces, ¿no nos van a dejar dormir?

Bueno, tal vez lo hayan habilitado para eso. Esperad, que os dibujo un mapa.

¡Nos va a dibujar un mapa, nos va a dibujar un mapa!

Sí, Matilde, nos va a dibujar un mapa, pero no molestes a la señorita.

¡Yo quiero verlo, yo quiero verlo!

¿Te llamas Matilde?

Sí, y me apellido Abrisqueta Mendíbil Gardeazábal Zalacaín.

¡Qué barbaridad, cuántos apellidos tienes!

Tengo más, pero no me acuerdo.

Ya está. Toma el mapa, cariño.

Gracias, señorita.

Recordad que mañana podéis acercaros a comer a las doce, ¿vale?

Vale.

Martín y Matilde se ocuparon de interpretar el mapa del tesoro y, a pesar de las graves divergencias que suscitó entre ambos, llegaron a la dirección marcada con la equis sin mayor problema. Aunque al entrar en el cine de Charlot pensaron que se habían equivocado de equis. Aquel cine era muy feo, los asientos eran simples bancos corridos, semejantes a los de la iglesia de Santa Teresita, y por no tener, no tenía ni pantalla para ver las películas. En su lugar solo había una pared oscura. Por si eso fuera poco, estaba atiborrado de gente y olía a podredumbre, pues no tenía ventanas por donde pudiera escapar tanta angustia.

Encontraron un huequecito en la tercera fila y se comieron el queso de Holanda en un periquete. No estaba mal, aunque apenas consiguió calmarles el hambre. Después se juntaron lo más que pudieron para darse calor, y así, sentados en un banco de madera, frente a una pared oscura, se dispusieron a pasar su primera noche en el País de Ninguna Parte. Martín trató de imaginar a Bob Estele galopando por el desierto de manchas de la pared, pero no lo consiguió.

Un señor se acercó a los pequeños.

¿No tenéis manta?, preguntó con voz muy seria.

No, respondieron atemorizados.

Entonces el señor de la voz seria le quitó la manta a un señor con barba que estaba echado en el suelo y se la alcanzó a los niños.

¿No le da vergüenza?, dijo el señor de la voz seria al antiguo propietario de la manta.

Un silencio espeso se abrió entre sus miradas, hasta que sonó la sirena.

¡Tuuuuuuuuuuuuuuuuu!

¡Rápido, rápido, síganme, yo sé dónde hay un refugio cerca!, gritó el señor de la voz seria mientras hacía gestos con los brazos como si tratase de empujar el viento hacia la calle.

¡Tuuuuuuuuu! ¡Tuuuuuuuuu! ¡Tuuuuuuuuu!

Al escuchar la señal de ataque inminente, el cine cobró movimiento como si le hubieran puesto patines en los pies, y los transeúntes desaparecieron del mapa de la señorita arrastrados por una corriente. Todos excepto los niños. Matilde y Lucas estaban tan dormidos que ni la sirena más potente del mundo hubiera conseguido despertarlos de su derrota, y Paulina se sentía incapaz de caminar un solo metro más con su hermanito aúpas.

Martintxo salió a la calle por si acaso los atacaba un Messerschmitt de última generación, pero el único espectáculo que pudo contemplar fue el de las luces de las casas apagándose una tras otra. Era bonito; a medida que la ciudad secreta se quedaba a oscuras, se encendían más y más estrellas en el firmamento. La última lucecita en desaparecer fue la de una buhardilla que se encontraba justo encima del cine, y al momento, escuchó pasos apresurados bajando por las escaleras. Entonces estalló la primera bomba.

¡Boooooouuumm!

Los pasos se convirtieron en gritos.

¡Boooooouuumm!

Y los gritos pasaron a todo correr a su lado.

¡Boooooouuumm!

Eran dos mujeres. Una de ellas llevaba un niño en brazos. Lo apretaba contra el pecho, lo protegía con su amor.

¡Boooooouuumm!

Los gritos desaparecieron en la noche perseguidos por el gigante.

¡Boooooouumm! ¡Boooooouumm! ¡Boooooouumm!

Mañana, mañana estaré contigo, dijo Martín a la noche.

Las estrellas dibujaban el rostro de su madre en el cielo.

Capítulo 46

La cama del rey

Verano de 1937

*D*espertaron a primera hora de la mañana y no había nadie en el cine, ni siquiera un fantasma. Se desperezaron como los gatos, estirando los brazos con las manos abiertas, y salieron a la calle con las legañas puestas, no fuera que toparan con algo que no les interesara ver. No obstante, la precaución resultó inútil: la ciudad estaba desierta, tranquila como un león dormido. Tanto es así que un saltamontes aprovechaba la circunstancia para dar volatines a sus anchas.

¡Pero dónde se habrá metido todo el mundo!, protestó Martín.

¡Booouum! ¡Booouum!, respondieron los alemanes.

¡Ah, claro, seguro que están en el refugio!, dedujo el chaval con la perspicacia dibujada en las cejas.

¿Vosotros habéis oído la sirena?, preguntó Paulina.

No, confesaron las legañas a coro.

Con su actitud indiferente, los niños intentaban convencerse de que no pasaba nada; es decir, que no llovían bombas. Y no es que trataran de evitar caer en provocaciones, sino que algo, en el fondo de sus molleras, les decía que de lo único que debían preocuparse aquella mañana era de localizar a su

madre. Aunque antes tenían que asearse y comer un poco; no se podían presentar en el hospital sucios y con mala cara.

¡Booouum! ¡Booouum!

Sin embargo, las orejas de Matilde y de Lucas no atendían a razones y abogaban por ir al refugio a la mayor brevedad. Paulina, que no pensaba perder el tiempo discutiendo con unas orejas, arrancó un cartel de la pared (en el que se leía una cosa muy rara: «No pasarán, pasaremos»), hizo cuatro bolitas con el papel y se las colocó a los pequeños entre el tímpano y la trompa de Eustaquio, al objeto de que las orejas no se les distrajeran con ningún ruido y estuvieran formales.

¡Booouum! ¡Booouum!

¿Oís algo?, les preguntó.

¿Qué?, respondieron las legañas.

Así me gusta. Venga, arreando.

¿Qué?

Echaron a andar y, después de tres manzanas, treinta y cinco pasos y un pie, según las cuentas de Lucas, llegaron a una plaza que tenía una fuente en medio y se pusieron a la cola para lavarse, pues había unos jilgueros dándose un chapuzón. Es lo que tienen las guerras, siempre hay que hacer cola para todo. Los pajaritos cantaban a pleno pulmón, como cualquiera que se precie bajo la ducha, pero, *¡booouum!, ¡booouum!*, no podían competir con los trinos de los alemanes. Humillados, se retiraron con las plumas en los bolsillos.

Era el turno de los chavales. A diferencia de los jilgueros, que se habían fregoteado a conciencia, ellos se acicalaron al estilo gorrión, que consiste en humedecer ligeramente las extremidades, hacer dos gárgaras y punto. Desde luego, Ninguna Parte era un país maravilloso: allí no tenían obligaciones, ni había vacas, ni escuela, ni nada de nada. Vamos, que daban ganas de hacer el indio, o qué se yo, saltar charcos o abrazar farolas (había muy poquitos robles). Era un mundo para ellos solos. Pero no hicieron nada de eso porque se les había olvidado cómo se jugaba. Solo podían pensar en su madre.

Tengo hambre, confesaron las tripas de Matilde.

¡Pues vamos, que hay que encontrar ese Chevrolet!, ordenó Martín.

El chaval lo decía porque se había pasado la noche espiando las conversaciones de los transeúntes de la segunda fila, y les oyó decir que había un camión que se dedicaba a recorrer la ciudad repartiendo víveres entre los necesitados. La palabra «víveres» debía ser de otro idioma, o en su defecto, constituía un mensaje cifrado del servicio secreto, pero por el contexto, dedujo que significaba «latas de bonito». Tenían que aprovechar ahora que no había gente en la calle para dar con ese Chevrolet (un camión caritativo solo podía ser de esa marca). Pero casualidad, en ese mismo instante, *¡tuuuuuuuuuuuu!*, sonó la sirena que daba por terminado el bombardeo de las nueve menos cuarto y les chafó el plan, porque una multitud de escarabajos salió de debajo de las piedras e hizo estallar la ciudad en mil palabras.

¡Compro oro, compro joyas!, gritaban aquí y allá. ¡Señor, no le venda el reloj a ese, que paga mal! ¿Se va a fiar de lo que le diga un don nadie? ¡Compro, compro oro!

Por alguna razón desconocida, todo el mundo quería comprar oro aquella mañana. Insistían tanto que hasta los niños sintieron unas ganas irrefrenables de vender uno o dos quilates, y se fueron a otra parte para no caer en la tentación.

Llegaron a un puerto que tenía pocos barcos y ningún pescado, por lo que dedujeron que debía ser donde atracaban los buques piratas que custodiaban la bahía. La mirada de los piratas, sin embargo, habitualmente jocosa y juguetona, se veía muy triste, perdida en la lejanía. Algo invisible, allá donde acaba el mar y comienzan las pesadillas, parecía inquietarlos. En un rinconcito del puerto vieron una muchedumbre apelotonada y se acercaron a ver qué pasaba.

¡A ver si cogéis esta, *raquerucos!*, gritó un señor que solo tenía una ceja que le cruzaba la frente de lado a lado como una herida de sable.

Nada más decir esto, lanzó una moneda al agua todo lo lejos que pudo, que fue bastante, y unos niños se tiraron de cabeza a rescatarla. Un buen rato después, un pelirrojo emergió sonriendo con la moneda entre los dientes y recibió el aplauso de los presentes. No pasaron ni tres segundos cuando otro señor, este con dos cejas y un mostacho, lanzó otra moneda y se repitió la operación.

Por su aspecto, aquellos niños que se dedicaban al salvamento de monedas ahogadas parecían casi tan necesitados como ellos, pero se habían buscado una forma elegante de ganarse la vida. Martín reconoció que era una idea genial, porque a nadie le importa que no le devuelvas una moneda cuando las has tirado tú mismo, a no ser que seas un tipo raro, que los hay. Es como si arrojas un palo y te enfadas porque el perro no te lo devuelve. ¡Ahora es de él, qué te crees! Aquellos muchachos eran muy listos. Se dirigió al pelirrojo.

Oye, tú, ¿sabes de un sitio donde podamos encontrar cosas?, preguntó como quien no quiere la cosa.

¿Qué cosas?, se interesó el pelirrojo intrigado.

Pues comida y eso, ya sabes, precisó Martín rascándose el cogote, con calculado disimulo.

Comida no sé, pero a veces se encuentran cosas andando por las vías del tren, señaló el pelirrojo mientras escondía la moneda dentro del calzoncillo, pues ese niño preguntón no le daba buena espina.

Martín se dispuso a acabar con su paciencia preguntándole por el paradero de las vías del tren, pero a lo lejos, una locomotora resolvió la cuestión silbando y echando humo por las orejas.

Chuuuu, chuuuuuuuuu.

Los cuatro hermanos se encaminaron hacia el humo a paso ligero. La travesía resultó penosa, tuvieron que saltar una valla y cruzar un campo minado de lagartos veraniegos, pero al final lograron alcanzar las vías. Eran fascinantes. Si hubieran contado con la moneda del pelirrojo, a buen seguro que la habrían sacrificado para que el tren se entretuviera aplastándola, pero como no tenían una perra gorda, se pusieron a hacer equilibrios por uno de los raíles. Al poco, ya le habían cogido el callo y no se caían ni a empujones, pero un convoy abusón, largo y feo, les silbó como un chulapo de bar y se bajaron de la vía a regañadientes.

Chuuuu, chuuuuuuuuu.

Era incomprensible que fuera tan jactancioso, porque no era sino el típico tren de ganado que, por no tener, no tenía ni ventanas. Bueno, para ser justos había que admitir que tenía algo especial oculto en su interior, pues por los

respiraderos de los vagones no asomaban pezuñas como cabía esperar, sino manos, muchas manos. A Matilde le dieron pena aquellas manos.

¿Adónde se las llevan?, preguntó la muñeca.

Como ninguno de sus hermanos encontró una respuesta en su boca, en cuanto los raíles quedaron libres volvieron a hacer equilibrios y no pensaron más en ello. Anduvieron durante muchísimo tiempo, lo menos una semana, pero no hallaron comida por ningún lado, y eso que miraban debajo de cada piedra.

¡Ese pelirrojo nos la ha dado con queso, se va a enterar!, sentenció Martín.

Para entonces estaba convencido de que lo único que había pretendido ese cabeza de zanahoria mandándoles a las vías del tren era alejarlos de su negocio.

A Lucas entretanto se le tronzaban los pasos, y al mirar hacia abajo para ver qué demonios les ocurría a sus piernas, se dio cuenta de que se le habían quedado flacas de repente. Del susto se puso a llorar, y Paulina no tuvo más remedio que cogerlo aúpas para seguir camino.

Preguntaron a un señor muy mayor que estaba durmiendo en una casita de cartón a ver si llevaba hora. Se veía bastante gente viviendo en casitas de cartón alrededor de las vías, pues era un barrio con buenas vistas. El hombre les dijo que, a juzgar por la posición del sol, debían ser las once y diecisiete.

Muchas gracias, señor. Que pase un buen día, *agur*.

¿Habéis dicho *agur*?

Sí.

Ene, euskaldunak zarie ala? (¡Rayos!, ¿acaso sois vascos?)

Sí.

Eta zer egiten dozue hamen bakarrik? (¿Y que hacéis aquí solos?)

Perdone, ¿no se puede estar aquí?

A pesar de que sabían vascuence, los chavales respondían en castellano por la fuerza de la costumbre, ya que en su barrio, al igual que en todos los barrios obreros del País Vasco, se había impuesto su uso debido a la inmigración y a que los maestros castigaban a los niños que proferían alguna palabra en la lengua de los secretos. Matilde estaba impresionada con el chalé del señor.

Me gusta mucho su casita de cartón.

Es bonita, ¿verdad? Lo malo es que tiene goteras. Si no fuera por eso, os habría invitado a tomar el café.

Después de decir esto, el hombre salió corriendo detrás de un gato que por lo visto había dicho *miau* de manera inoportuna, lo que les recordó que ellos también tenían prisa. Según las cuentas de Paulina, solo faltaban cuarenta y tres minutos para que abrieran el comedor de transeúntes.

Señor mayor, señor mayor, ¿por qué le quiere coger al gato?, preguntó la muñeca de Matilde; aunque dudo que el hombre pudiera escucharla, porque la muñeca hablaba tan bajito que nunca nadie la oía.

En las inmediaciones del comedor había, poco más o menos, un millón de millones de personas haciendo cola. Los niños preguntaron quién era el último y cogieron la vez. Luego se agarraron de las manitas, pues tenían miedo de perderse entre tanta pierna larga. Muchos de los transeúntes hablaban en vascuence, y Matilde, que había sacado sobresaliente en geografía, se vio en la necesidad de informar a sus hermanos de que la ciudad secreta no pertenecía al País Vasco, aunque se lo pareciera a sus orejas. Ninguna Parte estaba lejísimos; tan sumamente lejísimos que ni siquiera se encontraba en Europa, sino en Oceanía. De ahí que estuvieran rodeados de mar por todos lados.

Lo que no pudo aclarar la niña era la razón por la que había tanto paisano merodeando por los confines del mundo. Para resolver el misterio le hubiera bastado con encaramarse a una nube y contemplar el panorama desde lo alto. En ese momento, un millón de millones de vascos (bueno, vale, algunos menos) huían de su tierra formando ríos de desdicha que desembocaban en la ciudad secreta. Acudían a Ninguna Parte con la esperanza de escapar por mar al extranjero, a cualquier lugar alejado del fascismo, de las bombas y del miedo. Pero los buques de guerra rebeldes bloqueaban la salida del puerto y comprometían la evacuación de los refugiados. Así, la masa de transeúntes que esperaba un pasaje hacia la paz crecía de día en día en Santander. Las autoridades intentaban hacer frente a la catástrofe que se les echaba encima, pero todo esfuerzo resultaba insuficiente. Por eso, en cuanto abrieron las puertas del comedor, se produjo una avalancha de nervios.

¡Paulina!, gritó Matilde.

Pero su voz se la comió el gentío.

¡¡¡Paulina!!! ¡¡¡Paulina!!! ¡¡¡Paulina!!!

Estaba histérica: se acababa de escurrir del brazo de su hermana y una corriente de miseria comenzó a pisotearla. Martín, que por una vez estaba atento a algo, acudió en su rescate y la puso a salvo agarrándola de los pelos.

Gracias, dijo la muñeca, y le estampó un beso muy mojado que Martintxo se limpió con cara de asco. Era un tipo duro.

Volvieron a cogerse de las manitas, pero esta vez como si la vida les fuera en ello. Delante tenían un muro infranqueable de espaldas que intentaban alcanzar el comedor pasando unas por encima de otras. En aquellas espaldas estaba escrita la leyenda del cartel: «No pasarán, pasaremos».

Quiero con mi *ama*, susurraron los labios secos de Lucas.

De repente, el muro de espaldas pareció apiadarse de aquellos cuatro niños que soñaban con comer, se abrió un pasillo de flores entre la multitud y un soplo de aire fresco los condujo en volandas hasta la puerta del comedor.

Justo entonces...

¡Pom!

...la puerta se cerró delante de sus narices.

Aquel sonido fue peor que el estallido de la bomba más mortífera. Se quedaron ahí, buscando la compasión en los ojos de aquella puerta cerrada. Ya nadie los empujaba, nadie los pisaba, nadie les recordaba que eran débiles, que de no encontrar rápidamente a sus padres morirían como pajaritos, de miedo, o de hambre, o porque sí. Pero morirían.

Quiero irme a casa, suplicó Matilde.

A casa. La pobre estaba sentada en el suelo abrazada a su muñeca, que más que una muñeca parecía una esponja de lágrimas. Los ojos de Lucas, sin embargo, ya no lloraban. Era tan pequeñito que solo le cabía un pensamiento, como a las hadas. Ahora solo sentía hambre, sencilla y exclusivamente.

Transcurrió una década de sueños muertos en el País de Ninguna Parte, un tiempo eterno durante el cual los niños olvidaron hablar, hasta que a Martintxo se le arquearon las cejas y recordó cómo se pronuncian las palabras.

¡Esperadme, que ahora vuelvo!, eso dijo antes de salir corriendo.

¿Adónde va?, preguntó Matilde.

Nadie lo sabía; tal vez ni él mismo, porque corría directo a chocarse contra una encina. Pero en el último suspiro, levantó los brazos y se encaramó a una rama que crecía pegadita al comedor, y desde ahí, saltó hasta un balcón solitario que había en el segundo piso. Sus hermanos se quedaron con la boca abierta.

El chaval echó una ojeada al interior del edificio. Las puertas del balcón solitario estaban abiertas de par en par, posiblemente para ventilar el olor a cebolla cocida condensado en el comedor. No había moros en la costa. Entró en una sala abarrotada de cosas, una especie de almacén de cachivaches, y recordó las palabras de El Teórico Josemari cuando les impartió el curso de agente secreto en los cañaverales de Bolueta. ¡Cuerpo a tierra, Martín, cuerpo a tierra, que en el suelo eres invisible! ¡No olvides que los mayores nunca miran hacia abajo! Hizo caso de los sabios consejos de Josemari y avanzó entre la espesura de trastos arrastrándose como un limaco callejero. Todo parecía marchar bien, hasta que una horrible frase irrumpió en la sala procedente del piso de abajo.

Por favor, Inmaculada, sube por más botellas, que se nos acaban.

Martín sabía que si lo sorprendían asaltando el comedor de transeúntes acabaría fusilado en un paredón de mala muerte. Los pasos de la tal Inmaculada subían al trote por la escalera. Desenfundó el Smith & Wesson y se escondió debajo de un sofá. Una señorita con bigote de tres días se plantó en medio de la sala como un *sheriff* y, tras echar un vistazo de este a oeste, pasó a su lado como un escalofrío, recogió un bulto del fondo de la sala y desapareció perseguida por el sonido de sus espuelas.

Martín dominó su mandíbula, que a punto había estado de escapársele de la boca debido al tembleque, y asomó la nariz. Olía a caldo. El rastro se perdía escaleras abajo.

¡Me *cagüen* la mar!, maldijo. ¡La cocina está en el primer piso!

Pegó la oreja al suelo y escuchó atento, no fuera que se acercaran más pies traicioneros. Una vez convencido de que el camino se encontraba despejado, se decidió a bajar y, aunque parezca mentira, a partir de ese instante sus orejas sintonizaron la radio. Este fenómeno tan curioso le ocurría siempre que jugaba

con sus amigos al balompié: en cuanto cogía la pelota, un locutor personal se encargaba de retransmitir sus jugadas en directo. Pero era la primera vez en su vida que le sucedía esto lejos de un campo de fútbol.

Crisch, crisch, crisch...

Las ondas metían un ruido tremendo aquel día, estaban inquietas por culpa de los alemanes.

Crisch, genchungen, heinhkelmunchen, chrisch...

Se oía fatal, pero finalmente el locutor se impuso a las interferencias y comenzó a radiar la peripecia de Martintxo como si se tratara de una final de Copa. Esto le proporcionó cierta confianza en sí mismo.

Buenas tardes, señoras y señores, saludó el periodista adoptando un tono de voz épico, como tenía por costumbre. Menos mal que este niño está entrenado, porque de otra forma no queremos ni imaginar qué sería de él. Es un valiente de tomo y lomo, como no se ha visto en la Tierra ni en la Luna. Vean, vean cómo se arrastra por el fango. Por supuesto que no es un soldado normal; es lo que en términos castrenses se denomina «soldado gato». ¡Qué digo soldado gato, es un soldado Messerschmitt! ¡Sí, es el auténtico y genuino soldado Messerschmitt! Observen cómo serpentea escaleras abajo con los morros por delante, ¡es un hacha! Pero que ande con cuidado, que ahora se encuentra a tiro.

El locutor llevaba razón, acababa de colarse en el comedor, un espacio diáfano que ofrecía pocas posibilidades de parapeto. Se agazapó entre unas cajas apiladas contra la pared, que al menos lo protegían del fuego cruzado de la cocina, y asomó una ceja para tomar nota de las posiciones enemigas. El panorama impresionaba: un ejército de señoritas armadas de cazuelones repartían caldo a cuatro pelotones de transeúntes que esperaban turno en perfecta formación. El locutor pegó los labios al micrófono y reanudó la retransmisión en voz baja.

Presten atención, señoras y señores; a pesar del peligro, de la inmensa responsabilidad que pesa sobre su casco, el soldado Messerschmitt no vacila, ni siquiera pestañea. Muy al contrario, amartilla el revólver y apunta con la mirilla al caldo, que por cierto huele que quita el hipo. Ahora respira, respira profundamente porque se dispone a vadear el flanco izquierdo del enemigo.

Pero algo ocurre, señoras y señores, algo le pasa a nuestro héroe. ¡Es increíble pero se nos está despistando! ¡¡¡Por Dios, qué mira, qué es lo que mira!!!

Martín pidió un poco de calma al locutor:

¡Calla, que estoy echando una ojeada a estas cajas! Aquí pone una cosa sospechosa.

No nos tengas en vilo, soldado Messerschmitt, ¿qué es lo que pone en esas cajas?

Pone: «Donatie van de nederlandse kroon aan de spaanse volk». Y luego pone la palabra «kaas» por todas partes.

¿*Kaas*? ¿Alguien entre nuestros oyentes nos puede desvelar el significado de la palabra *kaas*? ¿Usted lo sabe, señor? Si es así, no dude en llamarnos, ya conocen nuestro teléfono, es el...

¿*Kaas* es una clave secreta, tonto!, interrumpió Martín. Y habla más bajito, que te van a oír.

Pero la advertencia llegó tarde: lo habían descubierto.

¡Demontre de niño!, ¿qué haces escondido entre el queso?, ¡espera que te coja!, berreó una señorita con cara de perro de presa.

El primer impulsó de Martín al ver que un bulldog venía a por él con las garras extendidas fue disparar, pero el Smith & Wesson se le encasquilló. El segundo impulso fue huir como una sabandija, pero se le habían petrificado las piernas. Y el tercero y definitivo fue reflexionar acerca del significado de las palabras del bulldog.

¿Había dicho queso?

¡Pues claro que lo había dicho! ¡Si no, de qué iba a estar hecho un basilisco! Abrió a toda prisa una de las cajas señaladas con la clave secreta *kaas*, sacó un queso holandés del pescuezo y escapó apenas un segundo antes de que le hincaran el diente.

Yo no quiero comer. Este queso es robado.

Matilde, come y calla.

Pauli, es que si me lo como voy a ir al infierno.

Nadie va al infierno por comer queso.

Sí, es pecado.

Pues es un pecado pequeñito, como el queso. Venga, abre la boca.

Al final se lo comió la muñeca, porque con Matilde no hubo forma. Eso sí, decidieron reservar un trocito para la cena, a ver si lograban engañar al hambre y no les dolía la tripa durante la noche. Cuando terminaron de almorzar, preguntaron a una señora si sabía dónde estaba el hospital, y esta se ofreció a acompañarlos porque era muy maja.

El hospital los recibió con las manos en la cabeza, de lo mal que se sentía. Era fácilmente reconocible desde la distancia porque a su alrededor revoloteaban cientos de cruces rojas. A medida que se acercaban, comenzaron a asaltarles las dudas sobre el estado en que encontrarían a su madre. ¿Estaría bien?

La buscaron por todos los pabellones pero, por más vueltas que daban, solo hallaban caras sin nombre, y sangre, mucha sangre. Sus ojitos recibían una puñalada tras otra y sus oídos temblaban al escuchar los pasos de los soldados cojos. Había soldados cojos, mancos o sin esperanza por todas partes. Paulina se armó de valor y pidió ayuda a una enfermera que estaba escondida detrás de una montaña de papeles.

Me has dicho Teresa Mendíbil.

Sí, señorita.

Perdona, hija, pero es que con la guerra tenemos un desbarajuste que para qué.

Es mi madre.

¿Es tu madre? Pues si se encuentra aquí, ha de estar apuntada. A ver, a ver...

¿No está en la lista?

No te preocupes, aparecerá. Tengo muchas listas.

Pauli, ¿dónde está *ama*?

Ahora nos lo dice esta señorita. Estate formal, Matilde.

Tranquilidad, que la acabo de localizar. Teresa Mendíbil, ¿no?

¡¡¡*Ama* está en la lista, *ama* está en la lista!!!

Sí, y tenéis suerte, se encuentra ingresada en este mismo pabellón.

Gracias, señorita.

Seguid por aquí recto. Si no la veis, preguntad a la auxiliar, ¿vale?

Vale.

Los niños fueron saltando con sus ojitos de cama en cama hasta que el corazón se les detuvo en seco. ¡Estaba ahí, con los ojos cerrados!

Corrieron a abrazarla, a besarla, a quererla, a beber su cariño, a encontrarse con sus caricias. Pero su *ama*, la madre del mundo, el origen de todo, de las ilusiones y hasta de los días soleados, permaneció impassible, inmóvil, fría como el hielo. No los abrazaba, no escuchaba sus llantos, no les dijo que estaban tan limpios como los gorriones del parque, no sentía sus besos.

La auxiliar se acercó a ellos.

Niños, no os pongáis encima, que le podéis hacer daño.

¿Por qué está tan dormidita?

Nadie lo sabe, cariño.

¿Y por qué nadie lo sabe?

Porque es así, no tiene explicación. Pero podéis hablar con ella. Es bueno que le digáis cosas.

¿Nos oye?

Tal vez.

¿Y qué le decimos?

Pues todo lo que creáis que le pueda interesar saber.

¿Cosas bonitas?

Sí, cosas bonitas. Tenéis una hora, luego habréis de dejarla descansar.

¿Se pondrá buena?

No lo sé.

¿No sabe si se va a poner buena?

No, eso lo dirá el tiempo. Solo podemos esperar que despierte.

¡*Ama, ama*, despierta, por favor, *ama*, tienes que despertar, *ama, ama, ama!*

Niños, vale, vale, escuchad, escuchad un momento.

¡¡¡*Ama, ama, ama, ama, ama, ama!!!*

¡Que sí, que sí, que se va a poner buena, ya veréis!

¿De verdad?

Claro. Si lo deseáis con todas vuestras fuerzas, seguro que sí.

Nosotros lo deseamos con todas nuestras fuerzas.

Eso está bien, porque tenéis que quererla mucho.

La queremos todo.

No olvidéis contarle cosas. Regresará por vosotros.

La auxiliar los dejó solos. Los pequeños guardaron silencio durante un rato; no se acostumbraban a ver a su madre ausente, con los ojos cerrados. Lucas intentó abrírselos, pero como se le volvían a cerrar, se limitó a permanecer abrazado a su corazón. Así sentía que algo, dentro de ella, continuaba vivo; latía. Luego recordaron que necesitaba oír sus palabras para ponerse buena y se les disparó la lengua. Le dijeron que estaban alojados en el castillo del rey y que no paraban de comer manjares traídos de Holanda. Le dijeron que el padre no había podido venir a visitarla porque había tenido que marchar a Asturias para hacer un negocio con las vacas, pero que había dejado dicho que a su regreso los recogería con el Chevrolet e irían directos a casa a celebrar que estaban otra vez juntos. Luego le contaron el cuento de Bolondrón, el mismo que les solía contar ella cuando no conseguían conciliar el sueño. Pero como la historia era muy triste, le cambiaron el final, y Bolondrón, el protagonista, acabó comiendo perdices por primera vez en su vida. Pensaron que variando el desenlace, lograrían cambiar el efecto del cuento; es decir, que en vez de producir somnolencia, despertaría a quien lo escuchara. Esto, lamentablemente, no sucedió, y su madre continuó con los ojos cerrados.

La auxiliar les informó de que había terminado el horario de visitas. Antes de marchar, Martín abrió una de las manos frías de su *ama* y colocó entre sus dedos el trozo de queso de Holanda que habían reservado para la cena.

Te quiero, le dijo con un moco colgando de la nariz.

Teresa pareció sonreír.

De vuelta en el cuartel general, los niños se prepararon para pasar su segunda noche con la tripa vacía. Quisieron rezar por su madre, pero se les

cayó la cabeza en mitad del padre nuestro. Estaban agotados. En el segundo o tercer sueño, la sirena los despertó y el cine se calzó los patines y se fue corriendo detrás del señor que siempre sabía dónde estaba el refugio. Martín salió a la calle para ver el espectáculo de luces, y a pocas se lo llevan por delante los gritos de las mujeres de la buhardilla.

¡Booouum! ¡Booouum!

El cielo se fue llenando de estrellas. Cada una de las bombillas que se apagaba en la ciudad significaba que alguien acababa de abandonar su casa para ir al refugio. Al chaval le parecía injusto tener que dormir sentado en un banco de madera con la cantidad de camas vacías que había por ahí.

Subió de puntillas por las escaleras hasta la que debía ser la buhardilla de las señoras que gritaban y llamó al timbre. La puerta era como de casita de muñecas: pequeña y un poco más alta por un lado que por el otro. Nadie acudió a abrir. Sonrió. Se asomó al patio y vio que, a cuatro o cinco metros, colgado de la fachada del edificio, había un balcón tan solitario como el que le había ayudado a colarse en el comedor.

Una estrella se encendió en su cabeza de chorlito.

Puso un pie en la barandilla que protegía al rellano de caer por el patio y, con mucho cuidado, se encaramó al tejado y se dio un paseo por todo lo alto de la ciudad secreta. Por un momento se sintió el dueño del cielo, pero una formación de Heinkels lo sacó del error.

¡Booouum! ¡Booouum!

Se tumbó y asomó las cejas al vacío. Desde luego las orejas y las cejas de Martín habían tenido un trabajo espantoso aquella jornada. Estaba en el punto exacto, justo encima del balcón. Lo que vino a continuación fue retransmitido en directo por radio.

Crisch, crisch, amunchenistuchen, junkerstain, crisch...

Veán cómo se descuelga hasta el balcón, apuntó el locutor. Ha sido un doble *looping* ejecutado de manera magistral. ¿Cuál será el siguiente paso del soldado Messerschmitt? A ver con qué nos sorprende ahora, porque la única posibilidad que se le ofrece para entrar en la buhardilla de las mujeres que gritan es un ventanuco por donde apenas pasaría un gato. Pero estamos ante un auténtico profesional que a buen seguro encontrará la manera de... ¡Perdón,

señoras y señores, hemos de devolver la conexión, nuestro agente tiene un pequeño problema!

Sí, Martín se hallaba en una situación embarazosa. Haciendo honor a ese mito que dice que donde cabe la cabeza de un niño, cabe el niño entero, había introducido la sesera por el ventanuco a golpe de insensatez, quedando atascado. Le entró el pánico: si lo sorprendían en semejante atolladero lo fusilarían otra vez. Vaya día. Y lo peor era que desde su absurda posición contemplaba el paraíso: ¡una cama, una cama iluminada por las estrellas! Tenía que entrar en la habitación como fuera. Echó todo el aire que llevaba dentro, hasta que casi se muere, y se escurrió como un balón desinflado.

¡Por fin!, suspiró aliviado.

No había tiempo que perder: salió a la escalera y bajó a todo correr al cuartel general en busca de sus hermanos, preocupándose de dejar la puerta abierta tras él.

¡Booouum! ¡Booouum!

Ya en la buhardilla, los cuatro se acostaron en aquella cama iluminada por las estrellas todo lo juntitos que pudieron, no solo para darse calor, sino porque a cada minuto de guerra que pasaba se sentían más y más incapaces de separarse un centímetro, sobre todo por la noche.

¿Y qué hacemos si vienen las señoras?, preguntó Lucas.

Meternos debajo de la cama, resolvió Martín.

¡No, debajo de la cama no, que está el demonio!

Bueno, pues nos esconderemos en el armario.

Lucas aceptó, aunque a regañadientes. Hubiera preferido seguir durmiendo en el banco, pues aquel colchón era de los que te van absorbiendo y acaban por comerte en cuanto cierras los ojos. No le quedó más remedio que dormir con los ojos abiertos.

¡Booouum! ¡Booouum!

A Martín lo despertaron sus propias tripas, que no paraban de hablar entre ellas. Fue a la cocina a ver si encontraba algo de comer, pero por más que rebuscó por todos los armarios, solo halló un poco de polvo de galleta en el fondo de una caja de latón. Limpió la caja con la lengua hasta dejarla como un jaspe y regresó a la habitación. Entonces reparó en una colección de libros

colocados en fila india sobre una balda. Encendió una vela que había sobre la mesilla y la acercó al estante para inspeccionar. Leyó el título del primer volumen y...

¡Ay va!, exclamó.

Era *El flautista de Hamelín*. Hasta sus tripas celebraron la coincidencia con un gorgoteo. Volvió a colocarlo en su sitio y escogió otro volumen al azar. Nada más verlo, supo que aquel era el libro más bonito jamás escrito, pues en la portada aparecía un niño volando con una espada en la mano. Efectivamente, ahí estaba *Peter Pan*, en una versión infantil y a todo color del clásico de James M. Barrie.

Corrió a meterse en la cama con el libro. La vela iluminaba con timidez las letras, pero eran tan grandes que se leían bien. De todas formas, aunque te perdieras alguna no importaba, porque había dibujos que te ayudaban a seguir el hilo. Además, a él lo que le gustaba no era leer las letras, sino imaginar lo que decían. Y aun así, la verdad es que se enteró bastante bien del argumento, con toda seguridad porque eran hechos tan reales como la vida misma: Peter Pan era el jefe de unos niños voladores que se habían perdido de sus padres al caer de la cuna y que vivían en una isla llena de pájaros que se llamaba el País de Nunca Jamás. Bueno, luego pasaban muchas cosas, pero lo importante era que los niños volaban, como debe ser.

Cuando llevaba unas mil o mil doscientas páginas leídas hacia adelante y hacia atrás, escuchó una voz de hada a su lado. Matilde tenía la cabecita apoyada en su hombro.

¿Por qué no pasas la hoja?

Porque no he acabado de leer este cacho.

Yo leo más rápido que tú.

Imposible, yo soy el más rápido del mundo leyendo.

Me pido Campanilla.

¿Campanilla? ¡Pero si es mala!

Es un hada, no es mala. Lo que pasa es que tiene miedo de quedarse sola.

Pues yo me pido Peter Pan. Sabe volar, como yo.

¡Martín, no mientas, tú no sabes volar!

¡Pero qué dices! ¿No me has visto volar nunca?

No.

Pues vuelo todas las noches. Soy Ieltxu.

No puedes ser Ieltxu, eres Peter Pan.

Sí puedo.

No se puede ser dos a la vez.

Es que son el mismo. O sea yo.

Mentira.

Verdad. Los dos vuelan y juegan con su sombra para despistar.

Aprovechando que estaba dormido con los ojos abiertos, Lucas se interesó por las aventuras del tal Peter Pan, pero le resultaba muy difícil seguir el ritmo de sus hermanos, pues aún no leía bien de corrido.

Matilde, ¿por qué no lees el cuento en alto?, pidió con voz de cuis.

Si queréis lo hago yo, se ofreció Paulina, que también se había desvelado con tanto ruido de tripas quejosas.

¡Sí, sí, sí!, respondieron sus hermanos a coro.

Paulina empezó desde el principio, y en su voz, todo se veía más bonito. Sin embargo, cuando llegó al capítulo en que los niños perdidos se meten en la cama y Wendy los arropa con sus palabras, se quedaron dormidos en medio de un párrafo muy largo.

Esa noche Martín soñó que volaba hasta Asturias, o quizá más allá todavía, y conseguía rescatar a su padre luchando con una espada. Soñó que le daba un beso a su madre y que esta despertaba, porque era la bella durmiente. Y luego soñó que soñaba, que dormía feliz, como un jefe...

Siempre había deseado ser jefe, para que nadie le mandara nunca nada.

Capítulo 47

El hombre del saco

Verano de 1937

*M*artín y Matilde hacían equilibrios por las vías del tren. Como cada mañana desde que llegaron a Ninguna Parte, la pareja vagabundeaba con la esperanza de encontrar algo que echarse a la boca. Sus hermanos, mientras tanto, aguardaban en el cuartel general, ya que Paulina había resuelto que Lucas era demasiado pequeño como para andar todo el día por ahí con el estómago vacío.

Debían llevar unos doscientos kilómetros o más merodeando sin resultado alguno, cuando a Martín se le metió un búfalo en la cabeza. Un hecho insólito, ciertamente; y peligroso. Menos mal que, como hombre de la casa, estaba preparado para cualquier contingencia. La circunstancia le sobrevino en el mismo instante en que decidió ponerse a cazar.

¡Un búfalo es la presa ideal!, concluyó tras pensarlo concienzudamente.

Sí, esas fueron sus palabras, aunque supongo que las pronunció muy a su pesar, pues en el fondo odiaba tener que matar un bicho. Y es que más allá de su aspecto fiero, el soldado Messerschmitt era un sentimental, un guerrero ético, nada que ver con ese tipo de matones de tres al cuarto que disfruta disparando contra animales indefensos. Desde el día en que acabó con la vida de aquel petirrojo pendenciero, se había negado a disparar contra nadie que no

calzara zapatos. Pero en esta ocasión era diferente: no podía dejar morir de hambre a su familia.

Precisamente por mantenerse fiel a sus principios, al menos en la medida de lo posible, creía necesario abatir un búfalo. Un solo ejemplar muerto, uno solo, les proporcionaría carne para sobrevivir durante tres o cuatro años (cinco, racionando un poco), y le ahorraría una serie interminable de asesinatos de vertebrados de menor envidia, tales como ardillas, liebres o musarañas. Eso por no hablar de los abrigo y taparrabos que podrían confeccionar con su piel. ¡Porque ya estaba bien de tonterías!, había llegado el momento de vestir como Dios manda, es decir, como los indios, ¡con plumas y todo!

Pero pasaban las horas y los búfalos continuaban sin dejarse ver. Fue por eso, y no por cobardía, que el jefe arapajoe Martintxo Abrisqueta acabó abalanzándose sobre un lagarto veraniego que tomaba el sol plácidamente. Lo hizo sin querer, pero por la espalda. Sin embargo, cuando el lagarto suplicó clemencia con lágrimas en los ojos, no le quedó otra que liberarlo sin condiciones. Pobre.

La pareja siguió huroneando sin descanso y llegó al barrio residencial de casitas de cartón. Olía a gloria. El señor mayor que hablaba vascuence se encontraba en el porche de su chalé asando un conejo trinchado en un palo. No obstante, a pesar del banquete que estaba a punto de zamparse, el hombre no parecía en absoluto contento; debía tener la gripe, porque se dirigió a ellos con la mirada perdida y la nariz colorada como un tomate maduro.

¡Fuera de aquí, ratas!, bramó con voz de ogro.

Martín.

¿Qué?

¿Nos ha llamado ratas a nosotros?

No, está hablando con el conejo.

¿Le ha llamado rata a un conejo?

Es que no ve bien. Tiene las gafas rotas, mira.

Ah.

Venga, Mati, vamos a ver si le damos pena y nos da un cachito de carne.

No, yo no quiero ir, ese señor es malo.

Vale, pues quédate aquí.

¡No, no me dejes sola!

Tranquila, que enseguida vuelvo.

¡Espera, Martín, no vayas! Ese conejo es muy raro...

Algo, quizá la forma de los cuartos traseros del animal, había llamado la atención de la niña. Su mirada se deslizó por aquel cuerpecillo a medio asar y se clavó en las orejas como un dardo.

¡Es un gato, está asando un gato!

¡Cómo va a estar asando un gato! Es un conejo, tonta.

¡Que sí, que sí, que es el gato del otro día! Mira el rabo.

¡Ay va!

Y fijate en la nariz del señor, la tiene así de roja por comer gato.

¡Es verdad, le va a estallar!

¡Malditas ratas, fuera de aquí si no queréis que os coma a vosotros también!

¡Nos quiere comer, es el hombre del saco!

¡Escapad, escapad de esta ciudad antes de que sea tarde!

Salieron disparados como alma que lleva el diablo. Entiendo la reacción porque en aquellos tiempos el hombre del saco era con diferencia el peor enemigo de los niños. Se trataba de un criminal que recorría la geografía cazando infantes impunemente, decían que para elaborar manteca y otros derivados del niño. Así que de lo rápido que corrían, perdieron de vista incluso sus propios pies, que debieron llegar al cuartel general antes que ellos mismos, pues al entrar, se los encontraron ahí tan campantes, puestos en su sitio como si tal cosa. Más tranquilos, recogieron a sus hermanos y se encaminaron al comedor de transeúntes. Solo faltaban unos minutos para que dieran las doce, la hora de llenar el buche.

Pero allí les ocurrió lo de todos los días: para cuando consiguieron salvar el muro de espaldas, ¡pom!, la puerta se les cerró en las narices. Menos mal que el árbol que crecía pegadito al edificio era muy piadoso y no se cansaba nunca de ayudarles a conseguir un poco de queso de Holanda. Por cierto, que de tanto subir y bajar por el árbol, Martín había cogido una destreza sobrehumana en el arte de andarse por las ramas, a tal punto que cualquiera lo

hubiera confundido con un mono de feria. Esto era genial, desde luego; pero es que además, mientras trepaba, el soldado Messerschmitt se sentía feliz, sabía que del éxito de aquella operación secreta dependían sus pequeñas vidas. Esa evidencia le hacía creerse un funambulista famoso y embellecía su ascensión hasta el segundo piso con todo tipo de cabriolas insensatas. Una vez arriba, recuperaba su sobriedad innata; desenfundaba el Smith & Wesson y, antes de colarse por el balcón y proceder al hurto, vaciaba el cargador contra aquellas espaldas que les impedían el acceso a una comida decente. La idea era ir acabando con ellas de seis en seis (ese era el número de balas que cabía en el revólver). Lástima que había olvidado la metralleta en Arrigorriaga.

Sin embargo, no todos agradecían de igual manera la misión humanitaria del soldado Messerschmitt.

¡Jo, otra vez queso!

¡Mira la lista esta! ¡Entra tú, a ver lo que robas!

Mati, come y calla.

¡Pauli, jolines, es que siempre trae lo mismo!

¿Sí? ¡Pues dame tu cacho, que ya me lo como yo!

¡Venga, a callar todos, que no estamos para tonterías!

Pauli.

¿Qué?

¿Me perdonas?

Sí, Matilde, te perdono.

Es que este queso ya no me gusta, me da para atrás.

Y a mí.

Lucas, a ti no te da para atrás. Y Matilde, come o te quito la muñeca.

Eso no vale.

Pues come.

Después de dar cuenta de tan frugal y cuestionado almuerzo, los niños pusieron proa hacia el hospital, pero al entrar en el pabellón donde estaba ingresada su madre, se encontraron con que la habían trasladado a un reservado que aparecía custodiado por un cartel que les cayó fatal. Decía una cosa que no veas:

ZONA RESTRINGIDA. NO SE PERMITEN VISITAS. SILENCIO.

Por si fuera poco, una enfermera con aspecto de alguacil resabiado blindaba el área de exclusión con una cruz roja amenazante en la cofia. De todas las palabras escritas en el cartel, Lucas solo alcanzaba a comprender el significado de una, «Silencio», pero al ver la actitud de sus hermanos, dedujo lo que querían decir las demás: «Abra la boca. Quédese quieto. Silencio».

¡No hay derecho!, ¿por qué no nos dejan estar con *ama*?, protestó Martín.

¡Eso, por qué!, añadió Matilde.

Paulina permaneció callada. Desconocía la razón por la que les impedían acercarse a su madre, pero no se atrevía a preguntar a la enfermera: temía la respuesta.

Martín se rascó el cogote durante un rato y, nada más terminar de hacerlo, susurró un secreto al oído de Lucas y le introdujo un trocito de queso en el bolsillo. El pequeño negó con la cabeza y se cruzó de brazos, pero su hermano insistió con una retahíla de cuchicheos que despertaron las antenas de Matilde.

¡Los secretos son de viejas!, chinchó la muñeca.

¡Tú calla, cotilla!

La riña no fue a más porque el último secreto parecía haber surtido efecto en Lucas, que iluminaba su carita con una sonrisa inmensa. Entonces Martintxo hizo algo muy extraño: colocó una flecha en un arco imaginario y la lanzó, imitando con la boca el sonido que producía al rasgar el aire del pabellón.

¡Zzzzzzzzzzzzz... *pock!*

El *pock* reprodujo el impacto final contra el objetivo. Lucas se ajustó los prismáticos para comprobar adónde había ido a parar la flecha, y a juzgar por lo levantadas que tenía las cejas, su hermano debía haber acertado de pleno en el blanco.

Martín se volvió hacia el alguacil resabiado y aguardó el momento oportuno para dar la señal. La ocasión se presentó cuando un enfermo dijo *¡ay, ay, ay!*, y el alguacil se levantó a regañadientes de la silla y acudió a atenderlo.

¡¡¡Ahora, Lucas, corre!!!

El pequeño cruzó el pabellón gateando como un perrito y extrajo la flecha imaginaria del cabecero de la cama de Teresa, donde se había clavado. A continuación sacó del bolsillo el trocito de queso de Holanda y se lo colocó a su madre bajo las manos, que las tenía dormiditas sobre el pecho.

¡*Ama, ama*, despierta, te he traído la comida!, dijo.

Teresa se quedó mirando las lágrimas de su hijo con los ojos cerrados, hasta que...

¡Oye tú, renacuajo!, ¿qué haces ahí?, interrumpió el alguacil.

A Lucas se le atragantó el aliento y, cuando al fin le respondieron las piernas, salió volando agarrado a una flecha imaginaria que lo condujo a través de la marabunta de camas ensangrentadas. Las lágrimas lo cegaban, lo catapultaban contra el suelo, le hicieron caer una, dos, cuatro, veinte veces, pero el niño se levantaba y seguía corriendo. Voló más allá del hospital, más allá del miedo, y por todas y cada una de las calles de Ninguna Parte. No se detuvo hasta que dio con el cine y se escondió debajo de aquel triste banco de madera de la tercera fila.

Sus hermanos lo persiguieron por toda la ciudad secreta con la lengua fuera, temerosos de que pudiera perderse. Por eso, en cuanto se tranquilizó un poco y accedió a salir de su escondrijo, Paulina le hizo prometer que no volvería a escaparse nunca, nunca más, pasara lo que pasara. Luego se sentaron en el banco, muy juntitos y con la manta subida hasta la barbilla, y se dispusieron a echar la siesta. Pero no consiguieron conciliar el sueño: les dolía el hambre.

Martín no aguantaba más. Sentado y sin hacer nada, le daba por pensar en los ojos dormidos de su *ama*, y sorbía sus lágrimas para que nadie las viera. Lloraban los cuatro, en silencio.

Agarró la mano de Matilde y se la llevó a otra parte, lejos.

¿Adónde vamos?, preguntó la muñeca.

A la isla del tesoro, respondió su hermano enigmático.

Llegaron al puerto de los piratas y Martín comenzó a desvestirse con muchas prisas, tantas que no atinaba.

¿Qué haces?, ¿te vas a bañar?, se extrañó la muñeca, pues no le entraba en la cabeza que fuera a darse un chapuzón con el dolor de tripas que hacía aquel

día.

Pero su hermano no quería perder el tiempo en explicaciones y siguió forcejeando con la ropa. Malamente, pero ya había conseguido desprenderse de la *txapela*, del jersey, de la camisa, de las abarcas y hasta de los calcetines. Solo le faltaba el dichoso pantalón, pero la cremallera estaba atascada y no podía quitárselo de encima (llevaban tantos días juntos, sin separarse ni para dormir, que no era extraño que aquel pantalón se resistiera a dejarlo solo).

De pronto, unos pies muy serios irrumpieron en su campo de visión y levantó la mirada.

¡Me *cagüen* la mar!, maldijo.

Los niños que salvaban monedas de morir ahogadas estaban ahí, formados como un pelotón de fusilamiento. Habló el pelirrojo, que tenía el ceño tan circunspecto que la mandíbula se le había alargado lo menos medio metro.

¡Eh, tú!, ¿qué haces?

Nada.

¡Ni se te ocurra echarte al agua, ¿eh?!

Tranquilo, que no os voy a hacer la competencia.

Pues entonces vuelve a ponerte la ropa, listo.

A mí no me interesan las monedas, solo voy a nadar un poco.

¿A nadar? Aquí nadie viene a nadar.

Voy a nadar hasta la isla de los pájaros.

¿Qué isla es esa?

La que está enfrente del palacio del rey.

¡Este es tonto! ¿Esa isla que dices tiene un faro?

Sí.

Pues se llama isla de Mouro, y es imposible ir nadando hasta allí.

¿Por qué?

Porque está muy lejos y hay corrientes.

Yo sí que puedo.

Pues tú sabrás.

Bueno, igual es mejor que vayáis vosotros.

¿Para qué íbamos a ir nosotros a Mouro?

Por el tesoro.

¿Qué tesoro?

¡Ah!, ¿no sabíais que en la isla hay un tesoro?

No.

Pues por lo que tengo entendido se trata de un cofre lleno de doblones de oro.

¿Doblones de oro?

¡No te hagas el tonto, ya sé que recogéis monedas de cobre para disimular!

¿Eh?

Id a la isla si queréis, tenéis más posibilidades que yo de ganar a los piratas.

Pero ¿también hay piratas?

¿No queréis ir o qué?

No sé.

Bueno, pues vosotros os lo perdéis.

¡Eh, tú, para, para, no te desvistas más!

¡Hombre, no querrás que me zambulla con los pantalones puestos!

Por mí puedes zambullirte como te dé la gana, pero en otro lado.

¿Por qué?

Porque este sitio está cogido.

¡Eh, oye, sin empujar, que este sitio es de todos!

La muñeca de Matilde estaba muerta de miedo, no paraba de hacer gestos con las manos como si espantara moscas o sembrara pensamientos sobre las cabezas de los niños. Menos mal que un señor con gafas que pasaba por allí acabó con la discusión de un voleo: lanzó una moneda al mar y Martín se tiró de cabeza tras ella dejando con la palabra en la boca al pelotón de fusileros.

¡¡¡Cómo!!! ¡Vamos, que se nos adelanta!, ordenó el pelirrojo.

Pero eso era imposible. Aquellos chavales debían ser hijos de sirenas o algo raro, porque no les costó el más mínimo esfuerzo sobrepasar al soldado Messerschmitt bajo el agua; y mira que este buceaba más rápido que un submarino. El pelirrojo recogió la moneda del fondo del mar y le enseñó los dientes.

¡Este cabeza de zanahoria no es una sirena, sino un auténtico besugo!, concluyó Martín al reparar en la fila interminable de piños que mostraba el

interfecto.

Ya en tierra, el besugo y sus compinches lo acorralaron.

¡No me podéis hacer nada! ¡Tengo un arma!

¡Cuidado, alejaos, que está armado!

¡Eso, alejaos!

¿Y qué arma tienes?

Es un arma secreta.

¿Un arma secreta? ¿Nos la enseñas?

No puedo, es secreta. La tengo aquí, en el bolsillo.

Si nos haces daño con el arma secreta le llamamos a mi primo Roberto y te pega.

Pues venga, marchad a llamar al primo Roberto, que aquí lo espero.

¡De eso nada, el que se va eres tú! ¡Largo de aquí!

Sin empujar, ¿eh?, que sacó el arma secreta.

Martín, hazles caso, vámonos, que tengo miedo.

Calla, Matilde, que yo puedo con estos.

¡Largo, *pesao*!

Bueno, me voy, pero que conste que no es por el primo Roberto ese.

¡Vete a la isla de los pájaros y no vuelvas! ¡No te queremos ver más por aquí!

Me voy por mi hermana, que si no ibais a ver lo que es bueno.

¡Adiós, idiota!

...

Oye, Mati, ¿se puede saber qué hacías con las manos?

Estaba echando polvos mágicos.

¿Polvos mágicos?

Sí, como Campanilla.

¡Pero si los polvos mágicos son para que los niños vuelen!

¿Eh?

¡Tonta, les has echado polvos mágicos y ahora ellos también van a poder volar!

No, mis polvos mágicos son para...

No te has enterado de nada del cuento. ¡Corre, vámonos de aquí, rápido!

Decidieron regresar al cine atajando por las vías del tren, por si acaso se topaban con un búfalo, y entonces, por primera vez desde que llegaron a Ninguna Parte, les sonrió la suerte.

¡Ay va!, exclamó Martín con la felicidad de un niño que se despierta ante un regalo de los Reyes Magos.

Ahí, sobre una traviesa había un enorme bote de leche condensada puesto en pie y con los brazos abiertos. El pelirrojo les había dicho la verdad, ¡en las vías a veces se encuentran cosas!

No, Martín no lo cojas, que no es tuyo.

Calla, que este bote no tiene dueño.

¿Y qué hace aquí?

No lo sé.

Tiene que ser de alguien, no ha podido venir él solo.

Es que es un bote mágico.

¿Seguro?

Claro.

Volvieron a todo correr al cuartel general. Paulina cogió un clavo, hizo dos agujeros a la lata y fueron sorbiendo por turnos. Cuando acabaron de succionar hasta la última gota, la niña descerrajó la lata con el clavo y así pudieron untar con el dedo la leche condensada pegada en el interior.

Después del festín, se acurrucaron en el banco a aguardar que llegara la noche; no les quedaban fuerzas para perseguir más búfalos. Pero al de dos minutos y medio, Martintxo estaba ya tan aburrido que a pocas le da un soponcio en un pie, que no se le paraba quieto.

Mati, ¿echamos una carrera de piojos?, propuso.

Todas las noches celebraban apasionantes carreras de invertebrados a la espera de que sonara la sirena y las mujeres que gritan dejaran libre su cama. Jugaban con piojos básicamente porque resultaba fácil reclutar competidores: el banco estaba lleno.

No, no quiero jugar. Esos bichos son asquerosos, objetó Matilde.

Era mentira. Los piojos no le daban asco, de hecho le hacían mucha compañía, sobre todo por la zona de la cabeza, pero es que el día anterior, al término de la última manga, los jueces habían descalificado a uno de sus

apadrinados alegando que era de diferente especie. Se trataba de la mariquita que le había regalado su primita Sara. Y la descalificación era del todo improcedente; es más, constituía un verdadero escándalo en la historia del deporte invertebrado, pues hasta ese momento la mariquita había competido sin problema. La decisión de los jueces ocultaba un oscuro motivo: el bicho en cuestión estaba pulverizando las marcas de todos sus rivales. Claro que eso no era nada difícil, porque los piojos de Martín eran unos zoquetes, tal y como él mismo reconocía.

Por fin, los alemanes llegaron a su cita, y *¡boooouum!*, *¡boooouum!*, el cine salió a todo correr detrás del señor que siempre sabía dónde estaba el refugio. Ya era hora. El soldado Messerschmitt asomó las orejas a la escalera para ver si bajaban pasos desde la buhardilla, pero lamentablemente no fue así. Con esa, las mujeres que gritan llevaban ya siete noches sin acudir al refugio, el mismo tiempo que los niños sin disfrutar de su cama.

Jo, me da que nos han descubierto. Nos habremos dejado un piojo en el colchón.

Vaya faena.

Pues no te quejes, que la culpa la tienes tú, Matilde.

Y ¿por qué?

Porque el piojo era de los tuyos.

No, seguro que era tuyo, que los dejas en cualquier sitio.

¡Ni para atrás, yo los tengo contados y no era mío!

¡Era tuyo, tuyo, tuyo!

¡No, era tuyo, tuyo, tuyo, por mil!

¡Boooouum! *¡Boooouum!*

Mañana le voy a dar para el pelo al pelirrojo ese.

Tú no puedes con esos niños; son muchos.

Sí puedo, soy Peter Pan.

No eres.

Sí soy.

¡Boooouum! *¡Boooouum!*

¿Sabes qué, Mati?, yo no entiendo por qué se pelean Garfio y Peter.

¿Garfio y Peter?

Sí. Es raro, ¿verdad?

No es raro, Garfio es requetemalo.

Garfio no es malo, es un pirata. Y además es manco, como los soldados.

Yo sí sé por qué se pelean.

¡Qué vas a saber tú, si no sabes ni para qué son los polvos mágicos!

Sí que sé. Se pelean porque los dos quieren que Wendy les cuente un cuento.

Eso no es verdad, nadie hace una guerra para que le cuenten un cuento.

¡Booouum! ¡Booouum!

Mati, ¿tú quién crees que va a ganar la guerra?

¿Qué guerra?

La del libro.

No sé, eso lo pondrá al final.

¡Pues vaya! Hasta que las mujeres no vuelvan al refugio no lo podremos saber.

Ya.

Pero seguro que gano yo.

¡Cómo vas a ganar tú, si no estás en el libro!

Sí estoy, soy Peter Pan.

¡Booouum! ¡Booouum!

Martín.

¿Qué?

¿Nosotros también somos niños perdidos?

No. Nosotros tenemos a *ama*.

Capítulo 48

Te quiero de aquí a la Luna

Verano de 1937

*L*os chavales llevaban dos días sin moverse del cuartel general, pero no por gusto u holgazanería, sino porque habían caído presos de una diarrea galopante. No eran los únicos. Por lo visto, todos los transeúntes del cine habían comido leche condensada en mal estado y, al igual que ellos, no podían separar el culo del retrete. Así que aquello era un sinvivir, más que nada por el riesgo de acabar convertido en un desecho de niño mientras esperabas turno en la cola del váter.

Justamente eso era lo que parecía haberle sucedido a Lucas. El pobre regresaba del baño caminando como un pistolero recién llegado a la ciudad: con las piernas abiertas y cara de póquer. Se le oía a distancia.

No llores, hombre, que te limpiamos y ya está, lo animó Paulina.

El soldado Messerschmitt, o mejor dicho, lo que quedaba de él, se asomó al exterior para chequear las condiciones meteorológicas. Aquella mañana había despertado con un sol espléndido en todo lo alto y la visibilidad era infinita. Si te fijabas bien, a lo lejos se divisaba perfectamente la costa de Inglaterra, y con los prismáticos, podías distinguir incluso la parte meridional del Polo Norte. Eran condiciones idóneas para la caza del búfalo. Pero Martín se mostraba escéptico.

No merece la pena, murmuró.

Sin duda, las tripas revueltas le impedían apreciar la realidad tal y como era. Entró en el cine apesadumbrado.

Una señora de la primera fila se acercó a los pequeños y, sin decir nada, les regaló una botella llena de caldo caliente y un mendrugo de pan.

Gracias, sonrió Paulina en nombre de los cuatro.

La mujer se quedó ahí, mirándolos con sus ojos apagados durante un tiempo demasiado largo. En sus brazos vivía un bebé que siempre estaba llorando, pero que en esta ocasión, tal vez por llevar la contraria, permanecía calladito.

Gracias, repitió la niña, incómoda por el silencio que no se iba.

Por fin, la mujer de los ojos apagados se marchó en dirección a la calle, caminando muy despacio. Los demás transeúntes bajaban la cabeza a su paso; todos excepto el hombre que siempre sabía dónde estaba el refugio, que salió tras ella.

Los chavales bebieron el caldo sin apetito, pero les sentó bien y se animaron a hacer una visita a su madre. Echaban de menos sus besos dormidos.

Al salir del cuartel general, sorprendieron al hombre que siempre sabía dónde estaba el refugio abrazando a la mujer de los ojos apagados. Ella intentaba zafarse, separarse de él como fuera, valiéndose hasta de mordiscos y arañazos. La escena resultaba violenta, parecía una pelea entre el amor y el odio, pero ningún mayor intervenía. Bueno, sí, dos desconocidos vestidos de uniforme habían cogido al bebé para que no lo golpearan sin querer. ¡No, perdón, no es eso lo que está ocurriendo! ¡Se llevan al bebé! ¡Claro que se lo llevan!, no se le oye llorar, pero sin duda lo están raptando, los desconocidos corren calle arriba, suben a un camión y...

¡Mi hijo, mi hijo!, gritó la mujer de los ojos apagados con una voz tan desgarrada que apenas se le entendió una palabra.

¡Pauli, mira lo que hacen esos señores! ¡El bebé, le están robando el bebé!, avisó Matilde mientras estrujaba la muñeca contra el pecho.

Paulina, sin embargo, lejos de tomar ninguna iniciativa para evitar el secuestro, tiraba de sus hermanos calle abajo para alejarlos del lugar.

¡Espera, esos señores son malos, se llevan al bebé!, insistió la muñeca cuando el camión pasó rugiendo a su lado.

¡Mi hijo, mi hijo!

¡Voy a por él!, se decidió Martín.

¡¡¡No!!!, ordenó Paulina como nunca en su vida había ordenado nada. ¡Tú no vas a ningún lado! Sigue andando, que se nos hace tarde y no nos van a dejar ver a *ama*.

¡Mi hijo, mi hijo!

Caminaban a toda prisa por el laberinto de callejuelas de Ninguna Parte, pero aquellos gritos no callaban, su recuerdo continuaba atormentándolos; no podían dejar de pensar en el silencio del bebé.

El hospital apareció como un nido de avispas en el horizonte. Las cruces rojas revoloteaban muy nerviosas aquel día, tal vez debido al calor. Entraron en el pabellón con la sonrisa puesta y la ilusión de encontrar a su madre despierta. Martín sacó del bolsillo el mendrugo de pan que les había regalado la mujer de los ojos apagados y se apresuró a colocarlo en la punta de la flecha imaginaria. Cerró un ojo para calibrar bien la distancia al objetivo, tensó el arco y...

¡¡¡Su madre no estaba!!!

Recorrió con la punta de la flecha cada una de las camas del pabellón... Y nada.

¿*Ama?*, preguntó la muñeca.

Nadie respondió. A Paulina se le había atragantado un pensamiento y tosía y tosía, no dejó de hacerlo hasta contar un millón de toses. Intentaba disimular que estaba cayendo por un abismo y que al fondo veía el infierno.

Pauli, ¿dónde está *ama?*, oyó que repetía la muñeca desde lo alto del precipicio.

Debía reunir fuerzas. Caminó un centímetro, luego otro, y otro más, y llegó al cartel que prohibía el paso y las palabras. Cruzó la frontera que separa la vida de la muerte y continuó avanzando por el descampado del pabellón. Sus pies tenían miedo. No eran suyos. ¿Quién camina por mí? ¿Quién preguntará por mí? ¿Quién escuchará por mí la respuesta?

La enfermera que parecía un alguacil resabiado levantó la cabeza de aquellos papeles y contempló el fondo oscuro de unos ojos que, en vida, debieron ser azules, bonitos. Aquella niña estaba muerta, pero en pie.

¿Qué quieres, cariño?

Intentó respirar, pero sus pulmones no se inflaban. Intentó articular sonidos, pero sus labios de color violeta no se movían. La única posibilidad de expresarse era que las palabras cayeran por sí solas de su boca. Notaba las miradas de sus hermanos como tres lanzas clavadas en su espalda. Los pobres esperaban al otro lado de la frontera, en el más absoluto silencio.

Cariño, ¿me oyes?, ¿en qué te puedo ayudar?, repitió la enfermera asomada al borde del precipicio.

La niña muerta no respondió, solo miraba los papeles.

¿Buscas a alguien?

Asintió con la cabeza. Ahora solo debía pronunciar un nombre, solo uno, pero era el nombre más importante de su vida. Se esforzó, y por fin, aquel nombre cayó desde lo alto de su boca con el estruendo de un vaso roto.

Teresa Mendíbil, musitó.

¿Buscas a Teresa Mendíbil?

De nuevo la niña muerta movió la cabeza afirmativamente.

La enfermera hundió la mirada en los papeles y fue recorriendo con el dedo, de arriba abajo, cada uno de los infinitos nombres que aparecían allí.

Espera, que ahora vengo, dijo después, y desapareció por una puerta.

¡Pauli!, llamó Martín, pero muy bajito, para que no se enfadara el cartel.

¡Eh, Pauli!, insistió al pensar que su hermana no lo había oído.

Sí que lo había oído, pero no podía volverse y dejar que la vieran naufragar. La niña muerta acababa de recordar algo que ocurrió un día de calor como aquel, hacía no demasiado tiempo, cuando levantaba poco más de cinco palmos del suelo y no caían bombas del cielo. Su madre zurcía una camisa sentada a la fresca del porche, que por su orientación recogía la brisa del río.

Ama, ¿me quieres?

¡Qué cosas tienes, Pauli! ¡Claro que te quiero!

¿Aunque haya roto la camisa?

¡Hija, no me digas que estás llorando por eso!

Sí.

Pero cariño, si no pasa nada. La camisa se arregla y ya está.

¿De verdad?

Ven, sube, siéntate conmigo y la cosemos entre las dos. Verás qué bien queda.

Entonces, ¿todavía me quieres?

Claro.

Pero ¿cuánto?

¿Cuánto? Pues... así, a ojo, yo diría que te quiero desde aquí hasta Bilbao.

¡Jo, *ama*, pero desde aquí hasta Bilbao es muy poquito!

Tienes razón, hija, qué mala soy calculando. Yo te quiero mucho más que eso.

¿Cuánto?

Te quiero desde aquí hasta, no sé, a ver, déjame pensar...

¿Hasta dónde?

Hasta la Luna, cariño. Por ti iría hasta la Luna.

Pero luego volverías, ¿no?

La niña muerta imaginaba lo que ocurría a su espalda cuando escuchó la vocecilla de un duende.

Pauli, ¿puedo ir contigo?

No, Lucas, espera ahí.

¿Dónde está *ama*?

Venga, estate formal. Enseguida voy y te cojo aúpas.

Pauli.

¿Qué quieres ahora, pesado?

¿Por qué no nos miras?

La criatura no entendía nada, pero percibía la sombra fría de la muerte planeando sobre sus cabezas. Comenzó a jadear. Le ahogaba el asma. Se agarró a la manita de Matilde; y esta, a la de la muñeca; y la muñeca, a la de Martín; y Martín, a la de su madre, aunque no estuviera allí.

La enfermera regresó muy seria y le dijo algo a Paulina. Los pequeños estiraron las orejitas todo lo que pudieron, por si conseguían captar siquiera

una palabra de alivio. Pero de improviso, el alguacil los alcanzó con su mirada y un calambre atravesó la cadeneta de manitas de extremo a extremo. Entonces el rostro del alguacil se contrajo, calló en mitad de ninguna frase y volvió a desaparecer por la puerta.

¡Pauli!

Lucas, espera, que ahora voy.

La niña muerta dejó escapar unos segundos sin volverse. Hacía como que se estaba abrochando la camisa que le cosió su madre. Cuando acabó de secarse las lágrimas con la manga, respiró una, quizá dos veces, y se tambaleó de vuelta hacia el cartel. Solamente conseguía avanzar gracias a la debilidad, que cuando se pone en marcha es incapaz de frenar hasta que se derrumba. Se le desmayó el alma al ver las manitas entrelazadas de sus hermanos. Y se hizo mayor de repente.

La única que se atrevió a preguntar fue la muñeca.

Pauli, ¿dónde está *ama*?

No sé, la señorita ha ido a enterarse.

¿La señorita no sabe dónde está?

No. Ha dicho que se la han debido llevar a un sitio esta mañana.

¿A qué sitio?

Ha dicho que ella no estaba cuando eso, y que tenía que preguntar a un señor.

¿Y quién es ese señor?

El doctor.

Pero ¿*ama* está bien?

La señorita ha dicho que igual le ha pasado una cosa.

¿Qué cosa?

No sé, no lo ha dicho.

Capítulo 48 bis

Mi madre

Finales de otoño de 2011

*H*ola, *ama*. Te escribo para decirte que eres la persona más importante de mi vida. Para confesarte que lo que recuerdo de mi infancia eres tú, y luego otras cosas. Y que lo que recuerdo de cuando crecí son otras cosas, y luego tú. Pero siempre tú. Te escribo para agradecerte el infinito amor que me has dado. Ese amor me ha permitido sobrevivir hasta hoy a lo que tú sabes, porque no me cabe duda de que sabes cuanto me pasa, aunque ni yo mismo lo sepa. Alguna vez he pensado preguntártelo, pero no me he atrevido porque sé que conoces la verdad. También sé que me mentirías si la verdad fuera dura. Te escribo para que no dudes de que hiciste todo lo posible por hacer de mí una buena persona. Gracias a ti sufro cuando obro mal, y eso es lo mejor que le puede suceder a alguien que se equivoca. Me enseñaste con tus abrazos, que lo calman todo, hasta mi carácter. Esos abrazos de los que siempre huyo, porque me hacen sentir tu edad entre mis manos. Un día te pusiste mala. Nunca jamás habías estado mala. Creí morir cuando te vi en aquella cama, tumbada, pequeña, recién operada. No sé cómo hacer frente a la idea de que te has hecho mayor, que tus pasos caminan despacio y, a veces, se tambalean. Necesito que estés a mi lado, aunque no lo parezca, aunque te visite poco y siempre esté escondido debajo de un pensamiento inútil que me mantiene

alejado y nunca se realiza. Necesito tus llamadas, aunque sean muchas y comiencen invariablemente igual: ¿Qué haces, hijo? Y mejor que empiecen así, porque si no lo hacen, es que ha ocurrido algo malo. Te necesito tanto que te voy a pedir lo mismo que te pedía cuando, de pequeño, en la cama, intuía que el cuento que me contabas tocaba a su fin.

Ama, no te vayas, no me dejes solo. Quédate conmigo... Siempre.

Te quiero.

Ahora me vas a tener que disculpar, porque he de hablar de ti.

Mi madre se llama Dorita y es la persona más generosa que existe: regala su cariño sin pedir a cambio más que un beso. Ahora bien, tiene sus cosas, porque ama de tal forma, con tanta intensidad, que no puede evitar ser un poquito bruja. Un día llegué a la oficina donde trabajaba y me encontré a mi jefa hablando por teléfono. Al verme, sonrió y me persiguió con la mirada. Deduje que la conversación que mantenía tenía que ver conmigo. Un buen rato después colgó y dijo algo que me dejó helado.

Era Dorita.

¿Quién?

Tu madre.

¿Me estás diciendo de verdad que estabas hablando con mi madre?

Claro.

¡Cómo que claro!

Suelo hablar con tu madre. Me ha preguntado a ver qué has comido.

Un Abrisqueta como yo, por naturaleza despistado, está sobradamente preparado para hacer frente al ridículo más espantoso sin pestañear (es la fuerza de la costumbre; a menudo, cuando salimos a pasear nos estampamos contra las farolas). ¡Pero esto era demasiado! Sentí que la tierra me tragaba. No, más bien lo deseé. A partir de entonces tuve pánico de mi jefa, no podía dejar de pensar qué demonios le habría contado mi madre a cambio de enterarse de mi menú diario. No se me pasó el tembleque hasta que la vida me alejó cuatrocientos kilómetros de aquella oficina.

Mi madre debería haber sido agente secreto, como su marido. De hecho, es muchísimo más eficaz que Martín en estos menesteres. Maneja las guías de teléfonos y los contactos mejor que un televendedor. Hace años, cuando llegaba a casa acompañado de una amiga, me daba miedo ir al baño o mirar al techo durante más de un segundo, porque sabía que, a la menor ocasión, le pediría el teléfono a mi amiga; no por controlarme, que nunca lo ha hecho, sino por saber lo que comía. Hasta la popularización del *tupperware* la mujer vivió sumida en un estrés continuo. Ahora ya no tiene problemas, sabe perfectamente lo que comen sus hijos: cocina para todos (sospecho que también guisa para sus nietos, y no sé si incluir en la lista a los vecinos, porque cada vez que me los encuentro en el portal los veo más gordos y sonríen demasiado). El tema de la distribución lo ha solucionado con porteadores. Cualquiera que ose pisar su casa es susceptible de convertirse en porteador de *tapers* a domicilio. No vale de nada inventar una disculpa; mi madre es muy persuasiva y comprará tus servicios con los *tapers* que hagan falta. Tiene miles. Posiblemente ataque incluso a los que se confunden al llamar a su portero automático. Eso sí, tampoco abusa, nunca encasqueta más de cuarenta *tapers* congelados por porteador. Y vienen siempre adecuadamente etiquetados. Como estamos en otoño y los días comienzan a ser fríos, ahora tengo la nevera llena de etiquetas contundentes: garbanzos con berza, alubias blancas con chorizo y almejas, alubias rojas con morcilla y el noventa por ciento de las costillas de una vaca, lentejas, patatas a la riojana... A veces utiliza diminutivos. Eso es lo más peligroso. Como ponga «Merlucitas albardadas», mucho cuidado al abrir el *tupperware*, porque ahí dentro hay una piscifactoría embutida.

Una vez me pregunté de dónde le vendría esta afición desmedida por la nutrición ajena. Y me di cuenta de que soy más tonto de lo que pensaba. La razón era evidente: la posguerra. Mi madre pertenece a una generación perseguida por el hambre.

Esta mañana mi hermana Ainhoa me ha contado una conversación que mantuvieron mis padres al día siguiente de que les leyera los bisés, cuando bajaban con ella en el ascensor. Iban al médico. A Martín se le veía pensativo, y mi madre, que siempre está atenta a todo, se preocupó por su corazón.

¿Estás bien?

Sí, estoy muy bien.

Entonces, ¿en qué piensas?

Nada, es que le estaba dando vueltas a lo que ha escrito este.

¿Quién, tu hijo?

Sí... Creo que tienes que hacerle menos zumos de naranja.

Dorita también vivió la guerra. Le pilló de muy chiquitina, por lo que su recuerdo es tan diminuto que cabe en un solo párrafo. Sonaba una sirena. Corría hacia el refugio de la mano de su madre, mi abuela Clementina. Una bomba estalló muy cerca y el miedo las hizo caer al suelo. La niña se echó las manos a los oídos y comenzó a llorar. Las bombas silbaban, explotaban a su alrededor. Una. Otra. Otra más. De pronto, el llanto se detuvo: en el rostro de su madre acababa de aparecer una sonrisa inesperada. La sonrisa la cubrió con suavidad. La abrazó. Y le contó el cuento de Bolondrón.

Continuaron cayendo bombas, pero no las recuerda. En ese momento mi madre era feliz.

Capítulo 49

El cura gordo y la polilla cotilla

Verano de 1937

A Lucas le daba miedo Jesusito. Estaba crucificado y lleno de sangre, le caía de la cabeza, de las manos, de los pies. Y encima no le quitaba ojo, lo perseguía con la mirada aunque se moviera hacia los lados.

Los críos se habían acercado a una ermita que conocían de vista. Era muy pequeña, del tamaño de dos avemarías, poco más, pero en su interior se respiraba algo muy raro por aquel entonces: paz. Y justamente eso, un poquito de paz, era lo único que necesitaban para rezar por su madre. Afuera cundía el caos: el frente se aproximaba, y con él, los disparos.

¡Pum! ¡Pum!

Había dos personas más en la ermita: una mujer, que estaba arrodillada en el confesionario cuchicheando palabras con muchas eses; y el cura, que aunque no se le veía, sin duda se encontraba dentro del confesionario. A juzgar por el tiempo que llevaban ahí, la mujer de las eses debía tener miles de pecados mortales.

Paulina dirigía las plegarias; recitaba el rosario, que es un rezo muy largo y lleno de misterios. En su día le había costado Dios y ayuda aprenderse entero, pero ahora estaba orgullosa de poder dedicárselo a su *ama*. Sus hermanos intentaban mantener el ritmo atropellado de la oración, pero como

no se la sabían bien, y tampoco eran capaces de pronunciar tanta palabra seguida sin asfixiarse, enseguida optaron por rezar al estilo de los peces, abriendo y cerrando la boca sin decir ni *glu*. Total, Jesusito está en el cielo y desde tan arriba es imposible apreciar este tipo de detalles.

Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, creo en Jesucristo, su único Hijo...

Mientras fingía orar, Martintxo rumiaba lo ocurrido en el hospital. Finalmente la enfermera había vuelto a aparecer por aquella puerta situada al fondo de la zona prohibida para hacerles una pregunta que les atravesó el corazón.

¿Estáis solos, no tenéis padre o algún familiar?

Claro que estaban solos, completa y absolutamente solos; pero cómo iban a reconocerlo, hubiera sido como asumir que el mundo había muerto. Así que permanecieron callados, sacudidos por una congoja que crecía por momentos. La enfermera se apresuró a arreglar el desaguisado.

¡Chicos, no pasa nada, vuestra madre está bien!

¿Está bien?

Sí, lo que ocurre es que la han aislado.

«Aislado». No conocían esa palabra. Ni tampoco muchas de las que vinieron después, como paciente, administración, tratamiento, coma o estado crítico. Por el tono con que las pronunciaba, intuyeron que pretendían devolverles la calma, pero a fe que no lo consiguieron, pues los niños, como todos los seres humanos, desconfían de lo que no entienden. Lo único que sacaron en claro es que su madre había empeorado y tenían que hacer algo por ella.

Solo se les ocurrió una cosa.

Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos...

Sabían que la enfermera no les contaba toda la verdad. Sudaba, estaba muy nerviosa, y cuando le pidieron permiso para pasar a ver a su *ama*, aunque solo fuera un minuto, apenas atinó a balbucear que regresaran al día siguiente a

primera hora, porque unos señores querían hablar con ellos. Luego desapareció como una exhalación.

¡Pum! ¡Pum!

¿Por qué los mayores mienten a los niños?, preguntó Martín a Jesusito.

Jesusito se le quedó mirando, pero no dijo nada. No era extraño, tenía treinta y tres años, y de un mayor solo se pueden esperar mentiras o silencio.

¡Pum! ¡Pum!

Antes de abandonar el hospital, los chiquillos habían buscado a su madre por todos los pabellones, por todas las camas, por todos los rostros. Martín incluso se coló por la puerta prohibida y se perdió en un laberinto de pasillos, quirófanos y boticas, hasta que un forajido que tenía la boca tapada con una servilleta le cortó el paso.

¡Pues dígame dónde han metido a mi *ama!*, exigió entonces el chaval muy serio.

El forajido lo condujo hasta la salida del laberinto y lo despidió sin contemplaciones.

¡No vuelvas a entrar aquí!

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados ...

En la ermita hacía frío. Bueno, en realidad no podemos asegurar que lo hiciera, pues con el estómago vacío siempre se está destemplado. Las eses de la mujer del confesionario continuaban silbando. Martín decidió que en cuanto se callaran, iría a hablar con el cura para que intercediera por su madre; quizá él tuviera más influencia ante Jesusito que unos simples niños a los que nadie hace caso.

La luz del día se colaba por una pequeña vidriera de colores y cruzaba de lado a lado la atmósfera polvorienta de la ermita. A la derecha del altar, las velas de los deseos titilaban en la penumbra. Pero para que los deseos se cumplan, además de encender una vela, hay que dejar propina, y no tenían ni media propina en los bolsillos.

Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, el pan nuestro de cada día dánoslo hoy...

Se sentaron en el banco; llevaban demasiado tiempo de rodillas y ya no sentían las piernas. A pesar de que trataron de evitarlo, se quedaron dormidos en mitad de un padrenuestro, porque además de frío, aquel día hacía un sueño terrible.

¡Pum! ¡Pum!

Cuando Martín abrió los ojos, las eses de la mujer habían desaparecido. Corrió al confesionario y se arrodilló junto a la rejilla de madera por donde se escurren los pecados. Aunque no lo veía, sabía que detrás de aquella rejilla había un cura gordo, calvo y cabezón, pues todos los curas del mundo responden a esas características. Estaba equivocado: al otro lado solo había una polilla que revoloteaba asustada porque un niño le estaba contando cosas que dolían. El cura que atendía la ermita llevaba meses sin pisar su parroquia. No estaban los tiempos como para ir dando misas por ahí; el apoyo tácito de la Iglesia oficial al bando fascista había comprometido la situación de los curas que oficiaban en territorio republicano a tal punto que se habían producido numerosos linchamientos de religiosos.

¡Pum! ¡Pum!

Los niños rezaban ajenos a las circunstancias de la política. No eran los únicos. Muchos de los refugiados llegados a Ninguna Parte, creyentes en su mayoría, hacían otro tanto, aunque paradójicamente se veían aplastados por un ejército bendecido por Roma que luchaba en nombre del mismo Dios al que ellos imploraban.

Martín escuchó un ruido que le recordó vagamente al batir de alas de una mariposa, pero que atribuyó a los bronquios del cura. Debía ser fumador. Le extrañó, sin embargo, que en todo el tiempo que llevaba confesándose, el párroco no hubiera abierto el pico una sola vez. Pegó el ojo a la rejilla para comprobar si no se había quedado dormido escuchándolo, y la sorpresa fue morrocotuda.

¡Ay va, si no hay nadie!, exclamó con cara de tonto.

Se asomó por la puerta del confesionario y sorprendió a la polilla con la oreja pegada a la celosía, cotilleando. Del susto, al pobre insecto casi se le caen las antenas. Pero aquel chaval, lejos de atacarla, hizo algo insólito: se

quedó mirándola con tristeza, regresó a su sitio, pegó la boca a la rejilla y continuó su confesión. Aquel niño necesitaba desahogarse con alguien.

¡Pum! ¡Pum!

Venga, chicos, despertad, dijo Paulina. Vamos a avisar a Martín de que se está confesando solo, que este no se entera de nada.

Matilde y Lucas se desperezaron con timidez, pues les daba vergüenza estirarse como Dios manda ante la imagen de un Jesusito crucificado, y siguieron a Paulina hasta el confesionario.

El testimonio de un culpable los detuvo en seco.

Capítulo 50

El niño que tenía la culpa de todo

Verano de 1937

Yo no soy Peter Pan, me tienes que creer, Jesusito, yo me llamo Martín Abrisqueta. Ha sido sin querer, te juro que no voy a volar más, yo quiero volver a casa con mis padres. Por favor, ayúdales, ellos no han hecho nada, todo es por mi culpa. Te prometo que voy a ser bueno, de verdad, haré todo lo que me manden, cuidaré las vacas, iré al refugio y no me pelearé con Matilde ni nada de nada. Ni siquiera voy a saludar a los alemanes, porque se han vuelto más malos que yo y los niños se mueren de miedo al oír sus bombas. Pero tienes que hacer que mi *ama* se despierte, tienes que hacerlo ya, Jesusito, antes de que se muera de miedo ella también, porque está sola y no nos dejan verla. Si estás muy ocupado, habla con Juan, seguro que lo conoces, es uno que vive en la Luna y es amigo mío. Le escribí una carta, pero me parece que no le ha llegado. Es que se la dejé colgada en un árbol y se la habrá comido un pájaro. Por favor, dile que mire a ver dónde está mi *ama*, que desde la Luna seguro que lo ve todo. Te juro que no voy a volar nunca, Peter Pan es tonto, yo no soy ese niño, yo quiero volver a casa con mi familia. Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón, tómallo, tuyo es y mío no.

Capítulo 51

La locomotora

Verano de 1937

Aquella noche los pequeños disfrutaron de un sueño que los condujo hasta un mundo lejano que se llamaba Arrigorriaga. Nada más llegar al paraíso, Teresa se acercó sonriendo, los abrazó y, después de jugar con ellos durante un rato, hizo lo que hacen todas las madres cada mañana: despertar a sus hijos con cariño.

Niños, lo siento, pero tenéis que levantaros. Habéis quedado en el hospital a primera hora.

Abrieron los ojos esperando hallar a su *ama* al otro lado de los párpados, pero la felicidad solo era un sueño. Se encontraban en un cine sin pantalla, en el horror de siempre, solos. El cuartel general estaba vacío, debía ser tardísimo.

¡Venga, vamos, aprisa, que nos están esperando!, dijo Paulina mientras retiraba la manta y sacudía la pereza.

Salieron a la calle con las legañas puestas, como a ellos les gustaba, y para cuando quisieron darse cuenta de que estaban despiertos, se encontraron rodeados de disparos en una esquina perdida en mitad de Ninguna Parte.

El miedo los clavó al suelo con un martillo.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¿Quién dispara a los niños? ¿Quién es capaz de eso? ¿Quién?

Era imposible saberlo; la niebla se había apoderado de la ciudad secreta, corría hecha jirones, rasgada por los disparos. Comenzaron a temblar, no sabían qué hacer, sus cabecitas giraban como peonzas buscando a su alrededor un gatillo escondido entre la bruma. Aquello era un auténtico tiroteo.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum!

¡¡¡Rápido, hacia las vías del tren!!!, aulló Paulina.

Echaron a correr cegados por una venda de nubes que multiplicaba el pánico. Saltaron por encima de un bulto que dormía en el suelo con los ojos abiertos, y la mirada de la muerte los convirtió en soldaditos de plomo que quieren pero no pueden huir de la guerra.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum!

¡No os paréis, hay que salir de aquí! ¡Lucas, venga, corre, corre, corre!

El pequeño se había quedado pegado a aquella mirada. Se puso rojo, luego azul, más tarde violeta, y al fin cayó de rodillas: se ahogaba. Paulina lo cogió aúpas y siguió adelante con su hermano en brazos y el plomo en las piernas.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum!

Saltaron una valla y alcanzaron las vías del tren con el último resuello que les quedaba. Habían dejado atrás el grueso de los disparos, pero aún no se encontraban a salvo, la ciudad secreta hervía por los cuatro costados.

Me he hecho pis, confesó Lucas avergonzado.

No importa, cariño, es el miedo.

Paulina llevaba razón: es el miedo quien se hace pis, no los niños. Se precipitaron a la cuneta, pues las vías estaban muy ocupadas aquella mañana, no cesaban de pasar trenes y más trenes. La mayoría eran convoyes de ganado de esos que transportan manos. Aparecían como fantasmas entre la niebla, sin avisar, sin decir ni *chuuu*, como si trataran de ocultar su presencia. De vez en cuando alguien disparaba su odio contra los vagones, y las manos se escondían rápidamente.

¡Pum! ¡Pum!

Llegaron al hospital después de tropezar una y mil veces con la debilidad, pero al menos, la enfermera los recibió con una sonrisa y un beso.

Tomad, os he traído esto, dijo ofreciéndoles una bolsa. Es todo lo que he podido conseguir.

Los pequeños abrieron la bolsa y un olor nauseabundo les atravesó el estómago con una arcada. Dentro había un montón de trozos de queso, de ese dichoso queso de Holanda.

Gracias, señorita, pero no tenemos hambre.

Lo que no tenéis es buena cara, deberíais comer, insistió la enfermera.

La puerta prohibida les ahorró una nueva disculpa; se abrió de golpe y dos señores vestidos con gabardina y sombrero se plantaron en mitad del pabellón todo tiesos y con el gesto sombrío.

Ven cariño, acompáñame, dijo la enfermera, y se llevó a Paulina adonde los señores.

Martín acarició el gatillo de su Smith & Wesson, que descansaba en la cartuchera: no le gustaban esos dos, habían rodeado a Paulina y la estaban acribillando a palabras. Aunque desde su posición apenas podía entender nada, sabía perfectamente que la hacían sufrir, su hermana estaba encogida.

Los señores apuntaron algo en unos papelitos y echaron a andar hacia ellos seguidos de Paulina y la enfermera. El soldado Messerschmitt notó que unas manitas temblorosas lo agarraban por la parte de atrás del jersey. Eran Matilde y Lucas. Amartilló el revólver. Los pies de aquellos dos mafiosos producían un ruido metálico de claqué que crecía en intensidad a medida que se acercaban. Los muy canallas debían haberle robado los zapatos al mismísimo Fred Astaire con la sola intención de poner nerviosa a la gente. El baile se detuvo, y entonces, aprovechando que eran dos contra uno, desenfundaron la lengua y escupieron un sinfín de frases oscuras como ráfagas de metrallera. Los casquillos volaban por los aires describiendo parábolas que se sucedían a relevos.

Tenéis que marchar de la ciudad.

Estáis solos.

No podéis quedaros aquí.

Lo hemos arreglado todo.

Mañana por la mañana debéis presentaros en la estación.

Pero a las ocho, puntuales, no como hoy.

Ese renacuajo debe ser Lucas.

Qué majo.

Subiréis a un tren.

En estos momentos es imposible salir de la ciudad por barco.

Pero no os preocupéis.

Pronto estaréis en lugar seguro.

Vuestra hermana tiene las tarjetas de identificación.

Os las pedirán.

No habrá ningún problema.

Por un instante, las metralletas guardaron silencio y solo se oyó el sonido de los casquillos que rodaban por el suelo. Los mafiosos echaron mano de dos nuevos cargadores, pero antes de que pudieran ajustarlos, el soldado Messerschmitt vació su revólver contra el corazón de aquellos dos. Supuso que lo tenían.

¿Y *ama*?

Vuestra madre se queda.

¿Por qué?

Aquí está bien. Ahora os vamos a llevar a un sitio y...

Pero es que queremos ver a *ama*.

Eso es imposible. Escucha, en ese sitio os van a dar algo de comer y...

No queremos comer, queremos verla.

Te acaban de decir que eso no es posible.

¡Imbécil!

¡Qué modales son esos! ¡Así no se habla a los mayores!

¡¡¡Imbécil, imbécil, imbécil!!!

¡Oye, niño!

¡¡¡No nos iremos sin *ama*, no la dejaremos sola nunca, nunca, nunca!!!

¡Quieto!, ¿adónde vas?

Martín salió disparado como una bala perdida. Sus hermanos se quedaron contemplando el hueco que había dejado, y en cuanto tomaron conciencia de que había escapado, echaron a correr ellos también, no podían hacer otra cosa. Uno de los mafiosos agarró a Matilde del brazo, pero la muñeca se zafó mordiéndole la mano con todas sus fuerzas.

¡Esperadme!, gritó la pobre, que veía que se quedaba atrás.

¡Maldita niña, no te fastidia que me ha mordido!, oyó que vociferaba un ogro a su espalda.

¡Pero adónde van estos mocosos!, bramó su compañero. ¡Bueno, como queráis, pero recordad que mañana debéis presentaros en la estación, no lo olvidéis!

Martintxo era una locomotora que volaba por las vías echando humo por las orejas. Huía hacia su madre, hacia ninguna parte, cegado por la niebla, por la duda, por la culpa, por todo lo que no entendía y lo torturaba por dentro. Un convoy de ganado lo adelantó. En el último vagón vio una manita que se agitaba con la palma abierta. Era muy pequeña, no tendría más de cinco centímetros de envergadura. Un niño lo saludaba desde otro mundo, desde otro tiempo, desde la felicidad imposible.

¡Martín, para, para de una vez!

Tropezó con una piedra, e instintivamente, miró hacia abajo y creyó morir: las ruedas de la locomotora habían desaparecido, se habían convertido en simples piernas que corrían sin saber adónde ni por qué. Todo, todo era verdad.

Ama, susurró. Por qué, por qué no estás aquí.

¡Martín, ya está bien, para ya!

Soltó el vapor hacia los lados como un tren que llega a su destino y se detuvo, exhausto, empapado, sudando bruma. Se volvió hacia la voz que lo llamaba por su nombre, y vio algo que le hizo sentirse más culpable todavía. Lucas había caído a una zanja y gemía desconsolado.

¡Que se me sale, que se me sale la sangre!

No llores, Lucas, solo es una heridita.

¡Pero es que se me va a salir toda!

Que no se te va a salir toda, hombre, eso es imposible.

Pauli, que sí que se me sale. ¡Mira!

La muñeca permanecía a dos o tres metros de la herida de su hermano con los ojos escondidos detrás de las manos. No soportaba el color rojo de la

sangre pero tenía que preguntar.

¿Se va a morir?

No, mujer, si no tiene nada.

Me voy a morir, me voy a morir...

Cariño, que no te vas a morir, no le hagas caso a Matilde, que es tonta.

Me voy a morir, me voy a morir...

¿Verdad, Matilde, que eres tonta?

Me voy a morir, me voy a morir...

¡Matilde, dile ahora mismo que eres tonta!

¡Soy tonta, soy tonta!

¿Ves cómo no te va a pasar nada? Solo es un rasponazo. Matilde es tonta.

Entonces, ¿no me voy a morir?

Claro que no. Te limpiamos la rodilla y ya está.

Martín regresó sobre sus pasos con la mollera escondida entre los hombros y, antes de que Paulina pudiera reprenderlo, le estampó un beso en el papo de esos que se dan cuando quieres pedir perdón pero no te atreves.

¿Por qué te has escapado?, preguntó ella mientras aclaraba la herida de su hermano con un poco de saliva.

No sé.

¡Pum! ¡Pum!

Una vez que Lucas se hubo restablecido de su muerte por desangramiento, tiraron hacia el cuartel general a paso ligero, pues los disparos se habían vuelto a desmandar por toda la ciudad. Encontraron el cine limpio como una patena: en su interior no había ni transeúntes, ni petates, ni nada de nada. Bueno, algo sí, pero lo propio de una sala de proyecciones al uso; es decir, bancos y piojos.

¿Adónde se han ido todos?, preguntó Matilde.

Era como si un mago los hubiera hecho desaparecer sin dejar rastro. Martín se dirigió a los servicios, por si acaso se había declarado otra epidemia fatal y estaban en el váter, imposibilitados; pero allí tampoco había nadie. Decidieron olvidarse del asunto, no tenían fuerzas ni para pensar. Se

acostaron sobre una montaña de mantas que el mago había apilado en una esquina con su varita, y se quedaron dormidos en medio de un suspiro.

¡Pum! ¡Pum!

Martín soñaba que echaba paladas y más paladas de carbón a la locomotora. El fuego era rojo como el mismísimo infierno, la máquina estaba a punto de estallar. Entonces, en una revuelta muy mala, la locomotora descarriló y se precipitó por la ladera de una montaña nevada. Los árboles desfilaban ante él difuminados por la velocidad. Cerró los ojos.

Despierta, Martín.

¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Soy yo, Paulina. Hay que levantarse, hay que ir al comedor.

Yo no voy, no tengo hambre.

Sí que tienes hambre, no seas vago. ¡Venga para arriba!

No, no me da la gana.

Martín, como sigas en ese plan vas a conseguir que me enfade de verdad.

Me da igual.

¿Por qué te has ido corriendo del hospital?

Porque esos señores son tontos, quieren que dejemos a *ama* aquí sola.

Cariño, ella no puede venir con nosotros.

¿Está muy mala?

Tenemos que marchar, Martín.

¿Por qué?

Porque hay muchos disparos.

No, no los hay.

Sí que los hay. Además los señores tienen razón, en el hospital va a estar bien.

¿Y por qué no nos dejan verla?

No sé.

¿No te lo han dicho?

No.

Odio a esos señores.

Puede que sean tontos, pero tenemos que salir de aquí.

No.

Todo el mundo se ha ido. Mira, ya no queda nadie en el cine.

No.

No seas egoísta, tus hermanos son muy pequeños, tienes que hacerlo por ellos.

...

Vamos, levántate.

...

Venga, cariño, que sin ti no podemos conseguir comida.

...

Por favor.

Según el reloj de la iglesia pasaban ya cuarenta minutos de las doce, pero curiosamente, la puerta del comedor permanecía cerrada y apenas había transeúntes en la cola. Solo estaban ellos cuatro y un señor al que le faltaban las piernas y se movía en un carrito con rodamientos. El hombre era muy majo, pero pesimista.

No creo que abran hoy, barruntó. Y no me extraña, pues con los de la quinta columna pegando tiros por ahí, sería un milagro que se acuerden de dar de comer a unos pobres como nosotros.

Dicho esto, el pesimismo se perdió entre la niebla arrastrándose con el carrito.

¡Pum! ¡Pum!

La bruma olía a pólvora y a misterio. De vez en cuando creían distinguir algo, algo feo, como la sombra oscura de un caminante que cruzaba ante ellos con una guadaña apoyada en el hombro. Esa clase de visiones se sucedía una tras otra, como los disparos, que sonaban cada vez más ciegos, más intensos. Para colmo, la humedad se condensaba en el cabello y se escurría por el cuello provocándoles escalofríos. Pero no podían irse, tenían muchísima hambre. Martín husmeó el ambiente con la nariz en alto y luego se sorbió los mocos, señal de que había tomado una determinación.

Pauli, me voy a colar por el balcón.

No, espera a ver si abren, que hoy no vamos a tener problema para entrar.

No van a abrir, el señor del carrito tenía razón.

¿Cómo lo sabes?

Porque no huele a comida.

¡Ay va, es verdad, no me había dado cuenta!

Esperad aquí, que seguro que consigo algo.

¡Martín, Martín!, ¿puedo ir contigo?

No, tú no puedes. Esto es cosa de hombres.

¡Pauli, dile que robar no es cosa de hombres!

Déjale que vaya solo, Mati. Subir a los árboles es cosa de monos.

Entonces, ¿Martín es un mono?

Eso parece.

¡Martín es un mono, Martín es un mono, Martín es un mono!

Mati, chínchale si quieres, pero bajito.

Martín es un mono, Martín es un mono, Martín es un mono.

La burla no hacía mella en el soldado Messerschmitt; todo lo contrario, se sentía orgulloso de que alguien lo elevase a la categoría de primate hominoideo, y para demostrarlo, se golpeó el pecho al estilo King Kong y trepó por el árbol emitiendo todo tipo de estridencias selváticas con la boca. Su interpretación fue convincente, hasta que de pronto, cuando le faltaba nada para bordar la actuación alcanzando de un salto el balcón solitario, el gorila perdió los papeles y habló con una voz tan ligera que a pocas se la lleva el viento.

¡Una carta!, balbuceó. ¡Es una carta!

Ahí delante, a solo unos centímetros de la punta de su nariz, había un sobre blanco colgando de un hilo.

La respiración, el corazón, el mundo, todo se detuvo. Muy lentamente, acercó la nariz al sobre, pero sin llegar a tocarlo, pues temía que se deshiciera como una pompa de jabón, y vio que tenía una palabra escrita, una sola, pero tan importante que la sonrisa se le desparramó por la cara e iluminó aquel día de 1937 que se había perdido entre la niebla, la guerra y la muerte.

¡Pum! ¡Pum!

¡Venga, Martín, date prisa, no te pares!, apremió Paulina desde abajo.

Sí, debía despachar la misión rápidamente para gozar cuanto antes del contenido de aquella carta. La cogió y, catapultado por la sonrisa, entró y salió del edificio en menos de lo que tarda un enemigo en disparar.

¡Pauli, mira, mira, un pan! ¡Martín trae un pan, vamos a comer pan!, celebró Matilde cuando vio que su hermano regresaba con una hogaza del tamaño de un camión.

La niña botaba de alegría, aunque el alborozo se esfumó enseguida de sus mofletes porque Martín era tonto, completamente tonto, y se había entretenido a mitad de camino haciendo una cosa que podía hacer en cualquier otro momento.

Ya le ha dado otra vez por abrazar árboles, ¡qué pesado!, protestó.

¡Pum! ¡Pum!

De vuelta en el cuartel general, y ya con el pan centrifugándose en los papos (hubieron de masticarlo un millón de veces, pues estaba más duro que la cabeza de un niño de Arrigorriaga, que ya es decir), Martintxo abrió el sobre y comenzó a leer la carta con ansiedad. Apenas lograba distinguir las letras, se le agolpaban, no le entraban por los ojos. Lucas se agachó a recoger el sobre, que con los nervios había ido a parar al suelo, y al ir a entregárselo a su hermano, vio que en uno de los lados tenía una palabra escrita, solo una, y encima tremendamente fácil. Se animó a leerla, no quería olvidar lo poquito que había aprendido en la escuela hasta que la cerraron.

Aquí pone «jota, u, a, ene», descifró todo orgulloso.

Entonces la boca de Matilde dejó de masticar el pan de piedra y preguntó algo muy gordo.

Martín..., ¿esa carta es de Juan?

Su hermano asintió con la cabeza.

¿En serio?, ¿te ha vuelto a escribir?, preguntaron a coro Paulina y Matilde, y por fin Lucas, que no pretendía desentonar pero que llegó tarde.

La cabeza de Martintxo volvió a menearse de arriba abajo y alcanzó la carta a Paulina para que la leyera en alto.

Aquella noche durmieron felices, mecidos por los sueños bonitos que había escondidos en aquel papel. Y la mar de calentitos, porque disponían de un montón de mantas para ellos solos. Es verdad que a última hora regresaron algunos transeúntes, pero no más de dos mil o dos mil quinientos, por lo que a pesar del guirigay que se organizó mientras se acomodaban, al final hubo bancos que tuvieron que pasar la noche vacíos, sin nadie que les quitara los piojos.

A eso de las tres de la madrugada, sin embargo, a Martín lo despertó la inquietud y subió al tejado a contemplar la luna. Se la veía sonrosada. La pobre sentía vergüenza, la habían sorprendido a medio vestir, en cuarto creciente. El chaval fue arrastrando el culo por el borde del tejado y se situó justo encima de la buhardilla de las mujeres que gritan. Encajó las piernas entre los hierros con los que se solía ayudar para bajar al balcón y, poco a poco, fue descolgando el cuerpo del revés hasta asomar su cabeza de chorlito por la ventana de la habitación. Colgado patas arriba, era la viva imagen de un murciélago, eso pensaba él.

Abrió bien los ojos, y entonces, una lágrima cayó desde algún sitio, rebotó en la barandilla del balcón y se precipitó por el patio. Aquella lágrima no era suya, por supuesto que no. Martín nunca, nunca llora, ni siquiera sabe cómo se hace eso.

En la cama del rey descansaban una mujer y un niño. La madre tenía el libro de Peter Pan debajo de una mano que se le había quedado dormida en mitad del cuento. Con la otra mano abrazaba a su hijo.

Capítulo 52

La carta que escribió la niebla

Verano de 1937

*H*ola, Martintxo:

Perdona por haber tardado tanto en responder a tu carta, pero he estado ocupadísimo sembrando patatas. Es que aquí en la Luna tengo una huerta terrible de grande y me da un trabajo que no veas. Por cierto, que hace un rato Jesusito se ha acercado a echarme una mano, y hablando de esto y de lo otro, me ha contado lo mal que lo estáis pasando en la Tierra. Así que en cuanto se ha marchado, no he perdido ni un minuto y he venido corriendo al borde de la Luna para ver lo que ocurre ahí abajo, y te tengo que decir algo muy importante. Atento, Martintxo, toma nota:

Debéis iros de Santander antes de que el sol salga otra vez. No os preocupéis por nada, pronto volveréis con vuestra madre. Ha despertado ya, pero ahora necesita descansar y tomar un jarabe que sabe fatal pero que la va a curar del todo. Tenías razón, la enfermera y los señores de la gabardina mienten, pero es que no les queda más remedio, porque los doctores se han llevado a vuestra *ama* y a los demás enfermos a un hospital que es tan secreto tan secreto que, si dicen dónde está, los meten a la cárcel. Pero ni se te ocurra contar esto a nadie, ¿eh?, que es secreto.

Ahora escucha: tenéis que subir a un tren y huir en dirección adonde se pone el sol. Allí, al final del todo a la derecha, junto a un burro de orejas grandes y una montaña más alta que el cielo, está Nunca Jamás. Hazme caso, que yo desde aquí veo las cosas de maravilla. Pero eso sí, para que todo salga bien, debéis estar los cuatro juntos, siempre juntos, y quereros mucho. Si hacéis lo que os digo, al final comeréis perdices, ya verás.

He estado pensando en los alemanes, ¿y sabes qué?, yo creo que se han vuelto requetemalos porque les da miedo volver a su país. Seguramente les pasa como a tu amigo Josemari, que siempre está en la calle, enfadado y jugando a batallas porque en su casa hay guerra.

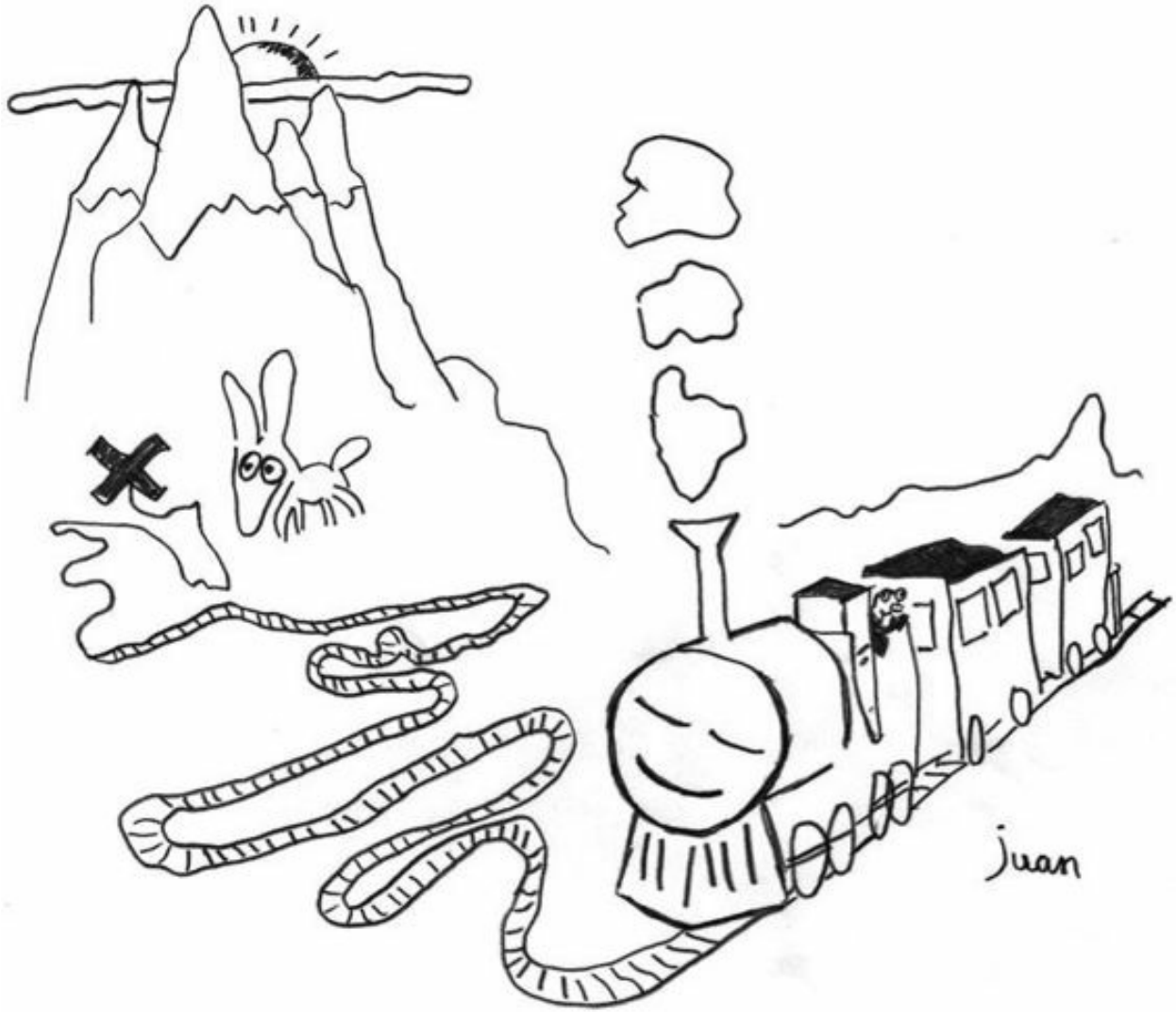
¡Ah!, se me olvidaba decirte una cosita. Tú no tienes la culpa de lo que les ha pasado a tus padres; la culpa es de los hombres de oscuro, que son unos demonios. No seas tonto, puedes volar

todo lo que quieras. En el cuento, Peter Pan no regresa con sus padres porque no le da la gana, no porque vuele o deje de volar. Vete a saber, igual en su casa también hay guerra y por eso vive en Nunca Jamás, lejos de su familia.

A mí también me gusta volar. Ya, es un poco raro en un mayor, pero es que no lo puedo evitar. ¡Es tan fácil!... ¿Sabes cómo lo hago? Cierro los ojos y de repente estoy en el aire, flotando como un globo. Los sueños son mágicos, y para que se cumplan, solo hay que cerrar los ojos y deseárselo con todo tu corazón. Con los ojos cerrados, ganarás todas las batallas, Martintxo.

Saluda a tus hermanos de mi parte. Un beso a todos desde la Luna.

Os envío un mapa del camino a Nunca Jamás.



Juan

Capítulo 53

La ballena asesina

Verano de 1937

¡No se atropellen, suban al tren manteniendo el orden, por favor!, suplicó un hombre con gorra y ojos de sapo que trataba de contener el miedo con los brazos en alto.

Sin embargo, a pesar del griterío, los empujones y alguna que otra imprecación, todo transcurría dentro de la normalidad; al menos dentro de lo que se puede considerar normal en el contexto de una evacuación a la desesperada. Ocurrió así hasta que dieciocho balas, sí, creo que fueron dieciocho, pasaron silbando al oído de la multitud e impactaron contra el andén haciendo saltar trocitos de asfalto por los aires.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum!

¡Nos disparan, nos disparan a nosotros!, advirtió una voz con la zozobra de quien sabe que va a morir.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum!

El tiroteo provocó una estampida que embistió al señor de los ojos de sapo y a todo lo que encontró por delante. Algunos transeúntes tropezaron y sucumbieron bajo las coces de la vorágine, que solo se detuvo cuando clavó los cuernos contra el fondo de los vagones.

¡Por el amor de Dios, guarden la calma!, insistió el señor sapo desde el suelo.

Los niños se acurrucaron en un rinconcito del vagón al que habían ido a parar y estrujaron el jersey de Paulina cuando se cerró la puerta corredera con un estruendo metálico que sonó a cárcel. Todos los presentes enmudecieron, pero mucho más al oír el redoble del cerrojo sellando su suerte. Entonces apreciaron esas extrañas rayas. La luz de la mañana se filtraba por los respiraderos del vagón y dibujaba rayas en las caras de pánico de los transeúntes; en su mayoría, mujeres y niños. Los escasos hombres estaban arrugados por la edad y la humillación de sentirse desvalidos en medio de una guerra. Un anciano que temblaba al ritmo del Parkinson se desplomó como si le hubieran dinamitado las piernas. Dos mujeres lo acomodaron sobre un bulto que resultó ser otro vejete inconsciente.

Lucas se echó a llorar.

¡¡¡Que se calle ese niño!!!, gritó una histérica que no sabía lo que decía.

Paulina selló la boca de su hermano, pero la angustia se le escapaba entre los dedos.

¡¡¡Que se calle de una vez, nos van a oír!!!, insistió la histérica.

¿Quién demonios nos va a oír?, respondió alguien desde cualquier sitio.

¡Los que disparan!

¡Los que disparan saben que estamos aquí! ¡Cállese usted!

De repente la locomotora se puso en marcha sin decir ni *chuuu* y los transeúntes se derrumbaron los unos sobre los otros como un castillo de naipes, pues no encontraron nada a lo que asirse en aquel convoy de ganado.

¡Pum, pum, pum!

Una de aquellas balas atravesó el vagón de lado a lado dejando dos agujeritos en las paredes y, al instante, un rayo de luz redondo y pequeño impactó contra el papo de Martín, *¡pum!*, que sintió el calor del sol en la cara. El tren se movía con exasperante lentitud, como si pretendiera huir de la muerte a la velocidad absurda de un caracol tonto. El sonido de las ruedas oxidadas trastabillando sobre las juntas de los raíles apenas disimulaba el horror de los disparos. Todo el vagón permanecía con la cara pegada al suelo, pues algo les decía que ahí abajo, tirados entre paja y boñigas de vaca, se

hallaban más seguros. Matilde buscó cobijo en el sobaco de una señora gorda que tenía pinta de buena madre, pero el sitio estaba ocupado por dos niños y corrió a abrazarse a su hermano.

Martín, tienes una cosa en el papo, susurró la muñeca.

¿Qué cosa?

Creo que es el sol.

¿Tengo el sol en el papo?

¡Ayúdenme a incorporarlo, por favor!, suplicó una mujer que trataba de voltear al señor del Parkinson, que había caído en mala postura y no se podía mover.

Déjelo, no merece la pena, solo soy un viejo, admitió el pobre mientras le dolía la cadera y el alma; alguna de las dos debía habersele partido.

Martín se apresuró a echar un cable pero lo apartaron sin contemplaciones.

¡Quita, chaval, no estorbes!

Herido en su amor propio, el soldado Messerschmitt se puso en pie como un titán. ¡Podía ser un niño, pero ahora era el más alto y el más valiente de toda la Guerra General! Encajó las manos en los respiraderos para no perder el equilibrio con el traqueteo del tren y pegó el ojo a un agujerito que era tan redondo tan redondo que daban ganas de tapanlo con un corcho. Aquel agujero se transformó en el periscopio de un submarino pirata delante de sus narices.

¡Ay, va!, exclamó para sí.

No podía desaprovechar la oportunidad. Desplegó los mandos del periscopio y se dispuso a otear la superficie.

¡Pum, pum, pum!

¡¡¡Que alguien le diga a ese niño que se eche al suelo!!!, gritó la histérica.

Martintxo hizo como si la cosa no fuera con él; estaba muy atareado manejando el periscopio, creía haber descubierto unas sombras saltando de tejado en tejado. Desenfundó el revólver y asomó el cañón por el agujero. No le cabía duda de que aquellas sombras eran el enemigo en persona, sabía de sobra que a los de la quinta columna les encanta esconderse en las azoteas.

¡Oye, niño, échate al suelo de una vez! ¿Dónde está tu madre?

¡Mecachis!, se dijo. ¡Me parece que esos sinvergüenzas quieren asaltar el tren! ¡¡¡Nos están rodeando, estamos perdidos!!!

Se dispuso a vaciar el cargador contra las sombras, pero una mano anónima lo agarró del pantalón y tiró de él.

¡Jolín, que ya iba a agacharme!

Martín, un día te van a pegar con una bala y ya verás.

Tú, Mati, cállate, que a mí no me pueden dar.

¿Por qué no?

Porque está prohibido disparar a los niños.

¿De verdad?

¡Hombre, qué te crees, por eso yo no tengo miedo!

¡Pum! ¡Pum!

¡Ay va, aquí abajo hay otro agujerito!

¿Otro agujerito?

Sí. ¿Ves lo redondo que es? Lo ha hecho una bala.

¿Las balas hacen eso? ¿Y para qué?

Para nada, lo hacen por gusto.

Pero ¿ha sido una bala de las malas?

Sí, de las peores.

¡Pum! ¡Pum!

¿Sabes, Mati?, yo ya sé por qué disparan.

¡Anda, y yo! Disparan porque son malos.

No, de eso nada. Es porque ha salido el sol.

¿En serio?

Claro. Juan dijo que teníamos que coger el tren antes de que saliera el sol.

¿Y qué?

¿No lo entiendes?

No.

Pues que lo dijo porque los malos no disparan de noche.

¿Los malos no disparan de noche?

Nunca. Está prohibido.

Martín, ¿tú sabes adónde nos llevan?

No, pero da igual, porque vamos hacia el oeste.

¿Y qué es el oeste?

Es el lugar donde se pone el sol.

¿Nunca Jamás está en el oeste?

Sí, al fondo a la derecha.

No, no está en el oeste, está mucho más lejos, que yo lo sé.

Mati, no te enteras de nada.

Sí que me entero.

Y suéltame la pierna, que me haces daño.

No quiero.

Martintxo pegó el ojo al agujero de bala que acababa de descubrir. No era un orificio tan bueno como el anterior, pues estaba a la altura del piso y tenías que pegar la nariz a las boñigas para mirar a través de él; pero se podía apañar. Elevó el periscopio hasta la superficie y reconoció los alrededores. La ciudad secreta había quedado atrás, aunque supongo que resultaba difícil de creer, ya que los disparos continuaban resonando en las cabezas de los presentes con la misma fuerza que antes. Eran un recuerdo tan real que aún podía matar, así que nadie se aventuraba a ponerse en pie. Una nube negra coronaba Ninguna Parte. Parecía una señal de los indios, una advertencia. Y al otro lado, en ese lugar impreciso donde se funde lo que es y lo que no es, se intuían unas montañas casi tan altas como el cielo, pero de momento no se veía ningún burro de orejas grandes pastando por ahí. Todavía debía faltar una eternidad para llegar a Nunca Jamás.

El crío estaba muy cansado, y en un despiste, la mollera se le quedó dormida encima de Matilde. La muñeca hacía tiempo que había cerrado los ojos, y Lucas y Paulina, por su parte, eran una bolita de miembros derrotados cubiertos de pajitas. Un sueño pesado hizo viajar a los niños hasta un lugar siniestro donde vacas y caballos de cabezas retorcidas sufrían mucho, pero no sabían por qué.

Se sucedieron las horas, infinidad de horas dormidas surcadas de paisajes invisibles, y el maquinista decidió dar un descanso a la locomotora, que se detuvo dejando escapar un suspiro de alivio que despertó al pasaje, *schuuuuuus*. Luego la puerta corredera se abrió dejando pasar el sol de la tarde, que aunque parezca mentira, calentaba a base de bien. Siempre tendemos a pensar que en las guerras hace frío, pero lo cierto es que en ocasiones hace un calor del carajo y algunas personas llegan a sudar y todo.

¡Pueden salir a hacer sus necesidades!, anunció el señor sapo bizqueando un ojo.

Los chiquillos bajaron del vagón de un salto y se encontraron en una campa que no tenía fin. Bueno, no tenía fin pero sí algún que otro arbusto con forma de biombo, y esta particularidad fue aprovechada por las niñas para hacer sus cosas con un mínimo de intimidad. Los chicos, sin embargo, no tenían tanto problema y se apañaron en mitad del prado mirando a las musarañas, como obliga la costumbre. Martín disfrutaba del instante de felicidad procurando llegar con el chorrito lo más alto posible.

Créeme, Lucas, tienes mucha suerte de tener pito.

¿Por qué?

¿Que por qué? ¿Estás tonto o qué? ¡Fíjate cómo hacemos pis!

¿Y cómo hacemos pis?

¡Pues cómo va a ser..., de pies, no como las niñas!

¿De pies?

Sí, de pies.

Martín, ¿te puedo decir una cosa?

Según qué cosa.

Es una cosa pequeñita.

Entonces vale.

Hace mucho que no hago cacas.

¡Pues vaya cosa, yo tampoco!

¿Tú tampoco?

¡Qué va! No he hecho ni media caca desde hace lo menos un año.

¿Y por qué no hacemos cacas?

No sé, pero es genial, una obligación menos.

Se subieron la bragueta y regresaron al tren todo ufanos. Lucas contó sesenta pasos y medio desde donde habían hecho pis hasta el vagón. Le apasionaban las cuentas, de mayor tenía pensado ser matemático de pasos. El señor sapo se acercó a ellos y sacó su desmesurada lengua para decir algo.

A ver, chavales, ¿dónde tenéis las tarjetas de identificación?

En el bolsillo.

Venga, pues colgároslas del cuello, que para eso tienen una cuerdecita.

Es que a mí se me ha roto la cuerdecita, señor.
Trae aquí, que hacemos un nudo y todo arreglado.

Gracias.

¿Cómo te llamas?

Lucas.

Qué nombre tan bonito.

Ya, me lo puso mi *ama*.

Toma. Ahora cuélgate la tarjeta del cuello.

Vale.

Esperad, no entréis todavía. Id donde esa señorita, que os va a dar algo de comer.

¿Nos va a dar algo de comer?

Sí, un bocadillo.

¿Un bocadillo con pan y todo?

Pobres. Tenéis hambre, ¿verdad? Venga, pues corred a por el bocadillo, que os va a encantar.

¿Sí? ¿De qué es?

Es riquísimo, ¡de queso de Holanda!

El tren avanzaba por un paisaje triste porque se alejaban de su madre. Martín no hacía más que repasar el mapa de Juan, intentando buscar detalles que le pudieran haber pasado inadvertidos, quería cerciorarse de que viajaban en la dirección correcta.

¡Ratatatatá!

¿Qué ha sido ese ruido?, preguntó la muñeca de Matilde con el cuello encogido, al contrario que los demás transeúntes, que se formulaban idéntica cuestión pero estirando la barbilla hacia arriba, como si pretendieran hallar la respuesta en el techo del vagón.

¡Ratatatatá!

El pasaje se estremecía con cada *ratatatatá* como la piel de una vaca que trata de espantar las moscas que le atosigan el lomo. Martín se puso a los mandos del periscopio y echó un vistazo lamentando no contar con un ojo tan saltón como el del señor sapo, pues así podría asomarlo por el agujerito sin necesidad de hundir la nariz en las boñigas.

¡Es un Messerschmitt, es un Messerschmitt!, exclamó feliz cuando identificó la silueta del caza que les pasaba por encima en vuelo rasante.

Nadie compartió su alborozo. Es más, en cuanto le oyeron pronunciar la palabra Messerschmitt por segunda vez, el vagón comenzó a tirarse de los pelos de forma completamente irracional.

¡¡¡Vamos a morir, vamos a morir todos, *ratatatata*, los alemanes, son los alemanes!!!

El vagón aullaba como un lobo herido y todo el mundo corrió a estrujar el jersey de Paulina. Entonces, en el último suspiro, cuando ya estaban a punto de ser alcanzados por las balas, que se acercaban haciendo saltar por los aires traviesas, raíles y sueños, se hizo la noche y la locomotora se detuvo en medio de la oscuridad más absoluta. Los lobos dejaron de aullar y un terror silente se abrió paso a través de los oídos de los transeúntes, que permanecían atentos a cualquier sonido que les diera una pista de lo que sucedía fuera.

¿Por qué nos hemos parado?, ¿dónde estamos?, preguntó una mujer con timidez.

Acababan de entrar en una dimensión desconocida del sufrimiento, en un universo opaco dominado por las sombras y los diablos. No se veía nada, pero nada de nada, se hacía imposible saber incluso si tenías los ojos abiertos o cerrados, porque el resultado era el mismo: las tinieblas.

¡El túnel, el túnel nos ha salvado!, advirtió un viejo desde la negrura.

Matilde metió la mano en el bolsillo y sacó una luciérnaga que había encontrado de madrugada, camino de la estación.

Se llama Manoli, dijo la muñeca mientras alumbraba el miedo.

Yo me llamo Lu-Lu-Lucas, se presentó su hermano con voz temblorosa, reflejando con su nariz la luz verde que emitía el bichito.

A Martín aquella oscuridad inescrutable le recordó las palabras de Juan: «Los sueños son mágicos, y para que se cumplan, solo hay que cerrar los ojos y deseárselo con todo tu corazón». Bajó el telón de los párpados e invocó a su madre; necesitaba su sonrisa, sus palabras, pero por más que se esforzaba no conseguía fijar su rostro en la mente. Debía ser por culpa de aquella luz verde, que distorsionaba su deseo; así que susurró a las tinieblas.

Mati, apaga la luciérnaga.

No.

¿No ves que está cansada de tanto alumbrar?

A ella le gusta alumbrar.

Jo, ¿por qué nunca haces caso a los mayores?

...

Mati, ¿tú dónde crees que estará el hospital secreto?

Chsss, no hables de eso, que te van a meter en la cárcel.

Uy, es verdad. Aunque ¿sabes qué?, yo creo que Juan se ha vuelto un poco majareta.

¿Por qué?

Porque en la carta dice unas cosas rarísimas.

A mí no me lo parece.

¿Que no? ¡Pero si dice que en casa de Josemari hay guerra!

Mira, Martín, la luciérnaga se ha apagado, se ha quedado dormidita.

Ya era hora. Oye, ¿no hueles a quemado?

Sí, un pelín.

¡Socorro, socorro!

¿Quién grita?

Creo que son los de los otros vagones.

¿Y por qué gritan?

¡¡¡Socorro, socorro!!!

De repente, todo el vagón comenzó a toser y a toser como una orquesta desafinada. Matilde, preocupada por el desconcierto, acarició a la luciérnaga para despertarla y se sorprendió al ver que, a pesar de que lo intentaba con denuedo, la pobre apenas iluminaba nada, pues un velo negro ocultaba su destello.

¡Humo, está entrando humo en el vagón, nos vamos a ahogar!, vociferó una tos.

Las lágrimas acudieron a los ojos escocidos de los pequeños y la asfixia hizo convulsionar sus pulmones, que se morían. Ya no quedaba nada del jersey de Paulina, el pasaje lo había hecho trizas.

¡Arranquen de una maldita vez, sáquenlos de este túnel!

Entonces, mientras el mundo agonizaba, Matilde se puso en pie y comenzó a bailar con el humo. Sí, nadie la veía, pero sus brazos danzaban como cisnes enamorados mientras esparcían polvos mágicos a su alrededor. Y juro que fue gracias a esos polvos, a los deseos de un hada perdida entre el gas venenoso arrojado por la locomotora, que el maquinista cayó en la cuenta de que estaba a un tris de matar a cientos de personas y echó a andar hacia la luz.

La muñeca sonrió.

¡Chicos, despertad, que ya hemos llegado!

Abrieron los ojos en el momento exacto en que alguien corría la puerta y la luz de la luna entraba en el vagón y los convertía en niños de plata. Fuera, el vapor de la locomotora revoloteaba mecido por el viento en torno a una estación desierta. Un cartel ruinoso anunciaba un lugar desconocido: «Ribadesella».

La cabeza del señor sapo apareció entre el vapor y uno de sus ojos saltones dio un bote y subió al vagón.

¡Escuchen atentamente!, anunció. Ahora pasaremos lista y ustedes irán saliendo al andén conforme los vayamos nombrando. Atiendan a las instrucciones de mis compañeros, ellos les ayudarán a formar una fila junto al resto de los refugiados del convoy. En cuanto estemos todos listos, marcharemos caminando hasta el puerto. ¿Han entendido bien lo que vamos a hacer? ¿Alguna pregunta?... ¡Hala, pues vamos allá!

¡Boooooouum!

Al oír la explosión, el vagón levantó el hocico y comenzó a aullar a la luna.

¡Vale, vale, vale, cálmense, por favor!, atajó el señor sapo. Como ven, tenemos a los alemanes encima, pero enseguida se encontrarán a salvo. En el puerto les esperan dos barcos que zarparán inmediatamente.

¡Boooooouum!

¡María Inmaculada Echeverría Barrutia!

¡Abraham Suso Usandizaga!

¡Los hermanos Rosa, Mateo y Quirina Gogeoascoechea Durana!

¡Boooooouum!

¡Pauli, yo no quiero, yo no quiero salir!

Venga, Lucas, tranquilízate, ese señor ha dicho que no nos pasará nada.

¡Asunción Egusquiza Jayo!

¡Los hermanos Miguel Ángel y Francisca Arostegui Egusquiza!

¡Emilio Isla Pardo!

¡Clementina Arrese Masip!

¡Boooooouum!

¡Pauli, que no quiero, que no quiero!

¡Cariño, si vas a montar en barco! ¡Verás lo bien que lo vamos a pasar!

¡Los hermanos Martín, Lucas, Paulina y Matilde Abrisqueta Mendibil!

Vamos, te llevo aúpas.

¡No, no, no!...

¡Boooooouum!

El señor sapo terminó el recuento y la fila de miseria emprendió la marcha a través de una ciudad extraña que se hacía la dormida bajo la amenaza de la Luftwaffe. Algunas mujeres rezaban en voz baja para exorcizar el odio del cielo, y al completar la enésima oración, llegaron a un río muy ancho que olía a salitre. La luz de la luna se reflejaba sobre el agua y perfilaba la silueta de dos moles oscuras atracadas en un muelle. Eran tan grandes como ballenas, pero de las malas, cachalotes de mil dientes o algo parecido, porque echaban humo por la nariz y hacían sonar sus sirenas con descaro. *¡Puuu, puuuuuu!* Entonces, cuando por fin se dignaron a guardar un poquito de silencio, los críos escucharon unas palabras que se descolgaron del cielo y les sonaron a chino.

Hurry up, quickly we have to get out of this hellhole right away!

Siguieron adelante como si tal cosa, pues no estaban dispuestos a caer en las provocaciones de un mandarín. Además, nadie a su alrededor se había sentido aludido por los improperios, así que tampoco era cuestión de mostrarse especialmente susceptibles. El señor sapo los condujo hasta una pasarela y los transeúntes comenzaron a subir al cachalote remisamente, ya que la pasarela se bamboleaba mucho y el vértigo les bloqueaba los pies.

Yo no quiero montar en ese barco, murmuró la muñeca.

No pasa nada, Mati, es un barco pirata, apuntó Martín.

¿Seguro que es bueno?

Claro, mira lo grande que es. Pero esperad aquí, que voy a echar un vistazo por si acaso.

El soldado Messerschmitt se apartó del grupo y se dispuso a chequear el estado del cetáceo, no fuera que no se encontrara en condiciones de navegar por mares enfadados, pues todo el mundo sabe que los piratas son irritantemente descuidados. Después de una rigurosa inspección del casco, concluyó que aquella ballena dejaba mucho que desear como buque de guerra; no tenía cañones con los que defenderse, ni arboladura, ni velas, ni siquiera ruedas para andar por el fondo del mar caso de resultar hundido. Sin embargo, aún no había visto lo peor.

¡Martín, vamos, sube ya!

¡¡¡No, no, no!!! ¿Qué hacéis ahí arriba? ¡Bajad del barco ahora mismo!

Pero ¿qué dices?

¡Pauli, hazme caso, bajad inmediatamente!

¡Déjate de tonterías y sube de una vez!

¡¡¡Mirad la bandera!!!

¿Qué bandera?

¡La del barco! ¡Fijaos en los colores!

¡Boooooouum!

Come on, come on get up on deck quickly!

¿Qué les pasa a los colores?

¡¡¡Es la bandera de Inglaterra!!! ¡¡¡Bajaos de ahí, que os van a comer!!!

Capítulo 54

La batalla de las batallas

Verano de 1937

*E*l cachalote quería salir pitando de aquel puerto porque, de todos los allí presentes, era el que más probabilidades tenía de que le cayera una bomba justo encima de la cabeza. Era un tipo gafe. Pero aquel niño tonto no acababa de embarcar, así que no le quedó otra que tocar la sirena para apremiarlo, a pesar de que sabía que de esta forma llamaba la atención de la Luftwaffe.

¡Puuuuuuu, puuuuuuu!

Come on boy, we haven't got all night!!!

Martín se lo pensó bastante, pero al final subió por la pasarela con la resignación a cuestas. No podía dejar a sus hermanos solos a bordo de un barco lleno de caníbales; todavía era el hombre de la casa, aunque ya no tuvieran casa.

Pero ¿por qué no venías?, le preguntó Paulina cuando llegó a cubierta.

¡Pues por qué va a ser, porque los ingleses se comen a los ni...!

Un alemán le quitó la palabra de la boca, *¡boooooouum!*

¿Qué has dicho?, ¿que los ingleses se comen a quién?, se interesó Lucas, que temblaba de pies a cabeza y las lágrimas le goteaban de la punta de la nariz como un grifo mal cerrado.

¡Que se comen a los niñ...!

¡Martín, deja de decir tonterías, estás asustando a tus hermanos!, atajó Paulina.

¡Es que...!

¡Es que nada!, zanjó la chiquilla. ¡Y Lucas, tú no le hagas caso! Los ingleses comen hierba y cosas así.

¿Los ingleses comen hierba?, se sorprendió Matilde. ¿Como las vacas?

Sí, como las vacas. Mírales, por eso son tan grandes.

Efectivamente, los tripulantes de la ballena habían salido a cubierta a recibir a los transeúntes y se los veía bien hermosos, formando una fila de sonrisas con la mano sostenida sobre la ceja. No era de extrañar que se encontraran tan contentos, pensó Martintxo para sus adentros; los muy canallas estaban contemplando su próximo banquete. Encima se habían preparado a conciencia para la ocasión. Iban requetelimpios, sin una mancha en la camisa, ni un solo moco colgando de la nariz, y lo que es más inquietante, su pelo rezumaba aceite y arrogancia con esa raya en medio trazada a escuadra y cartabón. Esta clase de detalles estaba dejando perplejo a nuestro soldado, que siempre había supuesto que los ingleses eran unos tipos sudorosamente rudos que marchaban por ahí uniformados con batas de carnicero ensangrentadas.

Los chavales cruzaron sus miradas y se dieron cuenta de que, comparados con la tripulación, más que infantes, parecían piojos crecidos. Los pobres no habían tenido oportunidad de cambiarse de ropa desde que abandonaron Isuma, y la mugre les asomaba hasta por las orejas. Sin embargo, no había razón para avergonzarse, pues el cachalote era un sujeto aún más gorrino que ellos; estaba meticulosamente rebozado en hollín por los cuatro costados.
¡Boooooouum!

Hey, Peter, loose the bow moorings!

Escucharon un ruido de cadenas y empezaron a alejarse del muelle. El otro cetáceo les había tomado la delantera y su estela apenas se adivinaba ya en las aguas mates de la noche.

Come this way, please!, señaló un marinero que hacía gestos con su tremendo bigote para que los transeúntes lo acompañaran a algún sitio.

Siguieron al señor mostacho por la cubierta, que estaba protegida por una barandilla tan escuálida que daba la impresión de que iba a caer por la borda en cualquier momento, y se detuvieron frente a una puerta misteriosa. El señor mostacho la abrió con dificultad, pues debía pesar una tonelada, y al otro lado encontraron una escalerilla de caracol que descendía a una bodega enorme, oscura y atestada de almas condenadas: el infierno.

Los niños se hicieron a un lado para permitir el paso a la muchedumbre; no se decidían a bajar porque un llanto triste trepaba por la escalerilla intentando escapar del fuego. La muñeca se abrazó a Matilde y hundió la mirada en su blusa: no quería ver aquello.

Pauli, ¿qué hacen ahí todas esas personas?

No sé, igual son como nosotros.

¿Como nosotros? ¿Ellos también están solos?

Supongo.

Pues yo no quiero bajar.

Vamos, Mati, no nos podemos quedar aquí fuera.

¡Ya decía yo que no teníamos que haber subido al barco!

Martín, tú estate calladito.

¡Joé!

¡Y no digas palabrotas!

Se agarraron de las manitas y bajaron los escalones uno a uno, *plon, plon, plon*. Con cada peldaño, se sumergían un poquito más en una atmósfera que hedía a vomitona rancia y escucharon un portazo a su espalda que selló la sepultura: *¡bommm!* La explosión sonó amortiguada por el hermetismo del buque, pero el casco metálico, lejos de transmitir seguridad a los transeúntes, propagó las ondas del miedo, *¡bommm!*, y su piel, *¡bommm!*, esa piel de color ceniza, tan típica del refugiado, se erizó rítmicamente formando olas que recorrían el infierno de lado a lado. ¿De dónde había salido toda esa gente? ¿Cuánto tiempo llevaban ahí metidos, condenados a galeras?

Martín se tapó la nariz, no soportaba el olor a azufre.

Vaya tufo.

Mira este, ni que fuera un marqués.

¡Jolín, no puedo decir ni mu!

Pues deja de ponerle pegas a todo.

¡Pero es que no sé qué hacemos aquí! La carta de Juan no habla de ningún barco.

¡¡¡Martín, vale ya!!!

Pauli, ¿estás enfadada conmigo?

No.

¿De verdad?

Que sí... Venga, tonto, mira a ver si encuentras un sitio para los cuatro.

¿Me das un beso?

El beso de Paulina retumbó en la bodega, ¡*bommm!*; fue uno de los muchos que repartió aquella noche. Habían encontrado hueco en una esquinita, debajo de un tubo que ascendía hacia la oscuridad. Era un escondrijo perfecto, a la medida de cuatro duendes. Se arrastraron bajo el tubo y notaron que una capa de trocitos diminutos de carbón les lijaba las manos y las rodillas. Cuando llegaron al fondo del recoveco, se sentaron apoyando la espalda contra la pared.

¡Ay va, Martín parece un negro!, exclamó la muñeca.

Sí, tienes la cara su-su-sucia, añadió Lucas como pudo, porque la mandíbula no se le paraba quieta.

Martintxo dejó escapar una sonrisa entre los dientes blancos: de mayor siempre había querido ser negro, porque ser jefe y negro es lo mejor del mundo. Nunca había visto a un señor de color negro, pero seguro que cuando lo viera sería un tipo muy grande, como él. No perdía la ilusión de oscurecerse con la edad, más que nada porque así tendría alguna probabilidad de que lo admitieran en una banda de músicos de esos que viajan por el río Misisipi en un barco de película.

Quizá como consecuencia de ese pensamiento tan curioso, el niño que quería ser negro se arrancó a tocar la flauta. Silbó una canción que se inventó en ese mismo instante y la música hizo lo acostumbrado, relativizó el tiempo, llegando a ralentizarlo de tal manera que Lucas se quedó dormidito en brazos de Paulina, sin dejar de temblar.

¿Qué le pasa?, preguntó la muñeca.

Paulina no respondió, se limitó a cerrar los ojos y pegar su cabecita a la del pequeño para acompañarlo en sus sueños. Entonces guardaron silencio y transcurrieron infinidad de segundos, lo menos tres o cuatro, hasta que al quinto sucedió algo horrible: ¡Martín comenzó a aburrirse!

Mati, ¿vienes conmigo a ver si encontramos una cosa?

Ningún niño en el mundo es capaz de decir que no a un plan tan perfecto, así que la muñeca aceptó encantada y echaron a andar por el infierno con los cinco sentidos a flor de piel, dispuestos a localizar esa cosa. Pero no creáis, que enseguida comprendieron la inutilidad de la empresa: el suelo estaba atestado de cuerpos medio muertos y era imposible hallar nada entre tanta agonía. Además el olor a vómito era tan viscoso que corrías el riesgo de quedarte pegado al suelo, con lo que, lamentándolo mucho, tuvieron que regresar al escondrijo y olvidarse de la cosa. Se tumbaron en la cama de hollín y notaron un vaivén de ideas horroroso: la ballena se meneaba como una cuna mecida por una madre loca.

¡Qué mareo, qué mareo!, cantaban a coro la mitad de los miles de condenados del infierno, mientras la otra mitad vomitaba como un pirata borracho.

No aguanto más este olor, me voy, anunció el niño negro.

¿Pero adónde vas a ir?, preguntó la muñeca.

Afuera.

¿Me dejas que te acompañe?

Bueno.

Subieron por la escalera de caracol y abrieron la puerta misteriosa empujándola con la cabeza, porque no pesaba una, sino veinte toneladas. Asomaron las cejas al exterior y el aire fresco de la noche los golpeó de lleno. Daba gusto respirarlo.

Tú, Mati, espera aquí, que es peligroso salir sin tirachinas, advirtió el niño negro. Voy a ver si encuentro un sitio donde escondernos de los ingleses.

Dicho esto, los nervios se apoderaron de las rodillas del soldado Messerschmitt, que hubo de santiguarse tres veces seguidas a toda pastilla, y luego otras tres más por si las moscas. Ya más tranquilo, se ajustó el casco, echó el cuerpo a tierra y se dejó guiar por su instinto de espía, que lo condujo

directo a un bote salvavidas suspendido en el aire con unos cabos. Se encaramó a la embarcación y avisó desde la oscuridad.

¡Ahora, Mati, ven, corre!

La muñeca atravesó la cubierta gateando con las orejas gachas, aunque ni siquiera sabía de qué tenía miedo, pues a diferencia de Martín, no tenía noticia de la naturaleza infanticida de los ingleses. Su hermano la ayudó a subir al bote y se escurrieron bajo la lona que lo cubría.

¿Te gusta mi barquito?, preguntó la voz de un soldado desde la negrura.

Sí, es muy, muy...

Los dos cayeron dormidos antes de que llegara el adjetivo. Pero no habrían transcurrido ni diez minutos, cuando despertaron con una tiritona que para qué. El barquito de Martintxo podía ser muy muy algo, pero en su interior hacía muchísimo frío. Debían estar llegando al Polo Norte porque aquel destempe no era normal. Intentaron entrar en calor haciendo algún ejercicio físico bajo la lona, como rascarse los piojos a toda velocidad o hablar todo lo rápido que podían, pero fue en balde y no les quedó más remedio que regresar a la bodega y enfrentarse de nuevo a la peste.

Pasaron la noche dando vueltas, huyendo alternativamente del frío y de la peste bubónica, pues a cada rato cambiaban de opinión acerca de cuál de los dos males era peor. Al menos estuvieron entretenidos.

Al amanecer, en uno de esos viajes, la pareja descubrió una puerta intrigante en popa y se lanzó a la aventura; querían ensanchar sus horizontes de leyenda, como *Bonnie and Clyde*. Pero al otro lado de la puerta solo encontraron una sala llena de máquinas que servían para meter ruido. Se veían marineros aquí y allá trajinando con unas herramientas gigantes, pero no debían ser muy ingleses, porque parecían individuos como Dios manda; es decir, sucios. Tenían grasa hasta en el tuétano. Un señor muy gordo se dirigió a ellos en un perfecto mandarín:

Well well well, we have visitors! Where are you from?

...

What's the matter, cat got your tongue?

¿Qué han hecho ustedes con mis amigos?

Eh?

¡No se haga el tonto! ¿Dónde están Cosme y Satur?

Excuse me?

Se los han comido, ¿verdad?

I don't understand you, son.

¡Por eso está usted tan gordo! ¡A que sí! ¡Confíese!

What?

¡Malditos ingleses! ¡Se comen a los niños y luego a disimular!

Pero Martín, ¿por qué le dices eso al señor?

Este tipo sabe de lo que hablo, Mati. Déjame a mí.

Pues se va a enfadar y te la vas a cargar, ya verás.

Tranquila, que no entiende un pimiento.

Thomas Longden, maquinista de segunda del *Thornhill* (buque carbonero de pabellón británico fletado por el bando leal con el propósito de evacuar refugiados), efectivamente no comprendía una palabra de castellano, aunque le hacía gracia la actitud de aquel pobre chaval: estaba en los huesos, pero su voz sonaba firme, y sus ojos, hundidos en las cuencas del hambre, brillaban como diamantes. Le recordaba a su hijo Ray: nueve años y pura dinamita, todo lo que necesita un padre para ser feliz. No dejaba de pensar en él; acababa de decidir que esta sería la última vez que se jugaba la vida en el *Thornhill*. Esa guerra no era la suya.

Se le ocurrió que quizá podría tranquilizar a los chiquillos entonando la canción con la que siempre se despedía de Ray cuando llegaba la hora de zarpar.

*Fifteen men on a dead men's chest.
Yo ho ho and a bottle of rum!
Drink and the devil had done for the rest.
Yo ho ho and a bottle of rum!*

(Quince hombres en el cofre del muerto.
¡Jo jo jo, y una botella de ron!
La bebida y el diablo se llevaron al resto.
¡Jo jo jo, y una botella de ron!)

A mitad de tonadilla, Thomas se quitó la gorra y se la encasquetó a Matilde, pero le quedaba tan grande que la niña se convirtió en una boya con pies. El maquinista sonrió y siguió cantando, remarcando el estribillo para que los renacuajos lo fueran memorizando, *Yo ho ho and a bottle of rum!* Se lo aprendieron en un periquete, aunque su pronunciación del mandarín dejaba mucho que desear.

Entonces ocurrió algo increíble: ¡dos huevos con panceta irrumpieron en la sala de ruidos a paso ligero y se introdujeron en el estómago de un marinero aprovechando que estaba boquiabierto! Minutos después aparecieron otros dos huevos con panceta contoneándose por el pasillo y fueron a parar al buche de un marinero patilargo. Al séptimo par de huevos con panceta que vieron aparecer, los pequeños repararon en que, bajo los mismos, había un individuo con gorro blanco de cocinero. Esta vez fue directo adonde el señor gordo, que dejó de cantar y los recibió con un pedo de satisfacción.

At last, breakfast!

A los críos se les hizo la boca agua: aquellos huevos paradisiacos olían a gloria. Thomas estuvo a un tris de compartirlos con ellos, pero no hizo falta, porque Martintxo salió al paso del cocinero con la intención de ganarse el sustento con el sudor de su frente.

¡Oiga, señor, si quiere le ayudamos a servir los desayunos!

El cocinero se quedó ahí plantado con cara de tonto; solo hablaba mandarín. El niño negro repitió la pregunta, pero ahora en arapajoe, es decir, haciendo señas con las manos (dominaba esta lengua gracias a las películas del Oeste). El cocinero lamentablemente no era aficionado al *western* y precisó de complicadísimas explicaciones gestuales, pero en última instancia chasqueó los dedos y los animó a que lo siguieran con tres palabras cantarinas:

Come with me.

Los condujo por unos pasillos estrechos, hasta que en lo más profundo de la ballena encontraron un tesoro formidable. ¡Casi se desmayan! Allí, delante de sus enormes ojos, había un cofre repleto de panceta, leche, alubias, garbanzos, mantequilla a granel, pan blanco, manzanas, pepinos, pepinillos e

incluso un gato, que los miró con desconfianza, pues era el custodio de las joyas.

¡Una cocinita!, suspiró la muñeca, y se puso a llorar.

Pero, Mati, ¿por qué lloras?, le preguntó su hermano.

No sé.

El cocinero le pasó un plato a Bonnie y otro a Clyde y movió la cabeza para indicarles que lo acompañaran. Salieron tras él y asistieron a un espectáculo de prestidigitación increíble. Aquel hombre debía ser artista de circo porque se abría paso a través de los intestinos de la ballena empujando las puertas con el culo mientras sostenía diez platos en alto (uno con cada dedo de sus manazas). De esta forma, consiguieron ventilar el trabajo en un periquete, y eso que tuvieron que despachar treinta mil ochocientos desayunos; ese era el número de tripulantes del *Thornhill*, que por cierto, hay que reconocerlo, resultaron ser bastante majos para tratarse de unos caníbales. Solo hubo uno que les cayó fatal, porque dijo ser el capitán pero no tenía barba ni fumaba en pipa. Era un mentiroso. En este sentido, para asegurarse de que no se la estaban dando con queso, Martintxo examinó con atención los movimientos de las mandíbulas de los ingleses. No se perdía detalle de su proceso digestivo, quería comprobar si realmente se alimentaban de panceta y no de niños.

De regreso a los fogones, el cocinero les preguntó en un penoso arapajoe cuántos eran. Pretendía saber con cuántos familiares habían embarcado al objeto de preparar desayunos para todos, pero como los chavales no eran capaces de interpretar sus señas, se esforzó por hacerse entender en una especie de castellano de primero de básica.

¿Maaama?, ¿paaapa?, pronunció como si fuera un bebé.

Se produjo un silencio amargo que poco a poco fue desdibujando la sonrisa del cocinero. El sufrimiento flotaba en el aire.

No mama, no papa, respondió Martín con la cabeza gacha.

¿Cuántos son tú?, insistió el hombre.

El niño negro extendió seis dedos al aire.

¡Eso es mentira, somos cuatro!, confesó la muñeca mostrando cuatro deditos escuálidos, todos ellos parecían meñiques.

¡Mati, o te callas o te mato!

El cocinero preparó seis desayunos en una tartera y los despidió alborotándoles el pelo.

Enjoy your food!

Bonnie and Clyde bajaron a la bodega como una exhalación y les pareció que ya no olía tan mal. De repente el mundo era bonito y había flores por todas partes. Se reunieron con sus hermanos y dieron cuenta de los huevos con panceta en un santiamén. La pena es que a la media hora ya lo habían vomitado todo y el barco se convirtió en una arcada flotando en un océano de miserias.

Me duele la tripita, gimió Lucas, que cada vez tenía más amarillos sus ojos verdes.

Voy a hacer pis, anunció más tarde Martín.

¡Y yo, y yo!

De eso nada, Mati. ¡Voy a ir solo!

¡Jolines, pero es que tengo muchas ganas de hacer pis!

Tú no tienes ganas de hacer pis, tú quieres dar la lata.

Venga, Martín, no seas así, deja que te acompañe.

¡Pero es que siempre me persigue a todos los sitios! ¡Es una fastidiosa!

Mati, ¿te vas a portar bien?

Sí, mucho.

¿Has oído?, se va a portar bien. Hala, id de la manita.

¡Ya, claro!, encima, de la manita.

Finalmente, ante la insistencia de la sargento Paulina, Clyde se vio forzado a admitir a Bonnie en la misión y subieron las escaleras con ánimos dispares: uno enfurruñado y la otra sonriente. En cubierta preguntaron al marinero del enorme bigote dónde demonios se había metido el servicio, porque no lo encontraban por ningún lado. Este los guio hasta la barandilla y señaló una estructura metálica que colgaba por la borda como una casita suicida. Entonces, un marinero salió de la casita abrochándose la bragueta, el señor mostacho hizo una reverencia para indicarles que el servicio estaba libre y se largó con viento fresco.

Martín, perplejo, se asomó al interior de la casita y advirtió horrorizado que aquel inodoro no era más que un simple agujero suspendido en el vacío.

Entra tú primero, oyó que decía la muñeca a su espalda.

¡Estos ingleses están locos!, farfulló para sus adentros mientras cerraba la puerta. ¡Menos mal que ya no hago cacas, que si no...!

Se agarró con fuerza a unos hierros que sobresalían a los lados y se dispuso a hacer pis con la frente apoyada contra la chapa del fondo y el pito pendiendo a la buena de Dios. Aquello fue una odisea, la más abstrusa de cuantas operaciones ha debido acometer nuestro soldado en su corta carrera. El barco se balanceaba tanto que daba la impresión de que te ibas a caer de cabeza al mar, pero, ¡uf!, salió victorioso de la experiencia.

Te toca a ti, Mati.

Pero ¿qué es eso?

Un agujero.

¿Y cómo se hace pis en un agujero?

Venga, agárrate a esos hierros, que yo cierro la puerta.

No, no cierres.

Pero ¿de verdad que tienes ganas de hacer pis?

Sí.

Pues vaya lío.

Martintxo sabía de la desventaja de las niñas a la hora de hacer sus necesidades, así que se ofreció a echar una mano; pero una vez que su hermana emprendió la faena, hubo de echar las dos y trincarla del pescuezo con una tercera, pues estaba empeñada en escurrirse por el agujero. La pobre se hizo todo el pis encima.

Mati, no llores, que la mancha es pequeñita, casi no se nota, la animó Clyde. Si quieres vamos al bote salvavidas y esperamos a que se seque.

La muñeca derramó un chorretón de lágrimas afirmativo y fueron a todo correr hasta el bote, que estaba al otro lado del mundo, en un sitio que se llama «estribor». Se colaron bajo la lona como dos sabandijas y Martín echó un último vistazo al horizonte para comprobar que nadie los había sorprendido abordando su barquito. Gracias a esa ojeada, en principio fugaz, advirtió una anomalía física en el cielo.

¡Ay va, el sol no está en su sitio!, exclamó con las orejas erizadas.

Consultó la brújula, el astrolabio y el sextante para calcular la deriva de la ballena respecto a la posición del sol, ¡y no le cabía la menor duda, el muy atontado no estaba donde debía!

¡Cómo es posible!, se dijo y se redijo, hasta que al fin comprendió lo que estaba sucediendo, y espantado, comenzó a desanudar a toda prisa las jarcias que mantenían el bote salvavidas en alto.

Pero ¿qué es lo que haces?

¡Mati, ve ahora mismo a la bodega a avisar a Pauli y a Lucas! ¡Nos vamos!

¿Qué?

¡Cuidado, agacha la cabeza, que viene un marinero!

¡Pero...!

¡Qué haces todavía aquí! ¡Venga, vete! ¡No, espera, ayúdame con este nudo!

¿Quieres soltar el barquito?

Sí, hay que lanzarlo al agua, tenemos que escapar.

Pero ¿por qué?

Porque vamos en dirección contraria.

¿En dirección contraria?

Sí, nos llevan hacia el este.

¿Y eso es malo?

¡Peor! ¡Ya sabía yo que los huevos con panceta solo eran para disimular!

¿Qué?

¡Malditos ingleses!

Entonces, precisamente entonces, cuando la muñeca estaba a punto de echarse a llorar sin saber por qué, oyeron unos gritos desesperados a babor y dedujeron que alguien se había precipitado por el agujero del váter. Salieron disparados con la intención de socorrer al desventurado meón, y súbitamente, chocaron contra una multitud histérica que se comía las uñas, los padrastrós y hasta los nudillos. Todos los transeúntes de la bodega habían subido a cubierta; también Paulina y el pequeño Lucas, que continuaba temblando. Las caras de pánico apuntaban en la misma dirección, hacia el océano de penurias. El niño negro sacó el catalejo del bolsillo y ajustó el foco.

¡La mar salada!, exclamó eufórico.

A media milla, plantado en mitad de las aguas turbulentas del Cantábrico, había un barco de guerra enorme, monstruoso, con mil cañones por banda, ruedas, catapultas y de todo. Aquel sí que era un barco pirata de los de verdad, seguro que estaba gobernado por un capitán con barba, zapatones con hebillas, sombrero de ala batiente y cara cortada. Podía tratarse incluso de... ¡Por supuesto que sí! Al frente de aquel cetáceo estaba el famosísimo, el vilipendiadísimo, el almirantísimo ¡James Garfio!

El buque permanecía quieto, mecido por la mar de fondo, como una amenaza latente, que espera.

¡¡¡Es el *Cervera*!!!, aulló una voz desgarrada, y un rayo atravesó el espinazo del soldado negro cuando escuchó cómo corría ese nombre de boca en boca. ¡¡¡*Cervera, Cervera, es el Cervera*!!!

Había oído ese grito en innumerables ocasiones, prácticamente desde el inicio de las hostilidades. Por lo que tenía entendido, el *Cervera* era uno de los buques que lanzaba obuses incandescentes sobre el cielo estrellado de Arrigorriaga y que no dejaba de echar pestes ni los días de niebla.

¡Nos van a llevar a puerto rebelde!, ¡¡¡nos van a fusilar!!!, bramaban los transeúntes rasgándose las vestiduras ante la condena que intuían se les venía encima.

Ya sabía yo que íbamos con mal rumbo, murmuró el soldado negro entre dientes. ¡Siempre igual, no me hacen caso y luego pasa lo que pasa!

Sin embargo, a pesar de esas palabras de sabelotodo, una seria preocupación había tomado posesión de los mofletes del crío. Se rascó la cocorota; tenía que encontrar la manera de plantar cara al maldito James Garfio. Sí, claro que lo había tildado de maldito, y estaba dispuesto a repetir el adjetivo delante de sus mismísimas barbas. Se merecía que lo arrojaran a los tiburones, jamás le perdonaría que se hubiera puesto del lado de los fascistas, jamás que asustara a sus hermanos, que se hallaban a su izquierda fundidos en un abrazo que dolía solo de mirarlo.

El soldado negro desapareció.

¿Qué hace ese niño?, preguntó una señora al viento.

¡Pero cómo habrá conseguido encaramarse ahí arriba!, añadió otra.
¡Por Dios, se va a matar!
¡Baja, mequetrefe, baja ahora mismo de ahí, que es peligroso!
¡Que alguien avise a su madre!
Hey boy, what the devil are you doing up there!
¡Pero si es Martín!
¿Cómo que es Martín?
Que sí, Pauli, que sí. ¡Fíjate, está con el tirachinas!
Captain, there's a boy up on the roof of the bridge!
¡¡¡No, no, no, Martín, abre los ojos, no lo hagas, no sabes volar!!!

El soldado negro abrió los ojos a la barbarie. No oía absolutamente nada, excepto el viento, que envolvía sus orejitas en pensamientos. Asomó los pies desnudos al abismo. Había dejado las abarcas en un rinconcito para que descansaran un rato. Abajo, como en la lejanía de un sueño, el marinero de los grandes bigotes agitaba unas banderas de colores. Al otro lado del mar, otras banderas respondían dibujando figuras en el aire. Los barcos hablaban entre ellos en arapajoe, con sus manos de colores. Garfio ordenó a sus cañoneros apuntar hacia el desastre, y estos obedecieron dirigiendo su oscuridad contra la ballena inglesa. El viento arreció, le hacía cosquillas por dentro de la nariz. Solo un niño puede detener el miedo. Solo uno es capaz de ganar una batalla a James Garfio: Peter Pan.

Cerró los ojos. Extendió los brazos al abismo. Y apuntó al miedo con la espada.

¡¡¡Se va a tirar, se va a tirar!!!

Un relámpago cayó del cielo, que ya no era azul.

Capítulo 54 bis

La cara del diablo

Invierno de 2012

*H*e de confesar que de pequeño volaba muy mal. Me di cuenta de la circunstancia un día de verano de mil novecientos setenta y tantos que había amanecido con un aburrimiento terrible en el ambiente, un tedio de esos que te hacen pensar si merece la pena seguir siendo un niño. Al fin se me ocurrió una idea para pasar el rato... Me subí a la barandilla del balcón de la cocina, cerré los ojos y me arrojé al vacío.

Sucedió algo inaudito: ¡caí a plomo!

Por suerte, en aquella época veraneábamos en un primer piso, y justo debajo del balcón crecía un césped mullidito; con lo cual, al estamparme contra el suelo, lo único que me pasó fue que me mordí la lengua (al parecer olvidé cerrar la boca en la maniobra de despegue). Me incorporé apresuradamente, por si había algún observador en las inmediaciones, y llamé al timbre de casa, *¡riiiiiin, riiiiiiin!*

Oye, pero ¿no estabas jugando en el balcón?, preguntó mi abuela al abrir la puerta.

Ez que he ido adonde *Vidrioz*, respondí como pude, pues la lengua se me había hinchado tanto que no me cabían las eses en la boca.

Vidrios era un niño con gafas que siempre tenía la culpa de todo. Pero más allá de esa excusa recurrente, estaba perplejo, no alcanzaba a entender cómo demonios me había estrellado de ese modo, sin más ni más. Decidí no hablar del asunto con nadie, pues uno nunca sabe cuándo se puede ganar una regañina.

Recuerdo que ese mismo año estrenaron *Superman* en el cine, y al poco de mi accidente, corrió el rumor de que un niño japonés se había tirado desde un quinto piso ataviado con una toalla roja y un pijama azul.

¡Esos nipones son la leche!, le dije a Vidrios, maravillado ante la hazaña de aquel chaval anónimo al que envidié incluso su lugar de nacimiento (Japón era mi país preferido porque tenía una canica por bandera, contaba con una población de monos multitudinaria y en su territorio acontecían toda clase de fenómenos maravillosos, tales como terremotos, maremotos o nevadas de cinco metros).

Días después, sin embargo, Vidrios se presentó en mi casa con la cara larga y anunció que la radio de su madre no paraba de repetir que el niño de la toalla roja había muerto.

¡Cómo puede ser eso!, exclamé atónito.

Desde luego la noticia me pilló por sorpresa. ¿Acaso los japoneses no volaban? Durante mucho tiempo estuve intentando dilucidar qué le podía haber sucedido a nuestro héroe para morir de aquella manera tan tonta. Yo vivía en un quinto piso (excepto en verano, que nos mudábamos a un primero, afortunadamente), y hubiera jurado que, a pesar de la altura, no existía riesgo alguno. Pensaba que si, debido a un mal viento o a cualquier otra adversidad, no lograbas remontar el vuelo, siempre te quedaba la opción de echar mano de los tendederos de ropa y descender al estilo de Tarzán con las lianas, pegando gritos y todo. Como mucho, igual te metías un castañazo, pero no importa, porque luego vas al hospital, te arreglan y ya está.

Al final deduje que los tendederos de ropa del Japón debían ser de peor calidad que los de Bilbao. Era la única posibilidad. Eso o que el niño de la toalla roja se hubiera aventurado a despegar por la noche, algo extremadamente peligroso.

Yo volaba muchísimo mejor por las mañanas, y en ocasiones hasta me aventuraba a acudir a la escuela por el aire, ahorrándome la caminata. Lo malo

es que como piloto era muy lento, y no había vez que no me castigaran por llegar tarde a clase. Iba a un colegio de curas gordos, de esos que consideran que la impuntualidad es un pecado mayúsculo y razón suficiente para cruzarte la cara de un bofetón. En su descargo he de reconocer que la responsabilidad era mía, pues por aquel entonces no hacía más que flotar descoordinadamente. Me faltaba estilo, me quedaba ahí, suspendido en el éter sin poder avanzar, meneando los brazos como un angelito tonto. El asunto llegaba a ponerme de los nervios. Solo hallaba un modo de propulsarme hacia delante, y era agarrándome a las farolas y a las cabezas de los peatones; pero estos protestaban amargamente, y entre pitos y flautas, me llevaba horas recorrer el kilómetro que separaba mi domicilio de la escuela. Una vez allí, para colmo, caía en la cuenta de que iba en pijama y pasaba una vergüenza que no veas. El pijama en cuestión era de Pluto, el perro de Mickey Mouse, y estaba confeccionado con un tejido atómico, perfecto para la práctica de hazañas aéreas (cuando lo frotabas salían chispas), pero poco apto para la vida civil.

Es una pena, pero ya no vuelo. Sin embargo, desde que leí la carta de Juan, he vuelto a abrazar árboles. Confieso que se ha convertido en costumbre; suelo estrujar una encina que hay cerca de mi casa dos o tres veces por semana. Hace unos días, un paseante me sorprendió con las manos en la masa. Vivo en el campo, en una zona con muchas lagartijas pero pocos paseantes, y ni se me pasó por la mente que pudiera ocurrir. Lo peor es que se trataba de un vecino. Permanecí con la cara pegada a la corteza mientras el hombre seguía su camino en silencio.

Hacer el ridículo es lo único malo de abrazar árboles; por lo demás es una sensación increíble, como una especie de calor pequeñito que parece que no está pero se siente, me acompaña, es magia. Creo que me he convertido en un árbol solitario, y la encina me entiende, no pide demasiado y no temo fallarle. Vale, lo reconozco, estoy tarado. Pero me da igual, ella me calma.

Ya no recuerdo cómo se vuela. Un día crecí y se me olvidó que era un pájaro libre. El mundo perdió poco a poco sus colores de acuarela, se esfumaron sus secretos y en su lugar aparecieron el dolor, la enfermedad, la muerte y la culpa.

¿Estaban allí antes? No lo sé. Yo nunca había visto esas cosas.

Esta madrugada me he encontrado un ratón sobre el teclado del ordenador. Era marrón, muy bonito. Al advertir mi presencia, ha corrido a esconderse dentro de la impresora, así que cuando pulse la opción de imprimir, quizá aparezca retratada la cara de un roedor en vez de unas letras melancólicas. Ojalá el ratón se hubiera animado a escribir por mí este capítulo, porque temo enfrentarme a lo que viene a continuación. Me dispongo a dar un salto al vacío de mis demonios. Ha llegado la hora de desnudarme ante el precipicio que yo mismo he creado. Mi padre, Martintxo, percibe el peligro desde la distancia y me telefona tres veces seguidas para formularme la misma pregunta:

¿Estás bien? ¿Sí? ¿Seguro? Es que tienes la voz un poquito triste...

Las tres veces respondo que no es nada, que simplemente estoy acatarrado. Miento. Pero no te preocupes, *aita*, tú no eres el responsable de mi ansiedad. Ya ves que ahora caminamos juntos, y me siento orgulloso de ti. A tu edad, y eres capaz hasta de recapacitar; algo al alcance de muy pocos. No sufras por mí, estoy recorriendo el camino necesario. Lo que pasa es que es una senda interior y solamente puedo compartirla contigo escribiendo. Acuérdate: desde que me mordí la lengua de pequeñito, hablar no es lo mío.

No sé bien cómo dar este paso. Tal vez la manera más sencilla sea vomitar las palabras y esperar que el ratón las ordene, descubra su verdadero significado. Sí, creo que voy a cerrar los ojos, tocaré el piano a oscuras, como más me gusta.

Escucha, *aita*, tengo el corazón enfermo, como tú. Tengo un corazón al que le duele todo lo que hizo y lo que no hizo. He hecho daño a las personas que quiero y ahora no puedo amar ni dejar que me amen. Soy culpable, padre. Culpable de no haber querido lo suficiente, de no haber abrazado y besado cuando me moría por abrazar y besar, de haber huido cuando deseaba quedarme. Culpable de no entregarme con los ojos cerrados, de no haber compartido mi dolor, sobre todo mi dolor, pues las lágrimas, probablemente, habrían derribado mi aislamiento, mi torre de inaccesibilidad. Hoy cada uno de esos besos perdidos me hace sufrir, porque ya no volverán. Necesito que me abracen, pero no me permito abrazar porque temo herir de nuevo. Por eso me agarro a una encina. Me da miedo el amor pues no sé si lo llevo dentro o

se me extravió para siempre de tanto huir de él. La culpa me acompaña, la tengo clavada dentro, entera, toda. Y me mata.

¿Qué puedo hacer?

Sé que esta novela es terapia, psicoanálisis o algo parecido. Es una experiencia dura. Me encuentro solo frente al espejo, hurgando en mi propio cerebro con una llave inglesa, intentando atinar con la meninge, con el pensamiento preciso, para arreglar el desaguisado. Pero no doy con él, no llego al fondo, debo profundizar más, y no sé si ese fondo es turbio, limpio, o simplemente se trata de un agujero en el vacío.

Soy el diablo. Sí, lo soy, así lo siento. Pero busco expiación. Quiero ser Juan sin miedo, sentir que los abrazos no me queman, y que el beso que tengo en la comisura de los labios se desprende por fin y busca su lugar en el mundo. O lo hago ya, o el abismo crecerá bajo mis pies desnudos, y entonces no me hallaré a la altura de un primer piso, sino en la azotea de un rascacielos, y ya no soy un niño, hace tiempo que olvidé que sé volar. Necesito combatir contra mi herida, pero no veo al capitán Garfio en el horizonte, el único enemigo a la vista soy yo.

¿Dónde nace el río del dolor?

Lo desconozco.

Si fuerzo una respuesta, en mi caso brotó la noche en que comprendí que la gente que amo se muere; o ha de morir, que para mí es lo mismo. ¿Cómo se soluciona eso? ¿Lo sabe Peter Pan?

Claro que lo sabe: no crece.

Siddharta Gautama, Buda, dijo que la única forma de dejar de sufrir es dejar de desear. Si no anhelas, si no esperas nada, si inhibes el deseo, desaparece el dolor y la angustia, porque ya no echas en falta lo que no tienes. A partir de ahí, el camino hacia la paz contigo mismo queda despejado, y todo se convierte en un regalo, en un instante fugaz.

Buda era muy inteligente, como los niños. Por eso no se enamoran, sencillamente se comen la vida con los ojos, viven el momento, son sabios. Luego de mayores lo olvidan todo.

Martintxo se eleva sobre el miedo porque imagina, porque sueña, porque confunde, porque decide confundir, creer en Nunca Jamás. Nosotros no

volamos, perdimos la fe y luego las alas. Sospecho que extraviarnos algo más, pero todavía no he descubierto de qué se trata. Confío en averiguarlo antes de terminar la novela. En ese secreto perdido está escondida mi sonrisa.

Acabo de abrir los ojos sin querer. La bruma de la mañana se está levantando. Cierro los párpados de nuevo y el ratón vuelve a escribir, a dar fe de mi pecado. He de asumir que soy el diablo, que me equivocó. No pasa nada. La culpa del culpable es el principio del camino. Segunda a la derecha y todo recto hasta el amanecer, ahí está Nunca Jamás. Al otro lado de la culpa se encuentra el perdón.

Hay un aspecto positivo en el hecho de saberse el diablo; solo uno, y es precisamente tener conciencia de que lo eres. Durante la Guerra Civil, y aún después, el problema de muchos fue que ni siquiera asumieron el dolor que causaron. Asesinaron, violaron, destruyeron, pero nunca se sintieron culpables por ello. Es más, sacaron provecho de sus crímenes y disfrutaron de la prosperidad que procura ganar una guerra. Esas personas no son el diablo, son nada, no existen, porque no sienten la necesidad del perdón.

Cuando Martín leyó el capítulo en el que un batallón de milicianos con acento asturiano secuestra a su padre, me confesó que le invadió la rabia. El motivo era que aquellos combatientes republicanos aparecían retratados como criminales, y no puede olvidar que luchaban en el mismo bando que su hermano Bixente y Juan, su amigo. Es decir, eran de los suyos.

Pero es que eso fue exactamente lo que ocurrió, *aita*. Debemos asumir que el diablo viste todo tipo de uniformes y se esconde en cada ser humano, esté en el bando que esté. Se manifiesta en cuanto encuentra un hueco y lo dejan hacer. Y en aquella época se dejaron hacer muchas cosas. La guerra es el territorio de los condenados.

La diferencia fundamental entre los dos bandos fue que los fascistas, los rebeldes, institucionalizaron el horror hasta convertirlo en el sentido de su propia existencia, en su medio de vida. Aniquilaron la disidencia, la bondad y hasta el amor con un objetivo claro: ellos mismos. Profesionalizaron el odio. Desgraciadamente, el fuego que encendieron entonces arde hoy con la misma

fuerza. El crimen y el miedo continúan vigentes como métodos de acción política. Lo practican todos los Estados (los mayores asesinos de la historia), y todas las organizaciones armadas del mundo. No existe un solo uniforme inocente.

Mis crímenes no alcanzan esa dimensión. Pero hacer llorar a quien amas, aunque sea sin querer, no tiene perdón, y yo necesito ese perdón imposible.

Hace unos meses conocí a una persona que me ha marcado. Se llama Lisa Dufaud y es de un pueblecito llamado Nunca Jamás. No bromeo. Lamento no poder anticipar mucho más sobre ella, pero os aseguro que se va a revelar como un personaje crucial en esta novela.

Lisa y yo supimos el uno del otro gracias a una carta que eché al buzón hace más o menos un año. Aquella carta fue una de esas instancias que se envían para solicitar información a una institución lejana y de las que no se espera respuesta, porque son fáciles de ignorar y están escritas con el corazón; un lenguaje extraño en los tiempos que corren. Pero la fortuna quiso que aquel sobre cayera en manos de una buena persona, y esta me puso en contacto con Lisa. A partir de ese instante, iniciamos una colaboración, luego una amistad, que ha ido creciendo con el tiempo, *mail a mail*.

Lisa es historiadora, y sus cartas no solo me proporcionan la información solicitada, sino que me auxilian, curan mi herida. Son medicina para mí porque desentrañan lo que aconteció, lo que le sucederá a mi familia en capítulos venideros. Iluminan el pasado, pero también mi futuro, porque me permitirán profundizar en los hechos de una forma que jamás soñé. Quizá me ayuden a bajar un peldaño más en el conocimiento del ser humano; quién sabe si a descender hasta el mismísimo infierno, el único lugar donde podría recuperar mi alma.

Hace no demasiado envié a Lisa el borrador de la novela, lo que había escrito hasta entonces. Admito que le confié mi vida. Me dijo que este libro es un grito, y que ella lo escucha. Sin embargo, hubo una cosa que interpretó mal. Al llegar al episodio en el que Klaus Rapke, el aviador alemán apodado El Abuelo, es derribado con su nuevo bombardero y aparece flotando en el río

travestido de mujer, Lisa dedujo que el suceso tenía que ver con algún aspecto oculto de mi alma atormentada. Pensó que el personaje era producto de mi fantasía, una especie de manifestación literaria de mi orientación sexual, tal vez reprimida. Así que escribió una preciosa carta donde me sugería, con mucho tacto, que dejara fluir mi naturaleza, que no me reprimiera.

Sonreí. Klaus Rapke no tiene nada que ver conmigo. O quizá sí, pero no desde la perspectiva que Lisa sospechó. El Abuelo se sentía culpable, como yo. Tiemblo cada vez que leo la misiva que dejó escrita para que se la hicieran llegar a su madre una vez muerto.

Esta anécdota me hizo recapacitar sobre el estilo de la narración, y ahora mismo no estoy seguro de estar imprimiendo la suficiente verosimilitud a la novela. La historia de Klaus Rapke es real, como todos y cada uno de los párrafos de este libro. George Steer, corresponsal del diario *The Times* destacado en el País Vasco durante la Guerra Civil, la recogió en su crónica *El árbol de Guernica*. Por cierto, que si no llega a ser por periodistas como Steer, que se jugaron el tipo por informar de la muerte, el bombardeo de Gernika no habría trascendido nunca y el mundo desconocería hoy el nombre de la primera ciudad destruida por el ser humano desde el cielo. Nadie podía sospechar entonces que la Operación Rügen (nombre en clave con el que se denominó a aquella barbarie) no era más que un anticipo de lo que iba a suceder poco después, durante la Segunda Guerra Mundial. Gernika solo fue el banderazo de salida para las prácticas de aniquilación masiva. Los grandes ideólogos de la devastación acababan de descubrir que las guerras no se ganan en el campo de batalla, sino sembrando miedo entre la población a base de «botellas que explotan». El nuevo enemigo eran las cucarachas. Un enemigo imbécil, pues no dispara. Estaban a punto de morir entre cuarenta y setenta millones de personas, en su inmensa mayoría civiles (la escandalosa horquilla de treinta millones en el número estimado de víctimas se debe a que los ejércitos rehúsan llevar la cuenta de sus asesinatos).

Me preocupa que los acontecimientos recogidos en esta novela se atribuyan a la imaginación de Martintxo, o a la mía. Solo decir que, aunque

parezca mentira, en estos momentos mi padre se encuentra al borde del precipicio con los ojos cerrados. Está subido encima del puente de mando de un carbonero inglés, dispuesto a saltar al vacío para luchar contra el *Almirante Cervera*, un buque fascista dotado con doce cañones montados en torres dobles, cuatro tubos lanzatorpedos triples y una tripulación de quinientos sesenta y seis profesionales de la guerra.

Aún no he descubierto el secreto de la felicidad de Martintxo, de su sabiduría. Pero intuyo que se esconde en su mirada. Debo pensar en ello. Es muy importante.

Capítulo 55

El chucho errante

Verano de 1937

Una liebre cruzó por delante de su hocico y salió tras ella como alma que lleva el diablo. Estaba hambriento; ¡jo que si lo estaba, como nunca en su perra vida! Fue un instante de debilidad, pero enseguida recuperó el rictus propio de un sabueso y se frenó en seco.

Soy un perro arapajoe, se dijo. Y un perro arapajoe no puede permitirse la más ligera distracción cuando tiene una misión que cumplir.

Dejó escapar una baba de esas que se quedan ahí colgando como para siempre y continuó avanzando entre la hierba alta con las patas flexionadas, las orejas gachas y el culo prieto. Es la forma en que reptan los chuchos. *Lagun* sabía que se estaba convirtiendo en un mito, en un ejemplo para las futuras generaciones de ratoneros. Llevaba siglos persiguiendo a Tasio y a sus captores a través de las montañas, las tormentas y los miedos. Jamás abandonaría a su amo, ¡*booouumm!*, jamás. Y eso que el cielo se había vuelto loco, ¡*booouumm!*, no cesaban de estallar truenos, ¡*booouumm!*, aquello era un sinvivir, tenía las pulgas escandalizadas. Se detuvo un instante a beber de un charco y, al levantar el morro del cieno, vio que unas orejas muy largas lo observaban embelesadas.

¡Esta liebre es tonta!, comentó para sí.

La pobre no era tonta, sino huérfana, además de adolescente. El caso es que un proyectil había caído en su madriguera y ahora vagaba por la montaña en busca de compañía.

¡A qué esperas, atrápala!, espoleó la necesidad al chucho, que no acababa de decidirse.

El sol fue cayendo por el horizonte entre la confusión de obuses, botellas que explotan y cañonazos del calibre setenta y cinco. Así que no es extraño que la noche sorprendiera a todos, claro; pero lo hizo para bien, porque trajo consigo la paz. El milagro, sin embargo, duró apenas tres cuartos de hora, el tiempo que tardó la luna en asomar la cabecita por encima de los Picos de Europa y alumbrar la senda de la muerte. *¡Ratatatatá, boouuum!* No había tregua posible, los republicanos estaban acorralados entre el mar y las montañas. La suerte en el frente norte estaba echada; en pocas semanas la oscuridad dominaría la cornisa cantábrica de cabo a rabo, y los fusilamientos masivos llenarían las cunetas de cadáveres.

Pese a la situación, el jefe de los milicianos había decidido dar un descanso al batallón en lo más recóndito de un bosque de abedules. Tasio parecía una larva enfundada en una manta a cuadros. Estaba rendido, había conducido el ganado cuesta arriba y cuesta abajo durante dieciocho horas seguidas. De pronto, notó que alguien le chupaba la nariz, la única parte de su anatomía que permanecía a la intemperie.

¡Demonio, qué susto me has dado!, exclamó bajito para no alertar a los milicianos.

¡Guau!, respondió *Lagun* con despreocupación.

Calla, hombre, que como te oigan te vuelan la sesera. ¿Qué es lo que traes ahí?

El chucho plantó los ojos sin vida de una liebre tonta junto a la cabeza de su amo, y este, pensando que era una rata, reaccionó escupiéndolo un exabrupto, pero enseguida cayó en la cuenta de su error y se sintió fatal: el perro le estaba ofreciendo su presa, su alimento.

Gracias, *Lagun*, se excusó rascándole las pulgas. Pero la liebre es tuya. Has de comer, estás en los huesos. Venga, recógela y corre a esconderte.

Amaneció en la tierra sin ley y el jefe dio orden de levantar el campamento y echar a andar hacia el noroeste. Fue una decisión caprichosa, porque no existía una sola dirección en la brújula que los alejara de la muerte. Los rebeldes habían conseguido abrir varios boquetes en sus líneas y ahora se afanaban en limpiar todo rastro de vida que hubiera quedado aislado en medio de lo inevitable. Afortunadamente la naturaleza les complicaba la partida, ya que el norte, por aquel entonces, era una especie de bosque de Sherwood salpicado de peñascos y grutas que podían albergar alguna esperanza perdida.

El jefe conducía la tropa sorteando hayas que crecían hacia el cielo como columnas de una catedral gótica. Los aldeanos cerraban la comitiva intentando mantener el ganado agrupado. El hermano de Tasio sudaba a mares; le daba la impresión de que aquella selva tenía ojos, muchísimos ojos. No se oía una voz, una sola pisada, ni un mugido. ¿Acaso las vacas olían el peligro?

Esto se está poniendo muy feo, Tasio. Hay que escapar.

¿Escapar? ¿Piensas abandonar el ganado?

¡Qué importa el ganado! ¡Hemos de salvarnos nosotros! Tú y yo, Tasio, tú y yo.

Te equivocas, así no nos salvaremos.

¿Por qué dices eso?

Porque sin vacas no tendremos nada.

Bueno..., saldremos adelante.

Recuerda lo que decía el padre.

¿El padre?

Sí, a él le tocó otra guerra. Siempre ha habido guerras.

¿Y qué decía?

Decía que tras la guerra llega el hambre. El hambre es el que mata de verdad.

Me da igual lo que dijera el padre, Tasio. Yo me voy.

Y yo, hermano, y yo. Pero con las vacas.

Lagun seguía los pasos del grupo a unos ciento cincuenta metros. Andaba con la mosca en la nariz porque desde hacía rato el bosque olía a podredumbre. Y todos los ratoneros del mundo saben que los bosques huelen a musgo fresco. Además tenía la sensación de que aquel hedor los envolvía, se acercaba a hurtadillas desde todas las direcciones, poco a poco, como si pretendiera atraparlos en su miseria.

De repente, escuchó unos susurros a su espalda, decenas de susurros arrastrándose por la maleza, y del susto se le escaparon tres gritos, *¡guau, guau, guau!*

¡Me *cagüen* Dios, otra vez ese puñetero perro!, tronó el jefe, que no tardó una centésima de segundo en amartillar su pistola.

Era una Star modelo 1919, más conocida como Star del sindicalista. La empuñó con rabia, pues los ladridos lo habían sobresaltado. Fue recorriendo con la mirilla del cañón los claroscuros de la catedral de Sherwood, pero las gárgolas, los arbotantes, la ligereza de las bóvedas de crucería y la fantasía de las vidrieras, que descomponían la luz en mil y un matices de color, lo deslumbraban. Era una visión sobrecogedora. Oyó el sonido característico de una rama al partirse, *¡cronch!*, y dirigió el cañón hacia él, pero los nervios le hicieron volverse a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha, lo que provocó que la tropa ralentizara el paso, desconcertada. ¿Qué le ocurre al jefe? ¿Por qué odia, por qué teme a ese perro?

Se escuchó otro crujido, *¡cronch!*, muchísimo más próximo que el anterior.

¡Alto!, ordenó el miedo, aunque para entonces las botas de aquel batallón acorralado ya se habían detenido en mitad de una respiración que bien pudiera ser la última. Los árboles se estremecieron con una brisa fresca del nordeste y *Lagun* gruñó desde algún sitio, pero su refunfuño pronto se transformó en un sollozo largo, sostenido, lastimero, *¡hi, hi, hi!*, que salió corriendo y se perdió bosque adentro.

¡Al suelo!, vociferó el jefe al deducir que alguien, una presencia oculta, acababa de golpear al perro.

Su grito sonó desgarrador, y todo el mundo, incluidos los pajaritos, las ardillas, los jabalíes, y hasta un oso que buscaba trufas por las inmediaciones, echó el cuerpo a tierra sin pensárselo dos veces. Todos excepto las vacas,

porque el carácter se les había vuelto pánfilo de tanto sufrir de aquí para allá en un indolente *perpetuum mobile*. Es lo que tienen las guerras; te conviertes en un péndulo que no piensa, que solo vacila entre la vida y la muerte, una y otra vez, segundo tras segundo. Ya no quedaba silencio, se escuchaba una melodía metálica de fusiles peleándose con sus propios percutores que perforó los tímpanos de Tasio y le hizo morder la tierra, ¡clack, clack, clack, clack, clack, clack!

El jefe tragó saliva.

¡Quién va!, preguntó al bosque.

No obtuvo contestación. Bueno, sí, pero fue una contestación ridícula, un simple ¡cucú! Un ejemplar de *Cuculus canorus*, el popular cuco, ese pájaro que nos cae simpático porque anuncia la llegada de la primavera, había percibido la tensión y su instinto pregonero lo obligó a avisar de la inminencia del desastre.

¡Quién va!

La respuesta llegó cuando ya nadie la esperaba. Lo hizo con un vuelco de corazón.

¡La libertad!

Un pensamiento confuso cruzó por la cabeza del jefe. Aunque amaba esa palabra, auténtico santo y seña de la República, nunca se había fiado de ella. Le parecía la típica mentira piadosa que precede al sufrimiento. Lo descubrió cuando solo era un niño, al poco de empezar a trabajar en la mina. En un lugar así enseguida se entiende que presente y futuro son lo mismo: oscuridad y miseria. En el tajo había un hombre bueno que siempre tosía historias sobre la libertad, cuentos bonitos que a menudo hablaban de revolución. Al de unos meses se apagó su voz y dijeron que había muerto de neumoconiosis. Mentían: lo mató la mina. Por supuesto que mata, pero también enseña, entre otras cosas a manejar la dinamita. El jefe se doctoró en dolor el día que su padre quedó sepultado bajo una montaña de carbón. Aquella explosión de gas grisú se llevó por delante a muchos más, inútil preguntarse cuántos, pues el patrón ni siquiera se molestó en rescatar los cuerpos. Poco después estalló la huelga y los ánimos se dispararon. Algunos creyeron que todo era posible, incluidos el futuro y el crimen. La dinamita hizo estragos, y lo que pudo ser la primavera

más bella de cuantas haya anunciado un cuco derivó en una esperanza cruel que se denominó Revolución de Octubre. Corría el año 1934. La Guardia de Asalto y el propio Ejército, dirigido entre otros por un general sin escrúpulos llamado Francisco Franco (el mismo que dos años después encabezaría el golpe de Estado que desencadenó la guerra), reprimieron la revolución hasta que no quedó un solo puño en alto en toda la Península. Resultado: cerca de dos mil muertos. Un uniforme anónimo aprovechó la coyuntura para asesinar a dos chavales sonrientes de dieciséis y diecinueve años: los hermanos del jefe. Les reventó el cráneo a golpe de culata en la intimidad de un calabozo. El jefe tuvo peor suerte; lo dejaron vivo y su cadáver se consumió en la cárcel a fuego lento. Un día se enteró de que su madre pedía limosna a la puerta de una iglesia quemada. Otro día recibió un cable.

Doña Ramona Suárez Fengueroso murió a las 17:30 horas del día de ayer miércoles 20 de marzo después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad. Como único familiar vivo de la difunta, le rogamos se ponga en contacto con nosotros para resolver el destino de los restos mortales. De no obtener respuesta en veinticuatro horas, se procederá a darles sepultura en una fosa común. Atentamente.

El jefe nunca resolvió nada. Esta vez tampoco. Decidió permanecer callado porque había la posibilidad de que se tratara de una trampa. La voz del bosque no tardó en regresar, aunque habló muchísimo más bajo que antes y empleando un idioma insólito, diríase que inventado por los propios árboles, pues sus palabras se confundían con el sonido del follaje batido por el viento. Sin duda el bosque pretendía evitar que lo entendieran.

Pentsa lei gutarrak dizela! Amen egon estaldute, eurekaz ingot berba eta!...
Ia ze esaten daben!

¿Qué coño han dicho?, preguntó el jefe en voz baja.

No sé, creo que hablan en extranjero, aclaró un miliciano de pulso horrible que no hacía más que golpearse el ojo con la mirilla del fusil.

Tasio levantó la barbilla de su tumba de hojas. Él sí había comprendido aquellas palabras, pues pertenecían a su lengua madre, a la lengua de los secretos. Una idea insensata, pero en cualquier caso digna del padre de Martintxo, cruzó por su cabeza. Cerró los ojos, y muy pero que muy lentamente, se incorporó con las manos en alto hasta quedar plantado en mitad

del miedo como un crucifijo. Entonces transcurrió un tiempo muerto durante el cual desfilaron por su mente todas las imágenes de su vida, y cuando se le acabaron los recuerdos, separó los párpados para que la luz tibia del amanecer iluminara su destino. Esperaba encontrar un cañón de ochocientos, de mil quinientos milímetros apuntándolo entre ceja y ceja. Pero no, lo único que había frente a él eran árboles bailando al compás de la brisa y una enorme desolación. Es decir, nada, solo el bosque, por el que corrían velos de niebla que le hacían parecer un espectro. Tal vez por eso no le habían disparado, tal vez nadie creía posible esa figura crucificada en silencio. Escuchó la tos de un fusil atragantado. ¿Por qué estaba ahí, en pie? ¿Por qué tenía las manos arriba? ¿Por qué morir justamente hoy, y no ayer o mañana?

Dedicó sus últimas palabras a la esperanza.

Euskaldunek?... Gudarik?, preguntó al bosque.

El jefe dirigió su Star hacia el corazón de Tasio:

¡Agáchese y cierre el pico, gilipollas!

Deben ser vascos, apuntó el miliciano del horrible pulso. De otra forma ya le habrían pegado un tiro.

Eso parece, admitió el jefe. Pero vete a saber de qué lado están. Tengo entendido que los vascos están a punto de rendirse a los fascistas.

¡No jodas!, se sorprendió el miliciano.

Como lo oyes. Ya sabes, esos cabrones siempre a lo suyo.

Lagun, entretanto, al ver a su amo con los brazos extendidos y las palmas abiertas, pensando que lo llamaba, se había ido acercando hasta tumbarse a los pies del espectro meneando el rabo. Era evidente que reclamaba una caricia, pero Tasio acumulaba demasiado dolor en los ojos como para advertir su presencia. El animal comenzó a lamerle una herida que asomaba por aquel pantalón destrozado por los kilómetros de desdicha, y al sentir la lengua del chuchó, el espectro dio un paso al frente y se dirigió al bosque con el corazón en la mano.

Entzun, mesedez, honek milizianuk bahitu gaitue!

Zu nor zara ba?

Inor bez. Arrigorriagako bat!

Eta bahitute zauzela diñozu?

Bai, behiekaz batera!
Zelan! Euskalerritik behiekaz etorriazon indotzue?
Bai, ba!
Bakizu ze bataloikoak dizen?
Pentsaten dot anarkistek dizela!
¡Agáchese de una vez, gilipollas! ¡Qué hostias les está contando a esos!
¡Oiga usted!, el que le ha llamado gilipollas al aldeano.
¿Qué coño quiere?
¿Han secuestrado a ese hombre?
¡Nosotros no hemos secuestrado a nadie!
¡Pues ese hombre dice que lo han hecho venir desde el País Vasco con sus vacas!

¡Sí, pero no solo a mí! ¡Somos cinco!
¡Me *cagüen* Dios, o se calla o le pego un tiro!
¡A ver, señor! ¡El de las vacas! ¿Me oye?
Sí, le oigo.
Recojan el ganado y márchense de aquí inmediatamente.
¡Ese ganado no va a ningún lado!
¿Quién lo dice? ¡Identifíquese, cuál es su batallón!
¡No me toque los cojones, esas vacas están requisadas por la República!
¡La República no va por ahí robando vacas a la gente!
¡Usted no tiene autoridad para decir nada, traidor!
¿Por qué me llama traidor?
¡Lo sabe de sobra! ¡Vaya a Santoña a rendirse con los suyos!

El jefe pronunció «Santoña» como si se tratara de un insulto. Las informaciones eran muy confusas, pero todo apuntaba a que los nacionalistas vascos habían concentrado sus tropas en dicha localidad con la intención de entregarse. Por lo visto, esos cabrones consideraban que no tenía sentido seguir combatiendo una vez que su tierra y sus familias habían caído ya en manos de los rebeldes.

Lo que el jefe no podía imaginar, o tal vez sí, es que detrás de aquel acto de traición, que efectivamente se tomó a espaldas de la República, existía una razón más poderosa que el nacionalismo: la desconfianza. El bando

republicano no era sino un crisol de ideas y personas que distaban mucho de estar unidas. Socialistas, comunistas, anarquistas, liberales y nacionalistas hacían la guerra cada uno por su lado, con sus propias milicias y movidos por intereses encontrados.

Esta vez la voz del bosque atacó los oídos del jefe con rabia:

¡Oiga *usté*, nuestro batallón no se rendirá nunca!

¡Todos los suyos lo han hecho o están a punto!

¡Los que se rinden no son de los nuestros, no se equivoque!

¡Ustedes son vascos!

¿Y qué? ¡Eso no quiere decir nada!

¡Si es así, dé la cara, asome la cabeza!

¡No te jode, asómela usted primero!

¡No espere que lo haga; ya no me fío ni de mi sombra!

¡Escuche, deje que esos aldeanos marchen a su casa y luego hablamos!

¿De qué coño quiere hablar?

¡De cómo salir vivos de esta!

¿Aún no se ha enterado de que no saldremos de esta?

¡Pensando así, desde luego!

¿Qué pretende?

¡De momento, suelte a esa gente, son solo un estorbo!

¡Ni hablar, esos no van a ninguna parte!

¡Joder, con usted no hay manera! ¡Señor, el de las manos arriba!, ¿me oye?

¡Sí!

¡Reúnase con los demás aldeanos y lárquense de aquí!

Pero ¿adónde vamos a ir?

¡Hacia el este!

¡Le acabo de decir que no pienso dejar que se vayan, y menos con las vacas!

¡Cállese de una puñetera vez, deberían fusilarlo por lo que ha hecho!

¡Hágalo usted, si se atreve!

¡O los deja marchar, o abrimos fuego! ¡No se lo pienso repetir!

¡Pues a qué espera!

¿Es que no tiene principios?

¡Un vasco me va a hablar a mí de principios!

¡Escuche, señor, conduzcan las vacas hacia el este! ¡Deben cruzar el frente!

¡Pero nos matarán! Si no lo hacen estos, lo harán los fascistas.

Tal vez, pero es su única opción, no hay escapatoria.

¡Pero...!

¡Largo, hostia, vayan en grupo y permanezcan a la vista!

¡Le juro que si da un solo paso, lo mato!

¡No le haga caso a ese sinvergüenza! ¡Fuera de aquí, vuelvan con su familia!

Tasio no entendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Apenas veía, las arrugas de su frente eran incapaces de contener la cascada de sudor que le caía sobre los ojos. El bosque le hablaba, le decía que regresara a su hogar. ¿Acaso los árboles sabían algo de la suerte de su familia?

Respiró profundamente y fue volviéndose hacia el espejo de su destino poco a poco, mansamente, preocupándose de no bajar los brazos de su posición un solo milímetro. A medida que giraba con la cruz a cuestas, aparecían más y más árboles mecidos por el viento. Pero solo eso. Nadie, nada, solo Sherwood. La alfombra de hojarasca lo cubría todo: el odio, las pistolas, los fusiles, los pertrechos, las mantas, las cartas de los soldados a sus novias y hasta los besos que nunca dieron. Trató de tranquilizarse pensando que ningún arma lo apuntaba; pero la mentira era tan gorda que no valía la pena, no se la podía creer. Detuvo el círculo frente a lo que supuso debía ser el este, y a continuación, elevó la pierna lamida por el perro y efectuó el paso más sutil jamás inventado. Fue casi un movimiento de ballet, aún más lento y temeroso que el primer paso de su vida, que según contaba su madre ocurrió cuando tenía once meses. Respiró por segunda vez en media hora, y un poquito más confiado, se animó a dar otro salto al vacío. Entonces escuchó un ruido metálico. Le pilló con el pie en todo lo alto.

¡Click!

Ya estás muerto, se dijo.

Sintió ganas de taparse los oídos para no escuchar el disparo, pero era una idea absurda, y se limitó a quedarse quieto con la pierna y los brazos suspendidos en el aire. Pasaron minutos, o quizá horas, y todo su cuerpo comenzó a temblar, no podía más. Contrajo el rostro para aguantar, apretó los dientes para sobrepasar los límites de la resistencia humana, pero ni aun así logró evitar que su pierna cayera desplomada.

¡Booouumm!

No, aquella explosión no había sido su muerte. *¡Booouumm!*, ni esa otra. Debían ser descargas de un cañón enemigo. Pero ¿quién es el enemigo de un aldeano? ¿El que pretende matarlo con una Star del sindicalista? ¿El que desea hacerlo con un cañón de montaña del setenta y cinco? ¡Quién, cómo, por qué quieren todos asesinar a un hombre que lo único que ha hecho en su vida es ordeñar vacas y llorar por su mujer y sus hijos perdidos!

Lagun, sin embargo, sonreía como un tonto con la lengua fuera. Era feliz porque al fin podía permanecer junto a su dueño sin preocuparse de los malos. El amo había conseguido doblegarlos, estaban rendidos a sus pies con el rabo entre las piernas; lo único que le faltaba a aquel chucho para levitar era que le lanzasen un palo.

Tasio percibía el entusiasmo de *Lagun* porque su rabo le golpeaba el pantalón con frenesí. Ese rabo era como un reloj que marca la cadencia de la desesperación. Su tiempo se consumía, no le quedaba más remedio que morir caminando... Levantó de nuevo el pie por encima del miedo, y justo cuando el cronómetro llegó al cero, una mariposa amarilla apareció revoloteando y se posó en el punto de mira de los milicianos: en su cabeza.

¡Cucú!



Capítulo 56

El alma de los marineros muertos

Verano de 1937

*E*l cabello de Martintxo crepitaba debido a la electricidad que flotaba en la atmósfera, muy cargada por la borrasca. Era una de esas depresiones que sacuden el Cantábrico durante los meses de julio y agosto, y a las que los marineros temen como a la muerte, porque levantan olas de seis metros en cuestión de minutos. No solo su cabello, su cuerpo entero condensaba la electricidad, pues allá en lo alto del buque, el crío se había convertido en un imán irresistible para la tormenta. Un relámpago rasgó el cielo de norte a sur, pero no pudo apreciar el espectáculo porque seguía con los ojos cerrados. Únicamente se enteró de lo que vino después.

¡Boooooouumm!

¡La leche, menudo cañonazo!, exclamó al confundir el trueno con una andanada del *Cervera*.

No cabía duda de que Garfio iba a por todas; aquella explosión retumbó en sus oídos con una fuerza inusitada y se apresuró a comprobar si no lo había dejado sordo.

¡Cañonazo, cañonazo, cañonazo!, repitió como un papagayo.

Nada, no oía ni cascorro. Ni siquiera podía asegurar que estuviera pronunciando la palabra «cañonazo» y no otra cualquiera del diccionario,

pues solo escuchaba un pitido monocorde en el interior de su cabeza, ¡piiiiii! Desorientado, sin referencias visuales ni auditivas, quedó flotando en un vacío estúpido que le hizo tambalearse al borde del abismo. Dejó pasar unos segundos con la esperanza de que la cosa mejorara, pero muy al contrario, notó que desfallecía, que estaba a punto de desmayarse, e intentó salir del apuro hablando en alto.

¡No abras los ojos, no abras los ojos, no abras los ojos!, decía.

Por supuesto que sabía que la única manera de recuperarse era abriendo los ojos, pero no se lo podía permitir: tenía que volar. Y además debía hacerlo cuanto antes, porque la debilidad le estaba plegando las alas por momentos.

¡Jiiiiii, ji, ji, ji, ji!

¿Qué será eso?, se preguntó.

¡Jiiiiii, ji, ji, ji, ji!

¿Un pájaro?

¡Jiiiiii, ji, ji, ji, ji!

No, aquello era mucho más que un pájaro, se trataba de un albatros, el ave marina más grande del planeta. Su presencia allí, en aguas del Atlántico norte era absolutamente excepcional, casi inverosímil, ya que esta especie acostumbra a manejarse a miles de kilómetros de cualquier guerra. Si no me equivoco, aquel ejemplar en concreto era oriundo de la Antártida, y a juzgar por la tremenda envergadura de sus alas (a ojo, apostaría a que alcanzan los tres metros y medio), diría que estamos ante un niño perdido; otro más. De todos es sabido que algunos de estos infantes no paran de crecer y crecer hasta el día en que se encuentran a sí mismos. Son los conocidos como niños grandes.

¡Jiiiiii, ji, ji, ji, ji!

Martín pensaba que aquellos graznidos eran los propios de una gaviota. No dominaba las lenguas pajarracas, y claro, con la mirada vuelta hacia dentro, le resultaba imposible advertir su error. Era una pena, porque se estaba perdiendo el vuelo de un albatros, que es casi tan perfecto como el sueño de un bebé: ambos son capaces de pasarse días enteros deslizándose por el aire sin necesidad de batir las alas una sola vez. Aunque eso sí, a diferencia de los recién nacidos, los corpulentos albatros necesitan viento, muchísimo viento

para volar; razón por la cual residen en lugares inhóspitos y tormentosos. En el caso que nos ocupa, el muy pájaro planeaba sin esfuerzo aprovechando la corriente ascendente que proyectaba la tempestad al chocar contra el casco de la ballena. Era un ave soberbia, muchísimo más grande que Martintxo, y al verla ahí, sobrevolando su cocorota, daba la impresión de que pretendía atraparlo con sus garras para zampárselo de un bocado. Pero no hay cuidado: los albatros no poseen garras, sino aletas de buceo. Además son buenos y cariñosos.

Afortunadamente, los tímpanos de Martín se habían repuesto ya del cañonazo y al menos así podía disfrutar de la conversación del animal. El niño jugaba a escuchar: intentaba fijar la posición del ave en el mapa oscuro de su mente. Lo lograba gracias a que cada graznido tardaba un poquito más en llegar a una u otra de sus orejitas, a la izquierda o a la derecha, dependiendo de la situación del bicho en cada instante.

¡Jiiiiii, ji, ji, ji!

¡Jiiiiii, ji, ji, ji!

¡Jiiiiii, ji, ji, ji!

¡Jiiiiii, ji, ji, ji!

Esa microscópica diferencia de tiempo es una de las pistas que sigue nuestro cerebro para localizar las cosas que oímos pero no vemos. La concentración en el sonido le hacía volar; sentía que surcaba el cielo en una formación triangular, como un ave más en mitad de una bandada de patos, gansos, Junkers, Messerschmitts y niños perdidos. Se preguntó si no habría despegado sin enterarse. Y yo me pregunto qué narices pinta un albatros antártico a su lado. La verdad es que empiezo a dudar de que se trate de un niño grande, como apuntaba antes. No, fijaos bien, me parece que es una madre despistada que ha debido confundir a nuestro héroe con uno de sus polluelos, y se ha acercado a echarle una mano en su primer vuelo. ¡Claro que sí! Por eso lo alienta. *¡Jiiiiii, ji, ji, ji!*

Cervera a mercante Thornhill: ¿Me copia?

...

Cervera a mercante Thornhill: Repito, ¿me copia?

...

Conteste, *Thornhill*.

A pesar de los ánimos del albatros, Martintxo no sentía el entusiasmo de otras ocasiones ante el despegue. Se moría de miedo porque nunca había volado lejos de Arrigorriaga, y mucho menos sobre el mar. Murmuraba dudas, ideas negativas que le robaban la determinación. Hablaba consigo mismo, supongo. Digo supongo porque su discurso era muy raro; enunciaba frases de ida y vuelta, el tipo de oraciones que salpican un diálogo, una conversación entre dos. Aunque más inquietante que eso, a mi juicio, era que sus palabras sonaban demasiado adultas, demasiado serias, excesivamente delirantes para un soldado como él, de sonrisa fácil. Confieso que me gusta pensar que en realidad conversaba conmigo, sí, con su futuro hijo. ¿Por qué no? Cuando te hallas en la encrucijada, todo, todo es posible. Si no, escuchad lo que decía:

Solo yo soy capaz de ganar la batalla, solo un niño puede con Garfio. Pero ¿dónde está Matilde? ¿Por qué no ha subido aquí arriba a hacerme compañía? ¿Y mi *ama*? ¿Tú tampoco sabes dónde está mi *ama*?... No, no lo sé, pero no te preocupes, seguro que ha despertado y se encuentra mucho mejor. Estará descansando en el hospital... ¿Crees que nos seguirá queriendo? ¿Esperará a que volvamos de Nunca Jamás, o se olvidará de nosotros poco a poco?... No digas eso, ni lo pienses siquiera... Ya, pero ¿cuánto tiempo ha pasado desde que la vimos por última vez? ¿Un año? ¿Dos? ¿Las madres pueden morir? ¿Habrá otro niño en mi cama cuando regrese? ¿Quién es ese niño? Por favor, dime que soy yo. ¿Me quieres? ¿Te acuerdas de mí? ¿Me oyes?... ¿*Ama*?

Cervera a Thornhill: Reduzca y vire 90° a babor.

...

Cervera a Thornhill: Conteste, *Thornhill*.

...

Repito, vire 90° y fije rumbo oeste inmediatamente.

Paulina luchaba por alcanzar el extremo de una viga metálica que sobresalía de la estructura del puente de mando. Pobre Paulina, su cabeza arde. Pretende encaramarse a esa viga para trepar a lo alto del barco y detener a su hermano antes de que se arroje al vacío. Pero sabe perfectamente que no lo conseguirá, lo sabe porque sus manos resbalan por la piel grasienta de la

ballena una y otra vez y porque escucha el avance del reloj de la muerte en el interior de su estómago. *Tic-tac. Tic-tac.* Sus deditos se estiran todo lo que pueden. Solo la separan cinco centímetros de la viga, pero son los cinco centímetros más largos del universo. La niña madre llora, Martín va a morir y ella tiene la culpa.

¡¡¡No, no sabes volar; abre los ojos, ábrelos ya!!!
Pero sus lágrimas se las llevó el viento.

Cervera a Thornhill: Se lo estamos comunicando por radio y con señales visuales. No tiene excusa. El buque queda apresado. Lo conduciremos al puerto de Ribadeo. Vire 90° a babor.

...

Cervera a Thornhill: ¿Me copia?

...

Cervera a Thornhill: Reduzca y vire al oeste inmediatamente. Obedezca o no nos quedará más remedio que abrir fuego.

La ballena, que hasta ese momento había hecho oídos sordos a los requerimientos de Garfio, entendió que la amenaza iba en serio y redujo la marcha de forma brusca. Una fuerza invisible empujó entonces a Martín hacia el abismo, que solo evitó el desastre con un enérgico batir de alas que logró absorber la energía cinética de la muerte. ¡Uf! Entreabrió los ojos y comprobó que aún no había despegado: sus pies continuaban pegaditos al suelo. Más tranquilo, sumergió la mirada en el océano. Estaba salpicado de espumarajos peinados por la galerna y las olas emergían como auténticas montañas. Llovía a mares.

¡Jiiiiii, ji, ji, ji!

Ocho metros por encima de su cabeza de chorlito, el albatros seguía con interés las evoluciones de su pretendido polluelo. El ave prácticamente no se meneaba, controlaba los envites de la tempestad corrigiendo la posición de sus alas de manera casi imperceptible. Algo le llamó la atención en su otear sobre la cubierta. Allá abajo había una niña sufriendo, una niña empeñada en escalar el buque como fuera; hasta con las uñas. El albatros podía determinar que sufría porque escuchaba los latidos del miedo a pesar de la distancia. *Tic-tac. Tic-tac.* Cerca de la niña había un renacuajo que debía haberse desmayado, porque estaba tendido en el suelo, su cara era de color violeta y

su pecho se movía en espasmos. Una muñeca lloraba a su lado, pedía socorro, auxilio, por favor. En la cubierta había muchísima gente, pero nadie se percataba de la situación desesperada del renacuajo, pues todos los pasajeros tenían la vista clavada en el horizonte, por donde asomaba la silueta de un barco de guerra fuertemente armado. Uno de sus mil cañones dejó escapar una bocanada de humo, como si le hubiera pegado una calada a un cigarrillo, y dos segundos después estalló un trueno.

¡Boooooouumm!

Por un instante, el ave perdió el gobierno de sus alas y salió proyectada hacia arriba. Entonces, desde lo alto de aquellas nubes negras cargadas de electricidad, descubrió una presencia que le había pasado inadvertida. A cinco o seis leguas, camuflado entre cortinas de lluvia, había un tercer buque, de tamaño similar al que fumaba cigarrillos, y artillado con un número no menos desproporcionado de cañones. La bandera que ondeaba en su mástil era azul, roja y blanca, muy diferente a la del barco fumador, pero igualita a la que lucía la ballena.

Destructor HMS Wandering Fox a Cervera: Ruego deje continuar travesía a mercante Thornhill.

Cervera a HMS Wandering Fox: Negativo, tengo orden de interceptar cualquier navegación dentro de las tres millas jurisdiccionales. En caso de que Thornhill no se avenga a ser conducido a puerto de Ribadeo, me veré obligado a echarlo a pique.

HMS Wandering Fox a Cervera: Expongo que Thornhill se encuentra fuera del límite de tres millas jurisdiccionales. La situación del mercante es 43° 27' 36" Norte y 4° 37' 38" Oeste; exactamente a 3,5 millas de costa. Su reclamación no puede ser admitida, y paso a dar protección al buque.

Todos los niños vuelan, se animó Martintxo, que seguía dilatando el momento de la verdad con su extraña disertación. Vuelan de maravilla, lo que pasa es que algunos tienen muy mala memoria y enseguida olvidan lo que sueñan. A mí a veces también me pasa, aunque siempre que me acuerdo de un sueño, luego se cumple... Lo que no entiendo es por qué no he despegado todavía; necesito volar, necesito volar, necesito... ¡Ah, ya sé, es porque he abierto los ojos sin darme cuenta! No se puede volar despierto, ya lo decía Juan...

El niño dejó caer los párpados con la ilusión de desencadenar un milagro con su ceguera, pero lo único que ocurrió es que la oscuridad le robó el equilibrio. Agitó las alas con movimientos lo más pajarracos posibles para recuperar la verticalidad, pero ¡ay, ay, ay!, esta vez se había asomado demasiado al precipicio, no encontraba su centro de gravedad, se le había escapado, lo había perdido, su pie izquierdo bailaba en el éter, buscando desesperadamente una superficie invisible donde apoyarse.

HMS Wandering Fox a Cervera: Insisto, ruego encarecidamente deje vía libre al *Thornhill*. El Gobierno británico protege la navegación en aguas internacionales de todo mercante bajo su pabellón que no transporte material bélico. En caso necesario, estoy autorizado a abrir fuego. Informo que *Thornhill* solo transporta refugiados; repito, solo refugiados.

...

HMS Wandering Fox a Cervera: ¿Me copia, *Cervera*?

...

HMS Wandering Fox a Cervera: Conteste, *Cervera*.

Pero el *Cervera* no tenía intención de responder ante nadie, solo le interesaba ponerse en acción, desentumecer los músculos, odiaba permanecer más de cinco minutos sin escupir odio. A la orden de su capitán, el detestable James Garfío, sus mil cañones comenzaron a girar hacia la ballena emitiendo un chirrido espeluznante, un sonido de ultratumba que se prolongó en el tiempo, que se te colaba por los oídos, que te atravesaba los nervios, que te recorría los dientes. La ballena no soportaba aquel estrépito, pero mucho menos el silencio que llegó después, cuando se supo en el punto de mira. Entonces caló sus motores, el albatros chilló y Martintxo, que aún no había recobrado el equilibrio, se precipitó al vacío como si lo hubieran lanzado con una catapulta.

HMS Wandering Fox a mercante Thornhill: ¿Por qué se ha detenido? No debe temer ninguna agresión. De acuerdo al Derecho Internacional del Mar, navega por aguas libres. Continúe, reanude travesía, estoy aquí para garantizar su seguridad.

Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, agitaba las alas todo lo rápido que podía, como hacen los gorriones cuando tienen prisa, pero caía, caía, caía, se le llenaban los papos de aire, sentía ingravidez y ausencia en el estómago, suponía que pronto, enseguida, en cualquier momento remontaría el vuelo. Es

una pena, volar y no saber que lo haces, porque no puedes verlo; solo percibes el deseo, el vacío, la oscuridad, nada.

¡Boooooouumm!

Recibió un tremendo bofetón en las plantas de los pies, en el culo y en la base del cráneo, y dedujo que Garfío lo había acertado con uno de sus cañones. Abrió los ojos: flotaba en una nube blanca compuesta por millones de burbujas que se despegaban de su ropa y salían disparadas hacia arriba, hacia la claridad. Frío, frío, notaba frío, aquello no era una nube, era agua, estaba sumergido en el mar, se alejaba de la superficie, descendía hacia las profundidades del océano, donde viven los pulpos gigantes, los naufragos y los piratas muertos. La luz se concentraba en un punto, desaparecía, agonizaba, el golpe en la cabeza había extinguido su riego nervioso y su cerebro emitía la única orden de dejarse llevar. No existían manos, ni piernas, ni deseo, tampoco pensamientos, solamente paz y deriva, una suerte de sueño tranquilo. El rostro de su *ama* fue inundándolo todo...

Entonces, arriba, en la vida, estalló otra nube de burbujas, y al cabo, esa preciosa efervescencia fue estirándose, acercándose a él como tentáculos de un pulpo gaseoso que quisiera rescatarlo. Su madre perdió la delicadeza de sus facciones y se volvió rolliza, obesa, horriblemente fea...

Esa cara... Esa cara... ¡¡¡Ay va, si es la cara del señor gordo!!!

Cervera a destructor HMS Wandering: Lo siento, HMS Wandering Fox, hemos debido leer mal la distancia a costa. Por lo visto, nuestro instrumental telemétrico se encuentra dañado. Presentamos excusas. El mercante queda libre.

HMS Wandering a Cervera: Gracias, Cervera. Mi almirante será informado de todas las circunstancias.

Cervera a HMS Wandering: Le rogamos traslade a su almirante nuestro más sincero deseo de evitar incidentes en lo sucesivo.

HMS Wandering a Cervera: Me complacerá trasladar su mensaje.

Thomas Longden, el señor gordo, tomó a Martintxo de la manita y, sin perder la sonrisa, lo arrastró hacia la superficie. A medida que ascendían, la presión de los oídos fue aliviándose y el ruido de un motor se impuso a la tranquilidad del vacío. Emergieron como dos delfines que saltan para tocar los sueños, y Martín recordó que los niños respiran y se infló como un globo.

¡Poooooooo, poooooooooooooooo!

No, aquello no eran pedos del señor gordo. Era el barco de Garfio, que hacía sonar su sirena enfadada: el *Cervera* se alejaba echando humo.

Entre los hombres de mar corre la leyenda de que los albatros encarnan las almas de los marineros muertos. Los consideran aves de buen augurio y nunca se les ocurriría hacerles daño. De hecho, cuando vuelan cerca de los barcos, ni siquiera osan importunarlos con sus canciones y se limitan a disfrutar de la belleza de su eterno vuelo.

Garfio se equivocó. Con sus cañonazos de aviso, asustó al albatros, y perdió la batalla.

Capítulo 56 bis

Correo desde Nunca Jamás

Primavera de 2011

*H*e leído con emoción la carta en la que nos solicita ayuda para reconstruir la historia de su familia durante el doloroso periodo de la Guerra Civil española y su llegada a Tenay.

He encargado a nuestra historiadora local, Lisa Dufaud, que inicie la búsqueda para ver si podemos encontrar testimonios o evidencias de su presencia en nuestro municipio.

No dejaré de informarle del resultado de las investigaciones. Al mismo tiempo, le adjunto noticias sobre Tenay y una fotografía. Hasta pronto.

Cordialmente, el alcalde,

MARC PERROT



Capítulo 57

El corro de las patatas

Verano de 1937

*L*a muñeca padecía de insomnio. La pobre nació en una fábrica de juguetes baratos y un operario sin corazón le dibujó los ojos demasiado abiertos como para poder dormir. Se sentía muy desgraciada. Su eterna mirada la obligaba a contemplar la vida sin descanso, como un testigo inútil del dolor de los niños, a los que ni siquiera podía devolver sus abrazos porque no tenía extremidades.

Notó que la espachurraban de nuevo, y en agradecimiento, hizo sonar la trompetilla de aviso que escondía en la tripa, *meeec, meec*.

En realidad Matilde no la abrazaba a ella, sino a Lucas. Estaba tan preocupada por su hermanito que no podía dejar de achucharlo; pero con cada achuchón, la muñeca quedaba aprisionada en medio de los dos y el efecto sonoro subsiguiente convertía el drama en una secuencia cómica de los hermanos Marx, *meeec, meec*.

Los chavales descansaban en la bodega, recostados en lo más profundo de su escondrijo secreto. Lucas estaba cubierto con una manta que le había prestado una mujer alarmada por el color exangüe de sus labios. El niño azul intentaba hacer pasar el aire por sus pulmones de trapo respirando a poquitos. Parecía un juguete de liquidación, llevaba días sin soñar nada bonito y, lo más inquietante, ya no se quejaba.

Mati, no lo agobies, déjale respirar, advirtió Paulina.

Matilde se apartó de su hermano, y entonces, desde su nueva perspectiva, la muñeca alcanzó a ver algo escandaloso.

¡Madre santísima, un niño en calzoncillos!, exclamó por lo bajines.

El desvergonzado era Martín, que lucía unos calzones enmohecidos por la calamidad con el porte alegre de un soldado hecho y derecho. Paulina le había quitado la ropa para tenderla sobre unos hierros y que se secara al calor del infierno.

¡Encima te ríes! ¡Después de la que has organizado!

¡Pero Pauli, si no me estoy riendo!

¿Se puede saber qué hacías ahí arriba?

Es que..., es que me lo había ordenado el capitán.

¡Ya, claro! Y también te habrá ordenado tirarte al agua, ¿verdad?

Pues sí.

¡Mentiroso, más que mentiroso! ¡Te va a crecer la nariz!

¡Pues si me crece, que conste que tú tienes la culpa, por decirlo!

La discusión terminó de repente porque el señor gordo, que se había acercado de manera inadvertida, posó una fiambarrera repleta de huevos con panceta a la entrada del escondrijo, y el olor los dejó con la lengua fuera y la baba colgando. Sobra decir que en esas condiciones es imposible polemizar como Dios manda. Salieron a gatas de su casita de mentiras y se asomaron a la fiambarrera como si fuera el escaparate de una pastelería. El señor gordo retiró la tapa y, a pesar del hambre, a los pobres les llevó más de una hora zamparse el almuerzo. Supongo que apenas les entraba nada en sus tripitas de juguete.

Cuando por fin acabaron, se limpiaron los morros con la manga y Martín preguntó al señor gordo, en arapajoe, claro está, si le podía prestar un lápiz y un papel. Thomas Longden arrancó una hoja del cuaderno que utilizaba para escribir cartas a su hijo Ray y se la ofreció al chaval. Luego se extrajo un lápiz de dentro de la oreja derecha, le sacó punta con el yunque y el martillo de la izquierda y remató el número con una palabra mágica: *Voilà!*

Gracias, señor gordo, aplaudió Martintxo con educación.

Thomas le guiñó el ojo, recogió la fiambarrera del suelo y fue a incorporarse, pero Matilde se lo impidió abrazándolo con todas sus fuerzas,

meeec, meec. Emocionado, el hombre le plantó ocho besos en los papos, seis más de lo normal, y regresó al tajo contoneando sus carnes por el infierno de la bodega. Paulina siguió regañando a Martín, que ya había comenzado a escribir secretos con aquel lápiz fabricado con pelotillas de cera de oreja.

¿Y encima te has vuelto pedigüeno? ¿No te da vergüenza?

...

¡Martín, te estoy hablando a ti!

...

¿Para qué quieres ese lápiz? ¿Para escribir a Juan, verdad?

¿Y tú cómo lo sabes?

Porque te conozco, señorito. Pero cuéntale todo, ¿eh? ¡Cuéntale lo que has hecho!

Le voy a poner que...

¡Que eres tonto, ponle que eres tonto!

No lo soy.

¡Sí que lo eres! ¡A quién se le ocurre tirarse desde ahí arriba!

¡Jo, Pauli, quita de aquí! Estás venga a mirar lo que pongo...

No estoy mirando lo que pones, listo.

¡Sí que lo estás! Si quieres escríbele tú, pero no vale copiar.

¿Y se puede saber cómo le vas a mandar la carta?

Pues dentro de esta botella.

¿De dónde has sacado esa botella?

Me la he encontrado.

¡Pero si es de vino!

Qué va, es de ron.

No habrás bebido lo de dentro, ¿no?

Solo un poquito, estaba casi vacía.

¡¡¡Cómo!!!

Es que soy un pirata.

Se lo voy a decir a *ama*.

No puedes.

Sí que puedo, hablo con ella todos los días.

¿Hablas con *ama*? ¿Y dónde está?

En mi corazón. Y dice que te portes bien.

Martintxo se puso muy triste al escuchar aquello. Paulina lo había golpeado donde más le dolía. Concluyó la carta conteniendo las lágrimas y se durmió abrazado a la botella como un borrachín de tres al cuarto. Pero no habrían pasado ni cinco minutos cuando despertó atosigado por el hedor de la bodega y convenció a Bonnie para que lo acompañara a echar el correo. Lo cierto es que Matilde no había dicho ni sí ni no (tenía tanto sueño que se le había dormido la lengua), pero salió tras él porque siempre lo hacía. Ya en cubierta, Clyde apuró las cuatro gotas de licor que le restaban a la botella y, después de eructar como un cerdo, al estilo bucanero, introdujo la carta en la botella y la arrojó por la borda lo más lejos que pudo. Un relámpago iluminó el mensaje mientras se perdía entre las olas de la noche. Luego comenzó a jarrear, y la pareja corrió a cobijarse bajo la lona del bote salvavidas. Se abrazaron para darse calor, y *meeec, meec*, el sueño los fulminó al instante.

La muñeca no había logrado pegar ojo en toda la noche, como siempre. Bueno, en realidad no podía asegurarlo, porque ahora que se fijaba, había dos duendes más en el interior del bote. En algún momento de la velada, Paulina y Lucas se habían sumado al abrazo del frío. Rayaba el alba, y la respiración de los críos, aún dormidos bajo la lona, despedía nubes de vaho, pensamientos que nunca recordarían. Lucas hablaba en sueños, y la muñeca arrimó la orejita a aquellos labios de color azul para cotillear.

Los ratones están solitos, decía. Los ratones están solitos, insistía.

De pronto, la ballena profirió un quejido que hizo saltar por los aires el amanecer, *¡pooo, poooooooo!*, y los niños despertaron sobresaltados. Escucharon pasos, infinidad de pasos, una actividad frenética a su alrededor, y el soldado Messerschmitt se puso el casco en la cocorota y asomó las cejas por la lona.

¡¡¡Ay va, los transeúntes están bailando!!!, exclamó.

Sus hermanos se unieron al comité de cejas atentas y comprobaron que Messerschmitt no mentía: había un jolgorio de mucho cuidado por toda la cubierta, y entusiasmados, se bajaron del bote para participar en la algarabía

jugando al corro de las patatas. Desconocían por qué, pero ahora el mundo era feliz y cantaba.

La France, la France!!! Vive la France!!! Vive, vive la France!!!

¿Qué significaban esas palabras? Debía tratarse de un conjuro para esbozar sonrisas, pues quienes las pronunciaban escondían algo asombroso entre los labios, una cosa que muy pocos recordaban ya: esperanza. Es verdad que había transeúntes, los más timoratos quizá, que no bailaban, pero disfrutaban a su manera, asomados a la barandilla con la boca abierta y la sonrisa hundida en el océano. ¡Seguro que habían visto delfines!; eso explicaría la alegría desbordada de todo el pasaje. Los cuatro volaron hasta la barandilla y allá abajo no había nada, excepto bruma. El mar Cantábrico es así de juguetón; a veces desaparece durante horas, días incluso, bajo un manto de bruma blanca y densa como nata montada.

Vive la France, vive la France!!!

La apertura de una pequeña ventana entre la niebla permitió a los chiquillos divisar naufragos, muchísimos naufragos chapoteando en el océano de nata montada. Increíble y perplejo, Messerschmitt sacó el catalejo del bolsillo del uniforme, ajustó el foco, ¡y a pocas le da un patatús! ¡Aquellos naufragos no nadaban! ¡Andaban, caminaban sobre tierra firme buscando dónde amarrar unos cabos! ¡Pooo, poooooo! ¡¡¡Habían llegado a puerto!!!

Sin embargo, no tuvieron tiempo de digerir la noticia porque un marinero abrió la portezuela de acceso a la pasarela y desató la locura. Todo el mundo tenía una prisa horrorosa por dejar atrás el recuerdo de la guerra, por pisar la libertad. Estaban tan ansiosos por desembarcar, tan estúpidamente ansiosos, que los transeúntes se transformaron en masa, y un río de mugre arrastró a los niños y los convirtió en un papelito que navega al capricho de los empujones, los codazos y la bruma. No los veían venir, pero los petates los golpeaban en la cara, en la cara, y otra vez en plena cara, porque tenían una puntería formidable.

¡Gracias Dios mío, gracias! ¡Gracias por ayudarnos a llegar a Francia!, gritaba una mujer mientras la pisoteaban.

¿Francia?... ¿Aquel lugar extraviado entre la niebla era Francia? ¡Cómo, cómo podían haber arribado a un país del que no tenían ninguna referencia

infantil, un país que para ellos solo existía en el mapa de la escuela! ¿Por qué no los habían llevado a Inglaterra, a América o al Polo Norte, a cualquier sitio conocido del planeta? ¡Por qué! ¿A quién se comen los franceses? ¿A los niños, a los viejos, a los perros, a quién? ¡Pooo, poooooo!

El río fue confluyendo en un pasillo estrecho, se enfureció todavía más y perdieron el contacto con el suelo, ¡no hacían pie, iban en volandas! Paulina peleaba por mantener unido el corro de las patatas, pero sudaba tanto que se le resbalaban las manitas de sus hermanos. Se precipitaron pasarela abajo, empujados por un anciano que decía conocer el nombre de la niebla.

¡Es Burdeos, es el puerto de Burdeos! ¡De joven trabajé aquí!

La pasarela sufrió un colapso, un tapón efímero, sí, pero suficiente para sentir lo que es la muerte por aplastamiento. Durante unos segundos perecieron asfixiados bajo un millón de toneladas de pánico, y justo en ese instante desesperado, la bruma entonó una canción que los sacó del apuro.

*Fifteen men on a dead men's chest.
Yo ho ho and a bottle of rum!
Drink and the devil had done for the rest.
Yo ho ho and a bottle of rum!*

Volvieron la vista hacia el cielo, y allí, asomada a la barandilla de nubes, distinguieron la oronda figura del señor gordo agitando sus brazos, que eran tan grandes que había conseguido abrir un claro entre las tinieblas a fuerza de saludar y saludar. Martín escurrió la manita del corro de las patatas y regresó, luchó contra la corriente para fundirse con Thomas Longden, el hombre que le había salvado la vida.

¡Vuelve, vuelve! ¿Adónde vas?, aulló Paulina.

Pero el soldado Messerschmitt no se detuvo, se lanzó sobre el señor gordo y lo bañó en lágrimas. También le dijo una cosa que, de haberla entendido, habría erizado las orejas de aquel pirata:

Cuando llegues a Inglaterra, saluda a Cosme y a Satur. Acuérdate de que son mis amigos, no vayas a comértelos, ¿vale?

Luego le devolvió el lápiz y le preguntó en arapajoe si le escribiría alguna carta, como Juan. El señor gordo asintió con la cabeza, incapaz de hablar por la emoción. Muy a su pesar, aflojó el amarre de sus brazos y dejó que el río se

llevara a Martintxo hacia Nunca Jamás. Aunque antes de eso, antes de pensar siquiera en el país de Peter Pan, nuestro héroe debía hacer algo muchísimo más importante: reunirse con sus hermanos. Los buscó por todas las esquinas, pero parecía imposible encontrarse ni a uno mismo entre semejante caos de piernas y niebla. Activó el radar de las orejas y detectó una señal que le resultó familiar. Sí, estaba seguro, *meeec, meec*, acababa de escuchar el abrazo de la muñeca. Peleó por abrirse paso en esa dirección, le faltaba poco, apenas unos metros, *meeec, meec*, y cuando estaba a punto de darles alcance, Paulina se volvió y disparó una lágrima que lo acertó de pleno en el corazón.

¿Me perdonas?, preguntó el pobre, arrepentido. Solo quería despedirme del señor gordo. Es mi amigo.

La niña madre se limitó a tomar su manita y continuar sufriendo, porque la corriente los arrastraba hacia un destino incierto y no había tiempo ni para un beso. Escuchaban órdenes extrañas, pero quien fuera que las pronunciara era invisible, se encontraba al otro lado del muro de niebla.

Par ici, s'il vous plaît. Restez groupés! Hé, vous, où allez-vous? Retournez avec les autres! Ne vous énervez pas, tout va bien, vous allez juste passer une visite médicale! A gauche, s'il vous plaît, à gauche!

Caminaban a pasitos cortos, tropezando con el que iba delante, como presos recién llegados al penal que aún no han aprendido a desenvolverse con los tobillos encadenados. Entraron en una especie de fábrica que tenía el techo suspendido lo menos a un kilómetro del suelo, y unos hombres vestidos con batas blancas comenzaron a dividir a los transeúntes en grupos y, sin más ni más, arrancaron a Martín y a Lucas del corro de las patatas.

¡¡¡Se los llevan, se los llevan!!!, advirtió la muñeca. *¡¡¡Meeec, meec!!!*

Lucas intentó zafarse, pero aquella mano era firme como una garra y lo alejaba sin remedio de lo único que le quedaba en el mundo: el cariño de Paulina, su hermana mayor. Quiso gritar pero sus pulmones de trapo no tenían resuello para hacerse oír entre tanta desgracia. El soldado Messerschmitt, por su parte, forcejeaba con su propio pantalón, el Smith & Wesson se le había atascado en un agujero del bolsillo. ¡Era el fin, los separaban para luego comérselos! ¡¡¡Aquello era una fábrica de conservas de niño!!!

Otra garra tiró de Paulina y Matilde y las condujo, junto con un montón de mujeres y niñas, hasta una estancia enmoquetada con pelo, ¡con pelo humano! Los piojos saltaban como locos para escapar de aquel lugar siniestro, mientras centenares de batas blancas manejaban enormes tijeras que se abrían y cerraban provocando un ruido histérico, *clack, clack, clack, clack, clack, clack*. La muñeca se echó las manos a la cabeza para proteger sus rizos de oro, pero no pudo evitar que cayeran al suelo a la misma velocidad que sus lágrimas. ¿Por qué le hacían eso? ¿Qué había hecho ella? ¡*Meec, meec!* La bata blanca que trajinaba en su cabeza se quitó la mascarilla y le dio un beso con todo el cariño que le cabía en sus labios cortantes, pero ni mil besos como ese habrían conseguido tranquilizarla. Paulina aguardaba su turno, lívida como la muerte.

Las tijeras terminaron el trabajo y a continuación las obligaron a desnudarse y dejar la ropa en unas cajas que fueron directamente al fuego. Luego les hicieron penetrar en una nube de vapor y se encontraron bajo unas duchas que disparaban agua demasiado caliente. Matilde se hizo un ovillo en el suelo de azulejo y su hermana aprovechó para frotarla de arriba abajo con una pastilla de jabón que chocaba contra los huesecillos de su cuerpo, muy afilados por el hambre. Una viejecita cayó desmayada y se golpeó la cabeza contra una esquina, la sangre manó a borbotones, y en su camino hacia el desagüe, topó con los huesecillos de la muñeca, que gritó asustada, ¡*meec, meec!*

Tras la ducha, las batas blancas les entregaron ropa limpia y las atosigaron para que se vistieran rápido, pues había infinidad de personas esperando desnudas en la cola. Salieron espantadas de la fábrica de conservas de niño y buscaron a Martín y a Lucas entre la niebla. Cuando al fin dieron con ellos, más que alivio sintieron pena: parecían dos niños de orfanato, les habían rapado al cero y la ropa les quedaba gigante.

Se fundieron en un abrazo interminable que enjuagaron con lágrimas bonitas, *meec, meec*; aunque Martintxo, además de lágrimas bonitas, deslizó una pequeña sonrisa, pues por primera vez en su vida calzaba zapatos con hebillas (los auténticos, los que llevan los corsarios). Encima, a pesar del riguroso cacheo al que había sido sometido, todavía conservaba el revólver;

aquellas malditas batas blancas se lo habían visto, por supuesto que sí, pero no habían tenido redaños para quitárselo, ¡ja! Por cierto, que a la muñeca también le encantaban sus zapatitos: eran de color rosa, como los de las hadas, y a lo que se ve, apenas estaban usados. Lo único malo es que tenían una forma muy incómoda y le hacían daño. Pero aguantaría lo que fuera, porque era una ratita presumida.

Creían que las batas blancas habían acabado con ellos, pero era mentira, mentira cochina; aún les restaba la última humillación, la más dolorosa, la que nunca hubieran imaginado. Vinieron por ellos y les hicieron entrar en un local similar al anterior, pero con el suelo limpio, sin pelos ni piojos, donde unos sinvergüenzas con mascarillas verdes les plantaron una inyección en el culo por estricto orden de lista. A Lucas le dispensaron alguna más y sus labios parecieron recobrar su antiguo tono sonrosado, pero ni aun así dejó de repetir que los ratones están solitos, están solitos. Quizá conmovidos por la zozobra de la criatura, les regalaron cuatro bocadillos y les mandaron a la calle, supongo que para que no llenaran aquello de migas. Se recostaron sobre la bruma con intención de devorar los bocadillos, pero estaban tan sumamente agotados que se quedaron dormidos sin roer siquiera el currusco.

Las voces de las batas blancas les hablaban en sueños, coreaban una y mil veces las mismas palabras, que sonaban como órdenes de una madre desquiciada.

Allons-y, s'il vous plaît, dépêchez-vous, on vous attend à la gare! Ne traînez pas, le train est pressé! Le train doit partir tout de suite, le train doit partir tout de suite!

Abrieron los ojos y descubrieron con horror que la niebla y los bocadillos se habían esfumado. Algún desalmado les había robado las dos cosas mientras dormían; y lo que es peor, se había llevado también a los hombres. ¡Ya solo se veían mujeres y niños!

Le train ne peut pas attendre, s'il vous plaît, dépêchez-vous!

¡Cómo podían haber robado a los hombres! ¿Para qué los querían, si solo eran unos ancianos? Nadie sabía nada, y resultaba inútil preguntar a las batas blancas, dado que no entendían nada que no fuera dicho en francés. El misterio quedó ahí, en el aire, porque la masa de transeúntes se puso en marcha y los

niños la siguieron como sonámbulos. No tenían fuerzas para mantener los ojos abiertos, tampoco para distinguir la realidad de lo que solo era un sueño, por lo que caminaban con los brazos extendidos hacia delante por temor a chocar con algo que tal vez existiera de verdad.

De repente, *jmeeec, meec!*, la muñeca comenzó a hacer pucheros.

¿Qué te pasa?, preguntó Paulina.

Que los zapatos me hacen pupa.

Pero, cariño, ¿cómo no te van a hacer pupa, si te los has puesto al revés? Venga, cámbiatelos de pie y verás lo bien que andas ahora.

Las batas blancas los guiaron hasta una estación donde esperaba una locomotora que no hacía más que quejarse porque tenía prisa por salir corriendo de aquel lugar tan triste. *¡Chuuu, chuuuuuuu!* Subieron al tren y se llevaron una sorpresa morrocotuda: ¡los vagones eran de lujo, tenían asientos y de todo! ¡Además nadie les disparaba desde los tejados de los alrededores, como les ocurrió en la estación de Santander! Esbozaron una sonrisa cansada y se acomodaron en un compartimento con la tranquilidad de quienes se creen a salvo durante los próximos diez minutos. La locomotora se puso en marcha y se durmieron enseguida, arrullados por ese sonido maravilloso que hacen los trenes, los trenes buenos, los trenes que aman a los niños, los que saben mecer una cuna, *chuquchuqu, chuquchuqu, chuquchuquchuquchuqu...*

No, ese *chuquchuqu* no era maravilloso, no lo creáis. Después de horas y horas, nadie puede soportar un sonido así, se vuelve claustrofóbico, destruye. La sensación de angustia aumentaba porque viajaban por un paisaje demasiado llano. Parecía que le faltaba algo en medio, qué sé yo, por lo menos una colina o un árbol un poquito más alto que otro donde reposar la vista. Los pastos, los bosques y el tiempo se perdían allá a lo lejos, y esa dimensión sin límites mareaba, quintuplicaba la debilidad, hasta volverla extrema. Aquel mundo era un mar de tierra, la cárcel para un pirata.

El vagón olía fatal. Todos los transeúntes de la expedición, incluidos los niños, habían vomitado las alubias con mantequilla que les habían servido en un punto indeterminado de la llanura, trescientos o cuatrocientos kilómetros

despertar a unos pasajeros que habían sufrido tanto. Pero no quedaba más remedio. ¡Chuuu, chuuuuuu!

Los pequeños se apearon del tren derrotados por el viaje, al igual que el resto de los transeúntes, que ya no formaban una masa compacta, sino que parecían un ejército en retirada que no sabe si se dirige al infierno o al purgatorio. El andén los recibió con una comitiva de hombres oscuros; oscuros porque la luz de los faroles apenas clareaba sus facciones, aunque cabía la posibilidad de que fueran oscuros de por sí. Entre ellos destacaba uno, mucho más alto que los demás, que vestía de negro y llevaba un sombrero de ala batiente que le proporcionaba un aspecto siniestro. A Martín su rostro le resultó vagamente familiar, o sospechoso de algo quizá, y arrimó la mano a la cartuchera con disimulo. Entonces cesaron los murmullos y el señor sospechoso soltó una parrafada tan larga que a pocas consigue que Lucas se desmaye (al pobrecito le afectaba ya cualquier cosa).

Je suppose que vous êtes très fatigués. Aussi, sans plus attendre, nous vous conduirons à la Mairie. Nous avons préparé un endroit où vous passerez votre première nuit à Tenay. Vous allez pouvoir dormir tranquillement. Suivez-moi, s'il vous plaît!

Mati, me da en la nariz que ese señor es requetemalo, murmuró el soldado Messerschmitt.

¡¿Qué?!, exclamó la muñeca aterrorizada.

No grites, tonta, que te va a oír.

Pero ¿seguro que es malo?

¡Cómo, mira qué sombrero lleva! ¡Ese es un malhechor de tomo y lomo!
¡Fíjate, si hasta tiene bigote!

Los comentarios acerca del físico del miedo se detuvieron ahí, porque el señor sospechoso echó a andar y los condujo por una callejuela hasta un edificio muy elegante. Subieron unas escaleras y entraron en una sala diáfana, sin muebles, perfecta para la práctica del balompié a cubierto si no fuera porque se encontraba llena de colchones tirados por el suelo. Todo era silencio, el agotamiento era demoledor, y los transeúntes se fueron derrumbando sobre los colchones uno tras otro.

La muñeca se quedó dormida con una cantinela entre los labios: Mañana, mañana, mañana... Luego los Junkers volvieron a bombardear sus sueños. Los de todos los presentes.

Capítulo 58

El mensaje en la botella

Verano de 1937

¡¡¡**J**uan, no te la vas a creer: le he ganado, le he ganado una batalla al Capitán Garfio!!! Tenías que haber estado allí: cerré los ojos como me dijiste y despegué como un cohete; y luego no sé qué hice, pero cuando los abrí, el barco de Garfio estaba huyendo a toda mecha. Yo creo que le debí disparar con un cañón, aunque tampoco lo puedo jurar, porque fue todo tan rápido que es que ni me acuerdo. La verdad es que me da muchísima rabia, pues para una vez que gano, ¡jolín!, no sé qué les voy a contar a mis amigos, tendré que inventarme los intrínquilis.

¿A ti qué tal te va por la Luna? A mí por aquí no te creas, ¿eh?, que estoy bastante preocupado. ¡No te fastidia que nos han obligado a subir a un barco que está lleno de ingleses tontos! Mira si serán zoquetes que nos llevan en dirección hacia donde sale el sol. Menos mal que me he hecho amigo de uno que es muy gordo, muy gordo, y le he convencido de que hay que dar la vuelta al barco y poner rumbo a Nunca Jamás. Me ha dicho que mañana sin falta se amotina conmigo y le damos para el pelo al capitán. Aunque no sé, ya veremos lo que pasa, porque me huelo que es un cagueta...

Juan, te quiero preguntar una cosa, pero no te enfades, ¿vale? No es que no me fíe de lo que nos has contado de Nunca Jamás, pero ¿me dejas subir contigo a la Luna? Es que me parece que en Nunca Jamás solo hay niños perdidos, no hay ningún mayor, y yo quiero estar con mi *ama*... Seguro que tú en la Luna estás con la tuya, ¿a que sí?

¿Sabes?, a veces paso un poquitín de miedo. Ya sé que nos prometiste que al final íbamos a comer perdigones y eso, pero de todas formas, ¿me podrías decir cómo termina el cuento de Peter Pan? Es que en Santander no nos dio tiempo a leerlo del todo. Yo me imagino que Peter, o sea yo, en la última página cojo y le mato a Garfio y gano la guerra, claro. Pero bueno, más que nada es por estar seguro. Me acuerdo mucho de ti.

MARTÍN ABRISQUETA MENDÍBIL

SEGUNDA PARTE

La edad del hielo

Capítulo 59

Jauja

Verano de 1937

Llevaban más de dos semanas en Nunca Jamás, pero ellos pensaban que no habían pasado ni cinco minutos desde que el señor sospechoso los recibiera en el andén, pues por primera vez en mucho pero que mucho tiempo, respiraban tranquilos: ya nadie quería matarlos, ni comérselos, ni hacerlos sufrir.

Recuerdan que a la mañana siguiente de su llegada, el señor sospechoso apareció acompañado de dos hombres que hablaban castellano, pero que curiosamente no pronunciaban las erres (decían cosas como «*Tganquilízense, la guegga paga ustedes ha tegminado*»), y entre los tres dividieron a los transeúntes en grupos al objeto de alojarlos en diferentes pisos del pueblo. A los niños los juntaron con una señora de Bilbao que tenía un bebé viviendo en sus brazos y los condujeron hasta una casita de chocolate que a partir de ese instante se convirtió en su nuevo hogar.

Les encantó desde que se la presentaron. Parecía una casita de brujas: era muy delgadita y tenía el tejado tan inclinado que resultaba peligroso estornudar cerca, ya que se te podían venir las tejas encima. Vale, lo reconozco, no era tan bonita como los edificios sobre los que estaba recostada, que eran más grandes y lustrosos, pero daba igual, porque era suya:

por fin tenían un sitio donde caerse muertos. Lo único malo es que, de puro tímida, la pobre era estrechísima; tanto que si te levantabas de noche para ir al baño, lo más sensato era cruzar el pasillo de lado para no quedar bloqueado y acabar haciéndote todo el pis en los calzones.

Pero volviendo al momento en que se la presentaron, nada más franquear el umbral, los hombres que hablaban sin pronunciar las erres les rogaron que prestaran atención porque les tenían que explicar varias cosas de suma importancia. Lo primero, que cuando por la mañana escucharan a alguien gritar «*Le laitier, le laitier!*», cogieran un barreño y bajarán a toda pastilla a la calle, pues se trataba del lechero, al que habían encargado que les trajera una buena ración de leche todos los días. A continuación, les dieron una libreta de cartulina a ellos, y otra a la señora de Bilbao y a su bebé, y les aseguraron que con eso podrían hacer la compra en una serie de tiendas que venían subrayadas al dorso. Eso sí, hicieron mucho hincapié en que debían controlar muy bien lo que gastaban, porque no podían pasarse de la cantidad mensual que les había asignado el Gobierno de Francia. Por último, antes de marchar, se pusieron muy pesaditos y los obligaron a aprenderse de memoria una canción insulsa, que habrían de entonar delante de cualquier peatón en el caso de que no consiguieran encontrar el camino de vuelta a casa. Los niños la cantaron más que nada por no hacer un feo:

*Rue de la Gare, quarante-trois
Rue de la Gare, quarante-trois
Rue de la Gare, quarante-trois...*

Luego los hombres se despidieron con una sonrisa y prometieron pasarse por el piso de vez en cuando para ver qué tal se las arreglaban. La precaución, sin embargo, fue innecesaria, pues los pequeños Abrisqueta se adaptaron mejor de lo esperado a la vida en Nunca Jamás. Les resultó fácil porque se trataba de un pueblo muy amable que no se cansaba de saludar aunque te cruzaras con él tres veces seguidas.

Bonjour!, bonjour!, bonjour!, decía sin desmayo.

Bien es verdad que en un principio no todos los hermanos compartían la misma opinión al respecto. Al soldado Messerschmitt, de primeras, Tenay le

cayó fatal, le pareció un tipo demasiado serio como para vivir con él. Allí nadie daba una voz más alta que la otra, ni lanzaba obuses o exabruptos, ¡qué va! Hombre, no te voy a decir que te tiren bombas a la cabeza, como en el País Vasco, pero al menos podían tener el detalle de dispararte por la espalda una o dos veces por semana, lo mínimo para conservar la forma. Aunque lo que más aborrecía de aquella manera de ser tan pusilánime era el hecho de que a ningún vecino se le ocurriera tomar prestado nada, ni siquiera un tomate, estando como estaban todas las calles atestadas de tenderetes llenos de manjares expuestos a la vista de cualquier desaprensivo. Ese civismo rancio lo sacaba de quicio. Se notaba que en Tenay no existía el hambre.

Con el tiempo, no obstante, hubo de reconocer que Nunca Jamás tenía posibilidades. No era muy diferente a La Peña: se trataba de un pueblo hacendoso, rodeado de montañas y bosques, y surcado por un río cantarín donde los niños jugaban a romperse la crisma con denuedo, como debe ser. También había fábricas que echaban un humo muy parecido al de las del País Vasco, si acaso un poquito más blanco, y los mayores vestían la misma cara de preocupación que los de su tierra. Pero sin lugar a dudas lo mejor de Tenay eran los niños. Estaba lleno, inundado de pilluelos que no paraban de corretear de aquí para allá como si les dieran cuerda a cada minuto. Parecía que habían llovido del cielo, pues con la llegada de los convoyes de refugiados, a los niños nativos se les habían sumado los perdidos, y sus trinos se multiplicaban formando un griterío mayúsculo que se escuchaba a diez kilómetros a la redonda. El estruendo era de tal categoría que algunos mayores de oído sensible hubieron de taparse las orejas con algodones para que no les estallara la cabeza con tanta alegría.

A nadie puede extrañar por tanto que en semejantes circunstancias los pequeños Abrisqueta se habituaran rápidamente a su nuevo hogar, a pesar de la tremenda ausencia que los atormentaba: sus padres. A ello contribuyó mucho la señora de Bilbao con la que compartían techo, que con su buena mano en la cocina logró que las cosas rodaran cuesta abajo como una pelota. Les echaba un cable en lo que podía, y eso que su bebé apenas le daba tregua, pues no paraba de berrear. El llanto comenzó en plena evacuación, cuando el miedo la dejó sin leche con la que amamantarlo. La criatura se había pasado

semanas chupando aire de una teta vacía y tenía la tripa hinchada como un globo.

Paulina, por su parte, se puso al frente de lo que quedaba de la familia Abrisqueta desde el primer segundo. Apenas salía de casa, se la veía todo el día con un trapo en la mano, limpiando y relimpiando de aquí para allá, por la derecha y por la izquierda, por arriba y por debajo, como hacen las madres verdaderas, esperando ansiosa el único momento de la jornada en el que se sentía feliz, cuando se asomaba a la ventana y gritaba como una loca:

¡¡¡Niños, a cenar!!!

Niños. Tiene gracia que emplee esa palabra. Luego, por la noche, cuando acostaba a sus hermanos, les contaba cuentos que invariablemente versaban sobre lo que estarían haciendo sus padres en ese mismo instante allá donde se encontrarán. Las localizaciones variaban desde una isla del caribe hasta el desierto del Sáhara, aunque en uno u otro lugar, Paulina los retrataba siempre besando sus fotografías, escribiéndoles cartas, preocupándose por ellos desde la distancia.

La niña madre sabía que lo más importante a la hora de dirigir una familia era mandar, mandar y mandar; así que antes de nada se puso a repartir obligaciones para que ningún hermanito se le despendolara. Lo primero que decretó fue que Martín y Matilde se encargarían de hacer las compras cada mañana, mientras ella se ocupaba de las labores de casa y del cuidado de Lucas, que aún estaba convaleciente, aquejado de *azulismo* y tristeza. Por supuesto, en cuanto el soldado Messerschmitt escuchó la palabra «obligaciones», intentó poner pies en polvorosa, pero Paulina no se anduvo con remilgos: le cortó el paso con los brazos en jarras y le hizo entrar en vereda levantando una ceja. La cosa quedó ahí, no necesitó amenazar con dejar de quererlo, pues el chaval comprendió que las obligaciones en Nunca Jamás, en comparación con las que soportaba en Arrigorriaga, eran para morir de risa: se reducían a media hora al día, el tiempo que tardaban en hacer los recados. Tenay era Jauja: allí no había vacas, ni escuela, ni huerta, ni misa, ni nada de nada. Vamos, que por no existir, no existía ni el tiempo, pues este se dilataba a tu antojo al calor de aquel verano infinito de sonrisas y lágrimas escondidas. Es lo bueno de ser un niño perdido: además de volar,

eres libre, completamente libre, no hay mayores que pongan coto a tu infancia. Si lo piensas, ser huérfano es como estar siempre de vacaciones.

La mayoría de las compras las hacían a veinticinco pasos y medio de su casita de chocolate, en L'Etoile des Alpes, un pequeño ultramarinos regentado por una señora regordeta llamada Madame Marie, que enseguida se hizo cargo de la situación de los críos y se ofreció a ayudarlos a administrar el dinero de la cartilla. Menos mal, porque de otra forma Bonnie and Clyde se habrían gastado la asignación del mes en caramelos de fresa. No alcanzaban a entender la necesidad de comprar tonterías tales como legumbres, hortalizas y, mucho menos, fruta. Madame Marie logró meterles la idea en la cabeza a fuerza de insistir y de regalarles un bombón en cada visita.

Una mañana, quién sabe, pero tal vez fuera lunes, de repente los chavales se dieron cuenta de que ya no tenían la cocorota a la intemperie: ¡el pelo les había crecido medio palmo en una sola noche! Supongo que tan extraño fenómeno respondía al hecho de que habían retomado la costumbre de comer a diario. Aunque para Matilde aún no era suficiente, pues todas las niñas de Tenay lucían trenzas hasta los tobillos, y decidió continuar con aquel trapo enroscado en la cabeza con el que pretendía ocultar su condición de diferente, de niña perdida.

Pese a la vergüenza, poco a poco los chiquillos fueron tomando contacto con los nativos de Nunca Jamás. Todas las tardes, a eso de las tres y cuarto, una mujer francesa que vivía en el edificio contiguo venía en busca de la muñeca para llevarla a jugar con su hijito a unas campas sembradas de libélulas, no muy lejos de la casita de chocolate. La mujer intentaba que Lucas se animara a acompañarlos, pero en cuanto la veía aparecer por la puerta, el pequeño corría a esconderse debajo de la cama y no salía de ahí hasta que se marchaban. Matilde, en cambio, iba de buena gana, aunque la verdad es que no hacía ni caso al hijo de la mujer, pues lo único que le interesaba era mendigar el cariño de su madre. Parecía un perrito esperando siempre que lo acaricien entre las orejas.

Después de cumplir con sus escuetas obligaciones, Martintxo vagaba por ahí a lo suyo, y fuera lo que fuera lo suyo, lo cierto es que se encontraba ocupadísimo, aunque nadie sabía en qué, muy probablemente ni él mismo. Lo

único que podemos apuntar al respecto es que, por lo visto, Nunca Jamás había despertado al fin su admiración, porque andaba con la boca abierta las veinticuatro horas del día. A veces se le abría tanto que acababa por caérsele la baba, razón por la cual algún vecino llegó a pensar que aquel niño perdido que vivía en la Rue de la Gare, 43 era un lelo contemplativo.

Ajeno a tales consideraciones, el soldado Messerschmitt lo absorbía todo como una esponja: su cerebro analítico procesaba cada gesto, cada imagen, cada palabra sin erre, cada detalle de aquel mundo nuevo y mágico, al objeto de saber a lo que atenerse. Por ejemplo, se había dado cuenta de que las más requetetontas de aquel pueblo, y con diferencia, eran las niñas francesas, de las que convenía mantenerse alejado si no querías acabar como ellas. Las muy arpías estaban hechas de la misma pasta empalagosa que las de Arrigorriaga, y en cuanto te descuidabas, ya las tenías ahí, estorbando, jugando a muñecas, a la rayuela, o a representar obras teatrales soporíferas. Les encantaba hacerse pasar por enfermeras que curan una herida a un paciente que suspira agradecido, por tenderas que estafan a sus clientes vendiéndoles hierbecitas amargas, o lo que es peor, por papás y mamás.

Los niños franceses, al menos, no eran tan tontos como parecían, aunque sufrían graves limitaciones que les impedían desenvolverse en la vida con un mínimo de garantías. Para empezar, no sabían volar (tenían padres), así que no les quedaba otra que arrastrarse por el suelo y jugar al balompié, que era lo que más les gustaba. Tenían una afición desmedida por este deporte; echaban partidos que duraban semanas e incluso meses, y no paraban de dar patadas al balón hasta que se les fundían los plomos. A pesar de tamaña insistencia, eran más malos que *arrancaos*: no metían el pie. Y es que la tarjeta roja estaba penada con diez años de trabajos forzados domésticos. Así de civilizados eran.

Los mayores de Tenay, por el contrario, apenas jugaban, siempre estaban echando humo en las fábricas. Enfrente de su casita había una enorme de grande, donde además de ruido fabricaban hilaturas y ese tipo de cosas que no sirven para nada. A eso de las once de la mañana, cuando sonaban las sirenas que anunciaban la pausa para el almuerzo, los obreros salían a toda prisa y entonces ocurría algo que Martintxo no había visto en su vida: muchos de ellos

se ponían a la cola de un establecimiento sosteniendo un plato vacío, y el tendero, un hombre afable conocido como *Boule de billard* (tenía la cabeza tan pulida que resultaba difícil contener el impulso de golpearla con un taco para hacer carambola), se lo llenaba hasta los topes de lo que ellos quisieran. La mayoría escogía arroz, guisado o *ramequin*, una especie de crema fundida de queso con mantequilla que olía maravillosamente bien. Pero más allá de la indudable calidad del menú, lo sorprendente allí es que nadie perdía un segundo esperando su ración, porque Boule de billard lo tenía todo perfectamente dispuesto y despachaba clientes con desparpajo.

Aquel asunto de servir comida a ultravelocidad impresionó sobremanera al soldado Messerschmitt, que hasta ese momento pensaba que las únicas personas en el mundo capaces de cocinar eran las madres. La idea le pareció genial y, ni corto ni perezoso, decidió aventurarse en el negocio de la hostelería abriendo un puesto de venta de moras silvestres en el portal, aprovechando que daba casi puerta con puerta con el establecimiento de Boule de billard. Para asegurarse el éxito, contrató a Matilde como tendera, pues tenía una experiencia contrastada en el timo de las hierbecitas amargas. El caso es que necesitaban dinero: el de la cartilla era de mentiras, no valía para comprar artículos de primera necesidad, tales como canicas de cristal o una metralleta como Dios manda.

Al cabo, preocupado porque el negocio de moras silvestres no prosperaba, amplió la oferta de género y sacó a la venta su colección de bichos amaestrados: tres grillos (que, garantizaba, hacían el pino si se lo pedías en vascuence), cuatro escarabajos peloteros (con pelota y todo) y un moscón muy hogareño. Pero por alguna razón las personas que pasaban por ahí ni siquiera los veían.

Al frente de un negocio tan ruinoso, lógicamente, las horas transcurrían lentas y cansinas, y al soldado Messerschmitt lo atacó la morriña. De repente echaba de menos hasta las cosas más nimias de su mundo perdido, como el tranvía de Arratia, los agujeros de las minas o la sesión de las cinco en el Cine Vizcaya, con sus indios y vaqueros y sus diligencias galopantes. Menos mal que un domingo soleado Bob Estele vino a rescatarlo hasta Nunca Jamás. ¡Sí, estaba ahí, frente a él, en la cartelera de aquel cine de la Rue Centrale!

Pero, ¡oh fatalidad!, no tenía con qué pagar la entrada, y eso que le hubiera bastado con una sola moneda, y de las pequeñitas, pues la tarifa infantil era reducida.

El chaval se pasó toda la mañana dando vueltas en torno al cine como una peonza, explorando las posibilidades de colarse y, al final, desesperado, se le ocurrió recoger dos entradas usadas de la basura y probar suerte, confiando en última instancia en la carita de pena de Matilde, a la que aleccionó para que exagerara el gesto. Y aunque parezca increíble, ¡funcionó!: el vejete que rasgaba los *tickets*, al ver aquellas manitas sucias que le ofrecían con timidez un engaño tan evidente, hizo como que el humo del cigarrillo que sostenía entre sus labios amarillos se le metía en los ojos y los dejó pasar. Los niños entonces volaron a ocupar su butaca, se apagó la luz y la ilusión hizo que la pantalla creciera hasta la inmensidad.

Sin embargo, después de horas y horas atendiendo a las tribulaciones de Bob Estele en su lucha contra el mal, el ánimo se les cayó a los pies. ¡No se lo podían creer, las películas en Nunca Jamás duraban días! ¡Cómo podía ser, a quién se le habría ocurrido que los protagonistas hablaran en francés, por favor, si nadie se enteraba de la misa la media! Menos mal que el proyccionista, apiadado por el padecimiento de los maltrechos espectadores, concedió un descanso a mitad del filme, circunstancia que fue aprovechada cruelmente por los niños franceses para salir a comprar chucherías a la Rue de Plomb y chupetearlas con descaro y alevosía delante de las mismísimas narices del soldado Messerschmitt. ¡Sinvergüenzas! Nuestro héroe, no obstante, se dispuso a contratacar: se colocó en una esquina para que todo el mundo pudiera verlo, y comenzó a masticar ostentosamente una auténtica goma de mascar importada de América, nada menos que de sabor de cola y extremadamente sabrosa, a juzgar por su cara de satisfacción, lo que dejó perpleja a la muñeca, que no entendía cómo un moco podía tardar tanto en disolverse en la boca de su hermano.

Pero en Tenay había muchas más cosas mágicas aparte de los mocos de cola. Por ejemplo, los trenes que pasaban por el pueblo resoplando al subir la pendiente que conducía a lugares tan lejanos como Suiza o Italia eran capaces de predecir la lluvia. Si oías la rodadura de los vagones desde mucha

distancia, significaba que al día siguiente iban a caer chuzos de punta; estaba garantizado. Pero más sabios si cabe que los trenes de Nunca Jamás eran los caballos. En Tenay había docenas de caballos trabajando por horas en la recogida de basuras, acarreando carbón o transportando hilaturas adonde hicieran falta. Tenían unos nombres preciosos, que sonaban a enanitos del bosque (Anthémis, Gentil, Ninette, Coco o Cade), y eran tan listos que les podías hablar en el idioma que quisieras, que ellos siempre respondían atentamente, meneando la cabeza. Entendían hasta la lengua de los secretos. Los niños acostumbraban a ir a visitarlos adonde el herrador, que quedaba a unos sesenta y cinco pasos y medio de su casa. Pasaban tal cantidad de horas allá, charlando con ellos mientras les reparaban los zapatos, que se les pegó la poliglotía: ¡estaban aprendiendo francés casi sin enterarse!

Una tarde como otra cualquiera, encontrándose Martintxo con un caramelo de fresa colgándole de la nariz, aparecieron unos chavales franceses con un balón de reglamento y lo invitaron a jugar un partido, a él y a otro niño perdido que andaba por ahí contemplando las musarañas. Ese fue el día en que conoció a sus mejores amigos de Nunca Jamás: Flaquito y Miga. Ocurrió que al ir a rematar un balón disputado en el área, los remató a ellos en el cogote por equivocación y, a resultas del golpe, se hicieron inseparables.

Flaquito era la viva imagen de un balón *desinflao*; vamos, lo que se dice un gordo venido a menos por el hambre (era el niño perdido que miraba las musarañas antes del encuentro). Se llamaba Valentín, pero Martín le puso mote para evitar confusiones, porque según él, no podía haber dos nombres acabados en «-in» en la misma cuadrilla. Miga, por el contrario, tenía las carnes prietas: era francés y se pasaba el día mordisqueando curruscos de pan duro (de ahí le sobrevino el apodo). Aun así, lo más característico de Miga era su tremenda habilidad para no decir nada, tanta que parecía casi sobrenatural. Luego se enteraron de que se trataba del legendario niño al que se le comió la lengua el gato. Su historia era muy triste: se quedó mudo el día que sus padres lo dejaron en casa de su abuela para ir a hacer unos recados y no regresaron a por él. Lo abandonaron, y ahora nadie en el pueblo le hacía caso, ya que no tenía conversación, a lo sumo silbaba. Seguramente esa fue la razón por la que conectó de inmediato con los niños perdidos, que vivían

también, cómo decirlo, un poquito al margen del cuaderno, en ese lugar donde se escriben las cosas que importan poco a la mayoría. Por otro lado, para sus nuevos amigos, Miga era el nativo perfecto: tampoco hablaba francés, ni falta que hacía, pues se entendían perfectamente en arapajoe. Formaban la tripulación pirata perfecta: un trío sanguinario como pocos.

Una mañana, estando los tres en la plaza mirando las musarañas (Flaquito les había contagiado la costumbre), llegaron unos camiones cargados de cachivaches y de señores estrambóticos, y el soldado Messerschmitt, intrigado, preguntó a Miga a ver quiénes eran esos; pero claro, este no soltó ni ripio. Menos mal que un chico francés que pasaba por ahí a la pata coja les informó de que aquellos señores estrambóticos habían venido a montar unas cosas muy grandes para las fiestas del pueblo, que comenzaban al día siguiente.

¡Ay va!, exclamó Martintxo al poco rato.

No se lo podía creer: ahí, delante de sus ojos había aparecido una pista de autos de choque sin ton ni son. Medio instante después, una nube de niños perdidos salió de debajo de las piedras y se puso a revolotear alrededor de aquella maravilla arquitectónica. El trío sanguinario no se quedó atrás y corrió a sumarse al enjambre, y entre todos los moscardones hicieron piña y se atrevieron a preguntar a los señores estrambóticos si necesitaban ayuda para montar más cosas, y estos respondieron que sí.

Esa jornada fue especial para los chavales: el tiempo se les pasó volando acarreando cachivaches de acá para allá. Sudaron la gota gorda, sí, pero se sintieron útiles; casi casi como si fueran adultos. Por un momento dejaron de ser nadie.

Al día siguiente, cuando cayó el sol, todo el pueblo salió a la calle a cantar y a bailar, a beber vino y a desfilar con antorchas, mientras los niños franceses montaban en las barracas. El trío sanguinario vagaba por la feria con los dientes largos y los bolsillos rotos. Miga tampoco tenía dinero, por lo visto era el único nativo pobre de la comarca. Pero a pesar de ello lo estaban pasando genial, porque de vez en cuando un auto de choque quedaba sin ocupar y los señores estrambóticos les hacían una seña para que subieran. A veces incluso eran los propios vecinos de Tenay quienes los invitaban a

montar en alguna barraca. El más generoso de todos fue un señor que tenía barba hasta la altura de los ojos, como los osos, que los convidó a bollos de leche y a una bebida con burbujas que hacía chiribitas en la boca, y se despidió prestándoles unas monedas contantes y sonantes, gracias a las cuales el soldado Messerschmitt pudo certificar su condición de miliciano profesional en el tiro al palillo.

Las fiestas de Nunca Jamás resultaron ser muy bonitas. A Paulina, desde la ventana, le recordaron a las de Bilbao, a las que sus padres solían llevarlos antes de que la guerra terminara con todo, y se animó a bajar a la feria para que Lucas y Matilde disfrutaran un poco de la alegría ajena. Y aunque parezca increíble, en un momento dado, hasta el niño azul esbozó una pequeña sonrisa, aunque nadie la vio porque se la tapó rápidamente con la mano.

Entonces, justo entonces...

¡Boooooouum!

Un escalofrío recorrió la médula espinal de los niños perdidos, y también la de los perritos que andaban entre la gente comiendo los restos de comida que caían al suelo. Pero ese escalofrío solo fue el anticipo del horror que se desató inmediatamente después, *¡boooooouum!*, *¡boooooouum!*, *¡boooooouum!* A la quinta explosión consecutiva, ambos, perros y niños perdidos, salieron corriendo con el rabo entre las patas, despavoridos, catapultados por un pánico que, en el caso de los chiquillos, creían haber dejado atrás, pero que continuaba ahí, los perseguía adonde fueran, no cejaría hasta acabar con ellos, porque eran cucarachas, bichos, una plaga, eran malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos, malos...

Pero ¿qué habían hecho?

Los vecinos de Tenay no daban crédito a lo que acababan de ver, no entendían qué demonios les había ocurrido a los refugiados para marcharse de forma tan precipitada. ¿De qué tenían miedo?

¡Boooooouum!

¡Boooooouum!

¡Boooooouum!

La traca final les dio la respuesta: ¡eran los cohetes!, ¡los fuegos artificiales les habían asustado!

Nunca Jamás se quedó muda durante un rato, sin música, sin alegría, con el vino detenido a unos centímetros de unos labios que habían olvidado que tenían sed. Todos los niños perdidos habían desaparecido. Todos excepto uno, el niño que nunca llora, Martintxo, que solo conocía un refugio: el cielo. Estaba tirado en el suelo con las manos sobre la cabeza, sujetándose como podía su casco invisible, para protegerse de las bombas, o de su recuerdo. Pero continuaba allí, a los pies de Miga, que lo miraba estupefacto.

Capítulo 60

El cuento de la abuela

Otoño de 1937

*M*artín llevaba varios días escuchando la voz de una duda horrible que le revolvía las entrañas: ¡No estás en Nunca Jamás, no estás en Nunca Jamás!...

Ya, lo sé, es difícil entender cómo una frase aparentemente tan inocente puede producir angustia, ¿verdad? Parece ridículo darle tanta importancia al hecho de hallarse o no en el país de Peter Pan y Campanilla. Pero claro, desde fuera todo se ve diferente.

Por mi parte, lamento no poder arrojar ni un poquito de luz sobre el asunto, porque Martintxo, como todos los niños del mundo, esconde sus pensamientos más profundos, las razones últimas de su dolor, en el fondo del corazón, allí donde nadie es capaz de verlos, ni siquiera yo mismo, y eso que lo conozco desde que nació. Una vez leí en un libro que los niños están compuestos en un noventa y nueve por ciento de secretos, mientras que el uno por ciento restante son patochadas, humo tras el que se camuflan. Creo que es verdad: son un misterio, bonito pero indescifrable, y lo único que podemos hacer para comprender lo que les ocurre por dentro es precisamente no hacer nada, solo estar, esperar con paciencia a que se abran y sus miedos salgan a flote.

En cualquier caso, hay que reconocer que Martintxo tenía razones más que suficientes para dudar de que el pueblo que los había acogido fuera realmente

Nunca Jamás. Para empezar, Tenay no se encontraba al oeste del mundo, tal y como señalaba el mapa que Juan le había dibujado en su última carta, sino justo en el extremo opuesto, al este, o al menos al este del mundo en guerra. Además, parecía un sitio demasiado aburrido como para que alguien pudiera considerarlo el paraíso de los niños perdidos, sobre todo después de que diera inicio el nuevo curso en la escuela. Y es que ahora, durante la mayor parte del día, ya no se veía un alma en la calle, solo niños perdidos, que vagaban como almas en pena sin saber ya a qué jugar, cansados de vivir en la inopia, pues a ellos no se les permitía acudir a clase como a los chavales normales.

Con la llegada del aburrimiento, lógicamente, la duda creció y creció hasta desparramarse bajo el casco del soldado Messerschmitt. La gota que colmó el casco, en concreto, se produjo cuando se enteró de que el señor sospechoso era el mismísimo alcalde del pueblo. ¡Por el amor de Dios, cómo podía ser que un lugar de ensueño estuviera gobernado por un personaje con un sombrero tan siniestro! A menos, claro está, que ese lugar no fuera tan de ensueño.

Ya no aguantaba más, la duda apenas lo dejaba respirar. Por fin, un día de primeros de octubre se le ocurrió la forma de salir del atolladero: debía montar una expedición para tratar de hallar alguna pista que aclarara dónde diablos se encontraban, si en Nunca Jamás, en el País sin Erres o en algún sitio todavía más raro. A sus amigos, por supuesto, les contó una milonga; no quería que pensasen que era un niño con pajaritos en la cabeza. Les vendió un safari cuyo objetivo era la búsqueda y captura de problemas con los que combatir el aburrimiento pertinaz que asolaba la comarca. Naturalmente, Flaquito y Miga estuvieron encantados con la idea.

El día señalado quedaron al rayar el alba, bien prontito, por si acaso la misión precisaba muchas horas de huroneo. Miga se presentó a la cita vestido de escolar, y a pocas le vomitan encima. Llevaba un uniforme ultrajante que consistía en una especie de *txapela* combinada con una blusa negra que se cerraba sobre el lado izquierdo, igualita a las camisas de fuerza. Al ver cómo lo miraban sus amigos, tarde, pero comprendió que debía deshacerse de aquella indumentaria si no quería llamar también la atención de los gendarmes

(de sorprenderlo haciendo novillos, la operación resultaría abortada por su culpa). Escondió la gorra y la camisa de fuerza entre unos matorrales, se alborotó el pelo y se ensució la cara con barro. ¡Ya estaba listo, ya era un niño perdido!

Las botas, te olvidas de las botas, le advirtió Flaquito.

Era verdad, no había reparado en el detalle de los pies desnudos de sus compinches, que acostumbraban a ir descalzos para no desgastar los únicos zapatos que tenían en perspectiva. Se quitó las botas y los calcetines y los ocultó junto al resto del uniforme.

Martín, entonces, sacó de un zurrón tres pares de gafas de defensa personal fabricadas con latas de sardinas, muy parecidas a las patentadas en su día por El Teórico Josemari, y se las colgaron del cuello (no era cuestión de llevarlas puestas por el pueblo, alguien podía sospechar). Luego repartió un garrote a cada uno, especial para la lucha cuerpo a cuerpo, y emprendieron la marcha. Pero prácticamente no habían cruzado la calle cuando el soldado Messerschmitt se vio obligado a dar el alto al observar la extrema quietud de una bicicleta vieja apoyada en un muro. Estaba tan tan quieta que despertó su agudo instinto militar.

Igual deberíamos ir en bici, propuso. No sea que el sitio adonde vamos quede lejos.

Igual sí o igual no, vete a saber, respondió Flaquito, que se había levantado de la cama un tanto críptico.

Martín captó al momento la jeroglífica advertencia de su amigo y retiró la mano del manillar como si le hubiera dado calambre. Era un asco, en aquel pueblo resultaba imposible saber de buenas a primeras si algo estaba abandonado o tenía dueño: todo el mundo dejaba las cosas por ahí sin candar.

Resignado, dio la orden de avance a hurtadillas y caminaron sin rumbo fijo durante ni se sabe las horas, hasta que al fin, cerquita del cementerio, toparon con un problema y de los morrocotudos: un túnel negro como la boca de un lobo. Messerschmitt quiso echar una ojeada por dentro, pero Miga se lo impidió agarrándolo de la camisa. Aquel lugar de mal agüero constituía una leyenda local: conocido como el Túnel del miedo, se trataba de un averno de más de seiscientos metros de oscuridad que desembocaba a la altura de la

estación. Era uno de los pasos subterráneos que en su día se excavaron para construir el tranvía que iba a comunicar Tenay con el hospital de tuberculosos de Hauteville, un proyecto que se abandonó por falta de presupuesto, pero en el que se invirtió lo suficiente como para sembrar la comarca de misterio. Entre los niños nativos corría la especie de que si lograbas atravesar vivo aquel túnel, pasabas a ser considerado hombrecito; presuntamente, una especie superior de infante, valiente como ninguna. Lo malo es que si te entraba el canguelo a mitad de camino y se te ocurría, no ya darte la vuelta, sino detenerte siquiera, te convertías automáticamente en piedra. Por eso había tantas piedras solitarias desperdigadas por el túnel: eran niños que no alcanzaron nunca la salida.

Miga tiene razón, es mejor que no entremos ahí, apuntó Flaquito con los dientes bailando.

Pero ¿se puede saber a qué hemos venido?, ¿no queríais problemas o qué?, saltó Messerschmitt con voz de sargento.

El muy fantoche no tenía la más mínima intención de aventurarse en semejante agujero, pero dio cuatro o cinco pasos por el interior del miedo para disimular, y luego hizo como que se le iba el santo al cielo y se puso a empujar una vagoneta herrumbrosa que había fuera.

¡Mirad, el tren chuchú!

A sus amigos les gustó la iniciativa y estuvieron muy entretenidos intentando romperse la crisma con la vagoneta durante un rato, que no todo iba a ser trabajar y trabajar.

Más calmados, reanudaron la marcha y, tras remontar una ladera sudorosa, llegaron a una aldea llamada Malix, que cruzaron manteniendo una estúpida formación de a tres (espalda contra espalda, gafas puestas y garrote en alto) por si tropezaban con algún enemigo, como así fue. Una vecina octogenaria se paseaba en zapatillas de andar por casa, pero no hizo falta reducirla porque se limitó a quedarse patidifusa.

Superado el ataque traicionero de la anciana, ganaron una loma atestada de vacas sueltas a golpe de bayoneta y decidieron hacer un alto para almorzar, momento que Messerschmitt aprovechó para echarse las manos a la cabeza.

¡La hemos *cagao*! ¡Las provisiones!

¿Qué les pasa a las provisiones?

¡Que se nos han *olvidao*, Flaquito, que se nos han *olvidao*!

No importa, Martín, podemos ordeñar esa vaca. Tú sabes cómo se hace, ¿no?

Ni hablar, las vacas no me caen bien.

¿Y qué vamos a comer entonces?

¡Pues hierba, hombre, hierba!

¿En serio?

Claro, es como la que venden las niñas. Comed, está requetebuena.

No está mal, no.

Oye, Martín, ¿te puedo preguntar una cosa?

Según qué cosa. ¿Es muy larga?

No.

Entonces vale.

¿Tú por qué no tienes mote?

Pues porque soy yo.

Es que no es justo, nosotros tenemos mote.

Bueno, ahora que lo pienso, yo también tengo mote.

¿Y cuál es?

Martín.

¡Pero ese es tu nombre, tonto!

De eso nada, yo me llamo de otra forma.

¿Y cómo te llamas?

Peter.

¡Anda ya!

Que sí, que es verdad. Pero si quieres me puedes llamar jefe.

¿Jefe?

Claro. Yo soy el jefe, ¿no?

Pues no sé, yo también soy jefe.

¡Ya, seguro!

Y Miga también lo es, aunque no lo diga.

¿Qué pasa, que aquí todos vamos a ser jefes o qué?

Sí.

Vale, pues entonces yo soy Jefísimo.

¡Tú lo que eres es un chulo!

Permanecieron un ratito allí discutiendo por discutir mientras rumiaban hierbajos y, ya con los buches llenos, tomaron una senda que los condujo hasta una meseta suspendida sobre acantilados que dominaba el pueblo a vista de pájaro. Martín se asomó al precipicio y cerró los ojos para volar un poquito. Cuando los abrió, vio una cosa que lo dejó helado.

¡Mirad, nieve!

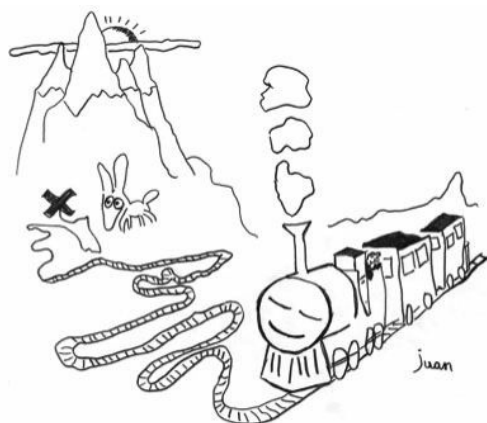
Efectivamente, al fondo del horizonte, más allá de la palabra lejos, había una montaña enorme, tan blanca y perfecta que era fácil confundirla con una nube, pues a nadie se le ocurre pensar que pueda existir tanta nieve a principios de octubre.

Miga recogió una piedrecita del suelo y, rascando, escribió algo sobre una roca, dos palabras de una sencillez tal que sonaban a música cuando las leías.

¿Mont Blanc?, preguntaron a coro Martintxo y Flaquito. ¿Esa montaña se llama Mont Blanc?

El niño al que se le comió la lengua el gato no tuvo tiempo de asentir con la cabeza, porque en ese preciso instante irrumpió en sus oídos el rebuzno de un burro histérico que andaba por las inmediaciones y que se comportó como el típico aldeano molesto porque le pisan la hierba: *¡Iiioooooh, iiioooooh, iiioooooh!*

Al escuchar semejante impropio, a Martín se le encendió la ceja izquierda sin avisar, como si le hubiera picado una luciérnaga justo en ese sitio, y, todo nervioso, echó mano del mapa de Juan, que siempre llevaba encima, en lo más íntimo de sus bolsillos vacíos.



Tenía el pulso tan acelerado que le costó un triunfo sacarse de la manga el catalejo, pero cuando al fin lo logró y localizó al burro histérico pastando en un claro del bosque, de golpe y porrazo, como por una suerte de encantamiento feliz, todo, absolutamente todo cuadró delante de su mirada mágica. ¡Se encontraba en el lugar correcto!: frente a él, la montaña más alta que el cielo; a un lado, el burro de orejas grandes; y allá abajo, rebosante de niños perdidos que volaban como moscardones, Tenay.

Un mar de lágrimas bonitas, de esas que no saben si reír o llorar, acudió a sus ojos y el sol se abrió paso entre los nubarrones de miedo que lo habían mantenido a oscuras desde el día en que aquella cruz roja se llevó a su madre a Ninguna Parte. ¡Ya no tenía dudas, ahora sabía que todo estaba bien! Sintió un alivio infinito corriéndole desde los dedos de los pies hasta la punta de la lengua, y sin querer, se le escapó una exclamación, solo una, pero demasiado extraña como para pasar desapercibida. Brotó del fondo de su herida:

¡Estoy dentro del cuento, mis padres están vivos!

Al momento cayó en la cuenta de que había metido la pata: se le acababa de escurrir uno de esos pensamientos escondidos de los que hablábamos. Se apresuró a taparse la boca, pero sus manos llegaban tarde: su secreto volaba ya por el aire, a merced del viento, que soplaba en dirección a sus amigos.

Flaquito se le quedó mirando perplejo. El secreto le había entrado por la parte de atrás del cuello como un escalofrío.

Martín, ¿qué has dicho?

...

¿Estás en un cuento?

...

¿Por qué lloras?

...

¿Es por lo de tus padres?

...

¿Cómo sabes que están vivos?

...

No estés triste.

...

Que te dejamos que seas Jefísimo.

...

¿Eso que tienes ahí es un mapa?

...

¿Un mapa del tesoro?

...

Entonces, ¿estamos buscando un tesoro?

...

Venga, Martín, no llores, vamos a por él.

...

Ya verás, será muy divertido.

...

Seguro que está escondido en esa montaña.

Flaquito veía que las lágrimas de su amigo sonreían cada vez con más fuerza, seguramente solo necesitaban un empujoncito para ponerse a saltar de alegría, así que tomó su mano y lo arrastró en dirección a la aventura. Pero no habían recorrido ni diez metros cuando escucharon un silbido a su espalda, *jiuuuiiiiiiii!*, y al volverse, contemplaron la viva imagen de un endemoniado que negaba con la cabeza con tal vehemencia que se le borraban hasta los rasgos.

Pero Miga, ¿qué haces?, ¡no te quedes ahí parado!, apremió Flaquito. ¿No te has enterado de que estamos buscando un tesoro?

El niño al que se le comió la lengua el gato escribió otras dos palabras en la roca, pero no tan bonitas como las anteriores.

¿Mont Maudit?... ¿Qué significa *maudit*?, preguntó Martintxo.

Miga dibujó precipitadamente una cruz invertida.

¿*Maudit* significa «maldito»? dedujo Martín. ¿El Mont Blanc es malo?

El endemoniado asintió con el mismo ímpetu que con el que anteriormente había negado. El pobre estaba aterrado, sí, pero la culpa era de su abuela. La mujer le había trastornado la infancia contándole cuentos antiguos de la tierra que la vio nacer, la Alta Saboya, una región dominada por el capricho del conocido como Mont Maudit, que de vez en cuando bajaba a los valles a comerse casas, cultivos y niños pequeños con sus fauces de hielo.

Martín se había quedado clavado en aquella palabra maldita. Su ceja izquierda, antes iluminada por la picadura de la luciérnaga, se veía ahora arrugada por la preocupación.

¡Vamos, no hay tiempo que perder, hay que escalar esa montaña!, resolvió con decisión.

Miga agachó las orejas y acató las órdenes. No es que no se atreviera a desobedecer al Jefeísimo, sencillamente no quería perderse un minuto de sus nuevos amigos; eran lo mejor que le había pasado en la vida. Por si las moscas, se colocó las gafas antienemigos y mantuvo el garrote presto, apuntando hacia lo invisible, una precaución que contagió al resto.

Sin embargo, después de trescientos kilómetros de travesía sobre ampollas purulentas, no les quedó más remedio que tomar la decisión de regresar a casa, pues las sombras se estiraban demasiado y amenazaban con dominarlo todo; como así fue. Al cabo, el trío sanguinario caminaba sumido en la oscuridad con el Mont Maudit a su espalda, que relucía iluminado por una luna demasiado menguante como para guiar sus pasos.

Avanzaban en un silencio tan limpio que los pensamientos de Martintxo se veían perfectamente recortados contra la negrura, ascendiendo libres hacia las estrellas. ¡Por fin, ya era hora de que los mostrara! Pero ahora que los leo, siento pena por el chiquillo, pues sufre, no sabe dónde pisa. La fantasía, esa magia en la que cree a ciegas y lo ha mantenido a salvo de la realidad incluso en los peores momentos, se resquebraja bajo sus pies. Duda de nuevo. A cada

paso que da con la pierna izquierda, sus pensamientos sonrían, claro que sonrían, porque el mapa de Juan demuestra que Tenay es Nunca Jamás y eso significa que él mismo se halla dentro del cuento. Esa idea lo tranquiliza: el sentido común le dice que el cuento de Peter Pan, como todos los cuentos bonitos del mundo, solo puede acabar bien, no hace falta haber leído el libro hasta la última página para saberlo. De ahí, de esa pirueta del deseo, deduce que sus padres se encuentran vivos; ese es el único final feliz posible. Sin embargo, con cada paso de la pierna derecha, se abre la herida y aparece escrita esa palabra sobre la roca, una palabra que no encaja en el cuento: *maudit*.

¡Cómo puede ser!, ¿acaso en Nunca Jamás también existen cosas malas?, se pregunta con la boca tapada mientras tropieza con las piedras del camino.

Su preocupación está justificada, pues ha resuelto que, una vez reciban noticias de sus padres, tratará de convencerlos de que abandonen el caserío y se vengán a vivir con ellos a Nunca Jamás. Allí no hay guerra; bueno, sí, con Garfio, pero no es lo mismo.

Ahora ya no sabe qué pensar, y el viento le susurra: *Maudit, maudit, maudit...*

Llegaron al pueblo deshechos y comprobaron que los habían dado por muertos; así de tarde era. Martín excusó el retraso diciendo que habían sido raptados por el hombre del saco, e ilustró la mentira con datos de interés público para ganar credibilidad. Advirtió a todo el que le quiso oír que había que andarse con mucho ojo, porque el hombre del saco actuaba en Francia camuflado bajo el seudónimo de Père Fouettard, y además se había dejado crecer la barba, con lo que pasaba completamente inadvertido. Por fortuna, conservaba el mismo modus operandi de siempre, gracias a lo cual salvaron el pellejo, pues el saco era tan viejo que tenía un agujero por donde pudieron escapar.

Paulina escuchó la retahíla de insensateces sin pestañear, encendida como una cerilla, y aun así, enfadadísima como estaba, le dio la buena noticia.

Tienes carta en el buzón, dijo con sequedad.

¿Es de Juan?

La niña no respondió, se limitó a darle la espalda y perderse por el estrecho pasillo caminando de costado y con los brazos en jarras.

Martintxo bajó a todo correr al buzón con la alegría dibujada en la boca, pero al abrir la carta, esta vez se le contrariaron las dos cejas y hasta el bigote que no tenía.

Primero, la palabra maldita, y ahora Juan le hablaba del demonio... ¿Qué estaba pasando en Nunca Jamás?

Capítulo 61

Una carta muy corta

Otoño de 1937

*H*ola, Martintxo:

Estoy un poquito enfadado contigo, ¿sabes? ¡Es que te estás portando mal, jolín, no se puede llegar todos los días tarde a casa! Además Jesusito me ha contado que te tiraste desde lo alto de un barco y a pocas te rompes la cabeza en dos cachos. Le diste un susto que para qué, y quería castigarte y todo. No sé qué hablaba del infierno y de los niños malos... Pero no te preocupes, que ya le he dicho que la culpa es mía, porque te escribí una carta en la que te ponía que volaras cuando tuvieras miedo.

Te ha perdonado, pero eso sí, ha repetido mil veces que como vuelvas a hacer una travesura tan gorda, te va a dejar de querer para siempre. Así que ni se te ocurra volver a volar, ¿eh?, que mira si no lo que le pasó al demonio, que era un ángel que volaba fatal, como tú, y un día se cayó del cielo y le salieron cuernos y rabo.

Tienes que ser bueno, Martintxo. Si te portas bien, al final comeréis perdices; ya verás, confía en mí. Y no olvides que desde la Luna lo veo todo. ¡Ah!, y si por lo que sea me pierdo algo, luego me lo chiva Jesusito, que a ese sí que no se le escapa ni media.

Un beso,

JUAN

Capítulo 62

Popovski

Otoño de 1937

Había una vez una lagartija que vivía en la escuela maternal de Tenay; bueno, para ser más precisos, en un agujero que había en la parte exterior del muro que la rodeaba, a unos treinta y cinco centímetros del suelo. Desde fuera su casita no parecía gran cosa, pero engañaba, porque en cuanto cruzabas el recibidor resultaba la mar de acogedora. Tenía un salón muy espacioso desde el que podías escuchar el canto del río, y más allá, se abría un laberinto de habitaciones y escondrijos secretos que se perdía en las profundidades del muro. La única pega eran los vecinos, pues en Francia se conoce como escuela maternal a ese lugar siniestro donde se encierra a los niños pequeños que aún no saben ni sonarse los mocos. Los meten ahí para que chillen todo lo que quieran y no den la lata a sus padres por la noche; así que os podéis imaginar lo que era aquello.

Curiosamente la lagartija llevaba bastante bien el hecho de tener unos vecinos tan estruendosos, tal vez fuera un poco dura de oído, quién sabe. Lo que la sacaba de quicio era otra cosa: todos los días, a eso de las diez de mañana, coincidiendo con la hora del recreo, unos pies venían corriendo y se le plantaban en mitad del pasillo como puestos por el Ayuntamiento. La pobre estaba desesperada, ya no sabía qué hacer; el problema no era tanto que aquellos pies olieran mal, que en absoluto (de hecho, eran muy coquetos,

vestían zapatos de color rosa y todo), sino que temía que en una de estas acabaran por pisarla. Fíjate si le daban miedo que recuerda que la primera vez que los vio, del susto, se le cayó el rabo al suelo.

Cansada ya del asunto, un día decidió ir a ver al dueño de los pies de color rosa para pedirle por favor que metiera sus extremidades en otra parte. Se armó de valor y trepó hasta lo alto del muro, pero al encontrarse con el dueño, se quedó sin saber qué decir, pues su cabeza le pareció excesivamente pequeña como para levantarle la voz. Se trataba de una niña de ojos tristes. Además no estaba sola, a su lado había una muñeca de trapo sin brazos ni piernas, y a fe que resultaba difícil determinar cuál de las dos daba más pena, pues ambas tenían la barbilla apoyada sobre la piedra y la vista perdida más allá de la frontera que marcaba el muro.

Intrigada, se dejó conducir por la línea de sus miradas y descubrió que lo que las mantenía cautivadas era el juego con el que se entretenían en ese momento los mocosos de la escuela maternal: formaban arcos con sus manitas entrelazadas, figuras mágicas bajo las que pasaban agachados entonando una canción con muchas eses. La niña de los zapatos rosas también cantaba, repetía por lo bajines las estrofas de aquella extraña canción.

*Passe, passe, passera,
la dernière, la dernière
Passe, passe, passera,
la dernière restera.*

A la lagartija se le cayó el alma a los pies: la pequeña debía estar muy enferma, tal vez padeciera de las amígdalas o algo peor; al menos no se le ocurría ninguna otra razón que explicara por qué no la dejaban entrar en la escuela y jugar con los demás niños.

¡Cuánto mal hacen las amígdalas en este mundo!, pensó para sí.

Ahora lo comprendía todo: la pobre se presentaba allí cada día para disfrutar de sus compañeros aunque fuera desde la distancia, y para ello no le quedaba más remedio que introducir los pies en el pasillo de su casita, pues era la única forma a su alcance de auparse a lo alto del muro y ver lo que ocurría al otro lado.

*Qu'est-ce qu'elle a donc fait
La p'tit hirondelle?
Elle nous a volé
Trois p'tits sacs de blé.*

Coincidiendo con el final de esa segunda estrofa, irrumpió en el patio una señora con cara de profesora y cuerpo de elefante, que espantó a la lagartija y liquidó la algarabía con una sola frase:

Allez, les enfants, la récréation est finie. On rentre, on a assez joué!

Entonces los mocosos entraron en el edificio y el elefante cerró la puerta tras ellos, dejando paso a la soledad más absoluta. Menos mal que, al poco, se escuchó un maullido que despertó una sonrisa en la carita de la mañana: *Miau*.

La niña sacó sus zapatos rosas de la casita de la lagartija y se puso a rebuscar entre la maleza que crecía junto al muro.

¿Popovski?... ¿Popovski?... ¿Dónde estás?

El tal Popovski era el menor de una camada de gatitos callejeros que vivían a veces aquí y otras veces un poco más allá, pero siempre cerquita de la escuela, porque les gustaban las caricias de los niños. Comparado con sus hermanos, Popovski era escuálido y terriblemente desmañado, con lo que daba una pena horrorosa si lo mirabas durante más de un segundo seguido.

¡Popovski, pero si estás aquí!

La pequeña lo saludó rascándole la tripa, sacó del bolsillo un jerseycito que le había confeccionado con un trozo de tela y se lo puso para ver si le quedaba bien de talla. Pretendía hacer por el gatito lo mismo que alguien, una mujer desconocida, hizo por ella días atrás. Resulta que iba por la calle siguiendo el vuelo de una mariquita cuando aquella mujer sin nombre la tomó de la mano, la llevó a su casa, la bañó, le puso ropa limpia y, antes de que pudiera decir esta boca es mía, la volvió a dejar tras la pista de la mariquita con un beso en cada papo.

¡Popovski, no te quites el jersey, hombre, que vas a coger frío!, protestó la chiquilla imitando el tono de una madre ofuscada.

El gatito, sin embargo, hizo caso omiso de la advertencia y escapó corriendo para evitar que le volvieran a colocar aquel jersey que picaba tanto. Los zapatos rosas hicieron amago de salir tras él, pero se quedaron en el sitio

porque vieron que se acercaba un cartero muy mayor que pasaba todos los días por allí y recordaron que querían preguntarle una cosa muy gorda:

Perdone, señor, ¿no tiene una carta de mis padres para mí?

Angelo Barone, el cartero más viejo de Tenay, comprendió al instante el drama que encerraba aquella pregunta inocente de niña y el gesto se le contrajo como si le dolieran las tripas. En las últimas semanas había entregado infinidad de cartas a los refugiados del pueblo, cartas que hicieron estallar delante de sus ojos una alegría inmensa, exagerada, tan fuera de lo común que no parecía ajustarse a la escala humana. No era para menos: aquellas cartas habían sido escritas por sus seres queridos desde el otro lado del muro que divide la guerra de la paz. Tenían entre sus manos la prueba de que se encontraban vivos, aún. Por eso besaban cada palabra, cada recuerdo, como si fuera el último.

Y la niña le preguntaba por la carta de sus padres... Dios mío, sus padres.

Conocía a la pequeña, la veía todos los días ahí, asomando la cabecita por el muro de la escuela maternal, sola. Por eso sabe que es refugiada. Bueno, por eso y por más cosas, aunque hoy se sorprenda de verla tan limpia, brillante como un hada. Angelo habla todas las lenguas y ninguna. Es francés, pero de padre siciliano y madre valenciana. Nació en un puerto y se crio en un barco, y luego en otro y otro más. El mar y la deriva le enseñaron que todos los idiomas del mundo esconden los mismos sentimientos, y que solo hace falta mirar a los ojos de las personas para comprender lo que dicen, lo que sufren, por extrañas que puedan resultar sus palabras al oído. Cuarenta y tres años después de su llegada a Nunca Jamás, el lugar adonde lo arrastró su mujer para alejarlo de la mala mar y de las resacas del alcohol, estaba ahí, intentando sonreír, como siempre que entregaba una buena noticia. Pero no era el caso.

Se arrodilló junto a la pequeña, apoyó la maleta en el suelo con ese cuidado con el que los viejos hacen las cosas y extrajo una hoja en blanco de su interior.

Lo siento, cariño, pero no tengo carta de tus padres.

Vaya.

Pero ¿sabes lo que vamos a hacer? Vamos a escribirles nosotros a ellos.

¿A mis padres?

Sí, claro.

Es que no nos dejan escribirles.

¡Cómo! ¿Y eso por qué?

Es que en mi casa hay guerra.

Ah, entiendo, solo ellos pueden haceros llegar sus cartas, ¿verdad?

Sí... Pero no nos mandan ninguna.

Angelo tragó saliva. Luego abrió la maleta, preparó el tintero y mojó la pluma en una lágrima.

Pues ahora mismo solucionamos eso. ¡Vamos a poner una reclamación!

¿Una reclamación?

Sí, una reclamación, y de las mejores que haya. A ver, dime cómo te llamas.

Me llamo Matilde Abrisqueta, y mi muñeca también.

¡Uy, qué coincidencia!

Sí.

Muy bien. Pues ahora, junto a tu nombre, debemos escribir la reclamación.

Es que yo no sé cómo se hace una cosa de esas.

Tranquila, déjame a mí. A ver, a ver... ¡Ya está, ya lo tengo!

¿Sí? ¿Ya la ha escrito?

Claro, es que los carteros somos muy rápidos. ¿Te la leo a ver si te gusta?

Bueno.

Dice así: «Matilde quiere que sus padres le envíen una carta ahora mismo».

¡¡¡Sí, me gusta, me gusta mucho!!!

Espera, mujer, que no he acabado.

Ay, perdón.

Y dice que para compensar la espera, tiene que ser una carta muy larga.

¡Eso!

Pues no te preocupes, que ahora mismo entrego la reclamación en la oficina.

Gracias, señor.

Bueno, cariño, me tengo que ir. ¿Me das un beso?

No sé.

Solo uno pequeñito, mujer.

Vale.

Angelo Barone se puso en pie con un crujido de rodillas y marchó feliz con el beso puesto. A pocas se cruza con Martín y su cuadrilla, que llegaron empujando un cochecito de niño que habían encontrado abandonado en el río y que, a juzgar por el escándalo que metía, traían lleno de hojalatas.

El cochecito despertó al instante el interés de las cejas de Matilde, que saltaron como locas pues ya se veían paseando a su muñeca en aquel capazo de ensueño. Era negro con una banda blanca, y tenía unas ruedas enormes.

Oye, Martín, ¿adónde vais?

A trabajar.

¿Con ese cochecito?

¿Qué pasa con el cochecito?

Nada... ¿Y en qué vais a trabajar?

¡Pues en qué va a ser! ¡En la campaña electoral!

Efectivamente, para aquel domingo había convocadas en Francia elecciones cantonales, y la gente del pueblo andaba un poco revuelta diciendo que si esto que si lo otro. A Martintxo la verdad es que los plebiscitos no le hacían la más mínima gracia, recuerda perfectamente que la guerra estalló al poco de celebrarse uno en Arrigorriaga, y hubo quien dijo que todo empezó porque los que habían perdido, es decir, los rebeldes, eran unos picones. Vamos, que había pasado como en el fútbol, que te ganan el partido en el último minuto y te lías a mamporros. Pero por otro lado, viendo su sonrisa malévola, sospecho que el chaval ha encontrado la manera de sacar tajada del asunto.

La muñeca insistió, no se podía quitar el cochecito de la cabeza.

¿Y qué vais a hacer con el cochecito?

Ah, no lo podemos decir, es un secreto.

¿Puedo ir con vosotros?

Ni hablar, esto es una misión para mayores.

Jo, es que yo quiero ir con vosotros.

No puedes, las campañas electorales son peligrosísimas.

¡Yo quiero ir, yo quiero ir, yo quiero ir!

¡Arranca el coche, Flaquito, que se nos hace tarde!

¡Bruuumm, bruumm, bruumm!

¿Adónde vais?, esperadme, ¡el cochecito es mío, es mío!

El trío sanguinario salió derrapando en dirección al centro del pueblo, pero a pesar de que metieron la directa y todo, no lograron despegarse de la muñeca, que los seguía resoplando y echando espumarajos por la boca a unos sesenta metros.

¡Dobla a la derecha, Flaquito, dobla a la derecha, a ver si le damos esquinazo!

¡Mecachis, Martín, tu hermana es una pesada de campeonato!

¡Y que lo digas!

Viendo que no había forma de despistarla, decidieron olvidarse de ella y seguir a lo suyo; tenían mucho trabajo por delante. Tomaron por la Rue Genod y aparcaron junto a una motocicleta muy elegante. Rápidamente, se apearon del vehículo, miraron diez veces seguidas a derecha e izquierda, como hacen las comadreas cuando están a punto de robar una gallina, y convencidos de que no había moros en la costa, sacaron del capó una ristra de latas ensartadas en una cuerda y la ataron al tubo de escape de la moto. Luego se alejaron del lugar del crimen silbando y mirando al cielo para disimular.

Al de tres silbidos, no más, la muñeca los alcanzó y dio rienda suelta a su lengua viperina con una vehemencia inusitada.

¡Martín, te he visto, te he visto!

Chsss, habla más bajito, Mati, que nos van a pillar.

¡Sois unos malos! ¿Por qué le habéis puesto esos botes a la moto!

Calla, tonta, que es nuestro trabajo.

¿Eh?

Te lo explico si bajas la voz.

Vale.

¿Juras que no se lo vas a contar a nadie?

Lo juro.

Es que los de derechas nos han pagado para fastidiar a los de izquierdas.

¿Cómo? Pero Martín, ¡yo pensaba que trabajábamos para los de izquierdas!

Flaquito, no te enteras de nada. Trabajamos para los dos.

¡No fastidies! Pero si a mí los de derechas me caen fatal...

Y a mí, pero es que somos agentes secretos dobles.

Pues como mi padre se entere de que trabajo para los de derechas, me mata.

Tranquilo, Flaqui, que no se va a enterar, está en Bilbao.

Jo, pero es que...

¿No quieres ganar dinero de verdad o qué?

Bueno, vale. Pero ¿esa moto era de uno de derechas o de uno de izquierdas?

No sé, no me acuerdo.

Mejor. Prefiero no saberlo.

¡Pues yo me voy a chivar, me voy a chivar!

Chsss, Mati, cállate.

¡Me voy a chivar de que habéis...!

La muñeca no pudo acabar la frase, porque Messerschmitt la subió al cochecito y huyeron a toda mecha de aquel infierno de nervios. Pero al doblar la esquina, se encontraron con que la calle estaba bloqueada por una masa de gente que saltaba de alegría como si les hubiera tocado un balón en una rifa. Era un masa compuesta en su mayoría por niños perdidos, aunque también se veían madres e incluso algún que otro anciano que, en su caso, botaba ayudándose de la cachava. Eso sí, todos los presentes, cualquiera que fuera su edad o tamaño, todos repetían una y otra vez:

¡¡¡Volvemos a casa, volvemos a casa!!!

¿Cómo?, se sorprendieron ¿Qué dicen?

Una mujer les confirmó la noticia: ¡Regresaban a casa pasado mañana! ¡Dos días, dos días solamente y tomarían un tren con destino a sus padres! Al parecer, el Gobierno francés y el de la República habían acordado la vuelta inmediata de los refugiados a su país. Lo acababa de anunciar un señor con traje y corbata que también había dicho que no debían preocuparse porque la

guerra no hubiera terminado aún, pues todo estaba dispuesto para que volvieran sanos y salvos.

El trío sanguinario estalló en vítores y la muñeca, emocionada, se puso a gritar sin tener la más mínima idea de lo que gritaba, al estilo de los niños de la escuela maternal, pues el alboroto era tan mayúsculo que resultaba imposible oírse ni a uno mismo. El único que no vociferaba era Miga, pero no porque no pudiera, sino porque estaba a punto de perder a sus amigos. Parecía un bloque de hielo en medio de un mundo que bailaba. Se alegraba por ellos, claro, pero veía que la oscuridad, además del silencio, se le echaba encima de nuevo.

Una charanga comenzó a tocar una canción con mucho ritmo y la gente se animó todavía más, hasta que cayeron en la cuenta de que aquel ruido no era música, sino el estruendo infernal que producía una ristra de botes de hojalata arrastrada por una motocicleta muy elegante, *¡¡¡clonck, clonck, clonck, clonck, clonck, clonck!!!*

El motorista se detuvo junto a la muchedumbre, se bajó de la moto con la cara muy larga y murmuró algo en francés, pero todos lo entendieron, pues el significado se leía perfectamente en su mirada:

¡Me cago en la *mag* salada! ¡*Otga* vez!

Capítulo 63

El muro de las lamentaciones

Otoño de 1937

Aquel día los niños despertaron muy temprano porque tenían miedo de perder el tren que los debía llevar de vuelta a casa. Se levantaron de un brinco, y en menos de lo que canta un gallo, ya estaban revoloteando por toda la habitación sin saber muy bien por qué revoloteaban. Tenían prisa, pero aquella era una prisa traviesa que les hacía cosquillas en la tripa, y como no podían parar de reír, se olvidaron hasta de tomar el desayuno. Afortunadamente, de lo que sí se acordaron fue de vestirse, pero con los nervios, se pusieron los calcetines en la cabeza y la camisa en los pies, y de no ser por Paulina, que era experta en resolver situaciones irresolubles, Martintxo aún andaría buscándose la manga izquierda del jersey, que había desaparecido inexplicablemente.

¡Me la han *robao*, me la han *robao*!, gritaba hecho una furia subido encima de la cama.

Como no necesitaban preparar equipaje, pues sus posesiones eran tan escasas que cabían perfectamente en un bolsillo, en apenas un minuto, lo que tarda en decirse la palabra «periquete», ya estaban plantados en la puerta, aguardando a que la mujer con la que compartían aquel piso tan estrecho de la Rue de la Gare terminara de dar la papilla a su bebé y pronunciara las palabras mágicas:

¡Venga, niños, vamos a casa, que ya va siendo hora!

¡¡¡Bien!!!, gritaron emocionados todos a una.

Bajaron las escaleras de cuatro en cuatro y encontraron a Miga sentado en el portal, con una sonrisa torcida con la que intentaba disimular la tristeza que lo embargaba por dentro. Martín lo saludó chocándole los cinco y tiraron para la estación pegando botes, a cada cual más rocambolesco.

Llegaron con tiempo, mucho antes de la hora prevista para la partida del tren, y sin embargo el andén ya estaba abarrotado de gente. De hecho, había tantas ilusiones allí concentradas que hubiera llevado más de media hora contarlas todas; y es que además de los refugiados, se habían acercado numerosos nativos que, al igual que Miga, querían despedirse de los niños perdidos, a los que habían tomado cariño en los dos o tres meses que habían tenido oportunidad de compartir juntos. Desde luego, debías andar con mucho ojo si no querías que te salpicaran una lágrima en la camisa (no es tontería; es sabido que esas manchas no se quitan nunca, quedan ahí para toda la vida, como un recuerdo de lo que fue y nunca más será). Aunque si te fijabas bien, además de emoción, aquí y allá también se distinguía un poquito de incertidumbre, pues algunos refugiados, sobre todo los mayores, tenían miedo de la suerte que les podía esperar al otro lado de la frontera.

Al de un rato y medio, poco más o menos, llegó Flaquito acompañado de su familia, y la hora siguiente la pasaron aguardando a que apareciera alguna autoridad que les diera permiso para subir al tren. Los ferroviarios, entretanto, aprovechaban para poner a punto la locomotora: alimentaban el fuego con paladas de carbón y giraban una tuerca del tamaño de la cabeza de un niño. Por fin, cinco minutos antes de la hora señalada, un hombre con gafas de oficinista se abrió paso entre la multitud con un papel en ristre y elevó la voz sobre el bullicio:

¡Silencio, *pog favog!* Ahoga pasagemos lista y ustedes *igan entgando* al *tgen* según escuchen su *nombge!*... ¿Han *compwendido?*

¡Yo sí, yo sí!, gritó Martín con el dedo en alto, como se hace en clase cuando la maestra pregunta algo que tú sabes y los demás no.

Vale, *pegfecto*. ¡Pues vamos allá!

El hombre de las gafas de oficinista tomó aire, y justo cuando se disponía a pronunciar el primer nombre que tenía apuntado en el papel, apareció el alcalde a todo correr y le alcanzó una nota que lo dejó boquiabierto. Luego, ante el asombro de todos los presentes, ambos se pusieron a cuchichear durante lo que parecieron horas, y cuando se cansaron de decirse secretitos al oído, el oficinista hizo unos cuantos tachones en el papel y se preparó para pasar lista de nuevo, pero esta vez con gesto preocupado, como si le dolieran las palabras:

¡*Teguesa Olabaggieta Astobiza!*

¡*Andrés Cagbón de la Pagte!*

¡*Soledad Izaguigge Esquígoz!*

¡*Segundo Lecue Esquígoz!*

¡*Ampago Esquígoz Laggocha!*

Los nombres iban saliendo de aquella boca sin erres con un ritmo insoportablemente lento, se sucedían como los segundos cansados de un reloj al que se le acaba la cuerda, aunque afortunadamente, corría una ligera brisa de otoño que hacía más llevadera la tórrida espera. Era una mañana perfecta, suave como el terciopelo; solo faltaba que el oficinista articulara las palabras exactas.

¡Ese señor es tonto de remate, no se sabe ni el abecedario!, protestó Martín con los mofletes encendidos. ¡Dónde se ha visto que una lista no empiece por la «a»! ¡Nos tenía que haber dicho a nosotros primero!

¿Y por qué?, preguntó Matilde intrigada.

¡Pues por qué va a ser, porque Abrisqueta empieza por «a»!

¡Ah!, exclamó la muñeca, aunque la pobre continuaba sin enterarse de nada.

La tensión en los mofletes del soldado Messerschmitt llegó al límite cuando escuchó el apellido Zubia, que empezaba nada menos que por la letra zeta; ¡sí, la última de todas! Aquello era un atropello, y ya habían sufrido demasiados atropellos en sus escuetas vidas como para pasar por alto uno más, así que se infló de aire para parecer más alto y se encaminó hacia aquel tipejo imitando los andares de los forajidos. Sin embargo, el muy cobarde debió intuir sus intenciones, porque en el último suspiro, cuando ya estaba a

punto de abofetearlo, se apresuró a leer de corrido los nombres de la familia de Flaquito, y también los de la mujer y el bebé con los que habían compartido piso.

¡Valentín González Muñoz!

¡*Segafina* González Muñoz!

¡Ascensión Muñoz *Hegnani*!

¡*Patgicia Tgueba* Afonso!

¡Miguel Suso *Tgueba*!

¡Así me gusta, veo que vas comprendiendo!, espetó Messerschmitt en los morros del oficinista, pero lo suficientemente bajo como para que no lo oyera.

¿Cuándo nos va a tocar a nosotros?, preguntó Lucas por enésima vez, ansioso por hacer lo que Flaquito, que tras despedirse de Miga, había subido al tren a la pata coja.

Enseguida, cariño, no te preocupes, le respondió Paulina empleando un tono de voz sosegado, aunque en el fondo se la notaba inquieta, pues veía que se estaban quedando solos en el andén.

Entonces, de repente, el oficinista pronunció un último y desconocido nombre y calló para siempre, provocando que el corazón del andén se detuviera en medio de un latido.

Mucho tiempo después se oyó una vocecilla.

Pauli, ¿cuándo nos va a tocar?

Pero la única respuesta que obtuvo fue silencio, un silencio espeso, suplicante, que se clavó en el rostro del oficinista y lo obligó a ocultarse detrás del papel.

Entonces resonaron los pasos tristes del alcalde avanzando por en medio de la desesperación, *clop, clop, clop*, y cuando se detuvieron, se les oyó decir algo en francés:

Je suis désolé, mon ami. C'est toi qui dois leur dire car moi, je ne sais pas bien parler espagnol.

El oficinista recibió aquella orden como un rechazazo en las costillas y, a continuación, desfigurado por el dolor, posó sus ojos de cristal en los pies de los niños y comenzó a hablar mientras a su espalda las puertas del tren se iban

cerrando una a una, emitiendo un sonido sordo, muy parecido al que producen las bombas cuando las escuchas amortiguadas dentro de un refugio.

Entretanto, las palabras del oficinista iban y venían, perdidas entre el vapor que despedían las ruedas del tren. ¡Qué demonios dice ese hombre! ¡Qué importancia puede tener lo que diga si lo único que quiere escuchar esa gente son sus nombres, nada más que eso, sus nombres y apellidos! ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué cierran las puertas?

La locomotora echó una bocanada de humo oscuro y el tren comenzó a moverse lánguidamente, renqueando, como si en verdad no quisiera partir, como si alguien lo obligara a hacerlo contra su voluntad y aguardara hasta el último instante a que las personas que lloraban en el andén se animaran a subir a su grupa. Supongo que por eso silbó, *¡chuuu, chuuuuuu!*, de la misma manera que un dueño silba a su perro cuando quiere que lo acompañe.

Flaquito, dentro del tren, volaba de ventanilla en ventanilla buscando una respuesta en los ojos de Martintxo, pero este no reaccionaba, parecía hipnotizado por el humo, por la boca inescrutable del oficinista, por las ruedas del convoy, por el ruido que producían al machacar las juntas de los raíles, *clack, clack, clack*.

La locomotora aceleró su paso mortífero y ahora Flaquito saltaba de vagón en vagón, tratando de mantenerse a la altura de los ojos de su amigo, pero se le acabaron los vagones y su nariz quedó aplastada contra la última ventanilla del convoy, observando la nada que dejaba atrás.

¿Cuándo nos va a tocar a nosotros?, preguntó Lucas de nuevo.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Minutos? ¿Semanas?... No lo sabes. Pero no te preocupes, Martintxo, es normal. Es imposible calcular el tiempo cuando no se tienen referencias, cuando lo único que alcanzas a percibir es un sonido monocorde que taponas tus oídos, muy similar al pitido que se escucha segundos antes de caer desmayado al suelo. Tampoco sabes con seguridad si lo que acaban de ver tus ojos mágicos ha sucedido realmente. Te repites que tiene que ser un sueño, tal vez el peor sueño que nadie haya soñado nunca, pero solo eso, una pesadilla.

¿Quién me toca?, te oyes decir cuando notas el contacto de una mano sobre tu hombro.

Te vuelves y compruebas que es Miga, que te compadece. Tu amigo llora, y su llanto te revela la verdad.

Te engañabas, Martintxo, no ha sido un sueño. Ahora sabes con seguridad que estás muerto, despierto pero muerto, plantado como un pasmarote en medio de un andén que no conduce a ninguna parte. El tren ha desaparecido ya por el horizonte y por eso te hundes en un mar de pena. El hombre de las gafas de oficinista continúa hablando, lo hace en castellano, pausadamente, para que comprendáis todas y cada una de las palabras sin sentido que salen por su boca. Los pocos refugiados que, como vosotros, se han quedado abandonados en el andén tampoco lo escuchan, permanecen sumergidos en la nada, atosigados por ese silbido monocorde que conduce al vahído. Pronto se desplomarán, solo faltan unos segundos para que ocurra. Fíjate, ya cae el primero: ¡Pum!

Llueve. Hace rato que el sol se ocultó tras una niebla negra. No era humo de la locomotora, como creías, sino niebla, nubes bajas empujadas por un viento procedente de la montaña que arrastra cortinas de lluvia contra la estación. El agua se escurre por el cuello de tu jersey, te recorre la espalda, te empapa, pero no sientes nada. Lucas se encuentra a tu lado, azul, sin vida. Al fin se ha dado cuenta de que nunca subirá al tren. Para él se ha esfumado de repente, es tan bajito que la realidad siempre se le escapa, tapada por un muro de piernas. Por eso sus pulmones se niegan a llenarse de aire. Pero es inútil que trates de ayudarlo; eres incapaz de moverte, sigues en Babia, ya no te quedan fuerzas para vivir porque has olvidado que eres un niño que sueña con cuentos chinos, esos que prometen un final feliz. Además da igual, no conseguirías tranquilizarlo ni con la mentira más bonita; sabe de sobra que ese tren no volverá por vosotros, al menos durante mucho tiempo. Y lo sabe por tu culpa, por tu gran culpa. Un día le dijiste que los trenes no regresan por nadie, le dijiste que cuando se pierde un tren, hay que esperar a que complete la vuelta al mundo para intentar cogerlo de nuevo, pues las vías caminan siempre rectas, paralelas hasta el infinito. Lucas te creyó. Quizá tú también creas tu propia mentirijilla. Muchas veces te ocurre. El alcalde se acerca a tu

hermanito, preocupado por el color de sus labios, y extiende su mano para acariciarle la mejilla. Pero a Lucas le dan miedo las manos de los mayores, porque disparan, porque tiran bombas, porque matan, y en consecuencia las rehúye. En la mirada del alcalde se adivina una profunda tristeza, tan profunda que parece que se va a echar a llorar en cualquier momento. Pero tú sabes que no será así: los mayores no lloran. El señor sospechoso insiste, acerca de nuevo su enorme mano a la mejilla de Lucas, y este sale corriendo. Imaginas adónde se dirige: va en busca de una cama, un armario o un coche, cualquier cosa grande bajo la que esconderse. Permanecerá allí hasta que el tren complete la vuelta al mundo. Paulina y Matilde corren tras él, gritan su nombre, pero tú continúas quieto, hundiéndote más y más en las profundidades del mar de pena, abandonado a tu suerte como cuando te tiraste de lo alto del barco.

¡¡¡Lucas, Lucas, Lucas!!!

Las voces de tus hermanas te devuelven a la superficie. Pareces haber recuperado la consciencia porque miras al alcalde con ojos de fuego. Algo hierve dentro de ti, algo malo, horrible, que te consume, algo que en la vida has sentido. Es odio: la fiebre de los mayores. Odias al alcalde porque piensas que tiene la culpa de todo. Ha sido él quien ha convencido al oficinista de que no pronuncie vuestros nombres; estabais llamados a ser los primeros en subir a ese tren, pero él le ha ordenado que os tachen de la lista en el último instante. Lo has visto con tus propios ojos. ¿Quién es en realidad el señor sospechoso? No, desde luego que no es el alcalde. Por su aspecto, se diría que es un *sheriff* malo de película de vaqueros, pero en absoluto una autoridad respetable. ¿Quién es entonces?, te repites mientras tu cabeza da vueltas y otras personas se desploman a tu alrededor. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¡Sí, ya sé quién es!, te oyes gritar.

¡Cómo demonios no te has dado cuenta antes, Martintxo, si estaba claro como el agua: el bigote y el sombrero de ala batiente lo delataban desde el principio!

¡¡¡Garfio, es Garfio!!!

¡Por supuesto que es Garfio, el capitán James Garfio en persona! Ahora entiendes por qué ha hecho que os quedéis en Nunca Jamás. Os odia: odia a

Peter Pan, a Campanilla, a Wendy y a todo lo que tenga que ver con los niños perdidos. Acabas de encontrar a tu archienemigo, y es más grande y diabólico de lo que esperabas. Aunque no te importa su tamaño, quieres matarlo, y por eso lo golpeas en el estómago una y otra vez, cien veces cien, mil veces mil, pero tus puños lloran y apenas consigues hacerle cosquillas. No puedes con él, Martintxo, solo eres un niño. Sin embargo, continúas golpeándolo, no pararás nunca, hasta que las cosquillas lo hagan sangrar, hasta que muera de risa si hace falta. Garfio, curiosamente, no se defiende de tus puños de agua. Al contrario, intenta abrazarte, lo que provoca que además de odio sientas rabia, y lo apartas, te quitas de encima ese abrazo infernal, y huyes, corres sin rumbo, cegado por la lluvia. Miga sale tras de ti, gritando con su lengua de trapo:

¡¡¡Martín, Martín, espérame!!!, eso es lo que hubiera querido gritar de haber podido.

Pero tú no te detienes, no lo harías aunque pudieras escuchar su llamada muda. Tus piernas vuelan al ritmo desbocado de tu corazón herido, y cuando ya no puedes más, cuando te resulta imposible contener por más tiempo el llanto que te sube por la garganta, justo cuando se te escapa la primera lágrima, saltas por encima de un muro y aguardas a que Miga pase de largo. Solamente entonces te permites llorar, llorar sin que nadie te vea. Permaneces allí, empapado en las lágrimas del cielo ni sabes el tiempo, mecido por una congoja que acaba provocándote hipo. Luego, cuando el hipo se detiene, agotado, te limpias la mirada y descubres una bicicleta a tu lado. Es la misma bicicleta vieja que estuviste a punto de tomar prestada el día que salisteis de expedición y que te dio calambre cuando te advirtieron de que tal vez no estuviera abandonada, como parecía.

La bicicleta está sola, como tú, apoyada contra el muro, en el mismo sitio que entonces, igual de quieta que siempre.

Capítulo 64

La bicicleta

Otoño de 1937

Jean Sarvan caminaba con el sombrero calado en pensamientos oscuros por las callejuelas de Tenay. Como cada mañana, se dirigía al Ayuntamiento a trabajar, pero esta vez había decidido dar un rodeo para despejarse un poco. Había pasado la noche en vela preguntándose una y otra vez cómo se le había podido ocurrir presentarse a alcalde. Recuerda, sí, que en su día se dijo que alguien debía arreglar este mundo torcido, y que lo mejor para ello tal vez fuera comenzar por cambiar lo inmediato, lo pequeño, tu propio pueblo. Ha de reconocer que aquel fue un pensamiento bonito. Lo que no acaba de explicarse es de dónde demonios se había sacado que ese alguien podía ser él, justo él. Quién se creía que era.

El señor sospechoso era una de esas personas de mirada húmeda que se pasan la vida sufriendo por todo y por nada, que van por ahí escuchando, compartiendo los problemas de la gente. Lo peor es que luego nunca logra sacudirse ese dolor, su alma es como un jersey de lana al que se le pega todo, y al final del día el hombre arrastra tal cantidad de pena que se siente enfermo de tanto escuchar. Jean Sarvan era eso que comúnmente viene en llamarse buena persona pero que algunos prefieren denominar tonto, tonto de remate. Miembro del Partido Comunista, para él la revolución es algo sencillo, un

algo que tiene que ver con la bondad y con poco más. Sufre sobre todo porque piensa que, en su afán por echar una mano, muchas veces lo único que consigue es estropear más las cosas, como le ocurrió ayer en la estación. Ahora le ha dado por mortificarse con el recuerdo. Se acuerda del día en que decidió acoger refugiados en el pueblo, hacerse cargo al menos de una pequeña fracción de la inmensa oleada de desgracia provocada por la guerra que había estallado al otro lado de los Pirineos. Una guerra, por cierto, de la que apenas circulaban noticias. Había algo controvertido en ella que hacía que la prensa no se prodigara en los detalles de la tragedia. Cosas de la política. Supuso que albergar a aquella gente resultaría positivo para los vecinos; siempre es bueno mirar más allá de tu propio ombligo. Eso pensó. Fue una decisión con la que trató de enderezar un poquito este mundo torcido, y seguro que lo consiguió. De repente, las calles de Tenay se inundaron de voces extrañas, de mujeres vestidas de negro que sostenían cántaros sobre la cabeza, de curiosidad, sonrisas y niños, multitud de niños asustadizos que no paraban de correr, como si sus pies no terminaran de creerse que ya no era necesario huir. Por supuesto, cada cual tenía su opinión al respecto y hubo vecinos incluso a los que no les hacía gracia la idea de acoger problemas ajenos. Opinaban así, sobre todo los que pensaban con el hemisferio derecho de la cabeza, más que nada por llevar la contraria al alcalde. Como el resto de Europa, por aquel entonces Francia estaba dividida en dos mundos antagónicos, la Izquierda y la Derecha, dos polos que vivían atrincherados en nubes de tormenta y que cada día se alejaban un poquito más de sí mismos, de la humanidad. Afortunadamente, las suspicacias iniciales con respecto a los recién llegados se olvidaron pronto, tal vez porque la desgracia era muy visible en aquellos rostros despojados de todo. Esas cicatrices, precisamente, fueron las que acabaron por romper la distancia entre los de aquí y los de allá. A nadie le había pasado inadvertido lo sucedido en fiestas, cuando los niños perdidos salieron despavoridos al escuchar los fuegos artificiales, que debieron resonar en sus oídos como auténtica dinamita. Cosas como esa te hacen pensar en tus propios hijos, los imaginas bajo las bombas y lloras, claro que lloras, porque en el fondo intuyes que nadie está a salvo: el horror y la miseria viven a la vuelta de la esquina, escondidas en lo más profundo de

nosotros, esperando su momento. Lo sabes. Ese día de fiestas muchos vecinos viajaron en el tiempo y recordaron la Gran Guerra, se vieron allá por el año dieciséis o diecisiete arrastrándose por el barro a las órdenes de la muerte.

Quizá por la pena de pensar que aquella primavera de solidaridad tocaba a su fin, el señor sospechoso no compartía la decisión del Gobierno de repatriar a los refugiados de manera tan precipitada, sin el menor atisbo de paz en perspectiva. Los burócratas de París decían que Francia no podía mantener por más tiempo a los 55.000 refugiados acogidos en su territorio, que suponían la friolera de un millón de francos al día. Lo comprende, claro que lo comprende: siempre el dinero. Se pregunta si alguno de esos burócratas se habrá parado a considerar qué será de esas 55.000 almas una vez crucen la frontera. Es una locura enviarlos de vuelta a casa. ¿Acaso la guerra es el hogar de nadie? Por eso cuando, apenas unos minutos antes de la partida del convoy, recibió un cable de París en el que se le informaba de que los enfermos y los niños que no hubieran sido reclamados por ningún familiar podían permanecer en suelo francés, el hombre voló a la estación para salvar al menos a un puñado de aquellas 55.000 almas, las más desgraciadas de todas. Sin duda, pensaba en ese puñado de desgraciados mientras corría por las calles sujetándose el sombrero para que no saliera volando. Llegó a tiempo, sí, pero la bondad le estalló en las narices en la estación. Dime tú cómo se explica a un niño que no puede regresar a su hogar con todos los demás porque ese tren únicamente lo conduciría a la verdad, y la verdad es que sus padres se encuentran desaparecidos, probablemente enterrados en una cuneta. Qué mentira cabe inventar ante semejante verdad. Por si fuera poco, no le había quedado más remedio que pasarle la papeleta a su teniente de alcalde, el hombre de las gafas de oficinista, que para su desgracia era el único miembro de la corporación municipal capacitado para argumentar un embuste en castellano.

El señor sospechoso intenta consolarse imaginando el hospicio fascista en el que habrían acabado esos pequeños. Se pregunta cómo será un lugar dedicado a los hijos del enemigo muerto. Pero ahora todo eso da igual: desde entonces los niños perdidos lo odian; especialmente ese pillo, Martín, creo que se llama. Y el caso es que le encantan los niños, solo ellos consiguen

hacerle sonreír a pesar de la tremenda herida que arrastra. Hace un año, tres meses y un día que murió su mujer, y se sabe viudo también de los hijos que no pudo tener. Esa es la razón por la que viste de negro y su silueta es triste, no porque sea realmente Garfio.

Jean Sarvan se detuvo un momento para limpiarse el sudor de la frente y entonces, justo cuando se enjugaba la preocupación, escuchó una ráfaga de metralleta que le entró por la oreja izquierda y le salió por la derecha: *¡Ratatatatá!*

Abrió los ojos y vio a Martintxo pasar como un rayo en una bicicleta que sonaba como una carraca. El diablillo dio dos vueltas a su alrededor apuntándolo con el dedo directamente al corazón, y a la tercera disparó de nuevo: *¡Ratatatatá!*

Sí, lo estaba acribillando con una metralleta imaginaria, pero sentía que cada una de aquellas balas de mentiras le destrozaba por dentro, el corazón y hasta la última de sus vísceras estallaban de dolor. Intentó explicarse, decir algo, cualquier cosa, pero antes de que pudiera articular una excusa absurda, la bicicleta dobló la esquina y perdió para siempre la oportunidad de obtener el perdón que necesitaba para sobrevivir a aquel atentado.

Je suis désolé, dijo al aire.

Se quedó plantado, hundido en pie en medio de cualquier calle, sintiéndose como un auténtico criminal, un Garfio cualquiera. Luego, cuando se recuperó un poco, se dirigió al Ayuntamiento para esconder su agonía en su despacho de alcalde, pero al cabo, escuchó unos nudillos golpeando la puerta y recibió la visita de Adrien Chapot, un vecino del pueblo que vivía parapetado tras una densa barba que amenazaba con comérselo entero. De hecho, resultaba imposible apreciar siquiera cómo se le movían los labios cuando hablaba, pero debía estar haciéndolo en ese mismo instante, pues oía perfectamente su voz preocupada. Aquellas barbas repetían una y otra vez la misma palabra.

¿Bicicleta?... ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Le han robado la bicicleta? ¡Imposible, pero si la bicicleta de Adrien se cae a cachos! ¡A quien se le puede haber ocurrido robarla, si creo que era de su abuelo!

Sin embargo, las barbas insistían en su denuncia:

Oui, oui, moi aussi, je ne pouvais pas le croire, mais n'empêche que ce matin, ma bicyclette n'était plus à sa place. Elle avait bel et bien disparu!

Jean Sarvan, el señor sospechoso, cayó por fin desde lo alto de un guindo y escuchó un *¡ratatatata!* que le entró por la oreja izquierda y le salió por la derecha. Inmediatamente después, el ceño se le contrajo hasta el infinito: estaba a punto de hacer algo horrible, iba a darle una lección a un niño, pero no a uno cualquiera, sino a un niño al que ninguna madre peina cada mañana. No le quedaba más remedio, no podía dejar que la desconfianza hacia los refugiados se instalase en el pueblo. Eso sería el final de todo.

El soldado Messerschmitt volaba montado en aquella bicicleta mágica por las afueras del pueblo. Volaba con los ojos cerrados y las alas desplegadas, sin manos, disfrutando de esa electricidad que te sube por la tripa cuando te deslizas por el mundo sin nada que te amarre a la realidad. Guardaba el equilibrio presionando el sillín con las ingles hacia uno u otro lado, y solo lograba guiarse por el centro de la carretera por intuición.

De pronto, un bache lo hizo trastabillar, y al lanzarse sobre el manillar de su Heinkel He 46 de reconocimiento para evitar que la rueda delantera se cruzara y lo catapultara contra el suelo, abrió los ojos sin querer y vio que estaba a punto de atropellar a un peatón que batía los brazos para avisarlo de su presencia.

¡¡¡Diosla!!!, maldijo mientras frenaba levantando una nube de polvo que alcanzó lo menos cinco mil metros de altura.

Tiempo después, cuando se calmó la tormenta que había desencadenado con su derrapaje, y que por cierto, dejó al peatón perfectamente integrado en el paisaje (es decir, cubierto de polvo por los cuatro costados), el desconocido se sacó un pañuelo de la manga y, con una parsimonia digna de todo elogio, se quitó las gafas y procedió a limpiarlas con sumo cuidado. Luego, se las colocó sobre las narices de nuevo y se aclaró un poco los rasgos. Fue entonces cuando Messerschmitt lamentó haber malgastado la cubierta de las ruedas frenando de aquella manera. De haber conocido la identidad del peatón, lo habría estampado en el asfalto como un sapo. Aquel

gafoso asqueroso era el oficinista que se negó a pronunciar sus nombres en la estación.

El sapo abrió la boca y dijo algo para provocar.

Hola, *Magtín*.

...

Oye, ¿no me vas a *saludag*?

...

Pues eso es de muy mala educación, *señoguito*.

Me da igual.

¿Te da igual *seg* un niño malo?, ¿de *vegdad*?

...

Bueno, tú *vegás*, *pego* si sigues así vas a *ig deguechito* al *infieigno*.

...

¡Qué bicicleta más bonita! ¿Es tuya?

Sí, un poco.

¡Cómo que un poco!

Pues eso, que es un poco mía. ¿Qué pasa?

Nada, no pasa nada; *pego* yo tengo entendido que no es un poco tuya.

Usted porque no sabe.

¿Que no sé? Pues *guesulta* que un vecino ha denunciado que se la han *gobado*.

...

¿No me lo vas a *explicag*?

...

Venga, estoy *espegando*.

Es que yo..., yo pensaba que estaba abandonada.

¿Abandonada? *Pego* ¿no habías dicho que *ega* un poco tuya?

Es que es tan vieja que...

¡Ya, *clago*!

Ha sido sin querer, lo juro.

Bueno, da igual. Sea como sea vas a *teneg* que *ig* a *devolvégsela* a su dueño.

¿Yo?

Sí, tú. *Estagá espegándote* en la plaza a las dos.

Pero es que...

A las dos en punto, *Magtín*. Adiós.

Pedaleaba lentamente. Sabía que se dirigía hacia la muerte, pero ya casi le daba igual, no merecía la pena vivir bajo el peso de aquella culpa. Había tenido hora y media para pensar, hora y media a solas con el miedo y los remordimientos. Se sentía un miserable cabalgando sobre su pecado. Escuchaba el crujido de la catalina herrumbrosa, el esfuerzo de la cadena tirando de la rueda trasera, la agonía de las cubiertas retorciéndose contra el asfalto recalentado por el sol, y no se daba cuenta de que aquel sufrimiento era solo el de su propia alma. Apenas lo separaban unos metros de su destino. Cruzó el puente sobre el río Albarine, que bajaba cantando, ajeno a todo, como siempre, y al doblar la esquina de la Rue de la Cour, recibió una bofetada en los ojos.

¡No puede ser!, susurró echando el pie a tierra para no caer desmayado con bici y todo.

La plaza..., la plaza se encontraba abarrotada de gente. Estaban todos, absolutamente todos. Nadie, ni uno solo de los habitantes del pueblo había querido perderse el espectáculo, la ejecución del ladrón de bicicletas; y al verlo llegar, un siseo de culebra corrió de boca en boca como una mecha encendida, ssssssssssss.

Inmediatamente, sintió el impulso de tirarse al suelo y ponerse a cavar hasta desaparecer de la superficie del planeta; pero ya era tarde, una voz terrible sonó a su espalda:

Muy bien, *Magtín*. *Ahoga* debes *entgegag* la bicicleta a su legítimo dueño.

En realidad, lo terrible en aquella voz no fue el tono con que pronunció esas palabras, sino la imagen con la que se hizo acompañar. De pronto, como por arte de magia negra, se abrió un pasillo entre la multitud, y al fondo del mismo, apareció Garfio con el sombrero calado hasta lo más profundo de su odio. Lo esperaba con los brazos en jarras junto a un señor de barbas feroces que, dedujo, debía ser el dueño de la bicicleta. Esas barbas le atravesaron el

corazón de lado a lado. Las reconoció al momento. Se trataba del señor oso, el hombre bueno que los invitó a bollos de leche en las fiestas del pueblo, el mismo que un rato después les dio también unas monedas para que tuvieran con qué gastar y se sintieran casi como niños normales.

¡No, por favor, el señor oso no!, rogó mientras se encogía hasta convertirse en un escarabajo.

Para entonces un silencio rotundo había detenido el tiempo sin darle opción a tomar aire por última vez. Era un silencio peor que ninguno: tenía manos, lo empujaba, lo apremiaba para que echara a andar por el pasillo de la vergüenza. Tardó una eternidad en decidirse, en dar ese primer paso hacia la madurez. Fue un pasito diminuto, pero le dolió mucho. El segundo no fue mejor, tampoco el tercero, pero el caso es que caminaba, no podía evitarlo; las miradas de la muchedumbre no le daban respiro, las sentía como latigazos, lo forzaban a continuar adentrándose en la sombra que proyectaban con sus enormes cuerpos. No creáis que eran miradas de desprecio, no; solo estaban allí, sin decir nada, asistiendo impávidas a su vía crucis. Pero daba igual, no las soportaba, hubiera preferido mil veces que alguien gritará «¡Al ladrón, al ladrón!» y se lanzaran a golpearlo de una vez por todas. Al menos así habría podido morir con la dignidad de un pirata malo. Pero no le concedieron ese privilegio, sufría el más fiero de los linchamientos públicos. Con la barbilla doblegada y los ojos escondidos en el suelo, el pobre chaval dejaba un reguero de lágrimas tras él, como si tratara de marcar con ellas el camino de vuelta del infierno, al igual que Pulgarcito con sus migas de pan. A medida que se acercaba a las llamas, temblaba más y más. Solo se mantenía en pie gracias al apoyo de la bicicleta, que le servía de bastón. Era un niño viejo, un anciano prematuro. De tan pegado como estaba al cuadro de la bici, se golpeaba la pantorrilla con cada vuelta del pedal. Era un pedal de piñón fijo, de esos que no descansan nunca. Completaba un giro cada cinco pasitos del niño, y entonces, irremediabilmente, le rasgaba la piel. Pero no importa, ¿verdad, Martintxo?, la única herida que sientes está dentro de ti, sangras porque has fallado a las personas que te salvaron, que te acogieron sonriendo en Nunca Jamás. Las has decepcionado, eres el peor niño del mundo. De saber cómo, tú mismo te arrancarías la cabeza de cuajo para ahorrarles el trabajo de la

guillotina, pero no te quedan fuerzas, solo dolor. Tus ideas circulan a mil por hora, aunque eres incapaz de fijar ninguna en tu mente. Son palabras perdidas. Una de ellas se repite... ¿Queso? ¡Cómo es posible que pienses en un queso en este momento! Ah, ya sé; sin duda recuerdas el queso holandés que robaste en Santander para no ver morir de hambre a tus hermanitos. Ahora entiendo: te preguntas por qué es legítimo robar para comer y no lo es para jugar. Tiene gracia, robar para jugar...

Después de unos ciento cincuenta pasitos humillados, Martintxo topó con un par de botas que lo miraban de frente y supo que había llegado al final del pasillo. Temblaba de pies a cabeza, ahora debía entregar la bicicleta al hombre bueno que calzaba aquellas botas. Pero no era precisamente eso lo que le daba miedo, sino el trance de tener que levantar la barbilla del suelo y enfrentarse a su mirada. Eso lo aterraba más que el mismo diablo. Muy poco a poco, las pupilas del niño treparon hasta alcanzar unos pantalones de mahón; luego se encaramaron de mala manera a una camisa de color beis, en la que se apreciaba una pequeña mancha de grasa, y de ahí saltaron a un matojo de barbas. Solo le faltaba un suspiro para llegar a la verdad. Se armó de valor. Alargó los brazos para ofrecer el manillar a aquellas manos callosas que permanecían inertes y, al mirar a la cara a su pecado, descubrió que los ojos tristes de aquel hombre bueno lloraban... Lloraban.

¡Cómo! ¿El hombre al que le había robado la bicicleta lloraba? ¿Lloraba como él, como un niño? ¡Eso es imposible: los mayores no lloran!

Buscó una explicación a su alrededor y, al volver la cabecita, vio que Garfio también lloraba. En realidad lo hacían todas y cada una de las personas que se habían acercado a aquella plaza, un lugar que desde entonces ha permanecido guardado como oro en paño en la memoria mágica de Martintxo, mi enorme padre. Aquella fue la mayor lección de su vida, de mi vida, de la de toda mi familia; una lección de humanidad que se dieron a sí mismos todos los presentes en la Place de la Mairie aquel triste y maravilloso día de otoño de 1937.

Al ver las lágrimas inundando los ojos de Tenay, Martín sintió, como yo ahora, que una congoja del tamaño del universo le subía por la garganta, y echó a correr siguiendo el rastro de miguitas de pan de Pulgarcito. Dicen que

Garfio trató de detenerlo para abrazarlo durante un año entero, pero no pudo porque el pequeño era más rápido que el viento y no se detuvo hasta llegar a la Montaña Maldita, el rincón del mundo que creyó le correspondía: el infierno de los niños malos.

Capítulo 64 bis

El asesino

Verano de 2012

*H*e crecido escuchando la historia de la bicicleta, y me atrevería a decir que es el recuerdo más importante de mi vida; extrañamente, el recuerdo de algo que nunca viví.

Siempre que le he contado a alguien lo sucedido en la Place de la Mairie de Tenay en aquel remoto año de 1937, he visto cómo ese alguien se atragantaba cuando mi padre levantaba la cabecita del suelo, y en lugar de odio, encontraba lágrimas bonitas a su alrededor. Pero os puedo asegurar que esta historia va muchísimo más allá de la emoción que despierta. Es pura magia. En su día, hace ya veinte largos meses, logró lo imposible: que alguien como yo tuviera la osadía de empezar a escribir un libro sin tener la más mínima idea de cómo hacerlo.

Ahora, sin embargo, aquella bicicleta acaba de conseguir algo infinitamente más importante que eso, pero el caso es que no termino de creerlo. Leo por enésima vez los últimos renglones de la carta que he hallado en la bandeja de entrada de mi correo electrónico hace apenas unos minutos:

... Lo siento, lo siento de todo corazón, pero no he podido resistirme y le he contado a Marc Perrot la anécdota de la bicicleta que recoges en tu último capítulo. Es preciosa, no podía guardármela para mí sola. Sé que me perdonarás. El alcalde, al escucharla, me ha encargado que

os comunique que estaría encantado de acogeros en Tenay si un día decidís hacernos una visita. Niño, soy feliz, es maravilloso que algo tan bonito ocurriera en nuestro pueblo.

Muy amistosamente,

LISA DUFAUD

Levanto el auricular y marco a todo correr el único número de teléfono que me sé de memoria.

¡Cómo!, salta mi madre. ¿Nos han invitado, nos han invitado a ir a Tenay? ¡Hijo, hijo mío!

La emoción al otro lado de la línea me obliga a colgar rápidamente. Me doy cuenta de que, aún sin saberlo, he estado buscando este momento desde el principio, desde que contacté por primera vez con ese pueblecito de postal que hasta hace unos meses solo existía en el recuerdo de mi padre. No me lo puedo creer, ha sucedido: ¡Martintxo va a regresar a Nunca Jamás setenta y tantos años después! Pero ocurre que su corazón está enfermo y, como en el cuento de Peter Pan, nos separan mil y un kilómetros de ese país mágico. Bueno, para ser exactos, novecientos noventa y tres, pero sea como sea, demasiados kilómetros para él.

Hablo con mi hermana Ainhoa acerca de las posibilidades que se nos ofrecen para realizar el viaje, y parece que la mejor opción, tal vez la única realmente, es conducir hasta Biarritz, allí tomar un vuelo a Lyon, y luego alquilar un coche con GPS y poner rumbo al amanecer. Calculamos que, siguiendo este itinerario, el viaje nos llevaría unas seis horas; muchas, desde luego, pero cualquier otra alternativa, como el tren, por ejemplo, sería todavía más larga y agotadora. No obstante, tenemos un problema para volar a Lyon: mi madre sufre de claustrofobia. Para que os hagáis una idea, la agobia incluso montarse en el ascensor de su casa. El problema es grave porque, o van los dos, padre y madre, Martintxo y Dorita, o no va ninguno. Así son. Desde que se conocieron, allá por el año 1950, no se separan nunca. Siento rabia, quizá la invitación haya llegado demasiado tarde.

Decidimos reservar plazas en los vuelos 5433 Biarritz-Lyon y 5434 Lyon-Biarritz de la compañía Air France, con un seguro de reembolso para el caso de que, al final, por una u otra razón, nos echemos atrás. Volaremos a Tenay el tercer fin de semana de septiembre. La verdad es que esas fechas no nos

cuadraban bien, pero Lisa ha insistido tanto en ese fin de semana en concreto que hemos anulado nuestros compromisos anteriores para complacerla.

Pasan los días y me sorprende la actitud de Martintxo; lo noto extrañamente frío, distante ante la perspectiva de volver a la tierra encantada de su infancia. Intrigado, hablo con mi madre. Me dice que no me preocupe, que eso es porque últimamente se siente frágil, casi como un niño de cristal, y le dan miedo hasta las cosas buenas. Comenta que a veces se despierta gritando como si alguien lo atacara en sueños. Le pregunto si se agarra la cabeza cuando sufre esos ataques de pánico, y la mujer, asombrada por mi consulta, responde que sí, que sí que lo hace.

Ahora el miedo lo tengo yo. Mi *aita* solo se agarra la cabeza cuando lo amenaza la muerte. Así ocurrió cuando esa maldita sombra se llevó a mi hermana, a mi cuñado, o al propio Juan. Afortunadamente, advierto que el miedo remite con el calor de agosto. A medida que se acerca la fecha del viaje, mi padre vuelve a ser Martintxo, quizá más que nunca, al menos que nunca que yo recuerde. Ha recobrado su ánimo travieso y ahora dice que quiere conducir. Lógicamente, sus hijos, nietos y bisnietos nos oponemos en bloque a tan aterradora idea (anda muy despistado y podría liar una gorda al volante). Pero como siempre que se le mete una travesura entre ceja y ceja, recurre al chantaje emocional:

¡Jolín, es que no me dejáis hacer nada! ¿Qué queréis, que me quede en casa tirado en la cama como un viejo?, protesta amenazando incluso con dispararnos una lágrima.

Entonces, en cuanto lee en nuestras caras que ya se ha salido con la suya, se le pasan todos los males y arranca hacia la felicidad acompañado de su gran amor, mi madre. No quiero pensar en la retahíla de insultos que irán cosechando por ahí con su manía de conducir siempre en tercera, demasiado lento para el mundo de hoy. Me los imagino como *Thelma y Louise*, rodando libres por una carretera perdida del desierto en un coche casi tan viejo como aquella bicicleta robada en 1937. Una y mil veces hemos intentado convencerlos de que se compren un coche nuevo, pero es inútil; como muchos otros mayores, se resisten a gastar porque creen que su dinero ya no es suyo, sino de sus hijos. Esa perspectiva me pone enfermo.

Sí, lo sé, no estoy ciego, yo también veo que la ilusión ha vuelto a las pupilas de Martintxo; brillan como si las hubieran frotado con un trapo. Pero no acaba de convencerme, quizá se trate de un engaño más del niño tramposo. Aunque se encontrara fatal, lo ocultaría, porque es consciente de que viajando a Tenay, me ayuda con la novela. Se siente un mal padre que quiere y no puede echar una mano a su hijo. Le faltan herramientas. La vida lo hizo lechero, y después panadero, un panadero listo que supo hallar la manera de amasar miles, millones de panes gracias a sus manos y a las manos amigas que confiaron en él. En ese camino de madrugones, sudor y trabajo a destajo, no ha habido demasiadas palabras sobre el papel. Martintxo no es escritor; eso cree, y sufre por ello. Repasa el borrador de la novela cada día, una y otra vez, intentando recordar algún secreto que le haya pasado inadvertido, un matiz que afiance un poquito más la historia, su propia historia: mi futuro. Mi padre es mi ayudante, el ayudante de un aprendiz de brujo. Es la parte de mí que funciona, la ilusión.

De pronto le oigo decir algo que me deja perplejo:

¡En este, en este capítulo sí que te has ceñido bien a los hechos!

Sigo la trayectoria de su dedo índice por el aire y descubro alucinado que se detiene en el capítulo titulado «La batalla de las batallas».

Es increíble, yo estaba convencido de que, justamente en esas páginas, la fantasía se me había ido de las manos. Presumía que el capítulo entero era un bombardeo de imágenes imposibles. Cómo no pensarlo, si por una suerte de hechizo que ni yo mismo comprendo, el barco que trasladó a los niños de Ribadesella a Burdeos se había convertido en una ballena monstruosa; los pasajeros, en unos pobres condenados a galeras; Matilde y Martín, en Bonnie and Clyde; y la tripulación, en un atajo de caníbales con pasaporte británico, entre los que destacaban un gordo inmenso, un bigote con piernas y un malabarista de platos que hacía las veces de cocinero. Vamos, que solo faltaba un conejo parlante para que aquello pareciera *Alicia en el País de las Maravillas*. ¡Y ahora, ahora resulta que mi padre considera que ese, precisamente ese, es el capítulo más respetuoso con su visión de los acontecimientos! Es decir, el más real. ¡Cómo puede ser!... La única explicación que se me ocurre es que un cable de colores une nuestras cabezas

de chorlito, y al darle vueltas a ese cable, me doy cuenta de que ya no da chispazos; está en paz, tranquilo. El padre y el hijo llevan meses sin discutir, ¿te lo puedes creer?

Al rato, en mitad de esa calma chicha tan agradable, navegando junto a aquel cachalote cargado de sueños rotos, oigo la voz de Martintxo, de improviso teñida de tristeza. Está preocupado porque, al igual que los grandes escritores, teme quedarse en blanco. Dice que cuando acabemos la novela, no tendrá más remedio que leerla de corrido, en un solo día; leerá sin detenerse siquiera a beber agua, porque las cosas se le olvidan tan rápido como las bebe. Otra vez sufre pensando que se le va la cabeza. Se exige demasiado, y la angustia es la mayor de las limitaciones.

Escucha, *aita*, escucha atentamente lo que te dice tu hijo pequeño, tu maestro: lo único que debes hacer para no perderte entre tanta letra encantada es dejarte guiar por tu imaginación. Acuérdate, eres Peter Pan. No quiero que regreses a Nunca Jamás por mí. Debes hacerlo por ti, únicamente por ti. Y solo si te sientes con fuerzas para disfrutar del viaje. Eso sería estupendo, te lo mereces.

Me preguntas cómo me encuentro. Sé que lo preguntas porque en el último bis confesaba que lo estoy pasando mal. No sé cómo explicártelo, pero supongo que en estos días busco respuestas al otro lado del espejo. Necesito que un espejito mágico me revele la verdad sobre mí. Sospecho que aún queda algo escondido en mi interior, algo malo que continúo sin ver y estoy seguro de que acabará conmigo. Es una carrera contrarreloj, porque el plazo para descubrir ese algo autodestructivo expirará con la última palabra de este libro. Ese será mi final o mi principio. Hasta entonces, lo único que puedo hacer es escribir, solo eso. Pero cada vez me cuesta más. Como a ti, me puede la angustia y mis dedos sufren cuando teclean, pero mucho más cuando dejan de hacerlo. A veces me paso horas a solas con un párrafo y temo no llegar vivo a esa última palabra: *fin*. Aunque bien pensado, el círculo de esta novela tal vez debería cerrarse con otra palabra: *paz*. Sería correcto pues, en mi opinión, fin y paz significan lo mismo.

La semana pasada, cuando regresaba a casa de noche, me pareció ver algo en la carretera. Eché marcha atrás presumiendo que quizá se tratara de una

lechuza herida, y era un bicho, sí, pero no tenía alas. Fuera lo que fuera, permanecía inmóvil con la cabeza metida en una bolsa de patatas fritas. Lo empujé un poquito con el pie y el pobre animal acusó el empujón: estaba vivo. Para entonces mis ojos se habían adaptado lo suficiente a la luz de la luna, y por las manchas del pelo, advertí que no era un tejón, como había supuesto, sino un gato. Me había despistado el hecho de que no tuviera rabo. Se estaba ahogando: la bolsa convulsionaba, se inflaba y desinflaba a intervalos cada vez más rápidos. Supuse que habría metido la cabeza en la bolsa para chupar los restos de patatas, quedando atrapado en la oscuridad más absoluta en mitad de la carretera, aguardando a ciegas su destino. Debía hacer algo. Tiré de la bolsa, pero esta se resistió a liberarlo. Lo conseguí a la segunda, y el gato salió despavorido, perdiéndose en la noche.

Hace cuatro días, ese gato apareció de nuevo en mi vida. Sé que es el mismo porque no tiene rabo. Bueno, en realidad se trata de una gatita preciosa, gris y blanca. No sé cómo pero me ha encontrado. Miré a la derecha y estaba ahí, en el alféizar de la ventana, observándome, preguntándose seguramente qué demonios hacía tan quieto delante de unas letras. No me ha quedado más remedio que escribir el último capítulo, el de la bicicleta, con la gata encima de las piernas. No paraba de maullar, y solamente en mi regazo parecía tranquilizarse. Me gusta la compañía de los gatos, pues apenas se delatan con un leve ronroneo. Pero aún no ha llegado el momento, todavía no estoy preparado para recibir el cariño que no merezco, y he tenido que pedir a una amiga que por favor se haga cargo del animal. Ya no descansa sobre mis piernas mientras escribo, mientras reflexiono sobre la imagen brutal de su cabeza metida en una bolsa de patatas fritas, esperando sin saberlo que un coche doble la curva y la atropelle. Es curioso, pero en esa imagen me reconozco a mí mismo. Me pregunto por qué no logro distinguir lo que me va a matar, por qué no alcanzo a comprender lo que me sucede por más que hurgo en mi cerebro. No, no puede ser que esta ansiedad se deba solo a que me cuesta horrores encontrar las palabras exactas para contar este cuento. Imposible que la respuesta sea tan fácil, tan tonta. ¿Por qué no termino de curarme? ¿Cuándo seré capaz de volver a amar? ¿Lo haré al final del libro? ¿Podré vivir entonces?

Sé que la novela me ayuda, pero también que puede conducirme a la locura. En ocasiones temo haber enloquecido ya y dudo incluso de que este libro sea real. Me pregunto si no me habré agarrado a un salvavidas imaginario y lo que ocurre es que nadie se atreve a revelarme que en realidad no escribo nada, solo una frase repetida una y mil veces, como Jack Nicholson en *El resplandor*, una patraña que he inventado para no darme cuenta de que estoy muerto. ¿Soy una carga? ¿Un familiar esquizofrénico al que da miedo mostrar en público? ¿Las palabras que salen de mis dedos y con las que creo defenderme son esas, las de un esquizofrénico? ¿Es por eso que interesan tanto a mi familia, porque quieren saber cómo va el enfermo? ¿Soy ese pretendido artista al que se le oculta que no tiene talento? ¿Soy un niño que juega en el rincón con un Scrabble, con un juego de letras que le han dejado para que se entretenga? ¿Sobreviviré a esto? ¿A esa duda?

Por supuesto que lo sé, necesito ayuda para llegar al final, pero presiento que si voy al psicólogo mataré la novela, y eso es lo único que no me puedo permitir: de este hilo penden más sueños que los míos. Además, si existe esta novela, se halla en mi propia locura. Escribir, sobre todo cuando nunca en tu vida lo has hecho, es reconocer que no eres nada, sino un sueño absurdo, el último de todos; un sueño que te adormece, que te seda, que te acerca a ti pero te aleja de los demás, que te aparta, que hace más fácil lo inevitable. Me da vergüenza reconocer que escribo. Procuro que no se sepa. Es pecado.

A veces percibo miradas a mi alrededor que me examinan desde lo alto. Las siento encima como las miradas del pasillo de la vergüenza que recorrí Martintxo. Como aquellas, tampoco hablan, ni preguntan, ni siquiera acusan, pero son dinamita dentro de mí. Tal vez algún día levante la cabeza y descubra que esas miradas lloran, lloran por mí como lloraron por mi padre. Tal vez entonces la presión afloje y alguien, de verdad, alguien me entienda y me cuente el cuento de mi propia vida, y lo haga bonito.

No, espera, no te engañes, ese no es el problema. Es una excusa, otra más. Me muero, sí, pero debe ser por otra cosa, no porque alguien piense que escribir es un capricho o una frivolidad. Busca, busca dentro; al otro lado del espejo, ahí debe estar la respuesta a la única pregunta importante. ¿Cómo, cómo demonios puedo llegar vivo a la última página? No lo comprendo,

resulta que me moría si no comenzaba a escribir la historia de mi familia, y ahora me muero porque la escribo.

Estoy en casa de mis padres frente a una tortilla de patata. Mi *ama* jura que es de dos huevos, pero no me lo creo; es enorme. De repente, camuflada en mitad de una conversación intrascendente acerca de los pimientos verdes que vierte sobre la tortilla, la mujer deja caer en el plato una pregunta que detiene mi mandíbula en seco:

Hijo, ¿cuándo vas a acabar la novela?

Sangro. La herida es profunda. Nadie en el mundo tiene tanto interés como yo en acabar cuanto antes esta maldita novela que no me deja respirar. Por venir de donde viene, la pregunta me sorprende, y deduzco que oculta algo importante, seguramente crucial. Sin duda, es una flecha que lleva escrita la clave de mi sufrimiento, y por eso duele. Mi madre, esporádicamente, lanza flechas; lo hace cuando quiere decir algo sin decirlo. Busca, niño, busca en la flecha, la respuesta está ahí. ¡Claro que lo está, por fin la encuentro! Ahora lo sé: vivo en una carrera contrarreloj, sí, pero no por temor a no llegar vivo a la última palabra del Scrabble (no era eso, me equivocaba), sino porque mis padres se mueren. Escucha, aprendiz de brujo, escucha con atención: tus padres se mueren y necesitan marchar tranquilos, sabiendo que el último de sus cinco hijos realiza su sueño y el dolor de sus vidas sirve para algo. Necesitan ver la palabra «paz» escrita en un folio; el tiempo se les escapa, tu madre te pide ayuda. Despierta, hijo, son las siete y cuarto, vas a llegar tarde al colegio. Debo dejarlos descansar de una vez, dejar que disfruten del hoy sin miedo a lo que pase mañana.

Lo siento, lo siento mucho, *ama*, hago lo que puedo pero no llego. Aunque escriba sin parar durante todos y cada uno de los latidos de los que se compone el día, no consigo emborronar de lágrimas más de cinco folios por semana; y eso como mucho. Vuestro hijo no es listo, aún necesitará meses para dejaros respirar, para dejaros vivir, para dejaros morir.

Recogemos la mesa y advierto que Martintxo está muy pálido y se acuesta sin decir nada. Mi madre saca una pastilla azul de un estuche lleno de medicinas de diferentes colores, y se la da con un poquito de agua. Luego me mira y comprendo: es mi turno. Entonces leo, leo a mi padre el capítulo de la

bicicleta. Esa era la razón de mi visita, había venido a presentarle el que para mí es el capítulo más importante de mi vida; es decir, de la suya. Párrafo a párrafo, Martintxo va recobrando el tono en las mejillas, casi escucho la sangre abriéndose paso por sus maltrechas arterias. Continúo leyendo, haciendo lo posible por calmar mi voz, para que deje de temblar.

Es verdad, le oigo decir. Ese hombre, ese hombre al que robé la bicicleta lloraba como un niño.

Después de suspirar esas palabras, cierra los ojos y él mismo se queda dormido como un bebé.

Ahora entiendo qué es lo que me mata, pero me da miedo decirlo en alto. Antes pensaba que escribiendo la novela, salvaba a mis padres, su memoria, su vida. Pero resulta que es justamente al contrario: con cada palabra que escribo, los mato un poco más, los ayudo a morir tranquilos.

Por favor, *aita*, no lo hagas, no me des el final de la novela; ni se te ocurra. Ahora más que nunca necesito tu sonrisa, la de siempre, la de verdad, la de Martintxo. Necesito tus trampas, tus travesuras, tus maldades. Necesito que permanezcáis a mi lado. Me da miedo ser mayor.

Mi *ama* me despide en la puerta de casa. Acostumbra a esperar conmigo la llegada del ascensor, ese ascensor que esconde claustrofobia en su interior. Me da un beso y me dice al oído que subirá al avión por mí, que subirá si le cojo la mano mientras despegamos hacia Nunca Jamás.

Monto en el ascensor intentando ocultar mi emoción, y aún me lanza una última flecha:

¿Sabes cómo lo conocí?

¿A quién?, ¿a *aita*?

Sí.

¿Cómo lo conociste?

Abrí la puerta y estaba ahí: era el lechero.

Capítulo 65

La dama del río Albarine

Otoño de 1937 – verano de 1938

*P*asaron los días, las noches y los meses y los pequeños Abrisqueta perdieron la noción del tiempo. Llegó un momento incluso en que, por no saber, ya no sabían ni en qué idioma pasaban los segundos; si en castellano, francés, arapajoe, o en la misma lengua de los secretos. Apenas quedaban dos o tres puñados de niños perdidos en el pueblo, la mayoría de los refugiados había partido ya hacia su tierra después de recibir la tan ansiada carta de sus familiares. Era muy injusto; parecía haber cartas para todos menos para ellos.

No me hagáis mucho caso, pero tengo entendido que fue un martes cuando llamó a la puerta aquella señora de San Sebastián y les dijo que venía a vivir con ellos. Era genial, porque desde la marcha del convoy, permanecían solos en su casita de chocolate, sin ningún mayor que se hiciera cargo de ellos. Lo malo fue que la mujer entró en el piso escoltada por dos gemelos llorones de metro diez de estatura que lo hacían todo por duplicado. Eran lo que se dice pesados pero multiplicado por dos. Sin embargo, pasado un mes, también ellos recibieron una carta bonita y de nuevo quedaron solos en el 43 de la Rue de la Gare, a la espera de que el Ayuntamiento les enviara algún otro refugiado, de más de metro cincuenta a poder ser, que les echara una mano con los quehaceres de la casa. Entretanto, se arreglaban como podían. Bueno, es un

decir, porque solo se apañaban gracias a las vecinas, que se organizaron para hacerles la comida por turnos: el lunes, la del primero izquierda; el martes, la del primero derecha; el miércoles, la del segundo derecha; y así hasta completar todas las manos del inmueble.

Paulina se sentía terriblemente avergonzada por no saber cocinar. Sufría por todo y por todos, y ni por asomo recuerda ya lo que es saltar a la comba o jugar al truquemé de ocho cuadros; aunque por mucho que se empeñe, no deja de ser solo eso, una niña que quiere jugar. Pero ella sonríe, siempre sonríe, aunque quisiera llorar por ser una mala madre que únicamente sabe limpiar y rezar. Tampoco sabe cómo devolverles el favor a las vecinas, y pasa las tardes en el piso de arriba haciendo compañía a Raymonde. Ray (que así la llama, pues ya son íntimas) es tan cría como ella, pero con la infancia en cuarentena debido a la tuberculosis. Paulina se esfuerza en contarle cuentos en francés para distraerla, pero sin querer, se le escapan frases enteras en la lengua de los secretos. Raymonde escucha con la boca abierta esos cuentos mágicos que alivian su tos. Da igual que no comprenda la mitad de las palabras que pronuncia su amiga. Es como cuando escuchas una canción: aunque no entiendas la letra, la música lo dice todo. A Raymonde no le cabe duda de que el cuento que mece sus oídos habla de mariposas. «Pinpilin»: una palabra así solo puede haber sido inventada al oír el batir de alas de una mariposa.

Día tras día, Paulina lucha para que nadie a su alrededor se quede sin su ración de cariño, como hacen las madres verdaderas. Se sabe el pilar que sostiene Nunca Jamás en el aire, y se angustia porque no logra que Lucas, su sombra callada, sonría siquiera una vez por semana. Lo tiene todo el día pegadito a la pierna derecha y, en cuanto se gira (ahora mismo lo hace, fijaos), tropieza con él. El pobre vive aterrado. Un ruido o un gesto demasiado rápido con el brazo son suficientes para que corra a esconderse debajo de la cama. A veces no sale de ahí en días, y no queda otra que dejarle la comida junto a la pata de la cama. Cualquiera que viera ese plato en el suelo presumiría que es el almuerzo del gato; pero no, no hay gatos en la casita de chocolate, lo prometo. Paulina se desespera con Lucas; está esquelético y no mejora. Es un saco de miedos. En ocasiones grita en sueños, *jjjama, ama, ama!!!*, y esa invocación patética, patética porque nunca obtendrá respuesta, estremece el

edificio de arriba abajo. De repente, todos los vecinos se detienen en mitad de lo que estén haciendo y sienten hielo en el alma. Todos excepto Paulina, que vuela a rescatar a su hermanito de la pesadilla. Intenta tranquilizarlo haciendo un poquitín de caramelo. Chupar caramelo es el mejor remedio para que los sueños dejen de ser amargos, y es una suerte, porque es lo único que sabe cocinar. Es fácil, solo hay que derretir azúcar en una sartén. La receta se la enseñó Madame Marie, la mujer regordeta de L'Etoile des Alpes, la tienda de alimentación, que los visita de vez en cuando para chequear la despensa y apuntar lo que les falta en la cartilla.

Continúan sin permitirles acudir a clase como los niños normales, razón por la cual Paulina ha creído conveniente montar una escuela de campaña en el salón para que sus hermanos (más chiquitos y con la retentiva a medio hacer) no pierdan lo poco que poseen: la memoria. Quiere evitar que olviden los rostros y los sucesos de su mundo perdido, y en este sentido, incluso les pone deberes de un día para otro. Por ejemplo, les manda dibujar a sus padres, de frente y de perfil; a *Lagun* meneando el rabo; o el propio caserío. Aunque curiosamente este último les suele salir más guapo de lo que era: con dos balcones en vez de uno. También repasan las palabras más importantes de la lengua de los secretos, como *enara* (golondrina); *kakarraldo* (escarabajo); y desde luego, *pinpilinpauxa* (mariposa). Para terminar la clase, acostumbran a cantar a coro la coplilla con la que su madre los chinchaba en las comidas para que no dejaran nada en el plato. Martintxo, siempre tan marcial en sus costumbres, la entonaba como si fuera el himno de su país: mirando al techo, con el puño izquierdo en todo lo alto y la palma derecha sobre el corazón.

¡Cara ratón, tachín tachín!
¡Cabeza de melón, tachín tachín!
¡Cara ratón, cabeza de melón!
¡O comes todo,
o llamo al gato,
y te tirará de los bigotes!

Si queréis que os diga la verdad, yo estaría encantado de que ese fuera el himno de mi país. ¡Qué demonios, lo es ya! Pero volvamos a lo nuestro: creo que fue un martes de nuevo, pero en esta ocasión después de almorzar, cuando

ocurrió que los días se acortaron tanto que ya casi ni se veían. Era una sensación horrorosa: ibas corriendo, y de pronto, en el peor momento de los posibles, cuando estabas a punto de meter un gol por toda la escuadra, se hacía de noche y nadie podía certificar que el balón hubiera entrado en la portería o no. Lógicamente, las discusiones sobre el particular eran tremendas, duraban semanas. Paulina, por su parte, hacendosa como era, trató de atajar la situación echando leña al fuego y, cuando acabó con la leña, pasó al carbón. Había que verla, no hacía otra cosa que echar carbón, toneladas de carbón a la chapa, para que nadie muriera congelado en su casita de chocolate. Y es que hay que decirlo: además de aburrimiento, en aquel pueblo tan lejano hacía un frío del carajo, y de improviso, todo se tiñó de negro, en especial sus caritas, pues el fuego no tiraba muy bien.

Debió ser por aquella época que una mañana se levantaron con unas cosquillas terribles por el costado derecho del solomillo, como si les corriera la electricidad por ahí y hasta la punta del pie. Se avecinaba algo, sí, ¿pero qué? Afortunadamente no tuvieron que esperar demasiado para conocer la respuesta: al de unos segundos comenzó a nevar, y la práctica totalidad de los gritos del mundo salieron a la calle y se pusieron a tirarse bolazos y a buscar cuevas vertiginosas por donde lanzarse en trineo. Y no te creas, que los mayores también se animaron a jugar con la nieve y el hielo, aunque aguardaron al domingo (ya se sabe que los mayores siempre dejan todo lo bueno para más tarde, generalmente para el domingo). Pero eso sí, aquel domingo en concreto fue morrocotudo: se organizaron competiciones de una cosa que llamaban «bob», un trineo de carreras de tres o cuatro plazas, dispuestas en fila como en el tren chuchú, con el que bajaban por la cuesta de Malix a toda pastilla. Al domingo siguiente no ocurrió nada, pero al otro, un bob se estampó contra la tapia del cementerio y un señor se rompió el culo y se lo tuvieron que pegar con pegamento. Le pasó por tonto, por ir el primero en el tren chuchú; ¡mira qué! El doctor dijo que no se iba a poder sentar en los próximos veinte o treinta años, pero como era tonto, se sentó y se le despegó el culo otra vez.

Martín, al ver aquellos bobs, creyó intuir la razón por la que los tejados de Nunca Jamás eran tan inclinados. Sin duda los habían construido con esa

pendiente para tirarse de cabeza desde arriba, resbalar por las tejas congeladas y clavarse en el suelo como un hinque. ¡Ja, era la repanocha; imposible que te pasara nada!: el manto de nieve eliminaba cualquier atisbo de peligro. Trató de convencer a Miga para que lo acompañara en esta misión tan importante, pero el muy cobarde se negó en rotundo, y claro, sin nadie que te siga las insensateces, no es lo mismo; así que abortó la operación.

Entretanto, Anthémis, Gentil, Ninette, Coco y Cade, los caballos que trabajaban en las fábricas de hilaturas, sudaban la gota gorda arrastrando una pala que echaba la nieve acumulada en las calles hacia las esquinas. Aunque si prestabas atención, aparte de nieve, también echaban humo por las narices; obviamente, en señal de protesta. Estaban hartos de las horas extras a las que los sometían los jefes en invierno. Anthemis, en concreto, confesó a Matilde que consideraban la posibilidad de montar una huelga, pero le pidió por favor que no se lo dijera a nadie, pues temían represalias. La muñeca solo se lo contó a Messerschmitt; pero solo a él.

Los zapatos de los niños, por su parte, resistían como podían los rigores de aquel invierno tan crudo, ya que con semejante frío no podían descalzarse ni para jugar. Sin embargo, el peor trago, en opinión de los zapatitos rosas de la muñeca, lo habían soportado meses atrás, cuando aparecieron en el pueblo un señor y un caballo desconocidos tirando de un alambique con ruedas. Enterados de la noticia, los campesinos bajaron de la montaña con carros llenos de uva y se pusieron a hacer vino en la plaza a toda prisa. Sí, enseguida se vio que a Tenay se le estaba poniendo la nariz colorada, pero no se pudo hacer nada; aquella nariz se había echado a perder. Y eso que no te creas, que el alambique, como todos los borrachines, era un vaguete y trabajaba lo justo. No perdonaba un minuto: paraba exactamente a las cinco de la tarde, y los niños se presentaban allí como agujas de reloj y aprovechaban para organizar una guerra de bandos con el orujo sobrante. Era entonces cuando los zapatos rosas de Matilde sufrían lo indecible para no mancharse, pues a resultas de la batalla, el pueblo entero se teñía de color violeta. Parecía que lo estabas mirando a través de una botella de tinto.

Mientras, los esfuerzos de Martín por aclarar de una vez por todas si Tenay era o no el País de Nunca Jamás, y en consecuencia, él mismo se

encontraba correctamente ubicado dentro del cuento, no obtenían recompensa. La investigación estaba empantanada. Cada vez que creía dar un paso adelante en sus pesquisas, surgía una nueva duda en el horizonte que echaba por tierra cualquier hipótesis. No era de extrañar, en absoluto; en aquellas condiciones, sin la inestimable ayuda del agente secreto Flaquito, tristemente retornado a Bilbao, parecía una quimera llevar el caso a buen término. Solo Miga podía echarle una mano, pero como dúo sanguinario estaban muy limitados, pues el niño al que se le comió la lengua el gato pasaba la mayor parte del tiempo en la escuela, de cara a la pared y con los brazos en cruz, castigado por hacer novillos de manera contumaz.

Lo único evidente era que en aquel cuento todo resultaba muy raro. Ni siquiera Garfio era tan malo como debía, y día sí, día también, se enteraba de cosas extremadamente sospechosas. Un martes, un confidente rubio con el que solía jugar al balompié le informó de que las gallinas de Tenay, al poner el huevo, no hacen *kikiriki*, tal y como mandan los buenos usos y costumbres gallináceos, sino *cotcotcodec*. ¿Te lo puedes creer? Pero la gota que colmó el vaso llegó en Nochebuena, cuando el *sheriff* Garfio se presentó en la casita de chocolate con un pavo enorme y un pastel de manzana. La sorpresa fue mayúscula, sí, pero una minucia comparada con la que se llevaron a continuación, cuando el muy truhán se quitó el sombrero de ala batiente, se sentó a la mesa e hincó el diente al pavo con todo el descaro del mundo.

¡No te fastidia el tiparraco este, ni que fuera su casa!, protestó Martintxo al oído de Matilde.

¡Es que es su pavo!, replicó la muñeca.

¡Pamplinas! Si está en nuestra casa, el pavo es nuestro. ¡Es nuestro!

Al final, a regañadientes, el chaval pasó por alto la nueva afrenta de Garfio, más que nada porque también había traído un árbol de Navidad pequeñito que le iba servir de criadero para ampliar su colección de bichos inmundos. Así que cenaron como una familia: masticando con la boca cerrada.

Fue en el postre, con las narices hundidas en aquel pastel de manzana que estaba requetebueno, cuando el *sheriff* Garfio y el soldado Messerschmitt arreglaron sus diferencias. Probablemente lo hicieron en francés, aunque vete

a saber, tal vez fuera en arapajoe. Lo que es seguro es que el primer paso lo dio el niño; si bien previamente se ajustó el casco, por si las moscas.

¿Le puedo hacer una pregunta? Es muy pequeña.

Claro, hijo, y aunque sea grande.

¿Usted no es malo?

No. ¿Y tú?

Yo tampoco. Lo de la bici fue sin querer, se lo juro.

Ya me imagino, ya.

Y si no es malo, ¿por qué no nos dejó volver a nuestro país con los demás?

Pues no sé...

¿No lo sabe?

No, digo sí. Espera, déjame que me acuerde.

Pero ¿se le ha olvidado o qué?

No, no, no, ya recuerdo. Es que no quería que me dejarais solo.

¡Cómo!, ¿usted está solo?

Sí.

¿No tiene hijos?

No.

¿Y tampoco tiene mujer?

Tenía... Pero se fue.

¿Y adónde se fue?

Bueno, quiero decir que ya no está.

Ah, ¿se murió?

Así es...

¿Pues haberlo dicho antes, hombre! Podía haber venido con nosotros a casa...

¿De verdad?, ¿me dejarías vivir con vosotros en vuestro país?

Claro.

Gracias, hijo, pero no creo que tengáis sitio para alguien tan grande como yo.

Sí que tenemos. Mis hermanos mayores ya no viven en el caserío.

¿Sabes, Martín?, eres un pequeño *fadet*.

Yo no soy pequeño, soy mediano.

Perdona, entonces eres un *fadet* mediano.

¿Y qué es un *fadet*?

Un *fadet* es un diablillo bueno.

Pues usted es un pirata malo.

Ya, eso me han dicho siempre. Sobre todo los de derechas.

Al terminar el postre, el *sheriff* Garfio se puso muy pesadito, y sin venir a cuento, les hizo quitarse los zapatos y dejarlos junto al árbol de Navidad. Luego les previno de que esa misma noche, en cuanto se durmieran, un señor con barba blanca llamado Papá Noel iba a colarse en casa a través de la chimenea con la intención de dejar un regalo junto a cada par de zapatos. Los pequeños Abrisqueta no conocían a ese señor personalmente, pero dedujeron que se dedicaba al mismo oficio que los Reyes Magos de Oriente.

A Lucas se le veía muy nervioso, y por fin explotó: ¡¡Pero es que no tenemos chimenea, no tenemos chimenea, no va a poder entrar!!!

Fue un grito completamente inesperado, pues llevaba mucho tiempo sin decir nada (tenía las palabras contadas; calculo que ahora le quedarían tres o cuatro como mucho). Afortunadamente, la preocupación de la criatura se demostró innecesaria, ya que en última instancia el tal Papá Noel debió entrar por el agujero del váter, porque a la mañana siguiente había cuatro cañas de pescar cuidadosamente colocadas junto a los zapatos.

¡Hombres!, protestó Matilde. ¡Siempre igual!

La muñeca estaba indignada, faltaría más. ¡Qué hacía ese artilugio al lado de sus zapatitos rosas! ¡En qué estaba pensando Papá Noel, jolín, si ella no pedía demasiado, se hubiera conformado con una muñeca de cero noventa y cinco! ¡Pero no, hala, una caña! ¡Y para qué, para qué quiere pescar una muñeca, que se lo digan a ella, a ver, para qué!

Martintxo y Lucas, por el contrario, estaban encantados. Comparados con el Papá Noel ese, los Reyes Magos y el mismísimo Olentzero (un carbonero que se ocupaba de hacer llegar los regalos navideños a los niños que vivían en lo más profundo de las montañas del País Vasco), eran unos clasistas de tomo y lomo. Cómo se entiende si no que dispensaran juguetes y más juguetes a los niños ricos, y solo unas tristes onzas de chocolate a los pobres.

No obstante, esas reflexiones cayeron en el olvido, pues pasó el tiempo y los días volvieron a alargarse. Lo hicieron tanto que ya no sabías si era hoy o mañana, y todo el mundo andaba un poco despistado, preguntándose sin parar qué día es hoy, por favor, qué día es hoy. Lo curioso del caso es que, no sé por qué, casi siempre era martes. Precisamente un martes, cómo no, se presentó el verano, y a las once en punto, justo cuando sonaba la última de las campanadas, Martintxo se hizo amigo nada más y nada menos que de Adrien Chapot, el hombre bueno al que robó la bicicleta. El extraño suceso ocurrió en la tienda de aparatos eléctricos que regentaba este en la misma Rue de la Gare, cerquita del puente; un comercio de alto copete donde vendía cosas muy modernas, como aparatos de radio, bombillas cegadoras y hasta enchufes ergonómicamente diseñados para introducir los dedos en caso de aburrimiento pertinaz. Gracias a uno de esos enchufes de color azabache, tornillos de acero forjado y ciento veinticinco voltios de potencia de cosquilla, se produjo el encuentro. El crío estaba admirándolo con la nariz pegada al escaparate, cuando unas barbas reflejadas en el cristal lo invitaron a pasar por si quería conocer al enchufe personalmente. Cayó en la trampa como un merluzo. ¡Mecachis!, no había reparado en la identidad del oso que se escondía bajo aquellas barbas tremebundas.

Sin embargo, no hubo problema, enseguida conectaron con el enchufe y, a partir de entonces, víctima y ladrón pasaban las horas muertas en la tienda escuchando un aparato de radio que decía cosas que al hombre de la bicicleta le preocupaban muchísimo. Pobre, era muy sentido. A veces, incluso, cuando la radio emitía alguna noticia procedente del otro lado de los Pirineos, montaba en cólera y se dirigía al locutor como si estuviera ahí mismo, junto al mostrador. Le decía que aquello que salía por su sucia boca no era más que una sarta de mentiras, y que por gente como él, se avergonzaba de ser francés. En su opinión, Francia, y sobre todo Inglaterra, se portaban fatal con el país de Martintxo, no querían echarle una mano, lo que a su modo de ver explicaba que los rebeldes estuvieran ganando la guerra de calle. ¡Como para no hacerlo!: ellos disfrutaban de toda la ayuda del mundo gracias a una cosa muy rara que el hombre de la bicicleta denominaba «eje italo-alemán».

Efectivamente, Adrien Chapot sabía todo lo que se puede saber; por eso tenía la cabeza tan grande, para que le cupieran todas esas cosas. Llevaba años escuchando la radio ininterrumpidamente, de manera particular desde que lo despidieron de la fábrica por participar en una huelga y no le quedó más remedio que abrir un negocio por su cuenta para ganarse la vida. Por lo visto, los jefes de las fábricas de hilaturas no se conformaban con explotar a los caballos del pueblo.

Martín, al ver cómo el recuerdo de aquella huelga escocía a su amigo, que no paraba de rascarse, acercó la boca a su oído y le confesó que, ahí donde lo veía, él era un miembro histórico del Partido Comunista. Se afilió cuando era pequeño, antes siquiera de que se le cayera el primer diente de leche. Le contó el secreto por si le interesaba, pues tenía enchufe en el sindicato; y de los gordos, de quinientos voltios o más. Un íntimo suyo, Juan, era el jefe de los obreros de La Peña. ¡Qué digo de La Peña, era el jefe de los obreros de todo Arrigorriaga! Como lo oyes. Aunque si lo que pretendía era que lo readmitieran en la plantilla, tampoco hacía falta molestar a Juan. Con toda seguridad le aconsejaría lo mismo que él: contratacar a cara perro, declarar sin remilgos una guerra contra la fábrica. Pero ojo, una guerra como Dios manda, de carácter general; nada de una guerra civil de esas, que son más malas que arrancadas y resulta imposible ganarlas por culpa del dichoso eje italo-alemán.

Tú hazme caso, sentenció mientras señalaba con disimulo al tirachinas, que le colgaba del cinto. Si quieres, Miga y yo nos ocupamos del asunto.

Agradecido, Adrien Chapot se ofreció a llevarlos de pesca a un lugar secreto donde, aseguró, había tantos peces que resultaba difícil encontrar hueco para darse un chapuzón. Los chavales aceptaron la invitación encantados, y el hombre de la bicicleta los recogió a primera hora del día siguiente con su coche, un Rosengard más negro que el del mismísimo Al Capone. Era un auténtico vehículo oruga: precioso, aunque lamentablemente no disponía de ametralladora en el techo para asaltar fábricas y eso. Una pena. Tampoco era muy confortable, la verdad; debido al blindaje, las ventanillas quedaban tan altas que si querías disfrutar del paisaje tenías que estirar el cuello como un avestruz.

Fue un viaje alucinante, más largo incluso que el del mismísimo capitán Nemo; de casi veinte minutos, fíjate. El río fluía al otro lado de la ventanilla entre enormes peñascos que trataban de cortarle el paso, mientras las montañas crecían tan cerca de la carretera que resultaba imposible determinar si tenían cumbre o por el contrario llegaban hasta el cielo. Alcanzaron un puente de piedras que hacían equilibrios una sobre otra, conocido como el Pont de la Violette, pero no lo cruzaron; el Rosengard se internó en un bosque de corzos, ardillas y sustos, hasta que de repente, sin previo aviso, estalló en sus ojos la maravilla más grande jamás vista por niño alguno.

Bienvenidos a la cascada de Charabotte, anunció Adrien Chapot. ¿A que es bonita?

No, no lo era. Era mucho más que eso. El río volaba, caía al vacío desde lo alto de una de aquellas montañas sin cumbre. El salto era tan vertiginoso que buena parte de su caudal se descomponía en miles de millones de gotitas diminutas que, al contacto con la luz del sol, formaban un arcoíris inmenso que daban ganas de escalarlo para alcanzar la Luna.

Aparcaron junto a un molino y tomaron a pie por una senda que se detuvo a una distancia prudencial del rugido de la cascada, en un remanso de aguas de espejo custodiadas por libélulas. El hombre de la bicicleta les informó de que aquel río volador era el mismo que pasaba por el pueblo, el Albarine; un nombre que a Martintxo le resultó familiar, sospechosamente familiar diría yo. En eso pensaba mientras no perdía detalle de lo que hacían las manos peludas de Adrien Chapot, que se entretenían ensartando una mosca en el anzuelo. A continuación, largaron el sedal y se pusieron a agitarlo con la caña dibujando eses sobre el agua. Los chavales imitaron la técnica del maestro pescador, y a fe que aquellas tres moscas ensartadas silbaban sobre el río como diciendo «Cómeme, cómeme». Sin embargo, las truchas no se daban por aludidas, y Adrien, en vista de que el dúo sanguinario comenzaba a impacientarse, trató de distraerlo con la historia del río Albarine. Contó que allí, un poquito más arriba o un poquito más abajo, vivía un hada con pies de pato que caminaba por encima de las aguas vestida de blanco; y naturalmente, Martintxo se enamoró al instante.

¿Es guapa?, preguntó ruborizado.

Sí, mucho, respondieron las barbas de Adrien. Y también esbelta, y su cabello es largo y lacio. Pero hay que tener mucho cuidado, porque tiene la voz tan imponente que cuando la escuchas te sube la fiebre. Dicen que es la guardiana del río, y por eso, cada cien o doscientos años, derriba los puentes y las barcas que tratan de domesticarlo.

¡Ay va! ¿Entonces es un hada salvaje?

Sí.

¡Pues yo quiero verla, yo quiero verla!

Bueno, eso es muy difícil. Los pocos que han tenido el privilegio de contemplarla nunca se han atrevido a revelar el lugar donde la sorprendieron. Además, da igual que la busques, solo se deja ver si a ella le interesa, así que lo mejor será que sigamos pescando.

Los chiquillos volvieron a la faena, pero no podían quitarse aquel hada de la cabeza. La imaginaban rubia, alta y buena como una madre. Miga incluso notó que una melena le corría por los tobillos y trepó a una roca para alejarse de la caricia del agua. Aunque como siempre, no dijo nada para que no cundiera el pánico.

Pasaron unos minutos especialmente cansinos, y Martintxo, harto ya de aquellas truchas que no hacían más que pavonearse por allí como por la Gran Vía de Bilbao, decidió olvidarse de las exquisiteces técnicas de la pesca con mosca y se lio a manotazos con el río con la innoble intención de acabar con una de esas malditas aunque fuera de un sopapo. Tampoco hubo suerte, pero el ejercicio, al menos, le despertó el apetito y sacó un bocadillo de la cesta que había preparado Adrien Chapot con el almuerzo. El bocata estaba envuelto en papel de periódico y, al retirarlo, descubrió tres personajes imponentes que aparecían retratados en sendas fotografías, dispuestas una junto a la otra. Se le abrió la boca. Estaba impresionado. Esos tipos transmitían tal gallardía que le entraron ganas de reclinarsse ante ellos y limpiarles los zapatos. ¡Dios, qué tíos!, si costaba casi hasta mirarlos de tan estirada como tenían la barbilla.

Leyó los pies de foto que identificaban a cada personaje: «Hitler..., Mussolini..., Franco». Lo hizo lo suficientemente alto como para que los nombres de aquellos tres prodigios de la naturaleza resonaran en su memoria; y gracias a eso, se percató de que uno de ellos no le era del todo desconocido.

Recordó que el tal Franco aparecía a menudo en las conversaciones secretas que su padre sostenía en la cocina con Inocencio Laucirica, un vecino muy enterado de los vaivenes de la política. Intrigado, el soldado Messerschmitt se acercó al hombre de la bicicleta para que le aclarara el asunto, aprovechando que lo sabía todo.

Oye, ¿quiénes son estos señores tan altos?

¿Quiénes?, ¿los de las fotos?

Sí.

¡Pero si esos señores no son altos!

¿Ah, no?

¡Qué va!, ¡son más bajitos que tú!

¡Pero eso no puede ser!, ¡míralos qué grandes son!

Martintxo, esos no te llegan al tobillo; créeme.

¿De verdad?

De verdad de la buena.

Pues vaya. ¿Y quiénes son?

Son dictadores.

¿Dictadores? ¿Y qué es eso?

Son jefes. Pero jefes muy gordos.

¡Ah, son jefísimos!

Sí, supongo que podríamos llamarlos así.

Pero ¿cómo pueden ser jefísimos, si son bajitos?

Al chaval se le acababa de caer un mito a los pies. Hasta ese momento pensaba que para ser jefísimo había que ser del tamaño de una jirafa. De hecho, esa era una de las razones por las que pretendía hacerse jefísimo de mayor, pues presumía que así se garantizaba crecer como mínimo hasta los dos metros y medio de altura. Sin embargo, lo que más lo desconcertaba de aquellos tres tipos no era su escasa talla, sino que si te fijabas con atención, te dabas cuenta de que en realidad tenían cara de bobos, ¡pero de bobos bobos!, a pesar de que trataran de disimularlo con esa barbilla tan enhiesta. Ciertamente, más que jefísimos, parecían tres profesores malencarados. ¡Uy, la verdad es que le estaban empezando a caer fatal!

¿Y para ser jefísimo hace falta tener esa birria de bigote?

Eso parece.

Pues vaya asco.

Y que lo digas. Pero lo peor es que esos señores son malos.

Ya me imaginaba que debían ser unos jefísimos de tres al cuarto, ya.

En ese periódico no lo dice, pero por su culpa se acerca una guerra.

¿Una guerra? ¿Aquí? ¿A Tenay?

Sí, dicen que puede estallar en toda Europa.

Pero ¿una guerra de las de verdad?

Martintxo preguntó esto porque, claro, existen varios tipos de guerra, y algunas, por cierto, le gustaban mucho, como la que mantenía con Garfio. Pero Adrien Chapot arruinó la esperanza asegurando que aquella guerra, además de real como la vida misma, iba a contar con un enemigo de categoría: ¡los alemanes!

¿Los alemanes?, repitió nuestro héroe. ¿Los alemanes?

Sí, los nazis, precisó Adrien.

Messerschmitt guardó silencio. Durante unos segundos desfilaron por su mente imágenes de sombras de avión, de destrucción y de lágrimas, multitud de lágrimas. Y cuando al fin cesaron las imágenes, se expresó con el corazón en los labios:

¿Sabes?, yo tengo un amigo que es alemán pero es bueno. Lo llaman El Abuelo. Si quieres puedo hablar con él para que no haya una guerra de verdad aquí también...

Aquellas palabras inocentes de niño dejaron sin respiración al hombre de la bicicleta. Estaba a punto de echarse a llorar. Intentó disimular haciendo ver que se le había metido algo en el ojo, y luego, con la emoción, se puso a parlotear sin parar. Aprovechó el discurso para aclarar que los nazis eran como los rebeldes del país de Martintxo, y que si nadie lo impedía, iba a terminar sucediendo lo mismo que al otro lado de los Pirineos. En su opinión, entre todos (entre todos los mayores, quería decir), habían permitido la propagación de una cosa muy mala que se conoce como «fascismo» por miedo a que estallase otra guerra mundial. Sin embargo, acto seguido se le calentaron las orejas, y desdiciéndose un poco de lo anterior, acusó directamente a los que pensaban con el hemisferio derecho de la cabeza de ser los auténticos

culpables de aquel desaguisado. A su juicio, buena parte de ellos apoyaba a esa cosa, también denominada «nacionalsocialismo», pues la veían como un medio de contener las huelgas de todos los caballos y los obreros del mundo; en especial, de los que vivían en Rusia. Eso fue más o menos lo que Adrien Chapot explicó a los chavales, aunque los pobres no entendieron demasiado; particularmente el trozo que concernía a los rusos, que vete a saber qué demonios pintaban en aquella película.

Martintxo tragó saliva.

Entonces, ¿la guerra va a ser de verdad de verdad?

Sí, hijo, sí.

Pues entonces tenéis que venir conmigo a Arrigorriaga.

¿A Arrigorriaga? ¿Nos invitas a vivir en tu país?

Sí.

Muchas gracias, Martintxo, pero supongo que yo me quedaré aquí.

¡No, no, no te puedes quedar aquí, la guerra es mala!

Lo sé, lo sé. Pero alguien tendrá que luchar, ¿no?

¡No, eso no! Lo vamos a pasar en grande, veréis, ¡el alcalde también viene!

¿El alcalde?

Sí, iremos todos juntos, en cuanto nos reclamen mis padres.

El hombre de la bicicleta bajó la cabeza al escuchar la palabra «padres» de boca de aquel niño huérfano. Y al hacerlo, advirtió un pequeño destello en el lecho del río.

¡Mirad, chicos!

¡Ay va, qué cristal más bonito!

Toma, para ti, Martintxo.

¿Y Miga?

No te preocupes, el próximo cristal que encontremos será para Miga.

¡Ah!, pero ¿hay más cristales?

Sí, antiguamente había una fábrica de vidrio aquí cerca. Es fácil dar con ellos.

Pues este se lo voy a regalar al hada cuando la vea.

Harás bien, parece un diamante. Lo ha moldeado el río, mira.

...

Oye, Martintxo, te quiero decir una cosa.

Vale, te dejo que la digas.

Escucha, hijo..., si finalmente tus padres no os reclaman..., por lo que sea..., porque están muy ocupados..., o porque se han ido a vivir lejos..., no sé, por ejemplo, a América..., y ocurre que no podéis regresar junto a ellos..., ¿querrías venir a vivir conmigo y con mi mujer?

Al oír esa pregunta, formulada por aquel hombre bueno al que un día robó la bicicleta y ahora se ofrecía a adoptarlo, Martín Abrisqueta Mendíbil notó que se le desvanecían los apellidos y una soledad inmensa se apoderaba de él. Por primera vez se sintió huérfano, y dejó caer la cabecita al suelo, al vacío, a la nada. Pero justo entonces, en ese momento perdido, sin futuro, sin presente, una luz chiquitita lo alumbró desde el fondo del río. No, no es el hada, Martintxo, no lo creas. Bueno, quién sabe, tal vez; pero si me preguntas, te diré que es una piedra preciosa, medio azul medio transparente, que brilla tanto o más que Campanilla.

Peter Pan se agachó y recogió aquel cristal pulido por el río Albarine con cuidado de no aplastarle las alas. Lo acercó a sus ojos mágicos y miró a través de él, pero aunque parezca mentira, no vio ningún mundo de colores. Luego transcurrieron unos segundos muy tristes, y el niño que no sabía llorar se dirigió al hombre de la bicicleta, pero sin mirarlo a los ojos, como si continuara buscando hadas en el agua. Su voz sonó entrecortada por el rumor de la corriente y los cantos rodados del río.

Mi hermana..., mi hermana Paulina dice que tenemos que estar los cuatro juntos, pase lo que pase.

Entonces, Adrien Chapot, el hombre de la bicicleta, cayó también al vacío, pero en su caso desde lo alto de la bondad de su metedura de pata, e intentó ahuyentar los fantasmas del miedo con una sonrisa que apenas logró asomar entre sus barbas.

Tu hermana Paulina tiene mucha razón, hijo. Los hermanos siempre siempre deben estar juntos.

Eso fue lo que dijo aquel hombre bueno. Miga lo miraba, esperaba, deseaba con toda su alma que se volviera y dadas las circunstancias, lo adoptara a él. También era un niño perdido, ¿acaso no lo veía? Tenía abuela, sí, pero una abuela no es lo mismo que un padre de los de verdad, de esos que te llevan al río a pescar y cuentan leyendas que te hacen cosquillas en los tobillos.

Sin embargo, Adrien Chapot no se volvió. Continuó pescando.

Capítulo 66

Juan sin miedo

Otoño de 1938

Aquella madrugada de finales de octubre, Lucas, el niño azul, se levantó de la cama muy temprano, antes incluso de que la luz del alba rayara el cielo. Cruzó la habitación a gatas, y ni corto ni perezoso, metió la manita en el pantalón de Martintxo. Como todas las noches, aquel pantalón aventurero descansaba recostado sobre una silla, agotado por la vida ajetreada que le había tocado en suerte, y ni por lo más remoto iba a ser capaz de advertir que le estaban sustrayendo el mayor de sus tesoros: el Smith & Wesson.

El niño azul, de improviso tan ladrón como su hermano, se colgó el revólver del cinto y se llenó los bolsillos de munición (madroños verdes que Messerschmitt escondía en un bote de hojalata). Luego terminó de vestirse y, cosa extraña en él, se puso el casco. El suyo era de lana color hueso, de esos que, además de cocorota, cubren cuello y barbilla y pican horrores. Únicamente lo usaba cuando las circunstancias meteorológicas lo exigían a gritos. No era el caso. A través de la ventana del salón vemos estrellas bonitas, la promesa de que en breve arrancará una apacible mañana de otoño. Me pregunto qué tramará este crío. Juraría que se prepara para ir al frente; aunque resulta paradójico, pues aún faltan diez meses y medio para que se

declare la Segunda Guerra Mundial en Nunca Jamás. Eso sí que es patriotismo.

¡No me lo puedo creer! Mirad, acaba de sacar un sapo disecado del último cajón del aparador, el típico sapo atropellado por un coche y embalsamado en la carretera por la acción del sol. Lo ha escondido debajo del calcetín. Empiezo a preocuparme. Para el que no lo sepa, apuntaré que las momias de sapo son amuletos que los niños de todo el mundo utilizan para ahuyentar los malos augurios cuando se disponen a realizar una de las suyas; es decir, una heroicidad sin precedentes. No contento con eso, ahora se santigua cuatro veces seguidas y sale a la calle con cuidado de no despertar a sus hermanos.

Es la primera vez que el niño azul se aventura solo por las callejuelas de Tenay. No hay más que ver cómo se conduce para darse cuenta de ello. Camina encorvado como un bicho bola, intimidado por las sirenas que anuncian el comienzo de la jornada en las fábricas, pero mucho más, por las voces y los pasos de la mañana, que andan a toda prisa pues llegan tarde al trabajo. No es extraño que tirite. Encogido como está, su mirada apenas se alza tres o cuatro palmos por encima del suelo, y desde ahí, su ángulo de visión es el de un perrito de orejas gachas perdido entre una multitud de piernas de gigante. Ese es el ángulo con el que mira el miedo.

De pronto, escucha algo terrible que rebota por las laderas de las montañas que protegen Tenay de los malos vientos.

¡Pum! ¡Pum, pum! ¡Pum, pum!

¿Disparos? ¿Son disparos?... Claro que lo son, y muy gordos. Por eso se lanza a la carrera y choca con unas piernas y luego con otras y otras más. Desconoce que esos disparos no matan seres humanos, todavía. Son cazadores. Persiguen a un venado que ha delatado su posición en el bosque de Fies berreando al olisquear el rastro de una hembra en celo. Cada detonación retumba en el pecho del niño azul como si le estallase una guerra dentro, y al igual que el venado, siente la necesidad imperiosa de gritar, de dejarse matar. Pero no, es evidente que se propone hacer algo importante porque acelera, corre sin desmayo, escasamente guiado por la luz del alba, que ya despunta en el cielo. Vuela más rápido incluso que el venado y enseguida deja atrás las

últimas casitas del pueblo. ¿Qué ocurre, Lucas? ¿Adónde te diriges? ¿Por qué has tomado prestado el tirachinas de Martintxo?

¡Pum! *¡Pum, pum!* *¡Pum, pum!*

De repente, un muro le corta el paso, y al tratar de sortearlo, se encuentra rodeado de lápidas, filas y filas de lápidas calladas. Ese silencio sepulcral lo clava al suelo. Nota que lo atenazan los muertos enterrados bajo sus pies. Por fin reacciona y cruza el cementerio como una exhalación, salta por encima de una vagoneta herrumbrosa y, más allá, tropieza con un raíl escondido entre la hierba alta. Ha caído de bruces. Sangra por las rodillas y por las manos, se mira las palmas y ve que el óxido del raíl de vía muerta con el que ha tropezado se introduce en sus heridas. Escuecen como si le corrieran mil ortigas por las venas. Pero lo que lo aterroriza ahora no es el tétanos, sino el propio sol, que acaba de asomar por encima de las montañas e ilumina con su fuego el mayor de los pánicos de Nunca Jamás. Está ahí, frente a él: el Túnel del miedo, el averno del que tanto ha oído hablar, la boca de lobo excavada por el diablo para despejar el camino de un tranvía fantasma que nunca llegó a existir.

Ya sé lo que pretende. Increíble que no me haya percatado antes. Busca la solución final a una vida que no lo es. Intuye que de continuar así, morirá de pena, angustia o tal vez *azulismo*; da igual. Hasta ese momento vagará por sus miedos con la mirada escondida. Y lo peor es que su hermana mayor crece, llegará el día en que no estará allí para taponarle los ojos. Es consciente de ello porque desde hace unas semanas Paulina se peina demasiado. Entonces, cuando ocurra, cuando conozca a alguien, a un chico tonto y malo, ya no tendrá quien lo quiera. Necesita salir del túnel entrando en él, antes de que sea tarde. Sí, penetrará en el pasillo oscuro, ese que se prolonga más allá de tu habitación y que ningún chiquillo osa atravesar por mucho que necesite ir al baño. El niño azul ha decidido suicidarse como tal, terminar con su *azulismo* o morir. Quiere ser un hombrecito, un valiente como Martintxo, dejar de sufrir. Desconoce por tanto que el soldado Messerschmitt fue incapaz de enfrentarse al Túnel del miedo. Por supuesto, le habrá contado una de sus milongas. Por ejemplo, que hubo de cruzarlo dos veces seguidas porque se le había olvidado

una cosa al otro lado, y precisamente a la vuelta, lo atacó una serpiente ciclópea de dos cabezas que ventiló de un par de disparos.

¡Pum, pum!

Lucas tomó aire y levantó una de sus rodillas bañadas en sangre para dar el primer paso hacia su catarsis. Al principio todo pareció ir bien, aún distinguía los contornos desiguales de la gruta, pero a medida que sus zapatitos dejaron de saber dónde pisaban, sus piernas se volvieron de plastilina y no le quedó más remedio que gatear como el perrito que era. Al poco, sin embargo, el dolor en las heridas restregadas contra el suelo lo obligó a erguirse de nuevo, y justo entonces, sintió un impacto en el casco: *¡Plas!* Supuso que había sido una gota de agua, ya que sentía cómo le resbalaba líquido por la frente. Pero a esa gota le sucedieron otras, caían bruscamente sobre él, y con cada bofetada de agua, *¡plas!*, el corazón le daba un vuelco. De vez en cuando escuchaba también la ristra de sonido producida por una piedrecita desprendida del techo por efecto de la humedad. Pero eso él no lo sabía, y sus orejitas se dirigían aquí o allá con la carne de gallina.

¡Clock, clock, clock, clock, clock, clock!

No veía la salida por ninguna parte. Ya no existía principio ni fin en la Tierra. Los seiscientos metros del Túnel del miedo estaban trazados con una ligera curvatura que se tragaba la luz al poco de aventurarte en él, y sumido en aquella noche sin estrellas, se supo en las entrañas de un monstruo que respiraba frío. De pronto, por segunda vez en aquel día tan negro, tropezó con algo y cayó al suelo de morros. Le entró el pánico. Debía levantarse inmediatamente, *¡ya, ya, ya!*, estaba advertido de que si detenía su marcha, aunque solo fuera un instante, se convertiría en piedra. Eso rezaba la leyenda. Pero al ir a incorporarse, palpó precisamente eso, *¡una piedra!*, *¡había tropezado con una piedra, con una estatua, con un niño de mármol!* Se puso en pie como un resorte y echó a correr con las manos extendidas hacia las tinieblas, hasta que chocó contra una pared que rezumaba algo viscoso, seguramente sangre, *¡la sangre de los niños muertos!* Desesperado, buscó a tientas la manilla.

¡Qué haces, Lucas! Ninguna puerta te sacará de la pesadilla. Te encuentras en un recoveco ciego de la galería, probablemente excavado para refugiarse al

paso del tranvía. Respira, debe haber alguna manera de salir de ahí. Al otro lado del pasillo hallarás la luz y el aire que te robaron los bombarderos hace tiempo, demasiado ya como para que continúes naufragando.

El niño azul palpaba y palpaba aquella pared sin fin que parecía girar con él como una pareja de baile. Emponzoñaba sus manos histéricas en el barro sangriento buscando una escapatoria, pero ni por un momento detenía sus pies, que aun en el sitio, fingían caminar, como hacen los soldados en los desfiles, cuando pisotean el suelo con violencia pero sin avanzar un solo milímetro. Pretendía evitar que la leyenda negra del túnel considerara que se había parado. A pesar de todos sus esfuerzos, sin embargo, notaba que sus miembros se agarrotaban. ¡Estaba petrificándose! Escuchó una vocecilla, la suya propia, tarareando una canción.

Cara ratón, tachín tachín. Cabeza de melón, tachín tachín...

Un soplo de aire frío, glacial, le acarició la nuca, y al volverse hacia el pánico, encontró la manilla. ¡¡¡Por fin!!! La pared se había desvanecido de un segundo al siguiente, inútil preguntarse cómo ni por qué, lo importante es que ahora tenía vía libre para huir de una muerte tallada en mármol. Como antes, echó a andar con los brazos extendidos hacia las tinieblas, pero, temiendo tropezar con más cadáveres de niños pétreos, esta vez articuló el movimiento de sus piernas como si tratara de subir unas escaleras que ni existen ni se ven, al estilo de Frankenstein.

Sssssssssshhh

¿Qué es eso?

Tranquilo, no es nada. Las alas de un murciélago te han rozado la mejilla. No lo sabes, pero sobre tu cabeza cuelgan cientos de murciélagos boca abajo. Es curioso, ¿verdad?, murciélagos, cuando jurarías que lo que pende sobre ti son pinturas de diablos. Imaginas que desfilas bajo la Capilla Sixtina de los diablos. Cientos, miles, millones de imágenes de ángeles caídos ocupan cada centímetro cuadrado de esa bóveda invisible que observa tu paso. Martintxo te contó que, cuando estabais en Isuma, refugiados en casa de tus tíos, el primo le chivó que había diablos escondidos en la iglesia del pueblo. Tu hermano, claro está, enseguida convenció al primo para ir a verlos. Al parecer, se encontraban en el hueco que quedaba entre la bóveda de la iglesia y el tejado a

dos aguas que la cubría. Accedieron al lugar desde la torre, gateando por una superficie convexa cubierta de excrementos de búho, a veinticinco o treinta metros por encima del suelo consagrado. Y a la altura del ábside, al fondo de todos los misterios, los hallaron. Eran rostros pavorosos, pinturas maléficas de color sangre.

Cara ratón, atón, atón, atón, atón, atón, atón...

La voz del niño azul resonaba en la galería de forma extraña. No parecía la suya... ¿Es el eco, o es que hay alguien más en la gruta?... Escucha. El pequeño escucha cómo sus piecitos se arrastran uno tras otro mientras se pregunta si la negrura no le habrá arrancado los ojos. El eco no le despeja la duda, pero sí un leve resplandor, que en el momento más inesperado, cuando se creía ciego para siempre jamás, se cuelga en el infierno y tiñe de reflejos preciosos sus paredes sangrientas. Aprieta el paso y la claridad aumenta. Trata de concentrarse en el piso, no quiere levantar la vista por nada del mundo; los diablos pintados acechan, se le echarán encima si osa retarlos con la mirada. Cada zancada hacia delante perfila un poquito más las sombras que proyectan las piedras, los niños caídos en desgracia, por lo que le resulta más fácil esquivarlas y avanzar. Ya ve la salida del túnel, su renacimiento. Pero también otra cosa. Recortada contra la boca de luz, aparece una silueta, y sus pasos vuelven a ser tímidos, más y más conforme la siniestra figura gana en nitidez, en espanto. El niño azul intenta huir de esa visión imaginando que se trata de uno de los diablos pintados, que ha debido de desprenderse del techo. Solo es eso, un dibujo.

Cabeza de melón, elón, elón, elón, elón, elón, elón...

Pero no, no, no, el dibujo no se va. Permanece. Es. Lleva sombrero y enseguida se revela horrorosamente oscuro, sin cara. El crío deja de cantar, y la sombra aplaude, diríase que le ha gustado la interpretación de la tonadilla que le ha permitido sobrevivir hasta ahora: ¡Clap, clap, clap, clap, clap, clap! No, Lucas, no son aplausos lo que escuchas. Son pasos. Los pasos del demonio. Que viene por ti.

La casita de chocolate estaba revolucionada, nadie se explicaba dónde diantres se había metido el niño azul. Habían revisado todo lo revisable, incluso el cajoncito que había en la parte inferior del molinillo de café, no fuera que se hubiera quedado atascado dentro, dada su tremenda afición a esconderse en los lugares más insospechados. Pero nada, no aparecía por ningún lado.

En esas andaban cuando unos nudillos llamaron a la puerta con educación, es decir, tres veces seguidas, *¡toc, toc, toc!*, y Paulina fue a abrir con una mano sobre la boca (la tenía ahí a cuenta de la preocupación). Desde luego, más le habría valido tenerla sobre la nariz, porque al girar la manilla, el *sheriff* Garfio entró en la casa hecho un basilisco y a pocas le lleva por delante hasta los mocos.

¡Pero qué prisas son estas!, quiso protestar la chavala, aunque no pudo porque olvidó retirar la mano de la boca.

El alcalde traía un trapito en brazos. No, esperad un momento; eso no es un trapito...

¡Pero si es Lucas!, pretendió gritar esta vez Paulina, aunque tampoco pudo pues su hermanito parecía muerto. Sí, su piel era de color cielo y sus miembros colgaban desmadejados mientras Garfio corría a acostarlo en una cama.

¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?

No es nada, hija. Es solo un vahído.

¡Un vahído! ¡Virgen Santísima, un vahído! ¿Y qué es un vahído?

Quiero decir que se ha desmayado. Lo he encontrado en el túnel del tranvía.

¿En un túnel? Entonces, ¿se había escapado de casa?

Eso parece. Y la verdad es que ese túnel es un lugar muy peligroso.

¿Estaba en un lugar muy peligroso?

Sí, de hecho me había acercado a echar un vistazo porque queremos cerrarlo y...

¡Ay, Dios mío!

Bueno, el caso es que de pronto le he oído cantar.

¿Cómo? ¿Lucas estaba cantando? ¿En el túnel?

Sí, es realmente sorprendente.
¡Y a qué santo habrá ido allá!
No sé, pero al verme se ha caído redondo al suelo.
¡Ay, por favor, pero si esto es sangre!
Es culpa mía. Siempre me pasa igual. Los niños me tienen miedo.
Eso es por el sombrero, que es muy feo.
Martín, no digas tonterías, el sombrero del alcalde es muy bonito.
No es verdad. Seguro que Lucas se ha desmayado por culpa del sombrero.
¡¡¡Martín Abrisqueta, qué te acabo de decir!!!
No sé, se me ha *olvidao*.
¡Maleducado! ¡Di ahora mismo que el sombrero del alcalde es bonito!
Yo no digo mentiras.
¡¡¡Martín!!!
Pues no me grites.
No te estoy gritando, el que gritas eres tú.
Pues para que te chinces, yo ya sé a qué ha ido Lucas al túnel.
¿A qué?
¡Ah...!, no te lo puedo decir, es un secreto.
¡Martín, o lo dices ahora mismo, o ya no te quiero más!
¡Vale, jolín, no es para ponerse así!... Es que Lucas quiere ser Juan sin miedo.
¿Cómo? ¿Y por eso se mete en un túnel peligroso?
¡Pues claro! No te enteras de nada, Pauli.
Es curioso, chicos, ¿sabéis que no es el primer niño que encuentro en ese túnel?
¿Ah, no?
Últimamente no dejo de pillar chavales ahí dentro. Por eso queremos cerrarlo.
¡¡¡Mirad, mirad, a Lucas se le mueven los párpados!!!
¡Es verdad! ¡Despierta, cariño, soy Paulina!
No sé, este crío tiene un color muy raro. Quizá deberíamos llamar al doctor.

El niño azul abrió los ojos espantado. La invocación al doctor, ese ser perverso que disfruta clavando jeringuillas en el culo de los infantes, había tenido el mismo efecto que una cucharada de aceite de ricino. Se incorporó de golpe, como un auténtico resucitado, y lo primero que hizo fue palparse la cara, las manos, las piernas, las axilas y hasta el pliegue del ombligo. ¡Todavía era de carne y hueso! La noticia le disparó la lengua y a pocas se le escapan todas las palabras que le restaban para lo que quedaba de año.

¡¡¡No soy de piedra, no soy de piedra!!!, eso dijo el manirroto, pero tan sumamente alto que a punto estuvo de hacer añicos las antiparras de Garfio.

¡Qué dice este niño, por el amor de Dios!, protestó el capitán.

¡¡¡No soy de piedra, no soy de piedra!!!

¡Ya te hemos oído, cariño, no eres de piedra!, le tranquilizó Paulina, que temía que le diera otro patatús cuando apenas se había restablecido del primero.

¡He cruzado el túnel! ¡¡¡Soy Juan sin miedo!!!

¡No veis, lo que yo decía!, sentenció Messerschmitt. ¡Si es que soy el más listo!

Dos horas después, la casita de chocolate aún contemplaba la sonrisa del niño azul con la baba colgando. No era para menos. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no veían aquella sonrisa, tan franca, tan grande, tan bonita. A Paulina se le saltó una lágrima al verla de cerca, con sus dientes de leche y todo. No fue la única lágrima bonita que se escapó aquella mañana de otoño en el 43 de la Rue de la Gare, y eso que, salvando al soldado Messerschmitt, nadie se explicaba lo ocurrido. Pero eran felices, qué carajo. Aquella sonrisa llevaba desaparecida desde hacía más de dos años; concretamente, desde el dieciocho de julio de 1936, el día que comenzó la guerra.

Sin embargo, como siempre que ocurre algo bueno, en ese preciso instante vino alguien a amargar la fiesta. En este caso, unos nudillos insolentes que aporrearon la puerta de la calle, que había quedado abierta a la buena de Dios.
¡Pom, pom, pom, pom, pom, pom!

Volvieron la cabeza alarmados, y vieron a dos señores plantados en la entrada ostentando algo espeluznante en la solapa.

¡Una cruz roja, llevan una cruz roja!, advirtió Matilde apretujando la muñeca contra el pecho.

Lucas clavó la mirada en tan aterrador símbolo, y de inmediato, comenzó a resoplar como los caballos de la fábrica de hilaturas, con lo que no tardó en recuperar su sempiterno tono azul. Martín entretanto buscaba su Smith & Wesson en los bolsillos del pantalón, en los de la camisa y en los mismísimos calzoncillos, pero ¡oh sorpresa!, no lo encontraba por ningún lado, algún desalmado se lo había robado. ¡Estaban acabados, esta vez los buitres venían a por ellos!

Los extraños entraron en el piso a paso ligero, aunque de costadillo, debido a las estrecheces del inmueble, y antes de que Messerschmitt pudiera defenderse disparando siquiera una maldición egipcia, ya se habían puesto a cuchichear al oído del *sheriff* Garfio para llevarlo a su terreno. Pero el alcalde no era un vendido, ni mucho menos, y tras escuchar apenas dos o tres palabras de sus labios, se giró hacia los niños, y mostrándoles una sonrisa del tamaño de un camión, les anunció algo maravilloso:

¡¡¡Chicos, os han reclamado!!! ¡¡¡Volvéis a casa, volvéis a vuestra casa!!!

Os podéis imaginar el jolgorio que se organizó a continuación en la casita de chocolate. Fue de los que hacen época, y eso que nadie sabía con seguridad si reía, lloraba o todo lo contrario. Aun así, todos brincaban, daban volteretas supinas o giraban como peonzas hasta desplomarse ridículamente sobre el suelo. En un momento dado, se organizó incluso un corro de las patatas, aunque para ello tuvieron que salir a la escalera, pues como comprenderéis, resulta imposible ejecutar un corro de las patatas de costadillo. Pero ahora que me fijo, miento; no todos brincan. La muñeca permanece quieta en medio de tanta alegría. Seguramente espera a que baje el volumen del júbilo para hacer una de sus preguntas inocentes. Sin embargo, esta será especial. Con ella llegará el silencio.

¿Y la carta? ¿Dónde está nuestra carta?

Pasaron unos segundos insoportables sin que nadie escuchara respuesta alguna, y el *sheriff* Garfio se creyó en la obligación de explicar a los extraños

las palabras de la niña. Les estaba pidiendo la carta que sus padres debían haber enviado a la Cruz Roja para reclamarlos. Los extraños entendieron al fin, pero ni aun así se dignaron a abrir la boca. Tampoco rebuscaron en sus bolsillos para rescatar una carta olvidada con las prisas. Se limitaron a mostrar sus manos. Estaban vacías. Y entonces, exactamente entonces, ni un momento antes ni uno después, una corriente de aire cerró la puerta de la calle sin contemplaciones.

¡¡¡Pooooouuummmmmmm!!!

Capítulo 67

El escarabajo de oro

Otoño de 1938

*E*l día del adiós las vecinas se presentaron en su casita de chocolate con dos maletas que, según dijeron, les servirían para meter el equipaje. Pero como no tenían ni idea de qué demonios era eso del equipaje, las llenaron de recuerdos. La verdad es que el tema les quedó bastante apañado y las maletas se veían la mar de contentas con sus tripitas repletas de conchas del río Albarine, flores silvestres del jardín de las libélulas y otros tesoros. Luego, al terminar la tarea, se miraron en el espejo y se vieron guapos, fíjate; pero eso debía ser porque las vecinas también les habían regalado ropa nueva para el viaje. Aunque a decir verdad, la muñeca no las tenía todas consigo: la sisa le hacía un pliegue en los hombros que la tenía frita, jolín.

Salieron de casa mucho antes de la hora prevista para la partida del tren con el propósito de despedirse de sus amigos franceses, que eran muchos, muy buenos y muy de todo, pero hallaron el pueblo desierto. Bueno, Messerschmitt, siempre al acecho, advirtió la presencia de un escarabajo pelotero dando volatines por la otra acera y lo atrapó en una hábil maniobra, pero aparte de eso, no había nadie, ni siquiera un perro ladrando a una farola o un vejete sentado al sol; qué va. Transcurrieron dos o tres estornudos, pues la mañana, además de extraña, había despertado ventosa, e intrigados, se dirigieron a la

tienda de Madame Marie en busca de una explicación. No tuvieron suerte. Encontraron el ultramarinos con la persiana echada, tan triste y solo como el resto de los comercios del pueblo. Parecía domingo, y sin embargo, como tantas veces en Nunca Jamás, era martes, y por consiguiente, aquel tremendo vacío no tenía sentido.

Messerschmitt apoyó la mano en la culata del revólver y se adelantó unos pasos con la ceja izquierda enhiesta. Justo entonces, se escucharon unos gritos sobrecogedores provenientes de un callejón, *¡¡¡Auuu, auuuu!!*, y nuestro héroe encogió quince centímetros de golpe y porrazo.

¿Qué ocurre?, ¿por qué gritan?, preguntó Matilde.

No sé; ve a mirar, animó Messerschmitt desinteresadamente.

Pero la muñeca, siempre tan timorata, se negó a hacer de avanzadilla y no quedó otra que acercarse los cuatro agarraditos de la mano, pues cabía la posibilidad de que aquellos lamentos supieran algo acerca de la sorprendente desaparición de los habitantes del pueblo. Asomaron las naricitas al callejón con el alma en un puño y, del susto, a pocas se les caen los mocos al suelo. Ahí, al fondo del miedo, en un pequeño y destartado local, había un degenerado hurgando en las muelas de un sujeto boquiabierto. *¡¡¡Auuu, auuuu!!!* El degenerado se volvió al sentir la presencia de los niños en la nuca y descubrieron horrorizados que no era tal, sino algo infinitamente peor: ¡un dentista!

¡Chicos, cómo por aquí!, bramó mientras corría hacia ellos blandiendo unas tenazas que goteaban sangre y trozos de muela. ¡Tenía entendido que regresabais hoy a vuestro país!

Retrocedieron con las manos sobre los papos, pero no pudieron evitar que aquellas tenazas les plantaran dos besos a cada uno.

¿Sabéis?, he oído hablar mucho de vosotros, añadió sonriendo con retintín. Afortunadamente no habéis tenido el placer de conocerme, al menos no tan de cerca como Monsieur Legrand. ¿Verdad, Marcel?

¡¡¡Auuu, auuuu!!!, asintió Marcel al notar cómo maltrataban de nuevo su dentadura.

Resignados ante un adiós tan triste, pues no encontraron a nadie más de quien despedirse, aunque fuera a gritos, al estilo de Monsieur Legrand,

tomaron hacia la estación con la cabeza gacha, vencidos por una nostalgia que crecía con cada llamada de Matilde: ¡Popovski! ¡Popovski!... Su amigo el gato también parecía haber sido tragado por el misterio. Agotada, la vocecilla de la muñeca calló al fin y a partir de entonces caminaron sumidos en un silencio espeso, interrumpido únicamente por las espuelas de Messerschmitt, que marcaban el paso de los últimos segundos en Nunca Jamás. Al doblar la esquina, el viento golpeó sus caritas de otoño y les resultó aún más difícil avanzar hacia el desenlace del cuento de *Peter Pan*. Estaban confundidos. Sus sentimientos eran una mezcla de trazos diminutos de alegría, tristeza y preocupación. Temían, ansiaban, desconocían lo que los aguardaba al otro lado de los Pirineos, pero también sufrían por lo que dejaban atrás: tanto cariño que no cabía en ninguna maleta. Trataban de memorizar aquellos tejados inclinados, el Renault Juvaquatre de la Rue de la Cour, o las bicicletas, siempre las bicicletas. Cada rincón ocultaba un secreto, un recuerdo bonito, que sin embargo, estoy seguro, olvidarán pronto, pues la memoria de los niños es tremendamente frágil. Sospecho que es así porque tienen más futuro que pasado. Deben sobrevivir a sus recuerdos, pase lo que pase.

Una encina enorme sacó a Martintxo de su ensimismamiento y detuvo sus espuelas en seco. Por limitada que fuera su memoria, acababa de recordar algo muy importante. Sacó un sobre del bolsillo, se encaramó al árbol y trepó a lo más alto como un chimpancé.

¡Martín, ¿qué haces?! ¡Baja ahora mismo de ahí!

¡Es que...!

¡Ni es que, ni es que! ¡Que bajas te digo!

¡Pero Pauli, que es que tengo que echar una carta!

¿Una carta?

¡Sí, anoche le escribí a Juan!

¡Pero no la puedes dejar ahí, con este viento va a salir volando!

Ya..., pero siempre se las dejo colgadas en una rama. ¿Qué hago?

Pues lo que todo el mundo: ¡echarla al buzón!

¿Al buzón?

¡Claro, hombre! Si hasta Juan te envió su última carta por correo. ¡Venga, baja!

...

Pauli, pero si la echo al buzón, tendré que poner algo en el sobre, ¿no?

Sí, debes poner el nombre y la dirección.

¿Y qué dirección pongo?

¡Pues cuál va a ser! La de su casa, la de La Peña.

Pero es que Juan ya no vive allí.

Ah, es verdad. Entonces pon..., pon «La Luna». Pero déjame a mí, que tú no sabes.

Sí que sé.

Oye, ¿no querrás que la carta se pierda por no escribir la dirección en su sitio?

No.

Pues anda, dame el lápiz.

...

Es una carta preciosa, Martín.

¡Jolín, eso no vale, la has leído!

¿Y este dibujo? ¿Quién ha hecho este dibujo tan bonito?

¡¡¡He sido yo, he sido yo!!!

¡Lucas, no me digas que lo has dibujado tú solito!

Martintxo estaba indignado por la osadía de su hermana mayor: la muy cotilla no perdía ocasión de meter las narices en sus cosas. Le arrancó la carta de las manos y salió corriendo a la oficina de correos de la Rue Neuve. Pero justo cuando estaba a punto de echarla al buzón, llegó Matilde con la lengua fuera y le pidió por favor por favor que le dejara hacerlo a ella. Extrañamente, Messerschmitt no puso objeción y la muñeca tomó el sobre con delicadeza y se quedó mirándolo como a un tesoro. Durante un año, dos meses, cuatro días y media mañana (el tiempo que llevaban acogidos en Nunca Jamás) había esperado inútilmente recibir una carta tan bonita como esa.

Venga, Mati, apremió Martintxo. Échala ya.

La muñeca no se hizo de rogar; le dio un besito al sobre en cada papo y lo dejó caer al buzón, asomando luego sus ojos azules por la rendija para

comprobar que había caído en buena postura.

Se pusieron en marcha arrastrando los pies y las maletas, como si ya no les quedaran fuerzas para alcanzar su destino. Necesitaban que alguien, aunque fuera el más pequeño de los vecinos de Tenay, por ejemplo la lagartija que vivía en el muro de la escuela maternal, les deseara un feliz viaje. No valían nada sin su despedida, ni cinco céntimos. Por eso, de tan humillada como llevaban la cabecita, no vieron cumplirse su sueño hasta el último suspiro, cuando un alboroto tremendo los tomó de la barbilla y les estampó no uno, sino un millón de besos en cada papo. La estación estaba abarrotada de besos, llovían desde todas partes, no faltaba ni uno, ni siquiera el más minúsculo de los besos de Tenay; sí, ese, el de la lagartija, que lo lanzó desde lo alto de la pared, adonde se había encaramado para que pudieran verla. Sé que es difícil distinguir nada entre semejante barahúnda, pero si os fijáis bien, a la derecha hallaréis los besos de caramelo de Madame Marie, que han venido acompañados de los de las vecinas *regalosas* del 43 de la Rue de la Gare. Y un poco más allá, los besos de lija de Boule de Billard, el hostelero de cabeza pulida que cocina a ultravelocidad. Mucho cuidado, porque a su lado se encuentran los de los niños balompedísticos, que quizá no hagan falta ni dentro ni fuera del área, pero os aseguro que sueltan unos besazos terribles por toda la escuadra. Tras ellos, tal vez los más bonitos de todos, los besos de herradura de los caballos de la fábrica de hilaturas, y si aguzáis el oído, escucharéis también los de los infantes gritones de la escuela maternal y los del mismísimo Popovski, con ronroneo incluido. Es fantástico, mirad, ahora llegan los del dentista y su paciente, Marcel Legrand, que por cierto, después de la intervención, luce un papo portentoso, del tamaño de un balón de reglamento, pero aun así besa, sonríe y llora como todos los demás. No es para menos, en solo unos instantes el País de Nunca Jamás quedará huérfano de niños perdidos. Esa locomotora que aguarda en el andén se llevará consigo el último contingente de refugiados que permanecía alojado en su corazón.

Martintxo era un manojo de nervios. Había tanto cariño desparramado por la estación que le resultaba imposible encontrar el suyo propio. Por un momento creyó distinguir unas barbas tremebundas entre la multitud, pero no podían ser las del hombre de la bicicleta; aquellas parecían infinitamente más

tristes. De pronto se le hizo un nudo en el estómago; sí, era Adrien Chapot, aunque con el rostro completamente desfigurado por las lágrimas. Lo reconoció gracias a su mujer, que hacía lo posible por mantenerlo en pie. Aquel hombre bueno había dejado de ser fuerte como un oso. Corrió a abrazarse a él y se hizo de noche contra su abrigo negro. Un niño pelirrojo observaba la escena desde una distancia prudencial, dos o tres pasos por detrás de la emoción. Paulina, al verlo, se atusó el pelo a toda prisa, y entonces, durante una fracción infinitesimal de segundo, cruzaron sus miradas vergonzosas. El hechizo duró tan poquito porque Raymonde, la niña enferma que vivía en el piso de arriba, lo deshizo con un beso muy mojado. La pobre se había levantado de la cama para despedir a su amiga y a sus cuentos chinos, esos que lo curan todo. Paulina volvió la vista en cuanto pudo, pero el pelirrojo había desaparecido. No tuvo tiempo de sentir la ausencia, pues al igual que el resto de los niños perdidos, pasaba de los brazos de un cariño al siguiente cada quince segundos, como un osito de peluche a la puerta de un colegio. Aprovechando uno de esos cambios de turno, Garfio liberó a Martintxo del abrazo sin fin de Adrien Chapot. ¡Le tocaba a él, concho! Pero antes de estrujar al chaval, el capitán hizo una cosa inaudita: se quitó el sombrero de ala batiente y lo encasquetó en la mollera de Peter Pan.

Toma, para ti.

¡Ay va!, ¿me lo regala?

Claro, hijo.

Muchas gracias. ¡Pero usted se va a quedar sin sombrero, y es el *sheriff*!

No te preocupes, ahora lo vas a necesitar más que yo.

¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Pues porque este sombrero es mágico, ¿recuerdas? Da miedo.

Es verdad, los rebeldes se van a cagar cuando me vean con él.

Seguro.

¿No tendrá otro para mi hermano Lucas?

Pues no, ya lo siento. Habréis de compartirlo.

¿Sabe?, yo también tengo una cosa para usted. Tome.

¡Ay va, cerillas! ¡Qué regalo más bueno, me van a venir de perlas!

No son cerillas. Abra la caja.

A ver, a ver... ¡¡¡Mecachis, pero qué bicho es este!!!

Es un escarabajo pelotero. ¡Rápido, cierre la caja, que se escapa!

¡Ya voy, ya voy!

Cúidelo mucho, ¿vale? Come lechuga y zanahoria.

¿Lechuga y zanahoria? ¡Pues sí que me va a salir caro el regalo!

¿Caro? Pero ¿qué dice?, si este escarabajo es un chollo!

¿Un chollo?

¡Y de los gordos! Cuando llegue la guerra, podrá cambiarlo por dinero.

¿Por dinero?

Sí, cualquier niño le dará un montón de monedas por él.

Ya me imagino, ya.

Oiga, ¿le puedo hacer una pregunta pequeñita?

Siempre me pides permiso para eso, y no es necesario.

¿Usted..., usted cree que mis padres se habrán olvidado de nosotros?

Por supuesto que no se han olvidado de vosotros: ¡si os han reclamado!

Ya, pero entonces, ¿por qué no nos han escrito?

Bueno, puede que no hayan tenido oportunidad.

Sí que la han tenido. ¿Usted cree que estarán..., que estarán...?

No, hijo, no pienses eso. Tus padres se encuentran bien.

¿Y cómo lo sabe?

No lo sé. Pero has de confiar en ello. A veces las cartas se extravían.

¿Y por qué no viene con nosotros?

Ya hemos hablado de eso. Debo quedarme. Soy el *sheriff* de Tenay, ¿recuerdas?

Pero es que en mi pueblo también necesitamos un *sheriff*; seguro que si yo...

Venga, hijo, sube al tren, los de la Cruz Roja os llaman.

¡Es que yo quiero que me acompañe, yo quiero que...!

Garfio selló la boca del niño con un abrazo. Sus palabras estaban minando su coraza de alcalde y temía derrumbarse. Le caló el sombrero hasta la barbilla para que no pudiera ver sus lágrimas y se alejó sin mirar atrás.

¡¡¡Martín, Matilde, aquí, aquí, estamos aquí!!!, gritaba Paulina asomada a la ventana del último vagón, mientras Lucas, pegadito a ella, repetía sus

para expresar el enorme agradecimiento que sentía, pero no por el cristal que le acababa de regalar, sino por contagiarse su alegría durante los meses que habían sido como uña y carne. El teniente coronel Messerschmitt, jefeísimo entre los jefeísimos, le había devuelto las ganas de jugar, aquellas que perdió junto con el habla el día que lo abandonaron sus padres. Ya no necesitaba un cristal mágico para ver el mundo de colores.

Definitivamente, ante la imposibilidad de pronunciar una sola sílaba, optó por comunicarse dibujando en el suelo.

¡Ay va, un gato!, saltó Messerschmitt con las cejas levantadas.

En efecto, su amigo había esbozado un Popovski de largos bigotes. Era su forma de decirle que no se olvidara de él, del niño al que se le comió la lengua el gato. Martintxo se emocionó. Se le notaba en las palabras, que temblaban, aunque no por ello dejaron de ser contundentes:

¡Vamos, Miga, no te puedes quedar aquí!, resolvió tirando de su mano en dirección al tren. ¡Te mentí, las guerras de verdad no son divertidas!

Sin embargo, Miga se resistía a ser arrastrado hacia la salvación. Le hizo saber por qué ladeando ligeramente la cabeza hacia atrás. Ahí, justamente a su espalda, se hallaba su abuela. Aunque de aspecto fiero, en el fondo era una buena mujer y pese a las calamidades de la edad, que la obligaban a caminar ayudándose de dos bastones, había querido acompañar a su nieto hasta la estación. No estaba dispuesta a dejarlo solo en aquel adiós tan duro.

¡Pues que venga, que venga con nosotros, en mi casa hay sitio!, insistió Martintxo.

Pero sabía que era inútil, los ojos titilantes de Miga lo decían todo; su abuela, lo único que tenía en el mundo, no podía viajar a ningún lado con esa cadera desgastada. Se chocaron los cinco y Messerschmitt corrió a ocultar sus lágrimas en el interior del vagón.

¡Chuuu, chuuuuuu!

El tren se puso en marcha muy pero que muy lentamente, como si aquellas manos entrelazadas a través de sus ventanas abiertas lo mantuvieran amarrado a los recuerdos. Pero poco a poco fue acelerando y Nunca Jamás quedó desamparado, observando cómo el humo de la locomotora se alejaba por

aquel desierto de montañas verdes. Dejó de soplar el viento y cayeron los primeros copos de un invierno que prometía ser largo y frío.

Entonces la abuela soltó los bastones, dio dos pasos temblorosos y abrazó a su nieto. Y Miga, después de tantos años en silencio, dijo tres palabras, las tres primeras del resto de su vida:

Te quiero, abuela.

Capítulo 68

La carta que se comió el buzón de la Rue Neuve

Otoño de 1938

Para Juan Gorigolzarri Urzuriaga
Dirección: La Luna (sin número)

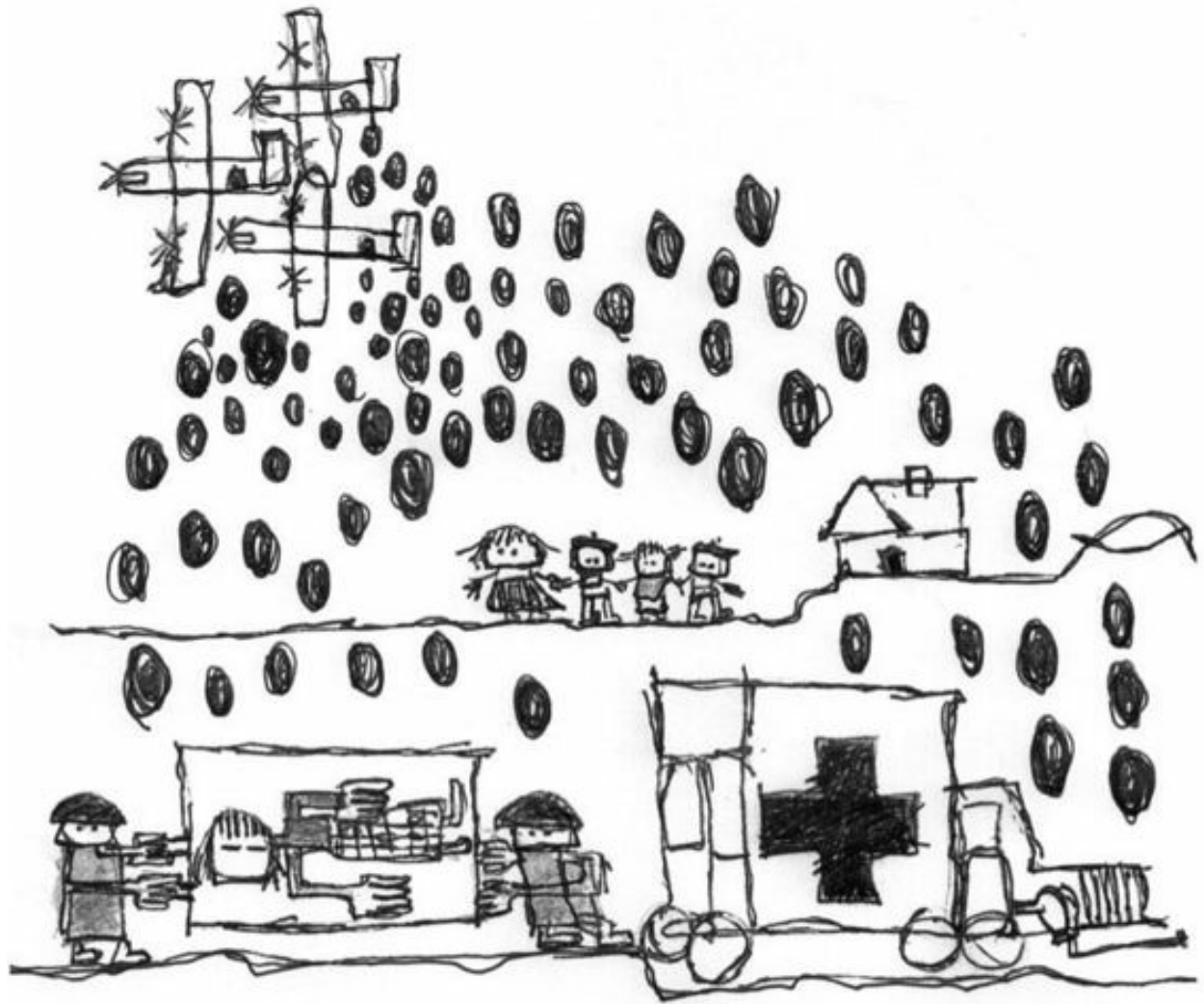
*H*ola, Juan:

Espero que ya no estés enfadado conmigo, te juro que he sido bueno y no he vuelto a volar ni nada de nada. Además, me tienes que perdonar porque ¿sabes?, estoy un poquito triste. Nos han dicho que volvemos a casa, y es muy raro, porque nuestros padres no nos han escrito una carta como a los demás niños. Le he estado dando vueltas y se me ha ocurrido que igual no nos han reclamado ellos, sino mis hermanas mayores. Tengo miedo. Los vecinos del pueblo dicen que no tenemos de qué preocuparnos, porque los rebeldes ya han conquistado todo el País Vasco y el frente está muy lejos de nuestra casa. Pero dicen eso porque no conocen a los rebeldes, ¿verdad? Yo me los imagino más malos que arrancaos. ¿A que sí, Juan, a que son así? Encima he estado investigando y he descubierto que el cuento de Peter Pan está mal escrito. Ya, al principio yo tampoco me lo podía creer, pero es que hay muchas cosas raras aquí en el cuento. Por ejemplo, hay una montaña maldita llena de nieve y de diablos, y dicen que se acerca una guerra de las de verdad. Un amigo mío que oye mucho la radio me ha chivado que es por culpa de tres señores que son jefísimos y son igualitos. Bueno, yo me he fijado bien y no son igualitos igualitos. El que es italiano no tiene bigote, aunque puede que sea porque todavía no le ha salido, como a mí. Pero aún no sabes lo peor: resulta que aquí en Nunca Jamás hay un río que se llama Albarine. ¡A que te suena ese nombre! Ya, a mí también me sonaba mucho, hasta que ayer me di cuenta de que Albarine es como Hamelín pero dicho con acento francés. Y ¿sabes qué?, eso es requetemalo, porque quiere decir que el cuento de Peter Pan se ha mezclado con el de El flautista de Hamelín, que es el único cuento del mundo que acaba mal. Así que mucho me temo que esos tres feos tan igualitos son el mismo. ¡Son el flautista de Hamelín! Y te apuesto lo que quieras a que escondieron

a los niños perdidos en la montaña maldita. ¡Seguro, seguro que es ahí adonde se los llevaron tocando su música!

Juan, tienes que bajar de la Luna, tienes que bajar ya y rescatar a los niños perdidos, pero sobre todo a mis amigos de Tenay, antes de que empiece la guerra y se los lleven a ellos también. He intentado convencerlos de que vengan conmigo, pero no me hacen caso porque soy un niño. Y si a ti tampoco te hacen caso, tenemos que pensar algo para acabar de una vez por todas con las guerras de verdad. Escríbeme pronto, por favor.

MARTÍN ABRISQUETA MENDÍBIL



Lucas

Capítulo 69

El viaje al infierno

Otoño de 1938

*E*l viaje, como todos los viajes que tenían lugar en aquellos tiempos tan lejanos, fue largo y duro. Tardaron mil y una horas en atravesar esa llanura de recuerdos que se llama Francia. Aunque afortunadamente, la mayoría de ellas, unas novecientas y pico, las pasaron durmiendo sobre aquel asiento de madera en el que, en una esquinita, escrita con letras sinuosas, se leía una frase muy difícil de pronunciar de corrido. La muñeca lo consiguió justo antes de caer rendida:

Société Nationale des Chemins de Fer Français.

Cualquier francés que hubiera tenido oportunidad de escucharla, habría detectado en su voz de hada el suave acento campesino de la región de Bugey. Pero la extraña leyenda que salió de sus labios de trapo no era un sortilegio, como cabe esperar siempre de un hada, por pequeñita que esta fuere. Se trataba del nombre de la compañía propietaria del ferrocarril; empresa pública, por cierto, creada en enero de aquel mismo año de 1938, y que poco después, en 1940, sería requisada por Hitler para trasladar a sus tropas hasta el último rincón de la Francia ocupada. No solo para eso, desgraciadamente. Los vagones de la SNCF se utilizaron también para enviar a los campos de la

muerte a decenas de miles de judíos, gentes de izquierda, librepensadores, pensadores a secas, gitanos u homosexuales. Muchos empleados de la compañía, cerca de 800, se negaron a cargar con esa responsabilidad en su conciencia y fueron ejecutados de inmediato. Otros tantos, en torno a 1.200, siguieron el camino humeante de los judíos después de protagonizar actos de insubordinación. Mientras que 2.361, exactamente, saltaron por los aires junto con sus locomotoras, víctimas del fuego amigo de la aviación aliada o de las minas de la Resistencia. En manos de los nazis, trenes como ese que llevaba a los niños de vuelta a casa se habían convertido en un engranaje indispensable para que corriera la sangre por toda Europa y, en consecuencia, en un objetivo prioritario de los sabotajes, en lo que vino a denominarse la batalla del ferrocarril.

Pero la muñeca desconocía todo aquello porque aún no había ocurrido. Así que dormía a pierna suelta. Y la culpa de que no lo hiciera durante la totalidad del trayecto fue única y exclusivamente de los hombres de la Cruz Roja, que los despertaron en mitad de la llanura solo para decirles que si necesitaban algo, no dudasen en pedirlo, pero que pasara lo que pasara, no debían separarse de ellos hasta llegar a su destino. A pesar del horrible símbolo que lucían en la solapa, aquellos hombres no parecían tan malos. Aunque por supuesto, con los mayores nunca se sabe.

Al cumplirse las mil y una horas de viaje, los despertó una ligera variación en el ruido de fondo de los sueños: el traqueteo del tren se había vuelto más cansino de repente. Paulina pasó la mano por el vaho acumulado en la ventana y vieron que estaban entrando en una estación muy elegante que se llamaba Hendaye. Al menos eso rezaba el cartel que colgaba del techo junto a un reloj que marcaba las siete y media. Aunque vete a saber tú si eran de la mañana o de la tarde, porque a esas alturas se respiraba muchísimo despiste en la atmósfera cargada del vagón. Se apearon junto al resto de legañas del convoy, que tenían un aspecto aún más perdido que de costumbre, y los hombres de la Cruz Roja les ofrecieron un bocadillo de chorizo a cada uno. Tenía muy buena pinta, estaba untado en mantequilla, como todo lo que se come en Francia, pero de la que abrieron la boca para hincarle el diente, los hicieron subir a un autobús que tenía los ojos muy juntos y dos jorobas de

maletas en vez de una, y sin comerlo ni beberlo, nunca mejor dicho, ya estaban de nuevo en marcha. Sin embargo, tampoco entonces pudieron disfrutar del bocadillo. No llevaban ni cinco minutos en la carretera, sorteando gente que acarreaba enormes petates sobre la espalda, cuando los de la Cruz Roja detuvieron el camello y dijeron algo que acabó con los murmullos del pasaje.

¡Vamos, rápido, recojan sus maletas! ¡Han de cruzar la frontera a pie!
¡Mantengan la tranquilidad, no pasa nada!

Esa última advertencia despertó su instinto. Cualquier chaval con dos dedos de frente sabe que cuando un adulto pronuncia esas tres palabras, no pasa nada, ha de echarse a temblar inmediatamente; sobre todo si, como era el caso, las acompaña de una sonrisa desdentada. ¡Pobres mayores!, no terminarán nunca de comprender a los niños. Aun así, como eran buenos y obedientes, hicieron lo que el resto del rebaño y se apearon del camello con los mocos colgando, temerosos de lo que les esperaba a continuación. Pero ni en la peor de sus pesadillas hubieran imaginado una desolación como aquella: la frontera era una carretera silenciosa que desaparecía en la niebla. Solo eso. Apenas nada. Bueno, si me apuráis, añadiré que tenía barandillas a los lados.

¡Es el puente internacional de Irún!, susurró un anciano todo lo bajito que pudo, seguramente para no contrariar al misterio brumoso que impedía ver más allá.

¿Un puente?, se preguntaron los chavales. ¡Qué extraño! ¿Existen puentes hacia ninguna parte?

¡Vamos, no se queden ahí, algún día iban a tener que cruzarlo!, animaron los hombres de la Cruz Roja, empujando con suavidad la espalda del ejército de estatuas de sal en el que se había convertido aquel contingente de refugiados.

Entonces, por un instante, el velo de niebla se corrió y alcanzaron a distinguir soldados, infinidad de soldados esperando en perfecta formación en la otra orilla. Su impedimenta los sorprendió sobremanera. Nunca habían visto uniformes como aquellos: limpios, del mismo color, con gorra y todo. ¡Qué espectáculo! Aquellos querubines deslumbraban a la mañana o la noche, al sol o a la luna, fuera lo que fuera lo que lucía en lo alto del cielo en aquellos

momentos de incertidumbre. A su lado, los *gudaris* y los milicianos de la República parecían unos pobres desharrapados.

Eran el Enemigo.

Messerschmitt, que llevaba el sombrero mágico de Garfio colgado del cuello con despreocupación, se lo caló rápidamente en la mollera para protegerse las ideas. Pero aunque parezca mentira, no era el enemigo lo que lo inquietaba, sino el estado del puente. Al menos eso es lo que cabe pensar al verlo ahí plantado con la mirada fija en el suelo. Y lo curioso es que no podemos atribuir el despropósito a su naturaleza despistada. En absoluto. Si observáis con atención, comprobaréis que las orejas de nuestro héroe se encuentran erizadas, señal inequívoca de que se mantiene atento a la primera que salte. Supongo que os preguntaréis qué demonios se le ha perdido en el suelo al muy chisgarabís. Os lo diré: intenta localizar la raya. Sí, la raya. Es que no lo comprende: por más que otea el horizonte, no advierte ninguna raya que separe los dos países. Esa es la razón por la que se hurga la nariz con el dedo. Trata de hallar una explicación, y os aseguro que de continuar en ese plan, acabará por perforarse el mismísimo cerebro. Menos mal que alguien se lo impide. Fijaos, Matilde le ha tomado la manita y ahora los cuatro hermanos permanecen unidos frente a esa frontera de mentiras, fría, invisible, sin raya. La muñeca siempre la había imaginado como el muro que rodea la escuela maternal de Tenay, que separa a los de aquí de los de allá, a los niños perdidos de los niños de verdad, a los ricos de los pobres. La creía una especie de Muralla China llena de lagartijas que recorría los Pirineos desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo, para que cada niño supiera en todo momento en qué lado jugar. Eso son los países, ¿no? Una división. O a lo mejor una resta. Nunca una suma, desde luego. En su vida se le hubiera ocurrido pensar que la frontera era solo eso, un puente de miedo en mitad de la niebla. Tampoco a Paulina. Ni por supuesto a Lucas. El niño azul ni siquiera tenía noticia de la existencia de fronteras. De hecho, imaginaba el mundo plano y con una barandilla en cada esquina, para que ningún niño despistado pudiera caerse y hacerse daño.

Martintxo no salía de su asombro. Miraba a derecha e izquierda y se resistía a dar crédito a sus ojos mágicos. ¡Jolín!, tampoco las montañas

estaban pintadas de diferente color. Eran verdes, aquí y allá. Así no había modo de saber dónde diablos te encontrabas. ¡Por favor, aquella frontera era una birria!

¡Dense prisa, no tenemos todo el día!, apremiaron los hombres de la Cruz Roja.

Los refugiados agacharon la cabeza, y uno tras otro, desaparecieron en la bruma, que de nuevo había envuelto el puente internacional hasta confundirlo con su destino incierto. Los niños quedaron solos en la nada, varados en aquel suelo sin raya por el peso de los recuerdos escondidos en sus maletas, mientras la brisa húmeda proveniente de la mar ascendía por el río. Pero no temblaban de frío, no. Lo hacían porque la bruma gritaba.

¡¡¡Alto ahí!!! ¿No me oye?, ¡le he dicho que se detenga! ¡¡¡Y usted, no se salga de la fila!!!

Resignados, echaron a andar y se internaron en el puente del bien y del mal arrastrando las maletas. Caminaban a ciegas, de la mano de la niebla, y agradecieron que el rumor del agua, que discurría cantando bajo sus pies, aplacara un poquito los gritos. Hasta que de pronto, después de un tiempo y distancia imposibles de calcular, pues la frontera es un mundo inventado y sin referencias, un par de botas muy tiesas les cortaron el paso. Y al levantar los ojitos de aquel calzado tan marcial, descubrieron un pistolón, y luego una cartuchera forrada de balas pavorosas, grandes como los dedos de un padre, y al final de todo aquel miedo, coronada por una gorra minúscula, una mirada glacial los atravesó con su espada.

Entonces, a Messerschmitt se le abrió la boca hasta los tobillos y dijo algo tremendo:

¡Ay va, no tiene cuernos!

¿Qué?

¡Que este soldado no tiene cuernos, Mati! ¿No lo ves? ¡Y aquel de allá tampoco!

¡Es verdad! ¡Cómo puede ser! ¿Son normales?

No sé. Pregúntale a Pauli.

¿Y qué le pregunto?

¡Pues qué va a ser, a ver por qué estos rebeldes no tienen cuernos!

No, que me van a oír.

El pistolón se hizo a un lado y les hizo una seña con el gatillo para que continuaran. Habían llegado a la otra orilla y ahora desfilaban por un pasillo de enemigos que los observaban desde lo alto de sus uniformes impolutos.

¡Ya sé, seguro que tienen los cuernos escondidos debajo de la gorra!

No, no puede ser. Esas gorras son muy chiquitinas, no les pueden caber dentro.

Pero, Mati, son diablos. Tienen que tener cuernos y rabo por alguna parte.

Ya...

Le voy a tocar el culo a uno, a ver.

¡No, Martín, adónde vas!

Pero ni siquiera un hada podía detener al soldado Messerschmitt cuando tomaba una determinación. Se caló el sombrero mágico, esta vez hasta el mismísimo tuétano, pues la empresa así lo requería, y, en una maniobra indigna de su historial militar, tocó el culo a un malo como quien no quiere la cosa. El rebelde, al sentir su amor propio mancillado de aquella manera, se volvió hacia el mequetrefe y le lanzó una mirada furibunda, pero por supuesto que no se atrevió a echar mano del pistolón; el sombrero de Garfio daba un miedo que para qué, y como todos los rebeldes, aquel era un cobarde de tomo y lomo.

¡Mati, Mati, tampoco tienen rabo, tampoco tienen rabo!

¿No?

¡Qué va! ¡Y mira lo que pone en ese cartel!

¿En cuál? Hay muchos carteles.

En ese de ahí.

Pone, pone... Fran-ci-a.

No, tonta, lee lo que pone por el otro lado. Es muy raro.

¿Y por qué es muy raro? Solo pone... Es-pa-ña.

¡Pues por qué va a ser! ¿No te acuerdas?

No.

Antes vivíamos en un sitio que se llamaba República.

¿Sí? Pues no sé, igual le han cambiado el nombre al sitio.

¡Vaya faena, a mí me gustaba cómo se llamaba antes!

Y a mí.

Mati, pregúntale a ese rebelde a ver si sabe por qué se lo han cambiado.

No.

Te toca a ti.

No, no me toca.

Venga, que no te puede hacer nada, eres chica.

Pero la muñeca no tuvo ocasión de mostrar su valía, porque justo en ese momento, surgieron de entre la niebla un millón de órdenes contradictorias y la frontera cayó en una confusión morrocotuda.

¡¡¡Usted, ¿adónde va?!!! ¡¡¡Guarde la documentación!!! ¡¡¡Continúen!!!
¡¡¡He dicho que se detenga!!! ¡¡¡Caminen de dos en dos!!! ¡¡¡Oiga, ¿pero es que no entiende el cristiano o qué?!!! ¡¡¡Quieto ahí!!! ¿Qué le acabo de decir? ¡¡¡La documentación en la mano, a la vista, cojones!!!

Los refugiados trataban de obedecer, pero a fe que resulta imposible hacer una cosa y la contraria al mismo tiempo. En cualquier caso, blandían en sus manos unos papelitos que los diablos sin cuernos examinaban una y otra vez, como si en ellos hubiera un problema de matemáticas de difícil solución. A los niños, sin embargo, no les prestaban demasiada atención, tal vez porque no tenían problemas de matemáticas que ofrecer; así que como agentes secretos de ese país de fábula llamado República, aprovecharon para tomar nota de los detalles de la España nueva que se les echaba encima con su manto negro. Miento, ese manto no es negro. Por alguna razón, alguien había empapelado las paredes de rojo y amarillo. Millones de carteles reproducían esos colores junto con expresiones rimbombantes que intentaban tranquilizar a quien osara leerlas; desde luego que sin conseguirlo.

¡No temáis!, el Generalísimo os dará pan y trabajo si no habéis cometido crimen alguno. ¡Arriba la Santa Cruzada! ¡Arriba España! ¡Una! ¡Grande! ¡Libre! ¡¡¡Franco, Franco, Franco!!!

Otras paredes recogían imágenes del tal Franco, el más feo de los tres flautistas de Hamelín, al que se empeñaban en denominar Generalísimo en lugar de Jefísimo. Para su mayor gloria, aparecía retratado entre yugos, flechas y brazos enormes que lo saludaban alzados con la palma abierta. Pero lejos de volverlo siquiera un poquito más atractivo (empresa ciertamente complicada,

todo hay que decirlo), los trazos de las imágenes eran tan rectos que no necesitaban cuernos ni rabo para dar miedo.

¿Quién puede haber sido capaz de dibujar el pánico con tanta precisión?, se preguntaron los pequeños. ¿Acaso los rebeldes son eso, diablos pintados, como los del techo de la iglesia de Isuma?...

Las órdenes se impusieron a los pensamientos: ¡¡¡Suban al autobús!!!
¡¡¡Usted no!!! ¡¡¡Le he dicho que espere, cojones!!! ¡¡¡Primero los críos!!!
¡¡¡Subid, demonio!!!

El camello estaba ahí, frente a ellos, con sus dos jorobas dispuestas a cargar recuerdos y miedo. Las maletas volaban ya por el aire, y antes de que pudieran dar fe de algún detalle más del mundo de Hamelín (siquiera uno pequeño, como el curioso mostacho que lucían la mayoría de los rebeldes, calcado al de su maestro, el flautista feo), ya estaban en la carretera rumbo a algún lugar. Afortunadamente, esta segunda excursión en camello fue un poquito más larga que la primera, y al menos duró lo que tarda un niño hambriento en zamparse un bocadillo de chorizo. Llegaron a su destino con el último bocado. Era un puerto herrumbroso, lleno de barcos de guerra sabiamente atracados de lado. Y digo sabiamente, pues con los cañones, catapultas, cerbatanas y demás pertrechos de batalla, que abultaban una barbaridad, de otro modo habrían ocupado la bahía entera. Pero Martintxo no tuvo ocasión de admirarlos como merecían, ya que los de la Cruz Roja enseguida los embarcaron en una bañera chiquitita, de escasos cinco centímetros de eslora, que ni siquiera contaba con una triste ametralladora.

Poco se sabe de las sesenta millas que surcaron a continuación por el mar Cantábrico. El agotamiento impidió que disfrutaran de las rompientes salvajes de la costa vasca; de los delfines, que abrían surco en la proa para que la bañera navegara a salvo de un mal *pantocazo*, y de las olas de ocho metros, que obligaron al capitán a ceñir contra el noroeste para evitar que la zarandearan de costado. Así transcurrieron los sueños, mecidos por el temporal, hasta que un ruido ensordecedor los rescató del naufragio:

¡Pooooooooo, pooooooooooooooooo!

¿Qué le ocurre a la bañera? ¿Por qué dice eso?

Abrieron los ojos y se encontraron tirados en el suelo de una sala acristalada en vaho, sin un alma a su alrededor. Salieron a cubierta con las legañas puestas, por si acaso, y sorprendieron al resto de los refugiados con medio cuerpo asomado por la borda, como si se dispusieran a darse un chapuzón mañanero.

¿Qué les pasa?, quiso saber la muñeca. ¿Por qué gritan?

La respuesta llegó volando desde la garganta rota de un chiquillo con calcetines de rombos que lloraba a moco tendido.

¡¡¡Madre, madre, madre!!!

¿Qué ha dicho ese niño?, preguntó Lucas.

Esta vez fue todo el pasaje el que repitió una y mil veces las palabras mágicas:

¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Padre!!! ¡¡¡Abuela!!!

¡¡¡Padre!!! ¡¡¡Padre!!! ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Padre!!! ¡¡¡Padre!!!

¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Padre!!!

¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Abuelo!!! ¡¡¡Padre!!! ¡¡¡Padre!!!

Emocionados, corrieron a sumarse al aguacero de lágrimas bonitas que caía por la borda y descubrieron que el Cantábrico se había transformado en un océano de manos agitadas que se morían por abrazar a sus hijos, ¡sus hijos!, perdidos hacía tanto tiempo. Pero la maniobra de atraque se hizo eterna y la emoción en los ojos impedía distinguir nada, ningún rostro conocido entre aquellas olas desesperadas que se movían hacia atrás y hacia delante. La agonía se prolongó durante cerca de media hora, tres años en la vida de un niño, hasta que al fin, a la señal de un marinero, los pequeños, los ancianos y las madres que componían aquel torrente de lluvia bajaron por la pasarela atropellándose y tropezando con las maletas, levantándose, volviendo a caer. Martintxo y sus hermanitos también corrían al encuentro de su cariño, por supuesto, pero sin soltarse las manitas. Según se precipitaban por los rápidos del río, veían cómo uno tras otro los niños perdidos iban chocando con su abrazo y se convertían en luz. Había cientos, miles de abrazos: pequeños, grandes, viejos, alegres, mojados, gordos, delgados, pero por más que buscaban, no localizaban el suyo. Y al volverse hacia la realidad por enésima

vez, se hallaron solos en aquel puerto. Ya no quedaba ni un abrazo de consuelo. Únicamente ellos. Nadie.

¿Recuerdas el día en que tu madre llegó tarde a recogerte a la escuela? Claro que lo recuerdas, ¿verdad? Nunca olvidarás lo que sentiste al ver cómo tus compañeros desaparecían uno a uno, gota a gota, de la mano de sus progenitores, hasta que te dejaron solo. Recuerdas el silencio. Y luego ese sonido, el que escuchaste cuando alguien cerró la puerta del colegio a tu espalda.

¡¡¡Booooooooooooooooooooooooooooouuuummm!!!

Ese abandono, te lo prometo, no es nada; nada comparado con lo que tuvieron que sentir mi padre y mis tíos en aquel puerto sin nombre. Resulta doloroso incluso describir su imagen. Lucas lloraba en silencio. Las lágrimas le caían de la punta de la nariz como un grifo mal cerrado.

¡Poc! ¡Poc! ¡Poc!

Matilde lo acompañaba, pero sus lágrimas de hada tocaban otra canción.

¡Plin! ¡Plin! ¡Plin!

Sus boquitas de trapo parecían selladas para siempre jamás. Miraban al frente, a lo más profundo de la nada. Y la muñeca, por primera vez desde que nació, se soltó de la mano de su dueña y cayó al suelo. Ahí quedó, boca arriba, con sus ojos eternamente abiertos clavados en un punto cualquiera del cielo.

Dos hombres con gabardina y cruces rojas en la solapa, al verlos desamparados, plantados en medio de la ausencia con sus maletas aún dispuestas en sus manitas congeladas, se acercaron lentamente, machacando con sus zapatos de charol las piedrecitas minúsculas que encontraron a su paso. El sonido insoportable de esas pisadas de lija se mezclaba con el suave tintineo del agua, que corría por el suelo buscando cómo escapar de aquel sufrimiento. Ahora, además de lágrimas, llovía también un ligero sirimiri, y los zapatos de charol dieron un pequeño rodeo para evitar un charco. Luego hablaron como habla el calzado, con cuidado de no tropezar.

Vaya, parece que no han venido a recogeros.

...

Bueno, no os preocupéis. ¿Dónde vivís?

...

A ver, tú, la mayor, dime. ¿Dónde viven vuestros padres?

En La Peña, señor.

Ah, perfecto, entonces no hay problema. Prestad atención.

Sí, señor.

Ahora vais a coger el tren a Bilbao, ¿de acuerdo?

Sí, señor.

Toma, hija. Creo que con estas monedas será suficiente.

Sí, señor.

Luego, en Bilbao, supongo que sabrás cómo llegar a casa, ¿no?

Sí, señor.

Dime, ¿qué tranvía has de coger?

El de Arratia, señor.

¿Y dónde está la parada?

En la calle San Francisco, señor.

Vale, asunto arreglado. ¿Alguna pregunta?

No, señor.

Bueno, chicos, nosotros hemos de zarpar ya.

Sí, señor.

Seguid por aquí recto y encontraréis la estación. No tiene pérdida. Adiós.

Los niños, los niños no hablan. Tampoco los mayores. Nadie es capaz de hacerlo cuando desaparece el paisaje, el futuro, el amor, todo frente a ti. Aun así caminan, caminan en línea recta hacia el cadalso. No tiene pérdida, espera en casa, en la entrada, en la cocina, en la habitación de tus padres, al fondo del pasillo. El trayecto hacia la verdad es ese pasillo oscuro que huele a azufre. Eso es lo único que los mantiene con vida. El miedo. Mientras hay miedo hay esperanza. Después, todo se esfuma. Miedo es lo único que ven, que tocan. Es frío como el hielo. ¿Acaso importa si es tarde, pronto, de día o de noche! Por supuesto que no. La oscuridad es noche, la luna es noche, el sol es noche, todo es noche mirado a través del caleidoscopio del miedo. Sus manitas entrelazadas se agarran a él como a un clavo ardiendo. No lo soltarán ni por un momento. De hacerlo, morirían en el acto. Solo se tienen a ellos. Nada más.

Eso temen. La muñeca ya no está tirada en el suelo. Asoma su cabecita de trapo por el cuello del vestidito blanco de Matilde. Permanece ahí, acurrucada contra su corazón, protegida de la lluvia pero no de las lágrimas. Los latidos la golpean. Han llegado a la estación. No es bonita. O quizá sí. Para saberlo necesitarían distinguir algo que no fueran lágrimas. Por ejemplo, el cartel que anuncia el nombre de la parada, otro cartel mohoso apostado en el techo junto a un reloj de agujas que no señalan nada. Están sentados en el tren, bien juntitos, con las maletas encima. Sus pantorrillas cuelgan del asiento sin tocar el suelo, pero no bailan hacia atrás y hacia adelante como entonces, hace años, cuando sus hermanas mayores los llevaron a la playa de Neguri en un tren de vía estrecha muy parecido a ese. Aquel día construyeron castillos de arena más grandes aún que los palacios de los ricos que rodeaban el recuerdo de aquella playa de paseantes de paraguas blancos. Martintxo continúa con el sombrero calado. Más que nunca, necesitará su magia para enfrentarse al peor enemigo de todos: la verdad. No se lo dejará a Lucas. Su hermanito tampoco se lo ha pedido. Desde hace unos días se le ve distinto, menos azul quizá. El tren avanza paralelo a una ría gris escondida entre el humo y el sudor de las fábricas. Se apean en la estación de Basurto, todavía lejos de su destino. Paulina cuenta las monedas, calcula y decide tomar un tranvía, uno más del previsto, que los acerque a la última parada: la muerte. Circulan por una larga avenida escuchando el sonido de la guadaña.

¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón!

Es la campana, que redobla en cada cruce para avisar a los peatones de la presencia del peligro. Se desvían hacia la calle San Francisco y la bajan como un tobogán pero sin sonrisas, y luego suben al tranvía de Arratia, el más bonito del mundo, el que conduce a su hogar. Ojalá les quede algo a lo que llamar hogar.

El chófer grita: *¡¡¡Tolón, tolón!!!* Dos chavales acaban de cruzar a todo correr a solo unos centímetros del parabrisas, y Martintxo vuela al fondo del vagón aullando con todas sus fuerzas.

¡¡¡Satur!!! ¡¡¡Cosme!!!

El chófer, asustado, pues teme haber atropellado a los diablillos, se gira sobre su asiento mientras Peter Pan aplasta la nariz contra el cristal. ¿Eran sus

amigos? No lo sabe. Han desaparecido por una estrada de la calle Abusu. Las campanas repican de nuevo, triste, lentamente.

¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón!

Caminan por La Peña tanto tiempo después y descubren las heridas de la guerra. Ruinas, puentes caídos, caras pálidas. Las calles ya no huelen a guisado, sino a algo extraño, rancio, penetrante. Miseria. Arrecia la lluvia. El viento del noroeste arranca las hojas y las cartas bonitas de las ramas de los árboles. Pero ellos marchan por mitad de la tormenta. Estampan pasitos diminutos en ese barro color hierro que cubre su barrio los días de agua. Apenas los separan quinientos metros de la verdad. La distancia entre huella y huella mengua, las maletas se arrastran, el pasado agoniza. Una sombra oscura los observa desde una esquina. Es el alguacil. No, no puede ser. Al menos, no es el mismo *chiva* de entonces. El de antes se llamaba don Luis, y este es Paquito. Lo conocen desde que tienen recuerdo, solo que ahora luce un bigotillo muy feo. Paquito fue de los pocos del barrio que al comenzar la guerra se pusieron del lado de los rebeldes. Algo raro en La Peña, una comunidad tan humilde como orgullosa, poco proclive a defender a los poderosos. Don Paquito (a partir de hoy habrá que llamarlo así) los mira con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre un correaje del que descuella un pistolón. Sonríe. Los ha reconocido. Es facha (término curioso, mezcla quizá de fascista y fantoche), pero también buena persona. Ahí tienen su bienvenida. Martintxo se pregunta qué habrá sido del anterior *chiva*. Le hacían la vida imposible, pero juro que sin querer.

Ahora sus pasitos, de tan temerosos, casi no dejan huella sobre el barro. Y al doblar la esquina para tomar por la cuesta que conduce al caserío, ven algo asombroso: ¡Colores! ¡Colores, sí, colores en un día gris! Parece el arcoíris, y sin embargo no lo es. En absoluto. El arcoíris, el dios Ortzadar de los antiguos vascos, el haz de lluvia y fuego que ilumina el camino de los muertos hacia la Luna, cuenta con muchísimos más colores en su paleta, pero ni por asomo tan bonitos como los que se encuentran ahí, delante de sus naricitas de seda. Solamente son dos, blanco y negro, pero demasiado importantes como para no tenerlos en cuenta. Destacan como sueños de algodón sobre la loma verde que acoge el caserío, a su casita de chocolate, la verdadera, la que los vio nacer.

Y entonces, casi a la vez, los cuatro abrieron sus boquitas de trapo y pronunciaron dos palabras redondas, perfectas, mugientes. Una por cada color.
¡Las vacas!

Capítulo 69 bis

Regreso a Nunca Jamás

Otoño de 2012

Conduzco por las calles de Bilbao intentando guiarme entre el movimiento frenético de los limpiaparabrisas. Mi hermana Ainhoa y mis padres no paran de conversar, ajenos a las dificultades que encuentro para dirigirme hacia La Peña en medio del aguacero. No conozco mi ciudad, es otra; ha cambiado demasiado desde el día en que decidí alejarme.

Hemos quedado en recoger a la tía Matilde en su casa a las ocho menos cuarto. Vive a solo unos metros del lugar donde se hallaba el caserío que la vio nacer, ocupado desde hace años por un bloque de viviendas. Veo a la muñeca al fondo de la calle, observando el tráfico junto a su marido, mi tío Inaxio. Se nota en sus caritas de sueño que apenas han pegado ojo. Creo que la emoción nos ha impedido dormir a todos. Cargamos el equipaje y mi tío Inaxio nos despide con una sonrisa generosa, como él. No puede acompañarnos: está enfermo, mucho, pero ha querido levantarse de la cama para ver partir a su mujer de regreso a Tenay, su otra tierra, el país de fábula que ha permanecido escondido en lo más profundo de su corazón durante setenta y tres años.

Me incorporo a la autopista en dirección este, rumbo al aeropuerto de Biarritz, donde tomaremos el vuelo 5433 a Lyon. Lamentablemente no hemos de parar a recoger a nadie más. Paulina y Lucas, como el mismo caserío, hace

tiempo que nos abandonaron, y ahora, en el silencio de la carretera, nos acompaña su ausencia. Arrecia la lluvia. Limpio con el dorso de la mano el vaho acumulado en la luna, y en el reflejo, me parece distinguir la cara de mi tío Lucas. Acabo de acariciar su mejilla. Me acuerdo mucho de tus gafas, tío, de tu mirada triste y verde, y también de aquellos sábados, cuando venías a casa a hacer compañía a mis abuelos. Reías al verme echado en el pasillo escalando la cara norte del Eiger, cuya cima, inalcanzable para un niño como yo, se alzaba majestuosa en el salón, en lo alto del sofá. A ti, tía Paulina, te conocía menos, pero sé de buena tinta que, de los cuatro hermanos, eras la que más ilusión tenía por regresar algún día a Nunca Jamás. Por eso la muñeca lloró al enterarse de que Marc Perrot, el alcalde de Tenay, el de hoy, nos había escrito invitándonos a realizar tu sueño. Esa carta llegaba demasiado tarde para ti. Pero a pesar de todo, verás que sonrío; sonrío porque nunca olvidaré lo que me dijo tu hijo mayor cuando me cité con él para que me trasladara tus recuerdos. Josu me confesó que apenas hablabas de aquellos años, tal vez porque te resultaba doloroso, pero en las contadas ocasiones en que lo hacías, siempre te escuchaba decir que, al poco de llegar a aquel mundo tan lejano, supiste que alguien de entre vosotros, uno de los refugiados, había robado una bicicleta.

¡Hay que ser sinvergüenza!, exclamabas indignada. ¡Mira que robar a las personas que te han acogido con los brazos abiertos!

No lo podías creer. Ni yo que, después de tantos años, aún no te hubieras enterado de que el ladrón de bicicletas era nada menos que tu hermano Martintxo, que sin duda calló su pecado para evitar la reprimenda. En cualquier caso, tía, quiero que sepas que Lucas y tú viajaréis siempre con nosotros en esta novela.

Pasamos la frontera por un puente que se halla a unos tres kilómetros del que cruzaron los niños en 1938. La muga es hoy una caricatura de lo que fue; ya no existen los controles ni el miedo de antaño, pero continúa ahí, dibujada en los mapas. Ninguna frontera tiene sentido, pero esta, en mi opinión, menos todavía. Separa dos orillas que no lo son, pues hablan la misma lengua de los

secretos: el vascuence, nuestro *euskara*, el universo de palabras más antiguo y enigmático de Europa. También comparten una forma de ser horriblemente cabezota. Así somos los vascos: un pueblo pequeño en peligro de extinción.

Pienso en la cantidad de cadáveres que esta muga, como todas las demás, ha sembrado a lo largo de la historia. Las rayas de las fronteras están pintadas con sangre. Marcan los confines de batallas pasadas. No delimitan países, sino hasta dónde murió el enemigo. Creo que mi único país es ese puente sin dueño en mitad de ninguna parte. Lo sé, intento distraerme con los jeroglíficos de la política para olvidar la angustia que me produce el corazón enfermo de Martintxo, mi *aita*, que ahora acompaña sus pastillas de colores con un vaso de agua. Comemos en el restaurante del aeropuerto de Biarritz. Atiendo maravillado a los movimientos de las manos de tía Matilde, que parte el entrecot en trozos lentamente. ¿Por qué tengo prisa? Es imposible que perdamos el avión; aún faltan dos horas para el despegue. ¿Qué espero encontrar en Tenay?

Nos enfrentamos a la ceremonia del detector de metales. Cinturones, teléfonos, pendientes, anillos, pulseras, llaves, relojes, monedas, todo está sobre la bandeja, pero mi madre no deja de pitar, y pese a sus ochenta años, la obligan a descalzarse. Se pone nerviosa e intenta soltarse los cordones ahí mismo, bajo el arco del detector, bloqueando el paso a los viajeros, que resoplan en la fila. Pretendo ayudarla pero un policía me aparta. El detector continúa pitando. *¡Pipipipiii!*

¿Es que no me oye?, insisto. ¡Le digo que tiene una prótesis en la rodilla! La operaron el año pasado, seguirá pitando por mucho que la tenga ahí descalza durante horas. *¡Pipipipiii!*

No puedo más: agarro a mi madre y la siento en una silla ante la sorpresa del policía, que nos mira con cara de sabueso mientras le pongo los zapatos. ¡Qué ocurre en el mundo que hasta nuestros mayores son sospechosos de algo!

Una azafata baila con los brazos para mostrarnos la situación de las puertas de emergencia del avión. Mi madre aprieta la mano de mi hermana Ainhoa y despegamos. Martintxo, por supuesto, no tiene miedo; vuela desde chiquitito, como Peter Pan. Conversa alegremente con mi tía y no parece

fatigado, como tantas veces. La muñeca se vuelve hacia mí y lanza un puñado de polvos mágicos.

¿Sabes?, dice. Es imposible que veas las cosas como yo las veía cuando era niña, pero me gusta cómo las escribes.

Sus palabras encantadas me liberan un poco de la presión. Pego la frente a la ventanilla y veo dos ríos que atraviesan paralelos una ciudad, y al fondo, un murallón blanco: los Alpes. Aterrizamos y por un momento distingo unas banderas de colores que nos guían por la pista. Inmediatamente pienso en las banderas con las que el acorazado *Cervera* dio el alto al carbonero inglés que trataba de escapar de la muerte con los niños a bordo. Colores ondeando al pánico que sin embargo no consiguieron evitar que llegaran a buen puerto. Creo que es una señal, una buena señal.

Conduzco ahora un coche alquilado por una carretera general que espero sea la correcta. Me detengo a la salida de Argis; según el mapa, el último pasito antes de llegar a Tenay. Hemos quedado a las cinco en punto en la Mairie, que es como en Francia denominan a los Ayuntamientos. Todavía es pronto, así que aparco el coche junto a un remanso del río Albarine para hacer tiempo. Ainhoa aprovecha para pintar los ojos de mi madre y de la muñeca, que no están dispuestas a presentarse en el país de los sueños de cualquier manera. Mientras, Martintxo y yo disfrutamos del vuelo de los buitres, que acarician con la punta del ala peñascos que sobresalen por encima de unos bosques impenetrables. El paisaje nos recuerda mucho a nuestra tierra. Me figuro que alguna de esas cumbres debe ser Jargoy, el lugar desde el cual Martintxo divisó por primera vez el mítico Mont Maudit.

Subimos al coche y cinco minutos después soñamos despiertos, entramos en Nunca Jamás. Martintxo y Matilde pegan un bote sobre el asiento: ¡su casita de chocolate está ahí, a la izquierda, más vieja que entonces, tan estrechita como siempre! Me contagian las ganas de comérmela de un bocado; pero no podemos parar, nos esperan.

Sigo las señales de tráfico y estaciono en la misma Place de la Mairie. Un grupo de personas viene a nuestro encuentro sonriendo. Conozco por fin a Lisa Dufaud, mi gran amiga, la historiadora que ha hecho posible esta novela. Nos presenta al alcalde, Marc Perrot, a la secretaria, Catherine Lacour, y a varios

miembros de la corporación municipal: Liliane Falcon, Daniel Chatard, Carlos Luis Pardo y María Jesús López. Estos dos últimos, tal y como sugieren sus nombres, son hijos de la emigración española de los años sesenta y nos sirven de intérpretes.

Nos besamos una y otra vez porque con tanta emoción se nos hace difícil recordar a quién hemos besado antes, y enseguida nos conducen al interior del Ayuntamiento, donde brindamos con champán. En la mirada de nuestros anfitriones leemos que lo que está sucediendo no es importante únicamente para nosotros. El alcalde aparece de pronto con un retrato de Jean Sarvan, el sheriff Garfio, ataviado con su célebre sombrero, e immortalizamos este momento mágico fotografiándonos todos juntos, con Garfio en medio, rodeado del cariño de Martintxo y Matilde: sus niños. La instantánea es todo un símbolo. Jean Sarvan fue la persona que hizo posible que una localidad como Nunca Jamás acogiera hasta 237 refugiados en agosto de 1937; un número considerable si tenemos en cuenta que el pueblo, por aquel entonces, a pesar de que atravesaba los años de su mayor esplendor, apenas llegaba a los 2.500 habitantes. Y lo curioso es que hasta que recibieron mi carta solicitando información sobre el paso de mi familia por Tenay, ignoraban este hecho. Nadie se acordaba ya de las vidas que salvaron. El dolor de la Segunda Guerra Mundial borró de la memoria colectiva cualquier suceso acaecido antes del 1 de septiembre de 1939: la fecha en que estalló el mundo, el año cero de los recuerdos. De ahí que la historia de aquellos cuatro pequeños que llegaron solos, sin el amparo de ningún mayor, les haya impactado tanto. Era una historia tan hermosa como perdida para ellos. Un cuento que a partir de ahora nos unirá para siempre.

Salimos a la calle y tía Matilde se acerca a un muro repleto de lagartijas, y sin más ni más, comienza a cantar:

*Passe, passe, passera,
la dernière, la dernière.
Passe, passe, passera,
la dernière restera.*

Los ojos de Marc Perrot, el alcalde, amagan con destilar una lágrima. Ha reconocido esa antigua canción. La tararea por lo bajines mientras la muñeca

se explica con su voz de hada:

No nos permitían acudir a la escuela, dice. Así que me tenía que conformar con ver los juegos de los niños desde aquí, encaramada al muro. Supongo que así fue como aprendí la canción, y no se me ha borrado de la cabeza en todos estos años. Pero no os creáis, que a veces, cuando la maestra no miraba, nos colábamos en el patio. Una vez incluso nos metimos en clase y pasamos todo el día allí, como los demás niños.

¿Yo hice eso?, pregunta Martintxo, perplejo al saber que se había sentado en un pupitre por voluntad propia.

¡Pues claro que lo hiciste, mira este!

Nos alojan en una cabaña preciosa, hospitalidad de Daniel Chatard y su esposa Aimée. Hallamos la cena en la nevera y nos recogemos pronto, agotados.

Al despertar, sorprendo a Martintxo con la nariz pegada a la ventana del salón. Le saco una fotografía sin que se dé cuenta y me sale un poquito desenfocada. Pero lo borroso de la imagen, precisamente, me induce a pensar. Levanto la vista y me emociono. Sea lo que sea lo que esté observando mi *aita*, para mí es luz al final del túnel. Esta novela ha sido un viaje demasiado duro. La paz de Martintxo contemplando su infancia es mi recompensa.

Lisa ha quedado en recogernos a las diez. Nos va a enseñar una exposición sobre la memoria histórica que presenta hoy aquí cerquita, en el museo de Saint Rambert. Llega puntual en un coche minúsculo, y mi hermana Ainhoa balbucea una frase que termina de despertarme del todo:

Fijaos, es un Chevrolet, un Chevrolet...

Tiene razón, el coche de Lisa es de la misma marca que el camión de ojos saltones de nuestro abuelo Tasio, aquel que acaparó tanto protagonismo al principio de la novela, y del que por cierto, tras la victoria de Franco, nunca más se supo. La coincidencia tal vez no sea increíble, pero para nosotros es una señal. Otra más.

La verdad es que ha acudido bastante gente a la inauguración de la exposición. En su mayoría son personas de edad, algunas con medallas cuidadosamente colgadas en la pechera, que no quieren olvidar lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Es decir, no quieren olvidar a sus amigos,

a sus padres, a sus abuelos desaparecidos, y lo que hicieron por todos nosotros: la lucha, el maquis, la Resistencia. Veo fotos de partisanos preparando un sabotaje en unas vías de tren, de presidiarios vestidos con camisetas a rayas, de lápidas con apellidos que se repiten. Lisa se expresa con pasión y su público no pestañea. Es una encantadora de serpientes; lo sé por sus cartas. Las historias crecen en su boca. Entre todas las que cuenta, destaca una. Sucedió el 6 de febrero del año 1944. Nevaba, la temperatura caía bajo cero y sin embargo un soldado nazi cubrió con su abrigo el cuerpo de un partisano que acababa de ser fusilado en la granja donde fue descubierto. Un simple abrigo, sí, pero toda una señal de respeto entre las ruinas del hombre. La humanidad se encuentra siempre donde menos se la espera. Está ahí si se la quiere ver.

Lisa habla ahora sobre los combates en la montaña, una lucha absolutamente descompensada, como la que se produjo en el País Vasco en un escenario similar: robles, hayas, peñascos, buitres negros, escopetas contra fusiles, y sangre, mucha sangre. Me pregunto por qué todo es tan parecido, aquí y allá. Se da por inaugurada la exposición, y tras cosechar un merecido aplauso, Lisa viene corriendo a atendernos. Con ella no necesitamos intérprete. A duras penas, pero entendemos sus palabras cantarinas en italiano; una lengua que debe a su madre, Toinette Magoni, que nació en San Giovanni Bianco, una aldea perdida en la vertiente sur de los Alpes.

¡La leche!, maldigo. ¡Martintxo se nos ha escapado otra vez!

Sí, comprendo que mi reacción puede resultar sorprendente, pero eso es porque no conocéis a mi *aita*. Por mucho que tenga ochenta y tantos años y pase por un anciano inofensivo, continúa siendo un verdadero peligro público. El despiste que lleva encima provoca todo tipo de situaciones bochornosas que se multiplican sin piedad. Aunque esta vez no había por qué alarmarse: lo encontramos sonriendo junto a una maqueta que reproduce, con todo lujo de detalles, el sistema que se utilizaba aquí antiguamente para bajar los troncos talados desde lo alto de la montaña por medio de unos cables tendidos sobre la ladera.

¡Mirad, es igual que las que había en La Peña!, indica Martintxo, apuntando con el dedo a una barquilla que pende de unos hilos cargada de

tronquitos de tamaño diminuto.

Efectivamente, la maqueta recuerda mucho al modo en el que se trasladaba el mineral de hierro por el cielo de Arrigorriaga. Martintxo explica a Lisa cómo, cuando era chico, volaba colgado de una barquilla como esa. No obstante, observo que el gesto de nuestra amiga es serio. Esa maqueta le ha traído a la memoria una historia muy triste. Supo de ella hace solo unos meses, cuando visitó a Esperanza Gómez; una vecina del pueblo, natural del otro lado de los Pirineos, que por lo que tenía entendido había llegado a Tenay a finales de los años treinta. En aquellos días, Lisa buscaba detalles que me ayudaran a tejer la novela y pensó que Esperanza podía haber conocido a los pequeños Abrisqueta. La mujer quedó impresionada al oír la epopeya de mi familia, pero lamentó no poder aportar nada, pues en realidad se había instalado en Nunca Jamás casi dos años después de la partida de los niños. Así quedó la cosa.

Al de un tiempo, sin embargo, debía haber pasado un mes o mes y medio, Esperanza telefoneó a Lisa para decirle que quería reunirse con ella. Quedaron en verse a la mañana siguiente, y mi amiga acudió a la cita emocionada, dando por supuesto que iba a escuchar algo relativo a nuestros cuatro protagonistas. Se equivocó. Esperanza la había llamado para confesarle un secreto, para contar lo que nunca, en las siete décadas que llevaba viviendo en la región de Bugey, había contado a nadie.

Comenzó hablando de Dionisio Gómez, su padre, un guardia civil del bando republicano que se pasó la guerra dando tumbos de aquí para allá con su mujer y sus hijas: Esperanza, de cuatro añitos, y Margarita, de dos. Hasta que en 1939, ante la inminencia del triunfo de los rebeldes y la perspectiva de una muerte segura, lo dejaron todo y escaparon hacia Francia. No fueron los únicos. Aquello era una auténtica estampida: medio millón de personas intentaba atravesar los Pirineos abriendo huella entre la nieve por caminos de cabras. Las niñas estaban congeladas, pero su madre no pudo conseguir ropa de abrigo o mantas, ni siquiera a cambio de las pocas joyas que tenía: la alianza y el anillo de compromiso. Aun así, había que continuar adelante, alcanzar como fuera el calor de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero no era eso lo que los esperaba allá arriba, en el Col du Perthus. Nada más

pisar suelo francés, los gendarmes detuvieron al padre y lo enviaron, junto con los demás hombres, a uno de los campos de refugiados que había a lo largo de la frontera. Se llamaba Argelès-sur-Mer y era un auténtico infierno de arena, hambre, sed y maltrato, vigilado por la Guardia Móvil y sellado por tiradores senegaleses. El Gobierno galo, totalmente desbordado por la tragedia, y temeroso quizá de que con la llegada de aquel ejército de derrotados se extendiera la revolución por su territorio, había decidido aislar el sufrimiento.

Pero la madre de Esperanza no se dio por vencida y siguió el rastro de lágrimas de su marido. Y Dionisio Gómez, al ver a su mujer y a sus hijas al otro lado de la valla, se fugó, claro que se fugó; recogió a su familia y juntos recorrieron cientos de kilómetros de desgracias, desde los Pirineos hasta los Alpes, donde acabaron escondidos en las montañas que protegían Tenay de los malos vientos. Allí, en lo más profundo de los bosques de Lajoux, hallaron refugio cerca de unos italianos que se dedicaban a elaborar carbón vegetal y que les echaron una mano para construir su cabaña. Vivieron como fugitivos en Sherwood durante casi tres años alimentándose a base de polenta y de la leche que les proporcionaba una cabrita. Pero a veces el hambre apretaba y a Dionisio no le quedaba otra que montar a su hija mayor en una barquilla, como la que Martintxo señalaba antes con el dedo, y descolgarla hasta el valle para que consiguiera un poquito de comida a cambio de picadura de tabaco. Entonces ocurría: Esperanza sentía el desprecio en los ojos de la gente. Aquellas miradas la han perseguido toda su vida. No veían una niña, sino una gitanilla sucia caminando descalza por sus calles: descalza como mi madre en el aeropuerto. Veían miseria, el peor de los estigmas. No soportamos la pobreza porque tememos estar contemplando nuestra imagen en el espejo del mañana. Mejor pensar que ese sufrimiento es merecido. Los pobres son malos, tontos, ladrones, por algo debe ser... ¿Qué había sucedido en Nunca Jamás en los dos años transcurridos desde la partida de los niños? ¿Por qué las buenas personas a veces se alejan de su naturaleza y se vuelven insensibles? No lo sé, pero puede que en ello tuviera algo que ver la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo, la escasez de la que vino acompañada. Posiblemente fuera eso lo que volvió su mirada hacia dentro. Pero no creáis que la de todo el mundo. Por supuesto que no. El abrigo del que crees tu enemigo te cubre en el

momento más insospechado. Resulta que un día, una niña francesa de nombre curioso, Doudou, viendo los pies descalzos de Esperanza sobre la nieve, se quitó las botas y se las ofreció.

Tiens! Prends-les, c'est pour toi.

Supongo que esas fueron las palabras que empleó la pequeña, Toma, para ti; aunque Esperanza no las comprendió, pues la única lengua que hablaba, aparte del castellano, era la de las mariposas de Sherwood.

Otro día bajó con su madre y su hermanita a Evosges, una aldea próxima a Nunca Jamás, y una mujer desconocida, al advertir que estaban en los huesos, les regaló tres puerros, y su madre, emocionada, pensó en el caldo caliente que iba a hacer con ellos. Pero al llegar a la cabaña, comprobó horrorizada que los puerros habían desaparecido: Esperanza se los había comido crudos. El último recuerdo del hambre ocurrió cuando vio pasar un cortejo fúnebre por delante de su naricita. Un monaguillo abría la comitiva sosteniendo en alto un incensario, y el humo que despedía, símbolo de la oración elevada al cielo en honor del difunto, confundió a la chiquilla, que fue corriendo a avisar a su madre de que un niño vestido con una túnica muy rara iba a repartir chocolate caliente. En cualquier caso, aguantaron tanto tiempo fuera de la ley gracias a la ayuda de otra buena persona: un policía que prevenía a su padre cuando en la Gendarmería de Saint Rambert se preparaba una redada para capturar a los numerosos fugitivos que se ocultaban en la comarca.

Todo esto y mucho más contó Esperanza por primera vez en su vida. La herida sangró tras escuchar la historia de los pequeños Abrisqueta. No puedo quitarme una imagen de la cabeza: Martintxo colgado de su barquilla, volando, gritando, feliz..., y a mil y un kilómetros de allí, Esperanza, en otra barquilla, llorando, temiendo despeñarse, mientras Dionisio Gómez sujeta su vida desde lo alto de la montaña.

Nos encontramos precisamente en Evosges, a escasos kilómetros del bosque que dio cobijo a la familia Gómez. Marc Perrot, el alcalde, nos ha invitado a almorzar en un restaurante muy acogedor donde saboreamos un plato peculiar: ancas de rana. Martintxo también opina que están deliciosas, y

eso que es un tiquismiquis con la comida; solo le gusta lo que cocina su mujer. Poco a poco vamos intimando con nuestros anfitriones. El idioma no supone ninguna barrera cuando lo que prima en la conversación son los sentimientos. De vez en cuando sorprende a nuestros amigos embelesados, observando a Martintxo y a Matilde como si fueran duendes. Aún lo son, desde luego; se ve a distancia, mirad sus mofletes. Bueno, al soldado Messerschmitt ya no podéis verlo porque acaba de salir corriendo al baño. Sí, corriendo; su corazón vuelve a ser el de un niño en Nunca Jamás.

Apuramos el café y, al abandonar el restaurante, Marc Perrot se cala un sombrero en la cabeza para protegerse de la lluvia. Trago saliva. No puede ser: en lo único que se diferencia del que usaba Garfio, su antecesor en el cargo, es en su color claro. ¡Es un auténtico sombrero de ala batiente!

¿Has visto?, pregunta Ainhoa.

Sí, tenías razón; es increíble, respondo. Estamos viajando en el tiempo.

Regresamos a la cabaña para que mis padres y mi tía descansen un rato, pues hemos quedado a las siete en la Salle des Fêtes, que, si no he entendido mal, se trata de una especie de auditorio que hay en la misma Place de la Mairie. Lisa nos ha dicho que han preparado un pequeño acto en nuestro honor, una presentación pública a la que acudirán algunos vecinos que desean conocernos. Pero su sonrisa y el modo en que ha pronunciado «algunos» me hacen sospechar.

Paseo con mi hermana Ainhoa por las afueras del pueblo. Nos adentramos en un bosque y nos preguntamos qué tramarán nuestros amigos franceses. Ambos sabemos que a las siete nos espera una sorpresa. Pero ¿cuál?... ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es lo que ha desencadenado esta novela que se me escapa de las manos? ¿Por qué vuela sola? ¿Por qué tantas coincidencias, tantas señales?: las banderas del aeropuerto; la historia de Esperanza, la niña suspendida en una barquilla como la que utilizaba mi padre para volar; el paisaje; la guerra; el Chevrolet; el sombrero de ala batiente; las mismas buenas personas, ayer y hoy, y la sensación de que estoy en casa, en mi casa... ¿Qué quieren decir todas estas señales? ¿Adónde conducen? ¿A mí? ¿Comprenderé al fin lo que me pasa?

De vuelta en la cabaña, encontramos a mis padres y a la muñeca vestidos de domingo, guapísimos. Ellos también han intuido que va a suceder algo importante y quieren estar a la altura. Se los ve nerviosos, no paran de saltar. Llegamos a la Salle des Fêtes media hora antes de lo acordado, pues no podíamos aguantar la espera. Descubrimos que es un edificio que se levanta en el lugar exacto donde antiguamente vivía el gato Popovski. Unos niños juegan con un balón de rugby en la entrada. No hay nadie más.

Abrimos la puerta de los sueños, y entramos...

Capítulo 70

Amalur

Otoño de 1938

*T*eresa, la madre del mundo, como muchos días por aquel desgraciado entonces, se encontraba en la huerta cavando un agujero profundo como su dolor. Lo cierto es que no hacía falta preparar la tierra hasta la llegada de la primavera, otra primavera inútil, sin margaritas ni dientes de león, pero le resultaba imposible soltar la azada. Cavaba desde hacía más de un año, cuando despertó en aquel hospital desconocido, sola, y los médicos dijeron que era un milagro. Sí, había permanecido semanas con un pie en el otro mundo, pero, de tratarse de un milagro, este debió ser obra del demonio, porque solo sobrevivió para consumirse en el infierno en el que se había convertido su vida.

El agua le corría por la cara y empapaba sus huesos, pero qué puede importar eso. De haberlo sentido, el frío no habría supuesto sino un alivio, un momento de misericordia para su piel. Era una mujer muerta, un alma en pena a la espera de que alguien piadoso certificara al fin su defunción, le dijera que los cuerpos de sus cuatro hijitos habían aparecido bajo una montaña de escombros, en una cuneta o quizá en una fosa común; qué más da. Imposible pensar nada bueno después de tanto tiempo. Llega un momento en que la esperanza, precisamente, supone la peor de las torturas. No te permite

descansar, te obliga a seguir sufriendo, temiendo, aguardando lo peor. Teresa cavaba su tumba, la tumba que se le negaba.

Lagun la miraba con lástima. Como perro que era, incapaz de articular palabras de consuelo, no podía hacer nada para que su dueña dejara de mortificarse bajo el aguacero. Siempre que la veía así, llorando lágrimas secas, se limitaba a quedarse a su lado con las orejas gachas, ¡*boooooouumm!*, temblando con cada trueno que descargaba la tormenta, protegido bajo un carro sin ruedas abandonado en la maleza. Poco a poco, las zarzas se estaban comiendo la finca. Muchas cosas, sobre todo recuerdos, yacían olvidados aquí y allá, como el columpio, carcomido por el desuso pero colgado aún del nogal que daba sombra al porche. Era la viva imagen de un ahorcado. Solo el viento meneaba de vez en cuando sus cadenas, como hoy, produciendo un ruido insoportable: el de la desolación.

El caserío se veía muy desmejorado. No había geranios en sus ventanas, ni ristras de pimientos rojos coloreando su fachada. Tampoco un *eguzkilo*, la flor más bruja, la del cardo, llamaba a la luz de la suerte junto a la aldaba. La magia, el *adur*, el vínculo que une los deseos con la realidad, se había perdido, como todo lo demás. Únicamente las vacas rumiaban como siempre, aunque eso sí, apenas daban leche, pero no porque les faltara pienso que les ayudara a digerir el invierno, que también, sino por el recuerdo de las bombas, que todavía resonaban entre sus cuernos. La guerra, esa tormenta sin fin, había marcado a todas las de su especie como un hierro candente en el lomo. No solamente a ellas. El hambre y el miedo había provocado que muchas madres no tuvieran ni una gota de calostro en sus tetas vacías con el que poder amamantar a sus bebés; y a falta de leche de vaca, y de tantas otras cosas, la muerte planeaba sobre las cunas de los niños como un buitre, como un Junker que llega tarde a su cita.

¡*Boooooouumm!*

Creo que fue una especie de presentimiento. Sí, debió ser eso. O tal vez el paso de un hada, quién sabe. Fuera lo que fuera, coincidiendo con los últimos estertores de aquel trueno tan gordo, Teresa, mi *amama*, la abuela que nunca conocí, sintió algo extraño en la parte de atrás del cuello, una especie de necesidad, casi un escalofrío, pero más templado quizá, y supo que estaba a

punto de suceder algo en el desierto de su agonía. De pronto, el columpio se detuvo en seco, dejando paso a un silencio penetrante, y lentamente, mi *amama* despegó la barbilla de la tierra, de las zarzas, de la tumba. Lo hizo porque sí, os lo aseguro; no escuchó ningún ladrido pronunciado a destiempo ni nada de eso. *Lagun* seguía bajo el carro, ajeno a ese escalofrío templado. Por mucho que fuera un milrazas de olfato fino, no advirtió la presencia de aquellos cuatros duendes al pie del camino porque el aguacero era de tal calibre que el día olía exclusivamente a setas y a caracoles, a la tristeza típica de finales de otoño. La única señal que pudo alertar a Teresa, aparte del silencio repentino del ahorcado, fueron las gotas de lluvia golpeando el barro con sus nudillos.

¡Poc! ¡Poc! ¡Poc!

Sin embargo, esas tres gotas fueron como todas las demás, ni más cantarinas ni menos rebotonas: no suponían nada nuevo. De ahí lo raro del presentimiento. Pero ya se sabe que estas cosas ocurren, sobre todo a las madres. Según levantaba la cabeza, exactamente a la misma velocidad, la azada fue resbalando entre sus manos, y en el instante justo en que tocó el barro, ni antes ni después, dejó escapar un grito roto, ahogado, casi inaudible, pero sobrecogedor, nacido del mismísimo cordón umbilical que la unía a aquellos cuatro duendes desde que los trajo al mundo chillando, como ahora:

¡¡¡Hijos míos!!!

Fue el grito primitivo de Amalur, la Madre Tierra, el primer sonido articulado jamás por el ser humano. Apenas un suspiro del alma, pero chocó contra las laderas del monte Pagasarri con la fuerza de un obús, recorriendo kilómetros y kilómetros hasta extraviarse más allá del tiempo. Al escuchar el eco, la voz de la Tierra, los leñadores, los mineros y los aldeanos, todos los perdedores del mundo volvieron la vista hacia el valle, pues creyeron haber oído la llamada de su madre, por mucho que hubiera muerto hacía años. Tan tremendo fue aquel grito que detuvo el aguacero y dejó helados a los niños, que buscaron una explicación entre las gotas de lluvia, que quedaron suspendidas en el aire por temor a interrumpir aquel momento con un *poc poc poc* inoportuno. Y entonces, a la derecha de las vacas, en la huerta, descubrieron una silueta de madre y un perro con las orejas tiesas que se arrancó nada más verlos.

¡Guau, guau!, eso dijo el muy atontado mientras corría a defender el caserío de aquellos cuatro forasteros.

Hay que perdonar al pobre *Lagun*; como el resto de la familia Abrisqueta, era un despistado del carajo. Además, sus ladridos pronto se convirtieron en gemidos, en cuanto se percató de que aquellas figuritas de porcelana no eran forasteros, sino fantasmas: los fantasmas de sus cuatro hermanitos desaparecidos, que permanecían ahí, varados en los últimos metros de su largo camino, incapaces de moverse, como cuando duermes, como cuando vuelas entre nubes de algodón sin poder avanzar hacia la felicidad. Solo reaccionaron al sentir los lametones del perro en sus caritas de fresa. Supieron así que esa silueta no era un sueño, la pesadilla de siempre, la de cada noche. Esa madre era de verdad, como las babas de *Lagun*. Soltaron las maletas y echaron a correr cuesta arriba, tropezando con las gotas de lluvia, que flotaban aún como lágrimas bonitas, y con todo el miedo acumulado durante meses, años, siglos para ellos, que caía de sus bolsillos en forma de piedras de carbón, enormes, negras, horribles.

¡Madre! ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

Esa palabra mágica, invocada cuatro veces seguidas, derribó a Teresa. Cayó de rodillas porque el *adur*, el encantamiento que liga las palabras a su significado, soltó de repente el nudo de la soga que llevaba echada al cuello, y liberada de la presión, las lágrimas manaron de sus ojos secos como un río crecido, manaron al fin y de tal forma que olvidó incluso respirar. Tenía todo el aire que necesitaba: sus hijos. Solo quería tocarlos para morir en paz.

¡Boooooouumm!

Abuela, escucha, no soy un trueno. No me conoces porque nací tarde, pero soy tu nieto, el hijo pequeño de Martintxo, y te hablo desde el mañana. Dime, *amama*, dime por qué te cubres la cara con las manos. ¿Qué es lo que no quieres ver? Siento una pena infinita por todo lo que te ha tocado sufrir, también un orgullo que no me cabe dentro, y que ya ves, se me escapa en forma de novela. Pero todo ha terminado. Levántate del barro, por favor. Vamos, a qué esperas, ve a su encuentro.

¡Boooooouumm!

Perdona, *amama*, no me había dado cuenta. Entiendo, no te excuses. Te tapas los ojos porque estás asistiendo a la proyección de la película de tu vida en la pantalla del recuerdo, y no soportas más esa tormenta. No me extraña. Es curioso, pensaba que esa película, la secuencia de planos críticos que resume de manera cruel nuestra existencia, nuestras oportunidades perdidas, solo era posible verla segundos antes de morir, cuando llega la hora de mirarnos en el espejo. Lo único que se me ocurre es que puede que también se proyecte en los segundos previos a la vida, porque sin duda es eso lo que te está pasando, ¿verdad?: vuelves a nacer, asomas la cabeza al mundo de nuevo, pero en esta ocasión no a través del dolor de tu madre, como entonces, sino del tuyo propio. Qué paradoja: asistes a la película de tu sufrimiento mientras tus cuatro pequeños corren hacia ti con los brazos abiertos. No es justo.

¿Recuerdas ese instante? Por supuesto que sí. Abriste los ojos, y al cabo, los médicos de aquel hospital en el que no había camas para tanta herida de bala te montaron en una ambulancia y te enviaron de vuelta a Isuma, al caserío del hermano de Tasio, el lugar donde la realidad iba a destruirte con su metralla. Encontraste a tu cuñada escondida en el camarote, abrazada a sus hijos, Ratón y Sara. No te había reconocido de lo pálida que estabas. Preguntaste pero no supo decirte nada de tus sueños, de ninguno de los cuatro, solo que habían desaparecido al día siguiente de que cayeras enferma y te trasladaran a Santander. De repente, ya no estaban en su habitación, ni en la cuadra, ni en la huerta, ni en las nubes, ese lugar tan bonito donde se entretenían durante horas y horas sin que se notara que había niños en la casa. Tu cuñada los buscó, claro que los buscó, con la ayuda de las hermanas de Juan, que por aquel entonces todavía permanecían en el caserío. Miraron incluso en el fondo del pozo y debajo de cada una de las hojas del bosque; no pararon de escudriñar todos los huequitos de Isuma hasta que Ratón y Sara se apiadaron de las lágrimas de su madre y confesaron. Dijeron que sus primitos habían cogido el autobús a Santander, habían salido en tu busca porque no podían vivir, de ninguna manera, sin ti. Todo era por tu culpa: los habías dejado solos, dormías mientras ellos morían. Esa idea te ha minado desde entonces. Luego llegó el tiro de gracia. Tu cuñada te miró fijamente a los zapatos y añadió que había pasado otra cosa, no menos grave, durante el

tiempo en que yaciste como una bella durmiente en el País de Ninguna Parte: un batallón de milicianos había secuestrado a vuestros maridos y a las vacas.

¡Boooooouumm!

Semanas después de que tus zapatos escucharan aquello, *amama*, continuabas hundida en Isuma, intentando hallar el modo de viajar a Santander. Pero por las carreteras no circulaban autobuses, solamente vehículos de color caqui cargados de canciones de guerra que no necesitaban excusas como el toque de queda para fusilar a alguien más. Y justo cuando ya no lo creías posible, se presentó la esperanza, la maldita esperanza, ladrando y meneando el rabo entre las nubes negras. Era *Lagun*, vuestro perro. Luego apareció Tasio, con un beso y mil abrazos, y por último tu cuñado y las vacas, que mugieron agradecidas al comprobar que por fin habían llegado a algún sitio donde caerse muertas. No eran más que sacos de huesos, habían recorrido cientos de kilómetros de montañas y de puntos de mira nerviosos. No hizo falta que contaras nada a tu marido; lo leyó en tus ojos y salió en busca de un teléfono que funcionara. Descolgó uno a seis pueblos de Isuma, y al otro lado de la línea se puso una enfermera que trabajaba en el hospital en el que estuviste ingresada. La casualidad quiso que fuera la misma que te atendió. Dijo que sí, que los recordaba rezando a los pies de tu cama cuando permanecías inconsciente, pero que los evacuaron en un convoy de refugiados horas antes de que la ciudad fuera tomada por los rebeldes.

¡Boooooouumm!

Decidisteis regresar a Arrigorriaga sin perder un minuto, pues por el camino de Asturias a Isuma, Tasio había visto ejércitos enteros de miseria caminando en dirección al País Vasco tras conocerse la noticia de que el frente norte era historia, y que por tanto, ya no caerían más bombas del cielo. Supusisteis que las autoridades rebeldes los habrían enviado de vuelta a casa con los demás refugiados, o que en el caso de que hubieran sido recogidos por cualquier institución o persona, tratarían de ponerse en contacto con vosotros a través de las únicas señas que conocían los niños: Caserío Abrisqueta, La Peña, Arrigorriaga.

Tasio te montó en una burra, y con la ayuda inestimable de *Lagun*, que se tomó el trabajo a pecho y no se despistó ni siquiera cuando un foxterrier se

cruzó por delante de sus bigotes para lanzar su orín contra un arbusto, os condujo a las vacas y a ti hasta La Peña por unas carreteras destrozadas por los Junker 52, los Heinkel He 111 y la dinamita. La marcha se prolongó dos días con sus noches, durante los cuales no paraste de toser y ocultar el pañuelo para que tu marido no viera la sangre que todavía brotaba de tus pulmones. Solo pensabas en tus cuatro pequeños aguardándoos a la puerta de casa. Llegasteis de madrugada y la encontrasteis cerrada. Pero la llave no estaba en su escondrijo, y al desatracar la contraventana de la cocina para abriros paso al interior rompiendo uno de los cristales, visteis cómo se apagaba una vela dentro. Entonces, Tasio golpeó la puerta con los nudillos y la abrieron unas sombras sin cara. Preguntó quiénes eran, pero por toda respuesta obtuvo un portazo.

¡Boooooouumm!

Echasteis una ojeada al otro ala del caserío, el que pertenecía a las hermanas de Juan, pero estaba cerrado a cal y canto, tal y como lo dejaron cuando partisteis hacia Isuma. Desconocíais aún que se habían mudado a Morga, una aldea remota donde tenían familia. Dormisteis al raso, tosiendo sangre bajo las estrellas, y a la mañana siguiente tu marido volvió a llamar a la puerta, pero esta vez no se abrió. La derribó de una patada y entró dispuesto a todo con un garrote en la mano, pero no había nadie dentro, ni siquiera una vela apagada. Era muy raro, como de cuento de fantasmas, pero os dio igual porque esa misma mañana hallasteis con vida a vuestras hijas mayores. La mina Malaespera las había salvado, a ellas y a la mayoría de los vecinos de La Peña, que sobrevivieron al paso del frente hechos un ovillo en la oscuridad. Solo murió algún impaciente que se asomó al exterior antes de tiempo.

¡Pum! ¡Pum!

Ese día comenzó el verdadero calvario: la búsqueda. Cada mañana tomabas el tranvía a Bilbao e ibas de oficina en oficina con una pregunta preparada en la punta de la lengua. Pero aquellos ridículos bigotillos nunca sabían nada de los hijos del enemigo; tus pequeños eran humo de cigarrillo en sus labios de fascista de pro. El caos de papeles era absoluto y las colas sin respuesta infinitas. En cuanto hubo posibilidad, viajasteis a Santander, pero

allá topasteis con las mismas frases hechas: «Vuelva usted mañana; pruebe en la ventanilla de al lado». Continuabas tosiendo y escondiendo el pañuelo. Recuerdas haberlo hecho después de que un cigarrillo te echara una bocanada a la cara. Pero aquella vez fue diferente: en cuanto el humo se aclaró, viste que te mostraba un cable de la Cruz Roja en el que aparecían miles de nombres, y entre ellos, en una esquinita, casi al margen del papel, los de cuatro duendes. Según el pitillo, se encontraban en un lugar llamado Tenay, que no supo ubicar en un mapa mohoso de Francia que había colgado en la pared. Te pareció una mentira más. No era la primera vez que te hablaban de lugares ignotos, imposibles de pronunciar siquiera, como Angoulême o Trévoux, donde supuestamente habían sido acogidos los niños, pero que luego resultó que no. Una pequeña equivocación, se excusaron. Ya no te fiabas de nadie. Temías ser como Asun Barruetabeña, aquella vecina a la que ningún alma caritativa se atrevía a perdonarle la vida, a decirle que sus hijos, todos ellos, los tres que había parido, habían muerto en el frente. Eras una apestada. Te querían quitar de encima distrayéndote con pistas inútiles que mantuvieran tu dolor a distancia. Así te sentías. Pero hiciste caso al humo del cigarrillo, y tal y como te indicó, le entregaste una carta en la que, junto al sello, escribiste cuatro nombres con tinta de lágrima. Sin embargo, aquella carta, la que reclamó Matilde a Angelo Barone, el cartero más viejo de Nunca Jamás, se la llevó el viento, como tantas otras. Eran días de balas y palabras perdidas. Y sin respuesta de Tenay, ninguna de las explicaciones que dio el pitillo tenía el más mínimo valor para ti, por mucho que jurara y perjurara que tus hijos retozaban, vivitos y coleando, en un punto a la derecha de aquel mapa mohoso de la pared, que al final, a fuerza de insistir con la lupa, consiguió localizar y te lo señaló con el dedo. Tenay estaba en tu mente, cada día, matándote un poquito más con su promesa.

Fue entonces cuando comenzaste a visitar confesionarios vacíos. Ya no te fiabas ni de los curas. Los rebeldes habían extendido sus tentáculos de odio para acabar con cualquier pensamiento libre. Hablabas con Dios directamente, sin intermediarios, aunque dudabas de que pudiera existir *Alguien* tan sumamente cruel en el cielo. Qué habías hecho tú para merecer eso. Qué dios permite que una mujer traiga al mundo a cuatro hijos para verlos morir. Peor,

para pudrirse en vida pensando que han muerto. Qué sinvergüenza consiente eso. Tú que estás en los cielos, decías, apártate, no vengo a hablar contigo; vengo a hablar con mis hijos, con la Luna.

¡Boooooouumm!

Tranquila, *amama*, yo no soy humo de cigarrillo; soy tu nieto, ¿recuerdas?, y te prometo que este es el último trueno de la tormenta. Míralos, ahí los tienes, a tus cuatro pequeños. No estaban donde temías; corren hacia ti, son de carne y hueso, aunque no termines de creerlo. Eso es, *amama*, ve hacia la felicidad.

Teresa extendió sus manos de barro y tomó a sus hijos con el abrazo más bonito jamás visto en cuento alguno. Y aquellos cuatro duendes se convirtieron en luz, una luz cegadora que al mezclarse con las gotas de lluvia, que por increíble que parezca continuaban aún suspendidas en el aire, dibujó un arcoíris que tocó las nubes y los sueños imposibles, alegrando la vista de los leñadores, los mineros y los aldeanos, que abandonaron su labor para disfrutar de los colores que habían nacido donde menos se esperaba: en el seno de aquel mundo sin piedad. Sí, salió el sol después de más de un año de lluvia, y los pajaritos, que se pavoneaban por ahí la mar de gorditos, luciendo el grueso plumón de invierno, se pusieron a cantar como locos para acompañar con música la belleza del arcoíris.

¡Pío! ¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!

Disculpad.

¡Pío! ¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!

Siento el alboroto.

¡Pío! ¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!

A veces la felicidad es un poquito escandalosa, pero es lo único malo que se puede decir de ella. Sin embargo, los niños no eran conscientes del jaleo que se había organizado a su alrededor, pues permanecían arrebujaos al calor del jersey de su madre, pegaditos al útero que les dio la vida y del que ya no se separarían nunca. Bueno, al de un rato Teresa los apartó un poquito, pero solo lo suficiente para admirar lo majos que estaban vestidos con aquellas

ropas tan curiosas. Era fantástico: ¡si tenían mofletes y todo! Suspiró, agradecida a quien fuera que se hubiera ocupado de ellos en aquel lugar llamado Tenay, que nunca jamás hubiera creído real:

¡Hijos, qué guapos venís! ¡Si parecéis franceses!

Luego volvió a estrecharlos con fuerza contra su pecho, balbuceando para sus adentros:

... Pero no sabéis adónde venís.

Aquel arcoíris insólito que envolvía únicamente el caserío de los Abrisqueta alertó al barrio de la buena nueva, y al despegarse del jersey de su madre, los niños se encontraron rodeados de abrazos, infinidad de abrazos, a cada cual más estrujoso. Allí estaban los de sus hermanas mayores; los de todos sus vecinos; los de los leñadores, mineros y aldeanos; y ¡hasta los de Cosme y Satur!, que llegaron con la lengua fuera, perseguidos por el típico enjambre de niños revolotones que siempre acuden allá donde sucede algo o suena un acordeón; circunstancias ambas que se produjeron en este caso. ¡No, de eso nada; ni se os ocurra preguntarme cómo es posible que alguien pudiera sacarse un acordeón de la manga, así, sin más! Es la magia. No busquéis explicación, simplemente escuchad qué bien suena. El acordeón acompañó la música de los pajaritos gordos en el mismo instante en que Tasio, el padre del mundo, se presentó y nos abrazó a todos con sus manos de hierro. Sí, a todos, a sus hijos y a los nietos que todavía no tenía pero supo entonces que algún día llegarían. El pobre hombre abrazaba a uno, a otra, a un tercero, a la siguiente y vuelta a empezar como si no le salieran las cuentas, como si no acabara de creerse que estaban todos, los cuatro, ahí, bajo sus lágrimas.

Lucas arrimó sus labios de fresa a la orejita de su madre y le contó un secreto al oído:

¿Sabes?, ya no tengo miedo.

Esas palabritas de duende despertaron la sonrisa olvidada de Teresa. Apareció en su boca más grande y hermosa que la del mismísimo arcoíris. Matilde, por el contrario, derramaba unos lagrimones que daban muchísima pena; tanta que su madre los sorbió antes de que cayeran al suelo y se hicieran daño.

Hija, ¿por qué lloras?

Es que..., es que los malos me van a castigar.

Pero ¿por qué dices eso, cariño?

Porque escribí una cosa.

¿Lloras porque escribiste una cosa?

Sí. Un día puse «Viva el comunismo» detrás de la cama...

¡Pero hija!

Y seguro que los malos lo han visto.

Cariño, ahora estás aquí, conmigo, con tu *ama*.

Sí, pero es que...

Escucha: no dejaré nunca, pero nunca nunca, que nadie te haga daño, ¿vale?

Vale.

Martintxo, mientras tanto, huroneaba entre la multitud porque se había percatado de que le faltaba un abrazo de la colección: el de su hermano mayor, aquel que cayó dos veces herido en el frente y del que lo último que sabía era que lo habían trasladado a un hospital de campaña en Asturias.

Abrió su boca por encima del barullo:

¿Y Bixente? ¿Dónde está Bixente?

Eso dijo. Nada más. Pero el acordeón dejó de tocar.

Capítulo 70 bis

La casa del gato Popovski

Otoño de 2012

... *A*brimos la puerta de los sueños y entramos en un espacio envuelto en penumbra. Bajamos el tono de voz sin querer, como si tuviéramos miedo de despertar al edificio de la siesta. Apenas distinguimos nada, un escenario al fondo y un montón de sillas vacías, pero intuimos que la Salle des Fêtes de Tenay, la antigua casa del gato Popovski, es mucho más grande de lo que parecía desde fuera.

Escuchamos un ruido y vemos que Lisa se acerca por un pasillo lateral empujando un panel informativo de ruedas escandalosas, uno de esos que habitualmente se encuentran a la entrada de los edificios públicos. Ahora que me fijo, estamos rodeados de paneles. Se hallan dispuestos en fila a ambos lados de la sala. Lisa advierte al fin nuestra presencia, y con su sonrisa, se encienden unas letras luminosas en lo alto del escenario:

BIENVENUE À TENAY

La sorpresa nos abre la boca. ¡Esa bienvenida solo puede ir dirigida a nosotros!: somos la única visita esperada en el pueblo. Y entonces, al bajar la mirada del cielo, los paneles cobran vida a la luz de los focos y se llenan de magia.

Alguien aprieta mi mano:

Hijo, ¿qué pone en esos carteles?; no he traído las gafas.

No sé lo que pone, madre; todo está escrito en francés. ¡Pero es una exposición!, ¡Lisa ha montado una exposición con nuestra vida!

¿De verdad?

Sí, madre; ¡mira las fotos!

Las imágenes estallan en nuestras pupilas como fuegos artificiales. El espectáculo comienza con un retrato de la familia Abrisqueta realizado el día de la primera comunión de Martintxo, que aparece vestido de marinerito apenas una semana antes de que estallara la guerra. Continúa con la sombra de unos bombarderos asolando una ciudad y sigue con los rostros de cuatro duendes recortados sobre un mapa de Europa, en el que una línea muy larga reproduce el viaje que realizaron hasta llegar a Tenay. Pegadito a la línea, un buque con bandera británica sorteando las olas del mar Cantábrico, y más allá, hacia el sol naciente, un tren de época echa humo en mitad de la llanura. Da igual donde miremos; arriba, abajo, izquierda o derecha, que las imágenes disparan al corazón. Veo un papel ajado por el tiempo que recoge cuatro nombres y un sello con fecha del 15 de agosto de 1937; una casita de chocolate; un establecimiento llamado L'Etoile des Alpes y una señora regordeta detrás del mostrador; unos soldados con bigote; el rostro hierático de un flautista feo; y, escondido en un rinconcito del panel, el secreto máspreciado de todos: la bicicleta, una Peugeot tan vieja y solitaria como la que robó mi padre. No falta nadie, ni uno solo de los personajes del cuento. Ahí están Adrien Chapot y sus barbas tremebundas, posando en calzones junto a unos jugadores de rugby, entre los que destaca Garfio, el hombre que inventó Nunca Jamás, que a diferencia de los demás, sonrío a la cámara ataviado con su indumentaria habitual.

Niño, ¿por qué te tapas los ojos?

No sé, madre, supongo que para contener las lágrimas.

No, no hagas eso; es tu regalo.

Obedezco, y al correr el telón de mis manos, descubro que estamos rodeados de gente, cantidad de gente, el pueblo al completo se ha presentado en la casa del gato Popovski y nos observa sin disimulo, sobre todo a mis

padres y a la tía Matilde. Creo que intentan adivinar quién es quién comparándolos con las fotografías. Pero dudo que lo consigan, pues Martintxo y la muñeca se encuentran irreconocibles, aunque no por la edad, sino porque alguien acaba de abrir el cajón donde escondían los juguetes y ahora sus caritas de fresa se ven muchísimo más sonrosadas que de costumbre. Toda su vida está ahí, escrita con tinta de lágrima. La emoción se hace insoportable cuando nos topamos con el *Guernica* de Picasso. Se trata de una reproducción realizada en azulejo por mi sobrina Ainara, que enviamos desde Bilbao como muestra de agradecimiento tras haber recibido la carta que nos invitaba a visitar nuestro sueño. El cuadro está en un lugar de honor, en el centro del recinto, rodeado de flores y cariño. La gente lo examina, perpleja al comprobar que en el extremo derecho de la composición, camuflados entre el negro que la domina, hay escondidos cuatro duendes y una leyenda:

Gracias por acogernos.
Gracias por salvarnos la vida.
Gracias por lograr que fuéramos niños de nuevo.
Gracias a todos los vecinos de Tenay.

Una señora acaricia con el dedo la carita de mi tío Lucas. Busco a Lisa desesperadamente, necesito saber qué es lo que ocurre, por qué hacen esto, por favor; aunque tuviéramos oportunidad de vivir siete vidas, como el gato Popovski, nunca seríamos capaces de corresponder a todo este amor. Pero cuando por fin doy con ella, no consigo articular una sola palabra de agradecimiento, porque como tantas veces en mi vida, me quedo mudo en mitad de la nada. Lisa comprende mi silencio y se explica. Este fin de semana, dice, es el último de septiembre, y como cada año por estas fechas, en Francia se celebran las Jornadas del Patrimonio, que son dos días en los que todos los edificios públicos, incluido el palacio del Elíseo, donde reside el presidente de la República, abren sus puertas para que los ciudadanos disfruten de lo que en realidad les pertenece. Los Ayuntamientos, por su parte, contribuyen convocando actos con los que rinden homenaje a algún elemento de su patrimonio local del que se sienten particularmente orgullosos. Y resulta que en este caso, eso tan suyo y especial ¡es mi familia! ¡No sé cómo, pero de repente nos hemos convertido en el tesoro perdido de Nunca Jamás! Ahora

entiendo por qué insistían tanto en que realizáramos la visita precisamente este fin de semana.

Agarro a mi madre del brazo por si se desmaya, pues acaban de entrar tres personas más en la sala. No son franceses, han llegado con las prisas de quien ha tomado un avión en el último momento para presentarse por sorpresa. Son mis hermanos mayores, Iñaki y Patxi, y la mujer de este, mi cuñada Iratxe. Se acercan con sigilo por el pasillo que queda a nuestra espalda. Pero mis padres enseguida perciben su presencia, se giran a la vez como dos bailarines y me cubro con las manos de nuevo para protegerme de la visión de un encuentro que rompe a llorar. Más que nunca, siento rabia porque no hayamos podido viajar toda la familia. Pienso en los hijos de Izaskun y Mon, mis hermanos muertos. Sé lo importante que era para ellos haber estado aquí.

Los vecinos, entretanto, permanecen pasmados, no terminan de dar crédito a lo que afirman los paneles. Tampoco me extraña, la historia de los cuatro duendes es demasiado irreal. Con toda seguridad, consideran que los niños no son capaces de sobrevivir a semejante odisea. Imposible, esas cosas solo ocurren en las películas. Pero los paneles aportan numerosos datos, información verosímil, y poco a poco van convenciendo hasta a los más reticentes. Además no cuentan únicamente la aventura de mi familia; los del otro lado de la estancia desgranar dos historias paralelas, relativas también a refugiados y a Tenay, pero muy diferentes, menos mágicas quizá. Una es la de Esperanza Gómez, la niña que vivía en Sherwood y de vez en cuando bajaba al pueblo colgada del cielo para mendigar un poquito de comida. Finalmente, Esperanza ha decidido compartir su infancia rota con todos. Los textos que ilustran su panel también están redactados en francés, pero las imágenes son tan explícitas que no precisan traducción. Veo rostros al límite, desharrapados cruzando una frontera sin raya en el suelo, y toneladas de sufrimiento tras las vallas de los campos de refugiados. Pero entre el dolor, también advierto pequeños apuntes de inocencia, de bondad: un manojo de puerros; un cuenco de polenta; dos botas antiguas; un nombre curioso, Doudou; una barquilla cargada de troncos sobrevolando una ladera; un incensario de chocolate echando humo en manos de un monaguillo, y la cara sonriente de un policía

bueno que siempre avisaba a Robin Hood, el padre de Esperanza, de que venían a por él.

Me quedo pegado al panel, esforzándome por reprimir las ganas de abrazarlo, hasta que Lisa me arrastra hasta unos ojos azules que, intuyo, han visto demasiado. Es ella: Esperanza. Intento expresar lo que siento. Estoy ante una mujer que acaba de desnudar su alma y sus demonios en público. Acierta, pues así es como se curan las heridas: al aire. Pero mis palabras continúan ausentes y solo escucho su voz:

Merci, dice.

¿Por qué me da las gracias?, pregunto.

Si no llega a ser por ti, susurra, por ese libro que escribes, no me habría atrevido nunca.

... Jamás. Esa palabra, que no ha pronunciado, resuena en mi mente. No logro controlar la congoja que me sube por la tripa y busco cobijo en el último panel de la exposición, el que recoge la tercera de las historias que la componen. Comienza con un nombre, Fraternidad, y una fecha, 1939. Procuro serenarme un poco y le pido a Lisa que me resuma el texto principal para hacerme una idea. Accede encantada y me informa de que Fraternidad es otra vecina del pueblo que llegó a Tenay procedente del otro lado de los Pirineos y, al cruzar la frontera, también vio cómo encerraban a su padre en un campo de refugiados. El hombre se llamaba Vicente Cubedo y permaneció allí hasta que la Segunda Guerra Mundial lo liberó de su absurdo cautiverio. Pero entonces, en vez de huir y ponerse a salvo en un lugar perdido del planeta, por ejemplo en México, como hicieron otros, decidió alistarse en el Ejército francés para seguir combatiendo el fascismo. Lo último que se supo acerca de su paradero fue que lo habían visto embarcar en un tren con destino a una estación desconocida: Mauthausen. No tenemos oportunidad de conocer a Fraternidad, pues regresó a su tierra en 1975, a la muerte de Franco; pero al menos podemos abrazar a Jean Tomás, su hermano, que ha venido a saludarnos.

Escucho mi nombre. Alguien indica con el dedo que hemos de subir al escenario, donde nos aguardan unas sillas dispuestas de cara al público. Me muero de vergüenza pensando en lo que va a suceder a continuación. Tomo la

mano de mi madre para ayudarla con las escaleras y nos sentamos. Lisa habla con Esperanza y, por sus gestos, se hace evidente que trata de convencerla de que se una a nosotros. Aún queda una silla libre en el escenario. Tras varios minutos de vacilación, Esperanza asiente con la cabeza y da el paso definitivo, camina para cerrar su catarsis hasta colocarse frente a su pueblo, frente a los hijos y nietos de las personas que la miraron con desprecio en aquellos primeros años; las mismas que luego sonrieron y la hicieron feliz durante el resto de su vida. Crece el murmullo mientras se acomoda en su silla.

Marc Perrot, el alcalde, coge el micrófono y habla a una velocidad tal que dudo que nadie consiga entender una sola palabra de su retahíla. Después se vuelve hacia nosotros, supongo que con la intención de presentarnos, pero súbitamente se echa a llorar y corre a refugiarse detrás del telón. Me sorprende: creía que los alcaldes, los políticos en general, eran de otra pasta. Vamos, que la autoridad que emana del cargo es como una corbata prieta que les impide sentir como a los demás. Bueno, este tal vez sea un sheriff más que otra cosa.

Pronto, la voz melosa de la encantadora de serpientes nos hace olvidar al niño escondido detrás del telón. Lisa habla con el micrófono pegado a los labios, y aunque no comprendo sus palabras sin erres, imagino lo que quieren decir. De vez en cuando dirige su mirada a Martintxo y a la muñeca, por lo que deduzco que ha comenzado su exposición con la aventura de los cuatro duendes. Conociéndola, la contará tal y como fue, con pelos y señales, luz y taquígrafos, ya que para eso es una historiadora con varios libros publicados. Sin duda, habrá arrancado explicando cómo se extraviaron en mitad de la guerra por una triste sucesión de calamidades, para acto seguido, puntualizar que solo sobrevivieron sin sus padres gracias a la impresionante actuación en combate del soldado Messerschmitt. Si, por supuesto, como lo oyen no llega a ser por él, aquellos malnacidos con cuernos y rabo los hubieran hecho papilla. Observen, admiren, cuádrense ante este soldado, señoras y caballeros, pues aunque ahora lo vean un poquito desmejorado y tomando pastillas de colores, Messerschmitt ganó la batalla a un barco pirata que ni se imaginan los cañones que tenía por banda. Millones quizá. Y lo hizo volando como una gorrión y con el único apoyo de su Smith & Wesson. Bueno, para ser justos, también con el

de un albatros que pasaba por el lugar y le echó un cable en la maniobra de despegue. Por si esto fuera poco, salvó de morir de hambre a los suyos asaltando el puesto de vituallas enemigo, para lo cual hubo de trepar a un árbol de veinte pisos, que previamente abrazó por si acaso, y reptar bajo el fuego de las baterías rebeldes antes de que destruyeran todo el queso holandés que había allí almacenado. Luego, ya en Nunca Jamás, al frente de su banda de niños perdidos, con la que alcanzó fama de ser tan fiero como la vida misma, hizo amigos de alto copete. Entre otros, intimó con el por entonces sheriff, el inolvidable Garfio, y con un hombre que tenía muy mala suerte y todo el mundo le robaba la bicicleta continuamente. También congenió con los caballos de la fábrica de hilaturas. ¡Ja!, si hasta le consultaban a él acerca de las herraduras y sus cosas más íntimas. Y llegados a este punto, señoras y caballeros, he de hacer un llamamiento extremadamente importante. Escuchen, por favor, escuchen. Rogamos que si se encuentra entre el público un tal Miga, en tiempos, el mejor amigo de todos los posibles a este lado del río Albarine, un infante que en 1938 digamos que podía abultar medio metro mal medido, y mudo para más señas, pues se le había comido la lengua el gato, por favor por favor, se abraza inmediatamente a nuestro soldado, porque no se pueden imaginar lo que lo echa de menos, por Dios.

Supongo que esto es poco más o menos lo que estará contando Lisa. Sin embargo, debe habersele atragantado un secreto, porque interrumpe su relato en mitad de una frase para consultar algo al oído de la muñeca. Mi tía reacciona levantando una ceja, que se queda suspendida en el aire durante unos segundos, como si estuviera dándole vueltas al secreto para dejarlo bien redondo, y de improviso, ¡*tacatún!*!, lanza un puñado de polvos mágicos que deja tieso al público:

*Passe, passe, passera,
la dernière, la dernière.
Passe, passe, passera,
la dernière restera.*

No se oye una mosca en la casa de Popovski. Tengo la piel de gallina. Escuchamos la voz de un hada entonando sus sueños. Canta con una fuerza

increíble, y eso que apenas puede con la emoción. Se aprecia en sus manos, que tiemblan cuando nunca lo hacen.

*Qu'est-ce qu'elle a donc fait
la p'tite hirondelle?
Elle nous a volé
trois p'tits sacs de blé.*

El escalofrío es aún mayor con la segunda estrofa, pues se suman otras voces a la del hada. Vuelvo la mirada al público, pero no distingo sino formas borrosas, seres de luz. Los focos me dan de lleno en los ojos y he de esperar a que mis pupilas se adapten. Cuento mentalmente: a la de una, a la de dos y a la de... No, no puede ser. Ha ocurrido otra vez. Estoy viendo la misma escena que contempló mi padre cuando levantó la barbilla del manillar para entregar la bicicleta. Lágrimas, son lágrimas, infinidad de ellas, la casa del gato Popovski se ha inundado de lágrimas bonitas que cantan con voz trémula:

*Nous la rattrapons,
la p'tite hirondelle,
et nous lui donnerons trois p'tits coups d'bâton.
À la une, à la deux, à la trois.*

Poquito a poco la canción se desvanece como una nana que termina por dormirse, mientras Lisa camina por el escenario hasta situarse detrás de Esperanza. Apoya las manos sobre sus hombros con suavidad, besa su cabecita, que debe oler a bosque, como entonces, y comienza a relatar su historia. Habla de que no todos los niños perdidos corrieron la misma suerte que aquellos cuatro duendes. Esperanza vivió otra cosa: marginación. El público la observa como si fuera un fantasma, una réplica espiritual de la mujer que conocían. Hasta hace unos minutos era una vecina más, no tenían ni idea de la verdad que escondía sobre ellos, sobre su pasado. Y ahora sufren, lloran por Esperanza. La muñeca también lo hace, pero con la cabeza gacha. Sus lágrimas son más tristes que las de los demás, tiembla entera. Le cojo la manita y la noto fría. Cambio el sitio a mi hermana Ainhoa para que se sienta a su lado, pues tienen mucha complicidad entre ellas. Y funciona: la muñeca se calma.

Lisa concluye su exposición y todo sucede muy rápido, sin darme tiempo a asimilarlo. El alcalde sale de su escondite detrás del telón y coloca una medalla de honor al soldado Messerschmitt; otra, a la muñeca; y una tercera, a Esperanza. Y a continuación comienza a llover sin parar, llueven besos y más besos para los que no encuentro defensa porque llegan de todos lados. Una mujer me aparta del aguacero y dice algo con los ojos enrojecidos, mientras una vocecilla me traduce sus palabras al oído:

Gracias por hacerme sentir orgullosa de mis padres. Gracias, gracias, gracias.

Pero no, no me da opción a preguntar de quién es hija, porque se esfuma, desaparece para siempre entre los besos. Tampoco he podido explicar que no era a mí a quien debía dar las gracias, sino a Tenay, su pueblo encantado. Yo no he hecho nada, únicamente envié una carta a Nunca Jamás pidiendo socorro, porque me sentía incapaz de escribir la vida de mi padre y de sacar adelante la mía propia. Vuelva, por favor, tengo que decirle algo. Sí, a usted, quien quiera que sea. Creo que me acaba de salvar la vida.

La busco desesperadamente entre los besos, pero solo hallo un espejo... ¡No, no puede ser cierto! ¿Ese soy yo? ¿Qué hago con un gorro verde en la cabeza! Estoy en el lavabo, aclarándome la cara. Huyo de esa imagen imposible y sorprendo a Esperanza abrazada al mundo, sonriendo mientras recoge el cariño que la esquivó de pequeña, y a Martintxo, charlando animadamente con unos vejetes igual de arrugaditos que él. De seguro, intenta localizar a Miga, pero como nadie parece acordarse de su compinche, abraza a diestro y siniestro por si acaso es uno de ellos y con la edad ha olvidado que es aquel niño que se quedó sin palabras después de que lo abandonaran sus padres.

Descansa, *aita*, descansa. Ya me has encontrado. Miga soy yo. El niño que no habla, ¿recuerdas? Sí, soy el niño mudo, y también el que no llora, ni abraza, ni siente, ni padece. Pero eso ahora no importa. Eres feliz.

Pregunto a la muñeca por qué antes, en el escenario, se puso tan triste. Me dice que se acordaba de Lucas y de Paulina, sus hermanos muertos, a los que la mala suerte les había hurtado la oportunidad de disfrutar de este momento.

Mi *ama* me toma del brazo. Está cansada, lo leo en sus ojos. Pero no desfallece y lucha por alejarme del peligro una vez más:

Hijo, mira lo que has hecho.

Sí, madre, ya ves; he conseguido hacer llorar a todo el mundo.

No pasa nada, cariño. Llorar es bueno.

...

Hijo, ¿te encuentras bien?

...

Tienes mala cara.

...

¿Me oyes?

...

¿Niño?

Capítulo 71

La piña de hierro

Otoño de 1938

Aquel día Messerschmitt despertó con la sonrisa puesta y, al asomarse a la ventana, vio magia correteando por delante de su nariz. Era su pueblo: el más bonito y redondo del mundo, el queso donde había nacido. El río, las montañas, las casitas encaladas, las minas coloradas, todo seguía en la misma postura que antes de acostarse, incluso que antes de que los mayores se pusieran a jugar a las guerras. A menudo, las huellas de la maldad apenas se notan en la piel de la naturaleza; son demasiado superficiales para una dama como ella, que no conoce el rencor. Aspiró profundamente el aroma del amanecer, pero como siempre que todo parece perfecto, alguien dijo algo para fastidiar:

¡Muuuuuuuu!

Un mal augurio, desde luego.

Pasó por alto la provocación y se vistió en un periquete, tomando la precaución, eso sí, de atarse las botas con doble lazada, dado que estaba claro que la jornada amenazaba malos modos. Luego se frotó la cara con ahínco, para ahorrarse la molestia de tener que lavarse; enfundó las canicas y el Smith & Wesson en la cartuchera y cogió carrerilla para comerse la mañana. Sin embargo, al dar esos dos pasitos hacia atrás, vio su espléndida figura reflejada

en el espejo del armario y el muy zascandil olvidó las prisas. De repente, adoptó un porte altanero y comenzó a cruzarse consigo mismo como quien no quiere la cosa, gustándose cada vez más, por cierto, a juzgar por la cara de bobo que se le estaba poniendo. La vanidad estaba un poquito justificada, pues el sombrero de Garfio le caía que ni pintado. Pero lo que resulta inconcebible es que, con la dicha que lo esperaba fuera, se entretuviera pavoneándose de aquí para allá cerca de un cuarto de hora: que si miro a la izquierda, que si miro a la derecha, que si me vuelvo de improviso, que si te apunto con el revólver. No obstante, debo admitir que la batalla fue encarnizada, y si no llega a ser por el tremendo arrojito que le echó al asunto, no habría logrado nunca despegarse de su reflejo. Arrancó como un bólido y se creía ya con la mañana entre los dientes, pero entonces, al enfilar el pasillo, sorprendió a Paulina escribiendo una carta en su habitación y no le quedó otra que tirar del freno de mano.

¡iiiiiiiiiiiiihhhh!, ese fue el ruido vocinglero que se le escapó por la boca con el derrape, aunque enseguida cambió el tono para tratar de camelar a su hermana.

Pauli, por favor, ¿me dejas leerla?

No.

Jolín, eso no vale, tú leíste la mía.

¿La tuya?

Sí, la que le mandé a Juan por correo. Anda, déjame leerla.

Pero Martín, es que esta carta no es para Juan.

¿Y para quién es?

Para nadie.

¡Ya, seguro que estás escribiendo una carta para nadie!

¡Pues sí, mira, es para don Nadie!

¡Mentira, nadie se llama don Nadie! Es para tu novio, ¿a que sí?

Yo no tengo novio.

Sí que lo tienes, lo vi en la estación. Era un pelirrojo tonto.

La carta no es para ese, ¡listo!

Entonces, ¿para quién es?

¡Ah!...

¿Es para Bixente?

...

¡Dime! ¿Es para él? ¿Se le puede escribir?

...

¡Jo, Pauli, ya está bien, déjamela; tú siempre lees las de los demás!

Harto del agravio comparativo, Messerschmitt se precipitó sobre la carta con los ojos bien abiertos, pero a pesar de su determinación, solo consiguió sorber dos letras y media antes de que Paulina la agarrara y saliera corriendo para ponerla a salvo de sus intenciones. Cegado por las legañas, nuestro soldado tardó en reaccionar, sí, ha de reconocerlo, pero cuando al fin lo hizo, a fe que sus pasos resonaron por la escalera como los del mismísimo Gato con botas. Sin embargo, una vez más, su naturaleza despistada iba a jugarle una mala pasada. En esta ocasión, la culpa de que su presa escapara con vida la tuvieron unos golpecitos procedentes de la calle que le resultaron tremendamente sospechosos por su regularidad:

¡Poc! ¡Poc! ¡Poc! ¡Poc!

Asomó el periscopio por la ventana...

¡Poc! ¡Poc! ¡Poc! ¡Poc!

... Y sonrió. El responsable de aquellos golpecitos era el padre. Estaba partiendo leña junto al columpio. Enfundó el revólver y salió a la pata coja, y Tasio, al verlo tan feliz, clavó el hacha en un tronco y echó mano de la faltriquera para sacar un fajo de billetes:

¡Toma, para que juegues!

Messerschmitt se quedó patidifuso bajo el casco. ¡En su vida había visto tanto dinero! No imaginaba qué demonios podía haberle sucedido al padre para volverse tan espléndido. Pero por fortuna, nuestro héroe no había nacido para discutir las órdenes de un superior; así que trincó el fajo por el pescuezo y retrocedió con la mano derecha sobre la culata ante la posibilidad de que cambiara de opinión y quisiera recuperar el botín. Para su desgracia, el ataque llegó por la espalda. El viento, traicionero donde los haya, le arrebató un billete de veinticinco y se puso a burlarse de él jugando al corre corre a que no me pillas.

Déjalo, hijo. No vale nada.

Las palabras del padre clavaron a Messerschmitt al suelo, y observó con impotencia cómo se perdía aquella cometa de veinticinco pesetas en la inmensidad del cielo. Bajó la vista y examinó los billetes uno a uno. No parecían falsos: eran de los nuevos, de esos que pusieron en circulación al poco de estallar la guerra con un precioso escudo del País Vasco estampado en el centro. El fajo estaba bien surtido: los había de cinco, diez, veinticinco, cincuenta y hasta de cien pesetas. Bueno, en realidad de cien solo había uno, pero es que era enorme. Desconocía que existieran billetes de ese tamaño. Los encontró extraordinariamente útiles, pues podían servir de manta en caso de necesidad.

Volvió su mirada agradecida al padre y supuso que debía haberse tragado el pitillo que llevaba siempre en una esquina de la boca, ya que se estaba poniendo la mar de colorado, al punto de que temió incluso que le cogiera fuego la cabeza. Pero por raro que pudiera resultar eso, no fue nada comparado con lo que vino a continuación. Su padre se le quedó mirando con tristeza y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre él sin darle tiempo siquiera a cerrar los ojos para disfrutar de aquel abrazo. Notó al instante que le pasaba algo. Su pecho se inflaba y desinflaba a intervalos cada vez más cortos, y escuchó unos sollozos que fueron creciendo en intensidad hasta dar una pena horrible. Trató de detenerlos:

No llore, padre.

Martintxo solo recordaba haber visto una amargura semejante en aquel rostro: cuando Bixente marchó a la guerra.

¡Hijo mío!, dijo el dolor.

Entonces, el niño acarició los pelos largos de las cejas del padre. Siempre había admirado esos pelos. Cuando fuera mayor, esperaba que le crecieran tanto como a él. También los de las orejas, aunque esos no eran tan importantes. Ese pensamiento se evaporó enseguida, porque las lágrimas que corrían un poquito más abajo de aquellos pelos largos, junto a las pestañas, que paradójicamente eran de una longitud moderada, le atravesaban el alma. Pasó un ratito chiquitito y bonito durante el cual los sollozos se fueron apagando, y tras una profunda inspiración, Tasio tomó a Martintxo por los

hombros y dibujó una señal de extrañeza con sus portentosas cejas. Recordaba a su hijo mucho más alto.

Dime, ¿te has portado bien en Francia?

Sí, como un santo.

¿De verdad?

¡Buf!, si hasta el alcalde decía: ¡Vaya niño más bueno, si parece un francesito!

¡Hala!, pues ya que te has vuelto tan responsable, ¡vamos a la cuadra!

¿A la cuadra?

Claro, hay que limpiarla y llevar las vacas a pastar.

¿Ya no va a llorar más?

No, hijo, no. Ya estoy bien.

Entonces, vale. Pero no hace falta que me acompañe, lo hago yo solito.

¿Tú solito? ¿Y te vas a acordar de cómo se hacen las cosas?

Sí, ya verá. A partir de ahora me ocuparé de las vacas, de la huerta y de todo.

¡Caracoles, Martintxo, estás hecho un hombrecito!

¿Un hombrecito?

Sí, un hombrecito. Estoy orgulloso de ti.

Padre, ¿le puedo preguntar una cosa?

Claro, hijo.

¿Se le puede escribir a Bixente?

Sí, hombre, por supuesto que se le puede escribir.

Pero ¿las cartas llegan hasta la cárcel?

Bueno, no siempre. Pero no importa, hijo.

¿Ah, no?

Yo creo que si le escribes, sea como sea, tu hermano sabrá que te acuerdas de él.

¿Seguro?

Seguro. Ahora ve a la cuadra, se hace tarde.

Era un día precioso, un poquito frío para mi gusto, pero agradable si tomabas la precaución de ponerte al sol. Sin embargo, Martintxo refunfuñaba como en sus peores tiempos de pastor de vacas tontas. Odiaba a aquellas lecheras. Y encima, por si no tuviera suficiente con tanto cuerno, va el padre y le llama «hombrecito». Le estaba bien empleado, por confiado. ¡Todos los mayores son iguales, sin distinción de parentesco! Se aburría como un hongo, ese era el problema, e intentaba matar el tedio disparando contra un bote con su Smith & Wesson.

¡Toma, botecito! ¡Trágate esta, botecito!

Insatisfecho con el efecto de la munición, esta vez rellenó el tambor con seis balas del nueve largo para acabar con aquel sinvergüenza (los botecitos le sacaban de quicio tanto o más que las vacas). Pero al pegar el ojo a la mirilla, vio a Cosme y a Satur haciendo señales con el pito desde la otra orilla del río y cambió de planes. Acercó los labios a la oreja de la Felisa, que por lo que tenía entendido era la jefa de aquella manada de bobas, y le advirtió de que como se le ocurriera acercarse a las vías del tren, le dejaría de hablar ipso facto. Luego miró a derecha e izquierda diez veces seguidas, por si acaso había moros en la costa, y abandonó su puesto de trabajo haciendo añicos su palabra. Se unió a sus compinches a tiempo de participar en el campeonato. Se bajó la bragueta a todo meter y escuchó las condiciones del desafío. Cosme fue el primero en poner las cartas sobre la mesa.

¡Os apuesto treinta y cinco pesetas a que meo el que más lejos!

¡Que sean cuarenta!

¡Cómo que cuarenta! ¡Si subes la apuesta, pon cincuenta o cierra el pico, Satur!

¡Vale, jolines, veo esas cincuenta!

Martín, ¿tú qué te apuestas?

Ah, ¿pero habláis en serio? ¿Vosotros también tenéis dinero?

¿No lo sabes? Ahora todos los niños somos ricos.

¡Pues vaya, para una vez que soy rico y mira tú!

Y que lo digas, es un fastidio.

¿Y cómo puede ser que seamos tan ricos de repente?

Es que los rebeldes se han inventado otro dinero y dicen que solo vale el suyo.

¿En serio? ¿Se han inventado un dinero de mentiras?

Sí.

¡Qué tontos!

Ya, pero resulta que ahora los mayores son pobres.

Bueno, mientras nosotros seamos ricos, no pasa nada, ¿no?

Tal vez fuera por eso, por la certeza de saberse millonarios, pero aquel día el arco que dibujaban con sus pitos era prodigioso. El espectáculo además se prolongó durante cerca de dos minutos y medio, que es el tiempo máximo que da de sí la vejiga de un infante, que por algún motivo desconocido cuadriplica la capacidad de la de un adulto. Supongo que de ahí les viene la necesidad de demostrar sus dotes a la menor ocasión, como les sucede a los perros. Al término de la micción, se escurrieron los pitos a una y procedieron a medir el alcance de cada meadilla, resultando ganadora la de Satur, para desesperación de Messerschmitt, que no comprendía cómo era posible que alguien como él, con ese sombrero altanero, no se hubiera hecho con la victoria de calle. No era su día, desde luego. Quedó demostrado poco después, cuando ese dúo de patanes que tenía por amigos se puso a buscar algo sin que él hubiera elevado la correspondiente orden. Cosme excusó su osadía señalando que en esa zona, en lo más revirado del meandro que daba cobijo a La Peña, se hallaban con frecuencia balas, cartucheras, botas sueltas o pedazos de mosquetones; recuerdos de la guerra que arrastraba el río en sus crecidas. Declaró que hasta el momento no habían encontrado nada de provecho, pero quién sabe, quizá algún día dieran con un tesoro. Messerschmitt atendía a las explicaciones de Cosme con entusiasmo, mientras Satur no quitaba ojo al sombrero de ala batiente, que lo tenía obnubilado y a duras penas lograba reprimir el deseo de echarle el guante. Al final, Saturnino (ese era su verdadero nombre, que delataba su procedencia estratosférica: de Saturno concretamente) no pudo resistirse más y abrió la boca:

¿Me lo dejas?

Ni hablar. Este sombrero solo puede llevarlo el jefe. Da un miedo que para qué.

¡Anda!, ¿y tú eres el jefe o qué?

¡Mira este! ¿No te has *enterao*?

Pues no.

Bueno, pues ahora ya lo sabes. ¡En Francia me hicieron Jefísimo!

Jefísimo, ¿eh?

¡Sí, y de los gordos!, ¿qué pasa?

Pues que cuando nosotros estuvimos en Inglaterra no hicieron Jefísimo a nadie.

¡No te fastidia, porque no estaba yo!

¡Ya, claro!

Ah, por cierto, ¿en Inglaterra conocisteis al Señor Gordo?

¿Al Señor Gordo?

Sí, un señor que era muy gordo y vivía en un barco y solo sabía hablar en inglés.

Pues no.

Pero ¿estáis seguros de que habéis estado en Inglaterra?

¡No te *fa*! ¿Qué te crees, que eres el único que ha viajado?

No sé yo... Oye, ¿y ya han regresado todos los niños al pueblo?

Sí, casi todos. Solo faltan por venir los que se llevaron a la Rusia.

¿Y a quiénes se llevaron a la Rusia?

De aquí, a Sapito y a Uva. Los mayores dicen que es raro que no hayan vuelto.

Sapito y Uva, ¿eh? Bueno, con el frío que hace allí, igual se han quedado tiesos.

¿Qué dices, Martín?, ¡si en la Rusia no hace frío!

¿Que no? ¡Si hay pingüinos por la calle y todo!

¡De eso nada! Yo de pequeño estuve un día allí y no vi ni un pingüino.

Txoriburu! Zer jakingo zu zeuk ba, lar txikerra zintzen orduen!

¡¡¡Cállate, Martín, que te van a cortar la lengua!!!

¡Concho!, ¿y por qué me van a cortar la lengua?

¿Todavía no lo sabes? ¡Han prohibido hablar en vascuence!

¡Ja, eso es mentira y gorda! ¡Para qué iban a hacer eso!

En esas andaban, discutiendo por discutir, pero empleándose con orejas rojas y grandes aspavientos, hasta que Cosme levantó una piedra del suelo y sorprendió a la muñeca. Estaba ahí con cara de cuis, fíjate.

Martín, tu hermana nos está siguiendo.

Da igual, no le hagas caso. A ver si se aburre y se larga.

¡Eh, chicos, mirad, he encontrado una cosa muy rara!

¡Ay va, es verdad! ¡Mira, Martín, mira lo que tiene Satur!

¿Y qué tiene?

¡No sé, es como una piña de hierro!

A ver, déjamela.

¡No, trae *pacá*, es mía, la he encontrado yo!

¡Vale, egoísta, más que egoísta! ¡Hala, quédate con tu bomba!

¿Con mi qué?

¡¡¡Con tu bomba, sordo!!!

Al escuchar esa palabra tan explosiva, del susto, Satur soltó la piña y la pobre fue rebotando de piedra en piedra, *clonck, clonck, clonck, clonck*, hasta que cayó en un charco y los miró con esos ojitos con que miran siempre las bombas cuando se están ahogando.

Transcurrió un silencio mortecino, momentáneamente interrumpido por el batir de alas de un pato que sobrevoló sus cabezas como un pensamiento, y después habló el niño que lo sabía todo:

Mi vecino Juan siempre llevaba bombas como esa colgadas del cinto.

Pero ¿seguro que es de las de verdad? A mí me da que se ha caído de un pino.

¡Claro que es de las de verdad! ¡Venga, vamos!

¿Adónde quieres ir?

Hay que seguir buscando, tenemos que encontrar una para cada uno.

Vale, pero esa llévala tú, Martín, que eres el que más sabe de bombas.

¡Bien dicho, Satur!

Echaron a andar río arriba y, aunque no dejaron una esquinita por revisar, solo hallaron un sapo demasiado huidizo y unas huellas de mamut, pero de hacía tiempo; con lo que decidieron tirar hacia el monte Arraiz para disfrutar del botín a salvo de miradas indiscretas. Pero a mitad de camino, en un

repecho muy fatigoso, no aguantaron más e hicieron un corro de las patatas en torno a la piña de hierro para ver qué hacía: si explotaba o qué sé yo. Les picaba tanto la curiosidad que no podían parar de rascarse. De hecho, le comenzó a picar el cogote incluso a la muñeca, que no les había perdido la pista y se acercó a conocer personalmente a aquella piñita tan bonita.

¡Mati, vete de aquí!

No quiero.

¿Es que no tienes amigas o qué?

Sí que las tengo.

Ya, ¿y dónde están?

En su casita. Tengo a mi amiga Marga, a mi amiga Leti, a mi amiga Inma...

Oye, Martín, ¿y para qué sirve esa arandela?

A mi amiga Valen, a mi amiga Guadalupe, a la vaquita Felisa...

¿Esta arandela? ¡Hombre, pues para qué va a ser, para colgarla!

A la vaquita Pintita, al ratoncito Pérez...

Mirad, se hace así. Coges la arandela, la metes por el cinto y...

A la burrita Pili, a la gatita Muxu, a...

¡Calla, pesada, que nos estás poniendo dolor de cabeza!

¡No me pienso callar, todavía tengo más amigas!

¡Pssssss!

Martín, la bomba está silbando. ¿Qué le pasa?

Messerschmitt no supo qué responder. Desconocía que las bombas fueran capaces de silbar como las serpientes.

¡Pssssssss!

No le pareció una buena cosa, no. Y comenzó a forcejear para sacarse la piña del cinto.

¡Pssssssssss!

Se quedó con la arandela en el dedo.

¡Pssssssssssssss!

Levantó las cejas y vio pánico en la mirada de sus compinches.

¡Pssssssssssssssss!

Tenía que hacer algo.

¡Pssssssssssssssssss!

Urgentemente.

¡Pssssssssssssssssssssssssss!

¡¡¡Tírala, tírala, Martín, tírala!!!

Eso era justo lo que estaba pensando.

Agarró y...

¡Pssssssssssssssssssssssssss!

Casi al instante:

¡¡¡Boooooooooooooooooouuumm!!!

Capítulo 71 bis

Muerte de un pajarito

Otoño de 2012

¡*P*obres Sapito y Uva! Al igual que el resto de los 2.895 niños evacuados a la Rusia durante la Guerra Civil, no pudieron reencontrarse con su familia hasta pasados veinte años. Ese fue el tiempo que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el régimen de Franco se entretuvieron discutiendo las condiciones para su regreso. Dos décadas, siete mil días, ciento cincuenta mil horas, más de diez millones de minutos, y no, no merece la pena calcular los segundos. Los números no tienen alma, no sirven para hacerse idea de lo que pudo significar semejante espera para los chavales. Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar. Ocurrió al apearse del tren e ir a abrazar a sus padres, por fin. Entonces, en lo que se suponía debía ser un momento de felicidad, se dieron cuenta de que aquel hombre y aquella mujer eran unos auténticos desconocidos. No los recordaban, no fueron ellos quienes calmaron su llanto, no estuvieron a su lado para taparles los oídos cuando comenzaron a caer las bombas de la otra guerra que les tocó vivir: la Segunda Guerra Mundial. Habían abandonado su hogar con cinco, seis, siete, nueve años, y ahora, a punto de cumplir la treintena, se preguntaban quiénes eran. No es extraño, por tanto, que Sapito y Uva, como muchos otros, no consiguieran adaptarse y

retornaran a la estepa al poco de pisar el País Vasco. Ya no eran ni de aquí ni de allá. Su única familia era el hielo.

Estoy vacío. Apenas me quedan fuerzas para terminar la novela y he decidido aprovechar el tiempo y escribo en el avión que nos conduce de vuelta a casa. Tengo curiosidad por saber qué demonios quieren decir ahora estos dedos cansados. Los noto impacientes.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Sí, los últimos segundos en Nunca Jamás han pasado demasiado rápido. Hace solo un instante estábamos plantados frente al escaparate de la que, por su ubicación, entendíamos debía ser la antigua tienda de aparatos eléctricos de Adrien Chapot. Entramos a echar un vistazo porque Martintxo no tenía del todo claro que fuera la misma. El comercio del hombre de la bicicleta es hoy el típico bazar de pueblo donde se vende un poquito de todo y nada en concreto: prensa, chucherías, juguetitos, esas cosas. Y buscando un detalle que pudiera evocar el recuerdo entre el batiburrillo de objetos, mi hermana Ainhoa topó con un sueño jamás soñado.

¡Mirad esto!, alertó.

Entonces, al volvernos hacia ella, nos dio un vuelco al corazón: ¡vimos dos duendes en sus manos! Aparecían retratados en la portada de un periódico. Por supuesto que no lo creímos posible. Pensamos que era una idea demasiado maravillosa como para ser cierta. Pero de pronto descubrimos que no, que no sufríamos ninguna alucinación: estábamos rodeados de Martintxos y Matildes por todas partes. Nos miraban desde las estanterías, desde el mostrador, desde el escaparate, desde el último rincón de la tienda de Adrien Chapot, como si hubieran decidido salir a una de su escondite. Todavía sin acabar de creerlo, compramos una pila entera de periódicos, para regocijo de la dependienta, y nos pusimos a devorarlos con los ojos como platos. Sí, ayer, un tal Patrice Ganant, que se presentó como redactor del diario *Le Progrès* y dijo haber venido desde Lyon para cubrir la exposición en la casa del gato Popovski, nos entrevistó durante cerca de una hora, pero no imaginamos que la presencia de

dos duendes en Nunca Jamás tuviera tanta relevancia como para conquistar la primera plana.

Conmocionados, salimos a la calle bailando con los periódicos y, al doblar la esquina, tropezamos con Lisa y el alcalde Marc Perrot. Por su sonrisa, intuimos que sabían algo de antemano, pero nuevamente habían guardado el secreto para que la felicidad nos cogiera por sorpresa. Sin tiempo casi ni para despedirnos, subimos al coche cargados de besos y arrancamos hacia el mundo real con la emoción atragantada, incapaces de pronunciar un solo adiós. Llegamos al aeropuerto de Lyon sin palabras.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

No entiendo por qué continúo escuchando ese reloj desde un avión que vuela a treinta mil pies de la fantasía. Miento, claro que lo entiendo; tengo a Martintxo en el asiento de delante, a unas pocas pulgadas de mi nariz, recordándome con su presencia que aún no he dado el paso definitivo. Permanece ajeno a mi vacío con el diario *Le Progrès* abierto de par en par sobre las rodillas, invadiendo el pasillo con su formato sábana, leyendo orgulloso el artículo que alguien ha escrito sobre él en francés, un idioma que olvidó hace tiempo. De no conocerlo, pensaría que intenta que alguno de los pasajeros lo identifique como el niño de la portada. Yo quiero abrazar a ese niño, estrecharlo, fundirme con él de una vez por todas. Solo resta eso para cerrar el círculo de la novela. Ya no hay excusa, no quedan heridas abiertas entre nosotros. Espero encontrar el momento, la manera.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Unas luces parpadeantes en el techo me rescatan de la indecisión y el comandante avisa por megafonía que entramos en zona de turbulencias. No me encuentro bien, y aprovecho que todo el mundo toma asiento para ir al baño. Me miro en el espejo y doy un respingo. No puede ser: otra vez ese gorro verde sobre mi cabeza.... ¿En serio que este es mi aspecto? ¿Me llamo Peter y me apellido Pan? ¿Nací en un cuento? ¿Por eso sé volar? No consigo responderme a la pregunta porque el dolor se agudiza. Comenzó ayer, en la

casa del gato Popovski, pero desapareció enseguida y no quise darle importancia. Ahora, por el contrario, permanece. Me arde el pecho.

¿Es esto lo que se siente al llorar? ¿O acaso voy a morir? Pero ¡cómo puede ser!: Peter Pan no puede morir en un cuento que no es el suyo. ¡Es mío! ¿Es que ya ni siquiera decido quién muere en este cuento?

¿Por qué piensas que vas a morir, niño?

No sé. Supongo que por el tiempo. Se va. ¿No oyes el tictac? Es el reloj que se tragó el cocodrilo, el reloj que avisaba a Garfío de que su tiempo se consumía. Por eso, y por la película.

¿De qué película hablas?

De la de mi vida. Si cierro los ojos, la veo proyectada contra los párpados. Pero es raro, las secuencias avanzan hacia atrás, como si el operador se hubiera confundido al colocar las bobinas.

Pues aprovecha, niño, déjate llevar por las imágenes. Quién sabe, tal vez conduzcan a ti.

Pero entonces, ¿voy a morir de verdad?

De verdad o de mentiras, qué más da. Por qué me lo preguntas. Lo sabes. Solamente los que van a morir contemplan esa película, ¿no?

¿Y ya está? ¿Todo termina aquí?

¡Qué pesado! Sí, probablemente sí. O quizá te ocurra como a tu abuela Teresa, que asistió a la proyección de su vida justo antes de resucitar. Pero si me permites la opinión, ese dolor que sientes es demasiado profundo como para augurar nada bueno. No te hagas ilusiones, la herida fue mortal de necesidad desde el principio. Sé listo, hijo, apura tu último aliento con criterio. Te sorprenderá que te llame hijo, niño o amigo siendo tú mismo, ¿verdad? Pero lo hago para que me prestes atención. Disfruta de la sesión, niño, disfruta por una vez en la vida. Siempre te ha gustado el cine, y ya ves que el montaje no está nada mal; es limpio, directo como un puño. Tu extraña existencia se consume girando en la bobina a toda velocidad; pero admite que no te importa, en absoluto, llevabas lustros a la deriva, una eternidad dejándote morir sin hacer nada por evitar una agonía tan lenta. Mejor así. No te gustas, no te quieres, no merece la pena ser tú. Para qué tanto sufrimiento. Recuéstate sobre el asiento del váter y atiende a la proyección. Trata de sacar

algo en claro de la oportunidad que malograste. No tienes nada mejor que hacer. Te anticipo que de lo contrario la muerte te resultará más aburrida que la vida misma.

¿Recuerdas ese Dyan 6 de color amarillo? Claro que te acuerdas de él. ¡Cómo para no hacerlo! Olía a aceite cuando subías las cuestas, y tenía goteras en el techo y un boquete junto al acelerador por donde se colaba un chorretón de aire que te resfriaba la pierna. Aire acondicionado, lo llamabas. Recuerdas conversaciones interminables para salvar el mundo en la cafetería de la universidad, frío tomando cervezas, y piedras y pelotas de goma sobrevolando tu cabeza. No, no es suficiente, rebobina más, mucho más rápido, aún quedan bastantes años para descubrir tu secreto. ¿Todavía no lo sabes?

¿Qué es lo que he de saber?

Nada, lo entenderás pronto. De momento te distraen las sensaciones. Se te hace extraño encontrarte bien, tranquilo pese a la opresión del pecho, y te preguntas si será esta la paz del fin o la paz del principio. Da igual: en cualquier caso es la paz contigo mismo, ya no podrás arrastrar a nadie más por la pendiente de tu deriva. Repite conmigo: deriva.

Deriva.

¿Recuerdas la muerte de tu hermana? Por supuesto que no la recuerdas. Esa es la razón por la que no aparece en la pantalla. No estabas allí, no fuiste a despedirte de Izaskun como el resto de la familia porque temiste preguntar si faltaba poco. De ese agujero negro, de ese adiós que quedó en el aire, mana un río de sangre que te hace creer que fue entonces cuando comenzó tu sufrimiento. Te engañas. Lo harías también si pensaras que el dolor brotó cuando tu otra hermana, Ainhoa, la que vive, la que guarda tus secretos, a la que debes tanto, cayó enferma del mismo diablo. Radiación, quimioterapia, pañuelo sobre la cabeza. O cuando más adelante, una recaída os hizo suponer que todo estaba perdido y echaste la culpa a Chernóbil. Pero no, la culpa era de un gen que disparaba una y otra vez contra tu familia. Alguien vestido con bata blanca apuntó que debíais haceros una prueba de ADN, pero te negaste a pasar por el laboratorio. De morir, preferías hacerlo con los ojos cerrados, sin que nadie diagnosticara tu destino. Tu madre lloraba, el mundo conocido lloraba, no sabías qué hacer. Solo encontraste un camino: la huida al país de

Sapito y Uva, a Ninguna Parte. Afortunadamente, Ainhoa sobrevivió, continuó luchando como tú no lo haces, creo que para no dejaros solos, para permanecer junto a sus hijos (los suyos y los de Izaskun, seis en total), para acompañar a tus padres en su vejez, para consolarte a ti leyendo estos capítulos, explicando a los demás lo que cuentan en realidad.

La película vuela hacia atrás, pero sigues sin localizar el origen del mal. Espera, no te precipites, el dolor tampoco nació ahí, con la muerte de tu tío Octavio. Ese hombre era la sonrisa de la casa, tu referente, un padre que sí estaba, que jugaba contigo, que siempre llevaba caramelos y tiempo en los bolsillos. Debías tener trece o catorce años, una edad difícil. Dura su despedida, sí, pero debes rebobinar más. Abre bien los ojos, niño, busca tu desgracia en el pajar. ¿Ves eso?, son las calles de un Bilbao desaparecido, con poco tráfico y casas abandonadas escondidas entre la lluvia, palacios para ti, donde habitaban mendigos que bebían vino en botellas verdes y regalaban caladas de Celtas sin filtro a los chavales. Tosías cuando escuchaste gritos, y al asomarte a la ventana de aquel palacio lleno de secretos tristes, viste gente corriendo delante de la Policía, y luego gente corriendo detrás de la Policía, y por último, más Policía corriendo detrás de la confusión. Ese día descubriste que vivías en el ojo de una espiral de piedras, bocachas, cócteles Molotov, tiros, Goma-2, detenciones, secuestros, tortura y muerte. La guerra que nunca acaba. Tu país. A través de esos cristales rotos advertiste que la palabra bondad era mentira: no estaba en el diccionario, solo existía en la imaginación de los niños, en Nunca Jamás. Pero esa herida, como todas las demás, habría sido superficial, un simple rasguño, de no haberte ocurrido algo mucho más íntimo, más tuyo, infinitamente más letal que la muerte, algo que te robó el equilibrio e hizo que caminaras por la cuerda floja. El proyector echa humo, la película llega al tope y rebota hacia delante como en una sesión continua. Atento, niño, a ver si esta vez localizas la clave de bóveda.

Estás naciendo. La imagen lavada y los colores borrosos apenas dicen nada. No hay recuerdo claro hasta que te reconoces con tres años aproximadamente. Un trajecito granate y unos zapatos negros que te hacían daño. Debía ser un día especial, una boda, un bautizo, una primera comunión, porque jugabas en el pórtico de una iglesia. Dale avance, todavía eras feliz.

Estás en el colegio. Curas gritando, sopapos, galletas, sándwiches, todo un arsenal de golpes diferentes. Te escondes bajo el pupitre porque los borradores vuelan sobre tu cabeza como luego lo harían las piedras y las pelotas de goma. Eran años de letra con sangre entra, de curas tarados y profesores vestidos de civil que escupían odio contra su enemigo: los niños. Tuviste suerte: el compañero del pupitre de delante, no recuerdo cómo se llamaba, era grande como un merluzo y hacía las veces de barricada. Solo tenías que recostarte un poco para desaparecer; eso sí, cuidándote mucho de no crecer nunca, al menos no tanto como el merluzo. Te refugiaste dentro de ti, era lo más sensato. No parabas de dibujar camiones, camiones que volaban. Sobrevivías mejor que otros.

Percibes que está a punto de suceder. ¡Ahí lo tienes! Tanto tiempo pensando en ello, y mira, al final aconteció un día como otro cualquiera; y encima, cuando ni siquiera estabas presente. Quizá sea ese el motivo por el que nunca conseguiste localizar el momento exacto en tu memoria. Suspendías. Martintxo había concertado una cita con tu profesor de Matemáticas después de clase. El encuentro prometía ser fatal, pero a la postre se demostró catastrófico. Supiste por tu madre que el tipo reveló algo tremendamente importante sobre ti, y te preguntaste qué demonios podía haber dicho aquel maestro, si no era más que un areopagita envuelto en humo de cigarrillo que no se enteraba de la misa la media. No hace falta que te recuerde sus palabras, ¿verdad, niño? El hombre, de los pocos que merecía el calificativo de humano en aquella cárcel, quiso levantar la moral de tu padre y sin embargo te hundió en la miseria. No te lo pierdas: le dijo que no eras tonto, como al parecer todo el mundo suponía. Y entonces, de un día para otro, Martintxo pasó de considerarte tonto, a vago. Algo horrible, desde luego, pues la holgazanería es un defecto intolerable en un vasco, por diminuto que este fuere. Es decir, pasaste de ser considerado inocente a culpable, responsable de tus actos, de tus pencos y de todo. Comiste la manzana sin darte cuenta, niño, y con el advenimiento del pecado, cayó la fantasía y confundiste la realidad: pensaste que tu padre había dejado de quererte. Nunca te levantó la voz, ni mucho menos la mano (en su vida se le hubiera ocurrido; le dolieron demasiado las azotainas que recibió de pequeño, tan típicas de la época), pero a partir de ese

instante, su mirada se volvió de hielo y dejaste de confiar en ti. Cómo no hacerlo, si Martintxo eres tú: llevas su nombre, eres su sangre, creciste con su historia. Caíste pues en la mayor de las soledades: te perdiste de ti mismo, nadie te defendería ya nunca. El caparazón creció y renunciaste a hablar, no tenías nada que decir o hacer, excepto tocar el piano, para lo que no recibiste una sola clase porque eras culpable, y obviamente, asumiste que no la merecías. Pero eso, claro está, solo tenía sentido para ti y para tu abuela Clementina, muda como tú, en su caso por el alzhéimer, lo cual la acercaba a la música de tu interior. Es difícil escuchar a los niños, hay que ser muy especial para entender un idioma sin palabras. Hay que ser mi abuela Clementina.

Atento a esta secuencia. Cojeas, eras portero de balonmano, un portero chiquitito, porque tal y como hemos señalado, tardaste en crecer para evitar los borradores volantes. Tus dedos no alcanzan a agarrar el balón y sacabas de puerta colocando el brazo en forma de cuchara. No se te daba mal. Cojeas porque te duele el talón de Aquiles. Te dolió durante meses y años, una tendinitis quizá. Pero no abriste la boca para decírselo a nadie. Quejarse es privilegio de inocentes. Observa: llegas a casa arrastrando la bolsa de deporte, llamas a la puerta y tu madre intenta abrazarte. La rehúyes. Ese cariño te recuerda al que no tienes, el de Martintxo, la razón por la que hoy no soportas las caricias, cuando las necesitas tanto.

¿Te hacen falta más secuencias para comprender que en esta historia no existen culpables? ¿Acaso sigues pensando que fuiste tú, o tu padre? ¿Lo crees aún? Esas cosas pasan, amigo mío, y sin mala intención de por medio. Eso es lo triste. Los desencuentros entre niños y mayores ocurren porque a ambos nos resulta difícil relacionarnos con cariño. Presumimos que el amor es una manera de reconocer nuestra fragilidad, cuando bien al contrario, es lo que de verdad nos hace fuertes. Mucho me temo que todos los días se despeña algún infeliz por ese precipicio. Tal vez sean miles, millones, miles de millones los infelices en todo el planeta. No te sientas solo en tu soledad, niño.

Quiero abrazarte, *aita*. Llevo queriendo hacerlo desde que comenzó a dolerme el talón de Aquiles. Te engañaron: soy tonto, y de los de remate. Vivía en Babia, protegido en mi mundo, como tú en la guerra. Los diablos sin

cuernos, en mi caso, eran maestros con alzacuellos que disparaban contra las sonrisas y básicamente enseñaban sumisión; esa cosa tan apocada que, como sabes, llevo tan mal. Recuerdo que celebraste con champán la noticia de la muerte de Franco. Fue genial: nos dieron vacaciones y había dibujos animados a todas horas. Pero nada cambió. Fíjate en la proyección, *aita*: ese niño que se levanta del pupitre para recoger el lápiz que ha caído al suelo soy yo, y esa oreja que está a punto de ser arrancada es la mía. Y mira, ahí es cuando entrego una mano realizada a carboncillo al maestro de dibujo, y me suspende porque, pese a ser perfecta, como admitió, es una mano izquierda, que me enteré entonces que no era otra que la del pecado.

La bobina avanza y ahora es cuando dejamos de hablarnos durante años. Te empeñaste en que estudiara empresa en vez de sueños, y no fue ni lo uno ni lo otro. No fue nada. Ahí comenzó el enorme bucle que cierro hoy, tanto tiempo después. Error mío. Más allá de sublevarme contra lo que creía una injusticia, de odiarte hasta lo más profundo, como hice, como me pedía el cuerpo, debí haber escuchado lo que me susurraba el alma, encontrado palabras en mi boca seca con las que expresar lo que sentía, y emprendido camino solo pero sin resentimiento. Pero eras tú, *aita*, mi héroe: Martintxo.

Comprendo, no te excuses. Querías que estudiase algo de provecho para no pasar por lo que tú, para no vivir con el aliento de la miseria en la nuca. También, para que te echara una mano en el negocio que habías construido para nosotros, tus cinco hijos. Pero lo fundamental para un niño no es tanto ser querido, como sentirse querido. Los Martintxos deben ser Martintxos, padre. Mi camino es el de los pajaritos. Será ese o ninguno. Un día, jubilado ya, cuando acudías a una academia para recuperar el vascuence que perdiste durante los cuarenta años de dictadura, te llamaron poeta, ¿recuerdas? Claro que sí, te hizo ilusión. Alguien se había emocionado al escuchar cómo narrabas tu infancia de Tom Sawyer, a pesar de la limitación que suponía para ti expresarte en la lengua de los secretos. Apuesto a que cantaste como un ruiseñor. Esa palabra, «poeta», ha sido mi condena. Sabía que llegaría el momento de enfrentarme a ella. Sí, los borradores, las piedras y las pelotas de goma dejaron de ser excusa, ya no volaban sobre mi cabeza, al menos no en el mismo número que antes, pero tampoco entonces tuve agallas suficientes para

crecer, porque no veía el modo de convertirme en el adulto que necesitaba ser. No me atreví. El camino interior, el único posible, es duro y solitario, y por eso, aún sin saberlo, como muchos otros, como la mayoría de las personas quizá, ante la imposibilidad de ser yo, el adulto que anhelaba, continué viviendo como un niño egoísta, irresponsable y huidizo. Peter Pan, padre. Tuve suerte: la senda de otros niños que, como yo, no pueden acercarse a sus sueños, a menudo es muchísimo peor. Los hay incluso que sienten que nadie, absolutamente nadie los quiere, y en vez de cargar la culpa sobre sus hombros y vagar sin terminar nunca de encontrarse, imputan su desgracia a los demás. Crean el enemigo. Un concepto para el que existen infinidad de caras: judíos, palestinos, americanos, rusos, ingleses, irlandeses, vascos, españoles, franceses, cristianos, musulmanes, sucios, pobres, negros o gordos. La lista es infinita, como la imaginación. En ese punto nace la guerra. Nos convertimos en flautistas de Hamelín, nos dejamos crecer bigotes ridículos y nos salen apellidos como Generalísimo, Duce, Führer, Rey, Emperador o Presidente, cualquier cosa que suene horrible y dé un miedo que para qué. El círculo se vuelve infernal, porque al erigirnos en fantoches acomplexados y llenos de odio, alejamos a la gente. Gran paradoja, pues en el fondo, lo único que pretendíamos era un poquito de amor, solo eso.

Gracias por darme todo cuanto tenías, padre. También tu cariño. Ahora sé que estaba allí, escondido, como el mío. Espero que me hayas perdonado cuanto te dije y no te dije. En realidad, sé que lo has hecho. Lástima que no tengamos tiempo para hablar más de todo esto. Sería muy positivo, pero debo sellar mi testamento: la sesión ha terminado, la bobina da vueltas como loca, solo resta apretar el *off* para que no se quemé el proyector.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Disculpa que no me levante de mi lecho de muerte para despedirme, padre, pero es que el cocodrilo apremia y todavía me queda algo por decir; con toda seguridad, lo más importante que te he dicho nunca. Como bien sabes, tú y yo nos entendemos mejor a través de la novela, y esa es la razón por la que escribo en vez de arrastrarme por el suelo hasta tu asiento y consumir mis últimos segundos en tus brazos. Pero ¿creerás que no me importa despedirme sentado en la taza de un váter que vuela por los aires? No, qué va. Tengo mi

cuadernillo. Es cuanto necesito. En vida, acostumbraba a repartir blocs y bolígrafos por todos los bolsillos de las chaquetas y pantalones para que ninguna idea me pillara desprevenido. Gracias a eso, marchó tranquilo. Junto al cadáver de este niño pequeño, la azafata, o quienquiera que desatranque esa puerta, además de este epitafio, hallará también el capítulo final de la novela, que me atrevería a calificar ya de póstumo. Lo escribí anoche. No podía dormir, demasiadas emociones. Pero ojo, esas no son mis últimas palabras, sino las que vienen a continuación. Sé que pueden parecer un poco traviesas, pues con las turbulencias se me escurren hacia los lados, pero sea como sea, tratarán de ser las más hermosas que compuse nunca. Perdón por la épica, pero es mi momento. Estas palabras son para ti, padre, y para ti, madre: mis duendes. Bueno, en especial van dirigidas a ti, Martintxo, porque convendrás conmigo que eres bastante más blandito que tu compañera de viaje. Sin embargo, ahora tienes que ser fuerte y confiar, confiar en mí, creer todo lo que te diga tu hijo, con la misma fe que si lo oyeras de boca de Tasio, tu padre, o del propio Juan. No temas, mis palabras no te dolerán. Al contrario, espero que sanen esa herida abierta que llevas en el corazón y que ningún médico ha sabido cauterizar. Te resultarán extrañas, eso sí, como salidas de un cuento, pero son las palabras que he callado durante los dos años que ha durado esta aventura. ¡Eh, no, no, no, no, no, no, no llores! Lo siento, yo también suponía que ambos habíamos logrado sobrevivir a la novela, pero escucha, escucha con atención:

NO MORIMOS

No, no morimos, padre. Por mucho que nos empeñemos, no lo hacemos, y por tanto carece de importancia que me vaya o que me quede. Sé lo que te estarás pensando. Al principio a mí también me pareció una idea absurda. Imagínate, a mí, que ni recuerdo el día en que borré a Dios de la agenda. Pero la cuestión es que a medida que he ido avanzando con los capítulos, profundizando en el mundo de los sentimientos, las señales han sido tan evidentes que llegó un momento en que no pude huir de su promesa. La creí. Todas las señales apuntaban en esa dirección, y el mensaje era tan nítido, tan

perfecto que cabía en dos palabras: *no morimos*. Las he encontrado escritas como un grafiti en cada uno de los muros que nos separaban, incluso en el mismo muro donde estaba apoyada la bicicleta cuando la tomaste prestada. ¿No te fijaste? Me llevaría un tratado de mil folios pormenorizar todas esas pistas: aparecían en los párrafos más insospechados, a la vuelta de una página en blanco, al margen de una reflexión o en una línea que a primera vista pasaba por trivial. Comprenderás que no me sobra tiempo como para entrar al detalle. El cocodrilo, ya sabes. Pero en cualquier caso, te diré que la llave maestra que me ha permitido desentrañar la madeja de señales la descubrí hace años, cuando alguien me comentó que, en vascuence, esa lengua de los secretos que ni tú ni yo dominamos por culpa del flautista feo, existen más de cien formas de decir mariposa. Ya, imagino que acabas de decidir que, además de tonto, tu hijo es un chiflado. Pero recapacita, padre, ¿no te parece una cosa demasiado misteriosa como para que no esconda una clave esencial para el futuro de la humanidad? ¡A que sí!... Eso mismo pensé yo. Veo que poco a poco vamos entrando en sintonía. Desde luego, tú, como yo, entenderías que en el idioma esquimal, por ejemplo, existieran más de cien formas de nombrar a la nieve, pues para alguien que vive en el ártico es vital definir con precisión el tipo de nieve que pisa en cada momento. De la capacidad de inventar términos, a veces depende incluso la supervivencia de un pueblo. Y en este sentido, yo me preguntaba: ¿qué importancia podían tener las mariposas para los antiguos vascos?, ¿qué necesidad tenían de denominarlas de tantas maneras diferentes?

Lamentablemente, al igual que la mayoría de las cuestiones relacionadas con nuestro pasado, lo desconocemos. Pero no debemos olvidar que estos pequeños animales, que cobran vida a partir de un gusano aparentemente muerto, de una crisálida, se identifican con la resurrección, con el renacimiento; lo que da que pensar. Aunque más revelador que eso, *aita*, son los propios nombres, los ciento y pico que conservamos y que seguro fueron más. Léelos en voz alta y notarás que vibran en el paladar como un hechizo, como un ensalmo cuya belleza se adivina trascendente. *Pinpilinpauxa, tximeleta, inguma, poxpolin, kalajutxi, zeruko aingeru, mitxilikota, astoaren anima, mariapanpilon...* Son poesía, música que nos recuerda cuánto y cuán

bonito hemos perdido por el camino. En mi opinión, es triste que vocablos como *Ilargia*, Luna, y su auténtico significado, «luz de los muertos», pasen hoy desapercibidos por la boca de quienes los pronuncian, cuando esconden una tremenda simbología, un conocimiento que, entre otras cosas, ha servido para que Juan permanezca vivo en nuestra imaginación durante cientos de páginas.

Dice la Biblia que en el principio fue el verbo. Y es cierto. Las palabras contienen las claves que pueden servirnos de guía en el laberinto de nosotros mismos. En especial, las de las lenguas antiguas, como la de los secretos, que nació con los primeros pasos del hombre en Europa y lo ha acompañado desde entonces. Esas palabras guardan un saber anterior incluso a la aparición de la agricultura, de la propiedad, del dinero, de las grandes civilizaciones y del monoteísmo, que vino a monopolizar el miedo creando el pecado, el cielo y el infierno para controlar una sociedad que escapó del hambre pero sucumbió a la dominación.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Lo sé, me estoy yendo por las ramas. Perdón, cocodrilo, intentaré centrarme. Hasta hace poco presumía que lo que nos hacía eternos era exactamente eso, el verbo, la capacidad de dejarlo escrito para que no se pierda. Estaba convencido de que los libros, que recogen el saber de nuestros antepasados, ayudan al cerebro humano a evolucionar. Confiaba en que la escritura, y su reflejo especular, la lectura, nos alejan de la muerte, nos acercan a una vida mejor.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

¡Que sí, cocodrilo, que me muero enseguida! Ven rápido, aita, arrima la oreja a la novela y escucha. Reconoces las voces, ¿verdad? Estás ahí dentro, conmigo, con todos. ¿Te das cuenta? Ni tú, ni yo, ni *ama*, ni la muñeca, ninguno de tus seres queridos morirá ya nunca. Viviremos juntos para siempre en este libro tan gordo.

¿Eh, qué dices? ¡Cómo que no es lo mismo! No te reconozco, Martintxo. No puedo creer que el mítico soldado Messerschmitt se haya convertido en un medica. Sé muy bien lo que te pasa: más que a la muerte, temes irte sin la certeza de haber hecho lo suficiente por todos nosotros. Pero es imprescindible que abandones esa perspectiva, padre, porque el miedo,

justamente el miedo, nos conduce a aquello que tememos. Lo puedes apreciar todos los días en la naturaleza. Los perros (los conoces bien, son tus amigos), los perros, decía, muerden a las personas que temen a los perros. O por el contrario, muerden a las personas a las que ellos mismos temen. De cualquiera de las maneras en que lo mires, el miedo no vale para nada. Te lo digo yo, que me he pasado la vida escondido debajo de las piedras. Solo es el detonante de la calamidad, la arandela en el dedo, la bomba que silba, la metralla que mata. Eso es el miedo, *aita*. Deja de temer: no hay nada que pueda contigo, ni conmigo, ni con nadie que apueste por sus sueños.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

¡Maldito cocodrilo! Te hablaba de señales, padre. La más gorda de todas, la verdadera razón por la que me expreso en términos tales que incluso a mí me desconciertan, llegó cuando escribía el capítulo de vuestro regreso a casa: el del reencuentro. Siempre que te escuché relatar ese momento de felicidad pura me llamó la atención que sorprendierais a vuestra madre cavando en la huerta. ¿Recuerdas que te pregunté si era ella la que se ocupaba habitualmente de los quehaceres de la tierra y respondiste que no? Sin duda lo recuerdas porque, como yo, advertiste que la circunstancia no era normal. ¿Qué hacía Teresa con una azada entre las manos, lloviendo además como llovía? Me pregunté mucho sobre el particular, y se me ocurrió que tal vez se encontrara cavando su propia tumba, pues era evidente que la pobre mujer dejó de respirar cuando creyó que había despertado de un coma solamente para tomar conciencia de la pérdida de sus cuatro hijos pequeños. Pero no las tenía todas conmigo, la explicación parecía traída por los pelos. Entonces, pasando las páginas de una enciclopedia descubrí de modo casual que, en vascuence, la palabra «huerta», *baratza*, tiene una segunda acepción, hoy ignorada. ¿Y sabes cuál es?... ¡Agárrate porque vienen curvas! *Baratza* significa también «sepultura». ¡Toma ya! Es decir, no era una sospecha, ni una metáfora: Teresa, tu madre, mi abuela, ¡cavaba literalmente su tumba!

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

¡Cinco minutos, cocodrilo!; cinco minutos más y te prometo que luego estiro la pata como Dios manda. Alucinado por el hallazgo, escribí el capítulo como un poseso. Había comprendido, padre: No morimos. Los antiguos

vascos enterraban a los suyos en la huerta, que situaban preferentemente en un alero del caserío, porque consideraban que vivos y muertos están, existen, integran el hogar, el clan, la sociedad, y como miembros de ese proyecto común, han de compartir espacio. Los que se fueron son sabiduría, nuestro apoyo, el propio verbo, lo primero y lo último, el pasado y lo que está por venir. Prueba a depositar una semilla bajo tierra y lo comprobarás. Brota, padre, esa semilla brota: vive, crece, muere. Estoy seguro de que algún día un científico con pelos de loco demostrará empíricamente que la vida y la muerte son lo mismo, son los dos estados en que pueden permanecer las almas hasta que consiguen su objetivo. Es el ciclo de Amalur, de la Madre Naturaleza, la que nos da y nos quita, la que siempre regala una nueva oportunidad en primavera. Pero para que eso ocurra, es necesario regresar a la tierra, a la huerta. Nacemos de las cenizas, construimos futuro a partir de nuestras propias cenizas, somos polvo de estrellas que estallaron hace millones de años; no somos nada, excepto alma. Por eso ya no tengo miedo. Creo en el alma del ser humano. Siempre ha sido así, pero lo había olvidado.

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

¿Quieres saber qué se siente al morir? Nada, padre. Paz. Es una sensación agradable, como volar, como ir flotando a clase pero sin ir a clase, como estar de vacaciones, como jugar en Nunca Jamás. Enseguida percibes que regresas a un lugar conocido, a reunirte con los tuyos, con aquellos por los que has llorado tanto. ¿Entiendes ahora lo inútil de tu sufrimiento?... ¿Lo entiendes?... Así que no encuentro excusa para no marchar sonriendo, porque es un hola, o a lo sumo un hasta luego; un respiro en definitiva. Vivir, buscar tu destino, abrir esa huella agota hasta la extenuación. Por eso se agradece el alto en el camino cuando llega el invierno. La muerte sí que es vida, padre. Solo tienes que remontar un poquito por el arcoíris, auparte a la Luna y tumbarte a la bartola. ¿Te lo puedes creer?: lloramos por los que se van, cuando en realidad deberíamos hacerlo por los recién nacidos. Pobres. ¿Te has preguntado alguna vez por qué venimos al mundo llorando? Yo sí. Y la respuesta es que nos da pereza volver a empezar. Por eso es tan importante mirar hacia dentro, porque cada vida es un paso en la evolución del alma, una oportunidad para deshacer un poquito más nuestro nudo, el secreto que perseguimos, nuestra misión en la

vida y en la muerte, hasta que nos convirtamos en hadas, en mariposas. No hay cien maneras de decir mariposa. Solo hay una: felicidad.

Y el caso es que, en esta mi hora alegre, me pregunto qué sucedería si el cocodrilo me perdonara el atrevimiento de desperdiciar media existencia y hubiera un mañana para mí. No sé, me resisto a creer que pueda salir de esta. Pero si ocurre, si se presenta la ocasión, te prometo, padre, que aprovecharé el regalo para ser yo de una vez por todas y hacer lo que siempre he deseado. Abrazarte. A ti, a *ama* y al resto del planeta. Y luego, si todavía me queda un poquito de tiempo, cogeré el lápiz con la mano izquierda y escribiré mi vida. Ya ves, al final soy un tonto que sueña, un poeta cantando al amor bajo una ventana vacía. Sí, me gustaría ser feliz como Martintxo.

¿Sabes, *aita*?, di con tu secreto, con el secreto que te hacía vencer a todos los diablos cuando eras pequeño. Y es tan sencillo que parece música. Simplemente, no creías en la maldad, no la veías, para ti no existía el infierno, ni el demonio, ni el pecado, ni la culpa. Eras Juan sin miedo, el auténtico. Tus ojos solo contemplaban lo que deseabas que fuera, y justamente de esa forma, creyendo o no creyendo, es como materializamos nuestros sueños. La muerte no existe, padre. La fantasía, sí.

En el libro de James M. Barrie, el original, Peter Pan no muere, no sube a la Luna. Para su desgracia, no lo hace. Vive eternamente como un niño patético que solo consigue enterrar a los suyos. No vale de nada dejar de crecer. Siempre llega el invierno y pensamos que todo acaba, porque tenemos miedo, miedo, miedo, miedo, mil veces miedo.

¿Acaso ya no crees que tienes la culpa de todo, niño?

No, ya no lo creo. Soy imperfecto. Quizá mucho más que el resto de la gente, pero lo importante es que deseo amar, por fin, en la vida y en la muerte, más allá de mí mismo.

¿Estás seguro?

Sí. Sé que lo único decente que he hecho en esta vida es perdonar. Ahora me toca perdonarme a mí. Todos somos niños, niños grandes, niños perdidos que buscan un porqué.

Tic-tac. Tic. Tac. Tic.

Hola, hermana. Te he echado mucho de menos.

Capítulo 72

La carta a don Nadie

Otño de 1938

*¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!
¡¡¡Booooooooooooouuuuummmmmmmmm!!!*

Al escuchar el eco de aquella explosión, la más gigantesca que imaginar se pueda, los leñadores, los mineros y los aldeanos, todos los perdedores del mundo se volvieron hacia el monte Arraiz, pues creyeron haber reconocido la voz de la guerra. El frente se encontraba lejos, muy lejos, al sur del sur, allá donde terminan las montañas y el tiempo se detiene en una llanura sin fin. Pero no hay distancia suficiente para el olvido. La guerra es un recuerdo indeleble, una huella que perseguirá siempre a las personas que la han vivido.

Los chavales estaban tirados en el suelo con las manos sobre la cabeza. Permanecieron varios minutos en la misma posición, cubiertos de polvo y de

silencio, hasta que se convencieron de que la piña de hierro había dicho todo lo que tenía que decir. Solo entonces se atrevieron a ponerse en pie y comprobar si habían sufrido algún desperfecto en su escueta existencia. Se palparon las rodillas, los pies, los brazos, las orejas y hasta la campanilla, que del susto se había escondido laringe abajo y por un momento temieron haberla perdido. Afortunadamente, todo parecía estar más o menos en su sitio; si acaso, un poquito más a la izquierda, pero no lo bastante como para preocuparse.

Echaron un vistazo a la estampa que había dejado la bomba sobre la hierba. Era muy bonita, como un tatuaje de marinero. Martintxo asomó el hocico más de lo debido y a pocas cae rodando por la ladera. Lo desconocían, pero precisamente eso, lo pronunciado de la ladera, les había salvado la vida. La montaña consumió la metralla que debía haber reventado sus cuerpecillos de duende. La tierra se tragó la muerte.

Tras el silencio, llegó un pitido molesto, *piiiiiiiiiiii*, un sonido casi idéntico al que se escucha al recibir el soplamocos de un padre. Y quizá para cerciorarse de que además del oído conservaba el habla, Satur rompió el hielo con una confesión bochornosa:

Creo que me he *cagao*.

Y yo, reconoció Cosme cabizbajo.

¡Ah, pues yo no!, mintió Martintxo con una mano en el trasero para sofocar la peste que le traspasaba el pantalón.

El otrora mítico soldado Messerschmitt estaba perplejo; no entendía cómo demonios podía haberle sobrevenido semejante calamidad con el sombrero de Garfío convenientemente dispuesto en la cocorota. Intuyó que la situación se le estaba escapando de las manos y quiso atajar cualquier conato de insurrección antes de que fuera tarde:

¿Juráis no decir ni pío sobre esto?, preguntó con semblante serio.

Sí, sí, sí, juramos, respondieron a una aquel par de mofetas que tenía por amigos.

Y tú, Mati, ¿lo juras también?

...

¿Mati?

La muñeca había volado con la onda expansiva. Para entonces, se encontraba arrebujaada bajo su cama. Pero por supuesto que no dijo nada, ni aquel día ni los días que lo siguieron. De hecho, tardó más de un mes en abrir la boca siquiera, lo que preocupó terriblemente a su madre, que se empleó con tenazas y todo pero no pudo sacarle más de una sílaba. La pobre niña pasaba horas y horas abrazada a la burrita Pili, la única persona que la comprendía.

Los chavales aguantaron un rato en el lugar del siniestro, hipnotizados por los cascotes diseminados por la pendiente, disfrutando del olor a café rancio y a pólvora que saturaba el ambiente. Cuando se esfumó, se hizo patente el hedor que despedían sus calzoncillos y dirigieron sus narices a otro lado. Caminaban con las piernas arqueadas, al más puro estilo forajido, para evitar rozarse con el canguelo. Recogieron las vacas y tiraron hacia el pueblo poco a poco. Messerschmitt aprovechó lo lento del paso del ganado para pronunciar uno de sus discursos gratuitos. Lamentó con amargura que ya no se fabricara armamento como el de antaño. En su opinión, aquella piña de hierro era una vergüenza de artefacto; vamos, lo que se dice una bomba de ínfima calidad. Fíjate si lo sería, que no había sido capaz ni de matar a un niño; a uno solo. No, no era una bomba de reglamento, ni muchísimo menos. Su encendida arenga, sin embargo, no consiguió levantar el ánimo de la tropa, y Cosme y Satur lo dejaron con la palabra en la boca nada más poner el pie en La Peña. Huyeron apretando el culo como dos miserables, y no le quedó más remedio que dirigir su perorata a las vacas, público indolente donde los haya.

Así transcurrieron las cosas hasta que, al enfilear la cuesta del caserío, se le atragantó la campanilla por segunda vez en apenas una hora, pues advirtió algo inaudito: el columpio se columpiaba solo, sin viento, sin nadie que pudiera explicarlo. Intrigado, trepó con la mirada hasta lo alto del nogal que lo sostenía, y fue entonces cuando la vio. Era pequeñita pero brillaba como un deseo: ¡una carta!

Echó a correr y se encaramó al árbol. Abrió el sobre con los dedos nerviosos y se dispuso a leerla. Lo intentó tres, seis, nueve veces seguidas, pero la emoción le nublabla la vista. Respiró profundamente y, al fin, después de veinte tentativas más, sorbió las letras, los párrafos y hasta la última tilde de una misiva tan bonita que no parecía de este mundo.

Comenzaba como todas las demás, con una sonrisa:

Hola, Martintxo:

Me alegro mucho de que ya estéis en casa comiendo perdices y eso. ¿Recuerdas que te prometí que este cuento iba a terminar requetebién? Pues mira, ya ves. Aunque tenías razón y está un poco mal escrito; yo tampoco entiendo cómo ha podido mezclarse con el cuento de El flautista de Hamelín. Pero bueno, no pasa nada: antes de que acabes de decir tachín tachín, bajo de la Luna de un salto y salvo a los niños perdidos. Está chupao. No creo que sea un salto tan gordo: esa montaña donde los han escondido es más alta que el cielo, ¿no?, así que la cumbre debe asomar por aquí cerquita.

Tranquilo, que no me olvido de Garfío, Miga y todos tus amigos de Tenay. Voy a ver si los convenzo de que me acompañen a América. ¡Uy, perdona, no te lo había dicho!: me voy a América a vivir con los arapajoes. No, ni hablar, no pienso quedarme aquí. ¡Es que en la Luna me aburro, jolín! Sí, ya sé que tiene muy buenas vistas, pero estoy cansado de plantar patatas y luego pelarlas y vuelta de aquí para allá todo el santo día. Demasiado trabajo. Aquí arriba no hay emociones para un aventurero como yo. Tú me comprendes. Lo malo es que a partir de ahora quizá no te lleguen mis cartas, porque tengo entendido que América está lejísimos. Fíjate si lo estará que ni siquiera viene en el mapa de la escuela. Pero te juro que no me olvidaré de ti, seguiré escribiéndote aunque las cartas no lleguen nunca a La Peña. Se me ha ocurrido que igual escribo un libro para que puedas leerlo en una biblioteca o así. Un libro en colores, con dibujos y chiribitas, que cuente las andanzas de cuatro niños muy valientes.

No te preocupes, Martintxo: no dejaré que les pase nada a ninguno de tus amigos. De todas formas, ¿sabes qué?, se me ha ocurrido una idea para que no estalle esa guerra de verdad que dices que se acerca a Nunca Jamás. Es muy fácil. Yo creo que las guerras y las cosas malas desaparecerían para siempre si todos los niños del mundo fuéramos buenos.

Tienes que ser bueno, Martintxo, muy muy bueno; y querer mucho mucho mucho a las personas, a los perros, a los gatos y a las vacas. A todos. Prométemelo.

Te quiero,

JUAN

Al terminar de beber aquella carta de chocolate, el niño elevó las lágrimas hacia la Luna. Aún era de día, sí, pero la luz tibia del último suspiro de aquel otoño tan lejano permitía apreciar su blanco resplandor. Era una luna enorme, casi llena, y le guiñaba el ojo con una nube. Entonces, justo entonces, sintió su caricia en la mejilla y supo que había llegado el momento.

Guardó la carta en el sobre con mucho cuidado, y luego, sin pensarlo demasiado, abrazó al árbol, cerró los ojos y creció.

© Martín Abrisketa, 2015

Primera edición en este formato: marzo de 2015

© de la traducción: Eva González Rosales

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral 08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16306-00-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.